



Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Secretaría de Posgrado

Una larga marcha.

**El Partido Comunista Revolucionario y la búsqueda del
“camino de la revolución” en la Argentina (1962-1974)**

Juan Manuel Cisilino Blanco

Tesis para optar por el grado de Doctor en Ciencias Sociales

Directoras:

Dra. María Cristina Tortti

Dra. Mora González Canosa

La Plata, 26 de diciembre de 2022

ÍNDICE

RESUMEN	4
AGRADECIMIENTOS	6
SIGLAS Y ABREVIATURAS UTILIZADAS	8
PRESENTACIÓN DE LA TESIS	12
Introducción	12
Estado de la cuestión	18
Problema de investigación y objetivos	28
Referentes conceptuales.....	32
Estrategia metodológica.....	39
PRIMERA PARTE. <i>Del PC al PCR: en busca del “camino de la revolución” (1962-1969)</i>	53
CAPÍTULO 1. <i>Tras los orígenes del PCR: gestación de la fractura, afluentes y fundación bajo la influencia guevarista (1962-1968)</i>	55
1.1 <i>Por vía pacífica o por vía no pacífica: “malestares” en el Partido Comunista durante los primeros sesenta</i>	55
1.2 <i>La fractura: corrientes fundadoras, afluentes y debates en la formación de un partido comunista</i>	67
1.3 <i>El ascendiente del Che Guevara en la formación del PCR: lucha armada, Cuba y la delimitación con el PC</i>	90
CAPÍTULO 2. <i>De Cuba al Cordobazo: debates sobre la Unión Soviética, la lucha armada y la construcción de partido (1968-1969)</i>	100
2.1 <i>El largo adiós a la URSS: el debate en los orígenes del PCR sobre el ‘68 checoslovaco y la intervención soviética</i>	101
2.2 <i>Entre el Che y el Cordobazo: debates sobre la lucha armada y la construcción del partido durante el proceso fundacional</i>	121
Consideraciones generales sobre la Primera Parte	147
SEGUNDA PARTE. <i>Estrategias y prácticas políticas en los primeros setenta: Clasismo, “violencia de masas” y cuerpos de delegados (1970-1974)</i>	150
CAPÍTULO 3. <i>La “política de masas” (I): el comunismo revolucionario en las fábricas y el caso del SMATA Córdoba (1970-1974)</i>	154
3.1 <i>Clasismo y “política de masas” en el movimiento obrero industrial</i>	155
3.2 <i>Perdriel y la “violencia de masas”</i>	161

3.3 El antecedente clasista de SITRAC-SITRAM.....	172
3.4 El PCR en el SMATA Córdoba y la estrategia de los cuerpos de delegados..	179
CAPÍTULO 4. La “política de masas” (II): El comunismo revolucionario en las aulas, la cultura y el campo (1970-1974)	210
4.1 El PCR en la universidad: prácticas y debates en el caso de la Universidad de Buenos Aires	211
4.2 <i>Sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario</i> : el trabajo político-cultural del PCR.....	235
4.3 El comunismo revolucionario en el campo: la cuestión agraria y la “política de masas” en el ámbito rural	249
Consideraciones generales sobre la Segunda Parte	263
TERCERA PARTE. Entre la revolución y la nación. La configuración “tardía” de un maoísmo argentino (1970-1974)	269
CAPÍTULO 5. De la China de Mao al socialimperialismo soviético en la Argentina. El proceso de viraje hacia el maoísmo (I) (1970-1974)	273
5.1 <i>De rusos a chinos</i> . El “descubrimiento” de la China de Mao	273
5.2 Los usos de la Revolución Cultural en el viraje hacia el maoísmo	283
5.3 El PCR y el “otro imperialismo” como clave explicativa.	299
CAPÍTULO 6. “La hora de Mao”: De lo Social y Nacional a lo Nacional y Social. El proceso de viraje hacia el maoísmo (II) (1972-1974)	320
6.1 <i>Del capitalismo a la dependencia</i> . La “cuestión nacional” como factor decisivo	320
6.2 El viraje maoísta y el proceso de reinterpretación del peronismo	351
6.3 “El maoísmo del PCR” y el “camino de la revolución” en la Argentina	376
A MODO DE EPÍLOGO. Del voto en blanco a la defensa del gobierno peronista	386
Consideraciones generales sobre la Tercera Parte	396
CONCLUSIONES	401
BIBLIOGRAFÍA	412
FUENTES UTILIZADAS	436

RESUMEN

Como aporte al campo de estudios de los procesos de movilización social y política de los sesenta-setenta, esta tesis pretende reconstruir y analizar, desde una perspectiva sociohistórica y sociopolítica, la trayectoria del Partido Comunista Revolucionario (PCR) como emergente de la “nueva izquierda” (NI), desde la gestación de la fractura en el seno del Partido Comunista (PC) a partir de 1962 hasta la adhesión oficial al maoísmo en 1974.

Para ello, articulamos nuestro análisis en torno a tres ejes fundamentales. El primero refiere a los orígenes del comunismo revolucionario y a los debates político-estratégicos acerca de las vías de la revolución y las modalidades de lucha armada en sus primeros años, en el contexto de las distintas perspectivas sobre el proceso revolucionario en la Argentina que atravesaron al campo de la NI. El segundo eje se centra en la “política de masas” que se desprendió de esos postulados estratégicos, es decir, en las formas de vinculación con los sectores que buscaba movilizar y en las prácticas políticas del PCR en ámbitos del movimiento obrero industrial y rural, estudiantil y cultural. Para ello, entre otras cuestiones, resulta clave considerar sus posturas frente al peronismo, sobre todo por la gran influencia que esta corriente tuvo en el movimiento obrero en particular. El tercero consiste en analizar el largo proceso de identificación con el maoísmo y sus implicancias en la línea política partidaria. La articulación de estos tres ejes exige inscribir esos procesos, prácticas y debates en el contexto local y global de las polémicas político-ideológicas del Movimiento Comunista Internacional (MCI), así como también en el campo más amplio de los actores de la “nueva izquierda” argentina y en la trama social y política que recorrió los sesenta-setenta en nuestro país.

Consideramos que estas discusiones y prácticas, en un contexto de creciente conflictividad social e inestabilidad política, moldearon el perfil distintivo del PCR. En ese sentido, sostenemos que el proceso de construcción de su identidad política, en el período que analizamos, se desarrolló a partir de un proceso de triple demarcación.

En primer lugar, en relación con el PC, el comunismo revolucionario transitó un proceso de diferenciación y disputa (con fuertes huellas de continuidad y una reapropiación de la tradición comunista) en el que defendió la lucha armada como única vía a la revolución y fue crecientemente crítico de la Unión Soviética hasta considerarla una potencia imperialista.

En segundo lugar, ante los modelos guerrilleros de otras corrientes de la NI, fue partidario de una perspectiva insurreccional de lucha armada, afrontando una serie de debates internos en sus primeros años bajo la influencia de la Revolución Cubana, el Che Guevara y la irrupción del Cordobazo. El saldo de estas discusiones definió las tareas y moldeó los modos y prácticas con las que el PCR se vinculó con los sectores a los que aspiraba a dirigir. Ello, a su vez, incidió en sus posicionamientos frente al peronismo y a la influencia de este en las masas obreras en particular.

Por último, ya dentro del campo del maoísmo a mediados de los setenta, elaboró una singular interpretación de sus tesis, desde la cual buscó comprender no sólo los cambios en la política soviética y las polémicas que atravesaban al MCI, sino también la realidad política nacional y sus particularidades, especialmente el fenómeno peronista. Esta adopción particular del maoísmo fue decisiva en la construcción de su identidad política a lo largo del período y consolidó el perfil distintivo del PCR como corriente de la “nueva izquierda”.

A partir de una estrategia metodológica de tipo cualitativa, que articula el análisis documental de fuentes escritas con entrevistas en profundidad a protagonistas, el itinerario político del PCR, sus prácticas y el análisis de los debates sobre el “camino de la revolución” que lo atravesaron en aquel período, nos permiten contribuir a enriquecer el conocimiento en el campo de la Historia Reciente sobre la “nueva izquierda” y su incidencia en la dinámica histórica y política de los sesenta-setenta.

Palabras clave: Partido Comunista Revolucionario – Partido Comunista Argentino – Nueva Izquierda – Maoísmo

AGRADECIMIENTOS

A mis directoras, Cristina Tortti y Mora González Canosa, por la lectura minuciosa, las devoluciones, críticas, comentarios y sugerencias, el intercambio, la paciencia, el compromiso y el apoyo constante en todos estos años para que esta tesis pudiera ser realidad. Sin ellas, nada de esto habría sido posible.

Al CONICET, al Doctorado en Ciencias Sociales (FaHCE-UNLP) y al Centro de Investigaciones Socio-Históricas (CISH) del IdIHCS por haber hecho posible mi formación de posgrado, mi labor académica en general y el desarrollo de esta tesis. A los y las colegas de esos ámbitos por todos los momentos y espacios compartidos, en particular a Amanda Barrenengoa y a los demás compañeros y compañeras de la Cátedra de Sociología General.

A la querida Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y a la Universidad Nacional de La Plata por hacer posible mi formación y desarrollo profesional, y por todos estos años de aprendizaje y crecimiento.

A mis compañeros y compañeras del proyecto de investigación sobre la “nueva izquierda”, por todos estos años de intercambios y debates. En particular, a Santiago Stavale, por todo su apoyo, ayuda, contención y por sus agudos y comprometidos señalamientos y consejos.

A Pablo Bonavena, por su inmenso apoyo y toda su comprometida generosidad.

A los y las colegas Brenda Rugar, Matías Rubio, Juan Sebastián Califa, Rodolfo Laufer, Guido Lissandrello y Santiago Siskindovich, por sus valiosos aportes de investigación sobre el Partido Comunista Revolucionario. En particular, a Brenda, a Matías y a Juan Sebastián, por su generosidad, apoyo y enriquecedores intercambios.

A cada uno y a cada una de los entrevistados y entrevistadas para esta tesis, por su predisposición, apertura y confianza para compartir sus vivencias y testimonios militantes.

A los archivos de documentación histórica y política y a los repositorios digitales, cuya labor es invaluable. En particular, al Archivo del Comité Central del Partido Comunista de la Argentina y a la Librería Raíces.

A Gerardo Cambio, por su apertura e imprescindible colaboración.

A Rodolfo “Pichi” Gigón y sus valiosos libros y documentos, cedidos generosamente por su hija Florencia.

A mis queridos compañeros y compañeras del Equipo de Investigación de la Cuestión Malvinas (EdICMa), con quienes hemos construido un hermoso y comprometido proyecto malvinero, desde abajo y cuesta arriba. Porque Malvinas está cargada de futuro.

A mi estimado amigo y compañero Julián Bilmes, por todos estos años de apoyo, amistad, contención, discusiones y sueños colectivos.

A mis amigos y amigas de todas partes y a mis compañeros y compañeras de lucha, por todos los caminos recorridos y por los que vendrán.

A Manuela García Larocca, *Manucha*, por absolutamente todo.

A mis viejos, Gloria y Edgardo, porque gracias a ellos hay algo y no más bien nada.

SIGLAS Y ABREVIATURAS UTILIZADAS

- AOMA: Asociación Obrera Minera Argentina
- AUN: Agrupación Universitaria Nacional
- ARP: Agrupación Revolucionaria Peronista
- AVEM: Agrupación Violeta de Estudiantes de Medicina
- CC: Comité Central
- CGE: Confederación General Económica
- CGT: Confederación General del Trabajo
- CGTA: Confederación General del Trabajo de los Argentinos
- CIA: Central Intelligence Agency (Agencia Central de Inteligencia)
- CNC: Consejo Nacional de Centros
- DINFIA: Dirección Nacional de Fabricación e Investigación Aeronáutica
- DPM-Perdriel: División Plantas Matrices - Perdriel
- EGP: Ejército Guerrillero del Pueblo
- ELN: Ejército de Liberación Nacional
- ENA: Encuentro Nacional de los Argentinos
- FAL: Frente Argentino de Liberación – Fuerzas Argentinas de Liberación
- FAP: Fuerzas Armadas Peronistas
- FAR: Fuerzas Armadas Revolucionarias
- FAS: Frente Anti-imperialista por el Socialismo
- FATRAC: Frente Antiimperialista de los Trabajadores de la Cultura
- FATRE: Federación Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores
- FAUDI: Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda
- FEN: Frente Estudiantil Nacional
- FIP: Frente de Izquierda Popular
- FJC/ “La Fede”: Federación Juvenil Comunista
- FMJD: Federación Mundial de Juventudes Democráticas
- FOECYT: Federación de Obreros y Empleados de Correos y Telecomunicaciones
- FPL: Frente Popular de Liberación
- FREJULI: Frente Justicialista de Liberación
- FUA: Federación Universitaria Argentina
- FUBA: Federación Universitaria de Buenos Aires

- GAN: Gran Acuerdo Nacional
- GH: Guardia de Hierro
- IAME: Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado
- IKA-Renault: Industrias Kaiser Argentina – Renault
- ILASA: Industria Latinoamericana de Accesorios S.A.
- IME: Industrias Mecánicas del Estado
- IT: Izquierda Tradicional
- JCR: Juventud Comunista Revolucionaria
- JTP: Juventud Trabajadora Peronista
- JUP: Juventud Universitaria Peronista
- KGB: Siglas en ruso del “Comité para la Seguridad del Estado”, agencia de inteligencia de la Unión Soviética
- LAC: Ligas Agrarias Correntinas
- LACH: Ligas Agrarias Chaqueñas
- MAM: Movimiento Agrario Misionero
- MAR: Movimiento de Acción Revolucionaria
- MASPLA: Movimiento Antiimperialista y de Solidaridad con los Pueblos de América Latina
- MCI: Movimiento Comunista Internacional
- MENAP: Movimiento Estudiantil Nacional de Acción Popular
- MLN/MALENA: Movimiento de Liberación Nacional
- MNI: Movimiento Nacional Intersindical
- MNR: Movimiento Nacional Reformista
- MOR: Movimiento de Orientación Reformista
- MRS: Movimiento de Recuperación Sindical
- MSC: Movimiento Sindical Combativo
- MUCS: Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical
- MUR: Movimiento Universitario Reformista
- MUR-10: Movimiento Universitario Reformista – Diez
- NEP: Nueva Política Económica
- NI: Nueva Izquierda
- OCPO: Organización Comunista Poder Obrero
- OLAS: Organización Latinoamericana de Solidaridad
- OTAN: Organización del Tratado del Atlántico Norte

- PB: Peronismo de Base
- PDP: Partido Demócrata Progresista
- PC/PCA: Partido Comunista/Partido Comunista de la Argentina
- PCBR: Partido Comunista Brasileño Revolucionario
- PCCh: Partido Comunista de China
- PCChec: Partido Comunista de Checoslovaquia
- PC-CNRR: Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria del Partido Comunista
- PCM: Partido Comunista Maoísta
- PCM-L: Partido Comunista Marxista-Leninista
- PCR: Partido Comunista Revolucionario
- PCUS: Partido Comunista de la Unión Soviética
- PJ: Partido Justicialista
- PO: Política Obrera
- PRT: Partido Revolucionario de los Trabajadores
- PRT-EC: Partido Revolucionario de los Trabajadores – El Combatiente
- PRT-ERP: Partido Revolucionario de los Trabajadores – Ejército Revolucionario del Pueblo
- PRT-LV: Partido Revolucionario de los Trabajadores – La Verdad
- PS/PSA: Partido Socialista/Partido Socialista Argentino
- PSAV: Partido Socialista Argentino de Vanguardia
- PSI: Partido Socialista Internacional
- PSIN: Partido Socialista de la Izquierda Nacional
- PST: Partido Socialista de los Trabajadores
- *PyP: Pasado y Presente*
- SITRAC: Sindicato de Trabajadores de Concord
- SITRAM: Sindicato de Trabajadores de Materfer
- TERS: Tendencia Estudiantil Revolucionaria Socialista
- TUPAC: Tendencia Universitaria Popular Antiimperialista Combativa
- UATRE: Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores
- UBA: Universidad de Buenos Aires
- UCRI: Unión Cívica Radical Intransigente
- UCRP: Unión Cívica Radical del Pueblo
- ULICAF: Unión de Ligas Campesinas Formoseñas

- UNLP: Universidad Nacional de La Plata
- UOCRA: Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina
- UOM: Unión Obrera Metalúrgica
- URSS: Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
- UTA: Unión Tranviarios Automotor
- UTN: Universidad Tecnológica Nacional
- SMATA: Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor
- VC: Vanguardia Comunista
- VOM: Vanguardia Obrera Mecánica
- VR: Vanguardia Revolucionaria

PRESENTACIÓN DE LA TESIS

Introducción

A partir del derrocamiento de Juan Perón en 1955 hasta el golpe de Estado de 1976, la Argentina atravesó un período caracterizado por la continua inestabilidad política y la creciente conflictividad social. En él se conjugaron las limitaciones del modelo de acumulación vigente con sucesivas dictaduras militares. Estas, junto con gobiernos civiles bajo la proscripción al peronismo, desacreditaron fuertemente la institucionalidad democrática. En ese contexto, se produjeron importantes cambios en las perspectivas y prácticas políticas de diversos actores sociales, así como la emergencia de otros nuevos. Si bien se trata de un largo proceso, hacia fines de los sesenta y especialmente con el Cordobazo, se produjo un punto de inflexión en la sociedad argentina, a partir del cual se profundizó la masificación de la protesta social y la creciente radicalización política en un contexto de “crisis de hegemonía” (Portantiero, 1977). Es lo que Cristina Tortti (2006) ha sintetizado al decir que la “crónica inestabilidad del sistema político”, “la creciente ilegitimidad del poder del estado” y las “recurrentes crisis económicas” (p. 21) fueron el marco en el que se articularon la agudización del conflicto social, los procesos de modernización cultural y el arraigo y extensión de alternativas políticas radicalizadas.

Al respecto, cabe destacar que esta politización abarcó a amplios sectores de la sociedad, tanto políticos, sindicales y juveniles como culturales y religiosos. En su seno emergieron diversas expresiones sociales y políticas que alteraron la dinámica política nacional y que Tortti (1999a, 2014, entre otros) englobó bajo el concepto de “nueva izquierda” (NI). Dentro de ella, se han incluido estallidos sociales, revueltas culturales, el accionar guerrillero, la emergencia de organizaciones políticas y movimientos urbanos de tipo insurreccional, el surgimiento de direcciones clasistas en el movimiento obrero, entre otros. A pesar de su diversidad, estas expresiones convergieron en demandas que los actores expresaban en términos de “liberación nacional”, “socialismo”, “antiimperialismo” y “revolución”. Este último, con distintos matices, operó como vértice articulador del horizonte de expectativas de numerosos actores sociales y políticos y como catalizador del movimiento de oposición en el que confluyeron.

Más allá de la heterogeneidad de estas corrientes, Tortti (1999a y 2006) ha identificado los múltiples lazos que las conectan a partir de un lenguaje común y un

estilo político compartido. Estos actores coincidieron en su cuestionamiento al régimen político y al orden social que este expresaba, a la vez que en muchos de ellos se extendió la convicción de que la violencia política era el único camino para su transformación (Tortti, 2014). Esta búsqueda de un cambio radical del orden establecido, condensado en la idea de “revolución” y ligada a la convicción en una victoria cercana producto de una lucha relativamente corta, constituyó una idea-fuerza de gran influencia en las organizaciones políticas que se plantearon estrategias revolucionarias durante los sesenta-setenta.

La “nueva izquierda”, entonces, fue un movimiento de oposición al orden establecido e implicó profundas transformaciones en la protesta social, en el campo intelectual y cultural y en la lucha política. En el caso de las corrientes estrictamente políticas de la NI, estas emergieron de sectores que provenían tanto del peronismo, del nacionalismo y del catolicismo como de la llamada izquierda tradicional (IT) y sus dos grandes partidos: el Partido Socialista (PS) y el Partido Comunista (PC). En ellas, la Revolución Cubana y la figura del Che Guevara ejercieron una influencia inconmensurable y fueron referencias ineludibles que articularon cuestionamientos, rupturas y realineamientos en la IT, tanto en la tradición socialista como en la comunista.

Estos debates, comunes a las diversas expresiones políticas de la NI, se estructuraron a partir de dos problemas centrales (Tortti, 2014). Por un lado, el tema de las vías de la revolución a partir de la defensa de la lucha armada frente a prácticas y métodos considerados “gradualistas” y “reformistas”. Por el otro, la llamada “cuestión nacional” con la caracterización del peronismo y sus posibles potencialidades revolucionarias frente a la histórica oposición de la IT. Ambas cuestiones articularon polémicas acerca de las particularidades del proceso revolucionario en un país como la Argentina e incluyeron debates sobre el “sujeto de la revolución”, el ejercicio de la violencia revolucionaria, las prácticas políticas y la relación con las masas que debía llevar a cabo una vanguardia que aspirara a dirigirlas, el tipo de organización política que se necesitaba construir, las etapas que se debían o no atravesar, la relación con el peronismo, etc. En ese sentido, se pueden condensar estas discusiones político-estratégicas y los modos de acción que de ellas se derivaron en el debate que atravesó a todas las corrientes de la NI: cuál debía ser el “camino de la revolución” en la

Argentina.¹ Con el fin de descubrirlo y recorrerlo, las nuevas organizaciones elaboraron sus estrategias, las fundamentaron desde un punto de vista teórico-político bajo el fuerte impulso suministrado por el ejemplo cubano, y se posicionaron y actuaron guiadas por estas definiciones en el seno de las masas mayoritariamente identificadas con el peronismo. De allí que concebir el “camino propio” de la revolución en nuestro país implicó pensar el encuentro y la fusión de dos problemas percibidos como centrales: el de la nación y el de la revolución (Georgieff, 2008). Por ello, adquieren centralidad dos grandes ejes de debate: los que refieren a la inevitabilidad o no de la lucha armada y sus modalidades consideradas pertinentes para un país como la Argentina y los vinculados al peronismo, en tanto fenómeno de masas con particularidades nacionales que exigía una reelaboración de las estrategias con las que se lo había abordado hasta el momento. Sobre estos ejes principales se constituyeron los “puntos de ruptura” (Tortti, 1999a, 2006 y 2014) que dieron lugar a la formación de nuevas organizaciones políticas, cuyo desarrollo reconfiguró el mapa político de la izquierda (Tortti, 2014).

Entre ellas, se encuentra la experiencia del Partido Comunista Revolucionario (PCR). Fundado el 6 de enero de 1968, su nacimiento fue producto de la fractura más importante en la historia del PC y su Federación Juvenil Comunista (FJC-“la Fede”) cuando este cumplía exactamente cincuenta años de vida.

Cabe destacar que el PC, a comienzos de los sesenta, desempeñaba un rol fundamental: era *la* izquierda en la Argentina y tenía a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) como punto de referencia y como respaldo político de sus posiciones. No obstante, a lo largo de esta década, su línea de las dos etapas que debía recorrer necesariamente el proceso revolucionario en un país dependiente como la Argentina (una “nacional-democrática” y luego una “socialista”), el marco de alianzas que esta concepción implicaba (en especial, la que refiere a sectores de “burguesía nacional”) y su defensa de la “vía pacífica” como principal, fueron blanco de numerosos cuestionamientos desde distintos grupos y corrientes, incluso dentro de su propio partido, especialmente desde sus sectores juveniles (Cernadas *et al.*, 1998; Rot, 2006). Ya desde los primeros sesenta, el PC había sido desafiado constantemente por sectores internos que desde posiciones gramscianas, castro-guevaristas y maoístas cuestionaron la línea partidaria y sus concepciones políticas (Camarero, 2014). Como sintetiza Tortti (1999b), “el éxito de la «vía cubana» y la persistencia del peronismo en la clase obrera

¹ Con este término buscamos condensar los debates político-estratégicos que refieren a las diversas caracterizaciones del proceso revolucionario y a las distintas estrategias para concretarlo que recorrieron el campo de la NI.

fueron la roca contra la cual se estrellaron” (p. 222) los partidos de la IT argentina y el punto de partida de los procesos de radicalización que dieron lugar a las organizaciones de la NI.

Estos procesos se produjeron, a su vez, en el marco de los debates en el seno del Movimiento Comunista Internacional (MCI), fundamentalmente a partir del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en 1956 y de la agudización del cisma chino-soviético, a comienzos de los sesenta. Este conflicto expresó discusiones de fondo en torno a la interpretación del “marxismo-leninismo” y al rumbo tomado por las experiencias socialistas. Entre Mao y la dirigencia soviética se habían delineado dos valoraciones de la etapa mundial y de las tareas que debían encarar las fuerzas comunistas (Rupar, 2018a). Si bien el disparador inicial estuvo relacionado con la diversa valoración acerca de Stalin y del período en que la URSS estuvo bajo su dirección, la tensión central, por un lado, se dio en torno a la caracterización de la situación política internacional y a la posibilidad o no de la pregonada “coexistencia pacífica” entre el mundo socialista y el capitalista; y, por otro lado, alrededor de la discusión sobre las vías para la toma del poder -vía pacífica o lucha armada (Rupar, 2018a).²

A la vez, el triunfo de la Revolución Cubana y el ejemplo de Ernesto “Che” Guevara habían reinstalado con fuerza el debate sobre el “camino de la revolución” en América Latina (Kohan, 2000), a partir de la idea de que, en la época del capitalismo imperialista, la liberación nacional y la social en los países oprimidos debían ser necesariamente parte de un mismo proceso. El gran ascendiente de Guevara sobre miles de militantes puso en juego una perspectiva que conjugaba cierta subestimación del rol del partido (frente al papel del foco y de la “vanguardia político-militar”), la centralidad de la lucha armada (frente a cualquier ilusión “pacífica”) y el carácter continental del proceso revolucionario; cuestiones de fondo que incomodaban en el campo de la izquierda a los partidos comunistas tradicionales (Torti, 2007). En definitiva, el caso cubano y la influencia del Che demostraban que la revolución era posible en el “patio trasero” de Estados Unidos, que debía ser necesariamente antiimperialista y que el camino para ella era la lucha armada. Estas conclusiones marcaron a fuego a las

² En ese sentido, las corrientes que asumieron el maoísmo defendieron la vía armada para la revolución, consideraron imposible la coexistencia pacífica con el bloque capitalista y admitieron la continuidad de la lucha de clases en el socialismo (Rupar, 2018a), ejes que terminarían por distanciar a la República Popular China de la URSS, especialmente a partir de 1963.

generaciones de militantes que se rebelaron contra la línea oficial del PC y los lineamientos fomentados desde Moscú.

En este contexto, se produjeron en el PC una serie de rupturas desde comienzos de la década del sesenta, dando lugar a grupos como Vanguardia Revolucionaria (VR), la *Rosa Blindada y Pasado y Presente (PyP)* (Kohan, 1999; Burgos, 2004; Aricó, 2005; González Canosa, 2012; Petra, 2013; Prado Acosta, 2014), entre otros.³

El emergente más significativo de este proceso se produciría recién en 1967 con una fractura protagonizada por miles de afiliados que provenían de su rama juvenil y de importantes sectores del partido. Estos contingentes, junto al Movimiento Estudiantil Nacional de Acción Popular (MENAP), conformaron el PC-Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria (PC-CNRR) que poco después adoptaría definitivamente el nombre de Partido Comunista Revolucionario (PCR). A su vez, en sus primeros años, otros afluentes se incorporaron al nuevo partido que atravesó un conjunto de debates y prácticas que fueron delineando su identidad política distintiva.

En un contexto donde ya se habían formado grupos y corrientes de la “nueva izquierda” (los provenientes del PS y también del PC y del peronismo revolucionario), para 1968 coexistían otras expresiones como el Movimiento de Liberación Nacional (MLN o “MALENA”), el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), las Fuerzas Argentinas de Liberación o Frente Argentino de Liberación (FAL), el grupo de la revista *Cristianismo y Revolución*, Vanguardia Comunista (VC), etc. En ese escenario, la corriente que analizamos disputó con su organización de origen el lugar del “auténtico” partido del comunismo en la Argentina.

Tanto la situación política inaugurada con el golpe de Estado de 1966, que daría lugar a la formación de un movimiento opositor y a la intensificación de la protesta, como el Cordobazo en 1969 tuvieron un profundo impacto sobre toda la NI y sobre el recientemente constituido PCR. Desde sus primeros años, esta organización atravesó un proceso de fuertes discusiones políticas y experiencias en su inserción de masas que lo llevaron a definirse como un partido “marxista-leninista” y a adoptar una orientación insurreccional de lucha armada como vía de la revolución, para finalmente suscribir al maoísmo en plena década del setenta. Sin embargo, como ya hemos dicho,

³ Estos grupos se escindieron del PC principalmente por sus diferencias en las discusiones en torno a la Revolución Cubana y la vía armada, a la necesidad de reinterpretar el peronismo en clave gramsciana (como “movimiento nacional” que hiciera posible la construcción de una “voluntad nacional-popular”) y a las críticas de las prácticas “antidemocráticas”.

el PCR elaboró una particular interpretación del mismo para la realidad argentina, y a través de ella desarrolló un perfil propio.

A modo de síntesis, puede resumirse la importancia de la trayectoria del PCR en que:

- 1- Fue la fractura más importante en la historia del PC, el más influyente de los partidos de la “izquierda tradicional”.
- 2- Condensa en su trayectoria algunas de las más significativas problemáticas del período y del campo de la izquierda argentina (sintetizadas en la concepción del “camino de la revolución” en nuestro país y sus implicancias) y, a la vez, fue una de las organizaciones que adhirió al maoísmo, cuya influencia fue clave en su valoración del proceso soviético y en sus reinterpretaciones sobre el peronismo y la “cuestión nacional”.
- 3- Si bien uno de los ejes fundamentales de la ruptura con el PC fue el debate sobre la vía de la revolución en la Argentina y el pronunciamiento a favor de la lucha armada (frente a la vía pacífica), el PCR se diferenció por su orientación insurreccional de otras organizaciones como Montoneros, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), el PRT, el FAL, etc., que optaron por una estrategia guerrillera.
- 4- Y, en relación con lo anterior, porque en el contexto de auge de la protesta social, este partido tuvo destacada participación en el Cordobazo y en otras puebladas, así como activa injerencia en el ámbito sindical a través de las Agrupaciones Clasistas “Primero de Mayo” y especialmente con la experiencia en la dirección del Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA) cordobés. También desplegó su actividad en el ámbito rural (especialmente entre los obreros rurales), en el estudiantil mediante el Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda (FAUDI), y en los ambientes intelectuales, por ejemplo a través de su participación en la revista político-cultural *Los Libros* y de la publicación de diversos libros sobre historia, economía, política, filosofía, etc., además de la prensa partidaria, sindical y estudiantil.

La presente investigación, desde una perspectiva sociohistórica y sociopolítica, pretende reconstruir y analizar la trayectoria del Partido Comunista Revolucionario durante el período que se extiende entre la gestación de la fractura en el seno del PC a partir de 1962 hasta su adhesión oficial al maoísmo en 1974 y la consolidación de un

perfil distintivo en el campo de la “nueva izquierda”. Para ello, articulamos nuestro análisis en torno a tres ejes fundamentales. El primero refiere a los orígenes del comunismo revolucionario y a los debates político-estratégicos acerca de las vías de la revolución y las modalidades de lucha armada en sus primeros años. El segundo eje se centra en la “política de masas” que se desprendió de esos postulados estratégicos, es decir, en las formas de vinculación con los sectores que buscaba movilizar y en las prácticas políticas del PCR en distintos ámbitos (obreros, estudiantiles, rurales y culturales). El tercero consiste en analizar el proceso de identificación con el maoísmo y sus implicancias en la línea política partidaria.

A partir de una estrategia metodológica de tipo cualitativa, que articula el análisis documental de fuentes escritas con entrevistas en profundidad a protagonistas, el itinerario político del PCR, sus prácticas y el análisis de los debates que lo atravesaron en aquel período sobre el “camino de la revolución”, nos permiten contribuir a enriquecer el conocimiento en el campo de la Historia Reciente sobre el fenómeno de la “nueva izquierda” y su incidencia en la dinámica histórica y política de los sesenta-setenta.

Estado de la cuestión

El pasado reciente argentino ha sido objeto de múltiples abordajes desde diferentes perspectivas y disciplinas. El período histórico que abarca desde 1955 hasta 1976, en particular, ha cobrado una gran relevancia en los últimos años y el abordaje de procesos, actores y conflictos ha estado atravesado por profundos debates académicos y políticos. Estos se emparentan, a su vez, con la incesante preocupación académica por echar luz sobre el proceso de la última dictadura cívico-militar y, más en general, acerca de la violencia política que recorrió esos años, aunque en nuestro caso el centro de atención está dirigido a los procesos previos al golpe de Estado y a los roles que en ellos desplegaron las corrientes de la NI.

Como otros autores, partimos de las reflexiones de Claudia Gilman (2003) para pensar los *sesenta-setenta* como una *época*. Si bien la autora emplea el término para analizar especialmente el campo de los intelectuales, identifica con este concepto heurístico el período que va desde fines de la década del cincuenta hasta mediados de los setenta. Se trata de una entidad temporal y conceptual con derecho propio, atravesada, a nivel mundial, por los procesos descolonización de países del llamado Tercer Mundo, la Revolución Cubana, la Guerra contra Vietnam, la Revolución Cultural

Proletaria China y las distintas rebeliones obreras, juveniles y populares que emergieron a lo largo del período. Según la autora, esta constituye una época con una singular experiencia de la temporalidad y de la subjetividad, en la que para vastísimos sectores sociales, culturales y políticos los cambios revolucionarios parecían inminentes y la lógica de la historia se presentaba ineludible. La valorización de la política, la radicalización de las luchas y de la protesta social y política, y la intensidad de las expectativas revolucionarias signaron esta época de tiempos vertiginosos y violentos. En la Argentina, los sesenta-setenta en sentido amplio se enmarcaron entre dos golpes militares contra gobiernos peronistas.

La coherencia interna del bloque temporal en el que nos situamos implica, a la vez, identificar virajes, contrastes y momentos de ruptura que posibilitan marcar periodizaciones internas. En ese sentido, a la proscripción del peronismo y a los sucesivos golpes militares que atravesaron el período es necesario añadir, por un lado, los potentes y persistentes ecos de la Revolución Cubana de 1959 como un hito fundamental para comprender la emergencia y reconfiguración de organizaciones revolucionarias dentro de la izquierda (y también del peronismo y del mundo católico). Por otro lado, el cimbronazo social y político del Cordobazo en 1969 implicó un momento decisivo que inauguró un subperíodo caracterizado por la radicalización y la masificación de la protesta social y política (hasta su clausura definitiva con el golpe de Estado de 1976). El Cordobazo, en un contexto en el que se sucedieron también otras puebladas, es fundamental para nuestro estudio porque las organizaciones de la NI lo erigieron en el principal antecedente y punto de referencia sobre el cual anclaron sus definiciones políticas; en nuestro actor ejerció una influencia decisiva, como veremos más adelante.

A la vez, cabe jerarquizar la peculiaridad de dos momentos políticos en el marco del proceso de radicalización política y masificación de la protesta social: el de 1971-1973, por un lado, cuando producto de las luchas contra la dictadura de la “Revolución Argentina” y por el regreso de Perón se consolidó un proceso de institucionalización con el Gran Acuerdo Nacional (GAN) y con el escenario electoral, que posicionó de manera singular a todos los actores políticos y sociales de la época; y el de 1974-1976 cuando se intensificaron las contradicciones que desembocaron en el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976.

A los fines de nuestra investigación, resultan valiosos cuatro conjuntos de trabajos. El primer conjunto consiste en aquellos que analizan, desde una perspectiva

global y en términos de una crisis prolongada, el proceso político y social argentino del período 1955-1976. Sus reflexiones teóricas y conceptuales posibilitan el posterior análisis de la emergencia de las diversas expresiones políticas, culturales y sociales de la NI, a partir de la experiencia frondizista a comienzos de los sesenta, del golpe de Estado de 1966 y del Cordobazo en 1969. El segundo conjunto refiere a trabajos que abordan la emergencia de ámbitos y actores de la NI, tanto en el plano de la protesta social y el de la intelectualidad como en el de las formaciones políticas. Este último es el caso de los trabajos dedicados a analizar el surgimiento de nuevas organizaciones, tanto las de carácter “insurreccionalista” como las que optaron por el modelo guerrillero, atendiendo a las diferentes tradiciones políticas de las que provinieron. El tercer conjunto está conformado por los trabajos que analizan específicamente las polémicas, rupturas y reordenamientos en los partidos de la IT, tanto en el PS como en el PC. Nos interesan especialmente los que refieren al Partido Comunista durante los sesenta, puesto que allí se produjeron las primeras rupturas que serían antecedentes de la del PCR. El marco más general en el que se formaron estas fracturas y debates se inscribe en las polémicas que atravesaban al MCI y en la influencia ejercida por el proceso cubano sobre la militancia más joven; estas se particularizaron en torno a los debates sobre el camino revolucionario en la Argentina, a la lucha armada y respecto del peronismo. Por último, el cuarto conjunto recoge los trabajos que, de modo más general, han analizado la emergencia del maoísmo y su influencia en corrientes políticas de la NI argentina y aquellos específicos que incipientemente han abordado aspectos de la trayectoria del PCR.

En relación con el primer conjunto, interesan centralmente los trabajos que delinearon las tesis generales para analizar el período, como los aportes pioneros de Juan Carlos Portantiero (1977), Guillermo O'Donnell ([1982] 1996) y Marcelo Cavarozzi ([1983] 2002). Estos análisis ubican en el Cordobazo un punto de inflexión que, como ya hemos dicho, inaugura un subperíodo atravesado por un descrédito muy extendido hacia la institucionalidad democrática y por un cuestionamiento radical desde diversos ámbitos sociales y políticos. Para Portantiero (1977), desde el golpe de Estado contra Perón, ningún gobierno logró sostener un orden estable. Esta incapacidad de las distintas facciones de las clases dominantes para imponer sus propios proyectos revelaba una situación de “empate hegemónico” y el esquema de poder de la llamada “Revolución Argentina” (1966-1973) no sólo no pudo resolver la situación de crisis, sino que agudizó la “crisis hegemónica”: el Cordobazo prologó una serie de

conmociones sociales con la clase obrera como protagonista, junto a sectores estudiantiles y populares, y emergieron cada vez con mayor fuerza las organizaciones que apostaron a la guerrilla urbana.

Para O'Donnell [1982] (1996), por su parte, se trató de una “crisis de dominación social”: una crisis del fundamento de una sociedad y su Estado, incluyendo las relaciones sociales que conforman a las clases y las formas en que se articulan. En estos contextos, aparecen expresiones de rebeldía, subversión, desorden, que de fondo implican cuestionamientos a la autoridad e incluso al orden existente, por eso también pueden adquirir la forma de una crisis política suprema, es decir, una crisis del Estado como fundante del sistema social de dominación. En ese sentido, el Cordobazo fue el disparador de todas las tensiones que se venían acumulando desde el golpe contra Arturo Illia y la instauración de la dictadura militar. Retomando esta línea, Marcelo Cavarozzi ([1983] 2002) concibe el período signado por una “crisis de autoridad” y en particular identifica en el Cordobazo el inicio de una fase inédita en nuestra historia, en la cual la autoridad de quienes “dirigían” se vio profundamente cuestionada y corroída.

En el segundo conjunto de trabajos, que refieren a abordajes de ámbitos y actores de la NI, corresponde destacar, en primer lugar, a aquellos que se centraron en la protesta social, en particular en las rebeliones populares a fines de los '60 que tuvieron en el Cordobazo su punto más alto (por ejemplo, Balvé, 1989; Brennan, 1996; Cena, 2000; Gordillo, 2003; Brennan-Gordillo, 2008; Laufer, 2013). Si nuestras interpretaciones consideran el desarrollo de la protesta y la emergencia de la NI en el período largo de 1955-1976 mientras que otras circunscriben el “ciclo de protesta” a partir de 1966, todas coinciden en ubicar al Cordobazo como un hito a partir del cual se profundizaron los procesos de protesta y de radicalización política. En el caso de Mónica Gordillo (2003), se enfatiza que con el Cordobazo se inauguró un “ciclo de protesta” caracterizado por la emergencia de movimientos sociales de oposición que pusieron en juego diferentes repertorios de lucha (una de sus novedades fue la emergencia de expresiones clasistas en el sindicalismo) y luego por los cambios en las acciones políticas de los actores reubicados a partir de la apertura electoral. A la vez, en dicha pueblada, como en otras, se puso de manifiesto una “violencia sin consignas”, transformándose así en un “acontecimiento abierto” que reveló hasta cierto punto la contradicción entre un novedoso perfil anticapitalista de la movilización obrera con la persistencia del peronismo como cuestión “irresuelta” (Tortti y González Canosa, 2019). Como señala Juan Carlos Torre (1994), por un breve período, la clase obrera y

los sectores juveniles radicalizados confluyeron en su lucha contra la dictadura de 1966 para luego volver a separarse, optando por caminos distintos. Para las organizaciones políticas de la NI, tanto aquellas que se forjaron luego del Cordobazo como aquellas que se habían formado poco tiempo antes (como es el caso del PCR), esta pueblada tuvo una influencia decisiva en la reorientación de los debates político-estratégicos sobre el “camino de la revolución” en la Argentina. Si bien hubo interpretaciones y conclusiones diferentes por parte de los distintos actores, en todos los casos fue visto como “boceto”, como modelo, como punto de referencia para plantear una transformación radical en nuestro país.

En segundo lugar, resultan de importancia las investigaciones enfocadas en el campo intelectual, como las de Oscar Terán (1991) y Silvia Sigal (1991), y las posteriores de Carlos Altamirano (2001) y Claudia Gilman (2003). En ellas se destaca el peso de las ideas revolucionarias y la relevancia de la figura del intelectual comprometido. En ese sentido, resulta significativo que el surgimiento de la “nueva izquierda” o “nueva oposición” hunda una de sus raíces en los debates que atravesaron al campo cultural e intelectual de los años sesenta. En este proceso se articularon tendencias modernizantes y posiciones revolucionarias que pusieron en discusión el rol del intelectual y la necesidad del “compromiso” (incluyendo la participación política directa), en el marco de una “autoculpabilización”, como la denomina Terán (1991), por su “alejamiento” de los sectores populares a partir de su oposición al peronismo.⁴ Estos debates fueron el caldo de cultivo de diversos “malestares” dentro del PS y del PC, que derivaron en rupturas y en una pérdida de la otrora gran influencia que estos partidos tenían sobre capas intelectuales y culturales en el marco del proceso de radicalización política (y de peronización en algunos casos), tal como fuera retomado luego por Tortti (2006).⁵

Con respecto a los trabajos que se abocan al estudio de las organizaciones políticas de la “nueva izquierda”, es relevante destacar el “doble recorte” (Tortti, 2007) que se le ha señalado a buena parte de la bibliografía: el enorme impacto del accionar de

⁴ Como cruces interesantes entre el intelectual comprometido y el militante político, se encuentran las reflexiones de Juan Carlos Portantiero (Tortti, 2003; Tortti y Chama, 2006; Portantiero y Mocca, 2012) y de José Aricó (Crespo, [1999] 2014; Burgos, 2004; Aricó, 2005; Schmucler, Malecki, Gordillo, 2014; Cortés, 2015; Crespo, s/f; Aricó, 2018), ambos protagonistas de rupturas en el seno del PC a comienzos de los sesenta.

⁵ Otra puerta de entrada a estos debates es el análisis de libros y revistas de la nueva izquierda intelectual (Celentano, 2015, por ejemplo); para el caso particular de la revista *Los Libros* en la que el PCR tuvo una decisiva influencia durante un período, se pueden señalar los aportes de Somoza y Vinelli (2012) y Celentano (2007).

las organizaciones guerrilleras ha hecho que se privilegiara su estudio (especialmente de aquellas que fueron hegemónicas –Montoneros y PRT-ERP) y que estos se concentraran en los acontecimientos del tramo final de este conflictivo período, perdiendo de vista la trama mayor en la que se inscribieron y desarrollaron estas organizaciones e invisibilizando la gran heterogeneidad de actores que formaron parte de ese movimiento de activación social y política que llamamos “nueva izquierda”.

En ese sentido, entre los trabajos que circunscriben la NI a las organizaciones “armadas”, están aquellos que las abordan con el propósito de reflexionar sobre la violencia política de los setenta (es el caso de Hilb y Lutzky, 1984). Otros aportes, no necesariamente inscriptos en dicha perspectiva, buscan un análisis comparado a escala latinoamericana de las organizaciones guerrilleras para dar cuenta de los procesos históricos, ideológicos, organizativos y políticos que las atravesaron regionalmente (Nercesian, 2013; Ansaldi y Giordano, 2014; Marchesi, 2019). No obstante, las investigaciones que prevalecen en la bibliografía son aquellas que se estructuran como estudios de caso orientados a reconstruir las trayectorias de las organizaciones guerrilleras, como la de Montoneros (Gillespie, [2008] 2011; Lanusse, 2005), la del PRT-ERP (Carnovale, 2009; Pozzi, 2004; Stavale, 2019), la de las FAR (González Canosa, 2012 y 2021), la de FAL (Rot, 2000; Grenat, 2010; Hender, 2010), etc. En menor grado, se encuentran las que analizan la emergencia de organizaciones políticas que no adoptaron la estrategia guerrillera: es el caso de la maoísta VC (Celentano, 2012; Celentano y Tortti, 2012; Rugar, 2017b; Siskindovich, 2017 y 2018), del MLN (Pacheco, 2012), del PRT-La Verdad (Mangiantini, 2014 y 2018) y del Partido Socialista de los Trabajadores (PST) (Campione, 2007; Mangiantini, 2018), entre otros.

Emparentados con algunas de las investigaciones mencionadas, especialmente con aquellas que escapan al doble recorte señalado, en el tercer conjunto de trabajos destacamos los que analizan específicamente los debates y rupturas en la IT, reconstruyendo los orígenes y trayectorias de grupos y partidos emergentes del PS y del PC que expresaron una radicalización de las tradiciones de sus organizaciones de origen. Entre ellos, nos interesan particularmente los que refieren a procesos en el seno del PC a lo largo de los sesenta. La bibliografía disponible en torno a dichos partidos permite ver cómo la izquierda argentina se ha ido configurando en un tema de creciente interés académico, debido a que esta, más allá de sus diversas variantes, ha influido fuertemente en el campo político, en el tejido social, en el mundo de las ideas y en el entramado cultural; por lo tanto, “hacer la historia de la izquierda contribuye

decisivamente a hacer la historia de Argentina en el siglo que pasó” (Camarero, 2005: 77).

Desde ese punto de vista, entre los aportes sobre la tradición socialista, cabe destacar los trabajos de Cristina Tortti (2007, 2012 y 2018), en particular “El viejo partido socialista y los orígenes de la nueva izquierda” (2007). La reconstrucción de los debates que atravesaron al PS y que dieron lugar a la conformación en 1961 del Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV), uno de los primeros partidos de la NI, constituye una de las excepciones al doble recorte señalado, en tanto demuestra la novedad y el desarrollo de estos grupos en el período previo a 1969. A la vez, en estas primeras expresiones de la NI pueden identificarse por primera vez los debates que atravesarían al conjunto del campo. En particular, el caso del PSAV demuestra hasta qué punto los debates en torno al peronismo y la lucha armada a comienzos de los sesenta hicieron posible el surgimiento y desarrollo de una corriente de izquierda, “renovadora”, que buscó combinar socialismo y peronismo desde una perspectiva revolucionaria (Tortti, 2018), aún en las entrañas mismas del “más tradicional y antiperonista de los partidos de la izquierda” (Tortti, 2007: 4). Por último, abordajes como este muestran que estas polémicas y rupturas no se inscribieron en procesos aislados, “internos”, sino que se articularon con procesos políticos, culturales y sociales a escala internacional, regional y nacional. El debate central en el seno de la “izquierda socialista” (al igual que en las corrientes disidentes del PC) versó en torno a la discusión acerca del “camino propio” (Tortti, 2018) hacia la revolución y el socialismo, puesto que, como se ha visto, el proceso cubano había demostrado que esto era posible y necesario, siempre y cuando se partiera de las características “idiosincráticas” de un pueblo, en este caso de una clase trabajadora cuya identidad política mayoritaria era el peronismo.

Para el caso específico del PC, los trabajos que interesan a los fines de nuestro estudio se han centrado en distintos ángulos: algunos valiosos aportes se enfocaron en distintos momentos de su trayectoria (Campione, 1996, 2002, 2007a, 2007b y 2011; Cernadas, 2021) y en una revisión crítica de la bibliografía disponible (Cernadas, *et al.*, 1998; Camarero, 2005). Otros apuntaron al análisis de sus encuentros y desencuentros con la clase obrera argentina (es el caso de Camarero, 2012 y 2013), en particular en torno a su línea política y su relación con el peronismo (Altamirano, 2001; Gurbanov y Rodríguez, 2008; Jáuregui, 2012; Camarero, 2014; Staltari, 2014), con los intelectuales (Petra, 2017) y con el ámbito cultural en general, en el que, como ya hemos señalado,

fue perdiendo influencia a partir del derrocamiento de Perón y especialmente a lo largo de los sesenta (Cernadas, 2005). Estos abordajes nos permiten reconstruir la situación del PC a comienzos de dicha década, su línea política y los debates que lo atravesaron.

En el mismo sentido, se encuentran aquellas investigaciones que dan cuenta de las rupturas en el PC a lo largo de la década del sesenta y de las relaciones de este con las expresiones de la NI, algunas de las cuales emergieron de sus entrañas y/o se desarrollaron con cuadros formados en su seno (Tortti, 1999b y 2003; Rot, 2006; González Canosa, 2012; Prado Acosta, 2013 y 2014; Rugar, 2018b). La revisión bibliográfica nos permite afirmar que lo común en estas rupturas y alejamientos, al igual que en el caso del socialismo, estuvo dado por el debate acerca del “camino de la revolución” en la Argentina: cómo interpretar las instancias del proceso revolucionario y la cuestión nacional (y al peronismo en particular) junto con la consideración de que no era posible una transformación revolucionaria sin recurrir a la lucha armada.

Además, ambas tradiciones (el socialismo y el comunismo) se enfrentaron al influjo del maoísmo. En ese sentido, y como parte del cuarto conjunto, cabe destacar los trabajos que han analizado la emergencia de las corrientes maoístas en Argentina (Celentano, 2005, 2009, 2012, 2013, 2015; Celentano y Tortti, 2012; Rugar, 2014, 2017a, 2017b, 2018a y 2019), los cuales permiten analizar el impacto y los “usos” del maoísmo en el seno de la NI y resultan claves para el análisis específico de cómo esta cuestión atravesó a nuestro actor.

Por último, en este conjunto se encuentran también aquellas investigaciones que, en los últimos años, han realizado incipientes y valiosos aportes sobre la trayectoria del PCR. Su abordaje como objeto de estudio entraña una serie de desafíos y requiere algunos señalamientos. Por un lado, atendiendo a la complejidad que reviste la historiografía de la izquierda (Acha, 2009) y del comunismo en particular (Crespo, 2007), cabe identificar que así como la dirigencia del PC ha construido una “historia oficial”, es decir una visión histórica en sintonía con la línea política impulsada en cada momento (aunque existieran algunas versiones disidentes de segundo orden),⁶ también lo ha hecho el PCR, la cual es la vez un insumo y un objeto a problematizar en nuestra investigación.

⁶ Para Acha (2009), la principal dificultad que atravesó las historias oficiales del PC (con las respectivas tensiones en su seno que se produjeron entre dirigentes, especialmente con algunos sectores intelectuales) fue la de poder dar cuenta de las mutaciones en la línea política a partir de una interpretación histórica y política que las avalara.

Por otro lado, como ya hemos señalado, nuestro caso es particular: el PCR es un emergente directo del PC que pretende de alguna manera “rectificar” ese atribuido “desvío” de su organización de origen con relación al “camino de la revolución” en la Argentina, reivindicando la necesidad de la lucha armada como única vía posible. En ese sentido, la bibliografía disponible ha conceptualizado al PCR enfatizando distintos aspectos: como parte de las corrientes políticas maoístas (Rupar, 2014); como una corriente de izquierda revolucionaria no guerrillera (Rupar, 2017a); como parte de la “izquierda no armada” al igual que el trotsquista PST y el propio PC (Campioni, 2007b); como expresión de la izquierda insurreccionalista (Lissandrello, 2013) en contradicción con las organizaciones guerrilleras; etc.

Nuestro punto de partida, coincidente con Tortti (1999, 2006 y 2014), sostiene que la NI no se reduce a las corrientes guerrilleras, sino que incluye también a la gran variedad de actores y ámbitos que expresaron una “nueva oposición” al orden establecido. En ella, se combinó un repudio a las dictaduras militares con una desconfianza hacia la institucionalidad democrática formal, atravesados por la valorización de la política como herramienta para la transformación y por un horizonte de expectativas revolucionarias, esa “fe en la revolución” de la que hablaba Altamirano (2001). En esa dirección, coincidimos con Alfredo Pucciarelli (1999) quien identifica en la “nueva izquierda” pos Cordobazo un peso tan importante que habilita su reconocimiento como uno de los contendientes centrales en pugna, junto con el peronismo proscrito (cuyas corrientes de izquierda, a su vez, se incluyen en la “nueva izquierda”) y las Fuerzas Armadas. Estas últimas veían en ese amplio movimiento de protesta social y radicalización política una “amenaza” que buscaron canalizar institucionalmente con el GAN y la apertura electoral, y clausuraron definitivamente con el golpe de 1976.⁷

Por ello, consideramos una tarea pendiente profundizar en el abordaje de las organizaciones “insurreccionalistas” de la NI, cuestión a la que esperamos contribuir con nuestra investigación. Esto requiere una problematización del concepto de “lucha armada” y de las distintas implicancias de una orientación “insurreccionalista” en ese contexto de radicalización y protesta social. En ese sentido, es fundamental articular

⁷ Aunque excede nuestra temática específica, consideramos que la hipótesis de que las organizaciones guerrilleras “representaron el grado más alto de desafío al orden social y político” (Tortti, 2006: 19) es plausible dado que configuraron fisuras en el monopolio de la violencia estatal y fueron la principal justificación de las Fuerzas Armadas para dar el golpe del '76, pero a la vez esta conclusión puede ser problematizada en relación con experiencias de luchas obreras y estudiantiles, en particular las del sindicalismo clasista en el movimiento obrero.

estos itinerarios de las corrientes políticas de la NI en relación con los procesos históricos, políticos y sociales en los que se desplegaron: es imprescindible no aislarlas de la trama mayor en la que se inscribieron para poder dar cuenta de sus orígenes y de los debates, prácticas y expectativas que las atravesaron.

En algunos aportes, el PCR ha tenido una referencia tangencial. Por ejemplo, es el caso del trabajo de Laura Prado Acosta (2013), centrado en la relación entre el PC y la NI en los sesenta, y el de Campione (2007b) que busca abordar la “izquierda no armada” a través de los casos del propio PC, el PCR y el PST.

Entre las experiencias sindicales clasistas en el movimiento obrero automotriz de Córdoba, en las que militantes del PCR tuvieron roles protagónicos, se destaca el proceso en la dirección del SMATA cordobés encabezada por René Salamanca, militante del PCR; se trató de una de las experiencias más importantes del clasismo. Esta ha sido abordada, desde distintos ángulos, por Matías Rubio (2017b), Rodolfo Laufer (2016, 2017a, 2017b, 2018 y 2020), Sergio Góngora (2006) y Enrique Arrosagaray (2018). Estas investigaciones resultan fundamentales para reconstruir el desarrollo del PCR en el ámbito sindical y los debates que atravesaron al clasismo cordobés, en particular.

Entre las investigaciones específicas sobre nuestro actor, cabe mencionar un abordaje de la formación del PC-CNRR (luego PCR) desde el ángulo del movimiento estudiantil en la Universidad de Buenos Aires (Califa, 2015); una aproximación al debate sobre la lucha armada entre “guerrillerismo” e “insurreccionalismo” en los primeros años del PCR (Lissandrello, 2013 y 2015a); algunos análisis sobre las discusiones teórico-políticas acerca de la cuestión agraria en la Argentina (Lissandrello, 2019 y Rubio, 2018c); y algunas aproximaciones a los debates que atravesaron al PCR en su proceso de adhesión al maoísmo (Rubio, 2018b; Rugar, 2018a; Rugar, 2019; Siskindovich, 2017, 2018 y 2020), y a su relación con la interpretación de la historia argentina (Rubio, 2015, 2017a, 2018a). Estas investigaciones, a lo largo de esta Tesis, proporcionan elementos y perspectivas para reconstruir el itinerario del PCR y sus debates, a la vez que habilitan la discusión en torno a la comprensión de sus orígenes y desarrollo como corriente política distintiva. A ellos, se les suman los primeros resultados de nuestra investigación acerca de la ruptura con el PC y la formación del PCR con relación a los debates sobre “el camino de la revolución” en la Argentina durante sus primeros años (Cisilino, 2016, 2018a, 2018b, 2020 y 2021).

De todos modos, a pesar de su gravitación tanto en el campo político y social argentino como en el de la izquierda en particular, es poco lo que se sabe acerca de los orígenes, formación y trayectoria del Partido Comunista Revolucionario, y no se ha realizado hasta el momento un estudio específico que pretenda, desde una perspectiva sociopolítica y sociohistórica, analizar de manera sistemática e integral su trayectoria y el proceso de construcción de su identidad política en el período abordado. Esta Tesis se propone contribuir a colmar dicha vacancia.

En definitiva, si bien consideramos significativa la insuficiencia de estudios específicos y sistemáticos sobre el PCR, los recientes e incipientes aportes sobre su trayectoria y los conjuntos de trabajos analizados nos sirven para trazar las coordenadas sociales y políticas en que se ha desplegado nuestro actor, para repensar los interrogantes que emergen de las primeras aproximaciones al tema y para delinear las características del enfoque con el que desarrollamos nuestra investigación. Como intentamos fundamentar, los debates sobre el “camino de la revolución” y la reformulación de estrategias y de los modos de hacer política articularon las rupturas, trayectorias y prácticas de las diversas corrientes políticas de la “nueva izquierda”, y la del PCR es una expresión singular cuya experiencia amerita ser analizada en profundidad y de modo sistemático.

Problema de investigación y objetivos

Como aporte al campo de estudios de los procesos de movilización social y política de los sesenta-setenta, nuestra investigación consiste en reconstruir y analizar, desde una perspectiva sociohistórica y sociopolítica, la trayectoria del Partido Comunista Revolucionario como emergente de la “nueva izquierda”, desde la gestación de la fractura en el seno del Partido Comunista a partir de 1962 hasta la adhesión oficial al maoísmo en 1974. En tal sentido, nos proponemos ubicar su origen en las profundas transformaciones atravesadas por la izquierda argentina durante los sesenta. Particularmente, en el contexto de los debates sobre el “camino de la revolución” en la Argentina, de la reelaboración de prácticas políticas y de los modos de vincularse con las masas, en particular peronistas, por parte de corrientes que se propusieron transformaciones revolucionarias, y de la emergencia del maoísmo como corriente diferenciada del comunismo soviético. Desde esas claves, buscamos avanzar en la reconstrucción de la trayectoria del PCR dentro del campo de la NI y en el análisis de sus procesos de construcción identitaria.

Esto nos permitirá, a su vez, ubicar la especificidad del comunismo revolucionario en el campo de la “nueva izquierda” y las continuidades y rupturas con su organización de origen, en el marco de un proceso más general de radicalización de las tradiciones políticas preexistentes. En el caso de nuestro actor, la disputa central fue por la tradición comunista, encarnada históricamente por el PC, y por el lugar del “auténtico” partido del comunismo en la Argentina, aunque a la vez fue fundamental su diferenciación con otras corrientes de la NI y del maoísmo en particular.

Nuestro problema de investigación, centrado en la trayectoria del comunismo revolucionario y en el proceso de construcción de su identidad política en el período señalado, se articula en torno a tres ejes fundamentales.

El primero refiere a los orígenes del comunismo revolucionario y a los debates político-estratégicos acerca de las vías de la revolución y las modalidades de lucha armada que atravesaron sus primeros años, en el contexto de las distintas perspectivas sobre el proceso revolucionario en la Argentina que atravesaron al campo de la NI. Este eje es abordado en la Primera Parte, compuesta por los Capítulos 1 y 2.

Para analizar este proceso, dividimos los orígenes del PCR en dos grandes etapas. Por un lado, la gestación de la fractura (1962-1968), en la que indagamos en los debates en el seno del PC y la FJC y en los procesos que, bajo la influencia de la figura del Che Guevara y el ejemplo de la Revolución Cubana, fueron hilvanando una corriente opositora que llegó a ser hegemónica en la dirección juvenil antes de la ruptura y que confluyó con otros sectores en la conformación del nuevo partido. Por el otro, identificamos el “proceso fundacional” del comunismo revolucionario en el período que va desde la concreción de la fractura y la fundación oficial como PC-CNRR a comienzos de 1968 hasta la realización de su I Congreso en diciembre de 1969. En este segundo momento, analizamos los modos en que el PCR legitimó su existencia en un proceso de disputa con el PC, que se inició con el debate acerca de “las vías” y transitó un hito clave con la condena a la intervención soviética en Checoslovaquia. A la vez, analizamos los debates internos y las experiencias que decantaron en la defensa de una perspectiva insurreccional de lucha armada, consolidada en las definiciones de su I Congreso, y que distinguieron al PCR de otras organizaciones de la NI.

El segundo eje se vincula con la “política de masas” que se desprendió de sus postulados estratégicos, es decir, con los modos de vincularse con los sectores a los que aspiraba a movilizar y a las prácticas políticas que el comunismo revolucionario llevó a cabo en ámbitos obreros (industriales y rurales), estudiantiles y culturales. Este eje es

abordado en la Segunda Parte, compuesta por los Capítulos 3 y 4. Para analizarlo, pondremos el centro en el período que va desde 1970 con las ocupaciones de Perdriel hasta la adopción oficial del maoísmo en 1974. Partimos del supuesto de que la expansión del PCR como corriente política se produjo a partir del Cordobazo y del diseño de una “línea de masas” basada en los cuerpos de delegados.

El tercer eje, abordado en la Tercera Parte (compuesta por los Capítulos 5, 6 y el Epílogo), consiste en analizar el largo proceso de identificación con el maoísmo y sus implicancias en la línea política partidaria. Lo periodizamos entre 1970, con el primer viaje de una delegación del PCR a China, y 1974, atendiendo especialmente a los hitos claves que se produjeron entre su II Congreso en 1972 y el III Congreso en 1974. Por un lado, en un plano más político, se esgrimió una valoración decisiva sobre los aportes de Mao y la experiencia de la Revolución Cultural, se impuso la caracterización de la Unión Soviética como “socialimperialista” en sintonía con las tesis maoístas (y se la instrumentó para analizar la gravitación de la política soviética en la Argentina), y se establecieron las relaciones oficiales con la República Popular China. Por el otro, en el plano teórico-político, fue clave el proceso de crítica y abjuración del “capitalismo dependiente”, teoría que en un primer momento el PCR había asumido para definir la caracterización del país y las fases y actores del proceso revolucionario en contraposición a la línea del PC. Ambas cuestiones resultaron decisivas en el proceso de reinterpretación del peronismo que atravesó el comunismo revolucionario entre 1972 y 1974. Si bien la adopción oficial del maoísmo se produjo en el III Congreso de marzo de 1974, durante el tercer gobierno peronista, extendemos esta etapa hasta noviembre de dicho año cuando se hizo pública la definición llamada “antigolpista”, es decir, el postulado de defender el gobierno peronista frente a la amenaza del golpe de Estado. Aunque no abordaremos su derrotero posterior, la consideramos decisiva para comprender los cambios que entonces se produjeron en la concepción del comunismo revolucionario y sus implicancias políticas.

La articulación de estos tres ejes exige inscribir esos procesos, prácticas y debates en el contexto local y global de las polémicas político-ideológicas del Movimiento Comunista Internacional (MCI), así como también en el campo más amplio de los actores de la “nueva izquierda” argentina y en la trama social y política que recorrió los sesenta-setenta en nuestro país. A la vez, dicha articulación permite focalizar en nuestro problema, aunque sin excluir la exploración y el descubrimiento a largo plazo (Valles, 1997). Consideramos que estas discusiones y prácticas, en un

contexto de creciente conflictividad social e inestabilidad política, moldearon el perfil distintivo del PCR. En ese sentido, sostenemos que el proceso de construcción de su identidad política, en el período que aquí analizamos, se desarrolló a partir de un proceso de triple demarcación.

En primer lugar, en relación con el PC, el comunismo revolucionario transitó un proceso de diferenciación y disputa (con fuertes huellas de continuidad, que analizaremos, y una reapropiación selectiva de la tradición comunista), en el que defendió la lucha armada como única vía a la revolución y fue crecientemente crítico de la Unión Soviética hasta llegar a considerarla una potencia imperialista.

En segundo lugar, ante los modelos guerrilleros de otras corrientes de la NI, fue partidario de una perspectiva insurreccional de lucha armada, afrontando una serie de debates internos en sus primeros años bajo la influencia de la Revolución Cubana, la figura del Che Guevara y la irrupción del Cordobazo. El saldo de estas discusiones definió las tareas y moldeó los modos y prácticas con las que el PCR se vinculó con los sectores a los que aspiraba a dirigir. Ello, a su vez, incidió en sus posicionamientos frente al peronismo y frente a la influencia de este en las masas obreras en particular.

Por último, ya dentro del campo del maoísmo a mediados de los setenta, elaboró una singular interpretación de sus tesis, desde la cual buscó comprender no sólo los cambios en la política soviética y las polémicas que atravesaban al MCI, sino también la realidad política nacional y sus particularidades, especialmente el fenómeno peronista. Esta adopción particular del maoísmo fue decisiva en la construcción de su identidad política a lo largo del período y consolidó el perfil distintivo del PCR como corriente política de la “nueva izquierda”.

Objetivos

Objetivo general: Reconstruir y analizar, desde una perspectiva sociohistórica y sociopolítica, la trayectoria del Partido Comunista Revolucionario entre 1962 y 1974, atendiendo a los debates y prácticas que atravesaron el proceso de construcción de su identidad política en dicho período y que consolidaron su perfil distintivo en el campo de la “nueva izquierda”.

Objetivos específicos:

- Reconstruir los orígenes del PCR y la gestación de la fractura en el seno de la FJC y del PC, atendiendo a la trama política y social en la que se inscribió, e indagando acerca de otros afluentes que confluyeron en el nuevo partido.
- Examinar el proceso de diferenciación del comunismo revolucionario con el PCA a partir de la defensa de la vía armada y del proceso de distanciamiento con la Unión Soviética desde la intervención en Checoslovaquia, atendiendo a las continuidades y rupturas con su organización de origen.
- Analizar el proceso de diferenciación con las corrientes de la NI que optaron por estrategias guerrilleras a partir de los debates internos sobre las modalidades de lucha armada consideradas adecuadas para la Argentina y el tipo de organización política que se apuntaba a construir, tensionados entre la influencia guevarista y la irrupción del Cordobazo.
- Indagar en la “política de masas” del PCR, atendiendo a sus formas de vinculación con los sectores que buscaba movilizar y a sus prácticas políticas en ámbitos estudiantiles, intelectuales y gremiales (en el movimiento obrero urbano y rural en particular).
- Analizar el proceso de identificación con el maoísmo, atendiendo a la particular interpretación realizada y a sus implicancias, en particular en relación con la política soviética y el fenómeno peronista.
- Comprender las posiciones del PCR frente a importantes acontecimientos del período de orden nacional e internacional, comparándolas con las de otras fuerzas políticas, especialmente el PC, FAL, Montoneros, el PRT-ERP y otras corrientes maoístas como VC.

Referentes conceptuales

Formulado el problema de investigación, resulta pertinente profundizar en algunos referentes conceptuales imprescindibles para su abordaje. Si bien a lo largo de esta Presentación, hemos especificado la concepción de NI que recuperamos para nuestra investigación, cabe puntualizar algunas cuestiones sobre este punto que esclarecen los referentes conceptuales que empleamos.

En primer lugar, es preciso destacar el carácter transnacional del fenómeno conceptualizado como “nueva izquierda”. Como bien señala Zolov (2012), recuperando la conceptualización de “movimiento de movimientos”, la amplitud de esta categoría posibilita articular entre sí prácticas y movimientos sociales, culturales y políticos que

en apariencia son dispares, pero que permiten reflejar el carácter transnacional de la protesta social y cultural de los sesenta-setenta y sus interconexiones en distintas partes del mundo. En particular, para pensar la “nueva izquierda” en América Latina, Zolov (2012) polemiza con quienes circunscriben su significado a las organizaciones políticas revolucionarias. Para este autor, “estar 'a la izquierda” durante los sesenta implicaba algo más que elegir entre las estrategias de los PC, ya sea la “aproximación prudente (en términos comparativos) de la Unión Soviética a la transformación revolucionaria” o “la más temeraria insistencia de China en la acción revolucionaria” (p. 3-4): implicaba también un conjunto heterogéneo de prácticas sociales, culturales y políticas que configuraron un movimiento de movimientos.

Como hemos dicho, para el caso argentino recuperamos el sentido amplio de “nueva izquierda” desarrollado por Tortti (1999, 2007, 2014). Este permite englobar, en el contexto de radicalización política y masificación de la protesta social, un conjunto de fuerzas sociales y políticas en las que se incluyen estallidos sociales y revueltas culturales, la emergencia de organizaciones políticas y movimientos urbanos de tipo insurreccional y de tipo guerrillero, el surgimiento y consolidación de direcciones clasistas en el movimiento obrero, etc. Destacamos que, más allá de su heterogeneidad, compartían un lenguaje y un estilo político común y convergían en torno a demandas expresadas en términos de “liberación nacional”, “socialismo”, “antiimperialismo” y “revolución”, percibiéndose a sí mismos y siendo percibidos como parte de una misma trama: la de la clase obrera, la del campo del “pueblo” y la de la “revolución”. En definitiva, se trató de un movimiento de oposición al orden establecido, transversal a la protesta social, al campo intelectual y cultural y a la lucha política. Las corrientes específicamente políticas de la NI, tanto las que optaron por modelos guerrilleros como las que se inscribieron en una perspectiva insurreccionalista, provinieron del peronismo, del nacionalismo, del catolicismo y de la “izquierda tradicional”. Compartieron su enfrentamiento con el régimen político dominante, considerando legítimo el recurso de la violencia como herramienta de transformación política y social.

En tanto uno de los afluentes de los que provinieron los actores y ámbitos de la NI, con “izquierda tradicional”, como hemos señalado, nos referimos a los dos grandes partidos de la izquierda argentina: el PS y el PC. Si bien en muchos casos se ha utilizado como sinónimo el término “vieja izquierda” (Tortti, 1999; Cernadas, 2005), consideramos más adecuado el primero, puesto que no partimos de atribuir ninguna valoración positiva a la “nueva” izquierda y una negativa a la “vieja” en una

contraposición entre lo anquilosado, cerrado y caduco frente a lo novedoso, abierto y creativo; es decir, la denominación de “izquierda tradicional” no es de ningún modo peyorativa (Acha, 2014). Por el contrario, consideramos al PS y al PC como las dos grandes matrices políticas de la izquierda argentina. En ese sentido, gran parte de la NI se configuró, en el contexto de un período histórico particular, como emergentes críticos de estas dos grandes tradiciones políticas en un contradictorio proceso de confrontación y radicalización, en el que pueden identificarse continuidades y rupturas.

Desde esa perspectiva, las categorías de IT y NI más que un sistema de clasificaciones estanco, constituyen instrumentos analíticos de un enfoque de gran utilidad para el abordaje de experiencias concretas en un contexto histórico determinado. En nuestro caso, el comunismo revolucionario es un emergente que nació en el seno del PC y de la FJC; por lo tanto, estos conceptos nos permitirán abordar nuestro problema de investigación indagando en marcas de continuidad, reinterpretaciones y rupturas entre la matriz del comunismo tradicional y esta corriente comunista de la NI. Como tal, este actor se vio atravesado por los debates acerca del “camino de la revolución” en la Argentina y por las polémicas centrales que recorrieron la época y a los actores en cuestión. Entre estas, como hemos visto, se destacan dos: cómo concebir la lucha armada como única vía a la revolución y cómo interpretar el peronismo. Estas discusiones político-estratégicas articularon polémicas, rupturas y realineamientos en los partidos tradicionales de la izquierda y el peronismo (influyendo también a corrientes del radicalismo).

Cabe aclarar que “camino de la revolución” es una categoría originalmente nativa que ha atravesado la historia del marxismo y de las luchas obreras y populares de todo el siglo XX. En particular, ha estado asociada a corrientes y visiones que han defendido la idea de un “camino propio” a la revolución, en oposición a las tesis que simplificaban o abstraían las particularidades nacionales y sostenían una reproducción del camino llevado adelante en la Revolución Rusa. A modo de ejemplos históricos de estas búsquedas singulares, pueden mencionarse: la defensa de Antonio Gramsci (1977) de una “guerra de posiciones” frente a la “guerra de movimientos” en la Italia de los años '20, a partir de las distinciones entre lo que, a grandes rasgos, denominaba “Oriente” y “Occidente” en relación con el desarrollo capitalista y de la “sociedad civil”;⁸ la prédica en oposición al “calco y copia” de José Carlos Mariátegui para pensar

⁸ Para un desarrollo de estas discusiones, puede verse: Thwaites Rey, M. (2007), Portantiero, J. C. (1988) y Anderson, P. (1982).

la revolución en Perú y en América Latina en general; la estrategia planteada por Mao Tse Tung, bajo su concepción de una “guerra popular prolongada” (Mao, 1938), basada en convertir una “guerra nacional” en una “guerra civil revolucionaria” que permitiera rodear las ciudades desde el campo para el triunfo de la Revolución China en 1949; y la lucha guerrillera desarrollada por los cubanos a fines de la década del cincuenta a partir de un “foco” que se fue expandiendo y de la alianza entre el Movimiento 26 de julio, el Partido Socialista Popular y el Directorio Revolucionario. Como ya hemos mencionado, la Revolución Cubana y las estrategias posteriores desarrolladas por el Che Guevara constituyen una referencia ineludible para los actores que aquí analizamos, ya que se trata de un debate fundamental y común en el campo de la NI que había atravesado a sectores de la IT desde principios de los sesenta (Tortti, 2018).

Como instrumento para el análisis, definimos “camino de la revolución” como una expresión que incluye el debate sobre las vías aunque lo excede, puesto que, desde una perspectiva más amplia, alude al proceso revolucionario y a las diversas estrategias para concretarlo, ligándolas a las particularidades nacionales (en nuestro caso, la Argentina del período abordado). Analizar estos debates implica pensar el controversial encuentro y fusión de dos problemas considerados centrales: el de la nación y el de la revolución (Georgieff, 2008). El primero refiere al “problema nacional”, es decir, a la concepción teórico-político-ideológica que, a partir de determinada visión del mundo y de sus contradicciones, define el tipo de país y sus características particulares. Por lo tanto, esto implica subsumir las estrategias revolucionarias a la caracterización de la Argentina. Esto nos lleva al segundo problema: el tipo de país define el carácter de la revolución y en función de ella se plantea la necesidad de distinguir o no entre “etapas”, se definen las tareas políticas, económicas y sociales que debe cumplir, se distinguen los “amigos” de los “enemigos” de la revolución y se establecen las vías o modalidades de lucha pertinentes para alcanzar esos objetivos. En ese sentido, analizaremos cómo se fue configurando, en un contradictorio proceso, una singular concepción política del PCR frente a estas cuestiones, articulada en una determinada estrategia revolucionaria.

En definitiva, los debates sobre el “camino de la revolución” en la Argentina transitaban centralmente dos andariveles que constituyeron los “puntos de ruptura” (Tortti, 2005) entre la IT y la NI: con respecto al problema nacional, la principal polémica se dio en torno a la caracterización del “hecho peronista” (Altamirano, 2001), con el cual diversas corrientes buscaron distintos tipos de acercamientos en virtud de su arraigo en los trabajadores argentinos, acentuando, en algunos casos, sus

potencialidades antiimperialistas e incluso revolucionarias. Con relación al problema de la revolución, la principal convicción que aunó a las diversas corrientes de la NI fue que la lucha armada era la única vía a la revolución; sus polémicas, en todo caso, versaron en torno a cómo concebir esta vía y cuáles eran, entonces, las modalidades que debían desplegarse en un país como la Argentina y, ligado a ello, las formas de vincularse con los sectores de las masas a los que se aspiraba a dirigir.

En pos de comprender los debates que se desarrollaron en el seno del PCR, no circunscribimos el concepto de “lucha armada” a las acciones de las organizaciones guerrilleras,⁹ sino que lo definimos en función de la afirmación por parte de los actores del recurso de la violencia política, considerado necesario en dos sentidos: estratégicamente, como la única vía posible para el acceso al poder -en clara discusión con la vía pacífica-; y tácticamente, como recurso válido en luchas reivindicativas y políticas. Se trata, entonces, de una concepción más abarcadora de dicha noción que nos permite la inclusión de distintas modalidades de ejercicio de la violencia política, ampliando el repertorio en función de las discusiones que los actores entablaron en la época, tanto sobre la legitimidad de su uso y de los sujetos que debían ponerla en práctica, como de los modelos organizativos que de estas definiciones se desprendían. A grandes rasgos, podemos distinguir dos orientaciones fundamentales de lucha armada que atravesaron el amplio espectro de la NI en la Argentina: el modelo guerrillero y el insurreccional. Más adelante, veremos las distintas acepciones que las organizaciones, y nuestro actor en particular, le atribuyeron a estas concepciones.

Para el análisis exhaustivo del proceso de gestación de la ruptura con el PC y la fundación del PCR y del proceso de identificación de este último con el maoísmo, es fundamental atender a la complejidad que reviste el abordaje de la construcción de una identidad política. En ese sentido, cabe retomar la definición de “identidad política” elaborada por Gerardo Aboy Carlés (2001): esta constituye “el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y de homogeneización interna, solidaridades estables capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación con la definición de asuntos públicos” (p. 54).

La identidad política, entonces, se constituye y se transforma a través de este doble proceso de diferenciación externa y de homogeneización interna, lo cual implica

⁹ Al respecto tomamos distancia de numerosos trabajos en los que se la concibe exclusivamente de este modo, incluso considerando sólo a las organizaciones guerrilleras como parte de la “izquierda revolucionaria” (es el caso de Ollier, 1986; Calveiro, 2006; Vezzetti, 2009; entre otros).

pensar cómo este se encuentra atravesado por la lucha entre las alteridades que componen el sistema y las tensiones con la tradición de la propia unidad de referencia. Para ello, el citado autor propone atender a tres dimensiones que conforman toda identidad política: la *alteridad*, la *representación* y la *perspectiva de la tradición*.

La primera dimensión refiere al mencionado proceso de diferenciación externa, es decir que toda identidad política establece los límites que la definen en función de un exterior, puesto que no puede pensarse una identidad por fuera de un sistema de diferencias. Es decir que “las identidades se constituyen a través del antagonismo: este es el exterior constitutivo de toda identidad en un sistema de conformación de identidades, único ambiente posible de la constitución de cualquier identidad particular” (Aboy Carlés, 2001: 64). Estas identidades “no coexisten la una al lado de la otra pacíficamente, como en un idilio de 'buena vecindad', sino que se definen en y por la confrontación, en y por el conflicto” (Giménez, 2007: 219). Este carácter relacional, dinámico y conflictivo de las identidades políticas es importante para nuestro análisis, puesto que nos permite analizar, en primer lugar, la delimitación identitaria del PCR con el PC a partir de su ruptura (en su permanente operación de disputa, confrontación y reapropiación) y su proceso de diferenciación en el campo de la NI.

La segunda dimensión que propone Aboy Carlés es la representación, dando cuenta del carácter constitutivo que esta tiene en el proceso de homogeneización interna, en tanto no es posible concebir una identidad por fuera de un juego de representación suplementaria entre representantes y representados, es decir que no hay identidad sin la representación de sí misma a través de liderazgos, ideologías y símbolos que operan como elementos cohesivos de toda identidad. Más allá de la complejidad y las implicancias del concepto “ideología”, al igual que Aboy Carlés (2001: 66), retomamos para nuestro estudio la definición de “ideología política” como esa matriz de carácter político que identifica a grandes rasgos el sentido considerado verdadero de las acciones colectivas, el modelo y organización de sociedad legítima a la que se aspira, los detentadores legítimos de la autoridad y los medios legítimos para alcanzar los fines propuestos (Ansart, 1983). Este aspecto es fundamental para analizar la construcción identitaria del PCR, basada en una matriz de intenso normativismo, caracterizada por la presencia de fuertes certezas, anclada en una larga tradición y cargada con un vasto bagaje político y simbólico en el cual pretendió inscribirse. La representación de la propia identidad política, entonces, adquiere un status constitutivo y es evidente que, como señalan Daniel Slipak y Sebastián Giménez (2018), “Los colectivos políticos

definen sus espacios de pertenencia diferenciándose de los 'otros' con los cuales rivalizan” (p. 90). Desde ese punto de vista, estas dimensiones son claves para comprender el proceso de triple diferenciación que identificamos en la construcción del su perfil distintivo del PCR en el campo de la “nueva izquierda” y con relación al PC.

A la vez, como señalan los citados autores, “este intento de demarcación de límites conlleva necesariamente una reinención de la tradición de origen” (Slipak y Giménez, 2018: 90). Este último señalamiento es fundamental y nos vincula a la tercera dimensión que propone Aboy Carlés: la perspectiva de la tradición. Esta permite dar cuenta del proceso de devenir en el tiempo de toda identidad, atendiendo, como ya hemos señalado, al hecho de la competencia entre los actores que componen el sistema y de la tensión con la propia tradición de la unidad de referencia. Este aspecto es clave para comprender la demarcación y la disputa del comunismo revolucionario con su organización de origen. Al respecto de esta tercera dimensión, Aboy Carlés (2001) destaca que “Toda identidad política se constituye en referencia a un sistema temporal en el que la interpretación del pasado y la construcción del futuro deseado se conjugan para dotar de sentido a la acción presente” (p. 68). Esto implica que “Todo proceso de invención de una tradición implica caer en omisiones y parcialidades” (Slipak y Giménez, 2018: 92), ya que el pasado está “siempre abierto” y es plausible de ser “reconstruido en función de un presente y un porvenir” (Aboy Carlés, 2001: 69).

En ese sentido, retomando la noción de Raymond Williams (1980) y haciéndola extensiva a las identidades políticas, puede hablarse de una “tradición selectiva” (si bien toda tradición lo es, esta categoría enfatiza ese aspecto). Esta cuestión es importante porque, como en toda construcción de una identidad política, el PCR llevó a cabo un proceso de reinterpretación no sólo de la historia argentina y mundial, sino que en particular llevó a cabo una revisión crítica de la historia del PC y una resignificación de sus propias experiencias militantes. Esta operación, a la vez, dotó de sentido a su propia identidad, legitimando sus posiciones políticas del momento. En palabras de Aboy Carlés (2001), “toda unidad de referencia o de nominación resignifica su propia memoria colectiva adecuándola a exigencias del presente” (p. 69). Por lo tanto, toda reconstrucción épica del pasado también opera como fuente para la investigación en tanto permite poner en diálogo los diversos discursos sobre el pasado, más allá del supuesto “pasado empíricamente dado” al que refieren. Como en la construcción de toda identidad política, entonces, el PCR, en sus primeros años, llevó a cabo una “invención” de una tradición, emplazada como continuidad de la historia del

comunismo argentino y mundial, atravesada por un proceso de formalización y ritualización, en la que determinada visión de la historia y el uso de signos con una gran carga emocional y simbólica operaron como legitimadores de la acción y como cementador de cohesión de grupo (Hobsbawm, 1991: 105).

Asimismo, cabe incorporar la dimensión del porvenir, en referencia a la construcción del futuro deseado, a la hora de analizar a nuestro actor y a las fuentes del pasado que relevamos. Para comprender esa dinámica entre pasado y futuro, como ha destacado Kosellek (1993), un *espacio de experiencia*, en tanto acontecimientos pasados que pueden ser recordados y racionalizados, y un *horizonte de expectativas*, construido en base a proyecciones hacia el futuro desde determinado presente, son categorías analíticas que posibilitan identificar relaciones entre distintas temporalidades, ya que se entrelazan en ese presente que queremos analizar. Esta cuestión es clave a la hora de abordar nuestro problema de investigación, puesto que el horizonte de expectativas revolucionarias que atravesó la época y a nuestro actor en particular (al igual que a los demás actores con los que dialoga y polemiza) constituye un elemento decisivo para comprender sus acciones y planteamientos.

En definitiva, las tres dimensiones (alteridad, representación y perspectiva de la tradición), sumada a la perspectiva de futuro u horizonte de expectativas, se entrelazan y confluyen en un proceso constitutivo, sin que pueda establecerse (al menos de antemano) ninguna primacía de una sobre otra. Como veremos, estas dimensiones son fundamentales para el análisis de la construcción de la identidad política del PCR y sus contradictorias relaciones con la “izquierda tradicional” y las otras corrientes políticas de la “nueva izquierda”.

Por último, cabe destacar que, a lo largo de la investigación, se incorporan coordenadas que permitan comprender los sentidos de las categorías nativas empleadas por los actores. Estas, si bien no constituyen referentes conceptuales, son fundamentales para dar cuenta de los usos particulares que se ponen en juego en el seno de la trama que buscamos reconstruir y analizar.

Estrategia metodológica

La opción metodológica siempre implica concepciones específicas sobre el estudio de lo social, la producción de la evidencia empírica y su posterior análisis (Sautu, 2005). En nuestro caso, la investigación en función del problema de investigación y de los objetivos propuestos apelará a una estrategia metodológica de

tipo cualitativa en el marco de un diseño flexible. En ese sentido, cabe señalar algunas cuestiones referidas a la dimensión teórico-metodológica de nuestro estudio, en primer lugar, y a la dimensión técnico-metodológica luego.

Al respecto de la dimensión teórico-metodológica, cabe destacar, en primer lugar, la perspectiva sociopolítica y sociohistórica (Noiriel, 2011; Offerlé, 2011) que guía nuestro estudio, valiéndonos de aportes de los estudios de Historia Política (Cattaruzza, 2017; Pastoriza, 2011, entre otros), ya que nos proponemos reconstruir y analizar la experiencia de nuestro actor en estrecha ligazón con las condiciones sociales y políticas en que se desarrolló y que incidieron en su transformación.

Para el abordaje de nuestro estudio, entonces, resultan fundamentales los aportes que vinculan dos formas de conocimiento de la realidad social: la historia y la sociología. En ese sentido, la *sociohistoria* propuesta por Gérard Noiriel (2011) pretende ir más allá de la sociología histórica, la historia social y la microhistoria, en tanto lo que se busca es profundizar la crítica a la reificación de las relaciones sociales, la reflexión sobre las relaciones de poder (ambos aspectos compartidos tanto por la historia como por la sociología) y el trabajo empírico basado en el estudio de los archivos. En ese sentido, la sociohistoria constituye una valiosa caja de herramientas (Noiriel, 2011). En la misma dirección Michel Offerlé (2011) propone una sociohistoria de la política que obligue a desnaturalizar las certezas, en tanto lo que se debe hacer es interrogar a las fuentes históricas con preguntas ancladas en intereses analíticos y conceptuales que hagan posible la superación de ciertas “cegueras” ideológicas.

En relación con este último punto, conviene concebir el “pasado como problema político” (Cattaruzza, 2017), puesto que a los comunistas del PC y del PCR (aunque no solamente a ellos, por supuesto) las decisiones políticas les condicionaban las lecturas sobre el pasado que se podían permitir, y este es un aspecto que debe contemplarse. En la misma dirección, cabe destacar un punto que enfatiza Juan Carlos Torre en una entrevista (Pastoriza, 2011) cuando se refiere a la Historia Política: “La historia política debe ser una historia adonde hay que entrar, cautelosamente, pero haciendo un esfuerzo de empatía con los dilemas a los que se confrontan los personajes, para poder colocarse en aquel punto de la trama en el que para ellos la historia toda está por hacerse” (p. 244), donde el desafío principal consiste en “poder transmitir ese margen de incertidumbre con el que los personajes hicieron sus apuestas y de lograr, a la vez, que el lector acompañe el fluir de la narración suspendiendo por un tiempo - el tiempo que lleva leer un libro- lo que ya sabe sobre el desenlace de la historia” (p. 245).

En segundo lugar, ya hemos señalado la necesidad de atender a las dificultades que entraña el abordaje historiográfico de la izquierda (Camarero, 2005; Acha, 2009) y del comunismo en particular, puesto que “El terreno del estudio del comunismo sigue siendo, bajo estas nuevas condiciones [se refiere al período posterior a la caída del Muro de Berlín, la “implosión soviética” y la “liquidación” del sistema de países considerados socialistas] un importante espacio de confrontación de posiciones políticas” (Crespo, 2007: 2). Por lo tanto, para abordar la historia política de un partido comunista como en nuestro caso, recuperamos los “requisitos básicos” propuestos por Perry Anderson (1984). En primer lugar, reconstruir y analizar la *trayectoria política interna* como unidad de análisis, es decir, “la composición del partido, su organización, su liderazgo, sus luchas funcionales, sus programas y políticos, sus cambios de línea”, etc. (Anderson, 1984: 153). En segundo lugar, retomando los aportes de Antonio Gramsci, “escribir la historia de un partido político equivale a escribir la historia de la sociedad de la que dicho partido es un componente” (Anderson, 1984: 154), es decir relacionar la historia del partido con el equilibrio de fuerzas nacionales dentro de la cual se inscribe su existencia y sus prácticas, ya sea en su relación con la clase obrera en su conjunto, con otras clases y grupos, y entre los propios integrantes del partido, atendiendo muy especialmente a la tradición y a la cultura nacionales. En tercer lugar, debe inscribirse la historia del partido en el marco internacional, sin caer en el reduccionismo de concebir a los partidos comunistas alineados con la Unión Soviética como simples marionetas “cuyas extremidades eran manipuladas mecánicamente por Moscú” (p. 157); lo mismo vale para un partido como el PCR que hacia 1972 estableció relaciones oficiales con la República Popular China.

En ese camino, siguiendo a Alonso (1998), consideramos al análisis sociológico como fundamentalmente un análisis histórico porque es la historia la principal generadora de contextos, y sin contextos históricos concretos no es posible el análisis social de los discursos. En ese sentido, siendo conscientes de que “el discurso desborda al texto” y de que los discursos son prácticas realizadas desde los intereses de diferentes grupos y actores sociales, nos proponemos buscar las líneas de enunciación simbólica que tienden a representar las posiciones sociales que nos resultan esclarecedoras en torno a nuestro problema de investigación. En una palabra, la interpretación sociológica de los discursos es un análisis contextual, donde los argumentos adquieren sentido a partir de los actores que los enuncian y enmarcados en un conjunto de fuerzas sociales en conflicto que los originan (Alonso, 1998). Es por eso

que nos proponemos reconstruir sucintamente el campo de fuerzas sociales y políticas que nos permita dotar de sentido nuestra interpretación.

Esta perspectiva de análisis del discurso de la que nos valemos está en relación con la perspectiva de análisis narrativo de Coffey y Atkinson (1996). Esta propone pensar los “datos” como narrativas, en tanto nos permite analizar cómo se manejan y construyen cultural y socialmente los relatos. De esa forma, podemos pensar las experiencias de los actores en sus propios términos, expresando los significados que los actores sociales le adjudican a su expresión lingüística, más allá de nuestra interpretación. Nuestro análisis, entonces, se propone *comprender* las perspectivas de los actores que abordamos para dar cuenta significativamente (desde un abordaje sociohistórico y sociopolítico) de la complejidad de nuestro problema de investigación. Sólo así, y atendiendo a todas las precauciones que hemos consignado, podemos no sólo reconstruir y analizar las experiencias de los actores inscriptos en una trama política y social vertiginosa, sino fundamentalmente *comprender* los sentidos que le atribuyeron a sus prácticas bajo el poderoso influjo de las expectativas en un horizonte revolucionario percibido como posible y cercano.

Para ello, desde el punto de vista técnico-metodológico, en tanto técnicas en el marco de nuestra estrategia cualitativa, relevamos y analizamos fuentes documentales de distinto tipo y realizamos entrevistas en profundidad con un formato semiestructurado basado en preguntas abiertas.

Nuestra estrategia en el trabajo con fuentes consiste en la obtención de información denominada “Documentación” (Valles, 1997: 119), la cual implica el análisis y síntesis de fuentes documentales, evitando su uso para la justificación y acreditación de interpretaciones del investigador previas al desarrollo riguroso de la investigación. Resulta fundamental, a la hora de abordar discursos políticos enmarcados en procesos sociales de gran conflictividad, la preocupación sistemática por parte del investigador en reconstruir y analizar su problema de investigación sin caer en interpretaciones apologéticas, ni en descalificaciones ahistóricas. En ese camino, se analizarán todas las fuentes relacionando su contenido con su contexto social de producción, sus destinatarios (presuntos o reales), sus formas de expresión y las posiciones de sus narradores (Combessie, 2005).

A la vez, es significativo pensar en la combinación de observación y entrevista que se pone en juego en la lectura de materiales documentales: como señala Valles (1997: 120), se les puede “observar” y “entrevistar” en tanto todo documento implica

una amplia gama de registros escritos y simbólicos. Además, “el uso ventajoso de esta singular fuente de información pasa, necesariamente, por el reconocimiento de sus límites”, aunque estos, al igual que sus ventajas, son siempre relativos en tanto dependen del propósito del estudio y las decisiones de diseño (Valles, 1997: 131). En función de nuestros objetivos, cabe destacar, entre sus ventajas, el carácter de exclusividad (información con carácter único) y de historicidad (pues le da una dimensión histórica al análisis sociológico) que reviste el análisis documental, especialmente el de los documentos aprobados en los sucesivos congresos partidarios que reflejan la voz oficial del PCR, así como los boletines de discusión interna (en los que se manifiestan explícitamente las tensiones) y los artículos publicados a lo largo del período en su prensa partidaria y su revista teórica.

Desde ya, esto implica reconocer el carácter cambiante de su interpretación a lo largo del tiempo, dependiendo del contexto, ya que un mismo material documental puede ser manipulado para hacerlo decir diferentes cuestiones en distintos contextos (Valles, 1997). Siguiendo a Platt (1981) y su distinción entre problemas específicos y problemas compartidos de la investigación documental, podemos decir, en relación con los primeros, que contamos con documentos auténticos y disponibles que, por su carácter oficial, resultan representativos de los discursos que los propios actores sostienen en tanto organización partidaria con una línea política determinada. En relación con los problemas compartidos con otros tipos de investigación, cobra relevancia la ya mencionada interpretación del significado de los documentos, que resulta compleja y cambiante. Por eso, como subraya Platt (1981), es fundamental la contextualización de los documentos en pos de la interpretación de su significado, y cobra importancia el poder dar cuenta de la finalidad de los mismos, es decir hacia quiénes se dirige, cuál es la realidad social de la que da cuenta, etc.

Desde esta perspectiva, y atendiendo a las precauciones consignadas, relevamos principalmente fuentes escritas. Entre ellas, se encuentran entrevistas éditas a Otto Vargas, secretario general del PCR desde su fundación (Andrade, 2005; Brega, 2008) y cierta bibliografía ubicada entre el material académico y el testimonial como es el caso de Nadra (1968), Gilbert (2007 y 2009), Vargas (1987, 1999, 2005a, 2005b, 2006), Sánchez (2008), Nassif (2009), Molinas (2018), Echagüe (1984, 2010), Gastiazoro (2004), Arévalo (1983), entre otros. A la vez, se relevaron como fuentes primarias (según disponibilidad y pertinencia) documentos, folletos, libros y prensa del PC y del PCR, o ligados a cada partido. Han sido de especial importancia los documentos

partidarios sancionados en los congresos oficiales (PCR, 2003, 2005a y 2005b), las declaraciones públicas y los llamados “boletines de discusión” interna. Estos últimos constituyen una documentación inédita, que fue obtenida en el transcurso de nuestra investigación gracias al aporte de entrevistados.

Con respecto a las entrevistas en profundidad, siguiendo a Valles (1997), las consideramos dentro de las técnicas de conversación y hemos optado por la modalidad de entrevista basada en un guión, con la posibilidad de reordenar, agregar y reformular las preguntas en función de la situación comunicativa y su desarrollo concreto. Este estilo especialmente abierto permite la obtención de información con una gran riqueza, la clarificación y seguimiento de las preguntas y las respuestas y el contrapunto con los datos y relatos obtenidos a través del análisis documental y su comprensión.

Las entrevistas constituyen una herramienta metodológica privilegiada para acceder a la perspectiva de los actores (Piovani, 2007: 220), es decir, como una aproximación al sentido que estos le atribuyeron a sus prácticas y experiencias y cómo las interpretaron en sus propios términos. Asimismo, las entrevistas permiten, en una incursión exploratoria como esta, la reconstrucción de procesos y sucesos que no figuran en ninguna documentación ni en la bibliografía disponible (Carnovale, 2007). En ese sentido, destacamos las reflexiones en el campo de la Historia Reciente sobre la historia oral, la cual “nos dice menos sobre los *acontecimientos* que sobre su *significado*”, ya que “las fuentes orales nos dicen no sólo lo que hizo la gente sino lo que deseaba hacer, lo que creían estar haciendo y lo que ahora piensan que hicieron” (Portelli, 1991: 42). Cualquier sujeto, máxime si se trata de un actor político aún activo como es el caso de muchos de nuestros entrevistados, está mediado por un alto grado de subjetividad, incluso por lo que Alonso (1998) denomina “hipersubjetividad”, en tanto la información que brinda no debe analizarse en términos de veracidad o falsedad, “sino como el producto de un individuo en sociedad cuyos relatos deben ser contextualizados y contrastados” (Piovani, 2007: 219). En definitiva, más que una sucesión de acontecimientos vividos, sucede lo que Alonso (1998) llama una apropiación individual de una vida colectiva. Las preguntas abiertas, en ese sentido, generan mejores condiciones para acceder a la perspectiva de los actores, aunque debe tenerse presente siempre que el propio investigador, al plantear sus preguntas, establece el marco interpretativo de las respuestas, es decir, “el contexto donde lo verbalizado por los informantes tendrá sentido para la investigación y el universo cognitivo del investigador” (Guber, 2011: 72-73).

En ese sentido, a lo largo de las entrevistas, nos enfrentamos a lo que Vera Carnovale (2007), desde la perspectiva de la Historia Reciente, denomina el problema de la “empatía”, puesto que lo que el entrevistado está dispuesto o no a decir está condicionado por el hecho de quién sea el entrevistador. Por ello, la autora nos advierte que este vínculo entre entrevistador y entrevistado constituye “un terreno no siempre libre de trampas” (p. 16), ya que la identificación o simpatía político-ideológica, que no constituye necesariamente un problema en sí, sin un adecuado distanciamiento y problematización crítica puede impedirle al investigador “atravesar y trascender ese testimonio, adentrarse en sus contrasentidos o interrogarse en lo que el discurso del otro calla, silencia, o tergiversa” (p. 17). Por eso mismo el investigador debe problematizar lo que Visacovsky (2005) denomina “el temor a escribir sobre historias sagradas”, las cuales se encuentran profundamente atravesadas por las interpretaciones del pasado político argentino. En ese sentido, se debe apostar a conocer las condiciones de producción de los distintos “puntos de vista”, especialmente si son “sagrados”, puesto que estos son productos sociales específicos que deben ser interrogados para constatar olvidos, silencios, contradicciones y divergencias.

Esto implica, a su vez, “la difícil tarea de deslindar categorías propias y categorías nativas, en el aprendizaje del empleo de conceptos locales y la formulación de interrogantes significativos” (Guber, [1991] 2004: 45). También exige que una investigación no debe “confundir *versiones del pasado* con *eventos realmente sucedidos*” (Visacovsky, 2005: 276). Esto es aún más problemático cuando se entrevista militantes de izquierda y en particular si continúan en actividad política y ocupan cargos dirigenciales en sus organizaciones. Como advierte Pablo Pozzi (2013), el entrevistador frente a un militante de izquierda debe prevenirse ante un testimonio que explica el pasado en función del presente. Aunque esto fuera inevitable, el esfuerzo del analista radica en cotejar con los datos disponibles las cuestiones emergentes en la subjetividad que se construye a través de estas fuentes orales. Su potencialidad reside en que “la política” se puede cotejar en la documentación, pero la comprensión de la misma por parte del militante sólo puede rastrearse a través de un análisis adecuado de las entrevistas. En nuestro caso, los y las testimoniados registrados han empleado, entre otros recursos, el esquema de argumentación basado en explicar sus conclusiones políticas mediante la ejemplificación a través de anécdotas. Según Pozzi (2013), este modo de ir de lo personal a lo social, extendiendo la experiencia del individuo al colectivo, es propio de una matriz cultural y política ligada a la formación bolchevique

de la izquierda latinoamericana en la que el análisis general, lo que en estas organizaciones se denomina “la línea”, se construye a partir de experiencias particulares.

Por todo esto, resulta imprescindible profundizar en algunas de las consideraciones que debemos atender cuando trabajamos con entrevistas como medios para acceder a lo que ocurrió a través de las narraciones. En ese sentido, cabe distinguir, siguiendo a Portelli (2003), entre el uso de fuentes orales en la historiografía y la historia oral. En nuestro caso, en pos de reconstruir y analizar la trayectoria del PCR en el contexto del proceso político-social de los sesenta-setenta, debemos tener en cuenta siempre que entre las fuentes orales y las escritas no hay una dicotomía rígida y que en el discurso oral la presencia de la dimensión subjetiva y narrativa es más notoria y autorizada. Esto nos permite enfocarnos en dos niveles: lo que ha ocurrido y cómo ha ocurrido; y qué se ha relatado y cómo (Portelli, 2003).

En ese sentido, en la entrevista, el narrador instituye un pacto referencial con lo histórico, en el que convive el deseo de hablar de sí y de representarse, especialmente si se trata de actores cuya historia aún no ha sido contada o se le ha negado la posibilidad de hacerlo. Hay una relación estrecha entre la biografía de cada uno de los dirigentes o militantes seleccionados y la historia que buscamos reconstruir, están íntimamente ligadas la experiencia personal y privada con la vivencia colectiva, como ya hemos destacado. Es relevante, además, porque la centralidad que adquiere en la entrevista el punto de vista del narrador otorga la dimensión de la contradicción y la búsqueda de sentido (Portelli, 2003). Debe tenerse siempre presente, como subraya el citado autor, que no hay memoria sin olvido ni selección, y por eso resulta fundamental la articulación con otras técnicas y el análisis crítico del investigador, quien, en su rol de entrevistador, es de algún modo un “co-autor” (Portelli, 2003).

En ese camino, resulta fundamental que la posible “empatía” o cierta “identificación político-ideológica”, como decíamos más arriba, no nos incline a caer en la simplificación de convertirnos en voceros de los entrevistados y entrevistadas. Por eso mismo, el análisis de los discursos (tanto de las fuentes documentales como de las narraciones orales) debe centrarse en cómo la realidad social que se pretende abordar construye esos discursos y cómo estos de algún modo configuraron esa realidad social. Es decir, como hemos consignado, nos proponemos valernos de las herramientas del análisis sociológico de los discursos, que va más allá del análisis estructural de textos, puesto que pretende rastrear los factores que han generado determinada visión del

mundo que buscamos reconstruir y las reglas de coherencia que estructuran el universo de esos discursos (Alonso, 1998).

La realización de entrevistas, en particular, requiere de una serie de decisiones muestrales: a quiénes, a cuántos y cuántas veces. En nuestro caso, hemos intentado aplicar los criterios de heterogeneidad y de accesibilidad. Los criterios específicos para seleccionar a los distintos entrevistados y entrevistadas son: que se tratara de figuras centrales en la historia del PCR con roles significativos y/o de dirección durante el período abordado; que provinieran de distintos afluentes políticos confluyendo en la fundación del partido; que lo hubieran integrado en un primer momento pero luego optaran por otras corrientes por disentir con las definiciones políticas asumidas; que se opusieran a la ruptura manteniéndose en el PC o en la FJC; que pudieran brindar algún testimonio clave sobre algún proceso o acontecimiento significativo vinculado a la ruptura, fundación y desarrollo de la organización. A la vez, si bien el género en nuestro caso no constituye una variable de análisis particular, hemos intentado recuperar voces de hombres y de mujeres. A continuación, ordenadas por fecha de realización, listamos las entrevistas realizadas en el transcurso de nuestra investigación y detallamos sucintamente la información relevante y pertinente de cada entrevistado y de cada entrevistada.¹⁰

1. **Otto Vargas.** Oriundo de Río Negro, estudió Derecho en la Universidad Nacional de La Plata. Luego de una larga militancia en la FJC y el PCA, fue el secretario general del PCR desde la fundación del partido hasta su fallecimiento en 2019. Como principal dirigente por más de cincuenta años, representa la voz oficial del PCR. Entrevista personal realizada en Buenos Aires, 15 de diciembre de 2015.
2. **Eugenio Gastiazoro.** Oriundo de Entre Ríos, militó en el MALENA desde 1959. Se incorporó al PCR a fines de 1969 y su militancia estuvo centralmente ligada a la prensa partidaria, de la que fue su director desde 1974 hasta su fallecimiento en 2022. Como economista, fue uno de los intelectuales del PCR que más libros y publicaciones produjo. Entrevista personal realizada en Buenos Aires, 20 de abril de 2017.
3. **Mariano Sánchez.** Oriundo de Mar del Plata, estudió Ingeniería en la UNLP. Se afilió a la FJC en 1965 y era el secretario de organización del

¹⁰ Si bien se trata de entrevistas realizadas por el autor como parte de su metodología y, como tales, no requieren una citación Estilo APA, optamos por citarlas como *comunicaciones personales* (APA, 2021: 266) a los fines de facilitar la identificación del testificante y agilizar la lectura.

sector universitario de La Plata al momento de la ruptura. Fue el encargado de organizar el acto ante la muerte del Che Guevara en octubre de 1967. Actualmente es dirigente del Movimiento Independiente de Jubilados y Pensionados. Entrevista personal realizada en Avellaneda, 17 de septiembre de 2017.

4. **Luis Molinas.** Oriundo de la provincia de Santa Fe, fue militante universitario en la Universidad Nacional del Litoral y confluyó en el PCR a partir de su militancia en el MENAP. Desde entonces, es dirigente del PCR de Santa Fe. Entrevista personal realizada en Rosario, 25 de septiembre de 2017.
5. **Evaristo Romero.** Oriundo de Chivilcoy, estudió Medicina en La Plata y se incorporó a la FJC a mediados de los sesenta. Fue militante universitario e integrante del “frente militar”. Confluyó en la ruptura y fundación del PCR a partir del proceso que se desarrolló en la ciudad de La Plata. Luego, durante los setenta, fue dirigente de la comisión interna del Hospital “Dr. Alejandro Korn” y del PCR de La Plata. Entrevista personal realizada en La Plata, 14 de abril de 2018.
6. **Amancay Ardura.** Oriundo de Coronel Pringles, estudió Ingeniería en la Universidad Nacional del Sur. Se sumó al PCR y fue parte de la construcción partidaria en Bahía Blanca y en la zona sur de la provincia de Buenos Aires. En los setenta, se dedicó al trabajo político y sindical entre los obreros rurales y a la construcción de seccionales de FATRE en el sur de la provincia de Buenos Aires. Entrevista personal realizada en La Matanza, 15 de febrero de 2019.
7. **Oscar Laborde.** Oriundo de Avellaneda, fue militante de la FJC y del PCA, crítico de la ruptura que dio origen al PCR. Llegó a ser miembro del Comité Central del PCA hasta mediados de los noventa. Después, fue intendente de Avellaneda. Vivió en Praga en 1969, luego de la ocupación de Checoslovaquia por tropas soviéticas en 1968. Entrevista personal realizada en Avellaneda, 12 de mayo de 2019.
8. **Lucila Edelman.** Oriunda de la ciudad de Buenos Aires, estudió Medicina en la UBA. Afiliada a la FJC, fue parte de la “fracción de Medicina” desde 1962; actualmente, es una dirigente histórica del PCR. Hija de Fanny Edelman, dirigente histórica del PCA, del cual fue su

presidente desde 1970 hasta su fallecimiento en 2008. Lucila también es reconocida por su trabajo en la atención psicológica de las Madres de Plaza de Mayo desde 1977. Entrevista personal realizada en Buenos Aires, 11 de septiembre de 2019.

9. **Rosa Nassif.** Oriunda de Tucumán, estudió Psicología y fue dirigente universitaria del MENAP. Luego fue secretaria política del PCR de Tucumán, viajó a Cuba y a China en 1970. Actualmente es una dirigente histórica del PCR. Entrevista personal realizada en Buenos Aires, 15 de septiembre de 2019.
10. **Diana Kordon.** Oriunda de la ciudad de Buenos Aires, se afilió a la FJC en la escuela secundaria. Luego estudió Medicina en la UBA, fue parte de la “fracción de Medicina” desde 1962 y en la actualidad es una dirigente histórica del PCR. También ha sido reconocida por su trabajo en la atención psicológica de las Madres de Plaza de Mayo desde 1977 y por su militancia en el movimiento de Derechos Humanos. Entrevista personal realizada en Buenos Aires, 26 de septiembre de 2019.
11. **Fanny Echagüe.** Oriunda de la ciudad de Buenos Aires, era responsable nacional femenina de la FJC al momento de la fractura de 1967 y actualmente es una dirigente histórica del PCR. Es esposa de Carlos Echagüe, secretario político de la FJC de la Capital Federal al momento de la ruptura. Entrevista personal realizada en Buenos Aires, 10 de octubre de 2019.
12. **Oswaldo Pagnutti.** Oriundo de La Plata, se incorporó a la militancia en el PC a mediados de los sesenta. Fue militante universitario en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata; desde allí, confluyó en la fractura y formación del PCR. Entre fines de 1968 y la primera mitad de 1969, junto a un puñado de militantes, descontentos con el rumbo que perfilaba el comunismo revolucionario, se incorporaron a FAL, en busca de volcarse a la lucha guerrillera. Entrevista personal realizada en La Plata, 14 de febrero de 2020.
13. **Carlos Altamirano.** Se incorporó a la militancia de izquierda desde el reformismo universitario primero y luego se afilió a la FJC en Corrientes, de donde es oriundo. Hacia 1967, fue a Buenos Aires y se ligó a disidentes universitarios que formarían el nuevo partido. Se sumó

al naciente PCR y estuvo hasta comienzos de 1976, cuando se alejó por diferencias políticas. Su militancia consistió en tareas internas, por un lado, como ser el segundo responsable nacional de “Educación”, y, por el otro, tareas de carácter público, centralmente ligadas al “frente cultural”. Además, dirigió durante un período junto a Beatriz Sarlo, a la sazón su esposa, y Ricardo Piglia la revista político-cultural *Los Libros*. Actualmente, es un reconocido intelectual. Entrevista personal realizada en Buenos Aires, 20 de febrero de 2020.

14. **Jorge Kreyness.** De muy joven, había tenido un acercamiento con el Partido Socialista de Vanguardia hasta que se sumó a la FJC en 1965, cursando la escuela secundaria y en el contexto de la invasión estadounidense contra Santo Domingo en República Dominicana. Luego en 1967 ingresó a la Facultad de Derecho de la UBA. Por aquel entonces fue uno de los pocos que quedaron en el sector universitario porteño. Actualmente, es uno de los principales dirigentes del PCA. Entrevista personal realizada de forma virtual, 10 de julio de 2020.
15. **Carlos Aramayo.** Oriundo de San Salvador de Jujuy y economista, fue militante del MALENA y se incorporó al PCR hacia 1970, influenciado por Eugenio Gastiazoro, también proveniente del MLN. Actualmente es dirigente del PCR de Jujuy. Entrevista personal realizada de forma virtual, 11 de marzo de 2021.
16. **Leandro Segovia.** Oriundo de la ciudad de Buenos Aires, se afilió a la FJC en 1965 y al momento de la fractura dirigía la zona de Palermo. Como parte del “frente militar” del PCR, dirigió el atentado contra el supermercado Minimax en la Avenida Rivadavia. Fue detenido en 1972 cuando en un operativo televisado la policía encontró un arsenal de tres mil armas en su casa. Cuando fue liberado, casi dos años después, pasó a dirigir el PCR de la zona norte del Gran Buenos Aires. Entrevista personal realizada en Buenos Aires, 15 de agosto de 2021.
17. **Arnoldo Gómez.** Oriundo de la ciudad de Buenos Aires, estudió en la Facultad de Ciencias Exactas donde presenció la Noche de los Bastones Largos. Se incorporó al PCR a fines de los sesenta, fue secretario de organización del sector universitario porteño -entre 1970 y 1977- y fue uno de los principales dirigentes universitarios del FAUDI en la UBA.

Actualmente es uno de los dirigentes históricos del PCR. Entrevista personal realizada en Buenos Aires, 14 de octubre de 2021.

18. **“Pirujo” Araujo.** Oriundo de La Pampa, a comienzos de los setenta fue a estudiar a la Universidad Nacional de Córdoba. Allí, luego de un período de militancia universitaria, pasó a tomar tareas “técnicas” para el funcionamiento del Comité Zonal de Córdoba y su Comisión Política. Desde ese lugar, conoció los debates que atravesaron al núcleo de dirección del comunismo revolucionario en Córdoba hasta poco después del golpe de 1976. Actualmente reside en La Pampa. Entrevista personal realizada de forma virtual, 20 de enero de 2022.
19. **Gerardo Luna.** Oriundo de una familia numerosa de Cruz del Eje, provincia de Córdoba, se formó en el Instituto Técnico de la IKA, además de estudiar en la Universidad Tecnológica Nacional. Trabajó en Perdriel, donde trabó relación con integrantes de la Agrupación Primero de Mayo, se afilió al PCR y fue uno de los principales dirigentes de las ocupaciones de 1970 en dicha fábrica. Luego fue un activo dirigente del proceso de conducción del SMATA Córdoba bajo la dirección de Salamanca y formó parte de la dirección del PCR de Córdoba. Entrevista personal realizada de forma virtual, 25 de enero de 2022.
20. **Roque Romero.** De origen catamarqueño, fue a Córdoba a estudiar tornería, se formó en matricería en el Instituto Kaiser, gracias a lo cual pudo entrar a la planta, y cursó en la UTN. Al ingresar en Perdriel, se vinculó a Gerardo Luna (a quien había conocido en el instituto) y la agrupación Primero de Mayo. A partir de esa relación, conoció a César Álvarez y se afilió al PCR. Hacia 1971, fue elegido delegado en Perdriel y, de cara a las elecciones de 1972, fue elegido para ocupar el segundo cargo más importante en el gremio. Fue reelegido para el mismo cargo en 1974; fue detenido en octubre de ese año y liberado a fines de diciembre de 1975. Entrevista personal realizada de forma virtual, 14 de mayo de 2022.

De las veinte entrevistas realizadas, hemos registrado testimonios de sujetos con roles protagónicos en la ruptura con el PC, en la fundación del PCR y en sus primeros años hasta mediados de los setenta, así como testimoniados de procesos

gremiales, estudiantiles y culturales en los que el PCR tuvo una participación destacada. Asimismo, hemos entrevistado sujetos con visiones disidentes al PCR, sea por su adhesión al PC o porque no compartieron las definiciones acerca de la lucha armada, el peronismo y/o el maoísmo, entre otras. Hemos intentado, a la vez, que los testimoniantes sean de diversas regiones para dotar de una mirada lo más “federal” posible (Santa Fe, Jujuy, Tucumán, La Plata, Capital Federal, Bahía Blanca, Gran Buenos Aires) y que estén expresadas las distintas corrientes políticas que confluyeron en la fundación del partido, de modo tal de poder dar cuenta del heterogéneo proceso del que emergió el PCR. Si bien la mayoría de los entrevistados, en mayor o menor medida, ocupan actualmente roles de dirección en el PCR y han atravesado el proceso desde la fundación (o casi) hasta la actualidad, reúne los requisitos consignados por Bertaux (2005) de variedad de posiciones y de diferenciabilidad, en tanto ocupan roles distintos al interior de la estructura y provienen de organizaciones, regiones, clases y procesos político-sociales diversos.

De esta manera, atendiendo a las consignadas complejidades en el trabajo con fuentes documentales y testimonios (relacionándolos con su contexto social de producción), abordamos nuestro problema de investigación y reconstruimos los sentidos de los actores sobre sus prácticas y experiencias, a la vez que esto nos ha permitido comprender el proceso histórico abordado.

PRIMERA PARTE

Del PC al PCR: en busca del “camino de la revolución” (1962-1969)

En esta Primera Parte, abordaremos los orígenes del Partido Comunista Revolucionario (PCR) y las experiencias y debates que le condujeron a las primeras definiciones constitutivas de su identidad política. Para ello, buscamos analizar los procesos internos en el seno del Partido Comunista (PC)¹¹ y los itinerarios político-ideológicos, las dinámicas y los debates que recorrieron a las corrientes fundadoras y a los diversos afluentes que confluyeron en la formación del nuevo partido. Indagar en los orígenes de esta corriente política de la “nueva izquierda” (NI) implica articular el análisis con el de las tramas sociales y políticas en las cuales se inscribieron; de ese modo, procuramos subrayar la dimensión procesual de sus experiencias, debates y definiciones.

Como hemos mencionado, el proceso de fractura en el seno de la Federación Juvenil Comunista (FJC o “la Fede”) y del PC se produjo en la segunda mitad de 1967 y la aparición pública del nuevo partido fue el 6 de enero de 1968 bajo el nombre de Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria del PC (PC-CNRR), luego rebautizado PCR en marzo de 1969.¹² No obstante, abordar sus orígenes exige retrotraer el análisis hasta comienzos de los sesenta. Se trata de un período en el que las fuerzas de izquierda y el Partido Comunista en particular se vieron atravesados por procesos contradictorios y dinámicos que desembocaron en crisis de identidades partidarias, rupturas y reagrupamientos a partir de ciertas convergencias entre distintas tradiciones político-ideológicas (González Canosa, 2012). Por esa razón, hemos dividido los orígenes del PCR en dos subetapas: la gestación de la fractura (1962-1968), por un lado, y el proceso fundacional (1968-1969), por el otro.

Periodizamos el primero desde 1962 hasta la concreción de la fractura en 1967 y la fundación oficial del CNRR en enero de 1968. Situamos allí el inicio porque los

¹¹ Empleamos las siglas PC y PCA de manera indistinta para referirnos al Partido Comunista de la Argentina.

¹² Justificaron la adopción del nombre del siguiente modo: “Este es el verdadero Partido Comunista de la Argentina; y tal debería ser su única denominación, si no fuera por las necesidades de diferenciación clara (...). [Esta] tiene que marcar el rasgo esencial que divide a los dos comunismos: uno cree en el paso gradual y evolutivo al socialismo y otro (...) sólo cree en el cambio revolucionario de la sociedad” (PCR, 1969a: 244). Aquí empleamos ambas denominaciones como sinónimo a los fines de facilitar la lectura. Por otro lado, cabe destacar que, a comienzos de 1969, Vanguardia Comunista había firmado el borrador inicial de su “Proyecto de Resolución sobre construcción del Partido” para su primer Congreso (luego postergado hasta 1971) como “Vanguardia Comunista en marcha hacia la constitución del Partido Comunista Revolucionario” (incluido en Rugar, 2019: 291).

acontecimientos de aquel año fueron claves en los debates que atravesaron a la militancia comunista (al igual que a sectores del peronismo y a la “izquierda” del Partido Socialista Argentino -PSA) y porque fue entonces que comenzaron a gestarse las corrientes opositoras en el seno de la juventud y del partido que protagonizarían la ruptura de 1967. En particular, en 1962 se produjo la incipiente formación de la “fracción clandestina” que a partir de entonces establecería lazos con importantes dirigentes partidarios y se articularía con la dirección del MENAP (Movimiento Estudiantil Nacional de Acción Popular). En el Capítulo 1, abordamos la gestación de esta fracción y los debates que atravesaban a las corrientes disidentes en el PC al calor de la experiencia frondizista, el gobierno de Arturo Illia y los primeros años de la dictadura bajo la presidencia de Juan Carlos Onganía. Para nuestro análisis son fundamentales tres cuestiones: dar cuenta de la trama de procesos y razones que llevaron a la fractura; caracterizar los distintos afluentes que confluyeron en el proceso fundacional (y sus puntos de convergencia); e indagar en la influencia de la figura del Che Guevara en sus posicionamientos político-ideológicos en estos primeros pasos.

Este proceso fundacional al que hacemos referencia lo periodizamos desde la fractura a fines de 1967 y la fundación oficial propiamente dicha a comienzos de 1968 hasta la realización del I Congreso partidario en diciembre de 1969, evento en el que coagularon algunos de los principales debates y se formularon definiciones políticas claves en el proceso de construcción de un perfil político distintivo. En el Capítulo 2, abordaremos en profundidad este segundo momento, analizando los debates en torno a las modalidades de lucha armada y al tipo de organización que se apuntaba a construir, tensionados por la influencia guevarista y por el ciclo de movilizaciones que tuvo en el Cordobazo su punto más alto; este operó como modelo a partir del cual se consolidaron determinadas estrategias revolucionarias. En estos primeros años, el PCR enfatizó su delimitación con su organización de origen y, a la vez, comenzó a transitar un proceso de ruptura también con la Unión Soviética a partir de la polémica sobre la intervención militar en la llamada Primavera de Praga en 1968, debate que analizamos también en el Capítulo 2.

De esta manera, buscamos aportar al conocimiento sobre los orígenes del PCR como organización de la “nueva izquierda” y sobre la dinámica y debates que atravesaron al campo de las izquierdas, en el marco de una década vertiginosa en la que se sentaron las condiciones para el convulsionado proceso que finalmente eclosionó hacia mediados de los setenta.

CAPÍTULO 1

Tras los orígenes del PCR:

Gestación de la fractura, afluentes y fundación bajo la influencia guevarista (1962-1968)

1.1 *Por vía pacífica o por vía no pacífica: “malestares” en el Partido Comunista durante los primeros sesenta.*

El PC en los ‘60

Hemos señalado que la formación del PCR constituyó un emergente de las transformaciones en el campo de las izquierdas durante los sesenta. En ese sentido, cabe destacar que las reconfiguraciones en dicho campo se desplegaron tanto en relación con las tradiciones político-ideológicas como con los modos y prácticas políticas características de los partidos de la “izquierda tradicional”.

A principios de los sesenta, el Partido Comunista argentino era *la* izquierda, no sólo porque era la principal fuerza, sino porque además operaba como una referencia casi exclusiva para la izquierda marxista y contaba con el respaldo de la por entonces Unión Soviética. Sin embargo, a lo largo de la década, fue perdiendo ese lugar, a partir del creciente “malestar” que, de manera solapada en principio hasta llegar a adquirir la forma de cuestionamientos abiertos al “reformismo”, derivó en alejamientos, escisiones y expulsiones (Torti, 1999b).

Por un lado, el PC arrastraba un viejo malestar en el seno de su militancia: su participación en la Unión Democrática y su hostilidad inicial hacia el peronismo devino en un distanciamiento respecto de vastos sectores de la clase obrera. La inmovible identidad peronista de estas masas resultó un escollo para una línea política que la consideraba un obstáculo en el desarrollo de una “auténtica” conciencia de clase. Por otro lado, la disruptiva experiencia revolucionaria cubana había puesto en cuestión no solamente la línea específica del partido argentino, sino también la política soviética impulsada desde el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en 1956. Cuba socavó los principios de la “coexistencia pacífica” y, frente a las tesis del tránsito “no violento” al socialismo, colocó a la orden del día la revolución en los países latinoamericanos y defendió con su práctica y su discurso que la vía armada era la única posible. En ese sentido, la polémica en torno a las “vías” recorrió al campo de las

izquierdas y al PC en particular, debate que a su vez se articuló con la cuestión del carácter de la revolución y sus “etapas”.

El Partido Comunista de la Argentina (PCA) se había fundado el 6 de enero de 1918, bajo el nombre de Partido Socialista Internacional (PSI), luego renombrado en 1920 con su actual denominación. Este proceso de ruptura en el seno del Partido Socialista Argentino (PSA) se precipitó al calor del triunfo bolchevique en la Revolución Rusa. Como destaca Emilio Corbière (1984), el PSI se conformó a partir de una corriente socialista de izquierda que se originó, se desarrolló y se consolidó en el seno del PSA, reivindicando el marxismo y el carácter de clase del socialismo; tuvo una fuerte impronta obrera y juvenil (la mayoría eran jóvenes obreros manuales); y fueron los debates en torno a la Primera Guerra Mundial, centralmente, y al proceso revolucionario ruso, los que empujaron a la corriente de izquierda “internacionalista” a la ruptura y a la inmediata fundación del PSI/PCA.¹³ Fue durante la década de los treinta que el PC dio un salto importante no sólo en términos organizativos, sino también en el grado de incidencia y dirección en el movimiento obrero y popular, incluyendo una fuerte influencia en el mundo intelectual y cultural.

Cabe destacar que el argentino fue el primer partido comunista de toda América Latina y tuvo una importancia significativa en esferas políticas, sociales y culturales hasta la emergencia del peronismo. La enorme influencia de este en la clase obrera supuso un obstáculo para un partido que interpretó inicialmente el liderazgo de Perón en términos de “nazi-fascismo” y participó activamente de la alianza antiperonista en las elecciones de 1946 (Staltari, 2014). Rápidamente, ese mismo año, durante el XI Congreso partidario, el PC se autocriticó por la posición “sectario-oportunista” que lo había apartado de los obreros organizados. Allí, entonces, la caracterización del peronismo pasó a ser la de “una fuerza compuesta social y políticamente por grupos heterogéneos” (Staltari, 2014: 17) en la que luchaban dos tipos de tendencias: las “progresistas” y las “reaccionarias”.

A partir de entonces, el PC buscó mantener un difícil equilibrio con relación a la línea de “apoyar lo positivo y criticar lo negativo”, destacando siempre que no se tomaban las medidas de fondo necesarias, sino que, por el contrario, el peronismo había mantenido la estructura económica “atrasada” que había heredado de los gobiernos oligárquicos. De hecho, la política llevada a cabo por la “Revolución Libertadora”, que derrocó a Perón en 1955, era concebida por el comunismo argentino como una

¹³ Para dos análisis de estos debates, ver Cobière (1984) y Ratzel (1984).

continuación de las políticas peronistas en tanto conservaba la misma estructura económica y también afectaba el interés de los trabajadores (Camarero, 2014).

Una vez consumado el golpe del '55,¹⁴ el PC planteó el “trabajo unitario” con las masas peronistas, especialmente en el ámbito sindical. Este se fundamentaba a partir de la expectativa en una suerte de “desperonización” de la clase obrera (con el consecuente abandono de su ideología “nacionalista burguesa”) en pos de una toma de conciencia de clase que la condujera a su “verdadero” partido de vanguardia (Torti, 1999b). En ese camino, de cara a las elecciones de 1958, confluyeron con el peronismo proscripto y con gran parte de la izquierda en el apoyo al dirigente desarrollista de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) Arturo Frondizi, cuyo programa, según la dirigencia comunista, empalmaba con tareas “democráticas” pendientes en el país. Desde esa perspectiva, manifestaron su apoyo programático en pos del desarrollo del régimen democrático, de la independencia nacional y de la coexistencia pacífica entre los pueblos y las naciones.

En este posicionamiento, más que una mera táctica electoral o coyuntural, se ponían en juego aspectos programáticos del PC en función de su concepción de la revolución en la Argentina, que analizaremos a continuación, y de los nuevos dictados de la Unión Soviética a partir de su XX Congreso (la “coexistencia pacífica” como tarea principal y el apoyo a “burguesías nacionales” en países oprimidos) (Rupar, 2019). Rápidamente, el PC, como otros sectores desilusionados por la llamada “traición” de Frondizi a su programa, pasó a la oposición ya a comienzos de 1959, en un contexto atravesado por el abandono de consignas antiimperialistas, el conflicto universitario y la discusión entre la educación “laica o libre”, la represión a las luchas obreras y su creciente combatividad, y la persistencia de la proscripción al peronismo.

A comienzos de la década de los sesenta, el PC mantenía una línea política que, enmarcada en la teoría de la “revolución ininterrumpida” de Lenin,¹⁵ concebía a la

¹⁴ Como reconstruyen Gurbanov y Rodríguez (2016), a lo largo del año '55, especialmente entre el bombardeo del 16 de junio y la concreción del golpe el 16 de septiembre, el PC osciló entre una política compleja que denunciaba el golpe de estado “reaccionario” y llamaba a “cerrar el paso a la reacción oligárquica e imperialista”, al mismo tiempo que buscaba incesantemente desmarcarse del gobierno peronista. Producido el golpe, el PC sostuvo que, si bien Perón había defendido hasta el final los intereses de la “oligarquía terrateniente”, del “gran capital” y de los “monopolios extranjeros” a los que decía combatir, estos lo derrocaron por temor a que cediera a la presión de las masas (Gurbanov y Rodríguez, 2016: 119-120). Asimismo, en un principio, Codovilla distinguió dentro de la alianza golpista al sector encabezado por el general Lonardi (caracterizado como fuertemente clerical y “proimperialista yanqui”) del que expresaba el contraalmirante Rojas (considerado con inclinaciones hacia “posiciones democráticas y de cierta resistencia al imperialismo”) (Gurbanov y Rodríguez, 2016: 121).

¹⁵ Si bien la larga polémica en torno a este tema nos excede, consideramos pertinente dejar asentadas algunas aclaraciones, de ningún modo exhaustivas. Según una interpretación posible de los planteos de

Argentina como un país “dependiente del imperialismo” y sus monopolios, con una estructura económica “atrasada” producto de la gran propiedad terrateniente, lo cual “interfería” en el proceso de industrialización y en el desarrollo independiente de la economía nacional (Codovilla, 1962: 6). Esto hacía necesaria una “revolución democrática” que fuera “agraria y antiimperialista, con vistas al socialismo” (Codovilla, 1963: 5).

Esta concepción “etapista” sostenía que en la primera fase de la revolución (llamada “democrática”) se deben completar las tareas “democráticas y antiimperialistas” que posibiliten la lucha contra el imperialismo en pos de una economía independiente y la lucha contra el latifundio y los “restos feudales, semif feudales o precapitalistas” en el campo a través de la reforma agraria, ya que la clase terrateniente sería la base de la penetración imperialista. Esto quería decir que “la liquidación del feudalismo en el campo, como base para la ampliación del mercado interno necesario para el desarrollo industrial, y la cuestión nacional” (Giúdice, 1961: 19) constituían los dos componentes fundamentales de la revolución “democrático-burguesa” en los países como la Argentina. Esta revolución, en la “época del imperialismo”, debía ser realizada por el proletariado a partir de una “*sólida alianza*” (Codovilla, 1962: 4) con el campesinado y bajo la dirección de su partido de vanguardia. Esta hegemonía de la clase obrera en la revolución democrática sería la garantía de que el proceso no se detuviera en un período de desarrollo capitalista, sino que se produjera rápidamente el paso de la “etapa democrática” a la “etapa socialista”, porque entre una y otra no habría “una muralla china”.¹⁶

Desde el punto de vista del PC, estas tareas “agrarias y antiimperialistas” de la revolución democrática, aún pendientes en la Argentina, requerían que la clase obrera,

Lenin (por ejemplo, 1905a: 144; 1905b: 67; 1918: 31; 1921), en la época del capitalismo imperialista, a diferencia del capitalismo de libre competencia del siglo XIX, la revolución democrática ya no podía ser dirigida por la burguesía, sino que era la clase obrera la que, en alianza con el campesinado y demás sectores interesados, debía encabezar esa revolución y garantizar su pasaje a la etapa socialista de manera “ininterrumpida”. Desde la perspectiva de la “revolución permanente” de Trotsky ([1929] 2007), la revolución no atraviesa etapas, sino que reviste un carácter socialista desde el inicio garantizado por la dirección de la clase obrera. Volveremos sobre estos debates en el Capítulo 6.

¹⁶ Este término refiere a una formulación de Lenin: “La marcha de la revolución ha confirmado el acierto de nuestro razonamiento. Al principio, del brazo de ‘todos’ los campesinos contra la monarquía, contra los terratenientes, contra el medievalismo (y en este sentido, la revolución sigue siendo burguesa, democrático-burguesa). Después, del brazo de los campesinos pobres, del brazo del semiproletariado, del brazo de todos los explotados contra el capitalismo, incluyendo los ricachos del campo, los kulaks, los especuladores, y en este sentido, la revolución se convierte en socialista. Intentar levantar una muralla china artificial entre la primera y la segunda (revoluciones), intentar separarlas por algo más que el grado de preparación del proletariado y el grado de su unidad con los campesinos pobres, es distorsionar seriamente el marxismo...sustituirlo en cambio por el liberalismo” (Lenin, 1918: 31).

además del campesinado, se uniera con todos los sectores cuyos intereses colisionaban con el imperialismo frente a los “enemigos *principales*”, es decir “los monopolios imperialistas, los yanquis en particular, la gran burguesía intermediaria y la oligarquía terrateniente” (Codovilla, 1962: 34). De ese modo, las fuerzas “patrióticas, democráticas y progresistas” debían conformar un “Frente Democrático Nacional” (o “Patriótico Nacional”, o de “Liberación Nacional y Social”, o “antioligárquico y antimperialista”, entre otras denominaciones). Este, a través de un gobierno “democrático y popular”, debía ser capaz de alcanzar la independencia nacional, realizar la reforma agraria, combatir a los monopolios, desarrollar la industria, elevar las condiciones de vida del pueblo, democratizar la vida pública y practicar una política exterior autónoma (Tortti, 1999b).

Esta “amplia unidad” propuesta por el PC para la revolución democrática incluía a sectores de “burguesía nacional”, que debían ser parte del frente de liberación nacional y social pero, se remarcaba insistentemente, esta clase no podía ser la “*fuerza dirigente*” (Codovilla, 1962: 34). Si bien se evitaba explicitar quiénes concretamente serían sus representantes en la Argentina y cuál era la caracterización partidaria de los mismos, el PC consideraba, en sus rasgos generales, que “toda apreciación respecto de las clases debe ser histórica y concreta” (Giúdice, 1961: 21) y, por lo tanto, en cada caso se debía distinguir a la burguesía “entregada al imperialismo” y unida a la oligarquía terrateniente de aquella cuyos intereses estarían en contradicción con los de los grandes latifundistas y los monopolios imperialistas (Codovilla, 1962: 33-34).¹⁷ Asimismo, se alertaba sobre el “doble carácter” de la “burguesía nacional”, “por un lado revolucionario, y por el otro conciliador” (Codovilla, 1962: 34), en la medida en que se trata de una clase vacilante y, por su propia naturaleza, “antiobrera” (Giúdice, 1961: 21).

En cuanto a la cuestión de “las vías”, el PC se jactaba de haber sido partidario de la vía pacífica aún antes de que esta fuera sancionada como válida por el XX Congreso del PCUS; su difusa formulación en torno a este problema era el de “por vía pacífica o por vía no pacífica” (Codovilla, 1962: 26). La primera, considerada como principal, consistía en “crear las condiciones favorables para la toma del poder por vía pacífica, a

¹⁷ En el contexto de las tesis del XX Congreso del PCUS, la “Declaración de los 81 Partidos Comunistas y Obreros”, producida en la Conferencia Mundial de diciembre de 1960, establecía que “la burguesía nacional de las colonias y los países dependientes, no vinculada con los círculos imperialistas, está objetivamente interesada en que se realicen importantes tareas de la revolución antiimperialista y antifeudal (...). En este sentido, tiene un carácter progresista. Pero, al mismo tiempo, es inestable y propensa a las componendas con el imperialismo y el feudalismo. Debido a este doble carácter (...) no participa de la revolución en la misma medida. El grado de su participación depende de las condiciones concretas...” (Codovilla, 1962: 33).

través de la acción de masas, sin excluir la acción electoral”, mientras que la segunda se volvía necesaria sólo “si los círculos dirigentes del país cierran el camino para la conquista pacífica del poder” (Codovilla, 1962: 34).¹⁸ El principal dirigente del PC por aquel entonces, Victorio Codovilla, destacaba como referencia la experiencia brasileña que en aquel momento se desplegaba bajo el gobierno de Joao Goulart (1961-1964). A la vez, señalaba que en la Argentina era posible el camino pacífico debido a que la clase obrera se estaba despojando de la ideología “nacionalista burguesa” del peronismo.¹⁹

Cabe destacar que este debate sobre las vías se había agudizado a partir de la Revolución Cubana, experiencia hacia la cual el PC practicaba una postura ambivalente. Si bien diversos testimonios militantes sostienen que el PC rechazaba el proceso cubano, cabe destacar que, luego de una actitud inicial de recelo, el partido argentino desplegó iniciativas de solidaridad activa, incluido el envío de “brigadas de apoyo” y grupos de jóvenes voluntarios (Tortti, 1999b). A la vez, a medida que Cuba se enfrentaba con Estados Unidos y recibía mayor apoyo soviético, se la destacaba como una revolución “gloriosa” y “heroica” (Codovilla, 1963: 6 y 11 respectivamente), un “*luminoso ejemplo*” de que “si pudo construir su vida independiente, marchar a la construcción del socialismo y mantener a raya a los imperialistas yanquis y sus lacayos, se debió a la ayuda de *toda indole que recibió y recibe* de la Unión Soviética” [resaltado en el original] (Codovilla, 1962: 21).

En pos de socavar la posibilidad de que ese proceso revolucionario pudiera ser empleado como ejemplo para el cuestionamiento de la línea partidaria, el PC, como ha señalado Tortti (1999b), lo circunscribía al ámbito de la excepcionalidad (volviéndose imposible aplicar su modelo a otro país) o enfatizaba su rápido pasaje de la etapa democrática a la socialista, alertando siempre sobre los peligros del “aventurerismo” en el que podía desembocar una lucha guerrillera al margen de las masas.

¹⁸ Esta formulación se asemeja a la “Declaración de Principios” redactada por Juan B. Justo en el marco del I Congreso del Partido Socialista, en el que se discutió la cuestión de las vías; allí el dirigente socialista sostuvo que mientras la burguesía respetara los derechos políticos vigentes, la vía parlamentaria era el camino para que la clase obrera pudiera llegar al poder y realizar las transformaciones revolucionarias, sin descartar “otro método de acción” (refiriéndose elípticamente a la vía violenta) aunque circunscripto al ámbito de la excepcionalidad, “sólo si las circunstancias se lo imponen” (Tarcus, 2011:107).

¹⁹ Al respecto, en su “Intervención ante el XIII Congreso del PCChec”, Codovilla señaló que “las fuerzas reaccionarias argentinas y sus amos imperialistas yanquis tienen que enfrentarse (...) con un proletariado concentrado y combativo (...) que está abandonando la ideología nacionalista burguesa que le inculcara el peronismo” (incluido en PC-CNRR, 1968a: 93-94).

Rupturas y reagrupamientos: antecedentes de la gran fractura de 1967

A lo largo del período, el PCA defendió las tesis soviéticas del XX Congreso en la medida en que estas avalaban su línea política, la cual fue refrendada en su respectivo XII Congreso realizado en 1963. En este contexto, se produjeron cuestionamientos a nivel internacional (en el Movimiento Comunista Internacional –MCI-) y a nivel nacional. Al respecto de estos últimos, se intensificaron los debates sobre las “etapas” y sobre “las vías” a partir del proceso cubano (y las expectativas que generaba su posible “extensión” en territorio argentino) y de las experiencias de liberación nacional en países de África (Argelia) y Asia (Indochina), así como también de los ecos de las polémicas del PC chino con el PCUS.

Estos ejes profundizaron y precipitaron debates en el partido argentino. Como hemos señalado, fue en estos primeros años sesenta, durante la experiencia frondizista, en el que se acrecentaron los cuestionamientos desde dentro y desde fuera y se produjeron una serie de rupturas, luego de frustrados intentos de renovación partidaria. Estos grupos, si bien pequeños y de efímera duración, fueron los “eslabones” en un proceso de “reorganización de las vanguardias” que devino en una profunda división en las filas del socialismo, por un lado, y en una creciente erosión del prestigio del PC, por el otro, la cual derivó en una significativa sangría de militantes y de desprendimientos que culminarían en la gran fractura de 1967. Los “puntos de ruptura” en el socialismo y en el comunismo serían “puentes” con otras tradiciones políticas en las que también se operaba un proceso de radicalización, como las del peronismo, el nacionalismo y el catolicismo (Tortti, 2002a: 266). De allí emergió una multiplicidad de experiencias de la “nueva izquierda”, cuyos debates y afluentes sentarían las bases del auge posterior al Cordobazo.

En el caso del comunismo, a pesar de sus llamados al “trabajo unitario” y su participación activa en la creación de la Comisión Intersindical y de las “62 Organizaciones”,²⁰ el persistente recuerdo de la participación en la Unión Democrática sumado a la no “desperonización” de la clase obrera en un período de creciente combatividad, fomentó dos reacciones. Por un lado, supuso la revitalización de críticas por parte de ex militantes (como los casos de Rodolfo Puiggröss, Juan José Real y

²⁰ Una experiencia de apertura por parte del PC hacia sectores de la izquierda peronista fue la revista *Soluciones*, en el contexto del llamado al voto en blanco por parte de comunistas y peronistas en las elecciones de 1960, tras la “traición” de Frondizi. Financiada por el PC y dirigida por Ismael Viñas, contaba entre sus filas con Jorge Cooke, hermano de John, e Isidoro Gilbert, histórico militante comunista que dirigió durante casi treinta años la Agencia *Tass*, entre otros. Este emprendimiento editorial fue clave en la construcción del Movimiento Obrero Unificado. Al respecto, ver Tortti, 2011.

sectores de la “izquierda nacional”, por ejemplo, que pretendieron conjugar socialismo, nacionalismo y peronismo en un mismo movimiento político, oponiéndose a un marxismo “escolástico y mecanicista” atribuido al PC). Por el otro, los cuestionamientos de sectores “desencantados” con la “traición” de Frondizi, que confluyeron en organizaciones como el Movimiento de Liberación Nacional (MLN o MALENA) y el Grupo Praxis, entre otros.

El PC hizo frente a algunas de estas críticas en un emblemático número de Cuadernos de Cultura en 1960 (Giúdice y otros, 1961). Allí sostuvo que en los sectores medios recientemente radicalizados había emergido una “neoizquierda” que se manifestaba en dos corrientes principales. Una, atribuida a los sectores de la “izquierda nacional”, sería la que se subordinaba al peronismo y que contaba con un eclecticismo ideológico que derivaba en un abandono de la construcción del partido de clase. La otra, denostada por “ultraizquierdista”, sería la que no comprendía la realidad nacional y buscaba reemplazar la unidad de todos los sectores populares y antiimperialistas por un reducido “frente de las izquierdas” (Tortti, 1999b). En definitiva, para el comunismo argentino, se trataba de sectores de la intelectualidad “pequeñoburguesa” que en su proceso de radicalización pretendían reemplazar a la clase obrera en la dirección de la revolución.

Entre los principales grupos de la “neoizquierda”, el PC destacaba tres. Uno era aquel que se habría aferrado a un entusiasmo “desmedido” por la Revolución Cubana al considerar frustrados sus intentos por unir a las masas peronistas con una “elite izquierdista de la pequeñoburguesía” durante la experiencia frondizista. Otro provenía de las filas del Partido Socialista, se nucleaba en la revista *Situación* y se le endilgaba la pretensión de interpelar a la clase obrera peronista en pos de generar las condiciones para reemplazar el rol de vanguardia del PC.²¹ El tercero refería a Praxis, dirigido por Silvio Frondizi, quien había captado el descontento de algunos sectores frente al gobierno de su hermano a quien no había apoyado; al respecto de este grupo, el PC consideraba que por su impronta trotskista no comprendía ni la necesidad de que el proletariado se aliara con ciertos sectores de la “burguesía nacional”, ni la cuestión agraria (y por eso planteaba como tarea inmediata la colectivización).

Al mismo tiempo, militantes comunistas ligados al “frente cultural” dirigido por Héctor Agosti mantenían relaciones con grupos tildados de “neoizquierda” con la

²¹ Revista conformada por sectores del socialismo que luego formarían el Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV); se editó entre marzo de 1960 y septiembre de 1961 (Tortti, 2002a).

finalidad de capitalizar la izquierdización de capas medias y del peronismo. Como ha señalado Adriana Petra (2013), “Agosti fue el intelectual comunista que más atención prestó a este reacomodamiento del campo ideológico y político y el que mayor conciencia tenía acerca de la suerte que el partido podía correr si no era capaz de articular una respuesta que no fuera simplemente la denostación o la indiferencia” (p. 354).

Una experiencia significativa en esa dirección fue la revista *Che*. La publicación surgió a finales de 1960 por iniciativa de sectores de la “izquierda” del PS y estuvo conformada por socialistas, intelectuales independientes o provenientes del frondismo y luego también por comunistas como Juan Carlos Portantiero e Isidoro Gilbert a partir del aporte de fondos del PC para su financiación (Tortti, 2002b). Como demuestra la citada autora, en esta experiencia editorial, el epicentro estuvo dado por un perfil “cubanista” y antiimperialista, en el que predominaron los temas sobre la Revolución Cubana y la cuestión de la lucha armada, a la par de que se puede advertir un gran entusiasmo por la “revolucionarización” del peronismo, proceso que tenía en John William Cooke, por entonces en Cuba, al principal referente. Un ejemplo de la confluencia entre socialistas y comunistas en esta revista fue el activo apoyo a la candidatura de Alfredo Palacios para senador de la Capital Federal en 1961. Mientras para el PC este respaldo se inscribía en la perspectiva del armado de un “Frente Democrático Nacional, anti-oligárquico, antiimperialista y pro paz, con vistas a la formación de un gobierno de amplia coalición democrática”, *Che* exaltó el triunfo de Palacios, interpretándolo como una muestra de la adhesión a la Revolución Cubana y del vuelco hacia la izquierda de una parte del electorado peronista.

Los acontecimientos de 1962 y 1963 son claves para comprender el proceso que recorría internamente al PC. En marzo de aquel año, en consonancia con la línea política de unidad con el peronismo y al igual que otras fuerzas de izquierda, el comunismo apoyó la fórmula peronista en las elecciones de la provincia de Buenos Aires. Cuando la candidatura Framini-Anglada triunfó en las urnas, las elecciones fueron anuladas. Tanto en los socialistas de vanguardia como en sectores juveniles del PC, las expectativas estaban depositadas en un posible alzamiento de las masas ante el avasallamiento de la voluntad popular; esto no ocurrió y tampoco el peronismo convocó a la resistencia activa (Tortti, 2011).

Luego de este episodio, en julio de 1962, Codovilla lanzó su informe sobre “el giro a la izquierda” que consideraba que se estaba operando en las filas del peronismo,

cuyo máximo exponente era, a sus ojos, Andrés Framini.²² A la vez, manifestó las caracterizaciones partidarias de distintos sectores de las Fuerzas Armadas, lo cual revelaba las expectativas en el posible rol de un sector militar como parte de la línea política del partido y adelantaba su apoyo al sector de los “azules” en su enfrentamiento con los “colorados” entre septiembre de 1962 y principios de 1963. El devenir de esta línea política llevó al PC a votar en blanco en las elecciones de este año para luego identificar en el gobierno de Arturo Illia un programa “nacionalista burgués”. Volveremos sobre estos episodios en el próximo apartado, ya que su influencia fue decisiva en las corrientes disidentes que luego conformarían el PCR.

A partir de estos años, la acumulación de disconformidades internas y la negativa de la dirigencia partidaria a discutir las orgánicamente cristalizaron una serie de desprendimientos, entre los que cabe destacar la del grupo cordobés encabezado por José Aricó, que comenzó a publicar la revista *Pasado y Presente (PyP)*, y la formación de Vanguardia Revolucionaria (VR), cuyo exponente más notorio fue Juan Carlos Portantiero, quien, a su vez, formó parte de la mencionada publicación.²³ En ambos grupos fue distintiva la influencia de Antonio Gramsci, desde la cual reinterpretaron al peronismo en clave de “movimiento nacional” que podía constituir una “voluntad nacional-popular”. En ellos, también despertó expectativas la experiencia del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), un foco guerrillero instalado en Salta, dirigido por Jorge Ricardo Massetti e impulsado desde Cuba como parte de la estrategia guevarista para extender la revolución en América del Sur. Si bien hubo relaciones y una colaboración activa, esta no se tradujo en una relación orgánica (González Canosa, 2012).

El contingente disidente que formó VR, compuesto por unos 200 militantes de origen principalmente intelectual y universitario, se fue organizando en el seno del PC a partir de 1962 y concretó la ruptura a mediados de 1963. Sus integrantes fueron expulsados por el PC bajo la acusación de haber desplegado una actividad “antipartidaria y fraccionista” al servicio de “la política del imperialismo” (González Canosa, 2012). Este grupo fue especialmente crítico del “dogmatismo” atribuido a la

²² Según el dirigente comunista, el discurso de Framini era el de “un dirigente proletario que plantea los problemas desde el punto de vista de clase: de la clase obrera que quiere emanciparse de la ideología burguesa que ha representado en más de una ocasión un lastre en el movimiento obrero” (Covodilla, 1962: 17).

²³ Otra experiencia editorial significativa que se formó a partir de otro desprendimiento del PC fue *La Rosa Blindada* (Kohan, 1999 y González Canosa, 2012). Integrantes de esta revista, junto a militantes que provenían de VR, del Sindicato de Prensa y de grupos que habían roto con la FJC (como el liderado por Carlos Olmedo y el encabezado por Marcos Osatinsky), fueron parte de los afluentes que confluyeron en la fundación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) en 1970 (González Canosa, 2012).

dirección del PC, la cual, en lugar de habilitar los debates, era acusada de exigir una fidelidad sin matices hacia la línea oficial. Desde una perspectiva anclada en la terminología gramsciana, VR concebía al peronismo no como un obstáculo para el desarrollo de la conciencia de clase en las masas obreras, ni como un desvío, sino como un “movimiento nacional burgués de estructura populista” que encarnaba un “momento” necesario en la historia de la lucha de masas y que, de todos modos, debía ser superado para llegar al socialismo. Para este grupo, la revolución en la Argentina debía asumir el carácter socialista desde el inicio del proceso, ya que, al considerar al imperialismo como un “factor interno” de la estructura económica que se encontraba entrelazado con la “burguesía nacional”, no había posibilidades de colaborar con un sector de esta como proponía el PC. Con respecto al tema de las vías, consideraron que la lucha armada había sido ratificada a partir de la experiencia cubana y de las luchas de los movimientos de liberación nacional. Desde ese punto de vista, simpatizaban con la posición china en el MCI porque esta había quebrado el “monolitismo” soviético (González Canosa, 2012).

Si bien no pretendía ser una organización política, el grupo de *Pasado y Presente* compartía los núcleos fundamentales de esta perspectiva. Su contribución más valiosa fue el esfuerzo en una renovación de las lecturas del marxismo a partir de los aportes de Gramsci. En línea con lo ya señalado, *PyP* le recriminaba al PC el no haber “asimilado” correctamente las experiencias de la clase obrera por contar con un pensamiento “cosmopolita” incapaz de construir una “voluntad nacional-popular”. Asimismo, valoraba que con el peronismo la clase obrera había pasado a ser la “protagonista de la historia”, aunque fuera bajo una “ideología burguesa” y sin una dirección “independiente”. Con respecto al tema de las vías y las etapas, la revista destacaba que, según su interpretación, la experiencia cubana demostraba que la violencia podía ser un “medio para acentuar subjetivamente el enfrentamiento de clase” y que la liberación nacional y la social constituían un proceso simultáneo sin distinciones de fases ni colaboraciones burguesas (Tortti, 2003).

Como puede verse, desde los primeros sesenta, el PC fue blanco de una serie de cuestionamientos y rupturas que pusieron en juego su prestigio como principal partido de la “izquierda tradicional”. Un proceso semejante, aunque con características particulares, venía operándose en el Partido Socialista. En ambos casos, fueron los debates sobre el “camino de la revolución” en la Argentina y sus implicancias en relación con el peronismo y la cuestión nacional, el carácter de la revolución y sus

etapas, y las vías para realizarla, los que articularon la emergencia de diversas corrientes de la “nueva izquierda”.

En el período que analizamos, como destaca Carlos Altamirano (2001), el peronismo constituyó “un reordenador de las significaciones de la cultura de izquierda” (p. 97) en tanto una parte importante de las críticas a los partidos de la “izquierda tradicional” se articularon con la búsqueda por comprender el “hecho peronista” y el “problema nacional” en una Argentina “dependiente”. Para numerosos actores de la NI, esto implicó un desplazamiento de la referencia en el campo “democrático y progresista” (ubicado dentro de la corriente liberal) hacia nuevas resignificaciones articuladas en *lo nacional*. A raíz de esa operación, se buscó comprender al peronismo como una etapa más en la historia del enfrentamiento entre el pueblo-nación y las élites políticas e intelectuales. Aunque se desarrolló bajo diversas interpretaciones, se trató de una revalorización de la “cuestión nacional” y de la necesidad de integración entre socialismo y nacionalismo, entre el marxismo y el “problema nacional” argentino.

Si bien en los orígenes del comunismo revolucionario la cuestión del peronismo tuvo una importancia significativa pero tangencial, en el Capítulo 6 veremos cómo esta adquirió importancia durante el proceso de identificación con el maoísmo. Como también advierte Rugar (2018b), más que una revisión puntual sobre el peronismo, lo que primó en un principio en las corrientes disidentes del comunismo local que investigamos fue un creciente rechazo a la formulación partidaria sobre el “camino de la revolución” en la Argentina y sus consecuencias político-prácticas. Como hemos dicho, esto se enmarcó en la creciente vigencia que atravesó al debate sobre la lucha armada a partir del triunfo cubano. En ese sentido, los esfuerzos de una gran parte de la NI de aquellos años, y de nuestro actor en particular, estuvieron centrados en contribuir a la construcción de un partido “verdaderamente revolucionario”. Como ha destacado Cristina Tortti (1999b), esto fue la notoria manifestación de la crítica más contundente hacia el rol del PC en aquel momento.

Desde esa perspectiva, cobra importancia profundizar aún más en las corrientes que, aún sin romper con el Partido Comunista en aquellos primeros años sesenta, comenzaron a articularse clandestinamente para avanzar, al menos en principio, en una renovación partidaria que hiciera posible la recuperación de una estrategia “revolucionaria” para la conquista del poder en la Argentina.

1.2 La fractura: corrientes fundadoras, afluentes y debates en la formación de un partido comunista

Exactamente cincuenta años después de aquel convulsionado proceso que derivó en la fundación del Partido Comunista Argentino, el 6 de enero de 1968, aunque en nuevas condiciones políticas y sociohistóricas, parecía repetirse la historia: de sus entrañas emergió el Partido Comunista – Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria, luego Partido Comunista Revolucionario de la Argentina. Como señala Daniel Campione (2007a), este proceso de cuestionamientos y rupturas a lo largo de los sesenta, cuyo punto más alto fue la fractura y fundación del PCR, fue la segunda gran crisis del comunismo oficial (la primera había sido la emergencia del peronismo y su hegemónica influencia en la clase obrera).

La fractura del PC en 1967 es la historia de un profundo desgarramiento, tanto para el propio partido que no pudo o no quiso contener a través de las vías orgánicas todas las contradicciones y debates que amplios sectores de su militancia le reclamaban, como para quienes rompieron, educados durante años en la devoción hacia “el Partido”, en los ideales del comunismo y en la férrea disciplina partidaria.

1.2.1 El contingente principal: la fracción clandestina, las corrientes disidentes en las entrañas de la FJC y el PC y la confluencia con el MENAP

Reconstruir los pasos que llevaron a la fractura exige grandes desafíos tanto por el carácter fragmentario de la información y de los testimonios como por las disputas políticas que atravesaron el proceso. Aquí proponemos una reconstrucción posible como aproximación al conocimiento acerca de la formación de esta corriente política de la NI.

El comienzo de la gestación de la corriente opositora que protagonizaría la fractura puede situarse en 1962, año en el que, como ya hemos dicho, los virajes de línea del PC provocaron malestares y desengaños en las filas de la juventud y del partido: cuando Frondizi ganó las elecciones, el 1° de mayo de 1958, el periódico comunista *La Hora* celebró que “El pueblo entró a la Casa Rosada” (Miguez, 2011), pero rápidamente el PC pasó a la oposición y, al igual que el peronismo y los ex frondizistas, propuso votar en blanco en las elecciones de 1960 (Torti, 2011).

Hacia marzo de 1962, la “unidad de acción” con los peronistas se había transformado en el apoyo a la candidatura de Framini-Anglada, aunque frente a la anulación de las elecciones la dirigencia comunista había llamado a su militancia a “preservar el gobierno de Frondizi” para evitar un posible golpe de Estado. Esta

orientación colisionó con la consigna de “Respeto a la voluntad popular” esgrimida por comunistas y dirigentes peronistas como Marta Curone en un “Cabildo Abierto” realizado en el Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires (UBA).²⁴ Efectivamente, poco después de las elecciones, el 29 de marzo de 1962, Frondizi fue destituido por un golpe militar que permitió, a través de una maniobra política avalada por el presidente de la Corte Suprema de Justicia Julio Oyhanarte, la designación de José María Guido como presidente hasta las elecciones de 1963. En ellas, con el peronismo proscripto, fue electo Arturo Illia, de la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP).

Con respecto a la política oscilante del comunismo oficial frente a Frondizi, el relato oficial del PCR, condensado en la voz de Otto Vargas (Brega, 2008),²⁵ ha destacado la participación en el gobierno de conocidos cuadros provenientes del PC como si se tratara de una muestra de la política soviética hacia países como la Argentina bajo los dictados inaugurados por el XX Congreso, aunque el partido argentino se ubicara “formalmente” en la oposición. Entre ellos, han sido señalados no sólo Juan José Real (expulsado en 1952 cuando era secretario de organización del partido) y Rogelio Frigerio (principal exponente del desarrollismo), sino también Mario Valotta (que había sido tesorero en la FJC y se convirtió en secretario privado de Frondizi para luego vincularse al peronismo de izquierda dirigiendo publicaciones como la revista *Compañero*), Ramón Prieto (quien luego de una larga militancia comunista había formado parte de la revista “frigerista” *QUE* y de la “cookista” *De Frente* para luego ser uno de los gestores del pacto entre Perón y Frondizi) y Simón Makler (quien había sido responsable universitario del PC y ocupaba un importante puesto de asesor en la cartera económica), entre otros. El supuesto detrás de estas acusaciones radicaba en considerar que estos cuadros habían sido formalmente apartados del partido o empujados a romper con él para ser reencuadrados en una estructura especial dirigida directamente por la

²⁴ Otto Vargas relató que aquel 18 de marzo “nosotros, que teníamos preparada a la FJC, decidimos dar la orden de ganar las calles junto a los peronistas. Pero vino la orden de la dirección del PC de no movilizarse, abandonar los locales e irse a las casas” (Brega, 2008: 23). Sin embargo, tres meses después, Codovilla responsabilizó a los peronistas, en particular a su ala “derecha”, de haber frenado la lucha de masas que, a sus ojos, habría obligado a Frondizi a “desandar el rumbo de traición” y evitar que las fuerzas armadas pudieran actuar “en forma pretoriana” (Codovilla, 1962: 16).

²⁵ Oriundo de Río Negro, estudió en La Plata y se afilió a la FJC en 1949; allí cumplió diversas tareas militantes, incluyendo tareas internacionales como en la Federación Mundial de Juventudes Democráticas. A comienzos de los sesenta, era secretario de propaganda de la Fede a nivel nacional. Al producirse la fractura de 1967, era el secretario político del PC de La Plata. Al fundarse el PC-CNRR, se convirtió en su secretario general, cargo que ocupó durante más de cincuenta años hasta su fallecimiento en 2019. Como principal dirigente del PCR, consideramos su testimonio como parte constitutiva y fundamental del relato oficial del partido.

Unión Soviética para “infiltrar” y disputar posiciones dentro de los gobiernos de “burguesía nacional”. En el Capítulo 5, profundizaremos sobre esta peculiar perspectiva.

Otro ejemplo esgrimido por el relato oficial del PCR para dar cuenta de las distintas relaciones de la Unión Soviética con el gobierno de Frondizi puede hallarse en el marco de los acuerdos petroleros que produjeron una gran indignación en sectores que habían acompañado el discurso nacionalista del presidente en materia petrolera. Entre dichos acuerdos, se contrataron los servicios de la Banca Loeb en los yacimientos de Mendoza, contrato luego heredado por la petrolera norteamericana Occidental Petroleum. Esta empresa estaba dirigida por Armand Hammer, hijo de uno de los fundadores del PC estadounidense, quien había renovado sus contactos con la URSS a partir del ascenso de Nikita Jrushchov y fue el intermediario entre los secretarios generales soviéticos y siete presidentes estadounidenses, ya que su “acceso al Kremlin era único” (Yergin, 1992: 762). Por los contratos petroleros, distintos sectores de la UCRI, del peronismo y de la izquierda que lo habían apoyado, acusaron a Frondizi de haber traicionado los postulados “antiimperialistas” que había formulado en *Petróleo y Política* (1954), aunque este hiciera luego su defensa en *Petróleo y Nación* (1963), negando estas acusaciones.

Su propio vicepresidente, Alejandro Gómez, renunció en este contexto y años después denunció que la discusión sobre la educación “laica o libre”, a sus ojos, no habría sido más que una maniobra de distracción para hacer pasar los contratos y que, frente a la huelga de los obreros petroleros justamente en Mendoza, se dio la paradoja de que “agitadores comunistas” eran responsabilizados por el conflicto mientras que era el propio PC el que habría “quebrado” esa medida de fuerza bajo la excusa de evitar un golpe de Estado (Gómez, 2001: 282). Gómez, a su vez, sería candidato a gobernador por el Partido del Trabajo y el Progreso (creado por el PC) en el “Frente de Casilda” en las elecciones de Santa Fe a fines de 1961. Luego de los pocos votos obtenidos, la dirigencia comunista optó por apoyar al peronismo en las elecciones de la provincia de Buenos Aires.

Estos virajes eran atribuidos por los incipientes sectores disidentes en el PC como producto de una línea “seguidista de la burguesía” o de las contradicciones entre dirigentes que impulsaban el trabajo con los peronistas (como Codovilla) frente a los que se oponían tajantemente (como Víctor Larralde, secretario de Capital Federal),

aunque lo que primaba era la confusión y el descontento que desencadenaría una solapada crisis, especialmente entre los jóvenes.

La política de acercamiento del PC al peronismo se profundizó luego de las elecciones bonaerenses: en julio de 1962, Codovilla lanzó el mencionado informe sobre “El significado del giro a la izquierda del peronismo” (Codovilla, 1962).²⁶ En ese documento, como hemos mencionado, se destacaba que, con el beneplácito de Perón, “la izquierda” había pasado a hegemonizar el movimiento peronista en la figura de Andrés Framini y por ello se debía profundizar la unidad con esos sectores del peronismo. Este sector “combativo” se desmarcaba tanto de su ala “derecha”, formada por dirigentes como Juan Bramuglia, Domingo Mercante y Vicente Saadi y por los representantes sindicales “integracionistas”, como del ala “ultraizquierdista” en la que se ubicaba a “duros” como Sebastián Borro y Jorge Di Pascuale, entre otros. Las expectativas en este “giro a la izquierda”, para sorpresa de parte de la militancia comunista, llevaron incluso al planteamiento de la necesidad de avanzar en la creación de un partido único revolucionario con estas corrientes peronistas y con las que en aquel momento se agrupaban en el Socialismo de Vanguardia. Esto era posible porque el proceso en curso llevaría inevitablemente a que sectores obreros y populares del peronismo asumieran posiciones coincidentes con la de los comunistas y eso permitiría la asimilación progresiva del marxismo-leninismo.²⁷

Como habíamos señalado anteriormente, en el informe de Codovilla (1962) también se adelantó una caracterización de los distintos sectores en las Fuerzas Armadas, preanunciando el apoyo al bando “azul” por parte del PC. Por un lado, se distinguía al sector “ultragorila” que pretendía imponer una “dictadura fascista *abierta*”

²⁶ Según un documento del PC (1962), entre julio y octubre se difundieron 300 mil ejemplares de este informe, lo cual permite dimensionar la circulación que tuvo en su momento.

²⁷ Según Otto Vargas (comunicación personal, 15 de diciembre de 2015), el giro en la política del PC hacia el peronismo, el apoyo electoral y la teorización del “giro a la izquierda” no habían sido producto de una decisión exclusiva del PC, sino de un acuerdo entre Perón y Leonid Brezhnev en el marco de los cambios de línea operados a partir del XX Congreso. Esto le habría sido confirmado por el propio Framini, quien poco antes de morir, en una conversación con él y con Antonio Sofía, les contó cómo se había gestado ese acuerdo desde el lado del peronismo: “Perón habló con Framini (...) para armar una fórmula que fuera Framini-Perón, que iba a ser vetada y por eso se terminó armando la fórmula Framini-Anglada. Según Framini, para eso, el acuerdo fue entre Perón y Brezhnev, fue un acuerdo de Perón con la Unión Soviética. Entonces Perón le ordenó a Framini que vaya como delegado al Congreso de la Federación Sindical Mundial y que lleve como acompañante a un hombre que respondía a los soviéticos, que fue el que le escribió el discurso que Framini leyó en el Congreso, y con el que luego fueron a otros países socialistas, incluida la Unión Soviética. Entonces, como coincidimos con Framini, el giro a la izquierda no fue una decisión del Partido Comunista de la Argentina, no fue el resultado de un cambio brusco de línea política del PC, que nadie entendía ni cómo ni por qué se había producido, teniendo en cuenta que en los sindicatos y en todos lados en aquella época teníamos cruzado al peronismo, sino que se debió a un acuerdo que se había hecho mucho más arriba” (O. Vargas, comunicación personal, 15 de diciembre de 2015).

por un largo período. Por el otro, se identificaba a la corriente “aramburista” que propugnaba una “democracia *controlada*”, sosteniendo la proscripción al peronismo y al comunismo, pero operando como un posible “gobierno puente” hacia la “normalización completa del país”. Por último, se destacaba la importancia del grupo “nasserista” (en referencia al líder egipcio Gammal Abdel Nasser), el cual, si bien se le atribuía una ideología “muy confusa”, según esta caracterización, era partidario de una política exterior “neutralista”, de importantes reivindicaciones sociales y consideraba que “ningún golpe de Estado puede tener éxito sin el apoyo de una parte considerable del pueblo” (Codovilla, 1962: 6). En esta última corriente, el PC depositaba ciertas expectativas sobre la base de considerar que allí residían los sectores de las Fuerzas Armadas que podían ser parte de un proceso de liberación nacional en unidad con el pueblo, constituyendo un “ejército popular” frente al “ejército pretoriano”; desde esa perspectiva, el enfrentamiento armado entre “azules” y “colorados”, desatado en septiembre de 1962, demostraría, especialmente a partir de “los numerosos actos de fraternización entre obreros y soldados”, que “el giro a la izquierda va llegando a los cuarteles” (Ghioldi, 1963: 25-26).²⁸

Cuando comenzó el enfrentamiento armado durante el gobierno de Guido, el PC, oponiéndose a cualquier posicionamiento neutral,²⁹ se manifestó rápidamente a favor del sector “azul” o “legalista” frente al “colorado” o “ultragorila”. En el primero, según la dirigencia comunista, se agrupaban “aramburistas, nacionalistas católicos, nasseristas, semiperonistas, profesionalistas” que iban al “encuentro de algunas de las aspiraciones del pueblo” (PC, 1962, s.p.). En el segundo, se encontraban los “ultragorilas fascistas” que eran el “enemigo principal”, y, por lo tanto, se debía “auxiliar a las tropas del bando azul e inclusive incorporarse a ellas, formando grupos de civiles armados” y “llamar a los soldados del bando colorado a pasarse al bando azul o a desertar y entregar las armas al pueblo” (PC, 1962, s.p.).

Estos virajes de línea analizados, el apoyo a los “azules” y debates específicos en la universidad y en el movimiento obrero, fueron contribuyendo a que los

²⁸ Si bien el estudio sobre la incidencia del PC en las Fuerzas Armadas es aún insuficiente, en aquel contexto sostenían que “En los contactos de esos días, en la calle, se comprobó que no sólo gran parte de las tropas, sino que también incluso parte de la oficialidad aceptan y simpatizan con la política de nuestro partido” (PC, 1962, s.p.).

²⁹ Incluso criticaron duramente la posición “neutralista” de los socialistas de vanguardia. Según el PC, estos no distinguían las contradicciones entre los distintos sectores. Además, partían del “grave error” de considerar que se puede pasar en un país como la Argentina de una dictadura militar fascista a la dictadura del proletariado sin atravesar gobiernos intermedios que, “bajo presión de las masas”, realicen concesiones económicas, sociales y políticas, y preparen las “condiciones favorables para la lucha general por el poder” (PC, 1962, s.p.).

“malestares” fueran adquiriendo volumen e influencia, sobre todo en la juventud. En este contexto fue que se formó y desarrolló uno de los afluentes claves en el armado de la ruptura que eclosionaría en 1967: la fracción clandestina de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires.

Aunque en el relato oficial del PCR este nucleamiento originario tiene una referencia tangencial, los resultados de nuestra investigación nos han conducido a considerarlo un eslabón clave en la estructuración de las corrientes opositoras que saldrían a la luz en la ruptura de 1967, tal como analizamos aquí.

El nacimiento de una fracción

Bajo el influjo de la Revolución Cubana, en aquella casa de estudios, como en amplios sectores del movimiento universitario, se desarrolló un proceso de radicalización en el estudiantado. En ese marco, la agrupación dirigida por los comunistas, Agrupación Violeta de Estudiantes de Medicina (AVEM),³⁰ se unió al Movimiento Universitario Reformista – Diez (MUR-10). Esta era una ruptura del MUR tradicional (ligado al socialismo), que se constituyó a partir de diez puntos en los que se rechazaba el “gorilismo” atribuido a esa corriente que había hegemonizado el movimiento estudiantil universitario a partir del golpe contra Perón.³¹ Entonces, se produjo la unidad entre los comunistas y quienes rompieron con el MUR tradicional en un proceso de izquierdización, lo cual les permitió ganar la conducción del centro de estudiantes de Medicina por varios años con una amplia diferencia de votos. Según el testimonio de Diana Kordon (comunicación personal, 20 de septiembre de 2019), a mediados de los sesenta, la FJC llegó a tener alrededor de 450 afiliados “públicos” en la Facultad de Medicina de la UBA.³²

En ese marco, la resistencia de los comunistas de esa facultad a las políticas oficiales de la dirección del PC se fue agudizando, especialmente a partir del mencionado enfrentamiento militar entre “azules” y “colorados”. Según el testimonio de

³⁰ El violeta es un color asociado a la Reforma Universitaria de 1918.

³¹ Por “gorilismo” suele entenderse una actitud de aversión por el peronismo y su connotación es peyorativa.

³² En esta facultad, una de las luchas específicas que se desató por aquella época fue la propuesta, originada desde el movimiento estudiantil, de establecer el sistema de unidad hospitalaria, a partir del cual el estudiantado a partir del tercer año pasaban a cursar las materias en un hospital. Este proyecto, que se logró concretar y se encuentra vigente, pretendía contrarrestar el “teoricismo” que hasta entonces regía en la formación.

Lucila Edelman³³ (comunicación personal, 11 de septiembre de 2019), “estábamos en contra de que se apoyara a los azules; entonces, lo que hacíamos era actuar resistiendo las posiciones del PC a través de una cantidad de compañeros que aparecían como independientes (o como miembros de MUR-10) pero que en realidad ya actuaban junto con nosotros”; de ese modo, “decíamos que perdíamos dentro de la comisión directiva del centro de estudiantes” y, por ejemplo, en lugar de la posición del PC en aquel momento, triunfó la consigna “El pueblo al poder, los militares al cuartel”.

Ya para esa época, se empezó a conformar el núcleo que, encabezado por Antonio Sofía,³⁴ operaba clandestinamente dentro de esa facultad (en paralelo al funcionamiento orgánico de la propia FJC) y empezaba a manifestar cada vez más abiertamente sus disidencias con respecto a la línea oficial. Para Edelman (comunicación personal, 11 de septiembre de 2019), esta actividad fraccional era “estrictamente necesaria ante lo que veíamos como una terrible deformación del PC. En mi caso concreto, implicó efectivamente una ruptura familiar también”.³⁵

La importancia de esta fracción reside en dos cuestiones: su activo papel en el cuestionamiento abierto de la línea oficial y su rol articulador. Lo primero remite a debates que atravesaban al movimiento universitario y a la militancia comunista en particular. Los principales ejes de debate, más allá de otros específicos en torno a la política universitaria,³⁶ fueron tres. Uno refería a la cuestión de la lucha armada (bajo la masiva influencia de la experiencia cubana y su radicalización en un sentido socialista) frente a una línea que habilitaba las “dos vías” y consideraba a la pacífica como principal. Otro tenía que ver con el peronismo y con el “gorilismo” que se le endilgaba a la dirección comunista por su participación en la Unión Democrática, hecho conocido a nivel de masas con el que los militantes de la FJC eran insistentemente hostigados en instancias como asambleas, reuniones de delegados, congresos de la Federación Universitaria Argentina (FUA), etc. El tercero fue la discusión sobre el “burocratismo” o la falta de democracia interna en el seno del partido.

³³ Edelman, al igual que Diana Kordon, eran en aquel entonces estudiantes de Medicina y militantes de la FJC. En la actualidad, son dos dirigentes nacionales del PCR. Ambas son reconocidas por su largo trabajo en la atención psicológica de las Madres de Plaza de Mayo desde 1977.

³⁴ Afiliado a la FJC desde comienzos de los cincuenta, fue presidente del Centro de Estudiantes de la Facultad de Medicina de la UBA y cumplió un rol clave en la dirección de la fracción clandestina. Ya fundado el PCR, ocupó cargos de dirección hasta su muerte en 2017.

³⁵ Integrante de una familia histórica del PC, Lucila es hija de Fanny Edelman, presidenta del PC desde 1970 hasta su fallecimiento en 2008. La fractura del PCR en 1967 desgarró su relación por décadas.

³⁶ Para ver la línea oficial de aquel momento del PC en el movimiento estudiantil universitario, ver Kleiner, 1964.

El atribuido “gorilismo”, aunque fuera en pleno viraje a partir del “giro a la izquierda”, era considerado por estas corrientes disidentes como producto del “browderismo” que habría anidado en la dirigencia comunista. Si bien luego profundizaremos en esta cuestión, cabe señalar que con esto hacían referencia a las teorías del dirigente del PC estadounidense, Earl Browder, quien sostenía que luego de la II Guerra Mundial continuaría la alianza entre el capitalismo "democrático" y el comunismo (Celentano, 2003).

En relación con la falta de democracia interna, los disidentes ponían el centro de sus críticas en los métodos “burocráticos” y “verticalistas”. Esta reivindicación por mayor democracia interna fue uno de los ejes que más aprobación tuvo entre la militancia de la Fede y fue uno de los principales puntos de acuerdo entre las corrientes que fundarían el PCR.³⁷

A partir de la designación de “interventores” por parte de la dirección oficial, el trabajo clandestino de la fracción se fue profundizando. Su influencia fue creciendo desde la Facultad de Medicina hasta lograr incidir en la mayoría del sector universitario de la Capital Federal, en primera instancia. Pero, a la vez, fue crucial la articulación con el MENAP, el cual fue, junto a miles de militantes de la FJC y del PC, el otro gran afluente que fundó el PCR.

La Fede y el MENAP: una convergencia universitaria

El Movimiento Estudiantil Nacional de Acción Popular (MENAP) fue una organización política estudiantil, que no se conformaba como partido pero sí transitó un proceso de definiciones que lo llevó a confluir con la izquierda comunista. Era una corriente estudiantil de corte antiimperialista, con una enorme influencia de la Revolución Cubana y de la figura del Che (de hecho, sus militantes tendían a identificarse con el guevarismo). Era también especialmente crítica de las posiciones

³⁷ Para dar esta discusión internamente, la militancia disidente se referenciaba en un “Informe” (Planes, 1962), realizado en su momento por Pedro Planes, en el que se cuestionaban esos métodos a partir de encuadrarlos como “problemas organizativos y metodológicos” que atravesaban a la FJC. Según Diana Kordon (comunicación personal, 20 de septiembre de 2019), “leí el informe y yo dije 'este tipo dice todo lo que yo pienso sobre los métodos burocráticos, sobre el verticalismo', planteaba la necesidad de que la gente pensara con su cabeza, que no había que aceptar una línea que viniera de arriba para abajo sin preocupaciones, sin que se pudiera cuestionar. Bueno, planteaba una cantidad de problemas 'organizativos y metodológicos' en la Juventud pero que en realidad fueron el esbozo de los cuestionamientos políticos que se empezaban a hacer...”. Inicialmente, el otro gran referente para estos sectores fue Rodney Arismendi, por aquel entonces secretario general del Partido Comunista de Uruguay.

“reformistas” y “gorilas” que le atribuían al PC³⁸ y llegaría a tener una presencia nacional significativa.³⁹ No hemos podido precisar el momento exacto de su fundación, pero los testimonios apuntan a un proceso que se dio entre fines de 1963 y comienzos de 1964, ya con reuniones nacionales. Se formó a partir de la confluencia de un desprendimiento por izquierda del Movimiento Nacional Reformista (MNR)⁴⁰ y de un sector de independientes, atravesados por la radicalización en el movimiento estudiantil bajo el influjo del proceso revolucionario cubano. Su principal dirigente fue Ariel Seoane, quien alcanzó la presidencia de la FUA en 1963, inaugurando un ciclo de conducciones sobre la base de la unidad entre menapistas y comunistas universitarios (entre los cuales venían articulándose las corrientes disidentes frente a la línea oficial partidaria) que se extendería hasta 1970, con el PCR ya conformado.

Un aspecto relevante de la confluencia entre la ruptura de la FJC y el PC y la mayoría de integrantes del MENAP es que estos, a partir de su desarrollo dentro del movimiento universitario, le aportaron una importante proyección en el interior del país al naciente PCR, la cual empalmó con el contingente que provino del sector universitario nacional del PC, particularmente con una gran fuerza en la Capital Federal. En ese sentido, en la confluencia que fundó el PCR se destaca la presencia de militantes de Santa Fe, Tucumán, Corrientes, Córdoba, entre otras provincias, provenientes del tronco del MENAP. De este modo, podemos afirmar que en el entronque producido entre la FJC y el MENAP se puede apreciar una cierta distribución geográfica: los contingentes principales de la juventud comunista provenían de Buenos Aires mientras que los provenientes del menapismo eran centralmente de ciudades del interior del país.

La importancia de esta corriente reside en que contaban con referentes de masas en las principales universidades del país y dirigían varios centros y algunas federaciones. La fuerza principal la tenían en Tucumán, el litoral (Santa Fe y Rosario), el nordeste (Corrientes y Chaco) y La Plata (nótese que no había MENAP en Capital Federal, donde la Fede tenía su fuerza principal en el movimiento universitario). Entre quienes provinieron de esta organización y luego serían importantes dirigentes del PCR, podemos nombrar a Raúl Salvarredy⁴¹ y Juan Carlos Sanés de La Plata, Carlos Pailolle

³⁸ Particularmente, eran críticos de su posicionamiento en la Unión Democrática contra Perón, cuestión que, como hemos dicho, era debatida incluso en congresos de la FUA.

³⁹ Para una mayor profundización sobre las posiciones políticas de esta organización, ver MENAP, 1967.

⁴⁰ El sector que se mantuvo en las filas del MNR fundó el Partido Socialista Popular cuyo dirigente fue Guillermo Estévez Boero (presidente de la FUA en 1959).

⁴¹ Estudiante de Medicina en La Plata, fue uno de los principales dirigentes nacionales del MENAP y presidente de la FUA en 1966 y 1967.

y Rafael Gigli de Corrientes (dirigentes de la federación universitaria local cuando se desató el Correntinazo), Emilia Peralta y las hermanas Angelita, Norma y Rosa Nassif de Tucumán, Luis Molinas⁴² de Santa Fe y Horacio Ciafardini⁴³ de Rosario, entre otros.

El dirigente principal del MENAP, Ariel Seoane, era, según numerosos testimonios recogidos en nuestra investigación, un afiliado secreto de la FJC, cuyo objetivo era organizar al fuerte movimiento de estudiantes universitarios independientes en pleno proceso de izquierdización bajo el influjo de la Revolución Cubana. Como tal, Seoane sostuvo la alianza pública con los universitarios del PC a lo largo de los sesenta, pero a la vez fue parte de la fracción que había surgido en Medicina a través de Antonio Sofía, quien lo afilió secretamente a la Fede y luego clandestinamente lo incorporó a la fracción. Esta articulación fue clave en el entronque entre la ruptura de la juventud comunista y la militancia menapista.

Las principales corrientes disidentes en el partido

A la vez que crecía en influencia dentro de la Fede y trabajaba en conjunto con el MENAP, esta fracción, particularmente a través de Antonio Sofía y Herman “Buby” Schargrodsky, comenzó a articular secretamente (incluso para los propios miembros de Medicina) con sectores de peso en la FJC y en el partido, especialmente con dirigentes como Jorge Rocha (responsable nacional universitario por ese entonces),⁴⁴ Otto Vargas, José Ratzler⁴⁵ y Pedro Planes.⁴⁶

⁴² Luis Molinas, en los sesenta, fue presidente del centro de estudiantes de la Facultad de Ingeniería Química de la Universidad Nacional del Litoral y militaba en el MENAP de Santa Fe. Proveniente de una familia muy vinculada a la política, su abuelo, Luciano Molinas, fue uno de los fundadores de la Liga del Sur (partido político de Santa Fe, fundado en 1908), luego refundado como Partido Demócrata Progresista (PDP - su principal dirigente fue Lisandro de la Torre), y fue gobernador de Santa Fe entre 1932 y 1936 hasta que el general Agustín Justo intervino la provincia y convocó a nuevas elecciones que fueron fraudulentas. Su padre, Ricardo Molinas, también fue un destacado dirigente del PDP, militante de Derechos Humanos y se desempeñó como fiscal de la Nación. Desde la Fiscalía Nacional de Investigaciones Administrativas, durante el gobierno de Alfonsín, investigó el “caso Ítalo”, empresa que había sido dirigida por el ex ministro de economía de la dictadura, José Alfredo Martínez de Hoz, y cuya concesión había sido anulada por Isabel Perón en el marco de la investigación e intervención de la compañía poco antes del golpe de estado.

⁴³ Reconocido intelectual y economista, publicó diversos libros abordando problemáticas económicas y política de Argentina. Para un análisis de su trayectoria política e intelectual, ver Rubio, 2020.

⁴⁴ Hijo de un importante dirigente comunista de la localidad de Pehuajó, responsable nacional del sector universitario de la FJC al momento de la fractura, presidente de la Federación Universitaria Argentina en 1968 y 1969 y secretario de organización del PCR desde 1968 hasta su muerte en 2008.

⁴⁵ Ratzler se afilió a la FJC en 1944 y fue director a mediados de los cincuenta de la revista *Forjador*; en los sesenta, dirigió la revista *Juventud*. Ambas publicaciones eran de la FJC.

⁴⁶ Planes fue secretario del PC en la zona norte al momento de la ruptura y, como segundo en importancia luego de Otto Vargas, fue elegido secretario de organización del naciente PC-CNRR, pero murió pocos días después (el 23 de enero de 1968), siendo reemplazado por Jorge Rocha.

Estos tres últimos, siendo ya dirigentes importantes, incluso con una trayectoria extensa en instancias del Movimiento Comunista Internacional como la Federación Mundial de Juventudes Democráticas (FMJD) y otras, habían sido “marcados” por la dirección del PC como disidentes (Andrade, 2005). Cuando en el VIII Congreso de la FJC en 1964, organizado bajo las pautas de “centralismo con escasa democracia” (Gilbert, 2009: 433), se expresó solapadamente la mayoría con la que contaban los disidentes, el oficialismo logró que la dirección quedara en manos de Héctor Santarén (quien a su vez contaba con el respaldo de Víctor Larralde del PC de la Capital) y que los tres dirigentes antes mencionados fueran “promovidos” desde la FJC al PC, algo que implicaba un honor pero que fue entendido por ellos como un castigo, como una maniobra para dispersarlos. Planes (que venía de ser el secretario de organización de la FJC cuando Jorge Bergstein era el secretario general) pasó a dirigir la zona norte de Buenos Aires, Vargas (que venía de ser el secretario de propaganda de la FJC) a conducir el importante partido de La Plata y Ratzer “quedó en un limbo” (Gilbert, 2009: 525) y fue enviado transitoriamente a trabajar en la Agencia Soviética de Noticias *Tass*, que dirigía Isidoro Gilbert.⁴⁷ Estos tres dirigentes (Vargas, Planes y Ratzer), ya para el momento en que se realizó ese Congreso, constituían una “corriente tácita”. Según Vargas (comunicación personal, 15 de diciembre de 2015), “precisamente por eso nosotros en ese Congreso actuamos con suma prudencia porque nos tenían bien ubicados (...) y éramos mayoría”.⁴⁸

Según la versión de Héctor Santarén, el objetivo oculto de los disidentes en ese congreso fue encumbrar a Vargas como secretario general, quien por ese entonces era considerado por la inteligencia interna del partido como un “enhebrador” de una corriente disidente (Gilbert, 2009). Las sospechas sobre Vargas (y sobre Planes, Ratzer y también Carlos Echagüe que dirigía la FJC de Capital Federal) se asociaron también con el paso de todos ellos ya sea por la FMJD o por instancias de formación en la Unión Soviética. De hecho, según Vargas (en Brega, 2008), Codovilla estaba convencido de que esta ruptura había sido estimulada por un sector de la dirigencia del PC soviético que lo enfrentaba en alianza con los cubanos. Codovilla, frente a la ruptura de 1967 y en referencia a los soviéticos, habría dicho “es la tercera que me hacen” (Brega, 2008: 101), haciendo alusión a otras escisiones significativas en la historia del PCA: la que

⁴⁷ Según el testimonio de Vargas (comunicación personal, 15 de diciembre de 2015), Ratzer fue enviado a trabajar en una de las revistas teóricas que impulsaba el PC.

⁴⁸ En términos políticos, el dirigente que representaba más abiertamente la línea que los disidentes cuestionaban en un primer momento era Rodolfo Ghioldi, aunque esas críticas luego se dirigirían también hacia Codovilla en la medida en que la ruptura se había cristalizado.

estuvo encabezada por José Penelón en 1927, la de Juan José Real en 1952 y la del PCR en 1967.⁴⁹

El proceso de ruptura

Esta articulación que comenzó con la fracción de Medicina, luego se extendió hacia el sector universitario nacional y el MENAP y empalmó con dirigentes de peso en el partido y con diversas corrientes de militantes descontentos en las filas de la FJC y del PC, se puso en juego abruptamente a partir de los sucesos de 1967 que precipitaron la ruptura.

El epicentro de la fractura eclosionó en la Capital Federal, en la juventud dirigida por ese entonces por Carlos Echagüe.⁵⁰ En el proceso porteño, el extenso trabajo de la Fede en los barrios empalmó con el contingente principal en el movimiento universitario.⁵¹ En agosto de 1967, el proceso de ruptura salió a la superficie: la dirección del PC, encabezada por Victorio Codovilla (presidente del partido) y Gerónimo Arnedo Álvarez (secretario general), intentó intervenir el Comité de la FJC de la Capital Federal bajo la acusación de una falta de acatamiento a la disciplina partidaria.⁵² Esta propuesta fue rechazada por la mayoría del Comité Ejecutivo del Comité Central de la FJC el 6 de septiembre de 1967, lo cual dio cuenta de dos cuestiones: la hegemonía que tenían los disidentes en la dirección juvenil, reforzada

⁴⁹ Cabe aclarar que la de Juan José Real no fue exactamente una escisión. Este dirigente comunista, que por entonces era el preferido de Victorio Codovilla, se había prestigiado por su participación en la Guerra Civil Española y era en 1952 el secretario de organización del PC, fue expulsado bajo la acusación de una “desviación nacionalista-burguesa”. En sintonía con la frase atribuida a Codovilla, el propio Isidoro Gilbert (2007) sostuvo que “el caso Real” se trató de una “operación de la inteligencia soviética” (p. 219) orientada a acercar posiciones con el gobierno de Perón.

⁵⁰ Se afilió a los 14 años a la FJC en 1950, la representó en la FMJD entre 1961 y 1963 y por sus tareas internacionales tuvo estancias prolongadas en la Unión Soviética, países de Europa Oriental, Cuba y la República Popular China.

⁵¹ Según el testimonio de Leandro Segovia, quien se había afiliado a la FJC en 1965 y al momento de la ruptura dirigía la zona de Palermo, “para nosotros los de la dirigencia del PC eran unos pacifistas infernales” y “las contradicciones por abajo lo rebalsaban a Echagüe, que dirigía la juventud” al punto tal de que este les había advertido: “Paren la mano, muchachos, porque nos van a rajar a todos” (L. Segovia, comunicación personal, 15 de agosto de 2021). A modo de ejemplo del clima tenso que se vivía por aquellos meses entre la dirigencia comunista y la juventud porteña, Segovia recordó que fue elegido secretario político de los barrios de Palermo en una Conferencia con setenta delegados en la cual el partido no había sido invitado porque pretendía imponer otro candidato; de hecho, la elección de Segovia fue desconocida por el partido y esa situación tensó aún más las contradicciones. El proceso barrial más importante de la capital fue el de Flores, dirigido por Jacinto Roldán.

⁵² Según Fanny Echagüe (comunicación personal, 10 de octubre de 2019), quien fuera responsable nacional femenina de la FJC y esposa de Carlos, en el Comité de la Capital la mayoría de sus integrantes, salvo tres, se ubicaban en la corriente disidente. De acuerdo a su testimonio, en el contexto del proceso de ruptura en la capital, un militante de la Fede alineado con la línea oficial sacó un arma en una reunión con la intención de asesinar a Carlos Echagüe, intento que fue impedido por la intervención de Darío Lagos, esposo de Diana Kordon.

especialmente a partir de la VIII Conferencia Nacional realizada a fines de mayo de ese año, y la posibilidad cierta de que estos sectores prevalecieran en el próximo congreso partidario.

Ante esta amenaza, la dirección oficialista decidió precipitar la ruptura: expulsó una gran cantidad de dirigentes de la juventud. Frente a esta maniobra, valiéndose de la mayoría con que contaban, los disidentes convocaron a una reunión del Comité Central para el 21 de septiembre de 1967.⁵³ En ella, como la minoría oficialista se ausentó y contaban con el número suficiente para llevarla a cabo, se resolvió la elaboración de un documento político titulado “Hacia el IX Congreso. Por la unidad y la defensa de la FJC y el PC sobre la base de los principios leninistas” (FJC-CC, 1967).

Del análisis de este documento, se desprende claramente que los disidentes, antes que romper definitivamente, apuntaban a ganar a todos los cuadros posibles dentro de la juventud y del PC. De hecho, una vez cristalizada definitivamente la ruptura el 6 de enero de 1968 (hasta la adopción de su nombre definitivo en marzo de 1969), sostuvieron esa táctica denominándose Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria, es decir constituyendo un “Comité nacional” que se proponía la “recuperación revolucionaria” del PC frente al “Comité Central oportunista”.⁵⁴ Si bien ya se trataba de un partido político diferenciado, manifestaron la voluntad de disolver el CNRR si se levantaban las sanciones y expulsiones “antiestatutarias”, si se permitía la reincorporación de los expulsados a sus puestos y si se habilitaba la discusión orgánica. A tal punto persistieron en esta táctica de “recuperación revolucionaria” del PC para atraer a la mayor cantidad de militancia posible que, aún en noviembre de 1968, casi un año después de fundado el CNRR, elaboraron sus propias “Tesis para el XIII Congreso” (PC-CNRR, 1968c) que luego serían las bases del I Congreso del PCR.

Para impedir que la fractura pasara a mayores, la dirección partidaria precipitó la ruptura al intervenir de hecho el Comité de la FJC de Capital Federal y expulsar a numerosos afiliados bajo la acusación de “fraccionistas”. Luego se les sumaron sectores de Santa Fe, La Plata, zona norte y zona sur del Gran Buenos Aires, Tucumán, Bahía Blanca, Córdoba, Mendoza, entre otros.

A lo largo de esta reconstrucción, puede verse cómo las corrientes disidentes, en el seno de un partido que tendía al monolitismo, debieron moverse con suma cautela

⁵³ Por este motivo, según el testimonio de Mariano Sánchez (comunicación personal, 17 de septiembre de 2017), quien por ese entonces era secretario de organización del sector universitario de La Plata, fueron llamados “el grupo primavera”.

⁵⁴ Por “oportunismo político” se hace referencia, en términos despectivos, a la actitud de aprovechar al máximo las circunstancias en pos del propio beneficio, más allá de las convicciones y principios.

para no ser sancionadas; valga a modo de ejemplo el caso particular de Jorge Rocha. Él y Salvarredy enviaron a Luis Molinas a Bolivia, en calidad de secretario de relaciones internacionales de la FUA, en junio de 1967, como parte de una delegación que viajaría a La Paz.⁵⁵ Al mismo tiempo, Salvarredy, como presidente de la FUA, debía viajar a Cuba, integrando la delegación argentina en la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), y por la reunión Tricontinental que había aprobado la Declaración de La Habana. Según el testimonio de Molinas (comunicación personal, 25 de septiembre de 2017), más allá del objetivo formal de la delegación, Rocha le dio las siguientes instrucciones: no debía firmar ninguna declaración que no incluyera explícitamente la solidaridad con la guerrilla y debía averiguar si efectivamente el Che Guevara estaba en Bolivia, cuáles eran las posiciones de las organizaciones de izquierda y especialmente si existían contradicciones entre el PC y su ala juvenil en torno a la valoración del Che y de la guerrilla.⁵⁶

Sin embargo, cuando en una reunión con representantes del MENAP, de la FJC y del PC, Alcira de la Peña (importante dirigente del secretariado del PC en aquel entonces) intentó oponerse a que Salvarredy como representante de la FUA viajara a la OLAS, Rocha, públicamente alineado con la posición oficial que expresaba de la Peña, planteó que la exclusión del PC de la invitación era agravante, que no se podía tolerar y amenazó incluso con romper la alianza con el MENAP en caso de que Salvarredy decidiera viajar. En realidad era uno de los impulsores de esos viajes y discrepaba con las valoraciones que la dirección de su partido hacía sobre la Revolución Cubana y la figura del Che. Todo esto ocurría pocos meses antes de que la ruptura saliera a la luz. De hecho, distintos testimonios recogidos en nuestra investigación ponderan como central el rol de Rocha en la formación del nuevo partido, al punto de sindicarlo como el

⁵⁵ El objetivo de la delegación era reclamar la libertad del intelectual francés Régis Debray y del fotógrafo y pintor argentino Ciro Bustos, detenidos por la dictadura boliviana; la iniciativa había partido de Luis Cerruti Costa, del Movimiento Antiimperialista y de Solidaridad con los Pueblos de América Latina (MASPLA), quien había sido Ministro de Trabajo en la época del General Lonardi, era muy cercano al PC y sería el presidente de la comitiva, como de otras iniciativas antiimperialistas de la época, y terminaría siendo director del diario *El Mundo* en 1973 cuando este era propiedad del PRT-ERP. Asimismo, formarían parte de esa comisión el cura jesuita Carlos Mugica, un representante de la Asociación Obrera Minera Argentina (AOMA) y un representante del Partido Comunista llamado Viaggio (L. Molinas, comunicación personal, 25 de septiembre de 2017).

⁵⁶ Para una visión testimonial sobre la Bolivia en tiempos de la guerrilla del Che y sobre las miradas de distintos sectores políticos acerca de su lucha, ver Molinas, 2018.

enhebrador principal de las distintas corrientes disidentes en la FJC, aliadas al MENAP, y la articulación con sectores y dirigentes partidarios.⁵⁷

Las razones de la fractura

Como en todo enfrentamiento político, las razones que derivaron en la ruptura fueron controversiales. Para la dirección del PC y de la FJC, la escisión se debió a un “grupito antipartidario” y “fraccionista”, encabezado por Jorge Rocha y Carlos Echagüe, cuyo objetivo habría sido el de sabotear la línea oficial, impulsando una posición “aventurera, sectaria” tendiente a aislar al partido de los sectores juveniles y a reemplazar “la acción organizada y consciente de las masas obreras y populares por la actividad aventurera de una elite de seudorrevolucionarios pequeñoburgueses”(FJC, 1967a y 1967b). Con esta terminología, la dirección oficialista les atribuía a los disidentes los posicionamientos considerados “foquistas” y “pequeñoburgueses” que asociaban al “guevarismo”; también se los acusaba de “maoístas”, “trotskistas” y partidarios de la “izquierda nacional”.⁵⁸

Para el naciente PCR, por el contrario, la crisis en el PC era producto de una “*clara y profunda desviación oportunista* [resaltado en el original]” (PC-CNRR, 1968a: 95), explicada a partir de concepciones “browderistas” atribuidas a la dirección oficial y estimuladas por el XX Congreso del PCUS. Influenciada por las posiciones de Browder en Estados Unidos, esta perspectiva, como ya adelantamos, implicaba la creencia en que existía una posibilidad concreta de cooperación durante la posguerra entre un sector del capitalismo estadounidense con la Unión Soviética para la realización de transformaciones democráticas en el “mundo capitalista”.⁵⁹ De hecho, fue el propio

⁵⁷ Varios testimonios se han preocupado por destacar que Rocha “enhebró” a las distintas corrientes con una “idea de partido” y no con la idea de una “sublevación universitaria” (por ejemplo, A. Gómez, comunicación personal, 14 de octubre de 2021).

⁵⁸ El hecho de que entre los contingentes que empalmaron con la ruptura hubiera familiares directos de dirigentes históricos del partido (caso Lucila Edelman, Clelia Iscaro, Jorge Rocha, por citar algunos ejemplos) y militantes con una larga trayectoria partidaria condicionó la posibilidad de acusarlos de “agentes del enemigo” como había ocurrido en desprendimientos previos.

⁵⁹ Cabe destacar, por un lado, que la influencia de las tesis del “browderismo” no fue exclusiva de la dirección del PCA, sino que estos postulados estaban en sintonía con las expectativas que la propia URSS albergaba en torno a la colaboración con las potencias occidentales. Por otro lado, cabe subrayar que, aproximadamente al mismo tiempo que la disidencia comunista en la Argentina atribuía a la influencia de las tesis de Browder la explicación de las “desviaciones” del PC, los maoístas en China polemizaban con el PCUS haciendo alusión, entre otras cuestiones, a la línea de continuidad en términos de “revisiónismo” que habrían expresado el dirigente estadounidense, el mariscal Tito y Jrushchov (más allá de sus diferencias). Según un documento de la época (*Renmin Ribao y Hongqi*, 1964), en el que se profundizaba en las semejanzas entre esos tres dirigentes, el PCCh señaló que “El revisionismo de Jrushchov no es otra cosa que la continuación y el desarrollo del revisionismo de Browder y de Tito” (p. 370). Cabe preguntarse si la valoración del browderismo en aquella época fue una mera coincidencia entre la

Codovilla el principal vocero de estas posiciones, partiendo de la idea de que Estados Unidos, Inglaterra y la URSS podían tener objetivos comunes. A ojos del PCR, en la influencia de esa tesis se debían buscar, por ejemplo, las razones que llevaron al PC argentino a confluir en la Unión Democrática contra Perón, aliándose a los sectores “liberales” y “democráticos” ligados a las potencias vencedoras frente a un militar asociado al fascismo derrotado en la II Guerra Mundial.

Como se desprende de su “Declaración Constitutiva” (PC-CNRR, 1968a), los puntos de unión más importantes entre las corrientes que confluieron en el PCR fueron cuatro. El primero estuvo vinculado a la falta de democracia interna en el PC, que habría imposibilitado la discusión a través de los canales orgánicos; desde ese punto de vista, se denunciaban los métodos “centralistas-burocráticos”.⁶⁰ El segundo tuvo que ver con el posicionamiento a favor de la lucha armada como única vía para el triunfo de la revolución, bajo el influjo del ejemplo cubano y frente a las expectativas del PC en torno al tránsito pacífico. El tercer punto hacía referencia al repudio a las posturas internacionales del partido, alineadas con la política soviética, y especialmente por su oposición a la OLAS, instancia de coordinación impulsada por Cuba cuya primera reunión se realizó poco antes de la fractura.⁶¹ El cuarto y último punto se vinculó con la defensa de la “hegemonía obrera” en la revolución, frente al “seguidismo de la burguesía” que le atribuían a la dirección partidaria. En ese sentido, el PCR sostuvo que esta línea subordinaba al PC en cada coyuntura a distintas alternativas de la burguesía, sea “liberal” o “nacionalista”, con el objetivo de evitar siempre un “mal mayor”. En su documento fundacional, los disidentes sostuvieron que “si bien no podemos concluir que la Dirección del Partido cree que la burguesía está capacitada para dirigir y realizar la revolución democrática, agraria y antiimperialista, trabaja con la concepción de que esa burguesía será capaz de abrir ese proceso revolucionario en nuestro país y, en los hechos, posterga la lucha por la hegemonía de la clase obrera” (PC-CNRR, 1968a: 96).

disidencia comunista argentina y el maoísmo chino en el contexto de los debates en el MCI, o si ya existían vasos comunicantes entre ambas corrientes que hicieron posibles esas semejanzas. No contamos con otros elementos para aseverar lo segundo.

⁶⁰ Cabe tener presente también que entre el XI Congreso (1946) y el XII Congreso (1963) habían transcurrido diecisiete años. Según denunciaron los disidentes, los delegados al XII Congreso no fueron elegidos en asambleas y conferencias (estas se habrían realizado con posterioridad) y se enteraron en el mismo momento que la discusión central no versaría en torno a las “Bases de discusión” editadas en 1959, sino al informe de Codovilla “Sobre el significado del giro a la izquierda en el peronismo” de 1962 (PC-CNRR, 1968a).

⁶¹ Para un análisis acerca de la influencia de la Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad en la “nueva izquierda”, ver Marchesi, 2014.

Esta cuestión es muy importante, ya que, a ojos de los disidentes, esa orientación era la que permitía comprender diversos posicionamientos históricos: no sólo la participación en la Unión Democrática, sino también la “benevolencia” frente a sectores burgueses y la “intransigencia” frente a otras fuerzas de izquierda, así como también distintas caracterizaciones partidarias. Entre los ejemplos de esto último, se destacaba la atribución al contraalmirante Rojas de posiciones “democráticas” y de “cierta resistencia al imperialismo yanqui”, el que derivó en el apoyo a Frondizi y luego al sector “azul” de las Fuerzas Armadas, el que caracterizaba a Framini como un dirigente clasista en el contexto del “giro a la izquierda” en el peronismo,⁶² y el que propició el apoyo al gobierno de Illia y los acuerdos con direcciones sindicales como la de Augusto Vandor.

Al respecto, en el artículo “¿Por qué no se quiere discutir?” (Vargas, 1967),⁶³ se cuestionaron las “ilusiones” que la dirección comunista había depositado en el gobierno de Illia, concibiéndolo como una “brecha democrática”, en la cual, ante los intentos golpistas, el presidente habría podido reorganizar su gabinete incorporando representantes de diversos partidos democráticos, entre ellos el comunista. Estas expectativas derivaron en reproche cuando consideraron que Illia no sólo no “forcejeó” con el imperialismo, sino que “en vez de apoyarse en el pueblo, negoció o maniobró con sus enemigos” (p. 62). Para Vargas y los disidentes, esta era la manifestación de una línea “seguidista de la burguesía”, en este caso “liberal”, que olvidaba que “el radicalismo es expresión política de una burguesía agraria e industrial que nació castrada de sus posibilidades revolucionarias” (Vargas, 1967: 64).

Esta “desviación oportunista”, a ojos de los disidentes, se manifestaba también en el plano sindical, especialmente cuando frente a la dictadura se impulsaba la “más amplia unidad para derribar a Juan Carlos Onganía y abrir una brecha democrática” y ello se traducía en acuerdos con dirigentes sindicales “conciliadores”, incluyendo el propio Augusto Vandor. De hecho, uno de los momentos álgidos en el que se había tensado la discusión entre la dirección oficialista y los sectores disidentes que anidaban en el Comité Central de la FJC, fue cuando en este último se esgrimieron internamente

⁶² Para los disidentes, Framini era un “*burócrata sindical al servicio de la burguesía que, en un momento de auge de masas, planteó los problemas desde el punto de vista del sector kennedista del imperialismo yanqui*” [resaltado en el original] (Vargas, 1967: 58).

⁶³ Escrito por Otto Vargas, fue publicado como suplemento de la revista *Forjador*, que era la publicación del Comité Central de la FJC y había quedado en manos de los disidentes. Fue enviado, a su vez, para su publicación en la revista teórica *Nueva Era* del PC, cosa que desde luego no ocurrió. En el artículo, a cuatro meses de comenzado el proceso de crisis en la FJC y el PC, se sintetizaron las principales divergencias esgrimidas por los sectores expulsados.

fuertes críticas hacia el documento “Por una CGT unitaria, poderosa y combativa” elaborado en 1966 por el dirigente sindical del PC y responsable del Movimiento de Unidad y Coordinación Sindical (MUCS) Vicente Marischi (1966). En él, pocos días antes de que se produjera el golpe de Estado que llevó a Onganía al poder en 1966, este dirigente maderero celebró la conformación del Consejo Directivo y del Secretariado Nacional de la Confederación General del Trabajo (CGT). Esto había sido posible a partir de un “criterio de unidad y sobre bases programáticas y de lucha” (Marischi, 1966: 3) entre las “62 Organizaciones”, algunos de los “Gremios Independientes” (ligados al socialismo y al dirigente Riego Ribas), y el propio MUCS, junto a otros sectores no alineados, en oposición al sector de las “62 Organizaciones De Pie Junto a Perón” de José Alonso y Andrés Framini. Según el escrito, la unidad en la CGT entre esos sectores, incluyendo a los comunistas, se concretó gracias a la política que se dio el PC hacia el peronismo y especialmente debido al rol de dirigentes sindicales como Vandor (metalúrgicos), Adolfo Cavalli (petroleros del Estado), Gerónimo Izzeta (municipales), Rogelio Coria (construcción), Francisco Prado (Luz y Fuerza) y Estaquio Tolosa (portuarios), entre otros. Justamente serían estos dirigentes sindicales los que establecerían vínculos y canales de diálogo con la dictadura de Onganía, lo cual desataría fuertes críticas por parte de los sectores disidentes de la dirección juvenil, tal como sostuvieron en su documento “Hacia el IX Congreso” (FJC-CC, 1967).

Para la disidencia comunista, era precisamente en todas estas políticas “oportunistas” que debían buscarse también las causas del “retroceso” de la fuerza partidaria en el movimiento obrero.⁶⁴ En definitiva, los cuestionamientos formulados en el artículo analizado buscaron demostrar que “*todas nuestras consignas fundamentales y nuestra orientación táctica principal enfilan a empujar a las fuerzas burguesas en general o alzarse contra la dictadura cumpliendo nosotros y la clase obrera un rol secundario en esto*” [resaltado en el original] (Vargas, 1967: 71), sobre la base de creer que “*solo la burguesía será capaz de iniciar el proceso revolucionario en el país*” [resaltado en el original] (p. 69).

Sobre la base de estas polémicas, las “violaciones estatutarias” que dieron cauce a la crisis partidaria “más grave de su historia” se atribuyeron al intento, por parte de la dirección del PC y especialmente de su Secretariado Nacional, de impedir la discusión

⁶⁴ Al respecto, en octubre de 1967, los disidentes en la dirección juvenil remarcaron que, a pesar de ser acusados de “aventureros” y “sectarios”, sólo en la FJC de la Capital Federal los delegados sindicales habían pasado en la última Conferencia de 25 a 75, particularmente con presencia en el Movimiento Unitario Metalúrgico, la coordinadora bancaria, la de Empleados de Comercio y en Luz y Fuerza (FJC-CC, 1967: 20).

orgánica de estos debates exigidos por los sectores disidentes en la dirección juvenil, lo cual, como hemos visto, precipitó la ruptura.⁶⁵

Si bien en la historia oficial del Partido Comunista (Arévalo, 1983) esta fractura aparece como producto de la actividad “divisionista” del maoísmo y reducida a un “limitado intento fraccional” (p. 112), el número de afiliados involucrados evidentemente fue más que significativo. Si bien no puede establecerse con precisión, debido a la propia estructura compartimentada y clandestina de la organización, la ruptura alcanzó a miles de militantes: unos cuatro mil, según sus principales dirigentes; unos dos mil, según Sergio Rodríguez, integrante del núcleo fundador y luego expulsado en 1972 (Gilbert, 2009); y unos tres mil, según los documentos internos aprobados por el I Congreso (PCR, 1969b: 383), probablemente la cifra que más se aproxima a la realidad. En definitiva, se trató de una fractura en la que miles se alejaron del partido en un proceso que no había tenido precedentes en nuestro país. Desde ya, como es esperable, el número de militantes que confluieron en el PCR inicialmente fue disminuyendo en un proceso posterior, a partir de la profundización en las definiciones políticas concretas en torno al rumbo a seguir.

Cabe destacar que en la ruptura confluyeron distintas situaciones. Por un lado, los dirigentes de la FJC expulsados por “fraccionistas”, algunos de los cuales efectivamente venían conformando una corriente disidente con una organización clandestina dentro de la propia estructura partidaria, junto a otros que, críticos de la política oficial del PC, habían logrado hegemonizar la dirección de la Fede. Por el otro, los dirigentes del partido que apoyaron a los sectores juveniles, quienes fueron expulsados al rehusarse a “depurar” la organización expulsando a los disidentes.⁶⁶ Por último, cabe tener en cuenta que numerosos militantes acompañaron las críticas de sus dirigentes cercanos a la conducción del PC y se fueron por propia voluntad, o en otros casos se alejaron de la militancia política.

⁶⁵ En su artículo, Vargas (1967) busca establecer una línea de continuidad entre la “autocrítica” del PC en 1946 luego de participar de la Unión Democrática con las críticas realizadas en 1967 por la mayoría disidente que conformaba el Comité Central de la FJC: “Al releer ahora la autocrítica parcial (...) sobre los errores oportunistas y aventureros anteriores a febrero de 1946, cometidos por 'temor a perder aliados' en el campo de la burguesía y 'en la creencia que no había que crear dificultades a los aliados internos y externos', y por 'relegar el programa de la revolución agraria y antiimperialista', *uno cree estar leyendo las mismas críticas que el CC de la FJC acaba de hacer* [resaltado en el original]” (p. 69).

⁶⁶ Según el testimonio de Mariano Sánchez (comunicación personal, 17 de septiembre de 2017), en una reunión entre el sector universitario de la FJC, su dirección provincial (encabezada por el oficialista Jorge Pereyra) y la dirección del partido, Otto Vargas, en lugar de criticarlos, defendió las posiciones de los sectores juveniles y se puso de su lado; como la respuesta de la dirección partidaria fue sancionarlo, gran parte de la estructura orgánica de la FJC y del PC de La Plata se fue con él. “No es que alguien nos comunicó que nos habían echado”, aclaró Sánchez.

Según Otto Vargas (Andrade, 2005), quienes organizaron la fractura fueron los sectores juveniles, mientras que él y otros dirigentes del partido (Planes, Ratzler y otros) no habían sido parte de la actividad fraccional, sino que los apoyaron (aunque reconociendo que desde hacía tiempo los unían “vasos comunicantes”). De cualquier manera, es evidente que, en más de un sentido, Vargas fue una figura clave en todo este proceso; de hecho, fue el autor de los primeros documentos que polemizaron abiertamente con la línea oficial de la dirección del PC y, desde la fundación, fue elegido secretario general, ejerciendo entre las distintas corrientes que confluyeron un liderazgo que perduraría hasta su muerte en 2019.

Cabe destacar que, más allá de la relevancia que tuvo a nivel de direcciones y en ciudades como Corrientes, Rosario, Santa Fe, Mendoza y Bahía Blanca, en algunos lugares la fractura implicó el alejamiento de la gran mayoría de la militancia de la zona. Tres fueron los puntos más importantes en los que la masividad de la ruptura constituyó un duro cimbronazo para el comunismo oficial. Uno fue la Capital Federal, donde, además de varios militantes sindicales importantes e integrantes del “aparato militar” partidario, se fueron los más destacados cuadros de las organizaciones barriales y el grueso de los estudiantes universitarios. Al respecto de la envergadura que tuvo la escisión en la militancia universitaria, Jorge Kreyne (comunicación personal, 10 de julio de 2020), actual dirigente del PC y por aquel entonces uno de los pocos que quedaron en el sector universitario porteño, sostuvo que allí fueron menos de veinte los estudiantes que se mantuvieron alineados con la dirección oficialista.

Otro de los lugares fue La Plata, en donde la ruptura fue masiva (alrededor de cuatrocientos militantes, según los testimonios) y heterogénea, ya que confluyeron los sectores universitarios (que dirigían varios centros de estudiantes), secundarios (con una importante base en el Colegio Nacional) y los que trabajaban en el movimiento obrero (entre ellos los principales dirigentes sindicales del frigorífico Swift-Armour, la dirección de la Lista Verde de Astilleros Río Santiago, una “célula” de la Destilería de YPF, la dirección de la Unión Ferroviaria de Tolosa y sectores diversos como la dirección del sindicato de operadores cinematográficos).⁶⁷

Por último, la fractura en el sector universitario nacional (bajo la dirección de Rocha), que dirigía la FUA en alianza con el MENAP y que fue el más activo en el proceso de construcción de la oposición interna (en el que, como hemos visto, la

⁶⁷ Para esta reconstrucción de los alcances y afluentes de la ruptura en La Plata, nos valemos del testimonio de Otto Vargas (comunicación personal, 15 de diciembre de 2015), a la sazón secretario político del partido de la zona.

fracción de Medicina también había jugado un papel clave), tuvo un impacto devastador para el PC que perdió gran parte de su influencia en el movimiento universitario en todo el país.

Al igual que el documentado trabajo de Juan Califa (2015), reconocemos como fundamental el peso universitario en la escisión, tal como hemos destacado en su reconstrucción. Sin embargo, este recorrido nos permite distanciarnos de una lectura que acentúa casi exclusivamente el componente universitario y afirmar, en nuestro caso, el carácter heterogéneo de las corrientes, afluentes y sectores que confluyeron en la fundación del PCR. Esto habilita futuras preguntas de investigación en torno a calibrar en qué medida esta heterogeneidad incidió en la identidad política particular de este partido y en sus posicionamientos distintivos.

De todos modos, estos contingentes provenientes de la FJC y del PC, junto al MENAP, ese 6 de enero de 1968, a cincuenta años de la fundación del Partido Comunista de la Argentina y bajo la épica que otorga la convicción de estar haciendo historia, fundaron el Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria del PC, luego Partido Comunista Revolucionario.

1.2.2 Otros afluentes

Aquí realizamos una reconstrucción sucinta de los afluentes que se incorporaron al PCR a lo largo de lo que hemos denominado su proceso fundacional (desde la ruptura y fundación hasta el I Congreso a fines de 1969). Cabe señalar la limitada disponibilidad de fuentes al respecto, por lo cual nos valemos centralmente de testimonios y de cierta información vertida en la reconstrucción oficial que ha realizado el PCR acerca de sus orígenes. Atendiendo a estos limitantes, consideramos útil, de todas formas, una primera aproximación a la caracterización de estos afluentes.

Luego de su fundación oficial, otros grupos se fueron incorporando al recientemente constituido PC-CNRR. Un afluente, pequeño pero significativo por su composición, fue la agrupación de obreros cordobeses “Felipe Vallese”.⁶⁸ Esta corriente de base sindical definida como “peronista de izquierda”, si bien heterogénea, estaba formada esencialmente por obreros mecánicos y metalúrgicos. Sus orígenes se pueden situar alrededor de 1964 a raíz de una lucha en DINFIA.⁶⁹ Esta fábrica es muy

⁶⁸ Felipe Vallese fue un obrero metalúrgico y militante de la Juventud Peronista que fue secuestrado y desaparecido en 1962 durante la presidencia de José María Guido.

⁶⁹ La Dirección Nacional de Fabricación e Investigación Aeronáutica era una fábrica estatal de Córdoba que producía rastrojeros y otros automotores y estaba unida a la Fábrica Militar de Aviones.

importante en la historia del PCR porque allí se formó la primera Agrupación “Primero de Mayo”, quizás la primera de las experiencias clasistas del movimiento obrero cordobés, cuyos dirigentes, como Rolando Navarro, encabezaron la columna de esa fábrica que participó del Cordobazo. Los integrantes de la “Felipe Vallese”, dirigida por René Rufino Salamanca,⁷⁰ consideraron que en la lucha de DINFIA habían sido traicionados por la dirigencia sindical. Por este motivo, se alejaron del peronismo combativo en busca de nuevos contactos políticos, entre los cuales hubo un infructuoso acercamiento con sectores vinculados al Partido Revolucionario de los Trabajadores-La Verdad (PRT-LV) que dirigía Nahuel Moreno. Hacia 1967, este grupo comenzó a establecer conversaciones con los sectores que fundarían el PC-CNRR, al cual se incorporaron en su totalidad luego de una reunión con Otto Vargas y César “Gody” Álvarez⁷¹ en la primavera de 1968.

Otro afluente mucho más pequeño que confluyó en los primeros años del PCR provino de la disolución del MLN. Esta organización, dirigida por Ismael Viñas, se había formado a partir de sectores que rompieron con el frondizismo, desilusionados por su política petrolera y por el debate entre la educación “laica o libre”. Esta corriente, que se conformó como movimiento y no como partido, se ubica en el campo del “cubanismo” y de los primeros grupos de la NI, ya que eran partidarios de la Revolución Cubana y de una alianza con el peronismo desde una perspectiva revolucionaria (Tortti, 2011). Eugenio Gastiazoro (comunicación personal, 20 de abril de 2017),⁷² definió al MLN en estos términos: “Fundamentalmente, tenía una identidad antiimperialista, la reivindicación de lo nacional y de lo social”, donde lo primero remitía a la defensa de los recursos naturales y la necesidad de un desarrollo propio. Esto implicaba un posicionamiento “antiimperialista” en el que se destacaba el componente “antiinglés, que no lo tenían los del PC, acá estaba más pronunciado, con la experiencia del peronismo y todo lo nacional antiinglés que uno mamaba de chico,

⁷⁰ Obrero de línea que ingresaría en la matricería de la IKA-Renault y luego sería secretario general del SMATA de Córdoba en 1972, siendo reelegido en 1974 y detenido-desaparecido en la madrugada del 24 de marzo de 1976. Para una reconstrucción de su trayectoria, ver Góngora, 2006. Abordaremos el proceso de dirección del SMATA Córdoba en el Capítulo 3.

⁷¹ Figura clave en la dirección del PCR en Córdoba, César “Gody” Álvarez (“el gordo Antonio”) cumpliría un rol fundamental junto a René Salamanca en la recuperación del SMATA. Militante del PC, había viajado a Cuba y conocido personalmente al Che, por quien sentía una gran admiración. En los sesenta, fue castigado por el PC a raíz de sus opiniones disidentes y fue separado del “frente militar”. Fue uno de los fundadores del PCR y el 1 de mayo de 1976 fue detenido-desaparecido por la dictadura militar y su cuerpo fue arrojado al Río Reconquista. Para profundizar en su trayectoria, ver Sánchez, 2008.

⁷² Gastiazoro se incorporó al MLN en Entre Ríos durante 1959 y trabajó centralmente en el periódico *Liberación*, junto a Susana Fiorito, Victoria Walsh, etc. Su tarea partidaria en el período que analizamos estuvo ligada a la edición de la prensa partidaria *Nueva Hora*.

incluso más que antinorteamericano, pero también viendo a los otros imperialismos que no eran visibles para todos” (E. Gastiazoro, comunicación personal, 20 de abril de 2017). Con respecto al Partido Comunista, Gastiazoro (comunicación personal, 20 de abril de 2017) señaló que “no es que el MLN era anti PC, sino que los veíamos como reformistas incorregibles, oportunistas, pensábamos que los cambios no los podíamos hacer empujando desde la izquierda a la oligarquía liberal, sino que teníamos que luchar contra toda la oligarquía y el imperialismo”, ya que “en la posguerra, el PC estaba ilusionado en el desarrollo de la mano de Estados Unidos e Inglaterra acá, como aliados, y se les había cruzado Perón”.

Cuando el MLN se disolvió en 1969, otras fuerzas como Vanguardia Comunista (VC) y Política Obrera (PO) buscaron afiliarse a sus militantes. En el caso de Gastiazoro, este se incorporó al PCR en las inmediaciones del I Congreso realizado en diciembre de 1969. La relación del MLN con el naciente PCR se había desarrollado primero a través del Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR, dirigido por Cerruti Costa), en el que ambas organizaciones participaban, y luego, en el caso de la incorporación de Gastiazoro, a través de José Ratzer. Además de un puñado de militantes del MLN provenientes de Rosario y de Buenos Aires, hacia 1970 el jujeño Carlos Aramayo, influenciado por Gastiazoro, también se sumó al comunismo revolucionario. Tanto Gastiazoro como Aramayo sostuvieron que entre los puntos centrales que los acercaron a esta corriente política se destacaba “el tipo de revolución que proponía el programa de una revolución democrática, popular, agraria y antiimperialista y el camino insurreccional para la toma del poder” (C. Aramayo, comunicación personal, 11 de mayo de 2021).

Por último, podemos mencionar la incorporación de un sector de la intelectualidad y del ámbito cultural vinculado a José Aricó, quien mantenía por ese entonces relaciones con el PCR y que, como hemos dicho, había sido expulsado del PC a principios de los sesenta luego de haber fundado la revista *Pasado y Presente*. Al respecto, cabe destacar que la aparición de dicho emprendimiento editorial había sido vista con buenos ojos por Otto Vargas y Pedro Planes, aunque estos se mantuvieron dentro de la estructura del PC cuando el grupo cordobés que dirigía Aricó fue expulsado. Las relaciones entre este y el PCR, especialmente a través de José Ratzer, fueron muy cercanas hasta 1973, incluso Aricó habría estado cerca de incorporarse orgánicamente aunque esto finalmente nunca ocurrió (Crespo, 2010). Estas incorporaciones permitieron la incipiente conformación de un amplio frente cultural que

desarrollaría el nuevo partido, con algunas figuras destacadas de la intelectualidad y de la cultura, tal como veremos en el Capítulo 4. En particular, cabe señalar que de estas relaciones surgió la experiencia de la revista político-cultural *Los Libros*, dirigida originalmente por Héctor Schmucler y luego por Ricardo Piglia, por ese entonces perteneciente a VC, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, ambos militantes por aquellos años del PCR.

De este modo se configuraron las corrientes y afluentes que confluyeron en el PCR durante su proceso fundacional. Cabe destacar su heterogeneidad, puesto que, como hemos visto, se trató de un conjunto de corrientes obreras, estudiantiles, barriales e intelectuales, provenientes de tradiciones de izquierda, guevaristas, nacionalistas, antiimperialistas y peronistas, con sus respectivas yuxtaposiciones. Estas se fueron radicalizando a lo largo del proceso y compartieron, en mayor o menor grado, no solo el horizonte revolucionario, sino también el rechazo al “reformismo”, al “antiperonismo” y, como veremos a continuación, al “antiguevarismo” que le endilgaban al PC.

Esta primera aproximación habilita nuevos interrogantes con el objetivo de profundizar en el proceso de formación de esta corriente política. De todos modos, cabe destacar que, con su fundación el 6 de enero de 1968, el comunismo revolucionario dio comienzo a una trayectoria intensa, contradictoria y polémica en busca de una identidad política con un perfil distintivo. En esa búsqueda, como para el resto de las expresiones políticas de la “nueva izquierda”, la figura del Che Guevara fue ineludible.

1.3 El ascendiente del Che Guevara en la formación del PCR: lucha armada, Cuba y la delimitación con el PC.

El PCR es reconocido en el campo de las izquierdas por su identificación con el maoísmo. Sin embargo, como hemos destacado, más allá de los acuerdos que posibilitaron la unidad de distintos afluentes bajo el mismo partido, en su proceso fundacional el comunismo revolucionario no abrevó explícitamente en los postulados de esa corriente y mantuvo una cierta amplitud en sus definiciones políticas e ideológicas. En esos primeros años, no podía aún divisarse el largo proceso de debates y experiencias políticas que llevaría a este partido a asumir el maoísmo hacia mediados los setenta y a interpretarlo de una manera particular para la realidad argentina.

En este primer momento, lo que predominaba era la articulación entre ciertos acuerdos fundamentales con una gran heterogeneidad de influencias. Años después, el propio Otto Vargas reconocería que, en el enfrentamiento con el “doctrinarismo” que le

endilgaban al PC, “...éramos marxistas, leninistas, gramscianos, guevaristas, mariateguistas, sorelistas, etc., etc., y algo maoístas también. Una mezcla. No comprendíamos en profundidad las contradicciones que había entre muchos de esos referentes teóricos que teníamos (...). Éramos eclécticos...” (Brega, 2008: 114).⁷³

Si bien el Che Guevara constituyó un referente para quienes rompieron con el PC y para quienes confluieron en la fundación del nuevo partido, en este apartado nos proponemos calibrar en qué sentidos ejerció esa influencia, cuáles fueron los aspectos de su figura que rescató esta corriente y cuáles estuvieron en tensión con sus definiciones políticas.

En la incipiente búsqueda de una identidad política con perfil propio y en relación específica con la figura del Che, cabe destacar que el origen de las disidencias en el PC y su juventud había estado estrechamente ligado a la valoración que la dirigencia partidaria hacía de él.⁷⁴ Para quienes formarían el PCR, Ernesto Guevara era el revolucionario argentino protagonista del triunfo cubano y representaba la opción por la lucha armada en tiempos en que la política oficial de la Unión Soviética y de los partidos alineados con ella era cuestionada por “pacifista”, “gradualista” y “reformista”.⁷⁵ También era reconocido por su entrega y sacrificio personal, ya que había priorizado la continuación de la lucha en otros países bajo los preceptos del “internacionalismo proletario” en lugar de mantenerse desempeñando funciones gubernamentales en Cuba.

Más allá de sus declaraciones ambivalentes, para la dirigencia del PC, la lucha guerrillera que había emprendido Guevara en la segunda mitad de los sesenta se contraponía con la línea partidaria de “conquistar el poder” a través de la “acción de masas” y con la “vía pacífica” como orientación principal. De todos modos, a pocos días del fusilamiento del Che, Arnedo Álvarez, en representación del Comité Central del PCA, envió un telegrama dirigido a Fidel Castro manifestando el “profundo pesar” por la muerte del “heroico y puro combatiente revolucionario, cuyo ejemplo alentará la lucha de los pueblos latinoamericanos contra el imperialismo” (PC, 1967: 91).

⁷³ Resulta significativo destacar la similitud de esta caracterización de Vargas con aquella realizada por Juan Carlos Portantiero en referencia a los grupos que rompieron con el PC a comienzos de los sesenta: “éramos un cóctel muy raro (...) Éramos gramscianos-guevaristas-maoístas” (Tortti y Chama, 2006: 242).

⁷⁴ Ligado a ello, insistimos en que la oposición, por aquel entonces, del PC a la OLAS fue un detonante de la crisis y un punto de convergencia entre los disidentes.

⁷⁵ Los tres términos tienen connotaciones peyorativas y refieren, en términos generales, a la creencia en la posibilidad de un tránsito gradual y por medios pacíficos al socialismo a través de una acumulación de reformas a favor de la clase obrera y el pueblo.

Sin embargo, la atribuida valoración despectiva que hacía la dirección del PC sobre el Che aparece con fuerza en los testimonios registrados. A modo ilustrativo, contamos con el de Luis Molinas, por entonces dirigente del MENAP, quien, refiriéndose a una discusión en torno a la participación de la FUA en la delegación argentina a la OLAS, sostuvo: “En ese momento tomé conciencia de que la dirección del PC estaba en contra del Che, absolutamente en contra. Hasta ese momento pensaba que había gente más entusiasta y menos entusiasta con su lucha” (Molinas, 2018: 30). Según su recuerdo, Alcira de la Peña, integrante de la Comisión Política y del Secretariado Ejecutivo del PC, sostuvo en aquella reunión que era “...un aventurero, el Che va a terminar traicionando, nos van a llevar a una aventura, ustedes no pueden avalar eso...”. También recordó que, por ese entonces, en otra conversación con un dirigente del PC, vieron pasar un avión Hércules y este le manifestó: “Ojalá que lleven allí el cadáver de ese aventurero” (L. Molinas, comunicación personal, 25 de septiembre de 2017). En el mismo sentido, Otto Vargas recordó que, en el contexto de la reunión por la cual iba a ser expulsado (septiembre de 1967), el entonces dirigente comunista Juan Ochipinti le expresó: “¿y si el Che cae preso (...) crees que va a hacer algo diferente de lo que hizo Regis Debray? Estos pequeños burgueses son todos iguales: va a cantar, Vargas...” (Andrade, 2005: 32).⁷⁶

Como hemos visto, este rechazo de la dirección del PC a la figura del Che (y a la OLAS) fue uno de los puntos decisivos que convenció a vastos sectores de la militancia comunista de que la ruptura era inevitable. De hecho, un sector de los disidentes responsabilizó a la dirección del PC por el fracaso en su intento de sabotaje de un cargamento de armas destinado a las fuerzas contraguerrilleras bolivianas y, según la versión de Isidoro Gilbert (2009), esa fue “la última gota que desbordó el vaso” (p. 539).⁷⁷

⁷⁶ En el mismo sentido, entrevistado por Stella Grenat (2010), un militante de la FJC de Córdoba, que luego de su paso por el PCR se incorporó a FAL a fines de 1969, sostuvo: “se los notaba [a los dirigentes del PC] como satisfechos ante la muerte del Che. Decían 'esto demuestra que nosotros tenemos razón, la línea del partido es justa, la lucha armada es una aventura pequeño burguesa” (p. 132).

⁷⁷ Según el testimonio de Sergio Rodríguez (Gilbert, 2009), con el objetivo de impedir que ese abastecimiento llegara a Bolivia, los universitarios de Capital Federal pretendieron llevar a cabo una operación armada con explosivos, pero, al no contar con los fulminantes, tuvieron que solicitárselos al responsable militar del PC porteño. Si bien aparentemente contaban con la aprobación del partido para realizar la operación, cuando se puso en práctica el artefacto no explotó: “cuando se baja el percutor, no andan los fulminantes, estaban vencidos. Eso ya nos enardeció. Habíamos puesto en riesgo más de noventa tipos”, recordó Rodríguez (p. 539). Otto Vargas (comunicación personal, 15 de diciembre de 2015) brindó otra versión de estos hechos: Luis María Aguirre fue enviado a la frontera con un grupo para volar el tren que iba a Bolivia, pero al llegar allá el PC les ordenó abortar la operación.

La actitud que el PC debía asumir frente a la lucha guerrillera del Che en Bolivia dividió aguas: para los disidentes que conformarían el PCR, el “internacionalismo” implicaba la solidaridad activa con los revolucionarios de otros países, más allá de compartir o no sus tácticas y medios de lucha y de que estos fueran o no aplicables en nuestro país. Por esa razón, consideraron que la negativa por parte de la dirección del PC para brindarle apoyo al Che se debía a que, de fondo, lo que impugnaba no era tanto el “foquismo” que le atribuía, sino la opción más general por la lucha armada.

Cabe puntualizar que el fusilamiento de Guevara el 9 de octubre de 1967 se produjo poco después de que se concretara la fractura en la FJC. La noticia generó un impacto enorme en estos sectores juveniles.⁷⁸ En ese contexto, a los pocos días, la disidencia comunista realizó un acto relámpago en La Plata.⁷⁹ La actividad fue breve: un grupo de jóvenes cortaron una intersección de calles céntricas en dicha ciudad, prendieron fuego varias cubiertas de automóviles, arrojaron volantes y gritaron consignas repudiando el asesinato del Che, responsabilizando al imperialismo y vitoreando a favor de las luchas de los pueblos por su liberación, reivindicando el camino revolucionario en la lucha por el socialismo y el comunismo por el que había perdido su vida Guevara.⁸⁰

Según sus organizadores, este fue el único acto que se realizó en la Argentina de modo inmediato tras la muerte del Che.⁸¹ En cualquier caso, se trató de la primera

⁷⁸ Según Luis Molinas, “nosotros hacíamos esfuerzos mentales por no dar crédito a la noticia. Lo imaginábamos un invento de la CIA; es decir, teníamos una gran resistencia a hacernos cargo de la gran tragedia” (Molinas, 1987). Según este testificante, su muerte impactó tanto, además, porque existía la esperanza de que en torno al Che y a su lucha pudiera volver a unirse el Movimiento Comunista Internacional, cambiar su política por una “revolucionaria” y empalmar con los movimientos de liberación de todo el Tercer Mundo (L. Molinas, comunicación personal, 25 de septiembre de 2017).

⁷⁹ No hemos podido precisar la fecha. Los testimonios hablan del 9 de octubre; sin embargo, el diario platense *El Día* recién el 10 de octubre anunció en tapa la muerte del Che y Fidel Castro lo confirmó públicamente el 12.

⁸⁰ La reconstrucción la realizamos a partir del testimonio de Mariano Sánchez (comunicación personal, 17 de septiembre de 2017), encargado de dirigir el acto.

⁸¹ Sin embargo, otra fuente disponible, atravesada por versiones contradictorias, señala que el 20 de octubre “un reducido grupo de comunistas realizó una manifestación en 7 y 54” (*El Día*, 21/10/1967). En ella, se arrojaron volantes firmados por la FJC y se “vociferaban estribillos referidos a la actividad comunista en Latinoamérica y en especial a la muerte del Che Guevara”. La descripción del acto es similar a la realizada por Sánchez, aunque en este caso el citado diario platense señaló que la acción fue dispersada por la policía y que fueron detenidas cinco personas. No obstante, la reconstrucción de los hechos es confusa: en la misma nota, se informó acerca de un comunicado del centro de estudiantes de la Facultad de Humanidades (conducido por los proto-PCR) en el que denunciaron haber sido reprimidos por la policía en un acto homenaje al Che Guevara frente al rectorado; esta denuncia fue negada por la policía quien desconoció esa acción. Para mayor confusión, al otro día el mismo medio gráfico se rectificó, dando cuenta de una nueva versión por parte de la policía: las cinco personas habían sido detenidas supuestamente en el acto comunista de 7 y 54. Según el centro de estudiantes de Humanidades, se quiso hacer pasar esas detenciones como realizadas en el acto de 7 y 54 para enmarcarlas bajo la ley 17401 que reprimía las actividades comunistas (*El Día*, 22/10/1967). Sánchez rechazó esas versiones contradictorias en el diario platense: “Los diarios de la época dicen cosas que creo que no son ciertas,

acción pública de quienes fundarían el PCR, ya fuera de la estructura orgánica del PC pero aún sin conformarse como CNRR. Como tal, constituye un hecho clave en el relato con el que este partido reconstruye su propia historia.

Al cumplirse un año del asesinato del Che, salió a la luz una declaración conjunta de numerosas organizaciones y personalidades titulada “El Che y la Liberación Nacional y Social del pueblo argentino” (PCR, 2003).⁸² En este documento puede apreciarse la creciente gravitación que la figura del Che Guevara, a un año de su asesinato, ejercía sobre diversas organizaciones y personalidades que engrosarían las filas de la “nueva izquierda”; en particular, podemos ver cómo su ejemplo, junto al de la persistente Revolución Cubana, reforzaba las convicciones de quienes defendían la vía armada como único camino posible para la revolución. En ese sentido, cabe detenerse en algunos de los firmantes de la declaración: entre las organizaciones estaban el PC-CNRR;⁸³ el MLN; la Acción Revolucionaria Peronista (ARP);⁸⁴ el Partido Revolucionario de los Trabajadores-El Combatiente (PRT-EC);⁸⁵ y el Partido Socialista Argentino (PSA).⁸⁶ En un contexto de radicalización de las tradiciones políticas de la izquierda, es relevante notar que el PSA sea uno de los firmantes, mientras que ni el PC ni ninguno de sus dirigentes públicos acompañó la declaración.

En este documento conjunto se consignaba que con su muerte el Che se había convertido en la “bandera viva de todos los pueblos oprimidos de Latinoamérica y del mundo” (PCR, 2003: 125). Se destacaba especialmente que en el argentino coexistían un “hombre heroico” y un ideólogo revolucionario y que lo más trascendental era lo segundo, ya que era por ello que había planteado la inevitabilidad de la lucha armada “y

cierto es que el acto lo hicimos. El acto lo hicimos un día o dos después de conocida la muerte del Che. No hubo detenidos. Habrán agarrado, como pasa hoy, a alguno que andaba dando vueltas por ahí. Pero de los nombres que figuran en el diario, yo no recuerdo a ninguno. En general, éramos bastante conocidos entre nosotros” e insiste en que “hicimos ese acto que fue el único que hubo en la Argentina” (M. Sánchez, comunicación personal, 17 de septiembre de 2017). Asimismo, en el mismo contexto, disidentes expulsados de la Fede en la Capital Federal que formarían el PCR también realizaron un acto relámpago contra la embajada de Bolivia en repudio al asesinato del Che (L. Segovia, comunicación personal, 15 de agosto de 2021).

⁸² Publicada originalmente en la revista *Cristianismo y Revolución*, N° 11, noviembre de 1968. Allí sólo figuraron las personalidades firmantes. En el citado libro compilatorio del PCR (2003), la declaración incluyó, además, la firma de las organizaciones políticas.

⁸³ Con la firma, además, de algunos de sus más importantes dirigentes: Otto Vargas, Antonio Sofia, Raúl Salvarredy, Jorge Rocha, Ariel Seoane, Miguel Rubinich, entre otros.

⁸⁴ Organización dirigida por John William Cooke, fallecido en septiembre de ese año. Otra firmante fue su esposa, Alicia Eguren.

⁸⁵ Se trata de la escisión del PRT dirigida por Mario Roberto Santucho. Además, estaba la firma del Frente Antiimperialista de los Trabajadores de la Cultura (FATRAC).

⁸⁶ Junto con la firma de uno de sus principales dirigentes, Juan Carlos Coral, además de ex dirigentes de las juventudes socialistas como Héctor Polino, David Tieffenberg y su compañera Elisa Rando, quienes formaron parte del PSAV.

no por razones de coraje individual” (PCR, 2003: 126). Esto último remite a la pretensión explícita del escrito de rescatar la figura del Che “de toda distorsión heroicista” (PCR, 2003: 127). Como partidarios de una revolución “antiimperialista”, “antioligárquica”, “antimonopolista” y dirigida por la clase obrera, todos los firmantes reivindicaban el camino de la lucha armada como “inevitable” y planteaban la necesidad de rescatar el pensamiento guevarista “no en una copia burda de sus métodos, sino aplicando sus conceptos latinoamericanos a la realidad argentina” (PCR, 2003: 127).

Si atendemos a estos elementos, podemos establecer una primera aproximación a los sentidos que adquirió la figura de Guevara en las corrientes que fundaron el PCR. Si bien hacia 1974 este partido se definiría como “marxista-leninista-maoísta”, como hemos visto hasta aquí, el guevarismo fue la influencia más importante en sus orígenes y la principal referencia que empuñaron en su polémica con el PC.⁸⁷ En una palabra, para estos militantes, frente a la línea impulsada por la dirección comunista y a las tesis del PCUS, la apelación tanto a la Revolución Cubana como a la lucha del Che operaban como demostración de que la revolución era posible en América Latina y que la única vía para realizarla era la lucha armada.

Sin embargo, esta influencia guevarista estuvo desde los comienzos en permanente tensión con la perspectiva insurreccional de lucha armada que el PCR defendió como la adecuada para un país como la Argentina. Asimismo, como veremos en el Capítulo 2, tanto las posiciones partidarias de modelos guerrilleros (en sentido amplio) como aquellas que buscaron refutar su pertinencia para nuestro país buscaron inscribirse, en mayor o menor grado y de un modo o de otro, en el pensamiento guevarista como fuente de autoridad.⁸⁸ Desde ese punto de vista también, la influencia del Che anidó en los primeros años del PCR y fue parte de los debates fundamentales que atravesaron este proceso fundacional. Debemos, entonces, profundizar el análisis

⁸⁷ Según Luis Molinas (comunicación personal, 25 de septiembre de 2017), el PC podía admitir distintas referencias pero valorar la figura del Che en aquel momento era lo único “prohibido”; según su testimonio, “nosotros nacemos más guevaristas que prochinos, incluso entre la Unión Soviética y China manteníamos una posición equidistante”.

⁸⁸ En el caso del comunismo revolucionario, consideramos que no puede establecerse una relación lineal entre guevarismo y las propuestas guerrilleras específicas discutidas de cara al I Congreso del PCR. De todos modos, cabe destacar, como veremos en el Capítulo 2, que tanto el sector encabezado por Luis María Aguirre como las propuestas de Ricardo Saiegh y Sergio Rodríguez buscaron inscribir sus postulados en la concepción guevarista de “crear dos, tres, muchos Vietnam”, planteada en el influyente mensaje que el Che envió a la Tricontinental (Guevara, 1967). Asimismo, cabe señalar que estos exponentes (Rodríguez, Saiegh, Aguirre, etc.) hasta ese momento eran considerados totalmente reacios a la figura de Guevara por parte de los principales dirigentes del MENAP (L. Molinas, comunicación personal, 25 de septiembre de 2017) y del PC-FJC que simpatizaban con su figura (Brega, 2008).

para calibrar hasta qué punto y en qué sentidos las ideas guevaristas tiñeron las posiciones del naciente PCR.

Tanto en el contingente proveniente de la Fede como en el del MENAP, Guevara era una referencia insoslayable. En el primer caso, esta estaba en tensión con la línea oficial por lo que su valoración venía generando una sangría importante de militantes. En el afluente menapista, por su parte, la identificación con el guevarismo en clave antiimperialista era explícita y, al igual que en otras corrientes críticas del PC, se reconocía como cuestión central a resolver la vacancia de una vanguardia de la clase obrera que orientara a las masas hacia una estrategia revolucionaria para la toma del poder (MENAP, 1967).

Por su parte, para los “MALENAS” que se incorporaron al PCR, la influencia de Guevara había recorrido la experiencia y los debates del MLN desde sus comienzos, incluso Celia de la Serna, madre del Che, había sido una de sus fundadoras. El propio Ismael Viñas, luego de romper con el frondizismo, conoció a Guevara en Cuba y volvió convencido de que el PC argentino no era un instrumento para “unir al pueblo”, no tanto por su subordinación a la política soviética, sino por “su política de ir siempre a la cola de un sector de los terratenientes liberales, proingleses” (E. Gastiazoro, comunicación personal, 20 de abril de 2017); desde esa valoración, sostuvo Gastiazoro, Viñas proponía forjar una “nueva izquierda” que apoyara la Revolución Cubana y le abriera las puertas a la “izquierda peronista” que se desarrollaba bajo su influjo.

En el proceso de incorporación al comunismo revolucionario iniciado en 1967 y concretado en 1968, la agrupación “Felipe Vallese” había tenido como uno de los puntos principales de debate la cuestión de la guerrilla o la insurrección en el “camino de la revolución”. El posicionamiento de Salamanca en oposición a la modalidad guerrillera (por no considerarla apta para el protagonismo de las masas obreras) y a favor de la orientación insurreccional fue decisivo para la incorporación del grupo en su conjunto (Góngora, 2006).

Al respecto, dos de los dirigentes de mayor peso en los orígenes del PCR, Otto Vargas y Pedro Planes, ambos con una larga militancia en el PC, se identificaban como admiradores del Che, aunque el primero se reconociera “más foquista” que el segundo (Brega, 2008: 76).⁸⁹ Esto se debía a que la estadía de Vargas antes y durante la

⁸⁹ Según Vargas (Brega, 2008), “...en el caso en el que el Che hubiese estado vivo, independientemente de las discrepancias que pudiésemos tener, nuestra actitud, sin ninguna vacilación hubiese sido: 'A la orden mi comandante'. Y estimo que esa hubiese sido, también, la posición de una gran parte de los que rompimos con el PC en 1967” (p. 76).

revolución en Cuba (había sido enviado por el PC en enero de 1958 y luego nuevamente en enero y febrero de 1959, donde estuvo con el Che en el cuartel de La Cabaña) lo había convencido de que el foco había sido clave en tanto “variante de la guerra campesina”. De todos modos, la perspectiva insurreccionalista que predominaba en el PCR impregnaba los lentes con los que el emergente partido interpretaba el proceso revolucionario cubano: se consideraba que en lecturas posteriores el movimiento de masas que la había hecho posible había sido subestimado, mientras que se había exagerado el papel del foco. A este último se lo reconocía como el detonante de la lucha campesina (cuestión fundamental si se tiene en cuenta que el principal contingente de las columnas de Guevara y Fidel Castro en Oriente y en Las Villas eran campesinos pobres), pero, a la vez, se sostenía que se habían desplegado tres elementos fundamentales y característicos de un proceso insurreccional: la huelga general, que duró cinco días; el alzamiento insurreccional del Ejército Rebelde (que bajó de la Sierra a Santiago de Cuba junto con las columnas de Las Villas que tomaron Santa Clara y marcharon a La Habana) y la toma por asalto de comisarías y cuarteles; y la constitución de un gobierno provisional revolucionario muy amplio, incluyendo sectores de la burguesía (Brega, 2008).

Según el testimonio de Vargas (Brega, 2008), Planes, por su parte, se oponía explícitamente a la guerra de guerrillas con base campesina porque sostenía que la perspectiva revolucionaria en la Argentina era la de un alzamiento insurreccional centralmente urbano, aunque ambas cuestiones no fueran necesariamente incompatibles. De acuerdo a esta versión, el posicionamiento de Planes partía de una concepción estratégica de la revolución en América Latina en la que la clase obrera de los grandes centros urbanos (San Pablo, Montevideo, Buenos Aires, las zonas mineras bolivianas, etc.) debía empalmar con el campesinado de origen indígena que habitaba a lo largo de la cordillera de los Andes, desde Colombia hasta el noroeste argentino.⁹⁰

En ese sentido, podemos concluir que, en todo caso, como en gran parte de la “nueva izquierda”, en los distintos afluentes que formaron el PCR había una enorme simpatía por la Revolución Cubana y por el magnetismo que despertaba la convicción revolucionaria del Che Guevara. En esta organización esto se articulaba centralmente con la defensa de la vía armada, pero de ello no se desprendía necesariamente una adhesión a los principios que le endilgaban al “foquismo”. La teoría guevarista se

⁹⁰ Cabe destacar la importante limitación que implica reconstruir el posicionamiento de Planes a partir del testimonio de Vargas. Hasta el momento, no hemos encontrado una fuente elaborada por el propio Planes para poder dar cuenta de su pensamiento al respecto en aquel tiempo.

basaba en que se podía ganar la guerra contra el ejército profesional a partir de un foco guerrillero que, en tanto vanguardia político-militar, creara las condiciones para la revolución operando como un catalizador del descontento y como un medio para despertar la conciencia de las masas. La versión de la “teoría del foco” canonizada por Régis Debray (1967), por su parte, pretendió darle una mayor estructuración teórica, pero, a pesar de su influencia en aquel momento, fue acusada de “esquemática” y cuestionada por diversas organizaciones, incluso por aquellas que desarrollaron una práctica guerrillera.

Si bien en sus análisis el PCR distinguía el pensamiento guevarista del planteamiento de Debray (quien directamente habría sido el exponente de una concepción de lucha armada al margen de la lucha de clases, a ojos de este partido), sí consideraba que el Che en cierto punto había simplificado y generalizado la experiencia cubana. En esencia, el PCR se oponía a esta estrategia por dos cuestiones claves -que, como analizaremos en el Capítulo 2, se pondrían de manifiesto en el debate en torno al Cordobazo-. Por un lado, porque en la Argentina el peso de la clase obrera y la centralidad de lo urbano requerían una perspectiva revolucionaria basada en la acumulación de fuerzas y en las experiencias de combate de las masas para realizar una “insurrección popular”. Y, por el otro, porque consideraba que para el triunfo revolucionario era indispensable un partido de vanguardia y una “adecuada” relación con las masas.⁹¹ El peso dentro de este partido de una concepción “insurreccionalista”, aunque inicialmente confusa y atravesada por debates internos, lo distanció, entonces, de estas concepciones que consideraron “foquistas”.⁹² Posteriormente, hacia el final del proceso fundacional, fueron descartadas también otras variantes guerrilleras, tal como veremos en el Capítulo 2.

Otra cuestión fundamental que da cuenta de la relación del comunismo revolucionario con los planteamientos del Che refiere al papel de la Unión Soviética en aquel momento, no sólo con respecto al tema de las vías, sino también a su vinculación con países socialistas o del Tercer Mundo. A medida que el PCR fue distanciándose de

⁹¹ Según Vargas (Brega, 2008), “hay que tener una profunda confianza en las masas explotadas, apoyarse en ellas, que es lo contrario de la experiencia del Che en Bolivia, en donde sus fuerzas no engrosaban – un guerrillero muerto era un guerrillero menos- y desconfiaban de la masa campesina a la que muchas veces expropiaron para comer, olvidando que un buey es algo muy importante para un campesino. Para nosotros la lucha revolucionaria y la lucha popular armada exigen ligarse a las masas, respetarlas, respetar sus intereses mediatos e inmediatos, y crecer como bola de nieve cuando crece la lucha” (p. 77).

⁹² En la reconstrucción de su propia historia, el PCR destaca que la influencia de la concepción “foquista” persistió sobre todo en la idea de un proceso revolucionario basado en una “lucha corta” y un “triunfo rápido” (Brega, 2008:77), la cual, en cierta medida y hasta cierto punto, fue transversal a vastos sectores de la militancia revolucionaria de la época.

la URSS, desde la condena a la intervención en Checoslovaquia (que analizamos en el Capítulo 2) hasta la adopción de las tesis maoístas sobre el “socialimperialismo” (abordado en el Capítulo 5), se rescataron las críticas a las actitudes “imperialistas” de la Unión Soviética hacia países socialistas y del Tercer Mundo, sugeridas por el Che en su discurso en el Segundo Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática, realizado en Argelia en 1965 (conocido como “discurso de Argel”). En él, Guevara (1965) instó a los países socialistas (refiriéndose subrepticamente a la Unión Soviética) a “liquidar su complicidad tácita con los países explotadores de Occidente”, puesto que imponerles los mismos términos de intercambio a los países dependientes era ser “en cierta manera, cómplices de la explotación imperial” (s.p.). Esta exposición sería considerada por el PCR como un punto en común entre el revolucionario argentino y Mao Tse Tung.⁹³

Resulta sumamente relevante observar cómo, más allá de las distintas discusiones, en la figura del Che Guevara se condensan de modo polémico algunos de los principales debates que recorrieron la época y el campo de la NI: entre la vía armada y la vía pacífica; entre la Unión Soviética y el llamado Tercer Mundo; y entre la perspectiva “insurreccionalista” y la “guerrillerista”. Es decir, bajo el influjo guevarista, estos debates no sólo articularon las críticas de las corrientes que se distanciaron de los partidos de la “izquierda tradicional”, sino que también expresaron las diferencias al interior del heterogéneo campo de la “nueva izquierda”. En el caso del PCR, como veremos en el siguiente capítulo, fue la pueblada cordobesa de 1969 la que volcó definitivamente el debate en favor del insurreccionalismo.

⁹³ El propio Guevara (1964), en una reunión bimestral del Ministerio de Industrias que dirigía a fines de 1964, señaló que, si bien no consideraba capitalista a la Unión Soviética, en sus planteos coincidía más con los comunistas chinos y quería explícitamente despegarse del “San Benito” que le endilgaban cuando lo calificaban a él como trotskista. Al respecto, sostuvo: “Yo creo que las cosas fundamentales en que Trotsky se basaba eran erróneas, que su actuación posterior fue una actuación errónea e incluso oscura en su última época. Y que los trotskistas no han aportado nada al movimiento revolucionario en ningún lado” (Guevara, 1964: 402). De todos modos, así como la dirigente del PCR Rosa Nassif ([1988] 2009) indaga en las semejanzas entre el pensamiento político de Guevara y el de Mao Tse Tung, otros autores como Néstor Kohan (2013) han intentado identificar una “afinidad electiva” y coincidencias en cuestiones de fondo entre el revolucionario argentino y Trotsky.

CAPÍTULO 2

De Cuba al Cordobazo:

Debates sobre la Unión Soviética, la lucha armada y la construcción del partido (1968-1969)

A lo largo del período que hemos denominado “proceso fundacional”, que abarcó desde la fractura a fines de 1967 y la fundación el 6 de enero de 1968 hasta la realización de su I Congreso en diciembre de 1969, el recién creado PC-CNRR atravesó una serie de debates y definiciones que fueron delineando su perfil en la búsqueda por la construcción de una identidad política distintiva. En este capítulo, analizamos los primeros pasos con los que el comunismo revolucionario atravesó un particular proceso de demarcación en dos direcciones: con su organización de origen, por un lado, y con otras corrientes de la “nueva izquierda”, por el otro.

Con respecto al proceso de diferenciación y de disputa con el PC, cabe destacar que, como hemos visto, el PCR se había posicionado como partidario de la violencia como única vía a la revolución. En cierta medida, esto había implicado también un solapado cuestionamiento a la política oficial soviética. En el período que analizamos aquí, las discusiones en el Movimiento Comunista Internacional repercutieron en la Argentina, especialmente en relación con la intervención militar en Checoslovaquia en 1968. Esta última habilitó una serie de controversias sobre la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y su política exterior en el marco de su disputa con los Estados Unidos. Frente a este debate, ni el PC ni el PCR se mantuvieron al margen, sino que por el contrario lo consideraron una cuestión central con implicancias políticas e ideológicas decisivas. Como veremos en este capítulo, esta polémica daría inicio a un proceso de distanciamiento y ruptura del PCR con la Unión Soviética que se terminaría de consolidar años después con la adopción de las tesis maoístas sobre el “socialimperialismo”. En este punto, la profundización de la delimitación con su organización de origen constituyó un eje fundamental a partir del cual el PCR se fue configurando como una corriente política de la “nueva izquierda”.

Asimismo, a lo largo de este período, la influencia cubana, junto a la emergencia de grupos que se proponían la conformación de guerrillas, puso en discusión las distintas modalidades de lucha armada y la opción por la más “adecuada” para un país como la Argentina. Esto se desarrolló en el contexto de estallidos sociales que tuvieron en el Cordobazo su punto más alto. La pueblada cordobesa influyó de manera decisiva

en los debates que atravesaron al PCR, cuya interpretación lo llevó a definiciones que lo distinguirían de otras corrientes de la “nueva izquierda” que se conformaron como organizaciones guerrilleras. Esta polémica recorrió internamente estos primeros años del comunismo revolucionario e incidió en sus valoraciones sobre el “camino de la revolución” y el tipo de partido a construir, como veremos a lo largo de este capítulo.

2.1 *El largo adiós a la URSS: el debate en los orígenes del PCR sobre el '68 checoslovaco y la intervención soviética*

Hacia fines de los sesenta, si bien su prestigio como “faro revolucionario” venía erosionándose desde mediados de los cincuenta, la defensa de la Unión Soviética aún constituía “la piedra de toque” de los comunistas en todo el mundo. En efecto, durante décadas, el “internacionalismo proletario” fue interpretado como “la más absoluta fidelidad a la URSS” (Petra, 2013: 106). Por lo tanto, en el marco de un mundo bipolar, cuestionarla abiertamente no era sencillo, aunque los debates y las críticas atravesaran internamente a los partidos comunistas de diversos países.

En el caso del PCR, su ruptura con la Unión Soviética atravesó cuatro momentos que se desplegaron a lo largo de sus primeros seis años de vida. El primero estuvo vinculado a la fractura en el partido oficial de la Argentina y al posicionamiento a favor de la lucha armada; estos pasos implicaron un primer distanciamiento de la política soviética y un mayor acercamiento a las posiciones cubanas. El segundo refiere a la condena de la intervención en Checoslovaquia que analizamos aquí, la cual dio inicio a un traumático recorrido que, en un tercer momento, daría un salto cualitativo con la denuncia de la URSS como “socialimperialista” y el alineamiento con la República Popular China hacia 1972, tal como analizaremos en el Capítulo 5. Por último, este proceso se consolidaría a partir de la adopción oficial de las tesis maoístas en 1974, cuyo proceso e implicancias analizamos en el Capítulo 6. Estos posicionamientos derivarían en una creciente hostilidad hacia la Unión Soviética y hacia los actores ligados a ella y decantarían finalmente en la denuncia contra aquella potencia como el aliado estratégico de la dictadura cívico-militar de 1976.

En su Declaración Constitutiva (PC-CNRR, 1968a), todas las críticas iban dirigidas hacia el PC de la Argentina. En el análisis internacional, se percibe una cuidada intención de no criticar explícitamente la política soviética. De hecho, el CNRR planteó que “la amistad con la URSS y los países socialistas, y su defensa, es una

cuestión de principios” (p.102), ya que era una necesidad estratégica para todo el movimiento revolucionario y para el propio desarrollo de la revolución en la Argentina. Por el contrario, según este primer análisis, los adversarios en el MCI eran los partidarios de la “línea nacionalista, antisoviética y divisionista” encarnada por Mao, de la “línea reformista y nacionalista” representada por la Liga de Comunistas de Yugoslavia y de las “concepciones pequeñoburguesas” endilgadas a Regis Debray.

En este apartado nos interesa puntualizar los desplazamientos en torno a la valoración de la Unión Soviética que se produjeron en el PCR a lo largo de 1968 y 1969 a partir de su posicionamiento frente a la situación en Checoslovaquia. A su vez, lo analizaremos en diálogo con la postura sostenida por su organización de origen, el PC, ya que esta divergencia ensanchó aún más la brecha entre ambas organizaciones.

2.1.1 El '68 checoslovaco y la Unión Soviética

La entrada de los tanques soviéticos en Checoslovaquia produjo un enorme impacto en la opinión pública. A su vez, generó grandes debates, especialmente entre las corrientes intelectuales y políticas de raíz comunista y de izquierda, tal como había ocurrido ya con la intervención en Hungría en 1956 y con las polémicas acerca del período soviético bajo la dirección de Stalin luego del “Informe” de Jrushchov en el XX Congreso. Para analizar la polémica que estos acontecimientos suscitaron, es imprescindible tener presente que el proceso de la llamada “Primavera de Praga” se desarrolló en un momento muy particular. Por lo tanto, consideramos pertinente, en primer lugar, reconstruir brevemente sus aspectos centrales contextualizando la situación internacional y nacional en la que esta se produjo para luego abordar sus repercusiones en la Argentina y en las dos organizaciones que se reclamaban a sí mismas como el “auténtico” partido del comunismo.

El famoso XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, realizado en febrero de 1956, fue un punto de inflexión en la historia de ese país y en el MCI. Sus tesis y su impacto exceden los límites de nuestra investigación.⁹⁴ De todos modos, cabe destacar que los procesos posteriores a la muerte de Stalin en 1953, especialmente a partir del viraje en el mencionado congreso, el ascenso de Nikita Jrushchov al poder en 1957 y las intervenciones en Polonia y Hungría en particular, produjeron una serie de polémicas, replanteamientos, críticas y rupturas que atravesaron al conjunto del MCI y a las diversas corrientes populares y de izquierda que este influenciaba o con el que

⁹⁴ Para un análisis de la recepción del XX Congreso por parte del PCA, ver Piemonte, 2013.

debatían. Un punto particularmente agudo fue el “conflicto chino-soviético”, a partir del cual se produjo la emergencia del maoísmo como corriente política diferenciada en el MCI (Rupar, 2018a). Si bien retomaremos en parte estos debates en el Capítulo 5, aquí nos limitamos a señalar algunos aspectos en particular del proceso húngaro en 1956, puesto que se desarrolló en simultáneo con las discusiones que habilitó el viraje en la política soviética y operó como antecedente inmediato y como punto de referencia en la polémica sobre la intervención en Checoslovaquia.

Como destaca Geoff Eley (2003), antes de la intervención en Hungría, ya en 1953 se había producido un levantamiento en la República Democrática Alemana, a partir de las protestas de los obreros de la construcción contra el aumento de los índices de producción y exigiendo elecciones libres. Asimismo, se había desplegado una oleada general de huelgas que afectó a más de cien fábricas en Checoslovaquia (incluido el complejo de fábricas de armas) y que luego se propagaron por Hungría, Bulgaria y Rumania, e incluso en los campos del complejo minero en Siberia, en la propia URSS. En 1956, también estalló una protesta obrera en Potsdam, por entonces Polonia, aprovechada por Władysław Gomułka (secretario general del Partido Obrero Unificado) para regresar al poder con el apoyo soviético y emprender reformas de liberalización económica, negociaciones con la Iglesia, etc.

En Hungría, ese mismo año, los acontecimientos fueron “más extremos y dieron resultados diferentes” (Eley, 2003: 329). En 1953, Imre Nagy había sido designado primer ministro, pero sus intentos de reforma fueron bloqueados y fue obligado a dimitir en 1955. Se sucedieron luego protestas de escritores, estudiantes y sectores católicos que, entre otras cosas, exigían libertad de prensa, cambios en el sistema y la rehabilitación de Nagy, quien recuperó su cargo en octubre de 1956. En el plano económico, las reformas de Nagy fueron más cercanas al conjunto de medidas sancionadas en la URSS en 1921 y conocido como Nueva Política Económica (NEP), sustituta del “comunismo de guerra” y con fuertes concesiones al campesinado (Carr, 1979), que a la economía planificada y a los planes quinquenales de la época de Stalin. Devuelto al poder, Nagy rápidamente restauró el sistema de partidos múltiples, apoyado por una coalición (formada por el comunista, el de pequeños propietarios agrícolas, el socialdemócrata y el de campesinos nacionales) y el 1 de noviembre retiró a Hungría del Pacto de Varsovia.⁹⁵

⁹⁵ Llamado oficialmente “Tratado de Amistad, Colaboración y Asistencia Mutua”, fue una alianza militar con el objetivo de contrarrestar el rearme de la Alemania Occidental y su ingreso a la Organización del

En ese contexto, “Budapest se sumió en el caos al unirse en las calles fascistas y saqueadores a los demócratas y partidarios de la reforma” (Eley, 2003: 330). Sólo tres días después, el 4 de noviembre, el Ejército Rojo entró en Budapest y en todas las ciudades importantes. Es relevante destacar que la principal resistencia provino de los consejos obreros, que habían resurgido en Europa por primera vez desde 1917-1923, especialmente después de la caída de Nagy.

El levantamiento húngaro fue objeto de polémicas: los anticomunistas defendieron su autenticidad democrática y los partidarios de los soviéticos enfatizaron sus peligros contrarrevolucionarios frente a la aparición de fascistas y “agentes occidentales”. A la vez, el intento de salida de Hungría del Pacto de Varsovia constituyó un peligroso antecedente para el dominio soviético.

En el caso de la llamada “Primavera de Praga”, esta se desarrolló en 1968 y su clausura con la intervención soviética fue parte constitutiva de los “’60 globales” (Zolov, 2018), dadas sus hondas repercusiones a nivel mundial, incluida la Argentina.⁹⁶ A lo largo del convulsionado año 1968, en distintos lugares del mundo, se expresaron diversas manifestaciones de conflictividad social y política en el contexto posterior a la Segunda Guerra Mundial y en plena Guerra Fría.⁹⁷ Fue en ese marco que se desarrolló la “Primavera de Praga”.

Tratado del Atlántico Norte. Se firmó en Varsovia en 1955 por Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, la República Democrática Alemana, Hungría, Polonia, Rumania y la Unión Soviética. Establecía el compromiso de ayuda militar durante 20 años en caso de que cualquiera de los países miembro fuera atacado por una potencia extranjera; la alianza estaba dominada por la Unión Soviética, que subordinaba militarmente a los demás países y ejercía un estricto control.

⁹⁶ Como señala Eric Zolov (2018), la idea de que “los 60 fueron globales” permite “comprender el cambio local dentro de un marco transnacional, constituido por múltiples contracorrientes de fuerzas geopolíticas, ideológicas, culturales y económicas” (p. 12). El año 1968 en particular ha sido erigido como un ícono que condensa esa variedad de fenómenos a escala global que expresaron un auge de la movilización social. De hecho, el ’68 “fue destacado como aquel donde el mundo se sacudió” (Bonavena, 2018: 315) y que “conmocionó al mundo” en tanto “fue el epicentro de una transformación” (Kurlansky, 2004: 485); para las generaciones más jóvenes fue “un gran despertar a un mundo al filo de la revolución” (Hobsbawm, 2013: 3); e incluso se lo ha señalado como el año más turbulento desde finales de la Segunda Guerra Mundial (Caute, 1988).

⁹⁷ Cabe mencionar algunas de las más destacadas: en Europa, tuvo una enorme repercusión el “Mayo Francés”, esas revueltas estudiantiles con participación de obreros y de otros sectores que pusieron en discusión desde el sistema educativo y los exámenes hasta el capitalismo, las guerras imperialistas y la cultura en el marco de la V República bajo la presidencia del general Charles De Gaulle; la ofensiva del Tet por parte del VietCong contra la invasión estadounidense en las principales ciudades del sur despertó simpatías y esperanzas en amplios sectores juveniles y progresistas de todo el mundo; en Estados Unidos, la resistencia contra la Guerra de Vietnam crecía (en especial entre los jóvenes y en el movimiento hippie), el Movimiento por los Derechos Civiles alcanzaba una gran notoriedad (golpeado a su vez por el asesinato de Martin Luther King, al que se sumaría el del popular candidato a presidente Robert Kennedy) y las protestas antibelicistas durante la Convención Demócrata fueron duramente reprimidas; en China, en pleno conflicto en el seno del MCI, se desenvolvía una masiva disputa por el poder y por el rumbo del socialismo en la Revolución Cultural Proletaria dirigida por Mao Tse Tung. En América Latina, por su parte, crecía la influencia de la Revolución Cubana en los movimientos revolucionarios; en Cuba, se

Para abordar este proceso específicamente, es preciso tener presentes algunas de sus características particulares: durante el período de entreguerras, el checoslovaco había sido el mayor partido comunista de Europa y luego de la Segunda Guerra Mundial era el más fuerte y contaba con una enorme popularidad. Sin embargo, en los primeros años de la década del sesenta, la crisis parecía grave y se estudiaban reformas orientadas al mercado (Eley, 2003).⁹⁸

Según Tony Judt (2005), el proceso checoslovaco durante 1968 estuvo signado por tres “ilusiones”. La primera refiere a que los estudiantes, escritores y “reformistas” que protagonizaron las protestas consideraban que las libertades y las reformas impulsadas por el eslovaco Alexander Dubcek, dirigente principal por aquel entonces del Partido Comunista de Checoslovaquia (PCChec), podían integrarse al “modelo socialista” sobre la creencia de que era posible un “socialismo democrático”. La segunda consistió en la creencia por parte de la dirección del partido de que podían manejar la situación creada a partir de las reformas sin perder el control del país. Por último, la tercera se vincula con la convicción del propio Dubcek de que podía “mantener a raya” a la dirigencia soviética, ya que consideraba que el error de Nagy en Hungría había consistido exclusivamente en retirarse del Pacto de Varsovia.

La dinámica que condujo a la “Primavera de Praga” fue compleja: la lucha interna dentro de la dirección del partido gobernante entre “conservadores” y “reformistas”, el rol activo de intelectuales que se manifestaban a favor de la reforma e interpretaban las protestas populares en ese sentido, y el resurgimiento de partidos que estaban ilegalizados, contribuyeron a una situación de radicalización del estado de ánimo de las masas. Expresiones de esto fueron las sucesivas manifestaciones, asambleas estudiantiles, reuniones públicas y el rol crítico de la prensa. Fue muy importante, a la vez, el resurgimiento de los consejos obreros, como ya había ocurrido en Hungría.

Desde la Unión Soviética, Leonid Brezhnev (sucesor de Jrushchov y principal dirigente soviético desde 1964 hasta su muerte en 1982) miraba con suma preocupación

declaró 1968 como el año del “Guerrillero Heroico” en homenaje al Che Guevara, asesinado en octubre de 1967 en Bolivia; en México, una gran manifestación principalmente estudiantil fue reprimida con dureza por el gobierno del Partido Revolucionario Institucional.

⁹⁸ Algunos datos pueden resultar ilustrativos para caracterizar la situación en la que se encontraba Checoslovaquia en esos años: en 1960, la Constitución proclamaba haber llegado al “socialismo pleno”; el porcentaje de hijos de clase trabajadora que cursaban estudios superiores había pasado de un aumento del 10% en 1938 a uno de casi el 40% en 1963; históricamente, la minoría eslovaca del sur y del este del país era más pobre y más rural que los checos del noroeste; en 1964 el ritmo de crecimiento del país era el más bajo de todo el “bloque del Este”, cuyas repercusiones impactaron especialmente en la industria pesada de Eslovaquia central (Judt, 2005).

los acontecimientos y preparaba una intervención militar para clausurar las manifestaciones populares “contrarrevolucionarias”, amenazando con “ocupar todo vuestro país en veinticuatro horas” (Eley, 2003: 355). Desde ese punto de vista, la “Primavera de Praga”, al igual que los acontecimientos en Hungría en 1956, pusieron en jaque el monopolio político de las dirigencias y especialmente el control de la URSS sobre estos países europeos.⁹⁹

Los cambios estructurales se habían desarrollado en Checoslovaquia durante el corto período de ocho meses: desde enero a agosto de 1968, bajo el gobierno de Dubcek como Primer Secretario del Partido Comunista (hasta ese momento había ocupado ese puesto en Eslovaquia). Su programa “reformista” pretendía sustituir el modelo de la economía centralizada por un modelo de mercado, con planificación descentralizada, flexible y adaptable a las condiciones, y pugnaba por “liberar” la actividad económica de las empresas de las injerencias administrativas y políticas por parte del Estado (Patula, 1993). Estas medidas, formuladas en el “Programa de Acción del Partido Comunista Checoslovaco”, fueron puestas en práctica por la gestión de Dubcek en oposición a los llamados “conservadores”, como Antonín Novotny, quien se había visto obligado a renunciar a la presidencia a comienzos de 1968. Estos sectores, que también habían sido parte del proceso de “desestalinización” emprendido por Jrushchov, más que críticos de las reformas económicas se oponían a cualquier intento de “liberalización” política y de distanciamiento del control soviético.

No obstante, las reformas de Dubcek se desarrollaron en un clima de euforia en el que surgieron diversos grupos de presión sobre los aparatos de poder, tales como el Club de los Comprometidos Sin Partido y la Sociedad de los Derechos del Hombre, entre otros. En el ámbito universitario, se desarrollaron comités obrero-estudiantiles y en la esfera estrictamente gremial surgió el Movimiento Sindical Revolucionario que planteaba la importancia de los consejos obreros para la democracia fabril, la autonomía de los sindicatos, la herramienta de la huelga como último recurso, así como el apoyo al PCChec y al gobierno en toda medida que favoreciera a la clase obrera (Patula, 1993).¹⁰⁰

Es relevante destacar que la “profunda movilización social que vivió Checoslovaquia durante la Primavera de Praga, no estuvo dirigida en contra del partido

⁹⁹ Hay que tener presente que para aquel momento la URSS no controlaba China, Albania, Rumania, Yugoslavia y no estaba dispuesta a perder mayor poder político en un contexto de aguda disputa con los Estados Unidos por las zonas de influencia.

¹⁰⁰ Asimismo, proliferaron las radios clandestinas, incluso hubo emisiones televisivas que pudieron realizarse en la Praga ocupada por las tropas del Pacto de Varsovia.

comunista”, aunque “algunos sectores de la población rebasaron los límites aceptados por el partido” (Patula, 1993: 197). De hecho, su autoridad creció a medida que la amenaza de intervención militar se cernía sobre el país. El XIV Congreso partidario funcionó con más de mil delegados provenientes de distintas zonas del país y se desarrolló en una fábrica de equipos electrónicos en las afueras del centro de la Praga ocupada; su resolución principal fue exigir el retiro de las “tropas invasoras” y la libertad de los dirigentes detenidos.¹⁰¹

Con la acción militar de las tropas soviéticas y de los demás países del Pacto de Varsovia, se clausuró el movimiento “reformador” que el propio Dubcek había propagandizado como un “socialismo de rostro humano”. El mensaje de la dirigencia soviética era claro: la “liberación implicaba *ipso facto* contrarrevolución” (Eley, 2003: 357). Esto profundizó las fracturas, debates y desilusiones en el MCI y en los vastos sectores políticos e intelectuales de las izquierdas en todo el mundo. Como destaca Ferrero Blanco (2004), la actitud soviética produjo una fisura definitiva entre los países del “Bloque del Este” y también entre los partidos comunistas occidentales y la URSS, aunque esto no haya modificado las relaciones económicas y comerciales. En Europa, la intervención dividió a los PC, la mayoría de los cuales la condenó en mayor o menor medida, y fue un punto de inflexión importante para los partidos del lado occidental que avanzaban en la constitución de lo que se conocería como “eurocomunismo”.

En América Latina, por su parte, la Revolución Cubana constituía una referencia insoslayable para los comunistas y el campo de las izquierdas. La posición que asumiría la dirección de la isla generaba expectativas en un amplio sector que repudiaba la actitud intervencionista soviética. Poco después de la entrada de los tanques, el 23 de agosto, Fidel Castro expresó en un discurso público su posición:

La decisión en Checoslovaquia sólo se puede explicar desde un punto de vista político y no desde un punto de vista legal. Visos de legalidad no tiene francamente, absolutamente, ninguno. ¿Cuáles son las circunstancias que han permitido un remedio de esta naturaleza? (...) Lo esencial que se acepta o no se acepta es si el campo socialista podía permitir o no el desarrollo de una situación política que condujera hacia el desgajamiento de un país socialista y su caída en

¹⁰¹ Es insoslayable comparar el ingreso de los tanques soviéticos luego de la liberación y derrota de los nazis al finalizar la Segunda Guerra Mundial con la intervención militar en agosto de 1968, sin el apoyo popular ni el acuerdo del gobierno: “El primer tanque soviético que entró en la Praga libre llevaba el número 23. Era este mismo tanque, ahora un monumento, al que rodeaban otros tanques rusos en agosto de 1968” (Marker [director], 1977). Fuentes militares checas estimaron que en su momento cumbre las fuerzas invasoras oscilaron en las 650 mil, casi cien mil más que las que los estadounidenses tenían en Vietnam por aquel entonces. Esta comparativa se expresaba en el terreno artístico (muy influyente en la sociedad checoslovaca): algunos de los eslóganes más populares que se pintaron en las paredes de la Praga ocupada fueron “Estados Unidos en Vietnam, Unión Soviética en Checoslovaquia” y “Despierta Lenin, Brezhnev se ha vuelto loco”, entre otros (Chapman, 1969).

brazos del imperialismo. Nuestro punto de vista es que no es permisible, y que el campo socialista tiene derecho a impedirlo de una forma o de otra (Marker, 1977).¹⁰²

Si bien el dirigente cubano apoyó la intervención, planteó una serie de reparos e incluso críticas al “olvido de los ideales comunistas” y al “oportunismo”, preguntándose, entre otras cosas, si los soviéticos “cesarán de apoyar también en la América Latina a esas direcciones derechistas, reformistas, entreguistas, conciliatorias, enemigas de la lucha armada revolucionaria, que se oponen a la lucha de liberación de los pueblos” (Castro, 1968). Esta visión es significativa porque, como veremos más adelante, tanto el PC como el incipiente PCR subrayaron distintos fragmentos del discurso de Castro en relación con sus respectivas posiciones políticas frente a los hechos y, a la vez, como dirigente de la Revolución Cubana, era indudablemente un punto de referencia para el campo de las izquierdas.

2.1.2 La controversia acerca del '68 checoslovaco en los orígenes del PCR

Para encarar el análisis de este debate, es fundamental tener en cuenta el contexto histórico en el que se desarrolló. En la Argentina, la dictadura del general Onganía condenó la intervención soviética considerando que esta “afectaba seriamente la paz internacional y era clara evidencia de la falta de respeto a los principios de coexistencia entre los estados” y se ofreció a apoyar cualquier acción realizada por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas (Zourek, 2014: 65-66). Este proceso militar, que venía de derrocar a Illia, había impuesto una política económica que buscaba desarticular importantes conquistas obreras en un clima de represión. Si bien entre 1966 y el Cordobazo en mayo de 1969, desde el punto de vista de la protesta social, lo que predominó en distintos sectores fue un estado de confusión y de expectativas diversas, el año 1968 puede ser considerado como una transición o bisagra (Nassif y Rugar, 2016): se fundó la Confederación General del Trabajo de los Argentinos (CGTA), bajo la conducción del obrero gráfico Raimundo Ongaro, configurándose como un polo opositor a la dictadura; se desarrollaron luchas de trabajadores (como la de los petroleros) y de estudiantes como el paro nacional convocado por la FUA; y se produjo la aparición pública de las Fuerzas Armadas

¹⁰² La transcripción fue realizada por el autor a partir del registro audiovisual en Marker, 1977.

Peronistas (FAP), una de las primeras organizaciones guerrilleras, y la fundación del PC-CNRR el 6 de enero de 1968.

Tanto el PC como el por aquel entonces CNRR dieron gran importancia al análisis de los acontecimientos que se desarrollaban en Checoslovaquia. Ya en julio de 1968, en una declaración (PC, 1968a),¹⁰³ la dirigencia comunista advertía que el proceso en curso constituía un peligro para la base misma del sistema socialista, puesto que la “supuesta liberalización” pretendía en realidad “restaurar el viejo régimen capitalista, empujados con la ayuda del imperialismo internacional”.¹⁰⁴ Según el análisis de este partido, los “reformadores” no pretendían en verdad la transformación del “frente nacional en el máximo órgano del país”, sino la exclusión de los comunistas de los puestos dirigentes en los movimientos de masas y en los órganos de poder. El objetivo de los “reformistas” sería, entonces, un “socialismo sin comunistas”, como plantearon no sin ironía en su declaración. La táctica de estos “contrarrevolucionarios” habría consistido en “contraponer las organizaciones de masas al Partido; enfrentamiento generacional; oposición de obreros e intelectuales” con el objetivo de sacar a su país del Pacto de Varsovia y “cumplir los pedidos del revanchismo germano-occidental”. En una palabra, lo que estaba siendo amenazado en Checoslovaquia eran los principios socialistas y esto hacía “peligrar los intereses vitales comunes de los demás miembros de la comunidad socialista”.

Hacia agosto, el proceso se había agudizado y el riesgo inminente de intervención había tensado la situación. Coincidente con las argumentaciones de la dirigencia soviética, el 21 de agosto en otra declaración (PC, 1968b),¹⁰⁵ el PC argentino sostuvo que se había configurado una situación “contrarrevolucionaria”, en la que las exigencias en las protestas habían pasado de ser de “mayor democracia” a la eliminación de las milicias obreras y la afirmación del “fracaso total del sistema”. Bajo ese enfoque, el PC concibió la situación como una “ofensiva ideológica del imperialismo internacional contra los comunistas y la URSS”. Por lo tanto, en ese

¹⁰³ Todas las citas corresponden a este documento hasta que se indique lo contrario. A los fines de agilizar la lectura, hemos optado por este modo de citación.

¹⁰⁴ Para el PC, ejemplo claro del programa de restauración capitalista era el “Manifiesto de las dos mil palabras” del escritor Ludvík Vaculík, publicado el 27 de junio de 1968 con la firma de académicos, dirigentes de universidades como el rector de Praga, escritores y poetas muy reconocidos, directores de cine y de teatro, atletas olímpicos y campeones deportivos. Este artículo, que a los pocos días contaba con miles de adhesiones, planteaba la necesidad de recuperar los ejemplos de Tomás Masarik (fundador de Checoslovaquia) y de Edvard Benes (presidente checoslovaco entre 1935 y 1948). El PC argentino acusaba al primero de haber participado de la represión en la revolución húngara y al segundo de haberse negado a una alianza con la Unión Soviética en 1938 y de asilarse en Inglaterra luego de que los nazis invadieran Checoslovaquia.

¹⁰⁵ Todas las citas corresponden a este documento hasta que se indique lo contrario.

contexto, la intervención militar del bloque soviético constituía, sobre la base de “la profunda comunidad de intereses entre los países socialistas”, una “ayuda fraternal” a la clase obrera y al pueblo de Checoslovaquia para “salvaguardar el régimen socialista amenazado por la contrarrevolución burguesa” y por el pacto entre la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y el “revanchismo germano-occidental”.

Para Fernando Nadra (1968),¹⁰⁶ uno de los principales dirigentes por aquel entonces del PC, la “ayuda fraternal” soviética a Checoslovaquia frente al “putsch contrarrevolucionario” (p. 115) era correcta porque se amparaba en tratados conjuntos: uno de amistad, ayuda mutua y colaboración suscripto en 1943 y prorrogado en 1963 y el propio tratado de Varsovia que estipulaba la defensa colectiva frente a las agresiones de la OTAN. Para el dirigente argentino, las protestas y la salida de Checoslovaquia de este Pacto constituyeron “un episodio más de la política del imperialismo con la OTAN como brazo ejecutor” con el objetivo de “reeditar la 'marcha hacia el este' de Hitler, provocando la invasión lisa y llana a los países socialistas hasta llegar a la URSS” (p. 217), lo cual habría sido impedido por la intervención soviética.

Como habíamos adelantado, el antecedente del “'56 húngaro” estuvo presente en los análisis. Según Nadra (1968), en ambos procesos había una búsqueda por parte de esos países socialistas por “mejorarse” y “los errores de dirección cometidos facilitaron el trabajo de la contrarrevolución que impulsada por el imperialismo, sus agentes, sus armas y su financiamiento buscaban restaurar el capitalismo”. Se diferenciaron, por el contrario, en que en Hungría “la reacción actuó más sorpresiva y resueltamente”, mientras que en Checoslovaquia “apuntaban al golpe armado pero optaron por ganar fuerza desde adentro, por el 'camino pacífico”” (Nadra, 1968: 176-178). Es decir, según el análisis del PC, profundizado en la pluma de uno de sus principales dirigentes, el imperialismo, y en especial el estadounidense, pretendía convertir a Checoslovaquia en “una base de operaciones para una vasta labor de propaganda y provocación contra el mundo socialista y particularmente contra la Unión Soviética, con vistas a una eventual agresión armada”, lo cual habría implicado una “guerra mundial átomo-coheteril” y eso justamente fue lo que se habría impedido con “la oportuna participación de las tropas

¹⁰⁶ El análisis de la situación por parte de este histórico dirigente comunista es clave y representativa de la posición oficial del PCA en tanto fue el encargado de seguir de cerca los acontecimientos en Checoslovaquia y de editar en ese mismo año, al calor de los hechos, el libro que aquí se cita y que aborda en profundidad el proceso desde la óptica del PCA.

socialistas aliadas” (Nadra, 1968: 217). En definitiva, la intervención militar fue justificada y “se trató del internacionalismo proletario en acción” (Nadra, 1968: 218).¹⁰⁷

El PC-CNRR, por su parte, ya en un informe del 27 de julio de 1968 (PC-CNRR, 1968d),¹⁰⁸ señalaba que las causas de aquellos sucesos debían vincularse a un largo proceso de “deformación de la dictadura del proletariado” en el que se habría impuesto “un control administrativo y burocrático del aparato del Partido sobre las masas”. Según su análisis, el origen de esas “deformaciones” tenía “su causa inmediata en la desnaturalización del rol del Partido y de su relación con la clase obrera” en un país “en el que subsistían fuertes restos de las clases explotadoras”. A ojos del PCR, estos “errores” no eran exclusivos del PC checoslovaco, sino que fueron condicionados por las “deformaciones propias del período de dirección de Stalin”. Estas, al haberse considerado como un simple producto del llamado “culto a la personalidad”, no fueron corregidas “a través de un proceso de masas”. Por el contrario, dichas “deformaciones” se habrían combinado con las “desviaciones oportunistas de derecha” endilgadas por el PCR a Jrushchov, de las cuales Novotny habría sido su representante más típico. Según el comunismo revolucionario, sobre el amplio repudio a esas deformaciones durante la gestión de Novotny, se estaban montando “elementos de la burguesía” que procuraban forzar un retroceso hacia el capitalismo y el imperialismo que buscaba modificar la correlación de fuerzas en el centro de Europa. En este último punto puede identificarse una clara coincidencia con el análisis del PCA en el sentido de que había actores internacionales y nacionales que pretendían restaurar el capitalismo y debilitar la influencia soviética en Europa.

A su vez, el PCR cuestionaba que la situación checoslovaca se discutiera entre los soviéticos y otros países sin la participación del PCChec. Esto, sumado a la presencia de tropas de la URSS en el país, era “lesivo” para el internacionalismo proletario y para el prestigio mundial del comunismo. Sin embargo, se diferenciaron de la posición de “no intervención” en general desde un punto de vista “liberal-burgués”, ya que admitían la posibilidad de intervenir si de lo que se tratara fuera de la derrota de la “intervención contrarrevolucionaria del imperialismo”. Aún así, subrayaron que, en

¹⁰⁷ Es relevante el testimonio de Oscar Laborde (comunicación personal, 12 de mayo de 2019), quien fuera luego dirigente del Comité Central del PCA hasta mediados de los noventa, porque estuvo viviendo en la Praga ocupada por las tropas soviéticas en 1969. Según su mirada, si bien la reticencia y antipatía por la presencia de tropas soviéticas era mayoritaria en la sociedad checoslovaca, no había una resistencia visible, aunque sí hubo manifestaciones al cumplirse un año de la ocupación. Según Laborde, “para los comunistas de aquella época no estaba bien haber intervenido Checoslovaquia, pero era bajo la misma doctrina que hacía que [los soviéticos] apoyaran a Vietnam en contra del Imperio [estadounidense]”.

¹⁰⁸ Todas las citas corresponden a este documento hasta que se indique lo contrario.

las condiciones en que se estaban produciendo los acontecimientos en Praga, una intervención militar soviética era “*políticamente incorrecta y de gravísimas consecuencias* para el proletariado internacional [resaltado en el original]”, en tanto no resolvería los problemas, sino que acentuaría las tendencias “oportunistas y nacionalistas”, debilitando la unidad del MCI frente al imperialismo en un contexto de “auge de las luchas antiimperialistas y de clase en el mundo capitalista”.

Este análisis de la situación lo llevó a considerar que el ingreso de las tropas de Hungría, Bulgaria, la República Democrática Alemana y Polonia con la Unión Soviética a la cabeza fue una “invasión”. Ese 21 de agosto, en una declaración (PC-CNRR, 1968e: 119-120),¹⁰⁹ se planteó la “condena” a la intervención por considerarla una flagrante vulneración del “principio leninista de la igualdad e independencia de los partidos comunistas”, fragmentando y debilitando a los partidos comunistas del mundo y al “frente antiimperialista y revolucionario mundial”. En ese sentido, plantearon que la “invasión” estaba en contradicción con principios esenciales del “internacionalismo proletario”, lesionaba los “sentimientos nacionales” del pueblo checoslovaco y favorecía a corrientes “revisionistas que pugnan por vaciar de su contenido proletario y revolucionario a los PC y a los Estados socialistas”. En una palabra, coincidimos con Rugar (2019) en que el respeto a la soberanía checoslovaca fue un elemento clave en la argumentación del posicionamiento del PCR, incluso por encima de las intenciones “contrarrevolucionarias” que identificaban como parte del proceso.

Además de estas declaraciones públicas condenatorias, el PCR realizó actos de masas denunciando estos hechos, algunos partidarios y otros convocados desde la FUA, dirigida en aquel entonces por Jorge Rocha, del PCR. Pocos días después del ingreso de tropas, en un documento (PC-CNRR, 1968f)¹¹⁰ del 27 de agosto de 1968, insistieron en que repudiaban la intervención porque no se debía sustituir a la clase obrera y una acción de este tipo violentaba su voluntad y la del PCChec, distorsionando la imagen del socialismo ante los pueblos del mundo capitalista.

Como el PC argentino, el comunismo revolucionario también recuperaba el antecedente húngaro, pero, a diferencia de su organización de origen, lo distinguía del caso checoslovaco. En Hungría, los “gravísimos errores y desviación” del PC húngaro habían sembrado un “descontento en las masas” a partir del cual la “contrarrevolución levantó cabeza”, apoyada por el imperialismo estadounidense, con el objetivo de

¹⁰⁹ Todas las citas corresponden a este documento hasta que se indique lo contrario.

¹¹⁰ Todas las citas corresponden a este documento hasta que se indique lo contrario.

restaurar el capitalismo. Según los disidentes del PC, los “sectores más conscientes del proletariado y los campesinos húngaros” encabezados por Janes Kadar, secretario general del partido, habían solicitado la ayuda militar y económica de la URSS para enfrentar la “contrarrevolución” y “superar las desviaciones que habían debilitado el poder socialista”. En este caso, la intervención soviética se habría tratado de “solidaridad proletaria internacional”. Como hemos visto, el PCR no creía que este fuera el caso en Checoslovaquia.

Al igual que el PC, el CNRR consideraba que sobre los errores reales y el descontento de amplios sectores checoslovacos se montaba la CIA (organismo de inteligencia de Estados Unidos) y “los monopolios germano occidentales”. Estos habían agravado los problemas creados por los “errores y la desviación burocrática, igualmente revisionista, de la anterior dirección encabezada por Novotny”. Sin embargo, a pesar de ese proceso en curso, no podía justificarse una intervención militar porque, además de las razones mencionadas, eso fortalecía las “tendencias revisionistas” en países europeos y en las direcciones de los partidos comunistas.

En definitiva, la intervención militar encabezada por la Unión Soviética en Checoslovaquia en agosto de 1968 tuvo un profundo impacto en la opinión pública y fue objeto de debate no sólo en el seno de los partidos comunistas europeos, sino también en América Latina y en la Argentina en particular. Tanto el PCA como el PCR dieron gran importancia a los acontecimientos que se desarrollaban en el país socialista. Lejos de concebirlo como un problema interno de los checoslovacos, lo consideraron una cuestión de enorme importancia para el Movimiento Comunista Internacional, para la imagen pública de la Unión Soviética y del comunismo, y para todos los comunistas del mundo: se trataba de una polémica de importancia internacional y de profundas implicancias ideológicas y políticas.

Ambas corrientes comunistas coincidieron en determinados puntos del análisis: efectivamente, ambas consideraron, en mayor o menor grado, que las protestas populares expresaban un descontento real. Este estaba originado por “errores”, para el PCA, o “desviaciones” y “deformaciones”, para el CNRR, llevados a cabo por las direcciones comunistas del PCChec. Para el PCA, los comunistas en Checoslovaquia se encontraban en un proceso de cambios para corregir sus errores en el camino iniciado por el XX Congreso del PCUS y la línea impulsada desde la Unión Soviética. En ese sentido, no se cuestionaban tanto las reformas económicas como el intento de autonomizarse de la esfera controlada por la URSS. Para el PCR, eran deformaciones

que se habían originado en el período dirigido por Stalin, pero que se acentuaron con las tesis del XX Congreso sobre la base de “desviaciones oportunistas de derecha” que agravaban la situación y favorecían el descontento.

Ambos partidos coincidieron en que sobre esas protestas populares se montaban los intereses de sectores “fascistas”, “de derecha”, partidarios de la “restauración capitalista” y en especial los del imperialismo estadounidense y el “revanchismo” de la República Federal Alemana, a quienes se les atribuía el financiamiento y la actividad conspirativa para imponer su política y su control sobre Checoslovaquia, modificando de ese modo las relaciones de fuerza en Europa.

Sin embargo, mientras el Partido Comunista se alineó totalmente con la política intervencionista soviética y la consideró una “ayuda fraternal” propia del “internacionalismo proletario”, el PCR la condenó por concebirla como una violación de dicho principio y un avasallamiento de la voluntad de la clase obrera y del pueblo checoslovaco, así como de su gobierno y de su partido, aunque esto no implicara que la Unión Soviética hubiera dejado de ser socialista. De todas formas, el comunismo revolucionario creyó que esta actitud no sólo dañaba la imagen del comunismo en el mundo, sino que favorecía a los sectores de derecha, a los “revisionistas” y en particular al imperialismo estadounidense y debilitaba la unidad del MCI. Para el PC, en cambio, la condena de la intervención era funcional a la campaña antisoviética y anticomunista y a los intereses del imperialismo capitalista.

Con respecto a la posición asumida por Fidel Castro, cabe dar cuenta de cómo esta fue interpretada por ambos partidos del comunismo argentino. El PCA, en ese momento crítico del proceso cubano, rescató el posicionamiento, destacando que Castro había “sabido ver dónde estaba el enemigo”. El PC-CNRR, por el contrario, a través de un artículo en su prensa partidaria, consideró errónea la “esperanza” atribuida al dirigente cubano de que “esta intervención desaliente tendencias oportunistas de no poco arraigo en la política interna y exterior de la URSS y otros países socialistas” (PC-CNRR, 1968g).¹¹¹ A la vez, destacaba las críticas de Castro al “oportunismo”, entendido como referencia a las direcciones de partidos comunistas que no apostaban a encabezar un proceso revolucionario armado, sino que habían devenido en fuerzas “reformistas”. En ese punto, el PCR consideró su discurso como “un importante aporte a la causa antioportunista y por el forjamiento de una estrategia única de ofensiva en el movimiento comunista internacional”. Asimismo, planteó sus discrepancias con la idea

¹¹¹ Todas las citas corresponden a este documento hasta que se indique lo contrario.

de que al “oportunismo de derecha” no se lo podía superar con el “dogmatismo stalinista” ni con “la sustitución de la clase con el aparato”, ya que “nadie puede reemplazar a la clase obrera” y a su partido de vanguardia. Este fue su posicionamiento público frente al discurso de Fidel Castro. Sin embargo, testimonios de dirigentes del PCR destacaron “la desilusión” que les produjo el apoyo de Cuba a la intervención y con el tiempo consideraron que ese había sido el momento a partir del cual la dirigencia cubana se habría subordinado al “socialimperialismo soviético”.¹¹²

2.1.3 La caracterización de la Unión Soviética en el proceso fundacional del PCR

Así como destacamos la incidencia del alineamiento del PCA con la URSS (aunque sin volverlo un factor explicativo mecánico), es relevante detenerse en cómo influyó en la posición del PCR la caracterización que tenía de la Unión Soviética en aquel momento. Todavía no había suscripto a las tesis del maoísmo y, por lo tanto, aún consideraba a la URSS como un país socialista, aunque se manifestara crítico de sus “deformaciones”.

En el marco de esos debates, la intervención en Checoslovaquia marcó un punto de inflexión para el PCR en su visión de la Unión Soviética. Según Otto Vargas, la posición condenatoria de la intervención había sido “prácticamente unánime en el partido” (Brega, 2008: 40), aunque también se expresaron algunas pocas voces disidentes.¹¹³ Por otra parte, en el comunismo revolucionario, algunas de las corrientes que confluyeron en su fundación eran en aquel momento más críticas de la URSS que otras. Si bien luego profundizamos en esta cuestión, cabe destacar que había sectores que la consideraban el ala derecha del MCI frente al eje “Cuba-Corea-Vietnam”, a partir del cual se esperaba que se restableciera la unidad del MCI en articulación con los procesos de liberación nacional y antiimperialistas en los países del Tercer Mundo (L. Molinas, comunicación personal, 25 de septiembre de 2017).

En cualquier caso, en aquel momento, la defensa de la Unión Soviética constituía para muchos comunistas una cuestión de principios. En ese sentido, para algunos sectores del PCR su condena pública de la actitud soviética fue una suerte de desgarramiento. De cierto modo, fue el punto de partida de un proceso que culminaría con su distanciamiento definitivo de la URSS, asumiendo la tesis maoísta de considerar

¹¹² Cabe tener presente también que, según Vargas, en aquel momento “todo contacto con Cuba se hacía por intermedio de la URSS” (Brega, 2008: 108) y que para viajar a la isla había que ir a Checoslovaquia primero.

¹¹³ Fue el caso de Luis María Aguirre, alias “Gervasio Zárate”, quien encabezó una ruptura en el seno del PCR y se incorporó a FAL, proceso en el que profundizamos más adelante en este capítulo.

que, a partir de la muerte de Stalin y especialmente con el XX Congreso y el ascenso al poder de los sectores encabezados por Jrushchov y Brezhnev, se había restaurado el capitalismo y el otrora faro revolucionario se había convertido en una potencia “socialimperialista”. Como bien señala Matías Rubio (2020), la adhesión a esta teoría fue central en la construcción de la identidad partidaria del PCR y la dotó de un rasgo distintivo en relación con otras corrientes de la izquierda, cuestión que analizaremos en profundidad en el Capítulo 5. Tanto la condena a la “invasión” soviética como la desilusión frente al apoyo de Fidel Castro fueron factores que arraigaron fuertemente en el recién fundado PC-CNRR e influenciaron, años después, sus denuncias a la URSS como una de las dos superpotencias que se disputaban la Argentina y el mundo. Según Vargas (Andrade, 2005), tomar partido frente a la intervención fue el momento más difícil del proceso de ruptura y la sensación que los atravesó frente a la posición cubana fue el de haberse quedado solos desde el punto de vista internacional.

Como dijimos, al momento de la intervención, el PCR aún consideraba socialista a la Unión Soviética. De hecho, sostuvo que la intervención militar era una “desviación” producto de tendencias “oportunistas” (que habrían pasado a predominar en Europa y en América Latina luego del XX Congreso), pero que no alteraba el carácter socialista de la URSS y que esta seguía siendo la “potencia más avanzada del proletariado triunfante”. Vale la pena detenerse aún más en este punto porque permite dar cuenta del momento embrionario del PCR, a menos de un año de su fractura con el PCA y a pocos meses de su fundación oficial. Para el comunismo revolucionario, el rechazo a la “invasión” soviética no implicaba una condena a la URSS. De hecho, veía inconcebible que un proceso de liberación nacional pudiera desarrollarse al margen o en contra del mundo socialista, entendiendo por esto el apoyo tácito o explícito de la Unión Soviética. Según Otto Vargas, se opusieron a la intervención porque la concibieron como “la negación del socialismo” en tanto “no puede imponerse el socialismo por medio de las bayonetas de un ejército extranjero” (Brega, 2008: 40). En ese sentido, puede verse nuevamente el peso que tuvo la cuestión nacional a la hora de anclar el posicionamiento partidario a partir del respeto a la soberanía checoslovaca.

Asimismo, el comunismo revolucionario renegaría pocos años después de esta defensa del carácter socialista de la Unión Soviética: en aquel momento criticaba las “deformaciones” del socialismo, pero creía que la propiedad estatal de los medios de producción implicaba una condición suficiente para definir al modo de producción

socialista. Bajo la influencia del maoísmo, se consideraría erróneo este enfoque.¹¹⁴ El principal dirigente del comunismo revolucionario atribuyó estos virajes de línea a que en aquel momento constituían “un *puzzle* teórico-político” (Brega, 2008: 40), puesto que en el relato oficial de este partido la adhesión al maoísmo aparece como un salto hacia la madurez política, producto de una suerte de “depuración” de algunas de sus anteriores ideas. En ese sentido, coincidimos con Rugar (2018b) en que, además de la defensa de la lucha armada como única vía a la revolución, las críticas a la política soviética, expuestas públicamente por primera vez a raíz del proceso checoslovaco, fueron uno de los primeros elementos fundamentales en el acercamiento del PCR a las tesis maoístas.

Sin embargo, en ese momento embrionario, el PCR creía que la principal “desviación” a combatir en el seno del MCI no era el “revisionismo soviético”, como plantearían más adelante siguiendo a Mao, sino el “oportunismo de derecha” y el “reformismo” cuyo polo identificaban en la Liga de Comunistas Yugoslavos encabezada por Tito. De hecho, en la citada declaración (PC-CNRR, 1968b),¹¹⁵ el comunismo revolucionario cuestionó fuertemente la posición del Partido Comunista de China (PCCh), calificándolo como un enfoque equivocado que “objetivamente hace el juego al enemigo de clase” al caracterizar a los soviéticos como imperialistas por su intervención en Checoslovaquia, en lugar de concebir esa acción como una desviación.¹¹⁶ Según el PCR, no se debía igualar el socialismo al imperialismo por más que en el primero se manifestaran “desviaciones nacionalistas”, en el sentido de poner por delante los intereses del propio país por encima de los de la clase obrera. Tampoco se debía transformar una polémica entre revolucionarios en un enfrentamiento como si se tratara de un “enemigo principal”. Desde esa perspectiva, el PCR pensaba que la

¹¹⁴ De modo sucinto, podemos decir que esta revisión tuvo que ver con dos cuestiones centrales: por un lado, según esta interpretación, para el marxismo lo que define a un modo de producción, en este caso el socialismo, no es determinado régimen jurídico de propiedad de los medios de producción, sino las relaciones sociales de producción realmente vigentes y quién se apropia y decide sobre el plus trabajo; por el otro, para el maoísmo, en la sociedad socialista persisten las contradicciones fundamentales de la sociedad. Según Mao, durante la etapa histórica de construcción socialista, persisten las clases, contradicciones de clase y lucha de clases, se desarrolla la lucha entre el camino socialista y capitalista y se mantiene el peligro de restauración capitalista. Desde esa perspectiva, se consideraba que en la URSS se había restaurado el capitalismo de modo original bajo el dominio de una burguesía burocrática monopolista de Estado. Profundizaremos en estas cuestiones en el Capítulo 5.

¹¹⁵ Todas las citas corresponden a este documento hasta que se indique lo contrario.

¹¹⁶ Al producirse la intervención militar, en agosto de 1968, el *Renmin Ribao* (Diario del Pueblo), prensa oficial del PC chino, sostuvo que la dirigencia soviética era una “pandilla de socialimperialistas” cuyo objetivo era “establecer un imperio colonial”.

derrota de la posición china, atribuida al carácter “dogmático” de Mao, era una condición fundamental para la cohesión del MCI.

Como destaca Rugar (2019), el año 1968 fue muy importante en la difusión del maoísmo como corriente política diferenciada en el seno del MCI, en particular en relación con su posicionamiento contra la “invasión” soviética, ya que fue de los pocos partidos comunistas que se manifestaron resueltamente en ese sentido. En efecto, el PCCh se opuso tajantemente rechazando los argumentos esgrimidos por los soviéticos; inmediatamente lanzó una campaña propagandística en contra de la “Doctrina Brezhnev”, a la que acusaba de consistir en políticas “fascistas”, “chovinistas” y “socialimperialistas”. Esta intervención militar de los países del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia sería ejemplo de aquellas, y fue equiparada al expansionismo de Adolf Hitler en los treinta y a la ocupación estadounidense en Vietnam (Rea, 1975). Con respecto al PCR, hemos visto cómo ya en 1968 su posición empalmaba con la del PC chino en el rechazo a la intervención, pero que se distanciaba de ella en relación con la caracterización de la Unión Soviética.¹¹⁷

No obstante, desde comienzos de 1969, se fueron planteando modificaciones parciales y desplazamientos en su posicionamiento internacional.¹¹⁸ Para su análisis, cabe tener presente que entre los triunfos de las revoluciones china y cubana (1949-1959) se produjo una expansión del sistema socialista mundial y hacia los sesenta este convivía con los procesos de liberación nacional que se desenvolvían en países de África, Asia y América Latina, conformando lo que por entonces se denominó “Tercer Mundo”. Fue en ese contexto en el que se agudizaron las discusiones y conflictos en el movimiento comunista.

Del análisis de los documentos partidarios, podemos desprender el esquema con el que el PCR concebía la situación en el MCI. Por un lado, Yugoslavia y China se habían configurado en “polos de tendencias”: mientras que en la primera los “errores”

¹¹⁷ Como hemos mencionado, a nivel más general, con respecto al rol de China en el MCI, el PCR consideraba por aquel entonces que la línea de Mao era “nacionalista, antisoviética y divisionista” (PC-CNRR, 1968a: 103).

¹¹⁸ Para analizar esta cuestión nos valemos de tres fuentes: el artículo “¿Qué pasa en el comunismo?” (Figari, 1969), firmado por Lucas Figari (pseudónimo de José Ratzer) y publicado en el número 1 de la revista partidaria *Teoría y Política* en enero-febrero de 1969 (donde además se incluyó un artículo del líder coreano Kim Il Sung titulado “Sobre la situación internacional y algunas cuestiones del movimiento comunista internacional”); el documento interno que circuló a mediados del mismo año, titulado “Proposición del Comité Nacional del PCR sobre la posición del Partido ante los problemas del movimiento comunista” (PCR, 1969a: 277), en el que se formularon modificaciones a los planteamientos que hasta entonces se habían sostenido; y el apartado sobre el Movimiento Comunista Internacional aprobado por el I Congreso, en el que finalmente se cristalizó el posicionamiento partidario en esta etapa fundacional (PCR, 1969b: 376-381).

en la construcción del socialismo habían desembocado en el abandono de las relaciones de producción socialistas, en la segunda al concebir que el centro de la lucha revolucionaria pasaba por el Tercer Mundo se postulaba una “táctica aventurera, subjetivista” que “objetivamente divide a la mayoría de los países socialistas y al proletariado de los países capitalistas del movimiento de liberación nacional” (Figari, 1969, s.p.).¹¹⁹ Si bien se reconocía que no se contaba con un “estudio profundo sobre la situación china” y que el PC de ese país se enfrentaba frontalmente a las “desviaciones oportunistas y las deformaciones burocráticas”, este no podía constituir el eje a partir del cual reestructurar el movimiento comunista porque adolecía, a la vez, de un “fuerte nacionalismo”, de “dogmatismo” teórico (representado en el “librito rojo” de Mao) y de “subjetivismo” al negar las relaciones socialistas de producción en la URSS (PCR, 1969a: 279).

Ahora bien, en el marco de esta revisión, el comunismo revolucionario se “autocriticó” por haber sostenido un “eje de centroizquierda”, en el sentido de que, si bien se afirmaban en el eje “Cuba-Corea-Vietnam”, se ubicaban en una posición “centrista” entre los principales polos del MCI. En efecto, el PCR pensaba en aquel momento que eran errores a combatir tanto el “antisovietismo” como el “antichinismo”, pues en ambos casos se corría el centro del “enemigo principal”, que era el “oportunismo de derecha”. Este último sería el verdadero responsable de que no hubiera uno sino “dos comunismos”: uno que había llevado a distintos partidos al campo del “reformismo”; y otro, diverso, que promovía “recuperar al comunismo para lo que definió su esencia en ruptura con la II Internacional y lo convirtió en vanguardia del proletariado mundial: la línea marxista-leninista, revolucionaria y de clase” (PCR, 1969a: 278). Dentro de este último campo, ubicaron al PCCh.

Al respecto del primero de los comunismos, la referencia era al enfoque “oportunista de derecha” que, sobre la base de cuestionar el “dogmatismo”, alentaba el “revisiónismo teórico” y colocaba el centro de su argumentación en el desarrollo económico de los países socialistas a través de la importancia del incentivo material y del “egoísmo nacional”, y en las expectativas en que la evolución gradual en los países capitalistas posibilitara el avance hacia el socialismo (Figari, 1969). Esta concepción era la que, a ojos del PCR, cobraba fuerza en la URSS como resultado de una larga

¹¹⁹ Según Ratzer (Figari, 1969), el planteamiento chino “busca establecer remedios contra el oportunismo de derecha, busca mover a las masas contra el enquistamiento burocrático”, pero a la vez “parte de un papel confuso de la clase obrera en las movilizaciones de masas, de un grave culto a la personalidad, de un voluntarismo mezclado con un socialismo de campesinos empobrecidos durante siglos que descuida las etapas de transición que forzosamente deben recorrerse entre el capitalismo y el comunismo” (s.p.).

acumulación de “deformaciones” y de problemas no resueltos que se arrastraban desde los años veinte y que se habían fortalecido en los últimos tiempos.

Dentro de ese esquema, para interpretar los problemas de las experiencias socialistas, había que deslindar “la esencia del socialismo” de sus aspectos negativos. Lo primero sería la propiedad social de los medios de producción, las condiciones de vida y de trabajo, los desarrollos cultural, técnico y científico, etc. Lo segundo refiere al “burocratismo, nacionalismo, escepticismo en parte de las masas”. Esto era lo que posibilitaba distinguir las dos políticas en pugna. Por un lado, una política defensiva, llevada adelante por las direcciones del PCUS, de los partidos comunistas de Europa (occidental y del este) y de la mayoría de los latinoamericanos, basada en el tránsito gradual, pacífico y evolutivo al socialismo, cuyas “desviaciones” derivaban en una “sustitución del internacionalismo proletario por el nacionalismo de gran potencia (en el caso del PCUS) o por la estrechez nacionalista (en el caso de otros partidos)” (PCR, 1969a: 279). Por el otro, una política que se manifestaba en la “ofensiva revolucionaria de los vietnamitas, la solidaridad coreana, el internacionalismo de la revolución cubana” y el ejemplo de lucha y sacrificio del Che Guevara. Sobre esta se montaban las expectativas de reestructuración de la “vanguardia mundial del proletariado” a partir de “bases revolucionarias”.

Si bien el PCR destacaba como central el eje Cuba-Corea-Vietnam, entre las corrientes diversas que apuntalaban la estrategia de ofensiva considerada correcta, además de las tres mencionadas, se incluía secundariamente al PC japonés, al PC de la India (m), al PC dominicano, al Partido Comunista Brasileño Revolucionario (PCBR) y a corrientes que habían roto en América Latina con las direcciones “oportunistas”, como sería el caso del propio PCR. También se destacaba el vasto movimiento de la “nueva izquierda” en Estados Unidos, Europa Occidental y en países del Tercer Mundo.

Estos fueron los lineamientos que luego se cristalizaron en el I Congreso a fines de 1969. De hecho, en dicha instancia, se pasó a caracterizar retrospectivamente a la “Declaración Constitutiva” como impregnada por el “reformismo internacional”, error atribuido a la influencia que ejercía sobre muchos militantes que conformaron el nuevo partido sus experiencias pasadas en el “oportunismo” del PCA. Ese “cordón umbilical” que, a ojos del PCR, los había atado en un primer momento a los partidos “centristas” del MCI se habría quebrado a partir de la condena a la intervención soviética en Checoslovaquia.

Como puede verse, desde la fundación hasta el primer congreso, el comunismo revolucionario fue delineando un posicionamiento internacional que confrontaba directamente con la “línea oportunista de derecha” que le atribuía principalmente a la dirigencia soviética y a la que le contraponía centralmente el enfoque cubano (aunque también el vietnamita y el norcoreano, como hemos dicho). No obstante, las relaciones entre la dirigencia cubana y el PCR no resultaron fructíferas, como analizaremos en el Capítulo 5.

Asimismo, como hemos intentado mostrar, la caracterización del enfoque chino en los análisis del PCR fue reconfigurándose. Si bien mantuvieron sus críticas y no acompañaron en un primer momento sus tesis sobre la URSS, puede verse cómo pasó de ser una línea que se debía derrotar en el MCI a una posición que, aunque se le endilgaran “errores”, “desviaciones” y limitaciones, era ubicada dentro de las variantes que se oponían al “enemigo principal”.

En definitiva, más allá de la caracterización del incipiente PCR sobre la Unión Soviética, de los debates en el MCI y de sus oscilaciones y conflictos con la Revolución Cubana, cabe destacar una vez más que su postura crítica frente a la intervención en Checoslovaquia operó como el punto de partida de un proceso de distanciamiento con la URSS, que profundizó, a su vez, su delimitación con el Partido Comunista argentino.

El análisis de estos debates nos permite dar cuenta del momento específico en que se encontraba esta corriente política a poco de su ruptura y fundación, con otras certezas políticas e ideológicas que las que conformarían su identidad política tiempo después. Como ya hemos dicho, estas posiciones se irían transformando a lo largo de sus primeros años, a partir de un proceso intenso y contradictorio que embarcaría al PCR en una revisión crítica de sus postulados iniciales.

2.2 *Entre el Che y el Cordobazo: debates sobre la lucha armada y la construcción del partido durante el proceso fundacional*

Como habíamos señalado, en los debates sobre el “camino de la revolución”, el tema de “las vías” constituye una cuestión clave: no sólo porque fue uno de los puntos de ruptura con la “izquierda tradicional” y un eje en torno al cual se delinearon modalidades diferenciadas entre las organizaciones de la “nueva izquierda”, sino también porque ella se encuentra indisolublemente ligada a temas más amplios (como la caracterización del país y la definición del carácter de la revolución y sus posibles etapas y tareas, los actores centrales del proceso revolucionario, el tipo de instrumento

organizativo para impulsarlo – el partido, en este caso-, los marcos de alianzas, las prácticas políticas, etc.).

Si bien el posicionamiento en favor de la lucha armada como única vía a la revolución constituyó un eje transversal a diversas corrientes del campo de la NI, el debate sobre sus distintas concepciones y modalidades dividió a quienes optaron por una estrategia guerrillera de aquellos que mantuvieron una orientación insurreccionalista. Asimismo, esta polémica atravesó los primeros años del PCR y el saldo de esta discusión resultó decisivo en sus definiciones políticas y en el proceso de construcción de su identidad.

Cabe resaltar que hacia fines de los sesenta, la experiencia cubana y el inmenso influjo de la figura del Che Guevara eran potentes catalizadores de las propuestas “guerrilleras”, que también tuvieron su influencia en el naciente PCR. Sin embargo, los debates internos y especialmente las interpretaciones acerca de las puebladas en Corrientes, Rosario y el histórico Cordobazo, incidieron de manera decisiva en las definiciones del comunismo revolucionario, aunque a costa de rupturas y desprendimientos. Siguiendo esas claves, en este apartado analizamos cómo, en el contexto del Cordobazo, los debates sobre las modalidades de lucha armada y el tipo de organización a construir fueron claves en la trayectoria del PCR y en la búsqueda de un perfil político distintivo.

2.2.1 El Cordobazo como “boceto” del camino revolucionario en la Argentina

Así como la figura del Che Guevara condensó la polémica sobre la vía armada dentro del campo de la “nueva izquierda”, el Cordobazo tuvo una influencia decisiva en la reorientación de los debates estratégicos sobre el “camino de la revolución” en la Argentina, tanto para aquellas organizaciones que se forjaron luego como para aquellas que se habían formado poco tiempo antes (como era el caso del PCR). Hubo interpretaciones y conclusiones diferentes por parte de los distintos actores, pero en todos los casos este acontecimiento fue considerado como el punto de referencia para plantear una transformación radical en nuestro país. Por lo tanto, en este apartado nos proponemos un análisis acerca de la influencia de este acontecimiento en los debates político-estratégicos que atravesaron al comunismo revolucionario en su proceso fundacional y en sus definiciones políticas acerca del “camino de la revolución”, en particular con relación a las modalidades de lucha armada pertinentes para un país como la Argentina.

La caracterización del período previo al Cordobazo fue objeto de discusión entre las diversas fuerzas políticas de izquierda. Como hemos mencionado, desde el golpe de Estado de 1966 hasta que se sucedieron las puebladas en 1969, lo predominante en diversos sectores había sido un estado de confusión y diversidad de expectativas (Nassif y Rugar, 2016), vinculado a un repliegue relativo de las fuerzas populares (más allá de importantes luchas como las huelgas de trabajadores azucareros, portuarios y ferroviarios),¹²⁰ a actitudes dirigenciales “participacionistas” y “colaboracionistas” con la dictadura de Onganía en la conducción de la CGT, y al llamamiento a “desensillar hasta que aclare” de Juan Perón, entre otras circunstancias. Todo esto, sumado al avance de la política represiva de Onganía con la intervención de las universidades y la “reestructuración racionalizadora” de la economía, había llevado a distintos sectores a considerar que se vivía un momento de “reflujo” en los procesos de movilización social y en el estado de ánimo de las masas.¹²¹

El PCR polemizó con esas visiones: desde noviembre de 1968, sostuvo que “el repliegue no se debe a que el conjunto de la clase [obrera] como tal haya sido llevado a la fuerza, debilitado, hacia el retroceso” (*Nueva Hora*, 1968a, s.p.), sino a la crisis en las direcciones del movimiento obrero, que no habrían estado a la altura de hacer frente a la ofensiva de la dictadura. Desde esa perspectiva, el “quietismo” de las masas no se debía a una clase obrera derrotada, sino que en todo caso era “relativo”, “transitorio” y requería del impulso “desde abajo” de una dirección revolucionaria (PC-CNRR, 1968b: 217). En ese sentido, este partido sostenía que en realidad no había reflujo de las luchas: por el contrario, las medidas de la dictadura militar habían “secado la pólvora de un polvorín bajo los pies de las clases dominantes” (PC-CNRR, 1968b: 201). Esta idea fue fundamental en el posicionamiento del PCR frente a la situación: el partido y la clase obrera debían actuar para generalizar las luchas parciales y “hacer estallar ese polvorín

¹²⁰ Frente a la reestructuración de los ferrocarriles emprendida por la dictadura de Onganía con la clausura de ramales, privatizaciones y miles de despidos, los ferroviarios fueron derrotados en su lucha y muchos responsabilizaron a la conducción tripartita de la Unión Ferroviaria (radicales, comunistas y peronistas). Según Vargas (Brega, 2008), la actitud del PC en esta lucha fue otra de las causas principales del descontento que derivó en la ruptura. Según su testimonio, “arrancamos [el nuevo partido] con decenas de afiliados ferroviarios en Bahía Blanca, en Tolosa –donde dirigíamos la seccional de la UF-, en Alianza, en la línea Mitre, en Rosario, en Remedios de Escalada, etc.” (p. 162)

¹²¹ Como hemos dicho ya, cabe matizar esta periodización con respecto al año 1968, el cual puede ser considerado como una transición o bisagra (Nassif y Rugar, 2016): durante ese año, entre otros acontecimientos, se fundó la CGTA; se desarrollaron luchas de trabajadores petroleros, en particular en La Plata y Ensenada, donde se organizó en la destilería de YPF una huelga que duró más de cincuenta días, exigiendo por la jornada de trabajo de seis horas y el reconocimiento al trabajo insalubre, y que fue dirigida por los sectores peronistas que encabezaban la comisión interna en alianza con la célula del PC-CNRR que había roto con el PC de La Plata; y el paro nacional estudiantil convocado por la FUA bajo la presidencia del dirigente del PCR Jorge Rocha; entre otros acontecimientos.

de descontento popular” (p. 293). El “renacimiento” de las luchas creaba, entonces, condiciones para una contraofensiva que buscara derribar a la dictadura (PC-CNRR, 1968c).

Sin embargo, esta caracterización del “polvorín” tuvo posiciones disidentes dentro del propio PCR. Por ejemplo, en un documento de discusión interna, que circuló en los momentos previos al Cordobazo y fue elaborado por un militante de cara al I Congreso, se sostuvo que se asistía a “la parte más baja de la curva de las luchas obreras y populares, desde la caída de Illia”, que había una “sobrestimación del grado de conciencia de la clase” en los análisis de la dirección del PCR y que en ese momento “la clase obrera en general se preocupa[ba] por mantener el estado de cosas” (Panadero, 1969). Como veremos a continuación, más allá de estos debates internos, con las puebladas de 1969 y especialmente con el Cordobazo, el comunismo revolucionario creyó ver confirmado su análisis: había estallado “el polvorín” y el sentimiento antidictatorial de las masas había inaugurado un período de auge de luchas obreras y populares que configuraba “una *nueva etapa* [resaltado en el original]” en la lucha por la “liberación social y nacional” (PCR, 1969b: 284).¹²²

A lo largo del convulsionado mayo de 1969 se produjeron, entonces, el Correntinazo, el Rosariazo y el Cordobazo.¹²³ El contingente estudiantil fue uno de los principales enemigos de Onganía. En Corrientes, el movimiento universitario -cuya Federación local estaba dirigida por Carlos Pailolle, del PCR- enfrentó las medidas de la dictadura, en particular el aumento del ticket del comedor. La lucha desencadenó la represión que terminó con el asesinato de un estudiante. La indignación tuvo una amplia repercusión: la FUA, presidida por Jorge Rocha - también del PCR-, convocó a un paro nacional y a los pocos días, en Rosario, las enormes movilizaciones de repudio culminaron con otros dos asesinatos. En el caso de Córdoba, el descontento se fue agudizando a lo largo de todo el mes, en el que las asambleas y las intensas reuniones de los cuerpos de delegados fueron masivas y cumplieron un papel fundamental en la preparación de la lucha.

¹²² En referencia al Cordobazo, Onganía, en su discurso del 4 de junio de 1969, recogido por el diario *La Razón*, sostuvo: “comenzaron en Corrientes con una manifestación estudiantil. Producida la víctima, la simpatía que despierta la juventud tronchada fue la mecha que arrimaron al polvorín largamente preparado” (PCR, 1969b: 391).

¹²³ Las características de estas puebladas exceden nuestro trabajo, simplemente nos interesa destacar que, a grandes rasgos, fueron rebeliones populares que pusieron en jaque el proyecto de largo plazo del dictador Onganía; se desplegaron en grandes centros urbanos con una fuerte composición obrera y estudiantil, con la que confluyeron distintos sectores de asalariados y de la pequeña burguesía; y se destacaron por desbordar el accionar policial, requiriendo la intervención directa del ejército al lograr una ocupación significativa de las ciudades a través de la movilización de masas y de los combates callejeros.

Quizás ninguna fuerza política o sindical pueda atribuirse la dirección de la pueblada cordobesa en su totalidad, ni de las masas obreras, estudiantiles y populares que la protagonizaron, ni de los virulentos combates cuando estos se generalizaron. De todos modos, cabe puntualizar la participación del PCR en la jornada del 29 de mayo. Específicamente, esta consistió en la presencia de sus militantes de la Agrupación “Primero de Mayo” en la columna de Santa Isabel, la mayor planta industrial de Córdoba;¹²⁴ en la de la fábrica Perdiel, donde habían sido elegidos delegados en oposición a los candidatos de Elpidio Torres, a la sazón secretario general del SMATA Córdoba; en la columna de la FIAT; y en la columna motorizada de DINFIA, dirigida por miembros del PCR que habían planteado la necesidad de garantizar el abandono de fábrica frente a la oposición de la Fuerza Aeronáutica que tenía el control militar del establecimiento.¹²⁵ Asimismo, el partido tuvo presencia en el estudiantado, especialmente a través del Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda (FAUDI, ligado al PCR), que dirigía el centro de estudiantes de la Universidad Tecnológica Nacional (UTN),¹²⁶ y también contaba con estudiantes de la Universidad Nacional de Córdoba, y de colegios técnicos como el “Ingeniero Carlos Cassaffousth”.

En el trabajo de Hernán Camarero y Martín Mangiantini (2019), encontramos un sucinto y documentado abordaje acerca de los posicionamientos de las distintas expresiones de la izquierda ante la irrupción del Cordobazo, tanto en relación con el momento previo al estallido cordobés como con el posterior, así como también un análisis sobre la incidencia del Cordobazo en los debates estratégicos acerca de la vía de transformación revolucionaria de la sociedad en términos de “insurreccionalismo”, “guerrillerismo”, o posibles combinaciones entre ambas. Este último eje es el que más nos interesa aquí, aunque sólo nos detenemos en algunos casos.

Para el PC, en polémica con el “guerrillerismo”, el Cordobazo había demostrado la centralidad de la clase obrera, la potencialidad de las reivindicaciones específicas para transformarse en planteos antidictatoriales y hasta qué punto las acciones gremiales podían desbordarse en situaciones con características insurreccionales. Por el contrario, para el PRT-El Combatiente, demostró la imposibilidad de superar el “espontaneísmo”

¹²⁴ En esta columna se encontraba el obrero radical Máximo Mena, quien fue asesinado por la represión policial. Esto produjo una indignación tal que masificó la movilización de la población que se incorporó a los combates.

¹²⁵ La columna de DINFIA estaba conformada por 300 motocicletas (construidas en dicha fábrica) y marchó encabezada por un gran cartel que rezaba “Agrupación Primero de mayo”, la cual había surgido en esa fábrica apenas un año antes (Alarcón, 1989).

¹²⁶ El trabajo político del PCR en esta universidad fue fundamental para su inserción en los obreros mecánicos cordobeses; por ejemplo, de allí provenían sus militantes de la fábrica Santa Isabel.

de las luchas obreras si no se conformaba el ejército revolucionario que fuera capaz de derrotar a las fuerzas militares del capitalismo. En el caso de Vanguardia Comunista, cuyo programa seguía el esquema de la tesis maoísta para la Revolución China y consideraba que el proceso revolucionario se libraría desde el campo hacia las ciudades, la sorpresa que le produjo el Cordobazo lo obligó a dilatar su primer congreso partidario hasta 1971.

Para el PCR, el Cordobazo fue una suerte de parteaguas en la experiencia de las masas en la Argentina, ya que demostró la centralidad del proletariado industrial y la importancia de su alianza con el movimiento estudiantil y de la lucha en las calles. Además, mostró que un enemigo militar poderoso podía ser derrotado y que para ello se podían utilizar las contradicciones que anidaban en su seno.¹²⁷

En su balance del Cordobazo, el PCR subrayó una serie de cuestiones: las direcciones sindicales habían sido superadas por sus bases y los cuerpos de delegados en las grandes empresas habían cumplido un rol fundamental en la organización y dirección de la pueblada; las masas obreras habían transformado una huelga y una manifestación callejera en un enfrentamiento con las fuerzas represivas, organizando barricadas, ocupaciones de barrios, paralización del transporte, etc.; en el marco de esos combates, las masas habían formado espontáneamente grupos de acción y autodefensa, con la incorporación de un repertorio violento que habría demostrado que la violencia era inevitable en su enfrentamiento con las clases dominantes; a su vez, la alianza entre obreros y estudiantes expresaba, también, el grado de radicalización de vastos sectores estudiantiles y de la intelectualidad. Por último, en su polémica con el reformismo al que consideraban en crisis, para el PCR, el Cordobazo confirmaba que no era un momento de calma y estabilidad relativa del capitalismo, sino un período de “auge de luchas” en el que se agudizaban “los choques de clases” y “todas las contradicciones de la formación económico-social argentina” (PCR, 1969b: 289).

En cuanto a las “limitaciones” del Cordobazo, el comunismo revolucionario destacó centralmente la ausencia de un partido de vanguardia capaz de dirigir políticamente al proletariado y la debilidad del clasismo y de las fuerzas que apostaban a una salida política revolucionaria. Además, señaló que no hubo confluencia en la lucha con las masas de obreros rurales y del campesinado pobre, ni se pudo avanzar en que la autodefensa de las masas “bocetara” milicias, ni en la organización de un

¹²⁷Con ello aludimos a ciertas interpretaciones del PCR, que no desarrollamos aquí, pero que remiten al papel que jugaron en el Cordobazo el general Alejandro Lanusse, como principal opositor a Onganía dentro de la dictadura, y el general Raúl Carcagno, encargado de la represión.

“gobierno popular” paralelo. En cuanto a su actuación partidaria, se cuestionaron el haber sostenido concepciones que luego, en su congreso de fines de 1969, consideraron “espontaneístas”.¹²⁸

En definitiva, para el PCR, en el Cordobazo se habían esbozado las formas y los requerimientos organizativos de una insurrección armada y urbana en la que la clase obrera debía ocupar el rol protagónico. En ese sentido, a su juicio, la pueblada de Córdoba, y aquellas sucedidas en ese año en otros lugares, habían constituido un “ensayo revolucionario” que “bocetó” el camino hacia la insurrección en la Argentina. A la vez, el PCR buscaba anclar estas formas de levantamiento popular, en las que la población urbana jugaba un rol decisivo, como inscriptas en la historia de nuestro país, operación que permitía fundar la legitimidad de la estrategia insurreccional en la tradición de lucha del pueblo argentino, apelando a referencias que iban desde las invasiones inglesas hasta el estallido cordobés. La potencialidad residía en que, si bien no habían sido completamente planificadas sino “impuestas por la historia”, estas puebladas podían crear las condiciones para transformar obreros y estudiantes en revolucionarios conscientes y posibilitar así la visualización de un “camino de poder” (PCR, 1969b: 285).

En síntesis, el PCR creyó ver en el Cordobazo la confirmación de la orientación insurreccional, la centralidad de la clase obrera industrial y de los centros urbanos, y la potencialidad de la violencia de masas. Es decir, consideraron que el “camino de la revolución” en la Argentina implicaba la acumulación de fuerzas en la perspectiva de una insurrección popular, dirigida por un partido revolucionario y protagonizada por las masas obreras de los grandes centros industriales. De allí, entonces, dedujeron que como tarea inmediata la pueblada cordobesa había dejado planteada la necesidad de desarrollar, por un lado, una fuerte corriente clasista en el movimiento obrero - sustentada en los cuerpos de delegados y especialmente en las grandes empresas- y, por el otro, corrientes “antiimperialistas” y “antiterratenientes” en las masas populares. Asimismo, valoraron como imprescindible el factor emocional: según esta perspectiva,

¹²⁸ De hecho, esta cuestión recorrió los debates internos de cara al I Congreso. Un documento de discusión interna (Célula Ferroviaria, 1969), con fecha el 12 de agosto de 1969, criticó los balances que la dirección partidaria había realizado en torno a las luchas de mayo y de junio. Esta “célula ferroviaria” cuestionaba la “insuficiencia de autocrítica respecto a la labor del partido” y la “concepción espontaneísta” que llevaba a confundir “revuelta con insurrección” (p. 21). En su I Congreso, el PCR reconoció retrospectivamente que las concepciones “espontaneístas” en su dirección eran “fuertes” y que, si bien había sido justo el planteo de “hacer estallar el polvorín antidictatorial”, este no se había articulado con un trabajo que asegurara “los medios para que el partido y el proletariado fuesen los beneficiados políticos de ese estallido de luchas”, sino que se había producido una separación entre “la formulación de una línea revolucionaria y la construcción del instrumento que la realice” (PCR, 1969b: 394).

el partido debía “ganar el corazón” y la dirección de las masas para que el triunfo revolucionario fuera posible.

En ese camino, el PCR se planteó un viraje y concentró sus esfuerzos en desarrollar el clasismo, fortaleciendo su inserción y el desarrollo de las agrupaciones “Primero de mayo”. Este proceso arrojaría dos experiencias muy importantes bajo la dirección de sus militantes, que retomaremos en el Capítulo 3: las dos ocupaciones de la matricería Perdriel de la IKA-Renault en 1970, destacadas por el grado de violencia en las formas de lucha protagonizadas por los propios trabajadores (Laufer, 2017); y el triunfo en la conducción del SMATA Córdoba en 1972, refrendado en 1974, a través del Movimiento de Recuperación Sindical-Lista Marrón que encabezaba René Salamanca (Laufer, 2018). Como veremos a continuación, lo fundamental de los debates que recorrieron internamente al partido durante 1969 en torno a las modalidades de lucha armada se saldó en el I Congreso en favor del “insurreccionalismo” y en ello contribuyó sustancialmente el análisis partidario acerca del Cordobazo.

2.2.2 *Más vale un Perdriel que cien secuestros. Las polémicas sobre la lucha armada y el I Congreso del PCR*

El debate sobre el “camino de la revolución”, en particular con relación al tema de las vías para la toma del poder, atravesó toda la historia de la izquierda argentina. Ya en 1896, cuando se realizó el I Congreso del Partido Socialista, la polémica acerca de la violencia como vía para el triunfo revolucionario había dividido a los socialistas que coincidían en que la revolución debía ser llevada a cabo por la fuerza del proletariado organizado (Oddone, 1934): por un lado, Juan B. Justo sostenía que, mientras la burguesía respetara los derechos políticos vigentes, la vía parlamentaria era el camino para que la clase obrera pudiera llegar al poder y realizar las transformaciones revolucionarias (aunque no descartaba otro “método de acción”,¹²⁹ lo circunscribía al ámbito de la excepcionalidad, “sólo si las circunstancias se lo imponen” -Tarcus, 2011:107-); por el contrario, un sector de izquierda encabezado por Leopoldo Lugones y José Ingenieros polemizó con esta definición, considerando a la violencia como la única vía posible, puesto que la insurrección era inevitable.¹³⁰ Como hemos visto en el

¹²⁹ La expresión elíptica para referirse al uso de la violencia se vinculaba a la intención del PS de lograr la plena legalidad.

¹³⁰ Este sector propuso modificar la “Declaración de Principios” redactada por Justo. Si bien no descartaban la posibilidad de acumular poder político si la burguesía ampliaba los derechos al sufragio universal y esto favorecía la propaganda y la autoorganización de la clase obrera, lo concebían como una

Capítulo 1, más de sesenta años después, en el contexto del XII Congreso del PC realizado en 1963, Victorio Codovilla sostenía una formulación semejante a la redactada por Justo,¹³¹ frente a la cual se rebelaron las corrientes que confluyeron en la fundación del PCR.

Sin embargo, en sus primeros dos años de vida, el comunismo revolucionario aún no había precisado del todo algunas definiciones estratégicas. Por ello, la confluencia de diversas corrientes en su conformación implicó durante cierto tiempo la coexistencia de distintas posturas. Esto se expresó particularmente en los debates sobre la lucha armada de cara a la realización de su I Congreso, atravesados a su vez por la tensión entre la influencia guevarista y los balances del Cordobazo, tal como hemos analizado hasta aquí.

Hacia el I Congreso

Como bien señala Brenda Rugar (2019), desde el inicio, en sus documentos oficiales, el PCR sostuvo en términos generales que la estrategia de lucha armada en la Argentina era la insurreccional. De hecho, en sus “Tesis para el XIII Congreso [del PC]” (PC-CNRR, 1968c), polemizando con el planteo de “las dos vías” (la “pacífica” y la “no pacífica”), afirmó que la vía a la revolución consistía en la “insurrección armada de todo el pueblo hegemónizada por el proletariado” (PC-CNRR, 1968c:151). Asimismo, dejó planteada la posibilidad de otras formas de lucha armada, ya que creía que debían dominarse todas y saber combinarlas o pasar de una a otra según las circunstancias. Incluso este documento proponía que la guerrilla rural, en una situación política favorable de auge de lucha de masas y de crisis del Estado y en una región geográfica que le permitiera subsistir gracias al apoyo del pueblo, podría ser “un medio efectivo de desgaste y fractura del aparato estatal” (PC-CNRR, 1968c: 152), admitiendo la incorporación del campesinado y del proletariado rural. También se remarcaba la importancia del trabajo entre los soldados, suboficiales y oficiales con posiciones

manera de generar las condiciones para practicar “otro método de acción cuando las circunstancias lo hagan conveniente” (Tarcus, 2011: 107). En ese sentido, Ingenieros y Lugones prefiguraban como inevitable “un escenario de insurrección «clásica», donde la burguesía armada resistiría a un proletariado que necesariamente debería recurrir a la violencia revolucionaria para imponer su triunfo después de acumular poder a través de un período de acción legal” (p. 107). Si bien esta propuesta fue apoyada con 29 votos contra 3, en el Segundo Congreso de 1898 Justo logró la supresión del párrafo en cuestión.

¹³¹ Nos referimos a la siguiente formulación: “... sobre el problema del camino a seguir para conquistar el poder, nuestro Partido tiene posición tomada ya antes del XX Congreso del PCUS. Siempre considero que había que desarrollar el movimiento de masas y, sobre esta base, crear las condiciones favorables para la toma del poder por vía *pacífica*, sin excluir la acción parlamentaria; o por vía *no pacífica*, si los círculos dirigentes del país *cierran* todas las posibilidades democráticas para la conquista del poder” (Codovilla, 1963: 24).

“democráticas”, “antioligárquicas” y “antiimperialistas”, ya que la fractura y neutralización de las Fuerzas Armadas constituía un eslabón fundamental en la perspectiva insurreccional.

Como puede verse, desde un comienzo no se descartaba ninguna forma de lucha, pero se subrayaba la necesidad de que todas ellas se inscribieran en el marco de la estrategia insurreccional, que fueran protagonizadas por las masas y que se superara la “división mecanicista” entre lo político y lo militar a través de la construcción del partido “marxista-leninista”. Bajo esta formulación general en favor del “insurreccionalismo”, se desarrollaba una potente discusión interna acerca de las formas en que se debía ejercer la violencia revolucionaria y, en función de ellas, del tipo de organización que se necesitaba construir.

Esta opción por la lucha armada en términos insurreccionales implicaba no solo el rechazo del “oportunismo” y del “reformismo” que le atribuía al PC, sino también la diferenciación con otras corrientes, especialmente en el campo de la NI. En este sentido, para el PCR, al igual que para su organización de origen, el “foquismo”, especialmente en sus versiones más simplificadas, implicaba la sustitución del partido por el foco y la separación de la lucha armada de la lucha de clases, subordinando a la clase obrera a otras clases o capas sociales.¹³² Por otro lado, a ojos del PCR, el planteo de la “guerra prolongada” en el campo (formando un ejército revolucionario, basado en el campesinado, que cercara las ciudades desde zonas liberadas) no se correspondía a un país como la Argentina en el que los campesinos no constituían la fuerza fundamental; y la práctica del llamado “terrorismo urbano” en términos estratégicos no era considerada eficaz para la destrucción del aparato estatal ni para la incorporación de las masas a la lucha armada.

Evidentemente, la defensa de la vía violenta había sido clave en su enfrentamiento con el PC, pero en este período la precisión sobre las modalidades de su ejercicio concreto se había convertido en uno de los ejes principales de discusión en el seno partidario. Lo que centralmente discutía el PCR era quiénes debían ser los legítimos ejecutantes de la “violencia revolucionaria”. En ese sentido, cuando este partido hacía referencia a la “violencia de masas” parece señalar principalmente (aunque no exclusivamente) las manifestaciones callejeras con estructuras de

¹³² Aquí una vez más no debe confundirse el “foquismo” en la versión de Debray con los planteamientos guevaristas. Como destaca Néstor Kohan (2005), en el Che, más allá de sus experiencias concretas, la guerra de guerrillas era concebida como una lucha de masas en la que el ejército es una parte del partido que es el que dirige el proceso revolucionario.

autodefensa organizadas y las “acciones combativas tipo comando” (PC-CNRR, 1968c: 150) llevadas a cabo por los trabajadores en el marco de una huelga o de una ocupación de fábrica.¹³³ Por ello, al igual que su organización de origen, el comunismo revolucionario desarrollaba, por un lado, la formación de sus militantes en cuestiones de “autodefensa” y, por el otro, la capacitación estrictamente militar en distintos niveles. En ese esquema, el llamado “frente militar” era una estructura muy importante en la construcción partidaria, pues era la encargada de asistir y de adiestrar a los cuadros no sólo para realizar acciones concretas, sino también como parte del proceso de formación específica para que pudieran dirigir a las masas en el alzamiento insurreccional.¹³⁴ En definitiva, si bien se realizaban periódicamente prácticas de tiro, de relevamiento y de manejo de explosivos, la preocupación por la preparación militar concentraba su atención en la organización de la autodefensa, la formación de cuadros y la planificación de acciones dentro de hechos de masas.

No obstante, en el contexto de ciertas ambigüedades en las definiciones y del rechazo hacia el “pacifismo”, sumado a la simpatía que en muchos casos despertaban las acciones armadas, se realizaron muchas de ellas para el aprovisionamiento de armas y de dinero. Si bien la mayoría no contó con la firma partidaria (a través del lanzamiento de volantes, por ejemplo), ya que en líneas generales no se consideraba que la propaganda debiera ser armada, también se ejecutaron operaciones con fines propagandísticos.

Entre estas últimas, la más resonante y confusa fue la destrucción con explosivos de ácido pícrico del supermercado Minimax más grande de la Capital Federal, ubicado frente al Parque Rivadavia.¹³⁵ Cuando Nelson Rockefeller, por aquel entonces gobernador de Nueva York y propietario de la mencionada cadena de supermercados, fue enviado a la Argentina un mes después del Cordobazo por el recientemente elegido presidente Richard Nixon para afianzar las relaciones con la dictadura de Onganía, se sucedieron una serie de protestas, movilizaciones y acciones armadas contra empresas

¹³³ Entre otras, se mencionaba incendiar un carro de asalto durante un acto relámpago o rodear una fábrica con líquido explosivo para dificultar la represión en el contexto de una huelga, etc.

¹³⁴ Según el testimonio de Evaristo Romero (comunicación personal, 14 de abril de 2018), integrante de dicha estructura en aquel entonces, en el “frente militar” había una “comisión selecta” y luego cada “célula” partidaria debía tener su responsable. La “Comisión Militar” estaba conformada por el responsable político, el jefe de operaciones, el enlace, el responsable de explosivos, el de relevamiento y el de asistencia médica. Esta comisión ejecutaba determinadas operaciones y hacía el relevamiento para las acciones a realizarse.

¹³⁵ Para su reconstrucción, contamos con el testimonio de Leandro Segovia (comunicación personal, 15 de agosto de 2021), quien fue el encargado de dirigir la operación realizada junto a otros seis militantes del “frente militar” del PCR.

estadounidenses, tales como Rosario Refrescos Coca Cola, Xerox, el Bank of América, entre otras (Morgenfeld, 2017).¹³⁶ La más espectacular de todas fue el incendio simultáneo de más de una decena de supermercados Minimax el 26 de junio de 1969, luego del cual la empresa de Rockefeller decidió irse del país.¹³⁷ Esta acción, que produjo una gran conmoción, quedó rodeada por un halo de misterio, ya que ninguno de sus autores fue detenido por el hecho y ninguna organización se atribuyó públicamente la operación en aquel momento.

En 1971, las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) se atribuyeron la responsabilidad exclusiva por la acción en todos los supermercados, aunque en aquel momento no existían como tal (FAR, 1971).¹³⁸ Como ha reconstruido González Canosa (2012), hacia 1969, algunos de los principales militantes que luego fundarían las FAR se encontraban articulados en la “sección argentina” del Ejército de Liberación Nacional (ELN). Este se organizó bajo la dirección de Ricardo Rodrigo a partir de la coordinación de grupos que habían recibido entrenamiento militar y que, como parte de la estrategia continental del Che, se habían ligado a la guerrilla boliviana, ya bajo la conducción de Guido Álvaro Peredo Leighe (“Inti” Peredo) luego del asesinato del revolucionario argentino. En ese sentido, si bien no llegó a presentarse públicamente, el objetivo del ELN era el apoyo a la guerrilla boliviana y contribuir a la instalación de un foco guerrillero en la Argentina (González Canosa, 2012). Como ha mostrado la citada autora, diversos testimonios, tanto de militantes que confluyeron en las FAR como de otros que no, han señalado la participación de todas las columnas del ELN en las acciones contra los Minimax.¹³⁹

La otra versión, menos difundida, es la que brinda Isidoro Gilbert (2009), en la que le atribuye la acción contra los Minimax al “aparato militar” del PC y de la FJC; de hecho, Patricio Echegaray, principal dirigente del PC desde 1989 hasta su muerte en 2017, le manifestó en 2008: “Fue un objetivo pensado y ejecutado por el Partido y la Juventud. Algunos participantes pudieron más tarde optar por otras opciones. Nuestro

¹³⁶ Tres días después de su visita, el 30 de junio de 1969, el dirigente sindical Augusto Timoteo Vandor fue asesinado en la sede de la Unión Obrera Metalúrgica.

¹³⁷ Se incendiaron 13 o 14 supermercados, según la versión. En ningún caso hubo víctimas fatales.

¹³⁸ De hecho, en Tarcus (2007), se le endilga a Carlos Olmedo, luego dirigente de FAR, la dirección del operativo (p. 467).

¹³⁹ Entre ellos, un testimonio anónimo publicado en *Liberación* (1973), prensa del ERP-22 de agosto, reconstruyó la organización de un atentado fallido contra uno de los supermercados Minimax, pero sostuvo la responsabilidad de las columnas del ELN en el ataque a los 16 (luego fueron 13 o 14 los que efectivamente se incendiaron, las fuentes divergen en torno a la cantidad exacta).

aparato militar se fortaleció en los años sesenta y estuvo bajo la dirección política personal de Arnedo Álvarez” (Gilbert, 2009: 449).

Evidentemente, no podemos resolver la polémica aquí. Más allá de las versiones contradictorias, lo que sí es posible afirmar por primera vez es que la acción contra uno de esos supermercados Minimax, el de Parque Rivadavia, fue decidido y ejecutado por el PCR. Según Leandro Segovia (comunicación personal, 15 de agosto de 2021), integrante del “frente militar” en aquella época,¹⁴⁰ la dirección política del partido, en el marco de la presión interna por parte de sectores posteriormente calificados de “militaristas”, le dio la instrucción de organizar y realizar para el 26 de junio la voladura de un supermercado Minimax como operación de “propaganda armada” en repudio a la visita de Rockefeller. Cuando esa noche finalmente no explotó uno, sino trece o catorce (con distintos niveles de daños), la sorpresa los desconcertó. Por un lado, porque no pensaron que la carga explosiva que habían empleado fuera tan poderosa: “cuando explotó, terminó todo el supermercado sobre la avenida Rivadavia, nunca pensamos que era para tanto, enseguida pensamos en el sereno que por suerte no estaba” (L. Segovia, comunicación personal, 15 de agosto de 2021). Por el otro, no se comprendía cómo había sido posible semejante simultaneidad cuando desde su perspectiva se trataba de un operativo que se había decidido en el PCR y se había ejecutado desde su “aparato militar”: “qué pasó acá, nosotros hicimos uno y aparecen trece (...). Nos usaron a nosotros para hacer una cosa simultánea (...), acá hubo una mano que nos empujó a hacer esto” (L. Segovia, comunicación personal, 15 de agosto de 2021). Cabe preguntarse cómo fue posible que distintas organizaciones, al menos las conocidas hasta el momento (los grupos vinculados al ELN, el “aparato militar” de la Fede y el PC, y el del PCR,) de manera autónoma hubieran coincidido en la realización de la misma acción en la misma fecha. La interpretación que esgrimen desde el comunismo revolucionario es que “con la ruptura nos infiltraron, sobre todo del aparato del PC en el frente militar”, por eso destacan que la realización de este tipo de acciones duró un

¹⁴⁰ Fue detenido en 1972, bajo la dictadura de Lanusse, cuando en un operativo televisado la policía encontró un arsenal de tres mil armas en su casa. Según su testimonio (L. Segovia, comunicación personal, 15 de agosto de 2021), el objetivo era involucrar al PCR en las acciones armadas de los grupos guerrilleros, pero “nosotros habíamos rechazado esa línea estratégica que nos quería arrastrar al militarismo”. Luego de dos días de tortura, el jefe de policía, de apellido Castro, le dijo: “viste, pibe, te hubieras quedado en la Fede, no te hubiera pasado nada”. Luego fue trasladado a Devoto, después a Resistencia y por último al penal de Rawson el 23 de agosto de 1972, un día después de los fusilamientos. Cuando fue liberado, casi dos años después, pasó a dirigir la zona norte del Gran Buenos Aires, en el que el arraigo en el movimiento obrero, particularmente en las plantas de Ford, le permitió al PCR encabezar la ocupación de dicha empresa en 1985, con la reactivación de la producción por parte de los propios trabajadores durante 18 días hasta que fueron desalojados.

período breve, ya que “cuando vimos que en cada cosa que hacíamos había otra mano o caía la cana, levantamos todo” (L. Segovia, comunicación personal, 15 de agosto de 2021).¹⁴¹ Si bien luego ahondamos en los debates de fondo, aquí se expresa uno de los ejes fundamentales con el que esta corriente política busca legitimar su posicionamiento frente a las acciones guerrilleras: no se las impugna directamente pero se las construye bajo sospecha por considerarlas plausibles de cierta instrumentación. Asimismo, la atribuida acción velada y espuria del PC en el seno del nuevo partido es una constante en las configuraciones discursivas.

De todos modos, queda claro que, por un lado, existía en el PCR una presión interna y externa propia de los debates de la época para volcarse a la realización de acciones por parte de un grupo especializado militarmente; y, por el otro, había también una gran resistencia a esa modalidad por considerarla contraria a una orientación que privilegiara la lucha de masas y la centralidad de la clase obrera. Otro argumento esgrimido contra la formación de un brazo armado era la “autonomía” que muchas veces adquirirían estas estructuras bajo el manto de la necesaria clandestinidad.

A su vez, esta ambigüedad inicial en relación con diversas modalidades de lucha armada en el PCR entusiasmó a otras organizaciones, en particular al PRT dirigido por Mario Roberto Santucho, que sería una de las organizaciones guerrilleras más importantes del campo de la “nueva izquierda”.¹⁴² En efecto, por entonces los perretistas hicieron pública su “Carta al PCR” (PRT-EC, 1969), donde lo interpelaban para que adoptara la estrategia guerrillera que ellos sostenían y proponían la conformación de un “Frente Único Revolucionario”; este era entendido no a nivel de masas a partir de las clases y sectores interesados en la revolución, sino como el acuerdo programático entre

¹⁴¹ Cabe tener en cuenta que, con la fractura, una parte importante del llamado aparato militar, sobre todo el de la FJC, confluía en la fundación del PCR. Luego, integrantes del mismo pasaron a formar parte de organizaciones guerrilleras, entre ellos parte del contingente que se fue a FAL, cuyos debates en el seno del comunismo revolucionario analizamos en este capítulo.

¹⁴² En abril de 1969, el otro sector del PRT (*La Verdad*), dirigido por Nahuel Moreno, también había enviado una carta “A los compañeros del PC (Comité Nacional de Recuperación Revol.)” (PRT-La Verdad, 1969). En ella, caracterizaban al comunismo revolucionario como una organización “centrista de izquierda” (PRT-La Verdad, 1969: 1), “pero en proceso de radicalización” (PRT-La Verdad, 1969: 3). Partiendo “de la convicción de que Uds. van a ser una fuerza importante dentro del movimiento revolucionario”, aclaraban que su “objetivo fundamental no es tirarnos a captar alguno de vuestro militantes [textual], sino por el contrario, impulsar el acuerdo programático y acciones en común con vuestra organización de conjunto” (PRT-La Verdad, 1969: 3). Ya a comienzos de 1968, esta organización consideraba en un informe interno que el trabajo “superestructural” más importante debía ser en torno al “entrismo” en el PC-CNRR para “romperlos lo más pronto posible y captarnos sus restos”. Cabe aclarar que el concepto de *entrismo* se inscribe en un largo debate entre corrientes políticas de izquierda, especialmente en el seno del trotskismo. En líneas generales, se lo puede entender como una táctica política consistente en que los militantes de una organización se incorporen a otra con el objetivo de traccionar y “captar” cuadros que rompan con su partido.

organizaciones revolucionarias que pudiera marchar eventualmente a la formación del “Partido Único de la Revolución Socialista Argentina”.

En dicho documento, se observan algunos debates de fondo que permiten identificar las principales diferencias entre las alternativas estratégicas sostenidas por ambas organizaciones y sus posicionamientos en la discusión sobre los actores protagónicos de la revolución y los legítimos ejecutantes de la violencia política. En ese sentido, desde la perspectiva del PRT-EC, el proceso revolucionario, concebido como “guerra prolongada”, debía ser llevado a cabo por un “ejército revolucionario y popular” que pusiera en práctica acciones guerrilleras, urbanas y rurales. Para el PCR, en cambio, la violencia debía ser ejercida por las masas -particularmente por la clase obrera en tanto actor protagónico de la revolución- y dirigida en todo caso por un partido revolucionario, no por un grupo militar especializado.¹⁴³ De este modo, sostenía que la revolución en la Argentina tendría un carácter insurreccional de tipo urbano (en alianza con el campesinado y sus formas específicas de lucha armada) y que lo central debía ser la experiencia política de las masas y la acumulación de fuerzas, especialmente en las fábricas.

La crítica del PRT-EC hacia esta perspectiva del PCR consistía en adjudicarle una concepción del camino revolucionario como “simple culminación de un proceso de agudización de la lucha de clases” (PRT-EC, 1969); esto puede ligarse con las concepciones “espontaneístas” que se le atribuían. En cambio, para la tendencia de Santucho, un “reflujo político” sólo podía superarse si se iniciaba una “guerra revolucionaria”; la vanguardia, por lo tanto, no podía moverse “detrás de las masas” ni esperarlas, sino que debía ir delante, marcándoles el camino (Stavale, 2019: 43).

Resulta relevante destacar que este debate se desarrolló al calor del Cordobazo, por lo que estuvo directamente relacionado con el balance político que estas organizaciones realizaron del mismo. Para el PCR, que como hemos visto consideraba confirmadas sus tesis estratégicas en aquel estallido, al Cordobazo no le había faltado un “centenar de guerrilleros” (en alusión a la interpretación perretista), sino una “dirección política revolucionaria” que estuviera arraigada en los cuerpos de delegados de las grandes empresas. Más allá de la simplificación que implica esta crítica, efectivamente el PRT consideró que el estallido cordobés había mostrado los límites de las

¹⁴³ Cabe señalar que el PRT-EC también destacaba la importancia del partido revolucionario y no la contraponía con la formación del ejército; aquí nos detenemos en los elementos que esta corriente enfatizó en su interpelación polémica al PCR.

insurrecciones cuando estas no estaban acompañadas por una organización militar capaz de enfrentar la represión del ejército enemigo.

Finalmente, estas diferencias político-estratégicas se materializaron al poco tiempo: mientras el PRT lanzó su brazo armado (el Ejército Revolucionario del Pueblo), el PCR, como veremos a continuación, prescindió de esta posibilidad en su primer congreso y volcó todos sus esfuerzos en el desarrollo de una corriente clasista, especialmente en Córdoba.

El I Congreso y la polémica “Zárate-Irusta”

Como habíamos adelantado, el centro de la discusión alrededor del I Congreso del PCR, realizado entre el 11 y el 14 de diciembre de 1969 en la ciudad de Córdoba, fue la cuestión de la vía a la revolución y el tipo de partido a construir.¹⁴⁴ En el proceso de discusión interna hacia la realización del congreso, la polémica principal, aunque no la única, fue la que se dio entre un sector encabezado por Luis María Aguirre y otro dirigido por Otto Vargas, a la sazón secretario general del PCR.

Esta polémica, atravesada a su vez por debates que recorrieron a todas las expresiones de la NI, fue la que con mayor claridad puso de manifiesto las profundas diferencias internas que surcaban a la organización y su desenlace supuso la reafirmación de la orientación “insurreccionalista” y la construcción de un partido “marxista-leninista” clásico. Como veremos a continuación, estas definiciones implicaron la derrota de las propuestas que planteaban la posibilidad de conformarse como “partido de dos brazos” (uno político y otro armado), así como de aquellas que buscaban que el partido se constituyera en un “ejército revolucionario”.

A lo largo de este proceso fundacional, el PCR crujía internamente luego de su ruptura con el PC. Al calor de las discusiones, se habían sucedido una serie de desprendimientos: algunos volvieron al PC, hubo sectores que se volcaron al trotskismo como en Rosario (grupo conocido internamente como “Colman-Azúa”, cuya expulsión se oficializó en el I Congreso)¹⁴⁵ y en La Plata (algunos de los cuales, encabezados por Osvaldo González de la Facultad de Derecho, se incorporaron a Política Obrera,

¹⁴⁴ El congreso fue convocado originalmente como “XIII Congreso” en el marco de la persistente táctica de posicionarse como la continuidad del “auténtico” partido del comunismo en la Argentina. Sin embargo, a esa altura (dos años después de la fractura y de la fundación del nuevo partido), se optó por renombrarlo “Primer Congreso”, posiblemente como una forma definitiva de cristalizar la ruptura.

¹⁴⁵ En el proceso de discusión previo al I Congreso, este grupo elaboró un documento interno en el que polemizaban con la caracterización de la revolución que se esbozaba en los materiales partidarios. En el Capítulo 6, retomaremos esta discusión.

organización formada a partir de un desprendimiento del Movimiento de Izquierda Revolucionaria-Praxis de Silvio Frondizi), mientras que otros se fueron a organizaciones guerrilleras como FAL. Al respecto de este último caso, como antecedente inmediato a la expulsión del sector “zaratista” que analizamos aquí, entre fines del '68 y la primera mitad del '69, un puñado de militantes descontentos con el rumbo que perfilaba el comunismo revolucionario se incorporaron a FAL, en busca de volcarse a la lucha guerrillera. Fue el caso de Osvaldo Pagnutti, estudiante en aquel entonces de la Facultad de Humanidades de La Plata. Según su testimonio (O. Pagnutti, comunicación personal, 14 de febrero de 2020), el rápido desencanto con el PCR se precipitó cuando se convenció de que la corriente mayoritaria se perfilaba hacia el maoísmo y no al inicio de un camino con acciones armadas al estilo Tupamaros. Según Pagnutti, fue Carlos “el pelado” Copertari, otro integrante del PCR y también de Humanidades, el encargado de reclutar militantes para sumarse a FAL, entre ellos Alberto María “Tano” Durante y Marcelino “Cacho” Vázquez, dos reconocidos dirigentes estudiantiles de la Facultad de Arquitectura de La Plata.

En torno a la estrategia de lucha armada, tal como ha sido señalado por Guido Lissandrello (2015a), en el PCR coexistían en este período al menos tres posiciones fundamentales. El citado autor las identificó de la siguiente manera: la tendencia “insurreccionalista”, la que propiciaba la “propaganda armada como táctica para la insurrección” y la “guerrillerista” (Lissandrello, 2015a). Sintéticamente, podríamos afirmar que la primera posición estaba encabezada internamente por Otto Vargas (“Rosendo Irusta”),¹⁴⁶ la segunda por Ricardo Saiegh (“Juan Petri”) y Sergio Rodríguez (“Mariano Martín”) - siendo los tres mencionados integrantes de la dirección nacional- y la tercera por Luis María Aguirre (“Gervasio Zárate”), por entonces responsable

¹⁴⁶ Lissandrello (2015a) coloca al reconocido sociólogo Julio Godio (“Andrés Marín”) como el representante de esta posición. Efectivamente, Godio contribuyó al debate frente a las corrientes que propiciaban modalidades guerrilleras de lucha armada. En un artículo publicado en el primer número de *Teoría y Política* (enero-febrero de 1969), Godio (Marín, 1969) sostuvo que “la práctica revolucionaria de clase no penetra de ‘golpe’ en el movimiento obrero” (p.10), sino que el partido revolucionario es el que debe pugnar por demostrar en cada manifestación de masas el carácter irreconciliable de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado para que sea posible el salto cualitativo en la conciencia de la lucha económica a la lucha política, de la huelga económica a la huelga política de masas. Es decir, el desarrollo de la conciencia de clase en las masas sería el resultado de un arduo proceso de inserción sindical que hiciera posible la articulación política entre la vanguardia y la clase obrera, de modo tal que el partido pueda erigirse en la dirección de esas masas y lleve a cabo en su seno la propaganda de la teoría revolucionaria para generar así las condiciones que hicieran posible la insurrección.

militar a nivel nacional, y su suegro, el reconocido filósofo Mauricio Malamud (“Camilo Zárate”).¹⁴⁷

Un aspecto destacado de estas polémicas es que, al menos en forma parcial, se desplegaron públicamente a través de artículos en *Teoría y Política*, la revista teórica del PCR. A lo estudiado por Lissandrello (2015a), aquí incorporamos el análisis de algunos documentos de circulación interna, aún inéditos, que fueron preparados como materiales de discusión de cara al congreso, a saber: “Conciencia y violencia” (Zárate, 1969), “Dos, tres, muchos Vietnam...” (Zárate y Zárate, 1969a) y “Las teorizaciones de Zárate: Confusión en la ciencia, la violencia y la conciencia” (Irusta, 1969). En ellos nos centramos para indagar en la polémica “Zárate-Irusta” y aportar al conocimiento acerca de los debates sobre las modalidades de lucha armada en el proceso fundacional del PCR.

Para examinar las tres posiciones que se manifestaron en el proceso de discusión hacia el I Congreso, debemos tener en cuenta que los términos en los que se desarrollaron fueron por momentos ambivalentes y confusos, y, como en todo debate político, hubo oscilaciones, contradicciones y desplazamientos. De hecho, a pesar de sus profundas diferencias, los tres posicionamientos declaraban formalmente la insurrección como norte y partían de reconocer la centralidad de lo urbano (atendiendo secundariamente a la cuestión rural), así como la necesidad de la hegemonía obrera en el proceso revolucionario.

La posición del sector encabezado por Saiegh y Rodríguez fue significativa dentro del PCR. Esta corriente se declaraba partidaria de la insurrección y, a la vez, “desde el punto de vista táctico más general” inscribía su propuesta “junto a la del Che Guevara de 'crear dos, tres... muchos Viet Nam” (Petri, 1969: 58). Asimismo, Saiegh buscaba desmarcar su planteo de las tesis “voluntaristas”, “subjetivistas” y “militaristas”, que les endilgaba a las experiencias de los “focos guerrilleros” en América Latina luego de la Revolución Cubana; a estas se les atribuía una concepción que separaba la lucha armada de la lucha de clases.

Para Saiegh, la “misión principal” del comunismo revolucionario debía ser “generar conciencia y organización revolucionaria en una parte del proletariado” (Petri, 1969: 64). Para ello, a sus ojos, era preciso, como en toda revolución, identificar dos grandes momentos: el preinsurreccional y el insurreccional. A lo largo del primero, el

¹⁴⁷ Como es sabido, es común en las organizaciones revolucionarias el uso de “nombres de guerra”. Si bien los hemos indicado entre paréntesis, para facilitar la lectura y evitar confusiones, a continuación, emplearemos los nombres reales.

partido de vanguardia debía actuar bajo dos formas complementarias: el “accionar político de masas” y el “accionar político armado”, con el fin de propagandizar “la violencia revolucionaria, la insurrección armada, el socialismo y el comunismo” (Petri, 1969: 64). En ese sentido, como planteó Lissandrello (2015a), esta propuesta buscaba ubicarse a mitad de camino entre el “insurreccionalismo” y el “guerrillerismo”, considerando necesario “como táctica el despliegue de formaciones armadas previas a la insurrección” (p. 9).

Bajo esa perspectiva, tanto con anterioridad como inmediatamente después de la realización del I Congreso, Sergio Rodríguez (Martín, 1969 y 1970)¹⁴⁸ sostuvo la necesidad de la propaganda armada¹⁴⁹ y de la construcción “con mucha antelación” de una infraestructura militar para la insurrección (Martín, 1969: 127). A sus ojos, el centro de la acción partidaria debía estar en el terreno político, ya que la conciencia revolucionaria no se lograba “con audaces acciones armadas desde fuera de la clase y de las masas”, pero sí consideraba que estos hechos armados servían “para marcar el camino, para ir abasteciendo a las fuerzas revolucionarias, para ir desgastando moralmente al enemigo de clase” (Martín, 1970: 25).

Rodríguez subrayaba la necesidad de desarrollar el movimiento de masas del proletariado, al mismo tiempo que destacaba la importancia de la lucha guerrillera rural. En esa dirección, el partido debía apuntar a la “instalación de guerrillas móviles que liberen zonas” (Martín, 1969: 123). A sus ojos, la construcción de guerrillas rurales se inscribía en la perspectiva insurreccional, en tanto permitía desplegar “zonas de guerrilla campesina que sirvan de apoyatura a la insurrección” (Martín, 1970: 28). Al considerar como balance que las puebladas urbanas de 1969 no habían salido “del terreno de la protesta”, era necesario, entonces, “ir creando estructuras insurreccionales permanentes” (Martín, 1970: 28).

En el marco de esta propuesta, el partido, entonces, debía ser una “síntesis estratégica, teórica, política y militar” (Petri, 1969: 64), que combinara esas dos formas de acción complementarias. Esto implicaba un partido constituido en dos frentes: uno político, vinculado a la acción de masas (en el terreno sindical y estudiantil centralmente), y uno militar (a través de una “subestructura de cuadros” militares y de logística) que, especialmente en las ciudades (y secundariamente en el campo),

¹⁴⁸ El segundo artículo fue publicado en enero de 1970, pocos días después de la realización del I Congreso.

¹⁴⁹ La llamada “propaganda armada” apuntaba a la realización de acciones armadas contra figuras, instituciones o empresas consideradas “enemigas” de los intereses de los trabajadores con el fin de generar conciencia en la clase obrera y el pueblo.

desarrollara acciones de propaganda armada y de aprovisionamiento como pasos ineludibles en la preparación de la insurrección (Petri, 1969). Es decir, se proponía la constitución de un partido político con un brazo armado.

Durante el I Congreso, si bien el debate principal se dio en torno al grupo de Aguirre, la moción de Saiegh para que el PCR se conformase en un partido de “dos brazos” fue ampliamente discutida. Según Otto Vargas (comunicación personal, 15 de diciembre de 2015), durante el congreso llamaba la atención que en la “Comisión de Política” sólo hubiera cinco o seis militantes, mientras que en la de “Vía y Partido” había cerca de cien. En esta última ganó la moción de constituirse en “partido de dos brazos” pero en la votación general, luego de una larga discusión, esta propuesta fue rechazada.¹⁵⁰

Por su parte, la polémica con la tendencia encabezada por Luis María Aguirre (el “zaratismo”)¹⁵¹ fue crucial a la hora de cristalizar definiciones políticas en torno a la vía a la revolución y el tipo de partido. Del análisis documental se desprende que Aguirre y Malamud defendían abiertamente la estrategia guerrillera como forma principal de lucha armada. El punto de partida del debate giraba en torno a cómo era posible la toma de conciencia de la clase obrera. Asimismo, esta propuesta partía de un análisis más amplio en el que se consideraba que la “contradicción fundamental” en el modo de producción capitalista era “burguesía-proletariado”, pero la “contradicción dominante” vigente en esta “etapa” era la que oponía al “Imperialismo” (como expresión de la burguesía) con las “clases, capas y categorías sociales sojuzgadas por el mismo” (Zárate y Zárate, 1969a: 2). A la vez, esta última era “sobredeterminada” por las siguientes “contradicciones secundarias”: campo socialista vs. campo capitalista; burguesía vs.

¹⁵⁰ Tal como ya ha señalado Lissandrello (2015a), la polémica con esta posición no se zanjó definitivamente en el I Congreso, porque este sector (el de Saiegh y Rodríguez) reconocía la importancia de la insurrección y criticaba duramente al “guerrillerismo” endilgado a Aguirre por considerar que se pretendía ejercer la violencia al margen de las masas. Este debate se extendió hasta el II Congreso en 1972, en el que Rodríguez fue expulsado y Saiegh, luego de correr la misma suerte, se incorporó a Montoneros.

¹⁵¹ Para una reconstrucción de la corriente “zaratista”, es fundamental el trabajo sobre FAL de Stella Grenat (2010). Como señala esta autora, en el período previo al I Congreso, si bien era el responsable militar del partido, el accionar de Aguirre (a través de intervenciones armadas aprovechando cierta “autonomía” de su grupo) lo colocaba en los hechos fuera del PCR, aunque su expulsión recién se concretó en agosto de 1969 y se oficializó en el congreso partidario. Según las acusaciones que se esgrimieron en su contra en los documentos internos del PCR, su recorrido con relación al proceso de fractura con el PC había sido contradictorio: tres meses antes de que se produjera, había denunciado la actividad fraccional del núcleo de la Facultad de Medicina de la UBA, aunque luego se incorporó rápidamente al CNRR. Luego en 1968 cuestionó el posicionamiento condenatorio del PCR a la intervención soviética en Checoslovaquia. Una vez fuera del partido, en octubre de 1969, Aguirre y unos cincuenta militantes se unificaron con el grupo de Juan Carlos Cibelli (dirigente fundador de FAL) (Grenat, 2010). Hacia 1975, la “Columna Inti Peredo” de FAL que dirigía Aguirre se disolvió para ingresar al ERP; en 1977 fue asesinado al resistirse a ser detenido.

proletariado de los países capitalistas desarrollados; y contradicciones “intersocialistas”.¹⁵²

En ese marco, Aguirre y Malamud inscribieron su planteo en una adopción “crítica” de la estrategia guevarista de crear “dos, tres, muchos Vietnam” planteadas por Guevara en su carta al secretariado de la Tricontinental (Guevara, 1967). Aguirre y Malamud retomaron de ella la importancia de concebir la lucha armada en la Argentina como parte de una estrategia continental y la importancia de constituir “múltiples zonas de combate revolucionario, como forma de dilución de la fuerza del enemigo” (Zárate y Zárate, 1969a: 2). Asimismo, subrayaron la importancia de “revitalizar” la Tricontinental y la OLAS, aunque para esa época el funcionamiento de estas se había truncado. Marcando distancia de Guevara, por su parte, sostuvieron la centralidad de la lucha por la “hegemonía de la ideología del proletariado” en los “Movimientos de Liberación Nacional”.¹⁵³ Para ello, plantearon la necesidad de que el PCR saliera del “sectarismo aislacionista” frente a la “izquierda del nacionalismo burgués” representada en aquel momento por la CGTA.

Cabe destacarse que este planteamiento estratégico se postuló en explícita oposición a las posiciones mayoritarias en la dirección nacional, representadas por Otto Vargas. En términos teóricos, a modo de ruptura con el pasado en el PC, Aguirre y Malamud proponían la formación basada en la escuela de Louis Althusser y le achacaban a la dirigencia del PCR el estar influenciada por Antonio Gramsci, al que consideraban el “primer exponente” del “revisionismo contemporáneo”. Desde su perspectiva, esto se manifestaba en la pretensión mayoritaria de impulsar la construcción de un “partido de masas”, partiendo del supuesto (considerado erróneo por ellos) de que “la clase obrera tiene en sí, desde el inicio, embrionariamente, su potencialidad revolucionaria” y que el partido “debe descubrirla y desarrollarla a través de la praxis” (Zárate y Zárate, 1969a: 3), sintetizando las ideas de las masas a través del marxismo-leninismo. Para Aguirre y Malamud, esta orientación “a la italiana”, que le atribuían al Comité Nacional, se correspondía con una perspectiva de “tránsito evolutivo y pacífico, pero no para la revolución social que buscamos” (Zárate y Zárate, 1969a: 3).

¹⁵² Como puede verse, entre otros elementos, esta posición se perfilaba a partir del uso de categorías althusserianas. Para un análisis de la influencia del filósofo marxista francés tanto en los planteamientos de Malamud y Aguirre, como en la trayectoria del PCR en sus primeros años, puede verse Starcenbaum, 2011, 2016 y 2018.

¹⁵³ Según Aguirre y Malamud (Zárate y Zárate, 1969), el “trágico actuar en Bolivia del Che no fue un desencuentro entre objetivo y estrategia sino entre estrategia y táctica” (p. 2).

En un señalamiento crítico semejante al que había planteado el PRT-EC (1969), y cuestionando que el proletariado adquiriera conciencia de su rol revolucionario a través de un arduo proceso basado en su propia experiencia, el “zaratismo” consideraba que estas posiciones dominantes en la dirección del PCR se debían a un “espontaneísmo mucho más descarnado”, que circunscribía al partido a “barrenar las olas” de los combates de masas y lo reducía a un “equipo auxiliar subordinado” en la insurrección popular. Se trataría de una concepción de la revolución entendida como “el ‘pico’ álgido de la movilización obrera en el ascenso combativo de sus luchas” (Zárate y Zárate, 1969a: 4).¹⁵⁴

En contraposición a esta perspectiva que le endilgaban a la dirección partidaria, el “zaratismo” consideraba que el partido, en tanto “estado mayor de la clase”, debía ser el que “introduce la conciencia socialista al proletariado” para dirigirlo “político-militarmente” (Zárate y Zárate, 1969a: 5). A la vez, se opusieron explícitamente a la propuesta de la tendencia de Saiegh de conformar un partido de “dos brazos”, ya que consideraban, al igual que Vargas, que la división en dos “aparatos” devenía inevitablemente en una división orgánica.

Para Aguirre y Malamud, en la creación del “ejército revolucionario” antes de la insurrección debían confluir las distintas fuerzas del frente de liberación (otras clases, capas y “categorías motrices de la revolución”), pero el “partido en su conjunto” debía ser el “afluente fundamental” (Zárate y Zárate, 1969a: 9) y constituirse como tal para hegemonizarlo. Desde ese punto de vista, debía conformarse un “partido Político-Militar” desde su dirección hasta los cuadros de base, de manera tal de que “los responsables militares serán realmente los mismos responsables políticos” (Zárate y Zárate, 1969a: 10).

Con respecto al proceso revolucionario, Aguirre y Malamud lo concebían en cuatro etapas en el marco de un “tipo especial de guerra prolongada”¹⁵⁵ y regido por la

¹⁵⁴ Asimismo, Aguirre y Malamud se desmarcaron del “terrorismo erigido como estrategia” en tanto que, “si se lo toma como la forma principal de lucha, ni debilita ni liquida al enemigo, impidiendo en cambio, al no ser tácticamente utilizado, la participación popular por poner el acento en la técnica, en la relación hombre/arma” (Zárate y Zárate, 1969b: 55).

¹⁵⁵ El concepto de “guerra prolongada” proviene de los aportes de Mao Tse Tung (1938) en el contexto de la resistencia contra la invasión japonesa. La necesaria prolongación del conflicto deviene de la disparidad de fuerza entre los contendientes. Asimismo, el carácter popular y de alcance nacional de la lucha es un elemento central. En el caso del “zaratismo”, la incorporación de las masas al “ejército revolucionario” sólo era posible luego de la toma del poder y solamente destinado a aquellas con formación militar previa. El “tipo especial” de guerra prolongada que visualizaban en la Argentina tenía que ver con que el campesinado no era la fuerza motriz fundamental y la “base operacional geográficamente es llana no selvática” (Zárate y Zárate, 1969a: 9).

teoría de la “aproximación indirecta”.¹⁵⁶ En las etapas “preinsurreccionales”, para que la clase obrera pueda elevar su conciencia hacia el objetivo de la toma del poder, era necesario realizar “acción directa sin estas masas pero para ellas (de afuera y arriba)” con el objetivo de conmover “espectacularmente” la superestructura ideológica y política (Zárate, 1969: 4) y así debilitar al enemigo de modo indirecto. Dichas acciones debían ser llevadas a cabo por una guerrilla “fundamentalmente urbana” que formaría el “embrión” del “ejército revolucionario”. Este ejército debía estar conformado por guerrillas urbanas y suburbanas (las campesinas serían secundarias en un país como la Argentina). Estas, a través de acciones de “sabotaje, terrorismo y asedio diluido”, producirían el desgaste indirecto (en términos ideológicos) y el desgaste directo (destrucción parcial del aparato represivo) como condición previa al “estallido insurreccional”, puesto que “sin ejército no hay revolución” (Zárate y Zárate, 1969: 8 y 9). En la etapa “insurreccional”, este ejército sería el encargado de darle al enemigo “el golpe final (golpe al parálítico)” (Zárate y Zárate, 1969: 10) en el momento más oportuno. Por último, el triunfo revolucionario produciría la “contrarrevolución externa”, lo cual haría necesario, recién entonces, que el “ejército revolucionario” la enfrentara “recogiendo en su seno a las masas”, específicamente a aquellos “sectores” que hubieran tenido “organización y acción para-militar previa (fundamentalmente comandos obreros)” (Zárate y Zárate, 1969a: 9).

En oposición directa a estos planteamientos, Otto Vargas (Irusta, 1969) buscó fundamentar su argumentación a partir de citas de Lenin como operación de legitimación de la propia propuesta.¹⁵⁷ En ese sentido, defendió el análisis de la dirección partidaria en relación con las potencialidades revolucionarias que las masas habían demostrado en las puebladas de mayo y junio de 1969 y cómo estas reforzaban

¹⁵⁶ Esta fue concebida por el historiador y estratega militar británico Basil Henry Liddell Hart (1967) en abierta crítica a ciertos postulados sostenidos por Carl Von Clausewitz. La idea básica consiste en evitar la confrontación directa (debido a la desigualdad de fuerzas) a través de detectar debilidades del enemigo y orientar el golpe hacia ellas de forma rápida para garantizar una pronta y decisiva victoria (Puyana García, 2003). Si bien fue planteada para la guerra entre Estados, aquí Aguirre y Malamud la retoman como “táctica” para la confrontación intraestatal.

¹⁵⁷ Si bien negó las acusaciones de estar guiados centralmente por el pensamiento de Gramsci, realizó en este documento una valoración del marxista italiano contraria a la efectuada por Aguirre y Malamud: “En momentos en los que se observan desviaciones profundas en muchos países socialistas, que ejemplifican claramente que la construcción de un verdadero partido comunista es mucho más que la simple conjunción de un grupo de revolucionarios, es sumamente instructivo releer las obras de Gramsci, que supo aprehender la esencia del leninismo como guía de sus investigaciones sobre la revolución italiana (...) en una época en la que, según Lenin, la táctica de la Internacional Comunista en Europa Occidental era ‘demasiado rusa’” (Irusta, 1969: 2).

la perspectiva insurreccional para la Argentina.¹⁵⁸ Desde ese punto de vista, Vargas postuló que la experiencia política de las masas era su principal forma de educación.¹⁵⁹ Por esa razón, el partido, tanto en lo ideológico como en lo político (y aquí se incluye la utilización de la violencia), debía orientar su accionar a “ayudar a las masas” a hacer su experiencia sin imponerles desde “un gabinete” formas de lucha predeterminadas, ya que serían ellas, dirigidas por el partido, a las que les correspondía hacer la revolución.

De este documento se desprende que los cuestionamientos a la posición “zaratista” se centraban en la concepción del “camino de la revolución”, en el papel que debían jugar las masas en el ejercicio de la violencia y en la relación que debía establecer con ellas un partido revolucionario.¹⁶⁰ En ese punto, Vargas apeló explícitamente a la tesis maoísta “de las masas, a las masas”¹⁶¹ para impugnar el modo de construir el “ejército revolucionario” que proponía Aguirre. En particular, objetaba la idea supuestamente “putchista, militarista” de que la insurrección debía ser realizada por un “aparato militar” compuesto por guerrilleros urbanos que, al margen de la situación económica, social y política, sólo después de tomar el poder podía incorporar a las masas (en rigor, a una parte de ellas que hubieran tenido formación “para-militar” previa).¹⁶² Si bien en el planteo de Vargas no se descartaban por anticipado otras formas de lucha (ni la guerrilla urbana, ni la rural),¹⁶³ se sostenía que en la labor previa a la insurrección la tarea principal no debía ser el enfrentamiento de un aparato militar frente

¹⁵⁸ Se subrayaban las semejanzas con los levantamientos en Rusia en 1905, sobre los cuales Lenin destacó que los combates de masas habían superado a las organizaciones revolucionarias y que el partido bolchevique era todavía débil desde el punto de vista de la dirección de la clase obrera.

¹⁵⁹ Al respecto, se amparaba en que Lenin sostenía que “para que realmente toda la clase, para que realmente las grandes masas de trabajadores y oprimidos por el capital llegue a adoptar esa posición [de apoyo a la vanguardia], la propaganda y la agitación son insuficientes por sí solas. Para ello es imprescindible la propia experiencia política de las masas. Tal es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones...” (Lenin, 1920a: 34).

¹⁶⁰ Otro punto significativo de la discusión giró en torno a la política hacia el campesinado, en particular en relación con la caracterización del campesinado “medio” y el “rico”. Aquí no abordamos este debate.

¹⁶¹ Según Mao (1943), esta consiste en “recoger las ideas (dispersas y no sistemáticas) de las masas y sintetizarlas (transformarlas, mediante el estudio, en ideas sintetizadas y sistematizadas) para luego llevarlas a las masas, difundirlas y explicarlas, de modo que las masas las hagan suyas, perseveren en ellas y las traduzcan en acción, y comprobar en la acción de las masas la justeza de esas ideas. Luego hay que volver a recoger y sintetizar las ideas de las masas (...) y así indefinidamente, de modo que las ideas se tornan cada vez más justas...” (p. 121).

¹⁶² Según Vargas (Irusta, 1969), en esta cuestión Aguirre reemplazaba “un principio fundamental del marxismo por una concepción pequeño-burguesa, aristocratizante, mecanicista de la revolución” (p. 3) en la que “lo político es un simple complemento logístico de lo militar” (p. 4), puesto que, según el “zaratismo”, lo central para tomar el poder tenía que ver con el “desgaste directo” del aparato estatal.

¹⁶³ Al respecto, Vargas planteó que “no es descartable en nuestro país una disgregación previa del enemigo que desemboque en una guerra civil o agudos choques de clase que exigirían, por ejemplo, dar gran importancia en ciertas zonas a la guerrilla rural” (Irusta, 1969: 5), al igual que la posibilidad de la guerrilla urbana si cuenta con el apoyo de las masas. Pero queda claro en el documento que se las consideraba secundarias para nuestro país en el marco de la perspectiva insurreccional, “incluso en caso de intervención extranjera o guerra civil” (Irusta, 1969: 13).

a otro para lograr su desgaste y la destrucción de los resortes fundamentales de la dominación capitalista, sino que debía ser la propia clase obrera la que “forja[ría] su ejército liberador” (Irusta, 1969: 5). Esto sólo era posible a través de un proceso largo y difícil basado en su propia experiencia política y en la acumulación de fuerzas para una perspectiva insurreccional. Este ejército, a su vez, debía pertenecer a las masas y el partido debía luchar por dirigirlo, sin confundir “ejército político” con “ejército militar”. Por ello, era fundamental la relación entre el movimiento espontáneo de las masas con el rol del partido que se pretende revolucionario.

En conclusión, el sector de Otto Vargas sostuvo que el posicionamiento de Aguirre y Malamud confundía el partido “marxista-leninista” con el “ejército revolucionario” en tanto proponían transformar al primero en el segundo, donde secundariamente a la construcción del “aparato militar” algunos militantes se dedicarían al trabajo político concebido meramente como “apoyo logístico”. En definitiva, se postulaba que la guerrilla urbana como forma principal de lucha armada, si se desarrollaba al margen de una “situación revolucionaria directa”, constituía “el suicidio de cualquier fuerza revolucionaria” (Irusta, 1969: 13).¹⁶⁴

Esta posición “insurreccionalista”, que finalmente resultó mayoritaria en el Congreso, sostuvo por la positiva la necesidad primordial de construir un partido que privilegiara la inserción en las masas y la realización de propaganda revolucionaria en su seno para poder preparar el camino insurreccional, en pos de conformar la vanguardia reconocida de la clase obrera que pudiera dirigir los estallidos sociales hacia la toma del poder. En esa estrategia, se inscribía también el trabajo en el seno de las Fuerzas Armadas en la perspectiva de su fractura y neutralización en un contexto insurreccional.

Finalmente, el I Congreso oficializó la expulsión de Aguirre y su grupo compuesto por alrededor de cincuenta militantes (Grenat, 2010).¹⁶⁵ En los documentos aprobados allí puede verse la insistencia en la polémica con los posicionamientos

¹⁶⁴ Con respecto al “foquismo”, tiempo después Otto Vargas sostuvo que “nosotros mismos teníamos rasgos espontaneístas con resabios foquistas. Algunas cosas del llamado foquismo yo las considero correctas. Porque nosotros, a partir de una fuerza relativamente pequeña, aspirábamos a constituirnos en una fuerza revolucionaria y llegar a ser conocidos por las grandes masas. ¿Cómo lo hacíamos? La guerrilla urbana pretendía resolverlo con propaganda armada y nosotros sobre la base de hegemonizar y liderar procesos de masa importantes” (Brega, 2008: 169).

¹⁶⁵ En los documentos aprobados en el Congreso (PCR, 1969b), se acusó al sector de Aguirre de plantear “una tesis pequeñoburguesa de la revolución, que en política termina en un frente policlasista revolucionario como apoyo logístico de grupos de guerrilla urbana” (p. 397).

derrotados, especialmente las diatribas hacia Aguirre y sus planteos, como operación de legitimación de la línea política finalmente asumida.

La posición aprobada sostuvo que el PCR debía constituirse en un “partido marxista-leninista” y trabajar para “la construcción de ese Frente de Liberación Social y Nacional”, cuyo programa sería el que “propone el proletariado para su fase agraria, popular, antiimperialista y antimonopolista de la revolución” (PCR, 1969b: 355),¹⁶⁶ con la insurrección como forma revolucionaria de acceso al poder. Para ello, se enfatizaba el predominio en esa etapa de la lucha política por sobre la militar y la importancia del “trabajo gris y sistemático, permanente, de organización y educación del Partido y las masas, y de preparación militar de ambos” (PCR, 1969b: 332), uniendo el trabajo político con el militar como patrimonio tanto del partido como de la clase obrera para conformar la fuerza que pueda destruir al “enemigo”: “el bloque de clases revolucionarias con la hegemonía del proletariado” (p. 333). En esa perspectiva, se planteaba como fundamental combatir tanto la idea de “partido selecto” como la que consideraba a la revolución como el acto final de un “lento proceso de crecimiento a cuenta gotas, pedagógico, en la clase obrera y capas medias” (PCR, 1969b: 334). La conclusión que devino de estos postulados fue que el “*viraje fundamental*” que debía realizar el PCR en aquel momento era su “*proletarización*” (PCR, 1969b: 335).

No puede explicarse el modo en que se saldó la discusión estratégica en torno a las formas de lucha armada y el tipo de partido sin calibrar la influencia del Cordobazo. Si bien en todo ese período las acciones armadas vinculadas al “frente militar” formaron parte del repertorio del PCR, las principales se articularon en contextos de luchas obreras y estudiantiles guiadas por la convicción de que el ejercicio de la violencia debía ser protagonizado por las masas y producto de su propia experiencia en los principales centros de concentración obrera. En ese sentido, la “confirmación” de esta lectura en el Cordobazo, como señalan Camarero y Mangiantini (2019), clarificó la línea del PCR, que descartó la posibilidad de ser un partido “con dos brazos” y de diluirse en un “ejército revolucionario”. Al mismo tiempo, reafirmó una orientación

¹⁶⁶Al respecto del carácter de la revolución en la Argentina, Vargas sostuvo que “si bien existirá una fase de liberación social y nacional anterior a la revolución socialista, dicha fase en modo alguno podrá estabilizarse”, ya que “o se marchará al socialismo o se producirá la sangrienta restauración del capitalismo dependiente” (Irusta, 1969: 10). En el Capítulo 6, volveremos sobre las implicancias de esta caracterización de la revolución en la Argentina y las mutaciones de la misma en la trayectoria del PCR a partir de la crítica de la hasta entonces asumida teoría del “capitalismo dependiente” y del proceso de identificación con el maoísmo.

insurreccional de la lucha armada y ubicó el centro de sus esfuerzos en desarrollar las agrupaciones clasistas en la Córdoba convulsionada tras mayo de 1969.

Estas definiciones políticas del PCR en polémica con el “guerrillerismo” – y en particular con el grupo que se había incorporado a FAL- se condensaron en la consigna de inspiración leninista: “Más vale un Perdriel que cien secuestros”.¹⁶⁷ Esta formulación hacía referencia al secuestro en 1970 del cónsul paraguayo, Waldemar Sánchez, por parte de FAL y planificada por el propio Aguirre,¹⁶⁸ en contraposición con las dos ocupaciones violentas de Perdriel, dirigidas ese mismo año por militantes del comunismo revolucionario. Esta última experiencia, que abordaremos en el Capítulo 3, reforzó la certeza del PCR en torno a la línea sancionada en el congreso partidario: para esta organización, en el camino de acumulación de fuerzas para una insurrección popular, lo central del trabajo político pasaba por experiencias de luchas de masas como estas, donde era la propia organización de los obreros la que hacía posible el ejercicio de la violencia. A sus ojos, esta era la manera fundamental en la que era posible elevar la conciencia política de las masas obreras y populares para que, a través del camino “ensayado” en el Cordobazo, aquellas protagonizaran la insurrección, dirigidas por un partido revolucionario.

Consideraciones generales sobre la Primera Parte

A lo largo de esta Primera Parte, bajo el enfoque de la “nueva izquierda”, hemos analizado debates y experiencias que atravesaron la trayectoria política del PCR en sus primeros años. Propusimos un abordaje posible para reconstruir la gestación de las corrientes opositoras en el seno del PC a lo largo de los sesenta con el objetivo de comprender la gran fractura de 1967 y la fundación del nuevo partido. Hemos establecido una primera aproximación acerca de los heterogéneos afluentes que se

¹⁶⁷ Esta formulación parafraseaba una cita de Lenin: “Pensamos que cien asesinatos de zares juntos no producirán jamás un efecto tan estimulante y educativo como la participación de decenas de miles de obreros en concentraciones para discutir sus intereses vitales y la relación de éstos con la política, como esta participación en la lucha, que de veras pone en pie a nuevas y nuevas capas 'vírgenes' del proletariado, elevándolas a una vida política más consciente, a una lucha revolucionaria más amplia” (Lenin, 1902).

¹⁶⁸ El 24 de marzo de 1970 este cónsul fue secuestrado con el objetivo de reclamar por la libertad de dos detenidos de FAL: Carlos Della Nave y Alejandro Baldú. En un comunicado, ese mismo día, el Frente Argentino de Liberación se adjudicó el hecho, constituyéndose de este modo en la primera operación guerrillera firmada en la Argentina de los años setenta (Grenat, 2010). Cuatro días después, el cónsul fue liberado. Por la proximidad de la ruptura y por la composición de los integrantes del operativo, las fuerzas represivas consideraron que se trataba del brazo armado del PCR.

incorporaron al PCR en sus primeros años. Destacamos que esta corriente política nació de las entrañas del Partido Comunista Argentino, la fuerza más importante de la “izquierda tradicional”. Desde su formación, el PCR atravesó un proceso permanente de diferenciación y disputa por el lugar del “auténtico” partido del comunismo en la Argentina. Como hemos visto, en ese proceso, el debate en torno a la intervención militar en Checoslovaquia no sólo ahondó las diferencias con su organización de origen, sino que también dio inicio a un proceso de distanciamiento del comunismo revolucionario con la Unión Soviética, el cual se iría profundizando en los años posteriores, tal como veremos en la Tercera Parte de esta Tesis.

A la vez, en este proceso fundacional, la figura del Che Guevara y la irrupción del Cordobazo tuvieron una importancia central. En efecto, ambas referencias, junto a la poderosa influencia de la Revolución Cubana, fueron claves para las corrientes de la “nueva izquierda”; bajo sus influjos, se elaboraron las distintas estrategias desplegadas en el contexto de radicalización política y masificación de la protesta social. Dentro de ese marco general, lo que hemos buscado es subrayar la diversidad de sentidos posibles que esas referencias adquirieron y el modo en que el PCR fue delineando el carácter distintivo de su propia estrategia.

Considerando la heterogeneidad de afluentes que confluyeron en el proceso fundacional del PCR, analizamos las tensiones entre los usos de la perspectiva guevarista y las primeras definiciones políticas de este partido. Frente a la concepción de “las dos vías”, el “reformismo” que se le adjudicaba al PC y el impulso de la vía pacífica desde la Unión Soviética, la defensa del Che Guevara constituyó en aquel momento “la piedra de toque” para las corrientes que reivindicaban la lucha armada como vía inevitable a la revolución y el combate contra el imperialismo. No obstante, el PCR se diferenció del Che en torno a la modalidad de lucha armada que consideraba adecuada para el país, formulando críticas al “foquismo” que entreveía en su perspectiva.

En ese sentido, si bien durante un período breve se realizaron acciones de “propaganda armada” y de aprovisionamiento, hemos visto cómo en el comunismo revolucionario predominó una orientación “insurreccionalista”, cristalizada en el I Congreso en oposición a las propuestas de sectores internos que, bajo distintas modalidades, promovían modalidades de guerrilla urbana como forma principal de lucha. El eje fundamental del debate se entrelazó con la discusión sobre cuál debía ser el actor protagónico de la revolución y cómo debía ser el instrumento organizativo a través

del cual debía organizarse para impulsar el proceso, es decir, a través de la conformación de un “ejército revolucionario”, de un partido de “dos brazos”, o si ello debía ocurrir a través de la experiencia política de las masas y su ejercicio de la violencia -para que la clase obrera y “su” partido acumularan fuerzas en una perspectiva insurreccional-. Para la mayoría del PCR, el Cordobazo operó como “confirmación” de esta última perspectiva, y su balance le permitió postular que el camino principal de la revolución en la Argentina se manifestaba en las puebladas urbanas protagonizadas por las masas obreras y populares.

Como consecuencia, esta lectura de las revueltas de 1969 convenció al partido de la centralidad que adquiriría el desarrollo de una corriente clasista en el movimiento obrero, que esta se articulara a través de los cuerpos de delegados y del protagonismo de estos en las acciones y decisiones. Como veremos en los Capítulos 3 y 4, esta visión fue decisiva en su trayectoria posterior y en las prácticas políticas que puso en juego. Asimismo, en el marco de la estrategia insurreccional, se destacó la necesaria vinculación con formas de lucha guerrilleras en zonas rurales, protagonizadas por obreros y campesinos pobres y medios, aunque estas nunca fueron desarrolladas. Desde esta perspectiva, el Cordobazo y las demás puebladas no sólo habían demostrado la potencialidad de la clase obrera argentina y la contundencia de la violencia de masas, sino también el imprescindible rol de vanguardia reconocida que debía cumplir un partido revolucionario.

Finalmente, esta interpretación del Cordobazo diferenció al comunismo revolucionario de otras corrientes de la “nueva izquierda” que apostaron, de distintos modos, por la lucha guerrillera. Sintéticamente, podemos decir que, frente a la vía pacífica propuesta por el PC, el PCR levantó la figura del Che y el ejemplo cubano; y, frente a las organizaciones guerrilleras, esgrimió el Cordobazo y la “violencia de masas” como “boceto” de la insurrección popular que correspondería a un país con las características de la Argentina. Como indagaremos en el próximo capítulo, su consigna “Más vale un Perdriel que cien secuestros” refleja ilustrativamente esta concepción decisiva en el derrotero posterior de este partido.

SEGUNDA PARTE

Estrategias y prácticas políticas en los primeros setenta:

Clasismo, “violencia de masas” y cuerpos de delegados (1970-1974)

En esta Segunda Parte, nos centramos en la reconstrucción y el análisis de la “política de masas” del PCR en los primeros años setenta. En este período, luego de una intensa disputa política acerca del “camino de la revolución” pertinente para la Argentina y de las modalidades de lucha armada que derivó en las definiciones político-estratégicas sancionadas en el I Congreso, el comunismo revolucionario orientó sus esfuerzos a incidir en los sectores de las masas que aspiraba a dirigir, particularmente en el movimiento obrero industrial.

Desde ese punto de vista, indagamos a lo largo de los Capítulos 3 y 4 en la “política de masas” del PCR, es decir, en los modos en que este actor, en un contexto de radicalización política y de masificación de la protesta social, articuló su perspectiva insurreccionalista y su énfasis en la “violencia de masas” con las prácticas políticas que desarrolló en el seno de la clase obrera industrial, principalmente, y rural, en el movimiento estudiantil universitario y en los ámbitos de la cultura y la intelectualidad. Para ello, atendemos también a los debates con su organización de origen y con otras fuerzas de la “nueva izquierda”, así como a las sucesivas posturas frente al peronismo que esta corriente política esgrimió en su disputa por la dirección de “las masas”.

A lo largo del Capítulo 3, por su importancia en la perspectiva revolucionaria del PCR, nos centramos en el movimiento obrero industrial. Para ello, tomamos el caso paradigmático de la construcción del PCR en esos sectores: el proceso de “recuperación” y dirección del SMATA de Córdoba. En tal sentido, nos interesan las experiencias clasistas de este partido en el proletariado automotriz cordobés, que fue uno de los contingentes protagónicos del Cordobazo. Por lo tanto, indagamos tanto en las ocupaciones de Perdriel como en el recorrido que posibilitó el triunfo en el sindicato de mecánicos, atendiendo al proceso de SITRAC-SITRAM como antecedente clave.

En el Capítulo 4, el centro está puesto en el movimiento estudiantil universitario, en el ámbito de la cultura y de la intelectualidad y en las experiencias en el seno de campesinos y particularmente de obreros rurales. Por un lado, el enorme peso inicial del PCR en el movimiento universitario sufrió duros embates a comienzos de los setenta. En la Universidad de Buenos Aires, otrora bastión del comunismo revolucionario, este partido atravesó un fuerte declive a comienzos de los setenta. Nos

proponemos abordar, entonces, los intentos de recuperación de la fuerza perdida en la principal universidad del país, articulando las prácticas políticas puestas en juego, la relevancia de la experiencia de los cuerpos de delegados estudiantiles y la perspectiva del PCR en torno a la “Universidad del pueblo liberado”. Por otro lado, abordamos iniciativas del comunismo revolucionario en el ámbito político-cultural, particularmente la valiosa experiencia de la revista *Los Libros*, en la cual el PCR llegó a tener una gran incidencia durante un período. Esta publicación constituyó una importante experiencia editorial de la “nueva izquierda”, atravesada por los debates sobre el “camino de la revolución” en la Argentina, y en la que fueron ganando y compartiendo protagonismo cuadros del PCR y de Vanguardia Comunista. Por último, para analizar las prácticas del PCR en el campo, aunque atendemos a sus relaciones con el “campesinado”, focalizamos en el desarrollo de la organización de obreros rurales en el sur de la provincia de Buenos Aires a lo largo del período, en el marco de la perspectiva de la cuestión agraria esbozada por el comunismo revolucionario en aquellos años.

Para articular estas experiencias con las tramas sociales y políticas más amplias en las que se inscribieron y desplegaron, es fundamental tener presente la compleja vertiginosidad que atravesaron los años 1970-1974 en la Argentina. En ese sentido, cabe plasmar algunos señalamientos.

Como destacamos en la Presentación, estos años se inscriben, a su vez, en un período más amplio: desde el Cordobazo y demás puebladas que inauguraron el ciclo de movilización hasta su clausura definitiva con el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Hasta 1971, nos encontramos con una Argentina signada por la modernización cultural, la masificación de las protestas obreras y populares, la radicalización política de vastos sectores de trabajadores y capas medias, y la emergencia del accionar de las organizaciones guerrilleras. Como ha destacado Maristella Svampa (2003), “la apelación a la ‘violencia desde abajo’ encontraba una clara resonancia en diferentes sectores de la sociedad argentina, cubriendo un amplio arco que iba desde la protesta social hasta las espectaculares acciones guerrilleras” (p. 4). Luego del Cordobazo, se produjo la creación de “La Hora del Pueblo” (que cristalizaba el acuerdo entre Perón y Balbín, junto a otros partidos que apostaban a la salida institucional), el secuestro y asesinato de Aramburu con el que ingresó a la escena política Montoneros y el desplazamiento de Onganía por Levingston primero y luego por Lanusse.

En marzo de 1971, este último convocó al Gran Acuerdo Nacional y la posibilidad de la reapertura electoral obligó a la reubicación de los actores políticos en

función de dicho escenario. Durante esta etapa, el general Perón, aún en el exilio, fue colocado en el centro de la escena política y pudo regresar transitoriamente al país el 17 de noviembre de 1972 y luego de forma definitiva el 20 de junio de 1973. Millones depositaron sus expectativas en que sólo el retorno del líder justicialista podía “salvar” al país de la situación crítica que se vivía. Si bien Lanusse habilitó la posibilidad de que el peronismo participara de las elecciones luego de 18 años de proscripción, se impidió que pudiera hacerlo el propio Perón y este designó a Héctor Cámpora como su representante electoral.

Siguiendo a Svampa (2003), el período 1973-1976 adquirió una especificidad propia y pueden distinguirse en su desarrollo tres momentos de inflexión. En primer lugar, el triunfo de Cámpora con el 49,6% de los votos dio inicio a una etapa breve signada por la movilización y la conquista de espacios de poder por parte de las fuerzas sociales y políticas, con sectores juveniles muy activos, que habían apostado al regreso de Perón como condición para llevar a cabo un proceso de transformación revolucionaria en la Argentina. En esta etapa, Montoneros, como organización hegemónica dentro de lo que se dio en llamar la Tendencia Revolucionaria del Peronismo, ocupó un lugar central, aunque en disputa en el seno mismo del movimiento peronista. Como destaca la citada autora, el breve gobierno de Cámpora estuvo caracterizado por la movilización de amplios sectores y por cierto recrudescimiento de la violencia política, sumado a las cada vez más ásperas disputas internas en función de las distintas concepciones de peronismo puestas en juego.

Un segundo momento se abrió con la renuncia de Cámpora, el breve interregno de la presidencia interina de Raúl Lastiri (yerno de José López Rega, influyente secretario privado de Perón) y fundamentalmente con el triunfo del general justicialista en las elecciones, esta vez con más del 62% de los votos. Durante el gobierno de Perón (hasta su muerte el 1 de julio de 1974), se agudizó ferozmente el enfrentamiento entre distintos sectores del peronismo, que incluyó la destitución de gobernados cercanos al peronismo de izquierda; la persecución a personalidades de la cultura; el asesinato de dirigentes sindicales, empresarios, militares y militantes políticos en general y de organizaciones revolucionarias en particular; el copamiento armado de unidades militares; la creación bajo el mando de José López Rega de la Triple A (la Alianza Anticomunista Argentina), que, junto a otras organizaciones como la Concentración Nacional Universitaria (CNU), cometieron centenares de asesinatos políticos durante esos años; entre otros acontecimientos que marcaron la dinámica convulsionada del

período. Los años 1973 y 1974 fueron particularmente vertiginosos y violentos, signados por la disputa entre distintas fuerzas sociales, políticas y militares que atravesaban todo el espectro ideológico “derecha-izquierda” y con Perón como figura central.

Luego de su muerte y con la asunción de Isabel Perón en su reemplazo, comenzó el tercer momento del período, en el que la violencia política y represiva, sumado a las contradicciones políticas y económicas entre distintos sectores, fueron recrudeciendo a lo largo de un proceso con desenlace trágico, a través del cual las Fuerzas Armadas fueron recuperando el poder perdido hasta lograr imponer el derrocamiento del gobierno con el golpe de Estado de 1976.

Bajo esas coordenadas, sucintamente planteadas, a lo largo de esta Segunda Parte (y luego también en la Tercera), analizamos la trayectoria del PCR a través de los convulsionados años que van desde el comienzo de los setenta hasta la encrucijada que se abrió en la Argentina luego de la muerte del general Perón.

CAPÍTULO 3

La “política de masas” (I):

El comunismo revolucionario en las fábricas y el caso del SMATA Córdoba (1970-1974)

Como hemos destacado, las definiciones por las que optó el comunismo revolucionario en su I Congreso fueron moldeando estrategias y modos de vincularse con sectores sociales a los que aspiraba a dirigir, ya que la perspectiva revolucionaria de una insurrección protagonizada por las masas como modalidad de lucha armada en la Argentina demandaba una determinada relación entre estas y el partido que pretendiera gestar una vanguardia, así como una particular correlación entre violencia y política.

A lo largo de este capítulo, indagamos en los modos en que el PCR puso en juego su política en los sectores de las masas obreras en los que buscaba incidir en el marco de su perspectiva revolucionaria. Para ello, reconstruimos algunas de sus experiencias más significativas en el seno de la clase obrera industrial para analizar las estrategias y prácticas desplegadas, así como los debates que estas suscitaron, tanto internamente como en relación con otras fuerzas políticas. Esta reconstrucción y análisis exige, por un lado, inscribir esos procesos en la trama social y política más amplia que recorría la Argentina del poscordobazo. Por el otro, atender a las sucesivas posturas que el comunismo revolucionario esgrimió tanto frente al PC y a otras fuerzas de la “nueva izquierda” que intentaban ligarse con la clase obrera, como acerca del peronismo en su disputa por la dirección de esos sectores.

No pretendemos aquí una reconstrucción exhaustiva de estos procesos, los cuales, en parte, han sido abordados por la bibliografía especializada. De lo que se trata es de enfocarse en algunos de sus aspectos más significativos para iluminar la “política de masas” de este actor en el período abordado. Es decir, analizamos lo que el PCR, guiado por su concepción del “camino de la revolución” en la Argentina, pretendió poner en práctica, así como las contradicciones y cambios políticos que estos procesos suscitaron en la trayectoria de este partido de la “nueva izquierda”.

Para abordar estas cuestiones en el movimiento obrero industrial, nos enfocamos en el caso de Córdoba, ya que allí, luego del Cordobazo, fue donde el PCR protagonizó procesos de lucha y organización muy importantes: las ocupaciones de Perdriel en 1970, el proceso que hizo posible el triunfo electoral en el SMATA regional (1970-1972) y el primer período bajo su dirección (1972-1974). A la vez, el antecedente del clasismo de

SITRAC-SITRAM ejerció una influencia fundamental en toda la izquierda de aquellos años, y en el comunismo revolucionario no fue la excepción: a partir del balance de aquella experiencia se delinearon prácticas constitutivas del proceso en la conducción de la seccional cordobesa del sindicato de mecánicos. La perspectiva clasista que le imprimió el PCR, y su articulación con otros sectores en la CGT regional (encabezados por Agustín Tosco y Atilio López), moldeó una de las experiencias más importantes del clasismo en los años del poscordobazo.

3.1 Clasismo y “política de masas” en el movimiento obrero industrial

Así como la “política de masas” que el comunismo revolucionario desplegó en el movimiento obrero industrial es inescindible de su perspectiva insurreccionalista en el marco de su concepción del “camino de la revolución” en la Argentina, también es inseparable del desarrollo del clasismo en los años del poscordobazo.

Los estudios historiográficos clásicos que han influido en las interpretaciones sobre los procesos del clasismo en Córdoba han sido aportados por James Brennan (1996) y Mónica Gordillo (1996), así como por su trabajo conjunto (Brennan y Gordillo, 2008). De modo general, como corriente político-sindical, más allá de sus variantes, el clasismo en los setenta combinó lo reivindicativo desde una perspectiva de lucha de clases con la práctica de la democracia sindical con el fin de lograr una transformación política y social de raíz bajo la dirección de la clase obrera.

Como señala Brennan (1996), el término “clasismo” formaba parte del léxico marxista desde la década del veinte. De hecho, el PCA había creado el “Comité Sindical de Unidad Clasista”, que duró entre 1929 y 1936, perfilándolo como una alternativa sindical en el movimiento obrero. Como destaca este autor, “clasismo” era una expresión que formaba parte del discurso obrero y ello contribuye a comprender “de qué manera las rebeliones de las bases a principios de los años setenta pudieron identificarse a sí mismas en tales términos” (Brennan, 1996: 231). A ello debemos sumarle las acciones de diversas organizaciones con perfil revolucionario, como la que analizamos aquí.

Como ha destacado Rodolfo Laufer (2020) en su valiosa tesis acerca del sindicalismo clasista en el SMATA Córdoba, se trata de un concepto polisémico pero que, en sus rasgos generales, comenzó a emplearse en el ámbito del movimiento obrero y de las izquierdas como una referencia a “la autoorganización de la clase obrera y a la defensa de sus intereses mediante el desenvolvimiento de la lucha de clases” (p. 71).

Hacia los sesenta-setenta, el término recobró centralidad y se empleó para dar cuenta de las distintas estrategias sindicales que impulsaron las organizaciones que pretendían dirigir a la clase obrera en una perspectiva revolucionaria.

Como hemos visto en el Capítulo 2, el Cordobazo hizo que todas las izquierdas prestaran una enorme atención a lo que ocurría en el proletariado cordobés. A partir de entonces, el término “clasismo” comenzó a estar en auge en los planteamientos de las organizaciones de la “nueva izquierda”, aunque no exclusivamente.¹⁶⁹ Estas lo emplearon para enfatizar el carácter de clase de sus políticas y de sus estrategias sindicales, así como para diferenciarse tanto del peronismo (y su atribuida “conciliación de clases”) como de los partidos de la “izquierda tradicional”. Esto es válido tanto para las corrientes de la izquierda marxista como para los sectores de la izquierda peronista conocidos como “alternativistas”, fundamentalmente el Peronismo de Base (PB), “organización de base” de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) (Luvecce, 1993).¹⁷⁰

También cabe mencionar al “sindicalismo de liberación”, planteado en su momento por la CGTA y luego impulsado por Agustín Tosco, dirigente de Luz y Fuerza y de los llamados gremios “independientes”, uno de los principales referentes de los sectores considerados más combativos. Si bien ha sido presentada también como una alternativa al “clasismo” (Iñigo Carrera y otros, 2006), esta corriente reviste una serie de puntos en común con él, entre ellos la democracia de base como forma organizativa y la preocupación por trascender las reivindicaciones económicas en pos de una transformación revolucionaria. En el caso del planteamiento de Tosco, los enemigos estaban conformados por el “imperialismo, la dictadura y el participacionismo” y las “tres banderas” de su sindicalismo eran la “liberación nacional”, la “soberanía popular”

¹⁶⁹ Cabe señalar que el Partido Comunista no abandonó el término, sino que buscó una reapropiación del mismo, distinguiéndolo de las corrientes más radicalizadas, como las nucleadas en torno a SITRAC-SITRAM.

¹⁷⁰ Dentro del llamado peronismo revolucionario, se han identificado, al menos, dos grandes posturas contradictorias: la de los “movimentistas” y la de los “alternativistas”. Tanto Lanusse (2007) como González Canosa (2014) han enfatizado que estas categorías deben ser consideradas como distinciones analíticas o típico-ideales en tanto es preciso atender que en la realidad concreta los cruces, matices y variaciones a lo largo del tiempo complejizan dicha dicotomía. Sucintamente, podríamos decir que la posición “movimentista” reivindicaba el liderazgo de Perón y el carácter revolucionario del peronismo, secundarizando las contradicciones internas. Dentro de ella, podría ubicarse a Guardia de Hierro (GH), el Frente Estudiantil Nacional (FEN) y Descamisados. También se le ha atribuido a Montoneros, especialmente por sus posiciones en los primeros años. No obstante, Lanusse (2007) los ubicó a estos dentro de una tercera postura: los “tendencistas”. Estos reconocían las diferencias estratégicas irreconciliables dentro del movimiento y, si bien asumían que Perón podía no ser “genuinamente revolucionario”, sí le asignaban esta potencialidad al peronismo, ya que si una “tendencia revolucionaria” hegemonizaba la dirección del movimiento este podría operar como herramienta política para una transformación de raíz. Los partidarios de la “Alternativa Independiente”, por su parte, resaltaban desde una posición clasista las contradicciones con la “burocracia sindical-política” del movimiento y apostaban a una organización alternativa a la liderada por Perón.

y la “justicia social” (Iñigo Carrera y otros, 2006: 148). Como herramienta política para la “liberación nacional y social”, este sindicalismo debía confluir con otras fuerzas en un frente revolucionario que se propusiera la construcción del socialismo (Iñigo Carrera y otros, 2006: 153).

Si bien no inscripta en las corrientes clasistas, otro sector importante dentro del sindicalismo cordobés, ligado al “peronismo combativo” que luego se acercaría a la izquierda peronista, era el de los llamados gremios “legalistas”, encabezado por Atilio López, dirigente de la Unión Tranviarios Automotor (UTA).

Desde luego, cada organización de la “nueva izquierda” intentó articular el “sindicalismo clasista” con sus respectivas líneas políticas y sus planteamientos estratégicos, lo cual fue configurando al clasismo como una corriente heterogénea, aunada en torno a la centralidad que, más allá de los matices, adquiriría la lucha de clases y la perspectiva revolucionaria hacia el socialismo. A lo largo del período, distintas organizaciones de izquierda fueron incorporando el término “clasista” en las denominaciones de sus agrupaciones en el movimiento obrero: hacia 1970, las del PCR incluyeron el término y pasaron a denominarse “Agrupaciones Clasistas Primero de Mayo”; en 1971, el PB de Córdoba sostenía la necesidad de un “sindicato clasista y combativo” y VC formó la “Tendencia Obrera Revolucionaria y Clasista 29 de mayo”; Política Obrera (PO) conformó el “Frente Único Clasista”; y el Frente Revolucionario Peronista de Salta impulsó el “Frente de Agrupaciones Clasistas y Combativas” (Laufer, 2020: 75).

A la vez, el desarrollo del clasismo en la Córdoba industrial de aquellos años se encuentra indisolublemente ligado a las puebladas de mayo y junio de 1969 que desestabilizaron a Onganía y al proyecto de largo plazo de la dictadura de la “Revolución Argentina”. En el marco de la pretendida “modernización” y “racionalización” del capitalismo argentino, Onganía había impulsado la creciente concentración y centralización del capital industrial, principalmente de origen extranjero (estadounidense, en particular). En términos gremiales, esto había implicado el congelamiento de salarios, la suspensión de negociaciones colectivas, la represión de las luchas y la intervención de sindicatos díscolos, entre otras cuestiones.

En este contexto, puede identificarse una radicalización en el seno del movimiento sindical. Como señala Laufer (2017b), esta debe entenderse como parte de un proceso de radicalización más amplio, que abarcó a diversos actores y ámbitos. En ese sentido, coincidimos con el citado autor en que dicho proceso implicó, a su vez, una

radicalización política e ideológica operada en sectores de esas bases obreras, que desbordó lo estrictamente sindical-laboral y en torno a la cual pivotearon las distintas corrientes que se disputaban su dirección.

En todo este proceso, tanto en el Cordobazo como en los años posteriores, el proletariado automotriz cordobés cumplió un papel protagónico y es en su seno que el PCR desplegó lo principal de sus esfuerzos políticos y militantes. Se debe tener en cuenta que, desde mediados de los cincuenta, Córdoba se había transformado en el centro de concentración obrera más importante después de Buenos Aires (Gordillo, 1996), especialmente a partir del desarrollo de la industria automotriz. Es por ello que la seccional cordobesa del SMATA constituía un eslabón fundamental (era la regional con más afiliados luego de la de Buenos Aires).¹⁷¹ El grueso de sus afiliados y afiliadas trabajaba en las plantas vinculadas a IKA-Renault, como la de Santa Isabel (la más grande, con más de diez mil obreros hacia 1966), ILASA (subsidiaria con casi 300 trabajadores, en su mayoría mujeres) y Perdriel (con alrededor de 500 obreros).¹⁷² A ellas, se les sumaban las que pertenecían a Grandes Motores Diesel de Fiat, a Transax, y a Thompson Ramco.

Como destacamos en el Capítulo 2, fue en la ex DINFIA¹⁷³ donde originalmente, a instancias del PCR y dirigida por Orlando Navarro, se formó la Agrupación “Primero de Mayo”, a mediados de 1968. Según el testimonio de uno de sus fundadores, en esa formación originaria “Llegamos a ser 11 compañeros, de los cuales 7 éramos del Partido. Luego sufrimos algunas bajas y el Cordobazo nos agarró con 8 integrantes de la agrupación, 5 de los cuales eran del Partido” (Así se forjó..., [1972] 2019: 11).¹⁷⁴ Estos primeros pasos en el movimiento obrero cordobés por parte del recién conformado PCR no estuvo exento de debates, que prefiguran los que recorrerán la primera mitad de los setenta: “Nosotros sacamos la conclusión de que para entrar a la agrupación un obrero tenía que ser: antipatronal y antidictatorial. Nos olvidamos de la recuperación sindical, tuvimos al inicio una caída 'izquierdista' ” (Así se forjó..., [1972] 2019: 10). Como

¹⁷¹ Los otros dos afluentes que seguían en importancia eran los ferroviarios y los “lucifercistas”.

¹⁷² Poco antes del golpe de estado de 1955, Perón le otorgó la concesión a IKA (Industrias Kaiser Argentina), una empresa estadounidense, para la construcción de la planta de Santa Isabel y luego la de Perdriel. En los sesenta, ambas fueron vendidas a Renault, de origen francés.

¹⁷³ Formada por dos fábricas de origen estatal, la Fábrica Militar de Aviones y la Fábrica de Tractores (fundada en 1952), como parte del complejo Industrias Aeronáuticas y Mecánicas del Estado (IAME) que luego pasó a denominarse Dirección Nacional de Fabricación e Investigación Aeronáutica (DINFIA). Hacia 1967, fue dividida en Industrias Mecánicas del Estado (IME) para las actividades automotrices y Área Material Córdoba para la producción aeronáutica.

¹⁷⁴ Si bien el artículo no lleva firma, posiblemente su autor sea Orlando Navarro, aunque carecemos de elementos para afirmarlo.

relatamos anteriormente, esta fue la agrupación que encabezó la columna de DINFIA en el Cordobazo, formada por más de 300 trabajadores, precedidos por un cartel que rezaba “Agrupación Primero de Mayo”.

Este trabajo inicial se vinculaba con la decisión del PCR de asentarse en Córdoba como un lugar estratégico por su peso en el movimiento obrero industrial.¹⁷⁵ Para fortalecer la construcción partidaria, en 1968 la dirección nacional había enviado a César “Gody” Álvarez, conocido como “el Gordo Antonio”, personaje clave en todo este proceso junto a René Salamanca (“Pablo Rearte”).¹⁷⁶ Oscar Marioni, conocido como “Ricardo Fierro”,¹⁷⁷ describió así la situación del por aquel entonces PC-CNRR al momento de la llegada de Álvarez:

Se había producido la ruptura con el PC, y éramos como una banda de estudiantes y obreros-estudiantes de la UTN [Universidad Tecnológica Nacional], pero sin experiencia en construcción en el movimiento obrero. (...) En la ruptura, el proceso de discusión se da sobre todo en la juventud; participó alguna gente de sindicatos como FOECYT [Federación de Obreros y Empleados de Correos y Telecomunicaciones], de DINFIA o que había trabajado allí, y el núcleo universitario, que prácticamente se dividió por mitades. Además, vino con nosotros todo el núcleo de la Tecnológica, muy importante porque eran todos estudiantes y obreros, de Renault, de Luz y Fuerza, metalúrgicos, que venían del MENAP. (Sánchez, 2008: 78).

Efectivamente, hacia fines de los sesenta, el PC-CNRR dirigía el centro de estudiantes de la UTN (con militantes provenientes del MENAP) y entre 1970-1971 ganó también el de la Facultad de Filosofía y Humanidades y el de Arquitectura de la Universidad Nacional de Córdoba. También tenía fuerza entre los estudiantes secundarios, particularmente en el colegio técnico “Ingeniero Carlos Cassaffousth”.

El viraje hacia el movimiento obrero implicó, también, la búsqueda por modificar la composición partidaria. Esta cuestión fue discutida en la “1º Conferencia Regional” de Córdoba, realizada en noviembre de 1968. En ella, se eligió un “Comité Zonal” compuesto por una mayoría de obreros, particularmente metalúrgicos y

¹⁷⁵ Como parte de ese trabajo por arraigar en el movimiento obrero, a partir de septiembre de 1969 y durante dos años, las Agrupaciones “Primero de Mayo” editaron el boletín *El Compañero*, que llegó a tener un tiraje de 4.500 ejemplares (Godoy, 1971).

¹⁷⁶ Nacido en Bolívar en 1932 y detenido-desaparecido el 23 de abril de 1976, César Álvarez se afilió a principios de los cincuenta a la FJC y militó en los barrios de la Capital Federal y luego en el “Frente Militar”. Sancionado por la dirección del PC, fue uno de los fundadores del PCR y desde mediados de 1968 se instaló en Córdoba para desplegar su trabajo partidario especialmente en el movimiento obrero industrial, convencido de que allí comenzaría el proceso revolucionario argentino. Para una reconstrucción de la trayectoria de Álvarez a partir de testimonios y documentos, ver Sánchez, 2008.

¹⁷⁷ Por aquel entonces era un estudiante de las carreras de Letras y Medicina de la Universidad de Córdoba, formó parte de los primeros integrantes del PCR en aquella provincia, trabajó políticamente con Salamanca y Álvarez y luego fue secretario general de la Juventud Comunista Revolucionaria a partir de su creación en abril de 1972.

mecánicos, algunos de los cuales provenían de la experiencia de DINFIA. Según la reconstrucción realizada por Marioni y Salamanca en 1973 (Fierro y Rearte, 1973), en la regional de Córdoba, en la búsqueda de no ser una “secta pequeñoburguesa” sino un “partido marxista-leninista”, se criticaron “las tendencias que consideraban a la teoría como un conocimiento acabado, válido por sí mismo, y a la práctica como mera proveedora de 'información'; lo que casi equivale a decir: cuadros intelectuales o pequeñoburgueses, dirigentes; cuadros obreros 'prácticos', o dirigidos” (p. 87). De allí que la preocupación central debía pasar por la práctica y por la reflexión acerca de la misma, y que dicha composición en los órganos de dirección no debía ser formal, sino que, sobre la base del predominio obrero en ellos, “la participación como dirigente del Partido se determinaba por la capacidad demostrada en su inserción en la lucha de clases (actuación, elaboración, organización, dirección), teniendo particularmente en cuenta el proyecto de desarrollo del Partido” (Fierro y Rearte, 1973: 19).

Desde esa perspectiva, se moldeaba el rol que debía cumplir el partido que pretendía ser reconocido como vanguardia de la clase obrera:

También en Córdoba comprendimos –tal vez más práctica que teóricamente- que la historia del proletariado revolucionario no comenzaba con nosotros. Había obreros con un pensamiento muy avanzado. El Partido no sólo forma, sino también reeduca, transforma, y a veces simplemente consolida a luchadores de larga experiencia. Casos como el de la Felipe Vallese, o el del grupo dirigente de Perdriel, son en un sentido, 'encuentro' del Partido con 'jefes' obreros en los que una constante y profunda actividad en la lucha de clases ha ido modelando, fogueando, templando (Fierro y Rearte, 1973: 88).

Como hemos visto, un mes después de aquella conferencia, en el I Congreso del PCR, se reafirmó esa dirección estratégica: “*El viraje fundamental que debe realizar el Partido, a partir de este Congreso, es su proletarización* [resaltado en el original]” (PCR, 1969b: 335). Según sostuvo en estos documentos, “proletarizar al Partido” implicaba para el comunismo revolucionario “construir un partido capaz de resolver *todos* los problemas de la lucha de clases”, “elevar a cuadros obreros a la dirección del mismo” (insistiendo en que esto no se reduzca a una mera formalidad) y “construir un partido predominantemente obrero, lo que implica, precisamente, liquidar la idea de un partido 'selecto' en la forma en que esto es comprendido por las sectas aisladas de las masas” (PCR, 1969b: 335). Una vez más, “las masas” aparecen como el punto de referencia ineludible y como fuente de legitimación, toda vez que se considera que “aislarse” de ellas constituye una “desviación pequeñoburguesa”; implícitamente, estas definiciones persistían en la polémica con los grupos que optaron por diversas

modalidades de lucha guerrillera, planteos que, aunque solapadamente luego del I Congreso, aún gravitaban en el PCR.

Para el comunismo revolucionario, en definitiva, se trataba de “transformar totalmente al Partido” en el sentido de “convertirlo en un *partido de clase*, en un partido que de conjunto desarrolle un elevado nivel de *iniciativa y creación política*, en un *partido insurreccional, clandestino y centralista democrático* [resaltado en el original]” (PCR, 1969b: 335), para lo cual era fundamental crecer en las empresas de “concentración obrera” y en los gremios estratégicos. En ese sentido, en el I Congreso partidario a fines de 1969, el PCR sostuvo que el centro de su trabajo debía estar en “la creación de una poderosa *corriente sindical clasista*”.¹⁷⁸ Esta debía nuclear a “los obreros más combativos y conscientes, y educarlos, a ellos y a las masas, a través principalmente de la lucha, en los principios de clase, socialistas, insurreccionales, barriendo el reformismo y el nacionalismo burgués en lucha por construir una central obrera única clasista y revolucionaria” (PCR, 1969b: 347). Esto implicaba que el rol de la propaganda partidaria era fundamental para ese crecimiento y para “ganar” al proletariado para las ideas del socialismo, pero, se insistía, no de modo “pedagógico”, sino “estrechamente ligado a la lucha por las reivindicaciones económicas y políticas” (PCR, 1969b: 341) y atendiendo a la “*experiencia y la vida* de los obreros del lugar” (p. 343). Para ese objetivo, el “eslabón fundamental” (PCR, 1969b: 348) del trabajo sindical era el desarrollo y fortalecimiento de las agrupaciones sindicales clasistas.

Bajo esa perspectiva, el comunismo revolucionario desplegó su estrategia en el seno del movimiento obrero industrial y sostuvo que en algunas de las principales luchas que recorrieron el año 1970 (la de El Chocón, la de los trabajadores municipales de la Capital Federal y la huelga del SMATA Córdoba) se proyectaba “embrionariamente una alternativa clasista”. Si bien hacia mediados de 1970, en un balance interno, el PCR sostenía tener trabajo en unas “cuarenta empresas importantes” (PCR, 1970a: 41), fueron las ocupaciones violentas de la matricería cordobesa Perdriel en mayo y junio de ese año las que constituirían una oportunidad para poner en práctica sus definiciones y estrategias.

3.2 Perdriel y la “violencia de masas”

¹⁷⁸ Ya en 1968, en el primer número de *Nueva Hora*, se había planteado la necesidad de desarrollar “una corriente consecuentemente clasista en el plano sindical” (*Nueva Hora* N.º 1, 1968: 2).

Hacia fines de los sesenta, el poder de Elpidio Torres, histórico dirigente peronista del SMATA Córdoba, comenzaba a mostrar resquebrajamiento, en particular en algunas empresas. Entre ellas, la División Plantas Matrices (DPM)-Perdriel, matricería que construía herramientas de alta precisión para la IKA-Renault, era una de las fábricas en las que habían empezado a organizarse núcleos de oposición. Un grupo llamado “activistas de Perdriel”, en el que había peronistas, independientes y militantes de la Agrupación “Primero de Mayo” (algunos de los cuales provenían de la UTN), fue ganando delegados y se fue constituyendo en una referencia opositora al “torrismo”. De hecho, como minoría en el cuerpo de delegados, habían participado de los contingentes del Cordobazo, en el marco de ese proceso de radicalización de bases obreras que iban más allá de los límites impuestos por muchos dirigentes.

Según Brennan (1996), “en los meses posteriores al Cordobazo el PCR había identificado a Perdriel como un eslabón débil en la maquinaria sindical del SMATA e hizo de él una prioridad para su introducción en el proletariado automotor local” (p. 226). Efectivamente, allí el comunismo revolucionario había consolidado un núcleo en el que destacaban obreros como Gerardo Luna, Agustín Funes, Roberto Ávalos y Roberto Mercado, que serían protagonistas de las ocupaciones que analizamos.

El año 1970 marcaría el fin del mandato de Onganía, quien no pudo reponerse luego de las puebladas de mayo-junio del '69 y de las contradicciones que se acentuaron en la coalición militar de la “Revolución Argentina”. Asimismo, numerosas luchas se fueron desplegando en distintos puntos del país. El 23 de enero, la hilandería Escalada en Los Ralos, provincia de Tucumán, que había sido ocupada desde hacía diez días por obreros y pobladores en defensa de sus puestos de trabajo, fue desalojada por la Caballería. Ese mismo día comenzó una lucha de trabajadores municipales en la Capital Federal, en la que actuaron militantes del PCR. Otro conflicto se desató en Acíndar en Villa Constitución y en Córdoba se producirían las ocupaciones de la Facultad de Ingeniería y del Rectorado, entre otros.¹⁷⁹ Los mecánicos cordobeses protagonizarían con el SMATA una serie de ocupaciones de fábricas a comienzos de junio y que

¹⁷⁹ Estas luchas, que a ojos del PCR daban cuenta de que la crisis política de la dictadura aún estaba abierta, clarificaban cómo esta corriente concebía la relación entre espontaneidad y conciencia, en la medida en que identificaban dos “espontaneidades”: “una brumosa y servil a la ideología burguesa (aunque siempre la espontaneidad de las masas indique un embrión de conciencia diferente...)” y otra “*que viene abonada por el trabajo político e ideológico de la vanguardia y que se transforma en terreno apto para el crecimiento a saltos de ésta* [resaltado en el original]” (PCR, 1970a: 33).

durarían más de un mes, en el contexto del recambio de Onganía por Roberto Marcelo Levingston.¹⁸⁰

A ojos del PCR, estas luchas, junto a la de El Chocón sobre la que hablaremos a continuación, demostraban que no sólo se mantenía la “elevada combatividad” que había caracterizado a las del año anterior, sino que también se podía identificar “una notable elevación de conciencia” (PCR, 1970a: 31). Esto se manifestaba, según el comunismo revolucionario, en la “tendencia al enfrentamiento directo y al uso de formas elevadas de lucha de clases, especialmente las ocupaciones de fábrica”, en “una tendencia a promover direcciones desde la base, capaces de conducir sin vacilaciones la lucha y directamente revocables en caso de traición o vacilación”, en “una sed de debate político en las masas” y “una clara ruptura de los estrechos marcos gremialistas”, junto con el surgimiento de agrupaciones sindicales clasistas (PCR, 1970a: 31-32).

El ejemplo de El Chocón

El principal antecedente que tuvieron los protagonistas de Perdriel fue la huelga de El Chocón, conocida como “El Choconazo” (Quintar, 2005; Aiziczon, 2019), llevada a cabo mientras se construía una represa hidroeléctrica sobre el Río Limay, a 80 kilómetros de Neuquén Capital.

Esta lucha tuvo una primera etapa en diciembre de 1969, cuando se realizó un paro frente al despido e intento de detención de tres delegados (Antonio Alac, Armando Olivares y Edgardo Adán Torres). La huelga de 4 días y la resistencia a la represión hicieron posible su reincorporación y su reelección como delegados.

La segunda etapa se inició en enero de 1970 cuando los mismos delegados fueron expulsados por la Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina (UOCRA)¹⁸¹ con la excusa de haber participado en la “Reunión Sindical y Popular por Justicia Social y la Liberación Nacional”, convocada por Agustín Tosco y Raimundo Ongaro (Aiziczon, 2019).

¹⁸⁰ Para el PCR, la asunción de Levingston tenía como “único satisfecho a cabalidad” al “*imperialismo yanqui*”, ya que “tanto el presidente como los principales ministros son hombres de confianza del Pentágono o la CIA” (PCR, 1970a: 17).

¹⁸¹ Su principal dirigente a nivel nacional, Rogelio Coria, había sido originalmente más cercano a Vandor y luego había profundizado sus lazos con la dictadura de Onganía, al igual que José Taccone de Luz y Fuerza y otros dirigentes como Adolfo Cavalli (Petroleros) que conformaron un núcleo “participacionista”. Este término refiere a una escisión del vandorismo que se inclinó por adherir al llamado a la participación en el gobierno por parte de Onganía en la segunda mitad de 1966 (Dawyd, 2014).

A partir del 23 de febrero se ocupó la fábrica y se desarrolló una huelga que duró más de veinte días, a pesar de haber sido declarada ilegal por el sindicato, y contó con la participación de entre tres y cuatro mil obreros. El conflicto fue encabezado por militantes del MUCS, la corriente sindical que orientaba el PC, entre los cuales se destacaba Antonio Alac, principal dirigente del Choconazo. A su vez, en la mediación con la empresa y con el gobernador Felipe Sapag, cumplieron un rol importante miembros de la Iglesia como el “cura obrero” Pascual Rodríguez y el obispo Jaime de Nevares. Tras la represión efectuada por unos 800 policías y la detención de los principales dirigentes, los trabajadores aceptaron la propuesta de la “comisión mediadora” y desalojaron el complejo hidroeléctrico el 14 de marzo, rodeados de fuerzas de seguridad que coparon el lugar (Aiziczon, 2019).

El Choconazo tuvo un eje central en la democracia sindical y, a la vez, se trató de una lucha con una impronta fuertemente antidictatorial y con el empleo de un repertorio violento para la defensa de los delegados elegidos por sus bases. Ejemplo de esto último fue la formación de “guardias obreras”, es decir grupos de trabajadores con palos y piedras encargados de vigilar la ocupación (Aiziczon, 2019). Desde ese punto de vista, las similitudes con las ocupaciones de Perdriel que se producirían poco tiempo después son notables y, de hecho, el proceso en Neuquén sería el punto de referencia para los activistas de Perdriel. Incluso, durante el conflicto, en la matricería cordobesa organizaron un paro de dos horas en solidaridad con El Chocón.

Para el Partido Comunista, el Choconazo constituyó una huelga “gloriosa” y “heroica”, un “verdadero diamante del movimiento obrero combativo” (Aiziczon, 2019: 88), inscrita en la lucha obrera y popular contra la dictadura y en defensa de la democracia sindical. Su desenlace fue explicado centralmente por el aislamiento producto de la ausencia de solidaridad concreta, expresada fundamentalmente por la falta de un paro nacional convocado por la CGT y la postergación de las medidas anunciadas por las regionales de Córdoba y Rosario. El aislamiento de la lucha también fue, a ojos del PC, responsabilidad de los dirigentes de la CGTA y de las “62 Organizaciones”, quienes no habrían pasado de “lo meramente verbal” en su solidaridad (Aiziczon, 2019: 88).

Las organizaciones de la “nueva izquierda” elaboraron sus propios balances acerca de la experiencia del Choconazo. Por parte del PCR y de sus militantes en Perdriel, el centro de las críticas apuntó a la actitud del PC en la dirección del conflicto. Se le reprochaba haber acordado con el gobernador el desalojo cuando las fuerzas

represivas rodearon la fábrica. Según Gerardo Luna¹⁸² (Ludueña, 1978), “a El Chocón le había faltado una dirección revolucionaria, clasista, que se ponga al frente de la lucha de masas para hacerlas avanzar y no para usarlas y luego entregarlas” (p. 145). En ese sentido, el PCR asumió como consigna “Por un Chocón triunfante” y se dispuso a concretarlo en la matricería Perdriel.

La primera ocupación de Perdriel

Al igual que en El Chocón, la lucha de Perdriel se articuló en torno a una reivindicación de democracia sindical, ya que el detonante fue el traslado de cuatro obreros (Gerardo Luna, Roberto Ávalos, Oscar Bonet y Américo Tarico), dos de los cuales (Luna y Ávalos) se perfilaban como delegados opositores al torrismo de cara a las próximas elecciones. Simultáneamente, el SMATA convocó a elecciones de delegados en los turnos de los trasladados, lo cual evidenció la maniobra de la empresa en connivencia con el sindicato para evitar la postulación de los candidatos de izquierda. Así relató Gerardo Luna (comunicación personal, 25 de enero de 2022) el clima que se vivía en aquel momento:

Ya estaban los ánimos revueltos porque venía el primer aniversario del Cordobazo. Además, había aumentado la calidad de las exigencias: queríamos el cuerpo de delegados. A todo esto, nosotros nos habíamos convertido en una especie de líderes pero sin cargo, y pedíamos con fuerza la necesidad del cuerpo de delegados. Ahí viene el intento de trasladar al grupo que dirigíamos las luchas, en el que me encontraba, nos cambiaban de turno, nos querían cambiar de planta (...). La recomendación del gremio fue que si no estábamos de acuerdo con el traslado, aceptáramos la indemnización.

Ante estas maniobras, la indignación fue tal que en una asamblea conjunta el 12 de mayo entre el turno de la mañana y el de la tarde, se decidió la toma de la fábrica (luego se plegaría el turno noche). Se exigía la restitución de los trasladados y la convocatoria inmediata a elecciones de delegados. Se trataba así de una lucha contra la patronal de la IKA-Renault y contra la dirección sindical del SMATA; en el contexto del primer aniversario del Cordobazo, se constituía también como un conflicto político contra la dictadura militar (Laufer, 2017).¹⁸³

¹⁸² Oriundo de una familia numerosa de Cruz del Eje, provincia de Córdoba, se formó en el Instituto Técnico de la IKA, además de estudiar en la UTN, y así pudo ingresar a Perdriel, donde trabajó relación con integrantes de la Primero de Mayo, se afilió al PCR y fue uno de los principales dirigentes de las ocupaciones de 1970 en dicha fábrica.

¹⁸³ Para una reconstrucción detallada de estas ocupaciones, ver Laufer (2017).

Alrededor de 400 obreros, con la dirección de los activistas de la “Primero de Mayo”, organizaron la modalidad de la ocupación.¹⁸⁴ Se tomaron como rehenes a 38 directivos, entre ellos dos franceses. Se bloquearon todos los ingresos a la fábrica, incluso soldando las puertas. Se distribuyeron en toda la planta, a la vista y cerca de dos surtidores, tanques llenos de nafta y de otras sustancias inflamables, como mecanismo de disuasión para las fuerzas represivas.¹⁸⁵ Además, se confeccionaron unos mil cócteles molotov, se instalaron mangueras en las bocas de incendio, en los alambrados se conectaron baterías y se organizaron guardias rotativas para la vigilancia desde los techos.

Como puede verse en los registros audiovisuales de la época (*Canal Encuentro*, 2010), los carteles y banderas colgados en la planta daban cuenta de los posicionamientos de los obreros en la toma: “Fábrica tomada: Reintegrar 4 compañeros a esta planta”, “¿Dónde está la dirección del SMATA?”, “Elpidio Torres nos engañó. Menos palabras y más hechos”, “Queremos discutir convenio SMATA”, “30 rehenes, recuerden”. La decisión de los obreros se revelaba firme: cuando el jefe de la policía provincial, con la guardia de infantería, nueve carros de asalto y un camión hidrante rodeando la fábrica, entró a la planta, observó el operativo que habían montado los trabajadores, escuchó sus reclamos y la manifestación de que todo intento de desalojo sería resistido. La organización obrera había adquirido ribetes de tipo militar.

La presión por parte de la empresa y de las fuerzas policiales, en conjunto con el desentendimiento en el conflicto de la dirección del SMATA y de la CGT local, provocó un debate al interior de los obreros. Aquellos orientados por el MUCS proponían la liberación de los rehenes y el levantamiento de la toma para lograr una solución; los militantes de la “Primero de Mayo” sostenían la necesidad de no ceder hasta conquistar una respuesta favorable a los reclamos. En asamblea, se decidió sostener la ocupación y liberar a los rehenes de menor rango, reteniendo a los siete directivos de mayor jerarquía. Gerardo Luna, desde la óptica del PCR, sintetizó esta diferenciación de posiciones de la siguiente forma: “el debate principal de línea en la

¹⁸⁴ Al ser consultado por la masividad en la participación que se le atribuye al conflicto, Luna (comunicación personal, 25 de enero de 2022) señaló: “No tengas ninguna duda que fue de esa manera. Fue uno de los elementos que sobresalieron en esta lucha: la masividad de la participación”, en la que obreros “viejos”, que habían sido parte de la resistencia peronista y de numerosas luchas, se articularon con núcleos de obreros jóvenes, altamente calificados. La extensión de la participación fue tal que aún aquellos obreros que se quedaron fuera de la fábrica, organizaron delegaciones que iban a reclamar al sindicato y en busca de solidaridad en otras plantas automotrices.

¹⁸⁵ Como dato ilustrativo, un cronista televisivo de la época cerró su informe con estas palabras: “Esta planta prácticamente puede volar en cualquier momento, y no exageramos absolutamente nada” (*Canal Encuentro*, 2010).

ocupación de la fábrica es con el P 'C', que por su línea quiere centrar en la negociación sin lucha. Nosotros proponíamos otra cosa: todo, incluso las negociaciones, desde la lucha” (Ludueña, 1978: 148).¹⁸⁶

La toma de Perdriel rápidamente fue recibiendo la solidaridad de distintos sectores del pueblo cordobés, materializada en acciones obreras y estudiantiles en apoyo a la ocupación. El más destacado fue el de los obreros de Santa Isabel, la planta más grande de Córdoba. El 14 de mayo se realizó allí una asamblea con la participación de más de tres mil obreros, en la que Elpidio Torres, al que muchos consideraban “el Vador de Córdoba”, fue criticado y hasta “abucheado”.

Finalmente, el 15 de mayo, la dictadura, la empresa y el sindicato cedieron ante las exigencias de Perdriel y se reincorporó a los trasladados. En ese contexto, se realizaron las elecciones de delegados en la fábrica tomada y con el aval del sindicato. Así lo relató Luna (comunicación personal, 25 de enero de 2022):

...al cuarto día da la cara el sindicato, exigiendo que la elección se haga como corresponde, con sus veedores, pero la gente prefirió elegirnos por asamblea, tengo el honor de haber sido elegido por unanimidad en una asamblea en plena lucha, al igual que mis otros compañeros [Ramos, Ávalos y Mercado], fue una alegría inmensa, con los vivas, con los gritos, estaban los medios... Hasta el día de hoy emociona.

De este modo, bajo la presión de la ocupación pero con el aval del Ministerio de Trabajo, se impidieron los traslados de los obreros que fueron electos: tanto Luna como Ávalos fueron elegidos delegados por clamor popular. En palabras de Luna (comunicación personal, 25 de enero de 2022), se había producido “El Chocón triunfante que habíamos propuesto”.

En la “Carta Abierta” (*El Compañero*, 1970) que los obreros hicieron pública al lograr sus reclamos no dejaron lugar a dudas acerca de cuál consideraban que había sido el camino que les había posibilitado el triunfo: “el haber enfrentado a la violencia del régimen con nuestra violencia organizada, única garantía de que hoy se nos pueda escuchar”, ya que para lograrlo “debimos violar la sacrosanta propiedad privada, metimos presos como rehenes a personeros de quienes nos explotan” y durante el tiempo que duró la ocupación “hemos sido los dueños de ese territorio, dispuestos a

¹⁸⁶ La dirección de la lucha por parte de estos militantes obreros de la agrupación Primero de Mayo estaba a su vez orientada por la dirección política del comunismo revolucionario en Córdoba. Fue Gerardo Luna (comunicación personal, 25 de enero de 2022) quien destacó el papel fundamental que cumplió especialmente César Álvarez, conocido como el “Gordo Antonio”: “Fue fundamental el rol del ‘Doctor Álvarez’, sobre todo en el tema político. Nos alimentaba y transmitía sobre el momento político y lo que estaba sucediendo, y a partir de eso nosotros manteníamos la firmeza de la lucha”.

jugar la vida en defensa de un principio tantas veces pisoteado: la democracia sindical” (p. 4).¹⁸⁷

La segunda ocupación de Perdriel

Luego del primer aniversario del Cordobazo, el cuerpo de delegados del SMATA, en el marco de la discusión paritaria, resolvió la toma de fábricas. Fue en ese contexto que los obreros de Perdriel volvieron a ocupar la planta el 2 de junio y a tomar directivos como rehenes. Santa Isabel, Transax, Thompson Ramco y Grandes Motores Diesel también fueron ocupadas. Al día siguiente se sumaron Fiat Concord, Fiat Materfer y Perkins. En este clima de ebullición obrera, se sumó el movimiento estudiantil con la ocupación del barrio Clínicas. Se vivía un clima de fuerte tensión política a nivel nacional. La destitución de Onganía se acercaba y el secuestro y fusilamiento del general Pedro Eugenio Aramburu a manos de Montoneros había producido una gran conmoción. El 4 de junio la dictadura decidió desalojar las fábricas tomadas y la primera de ellas fue Perdriel.

Desde el 2 de junio, las fuerzas represivas habían rodeado la fábrica y los obreros repitieron el dispositivo de defensa que habían puesto en práctica en la primera ocupación. El 4 de junio decidieron en asamblea mantener la toma y resistirse al desalojo; de hecho, fueron los primeros en atacar cuando la policía se acercó. Luego de una hora de enfrentamiento, atestados por los gases lacrimógenos y el ingreso de la policía a la planta, los obreros decidieron desistir y salieron amontonados con la idea de seguir resistiendo cuerpo a cuerpo si eran atacados. La policía detuvo a 65, entre ellos a los principales dirigentes, integrantes de la “Primero de Mayo”. Finalmente, todas las fábricas fueron desalojadas y se inició una larga huelga de un mes de duración convocada por el SMATA. A su fin, los obreros detenidos en la segunda toma de Perdriel fueron liberados.

Las ocupaciones de Perdriel, en tanto único conflicto gremial de aquel entonces en el que se resistieron los intentos de desalojo, dan cuenta de la legitimación que había

¹⁸⁷ En su carta, los obreros también enfatizaron la importancia de una orientación clasista: “más fuertes somos cuando estamos unidos alrededor de una dirección y una línea, una posición que no concilia, que no vende nuestras reivindicaciones, que solo negocia desde posiciones de fuerza, manteniendo nuestra independencia de clase” (*El Compañero*, 1970: 4). Asimismo, afirmaban la perspectiva política que, más allá de la reivindicación gremial concreta, los guiaba: “nuestra lucha se opone férreamente, duramente, a la dictadura de Onganía” y aseguraron que, como había ocurrido en Perdriel, continuarían “a riesgo de nuestras vidas, en el rechazo a toda forma de opresión económica y social, en la búsqueda para instaurar un gobierno cuya cabeza y columna vertebral sea la clase obrera junto a otros sectores populares” (*El Compañero*, 1970: 4).

en sectores de la clase obrera en torno a un repertorio violento de métodos de lucha, en un contexto de creciente confrontación y radicalización política. Esta metodología, aplicada con éxito en el caso de Perdriel, constituye lo que Laufer (2017) ha denominado “violencia obrera” y el PCR, “violencia de masas”. Coincidimos con el citado autor en que se trata de un aspecto insuficientemente ponderado por la bibliografía académica sobre el período. En nuestro caso, constituye una experiencia fundamental para profundizar en el análisis de las prácticas políticas del comunismo revolucionario y cómo estas se articulaban con una perspectiva insurreccionalista.

A la vez, en tanto ocupaciones con toma de rehenes, la lucha de Perdriel expresaba un cuestionamiento relativamente implícito al sistema, impugnando en los hechos la propiedad privada capitalista, tratándose a la vez de un monopolio extranjero y de un contexto atravesado por la dictadura militar de aquel entonces. Los componentes antiburocráticos, antiimperialistas, antipatronales y antidictatoriales se aunaban en una perspectiva clasista, con perfil revolucionario y con prácticas democráticas en las que las bases eran las protagonistas de las decisiones y del ejercicio de la violencia. Esa orientación, legitimada a ojos del PCR por la práctica de Perdriel, fue la que este partido buscó impulsar entre las masas obreras y, de ese modo, movilizarlas y dirigir las en el marco de una concepción del “camino de la revolución” en la que estas debían ser las protagonistas de una “insurrección popular”.

Perdriel: insurrección vs. guerrilla

Como adelantamos en el Capítulo 2, la lucha de Perdriel reforzó en el PCR la convicción acerca de la orientación insurreccionalista y la crítica a las organizaciones guerrilleras, particularmente a aquellas como FAL en la que había confluído el grupo “zaratista”. En ese sentido, hemos visto cómo el comunismo revolucionario unificaba a las distintas modalidades guerrilleras más allá de sus variantes, englobándolas bajo la caracterización de “foquismo” o de “terrorismo urbano”. En rigor, más allá de las diatribas, la discusión no tenía que ver centralmente con la pertinencia o no de una estrategia basada en “sembrar el terror de forma generalizada”, cosa que escapa a los planteamientos de las principales organizaciones de la época, sino que el eje de debate fundamental pivoteaba en torno al protagonismo que le atribuían a “las masas” en el proceso revolucionario.

Desde esa mirada, este partido consideraba que aquella modalidad era “la forma de lucha predilecta de la pequeña burguesía que prescinde de las masas”, ya que “se

basa en acciones aisladas que pueden ejercitar grupos aislados, selectos, al margen del apoyo popular, sin contraer compromisos con las masas que actúan como espectadores de un combate que no protagonizan; aunque a veces reciben los golpes que se cruzan en él” (PCR, 1970a: 35). Esto sería expresión del “individualismo pequeñoburgués y su temor a fundirse con el proletariado”, ya que en lugar de “ganar a las masas para que ellas hagan la guerra revolucionaria trata de hacer la guerra para ganar su apoyo”, relegándolas a un papel secundario “que se manifestará, sin dudas, en el futuro poder revolucionario” (PCR, 1970a: 35). En definitiva, se le imputaba a las corrientes guerrilleras en bloque el pretender “hacer la revolución a nombre de las masas”, procurando conmoverlas en lugar de “elevar su conciencia” (PCR, 1970a: 35). Desde las corrientes con perfil guerrillero, el “insurreccionalismo” del PCR devenía en un “espontaneísmo” que en el presente relegaba la “lucha armada” y, por ende, no constituía una perspectiva consecuentemente revolucionaria.

A pesar de las fuertes polémicas que entablaron con estas corrientes, el PCR insistía en que “La solidaridad revolucionaria con los que enfrentan a los enemigos de la clase obrera y el pueblo con las armas y sus vidas es un deber revolucionario” (PCR, 1970a: 35). De hecho, reconocían al sector más numeroso como el “brazo armado del populismo de izquierda”, en referencia a los sectores del peronismo revolucionario. Como tal, este conformaba una “expresión concreta del combate antidictatorial y antiimperialista” y, aunque expresara a la “pequeña burguesía radicalizada”, formaba parte de “los que luchan contra el imperialismo y la oligarquía” (PCR, 1970a: 34-35).

Desde esa perspectiva, como hemos visto, Perdriel era esgrimido como experiencia ejemplar de la potencialidad de la “violencia de masas” que se contraponía con las estrategias guerrilleras. A todas ellas, el PCR las unificaba como un mismo espectro que se guiaba por la “teoría del foco”, en tanto se les atribuía la convicción de que la acción armada de los revolucionarios creaba las condiciones subjetivas para la revolución, relegando el protagonismo de las masas en esa lucha. Así lo manifestó “Pirujo” Araujo, uno de los militantes del PCR cordobés de aquellos años:¹⁸⁸

Las fuerzas partidarias del foco secuestraban al funcionario de una empresa y ponían como condición que se le diera tal recompensa a los trabajadores, en función de eso decían que conseguían triunfos para los trabajadores... y Perdriel demostró que los trabajadores podían conquistar triunfos por su propia cuenta, y que podían llevar el ejercicio de la violencia tanto o más lejos que esos grupos. De

¹⁸⁸ “Pirujo” Araujo es oriundo de La Pampa y a comienzos de los setenta fue a estudiar a Córdoba. Allí, luego de un período de militancia universitaria, pasó a tomar tareas “técnicas” para el funcionamiento del Comité Zonal de Córdoba y su Comisión Política. Desde ese lugar, conoció los debates que atravesaron al núcleo de dirección del comunismo revolucionario en Córdoba hasta poco después del golpe de 1976.

allí aquello que sintetizó Otto Vargas: 'vale más un Perdriel que cien secuestros' (P. Araujo, comunicación personal, 20 de enero de 2022).

Desde esa mirada, el comunismo revolucionario cifraba sus expectativas en que “nuevos Perdrieles” produjeran la “recuperación de la iniciativa revolucionaria” contra la dictadura. Esto implicaba poner en juego determinada concepción del ejercicio de la violencia política en clara oposición con la perspectiva guerrillera. Desde la óptica del PCR,

...el eslabón que permite hacer avanzar a las masas hacia la insurrección no está ni en las acciones terroristas desde fuera de ella, típicas del militarismo pequeñoburgués, ni en el 'comandismo' en la clase que empuja luchas económicas para organizar, con los obreros más combativos, la lucha armada, y que, cambiando de clase como apoyo no cambia su línea de clase pequeñoburguesa. El eslabón hoy, que lleva a las milicias obreras es *la organización de la violencia contra la represión patronal y estatal y contra el matonaje sindical* [resaltado en el original] (PCRa, 1970: 30-31).

Justamente ese eslabonamiento entre la patronal, el sindicato y la dictadura permitía que se revelara ante las masas la ligazón entre la lucha económica y la política y, en tanto interviniera la vanguardia, la violencia se tornaba una condición indispensable para el triunfo de las luchas. Asimismo, esta constituía el camino fundamental en términos estratégicos, pero también como herramienta coyuntural, no sólo para las luchas específicas sino frente a la dictadura y sus intentos de permanencia a través del recambio de figuras: “Organizar aquí la violencia, en todos los niveles necesarios y posibles de asimilar por la masa, forma parte *esencial* de una línea que apunte a hacer salir a la clase obrera del libreto recambista” (PCR, 1970a: 31).

En ese proceso, el partido que se pretendiera vanguardia debía cumplir un rol fundamental, de modo tal de “fundir” al socialismo con la clase obrera y operar como su “Estado Mayor insurreccional”:

El Partido no fabrica una situación revolucionaria [resaltado en el original]. Es *uno* de los factores- muy importante pero no único- de la misma. Pero el Partido transforma una situación revolucionaria – que contribuyó a crear a través de su lucha política que como tal incluye la violencia- en una crisis revolucionaria o situación revolucionaria directa (PCR, 1970a: 39).

En definitiva, según el comunismo revolucionario, las ocupaciones de Perdriel habían corroborado el “camino del Cordobazo”, dando cuenta del nivel de combatividad de los trabajadores automotrices de Córdoba, la significativa legitimación de un repertorio violento y la centralidad que iban adquiriendo la democracia sindical y las prácticas clasistas. A la vez, habían puesto de manifiesto la presencia del PCR y de las

agrupaciones “Primero de Mayo” en esos sectores obreros. Producto de este recorrido, a fines de 1970, se conformó la “Coordinadora Nacional de Agrupaciones Sindicales Clasistas Primero de Mayo”. Sobre esta base se desarrolló el proceso en el SMATA Córdoba que desembocaría en el triunfo electoral de 1972.

3.3 El antecedente clasista de SITRAC-SITRAM

Las ocupaciones de Perdriel habían significado el comienzo del fin de la hegemonía de Elpidio Torres en el movimiento obrero cordobés. No obstante, antes de que se produjera el inesperado triunfo de la Lista Marrón en 1972, otra experiencia clasista sacudiría la provincia del Cordobazo. Nos referimos al proceso llevado a cabo en las dos plantas principales de la FIAT: Materfer y Concord.

Casi en paralelo al fin de la segunda ocupación de Perdriel, el 3 de junio de 1970, los trabajadores ocuparon la fábrica Materfer y lograron la renuncia de la comisión directiva de SITRAM (Sindicato de Trabajadores de Materfer); un proceso similar comenzaba en SITRAC (Sindicato de Trabajadores de Concord), donde también se logró la renuncia de la comisión directiva por presión de las bases y el 7 de julio asumió una conducción surgida de una asamblea masiva de trabajadores.¹⁸⁹ Ambos procesos en las plantas de la FIAT se iniciaron a partir de asambleas masivas que, descontentas con los dirigentes de los sindicatos, presionaron y conquistaron su dirección bajo una modalidad “salvaje”, con un gran componente de “espontaneidad” y de “rebelión de las bases”. Esto dio inicio a la efímera, pero intensa y resonante, experiencia clasista de SITRAC-SITRAM, que constituiría un punto de referencia ineludible para comprender el desarrollo del clasismo cordobés.

A diferencia del proletariado automotriz agrupado en el SMATA, los sindicatos de Materfer y Concord no habían sido protagonistas de huelgas importantes ni de luchas por cuestiones laborales (a excepción de la de 1965, que finalizó con el despido de los obreros más combativos), tampoco habían participado del Cordobazo (Malecki, 2014). Cabe tener en cuenta que el hecho de que se tratara de sindicatos por empresa y no por ramas formaba parte de la política de la patronal para no tener que negociar con las poderosas estructuras de la UOM o del SMATA.

¹⁸⁹ Gerardo Luna (comunicación personal, 25 de enero de 2022) destacó que “somos hermanos de leche con SITRAC-SITRAM porque nosotros salíamos y ellos entraban (...) salimos de la planta y fuimos a Ferreyra a apoyar a SITRAC-SITRAM”. De hecho, una consigna que se extendió en aquel momento fue “FIAT, Perdriel, lucha sin cuartel”.

Durante 1971, se desarrolló lo central de esta experiencia clasista, que tuvo como una de sus prácticas centrales y distintivas las asambleas como instancias de participación obrera para la definición de las problemáticas sindicales y políticas, al tiempo que todos los dirigentes conservaron sus empleos, es decir, no había puestos gremiales pagos como mecanismo para evitar la “burocratización”. A la vez, cabe señalar que ambos sindicatos tuvieron dos preocupaciones fundamentales: la discusión de paritarias (cuyos topes se eliminaron con la llegada de Aldo Ferrer al Ministerio de Economía durante la gestión de Levingston) y la relación con el resto del movimiento obrero y la CGT local.

La designación de José Uriburu, político conservador de Córdoba, como interventor de la provincia agudizó el descontento entre las bases obreras, especialmente después del famoso discurso en el que se ufanó de que iba a “cortarle la cabeza a la víbora venenosa que anida” en la provincia (Brennan, 1996: 239). Al otro día de su designación, la huelga general de la CGT local tuvo un alto acatamiento y paralizó Córdoba. SITRAC-SITRAM, por su parte, impulsó un paro activo de 24 horas con movilización al centro de la ciudad, propuesta que llevaron a cabo aún sin contar con el apoyo de la central obrera. Así es como el 12 de marzo los trabajadores, en vez de ocupar las plantas de FIAT, hicieron abandono de las mismas y realizaron una manifestación en la puerta de Materfer (Brennan, 1996). Desde allí, ocuparon los barrios cercanos y organizaron barricadas para enfrentar la represión policial, que terminó con el asesinato del obrero Adolfo Cepeda. Como señala el historiador estadounidense, al igual que había sucedido en el Cordobazo, la muerte de este trabajador hizo que se convirtiera en el mártir que galvanizó la ira colectiva y la tradujo en una protesta de masas: los trabajadores se enfrentaron con la policía durante la tarde y el anochecer hasta que las fuerzas represivas se retiraron (Brennan, 1996).

Este episodio, conocido como el Ferreyrazo, fue la antesala de un nuevo levantamiento que abarcaría a toda la ciudad: el llamado Viborazo, o Segundo Cordobazo.¹⁹⁰ La indignación por el asesinato de Cepeda fue tal que alrededor de 14 mil obreros fueron parte del cortejo fúnebre y el 15 de marzo, con la movilización y concentración en el centro de la ciudad, se produjeron ocupaciones de barrios y enfrentamientos con la policía que superaron en términos de daños materiales al propio Cordobazo de 1969 (Brennan, 1996).

¹⁹⁰ En un sentido más amplio, el Viborazo duró desde el 12 de marzo hasta el 16.

Las diferencias que se le han señalado a esta experiencia con respecto al Cordobazo son: el carácter predominantemente obrero (la participación estudiantil y de la población en general fue menor); una presencia más visible de las fuerzas de izquierda; y la intensidad de la “guerra de clases” gracias a la influencia del clasismo, manifestado en el ataque a las empresas y los discursos más anticapitalistas de los dirigentes (Brennan, 1996). En definitiva, como destaca el citado autor, el Viborazo reveló las nuevas corrientes ideológicas y las alianzas políticas que conformaban el nuevo escenario nacional, inspiradas y desarrolladas a partir del Cordobazo.

Este convulsionado clima en la provincia mediterránea demostraba que la gravitación del Cordobazo aún contaba con plena vigencia. En ese contexto, SITRAC-SITRAM se había convertido en el centro de referencia de todas las fuerzas de izquierda en Córdoba. A finales de mayo, estos sindicatos presentaron su programa, respaldado por los cuerpos de delegados, en el “Plenario de gremios combativos”, aunque finalmente no fue aprobado en el plenario. Su redacción había estado a cargo del abogado de estos gremios: Alfredo “Cuqui” Curutchet.

Este programa, propuesto para el movimiento obrero clasista, dio cuenta del grado de radicalización política de estos sindicatos y, aunque discutido críticamente por otras corrientes del espectro, produjo una gran atracción en la “nueva izquierda”. El comunismo revolucionario no fue la excepción. En principio, por las evidentes semejanzas con su propio programa partidario.¹⁹¹ Entre ellas, podemos nombrar la caracterización de la Argentina como un país “capitalista dependiente”; la necesidad de conformar un “frente de liberación social y nacional”; y la definición de una revolución “democrática, antimonopolista y antiimperialista” que marchara al socialismo (SITRAC-SITRAM, 1971).¹⁹²

Cabe destacar que el citado documento finalizaba con la consigna “ni golpe ni elección, revolución”. Esta operaba en aquel momento como una formulación que ponía el énfasis en el “camino revolucionario” en contraposición no sólo con los partidarios

¹⁹¹ Si bien el PCR no contaba en dichas empresas más que con un delegado y una agrupación pequeña, la influencia sobre Curutchet y algunos de los dirigentes de FIAT fue significativa. Según Araujo (comunicación personal, 20 de enero de 2022), las similitudes podían deberse a la cercanía de Curutchet con abogados del comunismo revolucionario en Córdoba, especialmente con su socio Humberto Marioni. La hipótesis sugiere que, a los fines prácticos de redactar un programa, se basó en las formulaciones de aquel elaborado por el PCR. De hecho, Marioni sostuvo que el borrador de ese programa se lo dio César Álvarez para que se lo entregara a Curutchet (Sánchez, 2008). Según Vargas (Brega, 2008), “Ese programa de SITRAC-SITRAM fue redactado con la colaboración nuestra, puesto que teníamos una relación diaria con sus dirigentes” (p. 228). Para la discusión sobre este “Programa”, ver Laufer, 2020.

¹⁹² Como señaló Juan Carlos Torre (1971) en aquella época, la conciencia anti-capitalista expresada en las consignas de SITRAC-SITRAM configuraba “la respuesta del mundo del trabajo a la racionalización capitalista” que había impulsado la “Revolución Argentina” (p. 32).

del recambio golpista, sino fundamentalmente con otras corrientes que depositaban ilusiones en una posible salida electoral frente al desgaste de la dictadura. Debe tenerse presente que en aquel momento la mayoría del sindicalismo peronista cordobés respaldaba La Hora del Pueblo, agrupamiento conformado centralmente por el Partido Justicialista (PJ) y la UCRP, dirigida por Ricardo Balbín, junto al PSA, el Partido Conservador Popular y el Partido Bloquista (dirigido por Federico y Aldo Cantoni). Tosco, por su parte, apoyaba públicamente al Encuentro Nacional de los Argentinos (ENA), impulsado por el PC en alianza con el Partido Intransigente y el Partido Revolucionario Cristiano, entre otros. En este contexto, debe entenderse la necesidad de diferenciación por parte de SITRAC-SITRAM, la cual era expresada a través de aquella consigna. Según Laufer (2020), esta había sido originalmente propuesta por VC y avalada por PB.¹⁹³ El PRT-ERP optó por modificarla: “ni golpe ni elección, desarrollar la guerra revolucionaria”. El PCR, por su parte, en coincidencia con VC, la consideraba “justa” ya desde 1970 (PCR, 1970a: 23); luego decidió modificarla en clara alusión a la polémica con las organizaciones guerrilleras: “ni golpe ni elección, insurrección”.

Las coincidencias con el programa de SITRAC-SITRAM fueron celebradas en un primer momento por el PCR. Se destacaba que las definiciones del programa, discutidas en asamblea por los delegados de Materfer y Concord, daban cuenta de que la corriente “obrero clasista, revolucionaria” del movimiento obrero “avanzaba más allá de las formulaciones programáticas como las de Huerta Grande y la CGT de los Argentinos, que estaban moldeadas en la matriz del reformismo nacionalista burgués” (PCR, 1972a: 198).

No obstante, luego del entusiasmo inicial, se había abierto un debate en el comunismo revolucionario: si el centro de su trabajo de masas debía girar en torno a SITRAC-SITRAM, buscando que sus dirigentes se afiliaran al partido, aprovechando la influencia en el programa y las vinculaciones que se habían establecido, o si debía concentrarse el esfuerzo en los cuerpos de delegados, en “ganar” allí representantes que fomentasen esa instancia de democracia sindical y el protagonismo de las bases. Esta segunda posición terminó predominando y fue fundamental en el proceso posterior del SMATA.

¹⁹³ En una entrevista a un delegado de base del SMATA de Córdoba y representante del PB (*La Comuna*, 1971), este sintetizó las posturas de su organización. En ese sentido, cabe destacar que el PB cordobés celebraba la experiencia de FIAT, pero se desmarcaba en algunos puntos: como otras corrientes, señaló cierto alejamiento de las bases y, con respecto al Programa, se criticó la falta de apoyo a la “vanguardia armada”, ya que al posicionamiento “insurreccionalista” le oponía la estrategia de “guerra revolucionaria” (*La Comuna*, 1971: 5).

Esto estuvo vinculado al planteo de definir “un centro de concentración de fuerzas”, planteado internamente por César Álvarez. Este principio hacía referencia a la necesidad de concentrar esfuerzos en aquel lugar que fuera capaz de incidir en el conjunto del movimiento obrero y de las fuerzas populares. Luego de un intenso debate, el PCR definió que este centro debía estar en el SMATA y no en SITRAC-SITRAM, orientando los esfuerzos en ganar posiciones y militantes en los cuerpos de delegados. En términos de Otto Vargas, “mientras todo el mundo estaba deslumbrado y se quedaba a veces azorado observando los juegos de artificio de las declaraciones revolucionarias de SITRAC-SITRAM, nosotros, pacientemente, con Salamanca dirigiendo la célula de nuestros compañeros en el SMATA Córdoba –que habíamos decidido que era el centro político de concentración del proletariado cordobés–trabajábamos organizando a las fuerzas que iban a recuperar el sindicato en 1972” (Brega, 2008: 230).

Todas las fuerzas de la izquierda clasista esgrimieron un balance acerca de la experiencia de SITRAC-SITRAM. Las críticas del PCR se sintetizaron en un documento del Comité Central titulado “Comandismo: una línea de derrota” (PCR, 1971b). En él, se destacaba que la experiencia de los sindicatos de FIAT se había colocado en la “avanzada de las fuerzas clasistas” y que el golpe represivo sobre ellos se inscribía en el plan de la dictadura para “salvar al GAN del pantano” (PCR, 1971b: 1).

Los cuestionamientos estaban dirigidos a la dirección de SITRAC-SITRAM, ya que, desde la óptica del PCR, no habrían sabido desplegar las fuerzas del proletariado de FIAT, a pesar de que las masas trabajadoras de Córdoba habrían estado dispuestas a apoyar a estos gremios en su enfrentamiento con la dictadura. La “Primero de Mayo” había propuesto una huelga general por tiempo indeterminado hasta lograr la suspensión de los despidos. El objetivo era impedir la pretensión de la patronal de dividir a los 259 despedidos de los 5700 que conservarían sus puestos de trabajo. La dirigencia clasista de FIAT optó por un paro parcial de 24 horas con abandono de las plantas y concentración en la sede de la UTA para la realización de la asamblea. Sin embargo, el operativo de represión a las afueras de las plantas obstaculizó la participación de los obreros en la asamblea y el plan de los dirigentes se vio truncado durante dos días consecutivos. Finalmente, los sindicatos fueron disueltos por la dictadura.

Según el PCR, esta derrota se debió a que en la dirección de estos sindicatos, luego del Ferreyrazo y el Viborazo, había predominado una concepción “comandista”, que sería propia del “militarismo pequeñoburgués”, producto de la creciente influencia

de organizaciones como el PRT-ERP y FAL, junto con la conciliación con ellas que se le achacaba a VC (PCR, 1971b).

Esta última fue probablemente la corriente que con más fuerza destacó a SITRAC-SITRAM, especialmente a raíz de su arraigo en Concord. Para VC, la experiencia en FIAT se mostró, “ante los ojos de la vanguardia del proletariado”, como la “contrapartida de la burocracia sindical” y como “una esperanza de contar con una dirección sindical de alternativa revolucionaria” (*El Maoísta*, 1972: 1). En contraposición a la conciliación que le atribuía el PCR, VC también responsabilizaba de la derrota a los grupos guerrilleros, en particular a la influencia “militarista” del PRT-ERP y de FAL, que derivaba en “una tendencia a la oposición a la movilización activa de las masas y al empleo efectivo de la constante consulta a las bases” (*El Maoísta*, 1972: 16).

La organización dirigida por Santucho, por su parte, logró afiliar a algunos de los principales dirigentes de la experiencia de FIAT y atribuyó la derrota a la confusión, promovida por las corrientes maoístas, entre sindicato y partido revolucionario, que se produciría cuando, en lugar de configurarse como un “organismo de masas” amplio, se abocaba a la discusión de estrategias de poder propias de la vanguardia revolucionaria (Stavale, 2019). Esta “pretensión conciente e inconciente [textual] de asignar al sindicato el papel del partido” derivó tanto en un divorcio entre la “dirección politizada y el conjunto de la base” como en un aislamiento en relación con otras fuerzas obreras, producto de actitudes “sectarias” (*El Combatiente*, 1972: 84-85).

A ojos del PCR, por el contrario, en el influjo de esas corrientes debían buscarse las causas que habrían llevado a los obreros de FIAT a no haber desplegado todas sus fuerzas, ya que los dirigentes, guiados por aquella línea “comandista”, habrían depositado una confianza mayor en las acciones armadas que en la movilización de las masas. Cuando la represión disolvió los sindicatos, esta se extendió particularmente contra las organizaciones guerrilleras. En ese contexto, el balance del PCR sentenciaba que “la combinación entre la silenciosa derrota de las masas, sin luchar, y el macabro saldo del enfrentamiento de los grupos militaristas contra la represión del régimen dramatiza el significado de una línea” (PCR, 1971b: 2). Frente a la derrota, la polémica con estas organizaciones se recrudecía: desde el comunismo revolucionario se cuestionaba duramente una cierta “alegría” imputada al PRT-ERP frente a la derrota de SITRAC-SITRAM, sobre la base de que la organización dirigida por Santucho depositaba expectativas en que los despedidos engrosaran las filas del ejército

guerrillero.¹⁹⁴ Para el comunismo revolucionario, la consecuencia de esta política era el divorcio entre las masas y las direcciones, sobre la base de una división de esferas: “el proletariado queda restringido a la lucha reivindicativa mientras los grupos [en referencia a las organizaciones guerrilleras] asumen la lucha estratégica por el poder” (PCR, 1971b: 2).

En sintonía con esto, se criticaba el hecho de que, en diversas instancias de discusión convocadas por los sindicatos de FIAT, era mayor la participación de estudiantes y activistas de organizaciones políticas que la de los obreros de las plantas y esto dificultaba que se pusiera el centro en los debates concretos de esos trabajadores. En términos de Araujo (comunicación personal, 20 de enero de 2022), “discutían el programa de la revolución, pero no los problemas concretos de los obreros y de los problemas nacionales del momento”. Sumado a esto, el PCR destacaba el aislamiento de estos sindicatos con respecto al conjunto del movimiento obrero y de las corrientes clasistas. Se graficaba esta cuestión con la frustrada conformación del “Frente Sindical Clasista y Revolucionario” que se había propuesto en base al programa de SITRAC-SITRAM.

Como puede verse, si bien el PRT-ERP era uno de los blancos de estas críticas, puede identificarse una semejanza en algunos de los postulados críticos en torno a estas cuestiones entre aquella organización y el PCR. Además, resulta relevante destacar cierta similitud entre estas valoraciones con las reflexiones que, muchos años después, sintetizó uno de los principales dirigentes de aquel proceso, Gregorio Flores, quien hacia fines de agosto de 1972 se había incorporado a las filas del PRT-ERP (Barraza, 2020). Flores (2004), destacó que SITRAC-SITRAM fue “una genuina expresión de las bases que rompió los moldes del sindicalismo tradicional y burocrático” (p. 204), cuya disolución se debió a la “implacable denuncia al régimen de explotación” (p. 205) y por su cuestionamiento a la “burocracia sindical”, a la patronal y a la dictadura militar. No obstante esto, entre los errores cometidos señaló, por ejemplo, que “cuando se llamó a formar esa comisión obrero-estudiantil, no nos dimos cuenta que debíamos darle prioridad a una alianza con los gremios independientes y no perdersen en discusiones bizantinas con estudiantes que sólo conocían a los obreros en los libros” (Flores, 2004: 158);¹⁹⁵ también señaló que debieron integrarse a la CGT local y no mantenerse al

¹⁹⁴ La alusión a esto en “Hacer de la derrota un triunfo” (*Nueva Hora*, 1971) refiere al titular de la editorial de *Nuevo Hombre* (1971): “Hoy 250 cesanteados; mañana 150 guerrilleros más” (p. 2).

¹⁹⁵ En el mismo sentido, cuando se convocó a un congreso para construir una corriente “antiburocrática”, para Flores (2004) “estuvo mal encarado en cuanto se le dio prioridad a la concurrencia de la pequeña

margen de la misma, y que “la influencia en muchos de nosotros de la pequeña burguesía fue realmente perniciosa” (p. 158).

Más allá de las posiciones en pugna, la experiencia de SITRAC-SITRAM conmovió a amplios sectores de la clase obrera y a las fuerzas clasistas en el poscordobazo. Para el PCR, fue una referencia fundamental para moldear su estrategia de “recuperación clasista” del SMATA cordobés.

3.4 El PCR en el SMATA Córdoba y la estrategia de los cuerpos de delegados

Si la violencia ejercida por las masas obreras en defensa de la democracia sindical había sido el eje fundamental de la lucha de Perdriel, el protagonismo de las bases en las decisiones a través de los cuerpos de delegados lo sería en el proceso desplegado en el SMATA Córdoba.¹⁹⁶

Esta experiencia guardó similitudes y diferencias con el clasismo de SITRAC-SITRAM. Una de las diferencias notables entre ambos procesos fue la escala: mientras el de SITRAC-SITRAM estuvo circunscripto a dos fábricas, el SMATA implicaba la dirección de uno de los dos sindicatos más grandes (el otro era la UOM). A la vez, al agrupar al conjunto de mecánicos cordobeses, constituía un polo con fuerte poder de negociación. Otra diferencia fundamental fue la duración: lo central del proceso en las plantas de FIAT se desplegó durante poco más de un año (desde su “recuperación” en mayo de 1970 hasta su disolución en octubre de 1971), mientras que la experiencia clasista en el SMATA comenzó con el triunfo de la Lista Marrón en abril de 1972 y se consolidó nuevamente en las urnas en 1974.

Los estudios clásicos han tendido a destacar más la experiencia clasista de SITRAC-SITRAM, estableciendo en cierta medida una contraposición con el proceso en el SMATA. De hecho, según Brennan (1996), en el sindicato mecánico se puso en juego una versión de clasismo más diluida, “moderada” (p. 273) y “apolítica” (p. 276), que en las plantas de FIAT. Por su parte, en un estudio más reciente, María Laura Ortiz (2019) analiza comparativamente ambas experiencias emblemáticas e identifica dos etapas claves en el desarrollo del clasismo cordobés: una, entre 1969-1971, marcada por el ascenso y caída de los sindicatos de Concord y Materfer, atravesada por el Cordobazo y el Viborazo; otra, entre 1972 y 1974, en la que el clasismo del SMATA impulsó una

burguesía y el estudiantado y no a dirigentes sindicales que tenían tal vez una práctica burocrática administrativa, pero con los cuales podía haberse llegado a acuerdos que nos posibilitara ir avanzando en la lucha contra la patronal y la burocracia y el Estado” (p. 192).

¹⁹⁶ Para una interesante compilación de visiones testimoniales por parte de obreros automotrices sobre este proceso en el SMATA Córdoba, ver Arrosagaray, 2018.

política “frentista” y “pluralista”. Según la autora, esta había sido menos radical en sus discursos, pero más efectiva a la hora de reforzar al clasismo, articulando redes de solidaridad entre distintas fábricas. Asimismo, cabe señalar que con el pasaje de un período a otro, en el contexto de la apertura electoral luego de años de dictadura, disminuyeron también los repertorios violentos durante el desarrollo de las huelgas y ocupaciones como se había manifestado en Perdriel.

Hacia el triunfo del Movimiento de Recuperación Sindical – Lista Marrón (1970-1972)

Para dar cuenta del recorrido que permitió el triunfo electoral en 1972, cabe tener presente que la herramienta político-sindical fundamental que le permitió al comunismo revolucionario reagrupar a la oposición a Elpidio Torres en el seno del SMATA y luego conquistar su dirección fue la conformación del Movimiento de Recuperación Sindical (MRS). Este se había conformado originalmente como una “Coordinadora de Delegados y Activistas”, luego de la huelga larga del gremio de mecánicos en mayo-junio de 1970. Originalmente, se formó a partir de la propuesta de la Primero de Mayo y en acuerdo con los militantes de PB y Vanguardia Obrera Mecánica (VOM), ligada a PO, y luego se incorporó el MUCS. A través de esta coordinación, se buscó unificar a la oposición en torno a tres puntos: lo antiburocrático, lo antipatronal y lo antidictatorial.

En principio se trataba de un nucleamiento pequeño, de no más de 20 obreros, muy pocos de los cuales eran delegados. Entre ellos, se destacaría René Salamanca, obrero que, como vimos en el Capítulo 1, provenía de una agrupación peronista de izquierda, la “Felipe Vallese”, y se había incorporado junto con sus compañeros al naciente PCR. Hacia diciembre de 1969, había ingresado a la planta Santa Isabel. Un año después, se realizó la elección de delegados en forja, la sección de dicha planta en la que trabajaba Salamanca, quien, aunque no contaba con la antigüedad exigida por el estatuto, se presentó como candidato. Las elecciones dieron como ganador al candidato torrista, pero los obreros de la sección, convencidos de que había habido fraude y que la mayoría había apoyado a Salamanca, juntaron firmas para exigir que se volviera a votar. Esta vez salió ganador el dirigente del PCR con más del 70% de los votos, aunque manteniendo en estricto secreto su filiación para evitar los traslados y la persecución. La dirección sindical alineada con Torres impidió que asumiera el cargo como delegado con la excusa de la antigüedad, pero el proceso de discusión de masas y los resultados electorales consolidaron su referencia opositora y su prestigio.

En enero de 1971, se llevaron adelante las elecciones de la comisión interna de Santa Isabel, en la que la Coordinadora de Delegados y Activistas presentó una lista opositora. Acorralado en la sección más importante del SMATA, el *torrismo* llevó a cabo un fraude abierto, que fue denunciado nuevamente por la juntada de firmas. Si bien esta vez no lograron imponer nuevas elecciones, como señala Laufer (2020), “en el turno más importante de Santa Isabel, corazón del SMATA, el *torrismo* había pasado a estar en minoría” (p. 289).

Frente a las elecciones fraudulentas, la estrategia a seguir fue objeto de debate al interior del PCR: si se debía apostar a un “Santaisabelazo” como un “nuevo Perdiel” que constituyera un gran hecho de la oposición o si se debía dar el debate a nivel de masas, movilizándolo a la sección y acumulando fuerzas en la perspectiva de ser dirección. Esta segunda posición terminó prevaleciendo, en un contexto en el que, progresivamente, las fuerzas opositoras y clasistas fueron avanzando en las distintas empresas. Esto daba cuenta de la creciente independencia con respecto al oficialismo *torrista* que adquirirían los cuerpos de delegados. Asimismo, reforzaba la convicción en una posibilidad cierta de encarar un proceso que permitiera “recuperar” para los trabajadores la herramienta del sindicato de las manos de los dirigentes “burocráticos” y “cómplices” de las empresas.¹⁹⁷

Esta perspectiva, que ponía como objetivo la disputa por la dirección del SMATA, se expresó, en primer término, con el cambio de nombre: la Coordinadora de Delegados y Activistas pasó a denominarse Movimiento de Recuperación Sindical, a propuesta de los militantes del PCR y en oposición a otros sectores como el PC, PO y El Obrero¹⁹⁸ que preferían mantener el anterior (Fierro y Rearte, 1973).¹⁹⁹

Una de las propuestas barajadas fue la de emplear la denominación “Movimiento de Recuperación Sindical Clasista”, como una manera de reafirmar la identidad que el clasismo en ascenso buscaba arraigar. Esta posibilidad habilitó un debate acerca de cómo se debía disputar la hegemonía y en dónde colocar la línea divisoria. Para estos actores, el clasismo implicaba una perspectiva anclada en la lucha de clases y en la

¹⁹⁷ Cabe tener presente que a la hora de decidir si se optaba por la presentación de una lista opositora para disputar las elecciones del sindicato o no aún persistía la influencia de la modalidad con que se habían conquistado las direcciones en SITRAC-SITRAM.

¹⁹⁸ Se trató de un grupo formado a partir de sectores que habían sido parte del MLN, que se distanciaron críticamente del mismo y que, producto de su inserción en algunas fábricas, editaban a comienzos de los setenta un boletín llamado “El Obrero”; hacia 1974-1975 constituirían uno de los núcleos que daría forma a Organización Comunista Poder Obrero (OCPO) (Lissandrello, 2011).

¹⁹⁹ La idea de “recuperación” subrayaba la interpretación de que la dirección del sindicato, acusada de “burocrática” y de acordar con las empresas, no representaba a sus bases; entonces, el sindicato debía ser “recuperado” para que volviera a estar en manos de sus trabajadores.

organización independiente de la misma frente al poder de las patronales, de los dirigentes sindicales cómplices y de la dictadura militar.

En el caso del PCR, este sostuvo que circunscribir el movimiento a los clasistas dejaba fuera, de forma “administrativa”, a los sectores “combativos”: identificaban como tales a aquellos que se encontrarían en tránsito al clasismo o que ya lo eran en la práctica, pero no se reconocían a sí mismos como tales (Fierro y Rearte, 1973). Con esa denominación, el comunismo revolucionario incluía a los sectores más confrontativos que se identificaban con el peronismo y con la alianza entre “independientes” (dirigidos por Agustín Tosco) y “legalistas” (encabezados por Atilio López) en la CGT Córdoba.

Asimismo, desde la óptica comunista revolucionaria, ese recorte en torno a lo clasista planteaba una diferenciación en el seno del contingente obrero en vez de buscar unir a todos los sectores, tanto “clasistas” como “combativos”, que estuvieran dispuestos a enfrentarse a la patronal, la dictadura y los dirigentes “burocráticos” (Fierro y Rearte, 1973).²⁰⁰ Por otro lado, la adscripción a la corriente del clasismo también despertaba debates: el PC buscaba inscribir al MRS en la corriente de los “independientes” liderada por Tosco y desde esa posición se opuso a apoyar el programa de SITRAC-SITRAM, lo cual derivó en un alejamiento transitorio.

Un tercer eje de debate que recorrió al MRS fue el posicionamiento frente al GAN. Este acuerdo político promovido por la dictadura de Alejandro Lanusse produjo un realineamiento en los actores políticos frente a la posibilidad de la apertura electoral y el campo de la “nueva izquierda” no fue la excepción. Cabe tener presente que, en un clima de radicalización política y masificación de la protesta social, el GAN se proponía la reinscripción del peronismo en el sistema político como “operación destinada a aislar a los elementos más radicalizados y devolver legitimidad a la acción estatal, encauzar la conflictividad social y política dentro de los marcos de la democracia parlamentaria y del sistema de partidos, e intentar que la oposición a la dictadura se desgajara de las impugnaciones al 'sistema'” (Torti, 1999a: 208).

El GAN impactó en la “nueva izquierda”, que se diferenció en función de dos grandes alternativas (con sus respectivos matices). Por un lado, la de aprovechar la apertura electoral. Al interior de esa postura, fue mayoritario el apoyo al Frente Justicialista de Liberación (FREJULI), aunque también hubo sectores que respaldaron a los candidatos del ENA o a otros con un perfil obrero y socialista. Por el otro, se

²⁰⁰ De hecho, hacia mediados de 1973, a partir de la alianza con López y Salamanca, Tosco impulsó la creación del Movimiento Sindical Combativo.

encuentran quienes optaron por un posicionamiento antielectoral, propugnando el voto en blanco y la afirmación en el camino de la lucha armada, con sus diversas modalidades, para la concreción revolucionaria (sintetizada en la consigna “ni golpe, ni elección: revolución”). Esto produjo un tenso debate en el MRS, en el que, con deserciones mediante, terminó imponiéndose una posición manifiestamente en contra del GAN, la Hora del Pueblo y el ENA. Cabe tener en cuenta que, salvo el PC, todas las corrientes de izquierda con arraigo en el SMATA Córdoba, es decir el PCR, PRT-ERP, VC, PB, PO y El Obrero (entre otras menores), consideraban al GAN como una trampa y planteaban la abstención o el voto en blanco (Laufer, 2018).²⁰¹

Hacia mediados de 1971, el MRS entonces se había inscripto en la corriente clasista y en oposición al GAN. Esto había alejado al MUCS, a los “independientes” del Movimiento Nacional Intersindical (MNI)²⁰² y a quienes habían sido parte de la Lista Azul (vinculada a la CGTA). No obstante, luego de la caída de los sindicatos de FIAT, en pos de disputar las elecciones, se buscó ampliar al MRS con presencia de delegados de base, superando su carácter inicial de acuerdo entre tendencias. En una “asamblea-asado” con la presencia de 70 obreros, 30 de los cuales eran delegados, se decidió conformar la Lista Marrón para disputar la conducción de la comisión directiva del gremio.

Bajo esa perspectiva, el MRS-Lista Marrón se propuso conformarse como un movimiento amplio que abarcara un espectro mayor al de las fuerzas del clasismo y que fuera capaz de unificar a toda la oposición al torrismo, liderado en aquel entonces por Mario Bagué.²⁰³ Ello implicó reformular definiciones que habían circunscripto su marco de alianzas. Como destaca Laufer (2020), no se trató de una estrategia destinada a la morigeración política, sino a lograr la unidad de los distintos sectores que habían sido parte de las luchas que recorrieron esos años. La identificación con el clasismo había posibilitado unir a fuerzas marxistas y de la izquierda peronista, pero para agrupar a otras corrientes, como la de los gremios del MNI y la de los ex azules, era necesario atenerse a formulaciones más amplias. Para esto, fue especialmente necesario que el PCR abandonara su pretensión de que el MRS se pronunciara abiertamente contra el

²⁰¹ Si bien el PB nacional apoyó críticamente al FREJULI, en Córdoba prevaleció la posición de votar en blanco.

²⁰² Fue impulsado por el PC. Sus principales dirigentes fueron Agustín Tosco, Juan Malvar (radical) y Jorge Canelles. Este último era el principal dirigente sindical del MUCS cordobés (Laufer, 2020).

²⁰³ Luego de dirigir el SMATA Córdoba desde 1958, Elpidio Torres renunció a su conducción en 1971 en el marco de una crisis de su hegemonía, que arrastraba desde el comienzo de la “Revolución Argentina” y había cobrado mayor fuerza desde el Cordobazo (ya a mediados de 1970 había renunciado a su cargo de secretario general de la CGT provincial).

GAN; esto era objeto de críticas por parte del PRT-ERP y del PO por considerarlas como posiciones “sectarias”.²⁰⁴

En esa dirección, sin brindar mayores precisiones políticas, se articuló la unidad en torno al perfil “antiburocrático”, “antipatronal” y “antidictatorial” con un énfasis en la democracia sindical. Esto hizo posible, no sin debates internos, la reincorporación del MUCS, del MNI y de los ex azules, incluyendo sectores de izquierda, peronistas e incluso radicales que se ubicaban en la oposición y se identificaban con el sindicalismo de liberación, forjando un frente heterogéneo pero con primacía de las fuerzas clasistas.

El Obrero, por su parte, se alejó, destacando el carácter “burocrático” y “reformista” de las elecciones, a la vez que enfatizando la necesidad de sostener el programa clasista, pero luego llamó a votar a la lista desde un “apoyo crítico”, al igual que el trotsquista Grupo Espartaco. Por otro lado, el Peronismo de Base sufrió una serie de escisiones, por lo cual un sector se retiró, mientras otro (“oficial”) se quedó dentro del armado, aunque sin candidatos propios dentro de la lista.

En términos políticos, el MRS-Lista Marrón expresó la unidad entre el PCR, PB, VC, PO, el PRT-ERP y el PC.²⁰⁵ El comunismo revolucionario logró encabezar la lista a partir del protagonismo que había conquistado en el SMATA desde las ocupaciones de Perdriel, por haber constituido la fuerza clasista más importante y por el rol jugado por Salamanca y la línea partidaria en la construcción de un frente de unidad. Esto hizo posible que tuvieran los dos cargos principales (René Salamanca como Secretario General y Roque Romero²⁰⁶ como Adjunto), así como el de Finanzas, el primer vocal y

²⁰⁴ Probablemente al PCR y a VC se refiriera el PRT-ERP cuando, a comienzos de 1972, planteaba que al “utilizar solamente la crítica intransigente y ‘purista’ como medio para mantener su línea revolucionaria se ven imposibilitados de tener una correcta política de alianzas” y que con eso “sólo se logra dividir a las fuerzas existentes en el seno del pueblo con polémicas sin sentido práctico, impidiendo así que podamos neutralizar a los enemigos vacilantes y dejando el campo libre a las direcciones burocráticas” (*El Combatiente*, 1972). También PO, si bien crítico del GAN, había sostenido que la posición del MRS contra el ENA y la Hora del Pueblo era un obstáculo para la unidad con el MUCS y el “peronismo combativo”, la cual era considerada necesaria para la derrota del *torrismo* (Laufer, 2018). VC, por su parte, planteó la necesidad de rectificar su “subestimación de las elecciones” y su “sectarismo programático” (Laufer, 2018: 133).

²⁰⁵ Hacia fines de 1972, en una entrevista, Salamanca definió la Lista Marrón de la siguiente forma: “Te diría que es clasista y reformista a la vez. Porque hay una alianza entre clasistas y reformistas donde ninguna de las dos corrientes tiene hegemonía. Factores como la práctica de la democracia sindical, la movilización y participación continua de la gente, la lucha interna contra la burocracia, ayudan a que se vaya avanzando a posiciones clasistas. Es claro que lo fundamental es la afirmación y desarrollo del clasismo en las bases obreras del SMATA; esto definirá el rumbo” (Laufer, 2018: 136-137).

²⁰⁶ De origen catamarqueño, fue a Córdoba a estudiar tornería, se formó en matricería en el Instituto Kaiser, gracias a lo cual puedo entrar a la planta, y cursó en la UTN. Al ingresar en Perdriel, se vinculó a Gerardo Luna (a quien había conocido en el instituto) y la agrupación Primero de Mayo. A partir de esa relación, conoció a César Álvarez y se afilió al PCR. Hacia 1971, fue elegido delegado en Perdriel y, de cara a las elecciones de 1972, fue designado para ocupar el segundo cargo más importante en el gremio (R. Romero, comunicación personal, 14 de mayo de 2022).

el apoderado de la lista. Ni VC ni el PRT-ERP tuvieron candidatos en la lista debido a su incipiente fuerza entre los mecánicos; PO tuvo un representante en la Comisión Ejecutiva; y sectores de izquierda vinculados a Tosco y al PC, así como peronistas y radicales que habían sido de la Lista Azul ocuparon varios puestos, constituyendo una mayoría ajustada en la Comisión Directiva, aunque esta fuera encabezada por los clasistas del PCR.²⁰⁷ Como ha sido destacado (Laufer, 2020), el MRS-Lista Marrón iba más allá de un acuerdo entre tendencias político-sindicales, en tanto había logrado expresar al conjunto de delegados y activistas “clasistas” y “combativos” opositores al torrismo a partir de los tres puntos de unidad arriba señalados.²⁰⁸

Como profundizamos en el apartado siguiente, el comunismo revolucionario impulsó en el MRS una estrategia para la disputa de las masas basada en los delegados y las asambleas generales y por sección, que contaban con participaciones masivas y posibilitaban tanto el contacto directo con los obreros como una vía para protagonizar las discusiones y las decisiones. Entre las principales prácticas llevadas a cabo, se puede mencionar el reparto de volantes diarios para discutir y recoger opiniones, la venta de bonos para garantizar el autofinanciamiento, el funcionamiento del MRS en un local público, la difusión masiva del programa propuesto y el impulso de reuniones y asambleas en las puertas de las fábricas.

Los planteos de La Marrón, de cara a las elecciones, se sintetizaron en un documento con diez puntos que fueron masivamente distribuidos. En dicho documento, La Marrón sostuvo: la modificación de los estatutos del SMATA; la afiliación masiva, sin discriminaciones y representación gremial para todos los empleados; la lucha por un convenio único para los trabajadores del SMATA y plena vigencia de la discusión salarial trimestral; la plena aplicación del convenio colectivo de trabajo; el reconocimiento de la insalubridad en forja, pintura, tratamiento térmico, galvanoplastia, fundición de ILASA y otros lugares de trabajo; la ampliación de los beneficios sociales otorgados por el sindicato y la empresa (guardería infantil en ILASA); plena vigencia del “sábado inglés” y derogación de la ley de accidentes; el control del ritmo de trabajo

²⁰⁷ El secretario gremial fue Hugo Rivero, uno de los principales referentes del MNI y los ex azules, también considerado un militante “tapado” del PC, o estrechamente ligado al mismo (Laufer, 2020).

²⁰⁸ La conformación de la lista implicaba conseguir alrededor de cuarenta candidatos dispuestos a poner su nombre y apellido en un frente opositor. En ese sentido, Romero (comunicación personal, 14 de mayo de 2022), destaca “vos sabés que en una fábrica privada no es como en las nacionales, como Luz y Fuerza, por ejemplo, donde vos podías perder una elección pero después seguías laburando. Nosotros nos presentamos en esa [elección de 1972] y nos jugamos la vida, porque te echan como perro usando todas las maniobras que podían hacer. Ahí calculá que nosotros llegamos a juntar el aval de toda esa gente para presentarnos gracias al Cordobazo. Porque mucha de esa gente cambió su forma de pensar, cambió la actitud. Y de esa manera nosotros pudimos llegar a presentarnos en el año 1972”.

y producción por parte de la representación gremial; contra las patronales, la dictadura, “los dirigentes traidores y conciliadores” y por una “verdadera” democracia sindical; la lucha por un sindicato “de y para la clase obrera sin injerencia patronal ni estatal” (Laufer, 2020: 408). Como vemos, si bien “los 10 puntos de La Marrón” se estructuraron a partir de reivindicaciones laborales concretas (la actualización trimestral de salarios, la insalubridad, el “sábado inglés” y los ritmos de producción), y de la independencia del gremio respecto de las patronales y del Estado, también se incluyeron, como en la experiencia de SITRAC-SITRAM, cuestiones que iban más allá de lo estrictamente referido a salarios y condiciones de trabajo: se planteaba, por ejemplo, el control obrero (a través de representantes sindicales) de la producción y de los ritmos de trabajo; de hecho, fue la democracia sindical el principal eje de la campaña.

En esa dirección, se propusieron algunas cuestiones que implicaban modificaciones profundas en el estatuto del gremio. Entre ellas, podemos mencionar la potestad de los cuerpos de delegados de definir si sus asambleas son resolutivas o meramente consultivas; la resolución de que para ser delegado no hubiera impedimentos estatutarios, sino que fuera decidido por la elección de sus compañeros/as; la limitación al máximo de los cargos rentados en el gremio; el establecimiento de un sistema de rotación periódica entre las tareas sindicales y el trabajo en las fábricas, como mecanismo para evitar la burocratización de los dirigentes y favorecer el contacto directo con los problemas cotidianos de las fábricas, entre otras. Una de las más importantes tuvo que ver con establecer a la Asamblea General como el organismo máximo de decisión, para impedir que los dirigentes pudieran tomar decisiones a espaldas de sus compañeros y estos pudieran ejercer un control sobre los primeros; también se dispuso que tanto los directivos como los delegados podían ser revocados mediante asamblea si la mayoría de los trabajadores a los que representaban así lo decidían.

Estas propuestas de democratización sindical y de control obrero sobre sus representantes estaban en sintonía con la creciente politización en sectores de los mecánicos cordobeses; en ese marco, el MRS iba colocándose como dirección alternativa y cada vez más reconocida por las masas. Este creciente estado de discusión se agudizó con el Mendozazo, ocurrido menos de un mes antes de las elecciones en el

SMATA.²⁰⁹ Este levantamiento fue ampliamente discutido en una reunión del cuerpo de delegados del turno mañana de la Renault, luego de la cual unos cuatro mil obreros, al igual que el personal de Grandes Motores Diesel, abandonaron sus puestos de trabajo en solidaridad con el pueblo de Mendoza.²¹⁰

El oficialismo torrista, por su parte, encaró la campaña buscando ligar a La Marrón con la izquierda comunista, el antiperonismo y SITRAC-SITRAM. Sin embargo, esto no alcanzó. Las elecciones, realizadas a fines de abril y con casi siete mil votantes (fue el récord de participación hasta ese momento), dieron como ganador a la Lista Marrón con 3.229 votos frente a los 2.875 obtenidos por Bagué al frente de la Lista Verde y Celeste, es decir, la primera sacó el 47% frente al 43% de la segunda. (Laufer, 2020).²¹¹

El insoslayable triunfo de una dirección vinculada a la izquierda “clasista y combativa” en el sindicato más poderoso de la Córdoba industrial, protagonista del Cordobazo y de las luchas que le sucedieron, constituyó un fuerte impacto en el campo de la “nueva izquierda”. El proceso que haría posible el triunfo fue el centro del debate en el II Congreso del Partido Comunista Revolucionario.

El II Congreso del PCR y la estrategia de los cuerpos de delegados

Previo al II Congreso, la “IV Conferencia Regional” de Córdoba, a fines de 1971, ya había comenzado a abordar los debates en torno al Movimiento de Recuperación Sindical y la línea impulsada por el PCR en su seno. En aquel momento, la caída de los sindicatos de FIAT había impactado fuertemente en el MRS. En dicha Conferencia se discutió, entre otras cuestiones, si aquella derrota significaba que el MRS estaba agotado porque había surgido “castrado” por el “acuerdo sin principios con fuerzas vacilantes” (Fierro y Rearte, 1973: 95) que habían exigido cada vez mayores concesiones en desmedro de un programa clasista. O si, por el contrario, el MRS expresaba una línea “correcta” que corregía los “errores” de SITRAC-SITRAM y hacía posible la “recuperación sindical” a través de un “frente único” que agrupaba a fuerzas

²⁰⁹ Se trató de una pueblada ocurrida en los primeros días de abril de 1972 en la capital de Mendoza a partir del aumento de tarifas eléctricas. El punto más alto se produjo el 4 de abril cuando una movilización multitudinaria de trabajadores/as y estudiantes derivó en enfrentamientos con la policía y la represión culminó con un muerto y cientos de heridos y detenidos. El interventor de la provincia se vio obligado a renunciar y se declaró a Mendoza como “zona de emergencia” (Rodríguez Agüero, 2013).

²¹⁰ Otro hecho resonante por esos días de abril fue el asesinato del director industrial de FIAT Concord, el empresario italo-paraguayo Oberdan Sallustro luego de haber sido secuestrado por el PRT-ERP a fines de marzo.

²¹¹ Fue clave para el triunfo la mayoría de votos obtenidos en Santa Isabel, la planta más grande. Para ver un cuadro detallado con los resultados de las elecciones, ver Laufer, 2020: 415.

“avanzadas, particularmente peronistas y comunistas revolucionarias” y en cuyo seno se disputaba la hegemonía en la práctica, atendiendo “al desarrollo real de la conciencia de la clase” (Fierro y Rearte, 1973: 95). En el marco de esta segunda posición, lo que en todo caso se cuestionaba autocríticamente eran las definiciones “sectarias” y “apresuradas” acerca del proceso de FIAT y del GAN, de las que, como hemos visto, el PCR y VC habían sido sus principales impulsores en un primer momento.

Desde Perdriel y la huelga del SMATA, en los planteos del comunismo revolucionario comenzó a cobrar cada vez mayor protagonismo la referencia a los cuerpos de delegados, las comisiones internas y las comisiones de lucha (surgidas en asambleas). La centralidad de estas instancias de participación de masas en la línea política del PCR, enmarcada en la perspectiva revolucionaria de una insurrección popular, fue discutida en el II Congreso partidario, realizado los días 7, 8 y 9 de abril, y sus conclusiones fueron sintetizadas en el “Capítulo VI” de sus resoluciones (PCR, 1972). Este texto se volvería canónico en la historia oficial del PCR y en él se condensaron los lineamientos de la estrategia y las prácticas políticas que se propuso llevar a cabo esta organización y que analizamos a continuación.

Como hemos visto, para el comunismo revolucionario, el Cordobazo había bocetado la “forma particular de la vía revolucionaria en la Argentina” y las experiencias de lucha que le sucedieron (El Chocón, Perdriel, SITRAC-SITRAM, etc.) esbozaron “las formas organizativas más probables del futuro movimiento de masas revolucionario de la clase obrera en nuestro país” (PCR, 1972a: 193). Estos organismos de masas contaban, a su vez, con una historia previa. Según el relato partidario, las comisiones internas y los delegados de sección se habían enraizado como institución perdurable durante el peronismo y eran la expresión de la organización proletaria en la empresa. Como tal, constituían un lugar donde el obrero no sólo podía tomar conciencia de su condición de explotado, sino también de productor directo, cuyo desarrollo era obstaculizado por la propiedad privada de los medios de producción. A partir de ello, se trataba de una instancia en la que, con ayuda de la vanguardia política, el obrero podía transformarse en comunista.

En este esfuerzo por inscribir estos organismos como eslabón clave en las luchas del movimiento obrero, dicha reconstrucción remarcaba que las comisiones internas habían sido la base de la resistencia obrera durante las luchas de 1954 y luego contra la Revolución Libertadora y el gobierno de Frondizi. Ya hacia 1968 se habían extendido las “comisiones obreras de lucha”, que buscaban ser representativas del conjunto de los

trabajadores. Cuando se abrió con el Cordobazo el auge de luchas, que para el PCR no tuvo parangón en la historia argentina a excepción del período 1918-1921 y en 1936, las puebladas y conflictos obreros, estudiantiles y populares habrían demostrado que se podían arrancar concesiones a la dictadura, fortaleciendo la combatividad de estos sectores, al tiempo que se avanzaba en la acumulación de fuerzas revolucionarias. Entre esas luchas se destacaban las que hemos analizado hasta aquí: las puebladas de 1969-1971, desde el Correntinazo y el Cordobazo al Viborazo, las luchas de los Talleres Municipales en la Capital Federal, la huelga larga del SMATA, El Chocón, las ocupaciones de Perdriel y la experiencia de los sindicatos de FIAT. El programa de este último, aprobado por los cuerpos de delegados, se valoraba como si se hubiera tratado de la expresión más elevada del grado de conciencia que sectores de la clase obrera adquirirían en base a sus propias experiencias y a la potente influencia del clasismo.

Un aspecto relevante a destacar, común a todas las operaciones de legitimación de este partido -que a su vez se profundizaría con la adhesión al maoísmo-, es que en torno a esta cuestión también se colocaba a “las masas” como la fuente de inspiración y de validación de la línea política que esgrimía el partido que pretendía dirigir las. La frase de cuño maoísta “de las masas, a las masas” condensa esa orientación, en tanto el PCR sostuvo que fue el propio movimiento espontáneo de las masas el que aportó estas formas organizativas que la pretendida vanguardia debía sintetizar y generalizar. Desde la óptica del comunismo revolucionario, estas instancias de participación y discusión, concebidas en perspectiva como embriones de “consejos obreros” o “soviets”, no eran una propuesta externa, introducida desde fuera. Por el contrario, se consideraba que habían emergido de las propias prácticas y experiencias de “las masas” y habían logrado arraigarse en la historia de lucha del movimiento obrero argentino.

Por esa razón, la estrategia y actuación de la vanguardia debían orientarse en torno a esas instancias para que estas empalmaran con el auge de luchas y se transformaran en “organismos de poder revolucionario”. Es decir, no solamente constituían una herramienta para el protagonismo de las bases en una coyuntura determinada y frente a reivindicaciones gremiales y políticas, sino que eran embrionariamente la “*institución específica de la dictadura del proletariado* [resaltado en el original]” (PCR, 1972a: 194). De ese modo, el partido se presentaba a sí mismo como intérprete de esas masas a las que buscaba dirigir hacia una síntesis superadora de sus propias prácticas organizativas.

Asimismo, los procesos de Perdriel y de SITRAC-SITRAM, en particular, habían mostrado la vinculación entre la lucha política y la económica, así como el umbral de alianzas con el movimiento estudiantil y popular, lo cual demostraba la posibilidad, a ojos del PCR, de la creación de un bloque de fuerzas revolucionarias. Esto lo enfatizaba para polemizar con el PC, al que consideraba estandarte de una política “reformista” que reducía a las comisiones internas como meras estructuras sindicales circunscriptas a lo reivindicativo, que no debían radicalizarse sino desplegarse en función de la construcción de un frente de “amplia coalición democrática”.²¹²

Los otros contendientes con los que se polemizaba explícitamente eran las organizaciones guerrilleras. A estas, nuevamente agrupadas bajo una misma caracterización al margen de cualquier distinción entre ellas, se les imputaba, al igual que al PC, una concepción del sindicato como mero instrumento de la disputa económica y reivindicativa, ya que en estos casos la lucha revolucionaria por el poder sería patrimonio exclusivo del “organismo clandestino y del selecto grupo de combate” (PCR, 1972a: 194). Estas diferencias revisten importancia en tanto conforman el espectro con el cual el comunismo revolucionario disputaba la corriente clasista. En ese sentido, identificaba tres fuerzas en pugna: la “populista-reformista”, la “populista-militarista” y la “marxista-leninista”, en la cual, desde luego, se ubicaba. Especialmente en polémica con las organizaciones guerrilleras y su influencia dentro del propio partido, el PCR sostenía que la actual “etapa de trabajo revolucionario en la Argentina es una etapa de lucha *política* [resaltado en el original], (...) en la que la forma de acumulación revolucionaria es *política*” (PCR, 1972a:198).²¹³

Esta aseveración implicaba descartar de cuajo acciones armadas al estilo de las llevadas a cabo por las corrientes guerrilleras. Pero, a la vez, puede inferirse en ella un cierto reconocimiento implícito: la perspectiva partidaria no debía depositar sus expectativas en que las luchas obreras persistieran con un repertorio violento como había ocurrido en Perdriel, sino que la tarea central debía pasar en todo caso por

²¹² Para el comunismo revolucionario, la política sindical del PC se enmarcaba en la coexistencia pacífica impulsada por la URSS y su estrategia de poder consistía en “la conquista del gobierno por un frente amplio, con objetivos nacional-burgueses y reformistas, encabezados por una supuesta burguesía 'progresista' a la que debe acompañar, sin movimientos que la espanten, la clase obrera” (PCR, 1972: 195). Esto explicaba, a ojos del PCR, por qué el PC habría buscado mantener las luchas dentro de límites “reformistas”.

²¹³ La polémica con el “guerrillerismo” seguía siendo una cuestión tan candente dentro del PCR que en el II Congreso se criticó el propio “Informe militar” elaborado a comienzos de año, porque se sostuvo que en él se expresaron formulaciones vinculadas al “militarismo” derrotado en el I Congreso. Desde ese punto de vista, se enumeraron los “errores” y se planteó la necesidad de dejar de emplear el término “propaganda armada” como una forma de eliminar cualquier vestigio de “militarismo pequeñoburgués” y reforzar la necesidad de la acumulación política de fuerzas en el período en curso (PCR, 1972: 323-325).

transformar esos grados de conciencia y combatividad de sectores obreros industriales en fuerza organizada política y sindicalmente. Es claro que en aquel momento la discusión en torno a la apertura electoral con el GAN, y en particular las esperanzas mayoritarias en un regreso de Perón al gobierno o al poder, atenuaron la virulencia que adquirieron los conflictos. No se trataba tanto entonces de producir “nuevos perdríeles”, sino de organizar frentes amplios y de perfil “clasista y combativo” que fueran capaces de ganar delegados, comisiones internas y la dirección de sindicatos importantes.

En todo caso, esto no implicaba negar la posibilidad del ejercicio de la violencia o del surgimiento de nuevos levantamientos, ya que el sostenimiento de la consigna “ni golpe, ni elección: insurrección”, anclada a raíz de la fuerza que habían adquirido las puebladas de aquellos años, daba cuenta de la cercanía con la que el PCR en aquel momento proyectaba en su horizonte de expectativas una situación revolucionaria en la Argentina. Asimismo, esta definición de “acumulación política” implicaba la necesidad de desarrollar estas instancias concebidas como consejos obreros, articulándolas con la acción de la vanguardia²¹⁴ y “propagandizando” la idea de que estos constituyeran “organismos de poder” que hicieran posible la organización de la “violencia de masas”.

Desde ese punto de vista, en el marco del “camino de la revolución” formulado por el PCR, el despliegue de estas instancias se concebía estrechamente ligado a la formación “oportuna”, es decir no inmediata, de “milicias obreras y populares” (PCR, 1972a: 197). Estas, junto con los sectores militares que se volcarían del lado del pueblo, serían la base del “ejército revolucionario” que haría posible el “asalto insurreccional al poder” (PCR, 1972a: 198). Como puede verse, a diferencia de las organizaciones guerrilleras, en el PCR el momento de confrontación estrictamente militar se proyectaba hacia un futuro más o menos cercano, pero definitivamente no se lo consideraba plausible para la coyuntura inmediata.

Esta estrategia, entonces, demandaba orientar los esfuerzos del partido hacia las principales empresas de concentración del proletariado industrial. En ese camino, la “Coordinadora de Agrupaciones Clasistas Primero de Mayo” debía aportar al desarrollo de una red de comisiones internas y sindicatos que pudieran constituir una “alternativa revolucionaria” en el movimiento sindical (PCR, 1972a: 201). Esto se consideraba posible si se apuntaba a la “fusión” del comunismo revolucionario con la clase obrera a

²¹⁴ Al respecto de la importancia de un partido revolucionario y su ligazón con los comités obreros, el II Congreso planteó: “Hubo soviets y consejos de fábrica en muchos países luego de la Revolución Rusa. Pero la revolución triunfó solo en donde existía una vanguardia sólidamente organizada, experimentada, fogueada en la lucha contra el reformismo, y con una línea estratégica y táctica adecuada a las condiciones particulares del país en cuestión, como sucedió precisamente en Rusia” (PCR, 1972: 197).

través de la conformación de células partidarias en dichas empresas, articuladas con la agrupación que debía proponerse la “recuperación” de los sindicatos. Para ello, debía evitarse el “paternalismo que pretende suplantar a la clase” y el “espontaneísmo que no busca prepararla” para la recuperación sindical y el socialismo (PCR, 1972a: 203). A ojos del PCR, esto implicaba centralmente desarrollar la democracia sindical, organizando en el seno de las masas el ejercicio de la violencia.

Desde esa perspectiva, lo fundamental era la disputa por la hegemonía en las comisiones internas y los cuerpos de delegados. En ese sentido, el comunismo revolucionario sostenía la importancia de conquistar posiciones en este, ya que entre ser activista y ser delegado la diferencia radicaba en “considerarse dirigente” a “ser considerado dirigente”. El cuerpo de delegados posibilitaba la expresión de las opiniones de las masas y el control por parte de estas de lo que se decidía y se hacía. A la vez, era una escuela de formación y selección de dirigentes, “en tanto la masa puede ir visualizando opiniones, actitudes y conductas, y aplazando o aprobando para mayores tareas” (Fierro y Rearte, 1973: 73-74).

Producto de estas experiencias, se condensaron los lineamientos principales de esta estrategia en las “Resoluciones” del III Congreso partidario (PCR, 1974a), realizado el 2 y 3 de marzo de 1974, cuando la influencia del maoísmo, tal como veremos en la Tercera Parte, se volvió hegemónica. Los cuerpos de delegados, en tanto “organismos populares de lucha” (válidos tanto para la organización obrera, estudiantil y del “campesinado pobre y medio”) constituían la forma organizativa, “profundamente democrática, que encontraron las masas en sus combates históricos de estos años” (PCR, 1974a: 85). Por ello, el partido debía apoyarse en esas organizaciones directamente ligadas a las masas, en tanto posibilitaban “unificar y profundizar la lucha popular revolucionaria”, “facilitan la hegemonía del proletariado” y “permiten organizar las fuerzas armadas populares” (PCR, 1974a: 85). En ese sentido, en este congreso se planteó nuevamente la importancia de concebir la “lucha armada de masas” y se sostuvo que practicar “la línea de masas” implicaba “partir de lo que las masas son en concreto, de sus problemas, sentimientos, estados de ánimo, del conocimiento histórico de los procesos y sus características y no de lo que deseáramos que fueran” (PCR, 1974c: 135).

Sobre la base de haber logrado conformarse como vanguardia reconocida de los mecánicos cordobeses a través de formar y encabezar el MRS-Lista Marrón, el PCR atribuía el acierto a una “justa línea de masas” que había partido de las necesidades,

sentimientos y experiencias de esos obreros. En particular, sostenía que la “recuperación para el clasismo” de los gremios y de las CGT regionales implicaba, como primer paso, la disputa por los cuerpos de delegados y comisiones internas, promoviendo “la más amplia unidad”, “uniendo a la mayoría contra el enemigo principal y pugnando en ese proceso por una línea clasista” (PCR, 1974a: 54). Se insistía en la importancia de que esa hegemonía se resolviera políticamente y no administrativamente, de forma “sectaria”. Esto implicaba no caer ni en la pretensión del “oportunismo de derecha” de dejar estáticos los puntos de acuerdo iniciales, ni en la del “oportunismo de izquierda” de sectorizarlos, al margen de “los sentimientos y aspiraciones de las masas” (PCR, 1974a: 55). A ojos del comunismo revolucionario, justamente la recuperación de los cuerpos de delegados y comisiones internas en los grandes centros industriales de concentración obrera conformaba el “eslabón fundamental” (PCR, 1974a: 55) para avanzar en el “camino de la revolución” en la Argentina.

Según Horacio Crespo²¹⁵ (2009), estos lineamientos acerca de los cuerpos de delegados se emparentaban con las preocupaciones teóricas y políticas sostenidas en aquel momento por José Aricó al respecto de los consejos obreros y el protagonismo de los trabajadores; de hecho, estas fueron planteadas por el intelectual cordobés en el Prólogo a una selección de textos de Antonio Gramsci sobre esta problemática en el primer número de la segunda época de *Pasado y Presente*.

Otto Vargas (comunicación personal, 15 de diciembre de 2015) sostuvo algo similar:

La línea que impulsamos con Salamanca tiene un secreto en cuya elaboración tiene mucha participación Aricó... Cuando empezamos a trabajar todo esto de los cuerpos de delegados y su relación con la futura conformación de soviets, lo visité a Pancho [José Aricó] porque él estaba al tanto de lo último y le dije: 'decime, ¿qué me puedes dar? ¿Qué es lo último que hay sobre el problema de los cuerpos de delegados?', y agarró una escalerita y me dio un libro en italiano sobre los cuerpos de delegados, el papel de los delegados y de los consejos de fábricas.²¹⁶

En una palabra, el PCR había hecho de la propuesta y desarrollo de los cuerpos de delegados el vértice de su estrategia de inserción en el movimiento obrero; esta, con

²¹⁵ Había confluído en el PCR a partir de un grupo ligado a José Aricó. Su testimonio es relevante porque en el período que analizamos era el secretario de organización del PCR cordobés.

²¹⁶ Si bien no contamos con elementos para aseverarlo, el libro en cuestión podría tratarse de “Consejos Obreros y Democracia Socialista” (AAVV, 1972) editado por los Cuadernos de Pasado y Presente. Las influencias de José Aricó y Antonio Gramsci en el PCR constituye un interrogante significativo para futuras indagaciones.

sus respectivas prácticas políticas, se pondría a prueba en el primer período del comunismo revolucionario a la cabeza de la conducción del sindicato de mecánicos.

La dirección del SMATA y los cuerpos de delegados (1972-1974)

A la par del triunfo de La Marrón, durante el mes de abril también se produjo la reelección de Atilio López y Agustín Tosco, aún preso en la cárcel de Rawson, al mando de la CGT cordobesa. Al tiempo que el dirigente de Luz y Fuerza fue liberado en septiembre y retomó su cargo como secretario adjunto, Salamanca fue elegido por unanimidad por el plenario de la CGT como secretario gremial. Como destaca Ortiz (2015), esta configuración “clasista y combativa” de la CGT regional expresó, hasta 1974, una “cultura revolucionaria” en el mundo sindical cordobés.

En ese marco, la nueva conducción del SMATA dispuso una serie de normativas de acuerdo a los puntos programáticos impulsados durante la campaña: rotación de los integrantes de la comisión directiva entre la función gremial y su puesto en la sección; el establecimiento de la asamblea como órgano máximo de decisión, habilitada para la revocación de mandatos; el saneamiento y transparentamiento de las cuentas del sindicato y la renuncia a viáticos para directivos; entre otras (Ortiz, 2015).

Es significativo destacar que el protagonista de este proceso, René Salamanca, era hasta ese momento una suerte de incógnita dentro del sindicalismo cordobés, en el sentido de que, a partir de su filiación secreta al PCR, era disputado como propio por distintas corrientes. De hecho, Araujo (comunicación personal, 20 de enero de 2022) recordó que “a Salamanca lo conocimos como propio cuando se ganó el SMATA, Antonio dijo 'ese hombre es nuestro’”.

Una de las primeras decisiones que impulsó Salamanca, por orientación de César Álvarez (“Antonio”), fue que nadie “de afuera” pudiera participar dentro del sindicato. Esto implicaba en concreto que, para participar de reuniones y asambleas, se debía ser trabajador mecánico y afiliado al gremio. Más allá de que en relación con conflictos más amplios se tendieran puentes para coordinar con otros sectores, se buscaba de este modo resguardar las instancias democráticas del sindicato. Esta decisión constituyó un cambio brusco y trazó una línea divisoria con la experiencia de SITRAC-SITRAM en la que la presencia en las asambleas de estudiantes y activistas de izquierda, entre ellos los del PCR, había derivado en una falta de protagonismo de los propios obreros, según el balance de distintas fuerzas. De las asambleas del SMATA, entonces, ahora sólo podían participar afiliados.

Esto despertó un debate significativo, incluso dentro de la propia dirección del PCR cordobés. Según Araujo (comunicación, personal, 20 de enero de 2022), dentro del núcleo de dirección, había un sector conformado por César Álvarez, René Salamanca y Gerardo Luna, otro por Agustín Funes y otro por Horacio Crespo, con distintas posturas. Para Funes, la decisión del SMATA era autoritaria y mellaba la unidad obrero-estudiantil que se había manifestado en las luchas más importantes de esos años; para Álvarez era una medida necesaria para garantizar el protagonismo de las masas obreras.²¹⁷

Otra de las cuestiones que atravesaron este proceso fue que el PCR, si bien retenía los principales cargos en la comisión directiva, era minoría en ella desde el punto de vista de la composición política de la misma. Como señala Luna (Ludueña, 1978), “nosotros ganamos la dirección de un gremio con el secretario de célula de ese gremio. De pronto ese hombre tiene que pasar a ser el secretario de 10.000 obreros mecánicos. En el Partido tan chiquito que teníamos allí, de pronto cada uno de sus integrantes pasa a tener cargos de dirección sindical” (p. 170).

Si bien en los cuerpos de delegados podían predominar posiciones impulsadas por el comunismo revolucionario, estas eran resistidas por otros sectores de La Marrón. Según Luna (Ludueña, 1978), “habíamos llegado a un momento tal... de un cerco donde nos habían neutralizado, donde Salamanca no podía hacer nada sin el voto unánime de la Comisión Directiva del Sindicato” (p. 171). Frente a esto, los militantes del PCR en la conducción del gremio impulsaron el funcionamiento de la comisión directiva con la participación de las comisiones internas y del cuerpo de delegados, como se había planteado en el programa de La Marrón y como una manera de neutralizar la acción de las fuerzas disidentes dentro de la conducción.²¹⁸ Frente a

²¹⁷ Más allá del debate interno, testimonios dan cuenta de que se trataba de una decisión con mucho respaldo, ya que la participación de estudiantes en la experiencia de SITRAC-SITRAM había sido vista como negativa por un amplio espectro de trabajadores.

²¹⁸ Según Roque Romero (comunicación personal, 14 de mayo de 2022), “nosotros por estatuto del gremio podíamos incorporar los vocales a la comisión directiva, que son parte de la comisión directiva, pero podíamos hacer reunión del Ejecutivo; además de los secretarios, nosotros incorporamos vocales y luego incorporamos a los delegados congresales. Después invitábamos a los que eran miembros de la comisión interna, que eran elegidos por los delegados. Se elegían cinco o seis delegados dentro del cuerpo de delegados que son los que dirigen al resto, para que frente a un conflicto sean la cabeza para resolverlo”. Según el testimonio, este mecanismo les servía para neutralizar la acción “opositora” de los sectores con los que compartían la conducción del gremio. De ese modo, esto “les impedía plantear cosas porque después quedaban mal parados (...) Por ejemplo vos decías: 'Vamos a hacer una asamblea'. Ellos decían: 'No, ¿para qué tantas asambleas?'. Estaban siempre tirándose para atrás, buscando que seas un sindicato economicista. Te decían: 'Esto es un sindicato, no un partido político'. Todo ese pensamiento retrógrado. Si vos estás en un sindicato es para hacer participar a la gente. Es para que tenga democracia y tenga participación. Todos esos tipos de frenos nosotros los resolvimos de esa manera”.

decisiones importantes, el gremio convocaba a los delegados de las distintas empresas y de los diferentes turnos, para lo cual estos podían abandonar una hora antes la fábrica y asistir al sindicato. Generalmente, las reuniones de la comisión directiva con el cuerpo de delegados de todo el SMATA rondaba los quinientos participantes (sólo Santa Isabel tenía más de 400). Luego esas decisiones se refrendaban en una asamblea general, que usualmente se realizaban en el club Córdoba Sport para que cupieran entre cinco mil y seis mil obreros. Según Roque Romero (comunicación personal, 14 de mayo de 2022), “eso nos favorecía a nosotros enormemente, cuanto más democracia, mejor para nosotros, porque los otros eran pequeños grupos pero se juntaban y entre todos eran mayoría, pero si vos vas democratizando... Esa era la preocupación urgente de Salamanca: democratizar cuanto antes y enfrentar lo que se venía”.

Estas prácticas de democracia sindical fueron el eje central de la organización obrera en el SMATA de Córdoba a lo largo del período analizado. En ese sentido, uno de los rasgos distintivos de esta etapa del SMATA tuvo que ver con el respeto a la democracia sindical, es decir cómo se impulsaba desde el gremio la elección democrática de delegados sin intromisión y buscando que fueran realmente representativos de su sección.²¹⁹ Se ha destacado en los testimonios de la época no sólo la conquista de beneficios económicos, sino también una dimensión política ligada a la experiencia práctica y a la intensidad sin precedentes de la participación obrera en la vida sindical (Ortiz, 2015). Otro aspecto característico fue la solidaridad del conjunto ante cada conflicto puntual, tal como ocurrió con los despidos en Grandes Motores Diesel (todo el SMATA efectuó un quite de colaboración y se realizó una asamblea de 4.500 obreros reclamando la solidaridad de FIAT y la CGT regional) o con los reclamos por insalubridad en forja (Ortiz, 2015).²²⁰

Al ganar la conducción del SMATA, el primero en ejercer la rotación y trabajar en la planta fue el propio Salamanca. Aprovechó esa situación, alargándola de tres a cinco meses en su caso, orientando sus esfuerzos a que se eligieran delegados en todas

²¹⁹ Según el testimonio de Roque Romero (comunicación personal, 14 de mayo de 2022), una vez ganadas las elecciones, “la primera tarea coyuntural fue volver a la fábrica y empezar a hacer elecciones de delegados en todos los rincones de la fábrica. Sean opositores, sean de lo que sean. Pero después les pusimos condiciones: que para ir a las reuniones de cuerpos de delegados tenías que venir con mandato de las secciones que representás. Y bueno, ese era uno de los mecanismos”.

²²⁰ Sobre la lucha en torno a la insalubridad, Romero (comunicación personal, 14 de mayo de 2022) recuerda que “el primer tema que nosotros pusimos, que hacía años la empresa junto con el gremio miraban para otro lado, era sobre los destacamentos insalubres. Sobre todo en forja, pintura, galvanoplastia... lugares donde había obreros que duraban cinco o seis años: después ya se tenían que ir de las fábricas por la insalubridad. Y ahí ya nos pusimos como primer medida luchar por las seis horas en las zonas insalubres.”

las secciones. Esto contribuyó a fortalecer la presencia de delegados que empalmaban con las posiciones del PCR y desde allí se buscó disputar el rumbo de las decisiones y la articulación con la comisión directiva. Si bien se ajustaba a los preceptos de la línea partidaria, el empuje a los debates en esa instancia de democracia sindical también, como hemos visto, puede verse como una táctica del PCR para prevalecer sobre los otros sectores en la conducción, imponiendo medidas amparadas en las decisiones de los delegados y a través de ellos en “las masas” como fuente de legitimación. Esto, a su vez, fue fortaleciendo la presencia de delegados de base peronistas, a la par que permitía intentar “arrastrar” a los activistas; la orientación de la que se partía rezaba que “para dirigir al activo, hay que dirigir al conjunto de las masas” (Ludueña, 1978: 172).

El PCR entendía que una “línea de masas” implicaba “escuchar la opinión de hasta el último compañero” y no “encandilarse” con la de los más activos. En ese sentido, Romero (comunicación personal, 14 de mayo de 2022) planteó que

...nosotros teníamos que llegar hasta el obrero aquel que no habla. ¿Qué significa eso? Viste que hay una sección... en la sección nos vemos todos los días, nos conocemos, y es muy fácil que haya uno que cuando hay una reunión de sección sea el que siempre habla (...) y hay otros que no hablan. Entonces el delegado tenía la función de preguntarle a ese que no habla qué opinaba y lo hacías participar, y cuando participa ya después se anima y llega al gremio.

Esta perspectiva también implicaba la búsqueda de cercanía de los dirigentes con las masas como mecanismo que contribuyera a evitar la burocratización o el divorcio con los sectores a los que se debía representar. Al respecto, Roque Romero (comunicación personal, 14 de mayo de 2022) señaló:

¿Te imaginás para ese obrero que nunca vio un burócrata repartiendo un volante lo que era ver a René ahí volanteando a las seis y media de la mañana? (...) ¿Sabés lo que significaba eso para un obrero, ver y poder hablar con el secretario general? Son todos detalles, todas esas cosas en las que siempre insistía Salamanca. No hay que olvidar que, cuando se daba el fallecimiento de algún pariente o la mujer de algún obrero de las fábricas, los dirigentes teníamos que ir al velorio, era importantísimo eso para la relación con el obrero. Cubríamos todo tipo de detalles...

La búsqueda de delegados de base, muchos de ellos identificados con el peronismo, fortaleció la cercanía entre el PCR y el PB en el SMATA. Según el recuerdo de Araujo (comunicación personal, 20 de enero de 2022), “nosotros en esa etapa junto con el Peronismo de Base tuvimos infinidad de luchas juntos, era el sector más cercano (...). Con VC teníamos contacto y amistad, incluso con sectores del PC teníamos

buenos vínculos, pero el debate político hacia las masas era en unidad con el Peronismo de Base”.

Sin embargo, Roque Romero (comunicación personal, 14 de mayo de 2022) brindó otra versión de ese vínculo:

...no sé si era tan buena la relación porque el Peronismo de Base fue una vez a una reunión del MRS y no quiso agarrar cargos; nosotros les dijimos que estábamos en la lucha por conseguir gente y ninguno del PB quiso agarrar ningún cargo... Sí es cierto que hablamos con todas las fuerzas que había dentro del movimiento obrero, pero ellos [los militantes del PB] se dan el lujo de decir: 'Nosotros y el PCR recuperamos el SMATA'... ¿Cómo van a decir eso si no tuvieron ninguno del PB dentro de la dirección del SMATA?

Por su parte, el PB, al menos hacia 1971, es decir antes del triunfo electoral, no parecía ponderar especialmente su relación con la agrupación “Primero de Mayo”; consultado explícitamente al respecto, un delegado de base del SMATA y referente de PB (*La Comuna*, 1971) sostuvo que desde su agrupación “26 de julio” participaban del MRS junto a “todas las tendencias, donde entra la 1o. de Mayo y nosotros y los Socialistas de Base”, ya que para derrotar al torrismo era necesario “aunar fuerzas sin distinciones ni sectarismos” (p. 5).

Consultado Roque Romero acerca de cuál era entonces el sector más cercano a la “Primero de Mayo” y cómo era la relación con los delegados de base peronistas, el entonces secretario adjunto del SMATA sostuvo que “nosotros apuntábamos centralmente a hacer alianzas con el peronismo pero de los trabajadores... Queríamos ganarle el corazón a esa masa, porque vos les ganás el corazón a esas masas y ya es otra cosa...”. Según su testimonio, había “muchos peronistas que decían 'yo soy peronista pero salamanquista', había radicales que decían 'yo soy radical pero salamanquista', así era el sentimiento que había” (R. Romero, comunicación personal, 14 de mayo de 2022).

Uno de los primeros desafíos que tuvo la nueva conducción del SMATA fue la lucha por las paritarias y el convenio de trabajo a lo largo de 1972, discutido en un cuerpo de delegados que llegó a tener más de quinientos miembros. Este proceso de discusión consolidó el liderazgo de Salamanca. Según Luna (Ludueña, 1978), el día que se ganó el convenio “la empresa entregó todo” y “fue una consagración nuestra, como dirigentes de toda esa masa” (p. 174).²²¹ De cara a la discusión de paritarias, que

²²¹ En el contexto de la lucha por paritarias y condiciones de trabajo, con una comisión directiva en la que eran minoría, Romero destacó el desafío que implicó y señaló que “ahí se mostró la habilidad de cuadro que significaba René Salamanca (...). Y le ganó el corazón [a los mecánicos] no sólo usando una táctica totalmente diferente a la que utilizaban los burócratas, que te llevaban a la lucha, te sacaban a la calle, te

comenzó en 1972 y se extendió hasta principios de 1973, se impulsó el debate desde las instancias colectivas de participación y el SMATA conquistó el aumento salarial más alto en aquel momento, cercano al 42,5%, porcentaje elevado en relación con el 30% obtenido por otros gremios (Ortiz, 2015). A la vez, el aumento involucró al conjunto de las fábricas y no sólo para las más importantes, como las de Renault. En ese sentido, Ortiz (2015) señaló que, a partir de los resultados de las paritarias, el proceso “quedó registrado en las memorias como cambios sustanciales generados por el MRS. No sólo por los logros en sí mismos, sino por la forma en que esos reclamos fueron formulados, generados a partir de las necesidades de los trabajadores” (p. 203).²²²

La apertura electoral en marzo de 1973 produjo un cimbronazo político, del que el movimiento sindical cordobés no estuvo exento. Por primera vez en 18 años, el peronismo, bajo la fórmula encabezada por Héctor Cámpora, podía participar en las elecciones. En ese contexto, el PCR se manifestó abiertamente a favor del voto en blanco. Según Crespo (2009), la dirección cordobesa mocionó en el Comité Central del PCR el voto al FREJULI, pero la propuesta fue derrotada y se acató disciplinadamente la decisión nacional.²²³ La concesión que se obtuvo fue la de apoyar a la fórmula peronista en la provincia: Ricardo Obregón Cano gobernador y Atilio López vicegobernador.²²⁴

En el Capítulo 6, profundizamos en las caracterizaciones del comunismo revolucionario acerca de Perón y su movimiento, pero aquí nos interesa señalar que se trató del primer choque de la dirección del gremio con las masas de mecánicos, en su

hacían golpear con la policía y luego iban a los despidos. Después terminaban peleando por los despidos y el salario se ajustaba a la conveniencia de la empresa y del dirigente burócrata. Nosotros hicimos al revés: trabajo a reglamento dentro de la fábrica, lo cual golpeaba esencialmente a la producción. Eso nos llevó tres meses de lucha. Pero la empresa después tuvo que venir y pedimos una reunión porque quería arreglar (...) De esa manera los tipos arreglaron con nosotros. Y creo que ese fue el punto de inflexión en el cual René pasa a ser el líder de los mecánicos de Córdoba” (R. Romero, comunicación personal, 14 de mayo de 2022).

²²² En el modo en que se encaró este proceso de lucha, puede entresverse la concepción de “clasismo” con el que el comunismo revolucionario desplegaba sus prácticas. Al respecto, Romero (comunicación personal, 14 de mayo de 2022) sostuvo que “eso también era una expresión de la militancia desde ese clasismo que protagoniza la gente, porque el clasismo es producto de la clase obrera en lucha”. En polémica con la experiencia de SITRAC-SITRAM, planteó que “el clasismo vos lo podés alentar con una línea de masas hacia un clasismo revolucionario, o lo podés abortar, como hicieron en FIAT. Los dirigentes se preocuparon más por elaborar un programa político y se fueron olvidando de que la gente te elige para que vos les resuelvas los problemas. Y si vos te despegás siempre están los de la patronal y los de la derecha viendo dónde te equivocás y en qué momento te olvidás de la masa. Y te dan un golpe, que es lo que pasó en FIAT, que no supieron responder frente al despido de dirigentes y una cantidad de obreros, y no les dieron respuesta. Porque estaban aislados de las masas. Y eso es por línea política”.

²²³ Tanto en las elecciones de marzo de 1973 como en las de septiembre en las que triunfó la fórmula Perón-Perón, el PCR llamó a votar en blanco públicamente.

²²⁴ Cabe señalar que la elección de López como vicegobernador favoreció la visibilidad y fuerza de los reclamos obreros; de hecho, el cuerpo de delegados y la comisión ejecutiva del SMATA se entrevistaron con él por cuestiones de seguridad industrial y demandando una legislación que los ampare.

mayoría identificadas políticamente con el peronismo. Allí se manifestó una gran contradicción entre la legitimidad del liderazgo de Salamanca en las cuestiones de política sindical y sus posicionamientos partidarios en el escenario nacional.

Roque Romero (comunicación personal, 14 de mayo de 2022) se manifestó especialmente crítico de aquella posición: “creo que en vez de aconsejar que voten en blanco tendríamos que haber dicho 'el que es peronista que vote al peronismo, voten lo que se les dé la gana' (...). Salamanca podría haber dicho 'bueno, yo voy a votar en blanco, ustedes voten...!', pero no, él llamaba a votar en blanco”. Esto produjo una contradicción con las bases peronistas que apoyaban la dirección de Salamanca. Según Romero (comunicación personal, 14 de mayo de 2022), “la gente se lamentaba, decían 'cómo no es peronista este que tenemos acá porque es buen tipo... siempre tuvimos uno que decía que era peronista pero después nos cagaba y este que dice que no es peronista nos demostró que es buen tipo’”. Para el secretario adjunto del SMATA, la decisión del PCR a nivel nacional era “pasada” en el sentido de demasiado corrida hacia la izquierda: “esa fue la política a la que nos iban llevando, que fuéramos más al 'ultrismo', más a la izquierda, cosa que te vas desbarrancando y vas al muere” (R. Romero, comunicación personal, 14 de mayo de 2022). Según su testimonio, pudieron sortear esa contradicción gracias al apoyo y la referencia que a pesar de todo tenían las bases peronistas con el liderazgo de Salamanca.

Las declaraciones públicas de Salamanca dieron cuenta de cómo, si bien había defendido la posición del PCR de votar en blanco, ponderaba el triunfo del FREJULI en las elecciones del 11 de marzo.²²⁵ En un reportaje en abril de 1973, Salamanca sostuvo que “Para la clase obrera y el pueblo, yo creo que [las elecciones] significan un paso adelante en las luchas que tiene el movimiento obrero contra la burguesía, contra los monopolios que están en el país. Un paso como fueron el Cordobazo y el Viborazo. Esto va posibilitando un mayor nivel de conciencia porque, a pesar de que se ha abierto una expectativa en torno al FREJULI, nosotros somos conscientes que es sólo un paso más adelante y que la lucha continuará...”, aunque subrayó que “Las soluciones no van a venir de arriba, las soluciones no las va a poder aportar Cámpora, sino que las mismas van a venir sobre la base de las grandes movilizaciones obreras”, ya que consideraba

²²⁵ Como veremos en el Capítulo 6, el PCR también modificó su valoración del triunfo electoral luego de haber sostenido la posición de votar en blanco.

que en la Argentina de 1973 estaba planteado “el poder para la clase obrera” (*Posición*, 1973: 5-6).²²⁶

La dirección nacional del SMATA, en manos de Dirck Kloosterman, aprovechó la situación para lanzar una campaña de desprestigio contra el díscolo secretario general de la regional cordobesa. Según la reconstrucción de Luna (Ludueña, 1978), Kloosterman “se vino con 200 matones a sacarnos a las patadas del sindicato. ¡Con todo, eh! Y ocurrió lo insólito, y es que la masa salió en defensa de Salamanca y echó a patadas a los matones. Pero ¡patadas, patadas, eh! Algunos fueron al hospital. Y recuerdo que nosotros no participamos, fue la masa” (p. 175).²²⁷ Frente al ataque de Kloosterman contra el sindicato, Salamanca sostuvo: “creemos justa la violencia para responder a las provocaciones”, ya que

Así lo entendió el conjunto de los trabajadores mecánicos que hizo abandono de planta esa misma noche concurriendo masivamente al centro, al otro día con el paro de 11 a 4 y la asamblea general que ratificó la vigencia de la conducción y ahora con su participación en la defensa de la sede del SMATA día y noche. Esto expresa claramente nuestra posición: la violencia es justa cuando es violencia de masas. Si la gente lo entiende así, y su práctica lo confirma, es porque se siente protagonista. (*La Comuna*, 1973: 9)

Asimismo, fue muy importante el apoyo a Salamanca por parte de Agustín Tosco y Atilio López, quienes mantenían la unidad en la CGT local. De hecho, hacia agosto de 1973 y bajo la presidencia interina de Raúl Lastiri, Salamanca, desde su posicionamiento contra la “burocracia y la conciliación”, manifestó que había una “política de cerco y acoso permanente a las corrientes combativas y clasistas” de Córdoba, considerada una provincia “rebelde” y “comunista” (*La Comuna*, 1973: 9). De hecho, denunció un “plan orquestado por López Rega, Osinde, Rucci y Cía., como parte de su intento de control del poder del Estado como se ha visto con el golpe contra Cámpora” que se había “lanzado en un ataque directo y a mano armada contra el SMATA, Luz y Fuerza y la sede de la CGT” (*La Comuna*, 1973: 9). Para el secretario general del SMATA, esto evidenciaba “una línea divisoria cada vez más acentuada entre ese sector de derecha que está a nivel de gobierno y los sectores combativos y revolucionarios del peronismo”, por lo cual se hacía cada vez más necesaria la unidad

²²⁶ *Posición*, dirigida por Eugenio Pettigiani (militante del PRT-ERP) fue una revista local que se editó entre 1972 y 1974 y se distribuía únicamente en la ciudad de Córdoba. Hacia abril de 1973 se definía como “el órgano difusor de todas las corrientes combativas de Córdoba”. Luego operó, junto a *Patria Nueva* y *Nuevo Hombre*, como vocero del Frente Antiimperialista y por el Socialismo (FAS) que impulsaba el PRT-ERP (Trucco Dalmas, 2019).

²²⁷ Poco después, tres días antes de la asunción de Cámpora, Kloosterman fue asesinado por las FAP.

entre “los sectores combativos y revolucionarios de dentro y de fuera del peronismo” para enfrentar a los enemigos comunes (*La Comuna*, 1973: 9).

*Las elecciones de 1974: entre el “Navarrazo” y la posición “antigolpista”*²²⁸

Si bien en el Capítulo 6 profundizaremos en esta cuestión, el III Congreso del PCR en 1974 definió la centralidad de conformar un “Frente único antiyanqui” para lograr “la unidad de acción de la clase obrera en la lucha contra el enemigo común de nuestro pueblo, por sus reivindicaciones económicas y políticas, muy especialmente por la recuperación de sus organizaciones sindicales de las manos de los jefes y burócratas al servicio de la patronal” y así consolidar el rol dirigente de la clase obrera en la “revolución *democrático-popular, agraria, antiimperialista y antimonopolista*, en marcha al socialismo [resaltado en el original]” (PCR, 1974a: 82). Según este partido, esa unidad de acción de la clase obrera exigía fundamentalmente la articulación entre los comunistas revolucionarios y las masas peronistas, en un mundo concebido ya como signado por la disputa entre dos superpotencias imperialistas, tal como veremos en el Capítulo 5. Según Luna (Ludueña, 1978), fue con esa perspectiva de “frente único” que analizaron que este se expresaba en el cuerpo de delegados: “nos damos cuenta que ahí está el frente único. Y que lo que era antagónico en ese Cuerpo de Delegados producto incluso de errores nuestros, era la falta de unidad con los compañeros peronistas” (p. 178).

Si bien aún no se había consolidado oficialmente, fue bajo esta orientación que el PCR impulsó la defensa de los delegados peronistas cuando se produjo el “Navarrazo”. Este golpe de Estado, ocurrido el 28 de febrero de 1974 y comandado por el teniente coronel Antonio Navarro, a la sazón jefe de la policía cordobesa, destituyó al gobernador y vicegobernador (Ricardo Obregón Cano y Atilio López, respectivamente) y habilitó la intervención de la provincia en manos de Duilio Brunello primero y posteriormente de Raúl Lacabanne. Ambas intervenciones se caracterizaron por la represión a las fuerzas de la “nueva izquierda” y a sindicatos como el SMATA y Luz y Fuerza, así como también ordenando la captura de sus dirigentes.²²⁹ Esta asonada fue

²²⁸ Cabe destacar que la denominación de “posición antigolpista” es una categoría nativa que el propio PCR emplea y que reviste una connotación eminentemente positiva. Con ella hacemos referencia a la defensa del gobierno peronista, aún bajo la presidencia de Isabel Perón, que propuso el PCR como forma de luchar contra el supuesto golpe de Estado que se avecinaba. Analizamos esta cuestión en el Epílogo, luego del Capítulo 6.

²²⁹ En este contexto, fueron detenidas alrededor de 86 personas, pero los más buscados, Tosco y Salamanca, eludieron la persecución; sus domicilios fueron allanados y estallaron artefactos explosivos en varios locales sindicales, incluyendo el del SMATA (Servetto, 1998).

convalidada por Perón, en un contexto de creciente enfrentamiento con Montoneros y en el marco de una ofensiva contra gobernadores considerados cercanos a la “Tendencia Revolucionaria del Peronismo”.²³⁰

Para el PCR, el golpe de Estado contra Obregón Cano y Atilio López constituyó un “anticordobazo” (*Nueva Hora*, 1974b: 3); se trató de un “ensayo general” del golpe “restaurador”, “gorila” y “proyanqui”, que dio inicio a la “contraofensiva de los sectores proyanquis y fascistas”, que hasta entonces habrían operado detrás de la “derecha peronista” y que formarían parte de “grupos parapoliciales dirigidos por la CIA norteamericana a la espera del momento de asaltar el poder civil”; en ese sentido, su objetivo sería dar un “golpe fascista a la chilena”.²³¹

En el SMATA, sectores vinculados al PC y a corrientes guerrilleras de la “nueva izquierda” propusieron la expulsión de los delegados peronistas que no repudiaran dicho golpe avalado por Perón. El PCR se opuso, planteando que esa decisión era patrimonio de los obreros de cada sección y que el debate político no se podía resolver con la expulsión administrativa de delegados que representaban a sectores de trabajadores mecánicos. En ese sentido, Gerardo Luna (Ludueña, 1978) sostuvo que

El Navarrazo –está escrito incluso- se lo adjudicamos a la CIA. Pero hacemos una defensa incondicional de los delegados peronistas. Golpeamos a todo ese 'izquierdismo'; y comienza en ese Cuerpo de Delegados a soldarse una unidad con los peronistas que posteriormente sería permanentemente jaqueada por esos sectores ultraizquierdistas (p. 179).

Esta posición acrecentó las disidencias y disputas al interior del sindicato y en el frente que lo conducía. Roque Romero (comunicación personal, 14 de mayo de 2022) lo explicó del siguiente modo:

²³⁰ Como señala Pablo Bonavena (2009), “El caso cordobés es el más impactante de todos (...). La forma que asumió, evidentemente, se correspondió con el peso y grado de desarrollo de la clase obrera local. Es evidente, asimismo, que Perón buscó un efecto ejemplificante” (p. 234).

²³¹ Aunque en el Capítulo 6 nos detenemos con mayor profundidad, cabe señalar aquí que en ese momento el PCR organizaba el espectro político en dos grandes “trincheras” conformadas por “cuatro ejércitos”. Por un lado, en la “trinchera gorila”, se ubicaría al “ejército” conformado por el imperialismo estadounidense, la “oligarquía terrateniente” y los “monopolios gorilas”, cuyo modelo era el golpe de 1955 y el de Chile en 1973; aquí se ubicaba a Navarro y a los sectores que lo apoyaron. Por otro lado, la “trinchera antiyanqui” estaría conformada por “tres ejércitos”: el del general Perón, que, si bien “forcejea”, expresaría a la “gran burguesía argentina” que “no rompe con el imperialismo y concilia con los gorilas”; el de la “burguesía prosoviética” y la “izquierda reformista”, lideradas por la Juventud Peronista y el PC (aquí ubicaba a Obregón Cano), que apostarían con el “golpismo prosoviético” a un proyecto “peruano” (en relación con el proceso liderado por el general Juan Francisco Velasco Alvarado); y el de la clase obrera “revolucionaria”, que habría estado a la vanguardia de la resistencia contra la avanzada policial en Córdoba (*Nueva Hora*, 1974b: 12). En ese marco, la convocatoria era a “evitar con la lucha un nuevo 1955”, para lo cual era necesario fortalecer el “frente único antiyanqui” y la lucha “antioligárquica”; si bien en sus filas debía incluirse a los “sectores burgueses antiyanquis, sean estos prosoviéticos o proeuropeos” y a los “sectores patrióticos y democráticos de esta burguesía”, la hegemonía debía ser de la clase obrera y las fuerzas clasistas (*Nueva Hora*, 1974b: 3).

Simplemente nosotros veíamos que era una cuestión política: si el delegado tuvo una actitud de esas [se refiere a apoyar el 'Navarrazo'] de última la que lo tiene que echar es la gente de la sección, no la comisión directiva, porque él viene en representación de su sección. Entonces no cabía que por un hecho político... aunque después nosotros teníamos una posición de cuestionar esto, porque a su vez era una cosa ilegal, un golpe contra las autoridades elegidas democráticamente.

Por su parte, frente al “Navarrazo”, el Movimiento Sindical Combativo (MSC)²³² planteó el llamado a elecciones, el enjuiciamiento y castigo al Teniente Coronel Antonio Navarro, la libertad a los presos políticos y gremiales y la formación de una CGT local elegida democráticamente. Este último punto refería a que los sectores “ortodoxos” del peronismo, ligados a las “62 Organizaciones” de Córdoba y alineados a la CGT nacional, habían acaparado el control de la central cordobesa a partir del “plenario normalizador” realizado el mismo día del golpe policial. Para Ortiz (2015), ese plenario constituyó la “bisagra del pasaje de la hegemonía sindical revolucionaria en reaccionaria” (p. 99).

A la par de este proceso, desde principios de año, La Marrón había avanzado en la conformación de una lista opositora para disputar la conducción nacional del SMATA, ahora en manos de José Rodríguez. Cuando esta alternativa se fue fortaleciendo, apareció otra lista, La Celeste, del Frente Mecánico Eva Perón de la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), ligada a Montoneros. En ese marco, para no dividir a la oposición, desde La Marrón se postuló la necesidad de una única lista y acordó con la JTP confluir en “La Celeste”, aceptando ser minoría en los cargos (cuyos candidatos se eligieron democráticamente a través de un plenario) y entregándoles las firmas requeridas como avales, que fueron recolectadas en el Gran Buenos Aires, Capital Federal y la seccional de Córdoba. Si bien había manifestado contar con la cantidad de firmas necesarias a comienzos de abril, pocas horas antes del vencimiento del plazo para la presentación de listas, la JTP sorpresivamente decidió no presentar la Lista Celeste y exigir una prórroga para conseguir las firmas que les faltaban. Frente a

²³² Este agrupamiento, liderado por Agustín Tosco, expresaba la alianza, en el seno del sindicalismo cordobés, del peronismo combativo, los radicales y la articulación con sectores de la izquierda marxista. Si bien se forjó una unidad sólida con Salamanca, el MRS y la Primero de Mayo, lo cual derivó en que suela ubicarse a Salamanca como el otro gran referente del MSC, Roque Romero (comunicación personal, 14 de mayo de 2022) aclaró que no se incorporaron al mismo, a pesar del pedido de Tosco: “éramos un gremio combativo que defendía los intereses obreros con una línea de masas (...) pero eso no significaba que estuviéramos en un grupo en el que quien dirigía era Tosco (...). Nosotros le dijimos que nos íbamos a unir, pero que nos íbamos a unir en la lucha, no para hacer un sello para que después vaya a negociar todo para tal conflicto, tal otro. Nosotros nos unimos, si tenemos conflicto salimos a la calle, resolvemos o peleamos. Y ahí se ve, de acuerdo a la magnitud del conflicto, que los otros gremios se unan. Así entendíamos nosotros la unidad”.

esta situación, La Marrón planteó presentar la lista como estaba y al mismo tiempo exigir la prórroga, alternativa que fue rechazada por la JTP y finalmente la lista opositora no se presentó.²³³

Luego, en el mes de mayo, atravesadas por el difícil contexto posterior al “Navarrazo”, se realizaron las elecciones en el SMATA de Córdoba. La Lista Marrón sufrió modificaciones en su composición: varios sectores que habían conformado originalmente el MRS se alejaron. El Peronismo Descamisado y el Movimiento Obrero Radical, apoyados por el PC y “las 62 legalistas”, formaron la Lista Naranja. El PB sostuvo que La Naranja dividía a la oposición (las incursiones por lograr la unidad con La Marrón resultaron infructuosas) y llamó a votar nuevamente a la lista encabezada por René Salamanca y Roque Romero. Por su parte, el peronismo “ortodoxo”, empoderado gracias a la intervención en la CGT regional y con el apoyo de las “62 organizaciones”, conformó la Unidad Mecánica Peronista (formada por “Argentina Potencia”, “Frente Justicialista” y “Agrupación 24 de febrero”) y la Lista Gris. Nuevamente centraron la polémica en que Salamanca no era peronista y por lo tanto se argüía que el Estado no iba a respaldar los reclamos obreros frente a la patronal con ese dirigente a la cabeza (Ortiz, 2015).

Finalmente, a pesar del escenario adverso, se impuso La Marrón, obteniendo resultados mucho más holgados que en la primera elección: con la participación del 90% del padrón, la Marrón obtuvo 4027 votos, la Gris 2770 y la Naranja 793 (Ortiz, 2015).²³⁴ No obstante el triunfo, el contexto político y social resultó un gran escollo para el desarrollo de la acción sindical. De hecho, el SMATA nacional no reconoció los resultados. Con asambleas y manifestaciones en el centro de la ciudad, se reclamó ese reconocimiento, a la vez que se exigía centralmente un aumento salarial del 60%, que chocaba con las condiciones impuestas por el Pacto Social.²³⁵

²³³ En ese contexto, el 9 de abril el “Movimiento Lista Marrón” emitió una declaración explicando su versión de los hechos, la cual fue reproducida en *Nueva Hora* (1974c).

²³⁴ Al interior de la Lista Marrón, persistían los debates entre las distintas corrientes. Uno de los ejes fundamentales tenía que ver con el peronismo. Mientras los militantes del PCR acentuaban su política de unidad con las bases peronistas, otros sectores eran crecientemente críticos. Según el testimonio de Roque Romero (comunicación personal, 14 de mayo de 2022), en la asamblea posterior a las elecciones, militantes ligados a Vanguardia Comunista sostuvieron que “no teníamos que festejar tanto porque en realidad había tres mil fachos en la fábrica”, en referencia a los votos que obtuvo la Lista Gris.

²³⁵ Este acuerdo fue el pilar fundamental de la política de Perón en su tercer mandato. Fue diseñado durante el gobierno de Cárpora por el entonces ministro de economía José Ber Gelbard. A mediados de 1973, se firmó el “Acta de Compromiso Nacional para la Reconstrucción, la Liberación Nacional y la Justicia Social”, popularmente conocido como “Pacto Social” y apoyado tanto por la Confederación General Económica (CGE) como por la CGT bajo la conducción de José Ignacio Rucci. Uno de los puntos centrales del acuerdo implicaba el congelamiento de los salarios, con aumentos fijos, el

Para presionar en esa dirección, se impulsó el “trabajo a convenio”, es decir trabajar ciñéndose estrictamente a lo estipulado por el reglamento y el quite de colaboración. La presión para que la seccional cordobesa levantara las medidas de fuerza por parte de la conducción nacional del gremio mecánico, ahora en manos de José Rodríguez, era cada vez más virulenta. En una reunión de secretarios generales, a Roque Romero le ofrecieron ayuda para conseguir reivindicaciones de la empresa a cambio de que se abortara la “lucha contra el Pacto Social”, propuesta que no fue aceptada y derivó en un intento de volantear en las fábricas cordobesas diciendo que sus dirigentes habían aceptado renunciar al aumento salarial. No obstante, esto produjo la reacción contraria:

El volante decía que nosotros fuimos los que levantábamos el plan de lucha en contra del Pacto Social, o sea en contra del aumento, y lo cambiábamos por reivindicaciones que teníamos que discutir con la patronal (...) No lo creían porque sabían que era gente que venía de Buenos Aires. Así era el apoyo que tenía René (...). Entonces cuando yo llego al mediodía me entero que a las puertas de las fábricas habían llegado automóviles desde Buenos Aires diciendo que nuestra posición como congresales había sido la de levantar la lucha en contra del Pacto Social. Y te digo: esos autos se salvaron de darse vuelta porque inmediatamente que se dieron cuenta, cuando ya eran las siete, siete y diez, empezó a llegar más gente y ver lo que decía el volante, tiraron todo a la mierda y se metieron a los autos. El último salió tambaleando porque estuvo a punto de que se lo dieran vuelta. Así fue la reacción de la gente (R. Romero, comunicación personal, 14 de mayo de 2022).

La muerte de Perón el 1 de julio de 1974 y la asunción de Isabel habían recrudecido las contradicciones entre distintos sectores políticos y sociales, especialmente al interior del peronismo, y la posibilidad de un nuevo golpe militar comenzó a tomar fuerza. En Córdoba, luego de cuatro meses de conflicto, con intimaciones por parte del Ministerio de Trabajo, suspensiones por parte de la empresa y una cada vez más tensa relación con el SMATA nacional, esta última expulsó a la comisión directiva cordobesa, bloqueó sus fondos y en agosto intervino la seccional con una “comisión normalizadora”, a pesar de la resistencia de los trabajadores (Ortiz, 2015). De hecho, las asambleas seguían reconociendo a la comisión directiva encabezada por Salamanca como la única dirección legítima. A su vez, los cuerpos de delegados seguían desconociendo la conciliación obligatoria y reclamaban el aumento salarial a través del trabajo al 50%, abandonos de fábricas, movilizaciones y actos. Luego la justicia ordenó el pedido de captura para los principales dirigentes del

incremento de las asignaciones familiares, el congelamiento de algunos precios fundamentales y la suspensión de las negociaciones colectivas por dos años, entre otras cuestiones.

SMATA cordobés, que, en condiciones de clandestinidad, debieron buscar los caminos para sostener las luchas y las instancias de debate y decisión de las masas a través de las asambleas, los cuerpos de delegados y las comisiones internas.

Con el sindicato intervenido por un juez y la orden de captura para sus dirigentes, la conducción que había ganado las elecciones convocó en septiembre a asambleas por fábrica al verse imposibilitada de realizar una general. El 23 de septiembre se realizó una asamblea masiva de los trabajadores de Santa Isabel, que se desarrolló en la fábrica al no poder realizarse en el Córdoba Sport. Allí Salamanca mocionó la continuación de la lucha por la recuperación del sindicato, por el aumento salarial y contra el Pacto Social a través del trabajo a reglamento, pero perdió la votación.

En la historia oficial de PCR, esta derrota constituye un hito fundamental en la elaboración de la posición llamada “antigolpista” que el partido consolidaría oficialmente en noviembre de 1974.²³⁶ Del rechazo de su propuesta, Salamanca concluyó que “la masa no cambia gobierno por reivindicación”, es decir que ante la posibilidad de un golpe de Estado las bases obreras peronistas preferían defender a su gobierno que debilitarlo poniéndolo en el blanco de la lucha por reivindicaciones. Este fue uno de los fundamentos, con la apelación a “las masas” como fuente de legitimación, para sostener la posición de “¡No a otro '55!”. De hecho, el propio Salamanca hizo públicas una serie de cartas dirigidas a los trabajadores y en particular a los mecánicos de Córdoba; en la primera de ellas, publicada en diciembre de 1974, sostuvo: “En el país se ha ido creando una situación golpista, como en 1955. Eso obliga a definirse con claridad a todo el mundo. Y yo ya estoy definido: yo estoy contra todo golpe de Estado venga de donde venga” (PCR, 1974a: 49).²³⁷

²³⁶ Si bien abordamos esta cuestión con mayor profundidad en el Capítulo 6, cabe destacar que, en aquel entonces, el PCR, frente a la posibilidad de un golpe de Estado, planteó “¡No a otro '55! ¡Unirse y armarse para aplastar al golpe” y sostuvo que “El pueblo con la clase obrera al frente debe encabezar la lucha antigolpista, luchando, al mismo tiempo, por sus reivindicaciones económicas, sociales y políticas, especialmente por las libertades democráticas y el libre accionar del movimiento popular, y *debe unirse, organizarse y armarse para derrotar la conspiración golpista (...)* Para ello la clave está en la unidad de clase obrera y, especialmente, de los obreros peronistas con los comunistas revolucionarios [resaltado en el original]” (PCR, 1974a: 47).

²³⁷ El recorrido de la trayectoria de Salamanca que hemos reconstruido a lo largo de estos capítulos, y en particular el posicionamiento público de este en relación con el posicionamiento llamado “antigolpista”, sumado a los diversos testimonios registrados al respecto, colisiona con la afirmación de Brennan (1996) acerca de que se trataría de un dirigente “con independencia y desatención” debido a sus “relaciones tormentosas” con el partido (p. 283). Cabe señalar, además, que Salamanca, hasta su desaparición, fue parte del Comité Central y de su Comisión Política, es decir del más reducido núcleo de dirección partidario a nivel nacional.

Sin embargo, Roque Romero (comunicación personal, 14 de mayo de 2022), también partidario de la posición llamada “antigolpista”, brindó otra versión acerca de esa asamblea, contraria a la que sostiene el comunismo revolucionario en sus fuentes oficiales:

En Santa Isabel nos arman una trampa (...) Otero, el ministro de trabajo, que era de la UOM, hizo entrar a la asamblea a empleados administrativos [que no eran afiliados al gremio], gente de la lista azul y todos tipos a los que ya había echado la empresa pero que los hacían entrar para que trabajaran en contra de la propuesta de Salamanca (...) Es cierto que René no se dio cuenta de que eso era una trampa.

Justamente ese día se había cobrado la quincena con el aumento conseguido gracias a la lucha contra los topes estipulados por el Pacto Social. Entonces un dirigente que había sido de la Lista Azul y reincorporado por Otero, mocionó que no se continuara el plan de lucha porque se había logrado el aumento. Según Romero (comunicación personal, 14 de mayo de 2022), “ahí ya no se entiende cómo René plantea seguir la lucha por el aumento... Ahí hay una gran confusión... porque resulta que lo que plantea René es seguir el plan de lucha por la recuperación del gremio y se pierde... porque la gente ya teniendo la guita y con los tres mil administrativos que no eran afiliados y que metieron para levantar la mano diciendo que no se pelee más...”. Desde su perspectiva,

René pensó que la gente no quería ir en contra del gobierno. Pero hay cosas que él no vio, como la forma en la que le hicieron esa trampa (...) Lo que pasa es que ahí la gente, según razona René, no aprueba su moción de seguir peleando porque eso lo afectaba al gobierno. Para mí ahí hubo una equivocación. Fue una trampa y no debimos haber entrado en la toma de decisiones ahí. Para mí, si vos le preguntabas a cualquier obrero si era peronista te respondían: 'Por Perón soy peronista, no por Isabel'. Muy sencillo. (R. Romero, comunicación personal, 14 de mayo de 2022).

En octubre de ese año, Romero fue detenido junto a otros dirigentes del SMATA y de Luz y Fuerza, y estuvo preso hasta fines de diciembre de 1975 a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. Según la reconstrucción de Ortiz (2015), hacia fines de 1974, las bases mecánicas de la mayoría de las fábricas continuaron movilizadas, exigiendo la liberación de presos, el levantamiento de las órdenes de captura contra los dirigentes, organizando la solidaridad económica con las familias de trabajadores detenidos y denunciando las desapariciones y detenciones de delegados. A partir de las intervenciones en el sindicato mecánico y luego también en Luz y Fuerza, con la consiguiente desestructuración del MSC, las luchas comenzaron a articularse a través de

la “Mesa de Gremios en Lucha”, aunque ya en un contexto cada vez más difícil hasta la concreción del golpe de Estado de 1976.

Como hemos visto hasta aquí, la centralidad del trabajo en la clase obrera industrial bajo la concepción de la “violencia de masas” y el diseño de una estrategia basada en la democracia sindical y el rol de los cuerpos de delegados en la perspectiva del “camino de la revolución” en la Argentina fueron componentes claves de lo que el PCR se propuso llevar a cabo como partido que pugnaba por ser vanguardia reconocida de la clase obrera. Evidentemente, las experiencias en el seno de los contingentes obreros de la industria automotriz en el contexto del pos Cordobazo y en particular el proceso en el SMATA regional fueron fundamentales para la puesta en juego de un conjunto de prácticas políticas y de un cambiante marco de alianzas. En esa experiencia, el clasismo cordobés encontró su punto más alto. Como veremos en el Capítulo 4, estas instancias de organización obrera impulsadas por el PCR en el proletariado industrial, debían desarrollarse también en los ámbitos universitarios, culturales y rurales, como parte de la construcción de la unidad de los afluentes que debían converger para que una revolución protagonizada por las masas fuera posible en la Argentina.

CAPÍTULO 4

La “política de masas” (II):

El comunismo revolucionario en las aulas, la cultura y el campo (1970-1974)

Efectivamente, la clase obrera de los grandes centros industriales constituía, a ojos del PCR, el sujeto principal que debía protagonizar la revolución en la Argentina. No obstante, para que un proceso de estas características fuera posible, el proletariado industrial debía unirse a otros sectores populares. Bajo esa perspectiva, el comunismo revolucionario desplegó su “política de masas” en distintos sectores. En este capítulo, nos centramos en el movimiento estudiantil universitario, en iniciativas político-intelectuales en el ámbito de la cultura y en el trabajo rural, donde el PCR orientó sus esfuerzos en la organización de obreros y “campesinos pobres”, aliados “naturales” de la clase obrera industrial. Cabe aclarar que, si bien en las páginas que siguen esbozamos diversas referencias tangenciales, por razones de espacio dejamos de lado su “política de masas” en el movimiento estudiantil secundario²³⁸ y en “lo barrial” (ligado al movimiento de villas y asentamientos),²³⁹ pese a su desarrollo significativo, y también en torno a su política hacia las problemáticas específicas de las mujeres.²⁴⁰

En este capítulo, entonces, analizamos las estrategias y prácticas políticas que el PCR desarrolló durante el período 1970-1974 en estos sectores de las masas a los que aspiraba a organizar y dirigir. Para analizar esta “política de masas” adaptada a cada sector y su inscripción en la concepción más general sobre el “camino de la revolución”,

²³⁸ En 1971, el PCR conformó la Corriente de Izquierda Secundaria, la cual se proponía nuclear a las masas estudiantiles secundarias en una “tendencia revolucionaria, insurreccional, a condición que la misma se diferencie nitidamente de la organización partidaria” y que se atiende a la especificidad del trabajo en ese sector, adoptando formas organizativas flexibles orientadas hacia “la masa” y no a un “pequeño núcleo” (PCR, 1972a: 217).

²³⁹ En relación con “lo barrial”, el centro del trabajo se orientó a las “villas de emergencia”, ya que esto se concebía como parte de la política hacia el proletariado industrial y como una “necesidad de la estrategia insurreccional”, sumado a que estas también constituían un “lugar natural de organización de los trabajadores desocupados en estos momentos de crisis económica” (PCR, 1972a: 220; 222). La consigna central era “Por una Argentina liberada y sin villas” y se proponía una “Reforma Urbana” en la lucha por lograr la entrega gratuita de lotes y por préstamos a bajo interés administrados por juntas vecinales, sumado al reclamo por reivindicaciones concretas (agua, luz, escuelas, dispensarios, etc.). Estas comisiones o juntas vecinales, a modo de cuerpos de delegados, debían ligarse al movimiento obrero y popular, garantizando “la más amplia democracia, y el protagonismo de la masa de habitantes; y aptas para garantizar la incorporación a la lucha de las mujeres y los jóvenes” (PCR, 1972a: 222).

²⁴⁰ En su II Congreso, el PCR planteó la importancia que tenía llevar a cabo una política específica destinada a las mujeres obreras y de amplios sectores populares, aunque en el balance realizado en su III Congreso de 1974 señalaban un “serio déficit” en esta cuestión. No obstante, se destacaba que se habían conformado las primeras “células” partidarias de mujeres en villas y que se habían organizado comisiones de mujeres en las ocupaciones de viviendas. La relevancia de este trabajo se fundamentaba en que “sin la participación de las mujeres no hay posibilidades de triunfo de la revolución” y ello requería “un trabajo específico, dada la opresión particular que sufre la mujer en la actual sociedad argentina” (PCR, 1974c: 169).

circunscribimos el abordaje, sin ninguna pretensión de exhaustividad, a partir de una serie de recortes en base a criterios cualitativos que explicitamos a continuación.

En el caso del movimiento estudiantil, nos centramos en el proceso llevado adelante en la Universidad Buenos Aires (UBA) luego del declive de su fuerza en los centros de estudiantes y en la conducción de la FUA hacia 1970-1971. La relevancia de este caso radica en que fue allí donde el PCR, a través de sus agrupaciones universitarias y en articulación con otras, impulsó una de las experiencias más significativas de organización estudiantil a través de los cuerpos de delegados, estrategia clave en la “política de masas” del comunismo revolucionario como medio de acumulación y de articulación entre lo político-reivindicativo y lo político-estratégico.

Analizamos también el trabajo cultural del comunismo revolucionario a través de la conformación de un incipiente “frente cultural”, del impulso de algunas iniciativas editoriales significativas y en particular de la notable experiencia político-editorial de la revista *Los Libros*, dirigida en conjunto con VC durante un período. Se trata de indagar en la especificidad que demandó en su política estos ámbitos culturales e intelectuales, con el objetivo de lograr una articulación entre lo político, lo teórico y lo cultural; esta orientación se impulsó como parte de la disputa político-ideológica bajo la concepción partidaria del “camino de la revolución” en la Argentina.

Por último, abordamos su trabajo en el campo; partiendo de la concepción más general del PCR sobre la “cuestión agraria”, centramos el análisis en sus intentos de construcción política en el seno de los obreros rurales, aunque atendemos también a las formas con las que encararon la organización “campesina” en el contexto de auge de las Ligas Agrarias. Para lo primero, en virtud del desarrollo que adquirieron y la importancia que tuvieron al interior del PCR, focalizamos en las experiencias de construcción de las seccionales de la Federación Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (FATRE) en el sur de la provincia de Buenos Aires, particularmente en Bahía Blanca y otras zonas aledañas. Allí fue donde se alcanzó un desarrollo significativo y donde se desplegaron prácticas políticas ilustrativas de la concepción del PCR. Estas, a su vez, se encuentran estrechamente emparentadas con la línea de los cuerpos de delegados y el proceso que analizamos desarrollado en el SMATA Córdoba.

4.1 El PCR en la universidad: prácticas y debates en el caso de la Universidad de Buenos Aires

En el marco de los procesos de radicalización política y masificación de la protesta social, el movimiento estudiantil fue uno de los sujetos más activos y confrontativos, con debates y disputas que atravesaron a un amplísimo espectro de fuerzas políticas. En la Universidad de Buenos Aires específicamente, el período abordado reviste una gran complejidad y no pretendemos reconstruirlo exhaustivamente; nos centramos en algunos procesos particulares que resultan ilustrativos para dar cuenta de la “política de masas” que el comunismo revolucionario desplegó allí, así como también atendemos a los debates y disputas con su organización de origen y con otras fuerzas políticas de la “nueva izquierda”.

En el movimiento universitario, en líneas generales, el PCR impulsó una “política de masas” basada en la articulación de las reivindicaciones estudiantiles específicas con lo estrictamente político, bajo la orientación de una perspectiva revolucionaria en la que el estudiantado debía constituir un afluente fundamental. Para ello, el comunismo revolucionario hizo de la formación de cuerpos de delegados el eje de su política y en la UBA estos atravesaron un momento de auge a lo largo de los años 1971-1972; en estas experiencias, en las que el PCR tuvo un destacado papel, se pusieron en juego distintas concepciones a la hora de ligar lo político-reivindicativo y lo político-estratégico bajo un horizonte revolucionario compartido por vastos sectores.

En camino a comprender la “política de masas” del PCR basada en los cuerpos de delegados estudiantiles en la UBA, cuyo auge se desplegó especialmente durante 1971, es necesario tener en cuenta dos cuestiones previas: por un lado, el balance que esta corriente política hacía del reformismo universitario en aquel momento y la influencia de la orientación partidaria cristalizada en la consigna “Por la Universidad del pueblo liberado”; por el otro, el retroceso que padeció su fuerza universitaria en la conducción de centros de estudiantes y en la presidencia de la FUA a comienzos de los setenta, ya que este punto de partida incidió en su derrotero posterior y estuvo estrechamente entrelazado a su papel desempeñado cuando emergieron con vigor los cuerpos de delegados en la Universidad de Buenos Aires.

El comunismo revolucionario y la consigna “Por la Universidad del pueblo liberado”

Hasta la ruptura del PCR, el PC había sido la principal fuerza en el movimiento universitario, en particular por su desarrollo en la UBA. Esta casa de estudios, hacia mediados de los sesenta, concentraba más de un tercio de la matrícula universitaria nacional (alrededor de doscientos mil estudiantes) (Califa, 2015). Como vimos en el

Capítulo 1, la confluencia entre las corrientes estudiantiles de la Fede, con su gran peso en la UBA, y el arraigo del MENAP en universidades del interior del país, dotaron al naciente PCR de una fuerza universitaria importante. Esto se expresaba tanto numéricamente como en relación con la conducción de alrededor de treinta centros en todo el país (Califa, 2018) y de su hegemonía en la Federación Universitaria Argentina (FUA).²⁴¹

En la UBA específicamente, y hacia fines de los sesenta, el Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda (FAUDI), impulsado por el comunismo revolucionario, dirigía los centros de Filosofía y Letras, Derecho, Medicina, Arquitectura y dos de los tres que había en Ciencias Exactas y Naturales.²⁴² Se trataba de direcciones que se habían alcanzado cuando sus militantes formaban parte del Partido Comunista y que en la ruptura, como hemos visto en la Primera Parte, confluyeron en el nuevo partido.

En ese contexto, en pos de comprender la “política de masas” del comunismo revolucionario, es fundamental partir del análisis de la perspectiva que se fue delineando bajo los primeros años de la “Revolución Argentina” y en el contexto de las puebladas, que, como vimos, ejercieron un gran impacto en la “nueva izquierda”. En ese sentido, un hito fundamental en la política universitaria del PCR fue el paro estudiantil de 1968, convocado por la FUA bajo la presidencia de Jorge Rocha. Este se llevó a cabo en el contexto de la política intervencionista y represiva de la dictadura de Onganía. La FUA había tenido una actitud opositora desde el comienzo; de hecho, la posibilidad del golpe de Estado y los caminos para enfrentarlo habían constituido un eje central de discusión en el Consejo Nacional de Centros (CNC), realizado en Santa Fe una semana antes de que se concretara el derrocamiento de Illia. Incluso, en el mismo día del golpe, el rector humanista de la UBA, Hilario Fernández Long (1966), con la adhesión de la mayoría del Consejo Superior, había hecho pública una declaración en la que se pronunciaba en contra de lo ocurrido y convocaba a la defensa de la autonomía

²⁴¹ A fines de 1967, en el Congreso Nacional de Estudiantes realizado en la Universidad Tecnológica Nacional de Buenos Aires (también dirigida por el comunismo revolucionario), fue electo presidente de la FUA Jorge Rocha como reemplazo de Raúl Salvarredy (ambos del PCR, pero, a diferencia del primero, el segundo provenía del MENAP).

²⁴² En aquella época, había tres centros en esa facultad: el de Química, el de Biología y Ciencias Naturales y el de Física, Matemática y Meteorología. Los dos últimos eran dirigidos por el FAUDI.

universitaria. Sin embargo, la irrupción de “La noche de los bastones largos” produjo una gran conmoción en la comunidad universitaria.²⁴³

El 29 de julio de 1966, Onganía dispuso la intervención de las universidades mediante el decreto-ley N.º 16912, violando la autonomía y el cogobierno, e incluyendo la prohibición de actividades políticas por parte de las agrupaciones y de los centros de estudiantes, bajo amenaza de disolución. En este clima de tensión, las facultades porteñas realizaron asambleas: en algunas se decidió continuar con el dictado de clases, en otras se resolvió la toma del edificio en señal de protesta. Esa misma noche la Guardia de Infantería del Ejército reprimió a estudiantes y docentes en las facultades ocupadas. Sólo en las de Filosofía y Letras, Ingeniería y Arquitectura hubo alrededor de 130 detenidos (Morero y otros, 1996). En Ciencias Exactas, la represión fue aún más virulenta. El operativo en esa casa de estudios fue personalmente dirigido por el jefe de la policía federal, el general Mario Adolfo Fonseca, y terminó con alrededor de 150 detenidos (Morero y otros, 1996). Esta intervención represiva produjo una gran conmoción pública y marcó aquel período en el ambiente universitario. Ante estos hechos, se sucedieron una serie de renuncias de docentes²⁴⁴ y protestas en distintos puntos del país; en una de ellas, en la ciudad de Córdoba, fue asesinado el obrero y estudiante Santiago Pampillón.

Esta situación derivó en un cierto repliegue de las luchas del movimiento universitario durante 1967 y parte del año siguiente, el cual recién se empezaría a revertir cuando se llevó a cabo el paro de la FUA, el 14 de junio de 1968, en el marco del 50º aniversario de la Reforma Universitaria.²⁴⁵ La medida tuvo un alto acatamiento y se combinó con actos relámpagos que derivaron en varias decenas de detenidos. Fue importante el apoyo de la CGTA, aunque desde la dirección de la FUA se le achacó a su conducción en manos de Raimundo Ongaro la pretensión originaria de “boicotarlo”. No obstante, en los días y meses siguientes, se establecieron acuerdos y medidas de lucha conjuntas entre la FUA y la central obrera opositora.

²⁴³ Según Sergio Morero (1996), cronista de sucesos universitarios en *Primera Plana*, titularon con esa denominación los acontecimientos inspirándose en la referencia a “La noche de los cuchillos largos”, la violenta purga que llevó a cabo Adolf Hitler en 1934.

²⁴⁴ Las renuncias de docentes frente a la intervención, apoyadas por el PC, había sido un eje de conflicto con la juventud universitaria que iba a formar el PCR. Esta, por el contrario, sostenía que debía desarrollarse la resistencia desde adentro de las facultades.

²⁴⁵ Cabe destacar que un amplio espectro de corrientes políticas y estudiantiles se identificaban con el reformismo. En líneas generales, estas habían tenido una posición opositora frente al gobierno peronista. En lo que respecta a la universidad, los principios de autogobierno y participación política se enfrentaban al modelo de universidad peronista. Hacia los sesenta, sectores peronistas universitarios consideraban perimido históricamente el modelo reformista.

El 9 y 10 de noviembre de ese año, la FUA realizó en Mar del Plata el CNC en condiciones de cierta clandestinidad, ya que formalmente la federación había sido disuelta por la dictadura. Del evento participaron delegados de casi cincuenta centros de estudiantes de todo el país,²⁴⁶ además de aquellos en calidad de “observadores”, ya que pertenecían a tendencias aún no incorporadas a la FUA como la Franja Morada.²⁴⁷ El CNC planteó la necesidad de oponer a la política de la dictadura una alternativa en el terreno universitario, que expresara un “programa popular liberador de conjunto” (*Nueva Hora*, 1968b: 2). En ese sentido, se proponía una concepción de universidad que fuera superadora de aquella que había nacido con la Reforma de 1918 y que la “Revolución Argentina” había pretendido clausurar. Bajo esa perspectiva, la dirección de la FUA planteó reemplazar la consigna de “Universidad abierta al pueblo” por la de “Por la Universidad del pueblo liberado”.

El trasfondo de ese debate tenía que ver con las distintas interpretaciones acerca del carácter de la universidad como institución; desde el derrocamiento del peronismo, se discutía si la universidad era o no una “isla democrática”, posición atribuida al reformismo universitario (Bonavena, 2006). Esta concepción refería a una “pretendida extraterritorialidad de esta institución de los avatares de la política nacional, una especie de 'refugio externo' con independencia del Estado y un status autónomo de los partidos políticos” (Lamaisón, 2021: 58).

La propuesta del FAUDI tensionaba en el seno de la corriente reformista en la que hasta entonces se inscribía. Esto ensanchaba su delimitación y disputa con el PC, que se identificaba a fondo con la Reforma, defendía la consigna de “Universidad abierta al pueblo” y había lanzado el Movimiento de Orientación Reformista (MOR) en 1968 para recuperar la fuerza perdida.²⁴⁸

El PC concebía al MOR como un continuador de la trayectoria de lucha reformista abierta en 1918. Al respecto, Jorge Kreyneš, dirigente universitario comunista y estudiante de la Facultad de Derecho de la UBA,²⁴⁹ sostuvo que

²⁴⁶ En ese Consejo, además, se incorporaron el centro de estudiantes de Ingeniería y Química de la UBA y el de Derecho de Tucumán.

²⁴⁷ Fundada el 26 de agosto de 1967, bajo la denominación “Unión Nacional Reformista Franja Morada”, agrupó a sectores reformistas, en particular ligados a la Juventud Radical en Buenos Aires, aunque en otros puntos del país articuló a anarquistas, socialistas y radicales.

²⁴⁸ Debe recordarse que la enorme mayoría de la militancia universitaria de Buenos Aires confluyó con la ruptura, al punto que en la juventud universitaria de Buenos Aires quedaron menos de 20 militantes (J. Kreyneš, comunicación personal, 10 de julio de 2020).

²⁴⁹ De muy joven, había tenido un acercamiento con el Partido Socialista de Vanguardia hasta que se sumó a la Fede en 1965, estando aún en la escuela y en el contexto de la invasión estadounidense contra

La corriente estudiantil reformista recogía el legado de la Reforma Universitaria de 1918, que en nuestra opinión se vinculaba también a todo el proceso de la Revolución de Octubre en Rusia y la democratización que se vivía en la Argentina con la lucha por las elecciones y demás cuestiones democráticas.

En ese contexto, el PC debía orientarse bajo la perspectiva de “unir lo político reformista y lo relativo al estudio en el plano pedagógico”, en la lucha por una universidad solidaria con los conflictos de los trabajadores y el antiimperialismo, como parte de las “luchas populares y democráticas unitarias, hacia la liberación nacional y social” (Califa, 2016: 3). En lo estrictamente universitario, planteó que el movimiento debía definirse en función de lo que fuera “social y específicamente *posible* en cada etapa” (Califa, 2016: 3). Sostenía la importancia de luchar por las reivindicaciones específicas vinculadas a la enseñanza, que era lo que se consideraba que habían dejado de lado las ideas “ultraizquierdistas” encarnadas por la disidencia que fundó el PCR. En uno de sus libros, Ernesto Giúdice (1966), principal referente de la política universitaria del PC, postuló como eje central la lucha por una “segunda reforma”; esta implicaba una reorganización de la universidad en su totalidad, transformando las estructuras académicas y los planes de estudio, e impulsando la renovación en cuestiones pedagógicas (Suasnábar, 2018).

Por su parte, la consigna planteada por Jorge Rocha y el FAUDI, cristalizando en el terreno de la política universitaria la ruptura con el PC, apuntaba a destacar que no se trataría de “abrirse al pueblo”, sino de tomar parte en la lucha por su liberación para construir otra universidad. Se partía de que

...tanto el contenido de la enseñanza en la Universidad como la composición social de sus integrantes no podían modificarse de fondo sin un cambio revolucionario en el país [resaltado en el original]. Porque la Universidad es parte del aparato estatal y contribuye a resolver sus necesidades en el plano científico y técnico y a sostener en sus contenidos más profundos la ideología dominante, que es la de las clases dominantes (Rocha, 1998: 160).

El primer punto planteado en la cita da cuenta de que la mirada del comunismo revolucionario incluía la perspectiva de que era necesaria una transformación de raíz para que pudieran acceder a ella “los hijos de la clase obrera industrial y rural y del campesinado pobre”. Guiaba estas posiciones la valorización del rol de las “masas estudiantiles” como “aliadas del proletariado” en el proceso revolucionario, a la vez que se criticaba por “sectaria” la estrategia de dedicarse principalmente a “trabajar sobre el

Santo Domingo en República Dominicana. Luego en 1967 ingresó a la Facultad de Derecho de la UBA. Actualmente es uno de los principales dirigentes del PCA.

activo”, ya que esta derivaría en que se “tendencializa y divide a los organismos de masas” (Rocha, 1998: 161).

Al respecto del segundo punto, los matices se pueden identificar en torno a que se reconocían las “particularidades de esta parte del aparato estatal y las contradicciones en su seno, que la transforman en un campo de batalla político-ideológico para la lucha revolucionaria” (Rocha, 1998: 161). Estas contradicciones operarían entre el carácter y la misión fundamental de la universidad, por un lado, y la composición social predominante de estudiantes y docentes, por el otro. Este segundo polo, a su vez, se habría profundizado por la fortaleza del movimiento estudiantil y por las importantes conquistas democráticas, en las que la Reforma de 1918 había cumplido un papel fundamental. En ese sentido, el PCR postulaba la necesidad de una “reforma popular, social y nacional”, que fuera más allá de lo que había sido la Reforma Universitaria de 1918: “no negamos la Reforma, su significado histórico, el significado histórico del 18 en el 18: lo superamos en una nueva síntesis revolucionaria” (Valle, 1969: 28).

Como ha demostrado Nicolás Dip (2016), esta valoración de la Reforma de 1918 por parte del PCR y, como veremos luego, las estrategias de construcción de poder en la universidad basadas en los cuerpos de delegados, empalmaban con los postulados de sectores del estudiantado peronista. Estos sostenían una perspectiva en la que la creciente participación estudiantil en la lucha contra las limitaciones al ingreso y cierto desprestigio de visiones atribuidas al reformismo, en las que sólo se manifestaría preocupación por los problemas estrictamente universitarios al margen de la realidad política y social, explicaban el avance de instancias de participación de las bases como los cuerpos de delegados, frente a las formas tradicionales de organización estudiantil. La superioridad atribuida a los cuerpos de delegados se basaba en que estos “no reducían la participación al voto anual, no planteaban programas exclusivamente gremiales y construían planes de acción basados en la participación colectiva” (Dip, 2016: 98). Más adelante, profundizaremos en las experiencias concretas de surgimiento y desarrollo de estas instancias de participación.

Por su parte, Arnoldo Gómez (comunicación personal, 14 de octubre de 2021) (estudiante de Ciencias Exactas incorporado al PCR a fines de los sesenta, secretario de organización del sector universitario porteño -entre 1970 y 1977- y uno de los principales dirigentes universitarios del FAUDI en la UBA)²⁵⁰ sostuvo que, frente a la

²⁵⁰ Ingresó a la Facultad de Ciencias Exactas en 1966: “Mi primera imagen fue 'La noche de los bastones largos'. Eso fue un shock, yo venía más bien con ideas del socialismo medio gorila y ese fue un shock, fue

idea atribuida al PC de que la universidad era “una capsula democrática en la cual vos podías ir desarrollando una 'universidad abierta al pueblo”, el PCR se distinguió al postular

...la idea de que nosotros teníamos que ser una universidad de ruptura, es decir que la autonomía del cogobierno tenía sentido en la medida en que no se buscara adaptar la universidad al país sino que se plantearan desde la universidad los elementos de un nuevo país. Por eso la idea de 'Universidad del pueblo liberado'.

En concreto, para la coyuntura de aquel momento, la propuesta de la conducción de la FUA consistía en una estrategia que pretendía partir de la lucha específica reivindicativa por los diversos problemas estudiantiles para que estos confluyeran en una “contraofensiva antidictatorial liberadora en la Universidad” (*Nueva Hora*, 1968b: 4). Finalmente, en el CNC, la propuesta del FAUDI fue respaldada con 32 votos; 5 votaron al MOR, 5 a la Agrupación Pueblo y Reforma Indoamericana (APRI) de Rosario y 9 se distribuyeron entre corrientes de izquierda o independientes.²⁵¹

A nivel más general, como vimos en la Capítulo 2, el PCR se orientaba en este contexto por la idea de que había “un polvorín bajos los pies de la dictadura”. Desde el paro del 14 de junio de 1968 en adelante, los comunistas revolucionarios se movieron con la idea de que el movimiento estudiantil había pasado a un momento de “ofensiva”.²⁵² En el protagonismo estudiantil en el Correntinazo de 1969 y en los contingentes universitarios en el Cordobazo (junto al paro nacional lanzado por la FUA) y el Rosariazo, el PCR creyó ver confirmada su hipótesis.

Sin embargo, en el IX Congreso de la FUA en diciembre de 1969, reconocieron que su dirección había sido superada por las luchas de mayo y junio de ese año y que erróneamente se había apostado más a la coordinación de tendencias que a las organizaciones de masas (Califa, 2017a). Con la promesa de “estrechar filas con los centros desde abajo” (Califa, 2017a: 9), pudieron ser ratificados en la dirección de la

el quiebre de la idea de toda posibilidad de un desarrollo democrático sereno. Después éramos un grupo que nos reuníamos en el garaje de un amigo, escuchábamos los discursos de Fidel y del Che...”. Su activa participación en el paro del 14 de junio de 1968 lo terminó de convencer de incorporarse junto a su grupo de compañeros al PCR.

²⁵¹ Entre las posturas críticas a la propuesta del FAUDI, se encontraba la de la Tendencia Estudiantil Revolucionaria Socialista (TERS), orientada por Política Obrera. Esta corriente le imputaba al FAUDI la pretensión de “mantener la ficción de 'masas' y asegurarse su control burocrático sobre los organismos”, con el fin de garantizar su hegemonía en la FUA, impedir la organización estudiantil en “Comisiones de Resistencia” y en el “Frente Obrero Estudiantil” y no definir ningún “plan efectivo de agitación y organización” (*Política Obrera*, 1968: 14-15).

²⁵² De hecho, el centro de estudiantes de la facultad de Filosofía y Letras, dirigido por el FAUDI, lo sostuvo públicamente luego del paro del 14 de junio de 1968 (Califa, 2017a).

FUA, con Jacobo “Yaco” Tiefemberg como presidente, y mantener la orientación de “Por la Universidad del pueblo liberado”.

Hasta aquí nos hemos detenido en los debates universitarios y prácticas políticas del naciente comunismo revolucionario en sus orígenes, profundizando también en su concepción acerca de la universidad y la estrategia a desplegar. Esto se debe a que justamente bajo esa orientación fue que los comunistas revolucionarios del FAUDI desempeñaron un papel destacado en el surgimiento y desarrollo de los cuerpos de delegados en la UBA. No obstante, cuando estos se desplegaron con intensidad en 1971, la fuerza universitaria del PCR venía de sufrir un retroceso en la conducción de los centros que dirigía en la UBA y en la presidencia de la FUA también (que a su vez se dividió en dos: FUA-Córdoba y FUA-La Plata). Este punto de partida es clave para comprender el derrotero del PCR en la UBA, a lo largo de los primeros años setenta.

El declive universitario del PCR y la división de la FUA (1970)

El año 1970 fue muy duro para el comunismo revolucionario y su política universitaria. Aquí nos proponemos ofrecer una sucinta aproximación al declive de su fuerza universitaria en la UBA y su pérdida de hegemonía en la conducción de la FUA, aunque cabe destacar su carácter procesual y multicausal.

En ese sentido, articulado a la bibliografía especializada en el movimiento estudiantil, planteamos en este apartado un análisis de dicho retroceso a partir de un conjunto de factores: la represión de la dictadura sobre algunos de los principales dirigentes universitarios porteños del PCR; la “proletarización” de militantes para la construcción partidaria en el movimiento obrero; la ruptura de un significativo grupo de militantes universitarios a raíz del “caso Natucci”; la disputa principalmente con las agrupaciones universitarias del PCA, en un primero momento, que buscaron recuperar el terreno perdido; la pérdida de la dirección de la FUA, luego de años de hegemonía; y cierta contraposición en las prácticas políticas concretas entre la emergencia de fuertes y masivos cuerpos de delegados y la organización a través de los centros de estudiantes, bajo la perspectiva de la “Universidad del pueblo liberado”. Esta última cuestión reviste una gran importancia para nuestro análisis de la “política de masas” del PCR.

En primer lugar, cabe tener presente que, a lo largo de 1970, bajo la “Revolución Argentina”, algunos de los principales dirigentes porteños del PCR serían encarcelados: los presidentes de los centros de estudiantes de Filosofía y Letras (además del secretario general); de Arquitectura; de Física, Matemática y Meteorología (Facultad de Ciencias

Exactas y Naturales); y de Derecho (además del secretario general). Incluso, en el contexto de su visita a El Chocón como expresión de la solidaridad de la FUA, una bomba explotó en el domicilio de Tiefemberg, asesinando a una persona e hiriendo a otra (Califa, 2017a).

Por otro lado, internamente, la polémica con la modalidad guerrillera de lucha armada persistía en las filas del comunismo revolucionario, aún después de las definiciones del I Congreso. En la militancia estudiantil porteña, un grupo encabezado por Osvaldo Natucci, a la sazón secretario de organización del sector universitario de Capital Federal, había sido partidario primero de la propuesta de Luis María Aguirre y luego apoyó la propuesta de “partido de dos brazos” de Ricardo Saiegh, debates que analizamos en el Capítulo 2. En la estructura universitaria, hacia fines de los sesenta, este grupo había intentado una reorganización partidaria con la sustitución de las “células” por “grupos de trabajo”, integrados por un secretario político, uno de organización y un responsable militar. Hacia 1970, se produjo una crisis entre la dirección del PCR y este sector, que derivó en la expulsión de tres dirigentes de ese grupo, entre ellos Natucci, cuando se descubrió que habían montado un aparato dedicado al robo de autos. La acusación desde el oficialismo fue que eran parte de la “infiltración del PC” y se acusó a Natucci de haber revelado información partidaria a la policía cuando fue detenido.²⁵³ Con esa expulsión, entre sesenta y setenta afiliados se fueron del PCR, aún más de los que se habían ido con Aguirre. Esta sangría afectó seriamente a la fuerza universitaria del PCR. El sector universitario de la Capital se intentó reconstruir a partir de unos setenta afiliados aproximadamente (A. Gómez, comunicación personal, 14 de octubre de 2021).

Otro elemento a tener en cuenta fue la reorganización interna que en sus primeros años llevó a cabo el PCR para volcar una parte de su fuerza militante orientada a la inserción en el movimiento obrero. Para ello, se destinaron cuadros de la universidad y del trabajo barrial en la Capital Federal para trabajar y construir el arraigo partidario en empresas del Gran Buenos Aires. La explicación de Otto Vargas (Andrada, 2005) subrayaba esta causa: “eso nos va a costar posteriormente la pérdida de la FUA, porque una parte de esos militantes pasaron a trabajar en el movimiento obrero” (p. 39).

Si bien para comprender el declive universitario ponderamos en el análisis los factores planteados hasta aquí (la represión sobre sus dirigentes estudiantiles, la sangría

²⁵³ Algunos integrantes del grupo fueron detenidos por la policía, con causas vinculadas al robo de autos y en algunos casos se llegó incluso a una condena vinculada a secuestros extorsivos.

de militantes por el “caso Natucci” y la reorganización partidaria con vistas al movimiento obrero), consideramos relevante, en función de nuestro objetivo de analizar la “política de masas” del PCR en este ámbito, poner el centro en la estrategia y prácticas políticas específicas que llevó a cabo el comunismo revolucionario en la UBA, en el marco de sus disputas con el MOR y otras fuerzas políticas.

En esa dirección, una cuestión importante a tener presente a la hora de analizar el período es que, bajo la política represiva e intervencionista de la “Revolución Argentina”, los centros de estudiantes funcionaban en una suerte de semiclandestinidad, o directamente en la ilegalidad, con mayor o menor grado de organicidad y representatividad. En ese contexto, no todos los años ni en todas las instituciones pudieron llevarse a cabo las elecciones; incluso, algunas de ellas se llegaron a realizar en iglesias. Por ejemplo, la elección del Centro de Estudiantes de Física, Matemática y Meteorología en 1968 se pudo realizar dentro de la facultad, pero adoptando una metodología particular.²⁵⁴ En algunos casos, si bien no se encontraban completamente disueltos, el funcionamiento de los centros era oscilante y precario.

A la vez, en paralelo al deterioro de la fuerza universitaria del PCR en la UBA, el PC a través del MOR desplegaba su estrategia para recobrar su presencia. Ya hacia 1969, había logrado reconstruir sus agrupaciones (Califa, 2016); de hecho, a lo largo del año siguiente, buscó recuperar el poder perdido, disputándosele centralmente a sus ex camaradas, ahora en el PCR.

El MOR acusaba al FAUDI de pretender la disolución de los centros de estudiantes y las federaciones bajo la atribuida perspectiva de que estaban caducos. Entonces, su estrategia se orientaba a recuperar la conducción de centros de estudiantes a partir de la conformación de “comisiones reorganizadores”. Así lo testimonió Jorge Kreyne (comunicación personal, 10 de julio de 2020):

En aquel entonces, se discutía el formato del movimiento estudiantil, si valía la organización en centros de estudiantes y federaciones estudiantiles o si había que organizar un sistema más desde la base, puesto en contradicción con la existencia de los centros y las federaciones (...). La posición del FAUDI era plantear la disolución de las organizaciones estudiantiles y tenían una política anarquizante.²⁵⁵ Recuerdo que estuvieron cerca de la disolución del centro de estudiantes de Filosofía y Letras (...). Nosotros comenzamos a formar comisiones

²⁵⁴ Según el testimonio de Arnoldo Gómez, (comunicación personal, 14 de octubre de 2021), las urnas eran sobres bolsa y el funcionamiento electoral consistía en que una delegación con un fiscal de cada lista entraba sorpresivamente a cada aula y así se votaba; la elección duraba una semana.

²⁵⁵ Para Kreyne (comunicación personal, 10 de julio de 2020), las razones teóricas del posicionamiento del FAUDI respondían a una “mirada muy anarquizante de la política” que tomaba “dogmáticamente a Mao Tse Tung”, en consonancia con el proceso de la Revolución Cultural, y promovía “la disolución de las organizaciones del movimiento estudiantil en aras del asambleísmo genérico”.

de reorganización de los centros de estudiantes y con esas comisiones ganamos a la mayoría de los delegados. Y así pudimos recuperar y refundar los centros estudiantiles.

El proceso de recuperación de las direcciones de los centros por parte del MOR varió de facultad en facultad y duró hasta 1972. Por ejemplo, en la Facultad de Derecho, convocaron a una asamblea en 1969 que conformó una comisión para “relanzar el centro” y luego otra asamblea convocó a elecciones que dieron por ganadora a la agrupación del MOR por un voto (Califa, 2018b). Cuando hacia 1972 se unificaron los centros de estudiantes de la Facultad de Exactas y Naturales, el MOR se impuso en las elecciones. En el caso de Filosofía y Letras, resultaron vencedores en unas elecciones convocadas por ellos mismos hacia fines de 1970, pero sólo dos agrupaciones participaron, ya que la mayoría del arco político estudiantil desconoció el llamado. En Arquitectura, tras el secuestro de Daniel Laufer, presidente del centro y militante del FAUDI, Fernando Nadra, vicepresidente y dirigente del PC, intentó asumir en su lugar, lo cual fue considerado una “usurpación” (Califa, 2018b). De ese modo, el MOR apostó a sostener un centro paralelo al del FAUDI y sobre la base de disputarle la resolución de tareas gremiales logró finalmente imponerse. En definitiva, la agrupación del PC se dio la táctica de “reorganizar” los centros allí donde funcionaban precariamente o de convocar elecciones y crear centros paralelos. Esto tenía como objetivo la perspectiva de lograr imponerse en un proceso a través de la centralidad casi exclusiva que adquirirían en su trabajo las tareas estrictamente gremiales.

Aprovechando la recuperación de fuerza en la UBA,²⁵⁶ el MOR buscó dirigir la “Coordinadora Intercentros”, que había sido impulsada por sus ex camaradas, como paso intermedio para tiempo después buscar la refundación de la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA), que se encontraba extinta desde 1963. Desde el PC, hacían responsable de su disolución a la disidencia que fundó el PCR.

Al respecto del proceso en la FUA, si bien la conducción de esta se discutía cada dos años, el FAUDI se había visto presionado por otras fuerzas para convocar a un Congreso Extraordinario en 1970 (debía realizarse antes del 15 de noviembre). Según la reconstrucción de Pablo Bonavena (1992), el 9 noviembre de 1970, durante una Junta Ejecutiva de FUA, se tensó la discusión entre el FAUDI y el MOR. Uno de los disparadores fue la polémica en torno al Encuentro Nacional de los Argentinos, ya que

²⁵⁶ Si bien el caudal de votantes fue muy bajo en las elecciones de 1970, fuentes del PC señalan que conquistaron 4000 de los 6531 votos emitidos, desplazando de ese modo al FAUDI (Califa, 2020).

el primero impulsaba su repudio con el apoyo de la Tendencia Universitaria Popular Antiimperialista Combativa (TUPAC), agrupación orientada por VC, y la Agrupación Universitaria Nacional (AUN), alineada con el Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN) bajo el liderazgo de Jorge Abelardo Ramos. El MNR (vinculado al Partido Socialista Popular) se opuso y la Franja Morada se abstuvo. El MOR, que venía acusando al FAUDI de ser opositor a la Reforma y de pretender un fraude para mantener el control de la federación, se escindió de la Junta Ejecutiva y convocó a una reunión nacional de FUA para el 15 de noviembre (aprovechando que el congreso de fines del '69 la había establecido como fecha límite). Por su parte, el otro sector convocó a un Congreso Nacional Extraordinario de FUA para el 5 de diciembre. La división de la FUA se proyectaba inevitable. La polémica entre el MOR y el FAUDI por la FUA tenía como trasfondo las marcas de la fractura partidaria de 1967.

El MOR, por su parte, realizó su congreso en La Plata. Según la versión del PC, de dicho evento participaron 130 delegados y 18 observadores, provenientes de 45 facultades de todo el país (Califa, 2017b). La presidencia quedó en manos de Hugo Varsky, de la Facultad de Derecho de la UBA, y los discursos tuvieron como centro la reafirmación de la identidad reformista y la consideración de que con ese congreso, pretendidamente mayoritario, se había salvado a la FUA de su disolución. Esta era la intención que el MOR le imputaba al FAUDI,²⁵⁷ a la vez que, aprovechando la posición ambigua de este, le atribuía un antirreformismo que lo habría llevado a empalmar con la dictadura militar. Si bien el PC controlaba esta FUA, el resto de la comisión directiva se había compuesto por dos “independientes” y un humanista, un desarrollista y un representante del Partido Obrero Revolucionario, de orientación trotskista. Los demás cargos (se cubrieron 12 de 18) habían quedado reservados para Franja Morada, pero, contrariando los cálculos del PC, esta se mantuvo en la FUA que hasta entonces presidía el FAUDI (Califa, 2017b). De este modo, quedó conformada la FUA-La Plata.

El X Congreso de FUA, llevado a cabo el 5 de diciembre en Córdoba, desconoció el mitin realizado por el MOR y contó, según la prensa de aquellos días, con 130 delegados de 45 facultades (Califa, 2017b). Allí el FAUDI planteó una serie de

²⁵⁷ En ese sentido, Kreyness (comunicación personal, 10 de julio de 2020) planteó que “ellos [el FAUDI] disolvieron la FUA bajo su propia dirección. Cuando tuvimos la mayoría de centros de estudiantes y de delegados al congreso de la FUA, según las normas estatutarias, convocamos a un congreso en La Plata y fijate que estos muchachos, que siempre nos pretendieron correr por izquierda a nosotros, hicieron una alianza con Franja Morada, con la agrupación universitaria nacional del sector de Abelardo Ramos y con sectores del trotskismo. Después de que nosotros realizamos el congreso mayoritario en la ciudad de La Plata, ellos hicieron el congreso en la ciudad de Córdoba y entregaron la FUA al radicalismo de la Franja Morada”.

autocríticas que no alcanzaron para mantener su hegemonía: la alianza de sectores no radicales de la Franja Morada con la izquierda nacional de AUN se impusieron por tres votos sobre el FAUDI (la TUPAC se retiró antes de la votación, con lo cual le restó los votos decisivos). El sector socialista de la Franja logró la presidencia a través de Domingo Teruggi, estudiante platense, secundado por Pascual Bianconi de AUN.²⁵⁸ El bloque de radicales y socialistas quedó tercero y debajo sectores trotskistas como la TERS. De este modo, quedó conformada la FUA-Córdoba. El FAUDI, luego de años de hegemonía en la FUA, quedó desplazado de su dirección definitivamente.

La disputa con el PC y la polémica “Centros de estudiantes vs. Cuerpos de delegados” (1971-1972)

Desde sus orígenes, el comunismo revolucionario prestó una gran atención al movimiento estudiantil y consideraba el trabajo político en su seno como una cuestión estratégica. El estudiantado era considerado una fuerza social cuya mayoría tendía a incorporarse al campo de la revolución como aliada del proletariado. En ese sentido, el PCR concebía a los y las estudiantes como una “categoría social” caracterizada por una “condición social transitoria relativamente secundaria respecto del proceso productivo; por una actividad basada en la asimilación de los medios de producción cultural (en el sentido de medios ideológicos, científicos y tecnológicos), por lo cual se tornaban más receptivos a la crítica y a la circulación ideológica; por la concentración social y demográfica que potenciaba la organización y movilización; por su juventud “y por lo tanto la búsqueda de una concepción global del mundo” (PCR, 1972a: 272-273). Estas condiciones generales, sumadas a las características específicas del estudiantado argentino y de sus experiencias de lucha, en el marco de la estructura económico-social argentina, lo tornaba un ámbito de masas fundamental para el trabajo político revolucionario al que el PCR, como la mayoría de las organizaciones de la época, le prestaba un especial interés.

Atendiendo a estas cuestiones y a las abordadas en el apartado anterior, nos centramos ahora en el núcleo de nuestro análisis: la “política de masas” del PCR en la formación y desarrollo de cuerpos de delegados estudiantiles en la UBA. Con la FUA dividida, se desplegó con particular intensidad a lo largo de 1971 un debate fundamental

²⁵⁸ La declaración de la nueva conducción buscó articular el legado de la Reforma con las banderas del peronismo (Califa, 2017b). Al año siguiente, en 1971, el MNR socialista logró la presidencia, aliado a la Franja Morada, ya definitivamente radical, y al Movimiento Universitario Reformista Auténtico (radicales de Santa Fe).

para comprender las prácticas políticas del comunismo revolucionario en el movimiento universitario y en el marco de su disputa con el PC: nos referimos a la polémica en relación con los centros de estudiantes y su articulación con el surgimiento de intensos y masivos cuerpos de delegados.

Uno de los detonantes principales de la conformación de cuerpos de delegados estudiantiles fue la lucha contra las restricciones al ingreso al sistema universitario que había impuesto a comienzos de los setenta la dictadura militar. La lucha contra el “limitacionismo” fue impulsada por distintas organizaciones estudiantiles, entre ellas el FAUDI. Este proceso posibilitó la vinculación de los ingresantes con el movimiento estudiantil, apuntalando de este modo su politización, y favoreció la expansión de los cuerpos de delegados como instancia organizativa para fortalecer la participación de las bases (Bonavena, 2012).

Los cuerpos de delegados por curso se desplegaron en primer lugar en Córdoba, en torno a la lucha contra las limitaciones al ingreso, y hacia 1971 se instalaron aún con más fuerza en la Universidad de Buenos Aires. Allí las experiencias de cuerpos de delegados más importantes se dieron en las facultades de Filosofía y Letras, Ingeniería, Derecho, Arquitectura y Ciencias Exactas y Naturales; en Ciencias Económicas tuvo menor potencia, en Odontología hubo un mayor desarrollo hacia 1972 y en Medicina hubo intentos más débiles (Bonavena, 2012).

En el caso de Filosofía y Letras, puede verse con claridad las tácticas distintas que el PC y el PCR pusieron en práctica. El proceso en esta institución fue extenso, con distintos momentos y complejidades;²⁵⁹ aquí hacemos hincapié en ciertas cuestiones que nos permiten ver cómo se desplegó la organización estudiantil con el cuerpo de delegados como herramienta clave.

Frente a las medidas restrictivas para el ingreso, se conformó la “Comisión Pro Ingreso”, también denominada “Mesa de Lucha del Curso de Ingreso”; fue impulsada por el FAUDI, el FEN,²⁶⁰ la TUPAC, la TERS y una agrupación guevarista (Carta Abierta). Esta comisión organizó cursos y debates, con alrededor de 200 participantes por iniciativa, y constituyó “un verdadero foro de denuncia de las restricciones en el sistema de ingreso, y una importante instancia organizativa asentada sobre la elección de representantes por cada curso” (Bonavena, 2012: 9). Por su parte, el MOR se

²⁵⁹ Para un análisis pormenorizado, ver Bonavena, 2012.

²⁶⁰ El Frente Estudiantil Nacional (FEN) era una agrupación universitaria que, si bien se inscribía originalmente en el marxismo, se definía a sí misma como “de pasaje al peronismo”; su principal dirigente fue Roberto Grabois (Reta, 2009).

mantuvo al margen de esta iniciativa y llevó a cabo cursos de apoyo para preparar a los estudiantes para hacer frente al ingreso. El FAUDI, orientado por el PCR, impulsó con fuerza dicha iniciativa, así como también la formación de grupos de estudio, los intentos de poner en práctica la “evaluación estudiantil-docente”²⁶¹ y la búsqueda por ser candidatos a delegados para la disputa de las bases en cada curso.

En Filosofía y Letras, a la lucha contra el “limitacionismo” se sumó la oposición a las reestructuraciones académicas pretendidas por las autoridades interventoras y la propuesta de dividir la facultad. En ese contexto, el cuerpo de delegados del ingreso se ensanchó, siendo especialmente fuerte en Psicología y en los primeros años de otras carreras, y se constituyó en un actor protagónico en la resistencia contra esas reformas, poniendo en discusión quiénes debían decidir y defendiendo la necesidad de que haya “*control estudiantil y docente de los contenidos de la enseñanza y la investigación*” (Bonavena, 2012: 9). A lo largo del año, esta instancia de participación directa realizó actos, clases en la calle y asambleas masivas, a pesar de verse atravesada por las disputas entre las distintas corrientes políticas. Los delegados se elegían en cada curso de trabajos prácticos y llegaron a ser unos 300.

En una asamblea realizada el 10 de junio se logró conformar un Cuerpo de Delegados con una estructura unificada en la que se definió un “cuerpo ejecutivo” (integrado por uno o más delegados por materias, que a su vez se elegían entre los delegados de cada curso), y al que los docentes se incorporaron como minoría (Bonavena, 2012). Diversas corrientes políticas, estudiantiles y docentes, participaron del proceso, especialmente aquellas que podemos ubicar dentro del campo de la “nueva izquierda”. Por su parte, el MOR, fiel a su estrategia con eje en la disputa del centro de estudiantes, no se plegó.

Dicha asamblea desconoció al decano y postuló al Cuerpo de Delegados como dirección de la Facultad, configurándose como un pretendido “doble poder”, a la par que aprobó un programa.²⁶² Esto implicó la disolución en los hechos del Centro de Estudiantes y su reemplazo por esta nueva estructura.

²⁶¹ Según Gómez (comunicación personal, 14 de octubre de 2021), “cuando me refiero a la evaluación estudiantil-docente, no se trataba sólo de un tema de radicalización: eso postuló un tema pedagógico y didáctico de avanzada que llevó a formulaciones científicas y teóricas importantes (...). En su forma superior ya era una evaluación anónima, en la que cada cual hace un escrito, se comparten y se hace una evaluación colectiva de todos los estudiantes con el docente y se observa qué está bien y qué está mal”.

²⁶² Este programa se posicionaba: “1- *Contra la división de carreras*; 2- *Contra el plan de la intervención y todo plan de estudios elaborado sin participación del estudiantado*; 3- *Contra la colaboración o negociación con las autoridades*; 4- *Por la elaboración de planes de alternativa al servicio del proceso de liberación*; 5- *Contra los exámenes de ingreso*; 6- *Contra la represión y la tortura*; por el

Pocos días después, frente al creciente “poder estudiantil-docente”, las autoridades suspendieron las clases y cerraron la facultad “por tiempo indeterminado”. No obstante, esto fortaleció al Cuerpo de Delegados, que sostuvo las actividades académicas como si se tratara de un “poder paralelo”, y logró la reapertura de la casa de estudios casi una semana después.

Hacia mediados de octubre, se discutía cómo seguir: si se debía “relanzar” o no el cuerpo de delegados (tal como proponía el FAUDI), si se debía o no repudiar a las dos FUA, si se debía realizar un acto centralizado o varios descentralizados, si conformar o no una “Coordinadora de Agrupaciones de Base de Capital Federal”, etc. No obstante, lo que dotó de resonancia pública a esta asamblea fue la polémica entre “insurreccionalistas” y “prolongadistas” como estrategia de la revolución en la Argentina. Los primeros acentuaban la necesidad de la agitación y la propaganda para organizar al movimiento estudiantil como uno de los afluentes que, en el marco de un estallido insurreccional, pudiera cumplir su rol, dirigido por la vanguardia obrera hacia la toma del poder. Aquí, desde luego, se ubicaba el FAUDI. Los segundos, que resultaron triunfantes y cuyo bloque estaba conformado centralmente por agrupaciones ligadas al peronismo revolucionario, cuestionaban a sus rivales por “espontaneístas” y sostenían la centralidad de fortalecer a los “destacamentos armados” en el camino a la conformación de un “ejército del pueblo” (Bonavena, 2012). Este ejemplo es ilustrativo del grado de politización que atravesaba a una porción significativa del estudiantado en aquel momento.

Las organizaciones que impulsaron con fuerza este proceso consideraron que los cuerpos de delegados eran una instancia superadora de organización y participación estudiantil con respecto a los tradicionales centros de estudiantes y las federaciones, ligadas al legado reformista. Bajo esa perspectiva, el FAUDI, que conducía formalmente el centro de estudiantes de Filosofía y Letras, contribuyó a diluir su existencia orgánica, incluso proponiendo cambios estatutarios profundos, en el convulsionado proceso que se desplegó a través del cuerpo de delegados y la unidad docente-estudiantil. Según la reconstrucción de Califa (2018b), la TUPAC, antes que el FAUDI, era la agrupación que más contraponía la forma organizativa de los cuerpos de delegados con la persistencia de los centros de estudiantes.

levantamiento de sanciones y expulsiones, la libertad de compañeros presos y detenidos políticos; 7- Contra la dictadura y sus variantes golpistas o electorales [resaltado en el original]” (Bonavena, 2012: 14).

En la Facultad de Arquitectura, se desarrolló un proceso semejante (Califa, 2018b).²⁶³ De cada taller (equivalente a una comisión de trabajos prácticos) se eligieron representantes, llegando a conformar un cuerpo de delegados con 350 integrantes; entre ellos, se eligieron alrededor de treinta para conformar una “Mesa Ejecutiva”, a partir de la cual se buscó formar una comisión directiva que fuera capaz de disputar y reemplazar al centro de estudiantes, en el que el MOR había logrado imponerse frente al retroceso del FAUDI. El poder de este cuerpo de delegados le granjeó la posibilidad de levantar las clases oficiales y brindar cursos paralelos, frente a lo cual las autoridades decidieron clausurar la facultad. En este proceso, el FAUDI tuvo una mayor hegemonía que en Filosofía y Letras.²⁶⁴

Los cuerpos de delegados alcanzaron a lo largo de 1971 una gran fuerza, incluso llegaron a constituirse en una suerte de “poder paralelo” en Filosofía y Letras y en Arquitectura. Encabezaron el pico de la conflictividad estudiantil que se alcanzó a lo largo del año y fueron un bastión de resistencia contra los planes de la dictadura en la Universidad de Buenos Aires. Expresaron el grado de participación y politización que abarcó a vastos sectores estudiantiles. Conquistaron reivindicaciones concretas, especialmente frente a la cuestión del ingreso, impusieron cátedras²⁶⁵ y pusieron en discusión cuestiones muy profundas en torno a los procesos de enseñanza y los contenidos de las carreras. No obstante, hacia fines de año, sus llamas se fueron apagando.

Como hemos destacado, la disputa entre la política del PCR y la del PC en la universidad atravesó este proceso. Desde el comunismo revolucionario, Arnoldo Gómez (comunicación personal, 14 de octubre de 2021) recordó así aquel período:

Hacia los años '70-'71, nosotros perdemos el control de seis centros en la Capital. Y al mismo tiempo surgió el cuerpo de delegados en las facultades de Filosofía y de Arquitectura, como dos contra-fenómenos. Nosotros nos agarramos muy fuerte de eso, subestimamos una parte de la disputa más de masas que había con el MOR (...). Ahí arranca el período más radicalizado: los cuerpos de

²⁶³ En la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Córdoba, el FAUDI llevó aún más lejos su propuesta y encabezó la experiencia de “Taller Total”, como un modelo de ruptura con las formas tradicionales del proceso de enseñanza-aprendizaje y en la perspectiva de aportar elementos transformadores desde la universidad para la “liberación del pueblo”. Según Gómez (comunicación personal, 14 de octubre de 2021): “Por ejemplo, en el Taller Total se diseñaron los planes de construcción de viviendas populares para resolver los problemas del déficit habitacional, pero no se impulsaban estas iniciativas como una fórmula abstracta sino como una fórmula concreta, que permitiera desarrollos científicos muy importantes”.

²⁶⁴ Al calor de este proceso, también el FAUDI pudo conformar un cuerpo de delegados en la Escuela de Bellas Artes, e incluso rearmar el centro de estudiantes (A. Gómez, comunicación personal, 14 de octubre de 2021).

²⁶⁵ En este proceso se pudieron instalar algunas cátedras ligadas a militantes del PCR, como en Económicas (con Eugenio Gastiazoro y Horacio Cifardini) y en Arquitectura.

delegados y la idea de ejercitar la universidad del pueblo liberado. Por ejemplo, en medio de la dictadura se impusieron cátedras, se tomaban las facultades y se ejercía el cogobierno igualitario estudiantil docente de hecho, se designaban cátedras, se tomaban exámenes. Después venía la cana, se rajaba y venía un tema de pelear la validez de lo que se había hecho ese día con una parte del claustro docente que se sumaba a eso por el grado de radicalización que había.

Como hemos señalado, el MOR, por su parte, anclado en su identidad reformista, apostaba a la organización y relanzamiento de los centros de estudiantes y federaciones, puesto que las consideraba las organizaciones permanentes del movimiento estudiantil. En ese sentido, miraba con recelo el surgimiento de los cuerpos de delegados y las asambleas masivas. El testimonio de Kreyness es ilustrativo en ese sentido. Mientras el FAUDI muchas veces encabezaba asambleas masivas y volcaba su militancia en los cuerpos de delegados, descuidando relativamente las tareas gremiales y el propio funcionamiento de los centros, el MOR buscaba hacerse fuerte en las iniciativas que respondieran a necesidades concretas del estudiantado. En dicha estrategia, la influencia de Ernesto Giúdice fue clave. Según Jorge Kreyness (comunicación personal, 10 de julio de 2020):

En Derecho hubo dos asambleas: una muy grande, apoyando una huelga obrera, y una muy pequeña, planteando una comisión reorganizadora del centro de estudiantes. Después de esa jornada, fuimos un poco tristes a ver a Ernesto Giúdice, le dijimos 'nos fue muy mal, la otra asamblea fue enorme y la nuestra fue chiquita' y él nos dijo: 'no, ustedes triunfaron, porque los otros ¿qué organizaron? Hicieron su asamblea y después se fue cada uno a su casa. En cambio ustedes tienen ahora la comisión reorganizadora del centro'. Y nosotros volvimos con todo a plantear el centro de estudiantes, a resolver los apuntes, a ocuparnos de las tareas gremiales. Hasta que reorganizamos el centro y convocamos a elecciones y todas las fuerzas pudieron participar... O sea, Ernesto Giúdice había tenido razón.

Por su parte, Arnoldo Gómez (comunicación personal, 14 de octubre de 2021), si bien destacó que los cuerpos de delegados “impusieron los grandes triunfos de reformas de ese período, como el ingreso irrestricto –el primer lugar donde se logró fue en Filosofía y Letras” y que el PC no advirtió la profundidad de ese proceso, también le reconoció validez a la crítica de su organización de origen: “Es cierto que nosotros subestimamos la organización permanente. Esa parte de verdad tiene (...), pero no vieron a su vez otra parte de la verdad: había un fenómeno muy profundo que era este de los cuerpos de delegados como una forma de democracia directa que venía con fuerza”.

En ese sentido, el debate que atravesó al comunismo revolucionario en la UBA se asemeja al que surcó la experiencia clasista en Córdoba, tal como vimos en el

Capítulo 3. Frente a las politizadas asambleas y declaraciones del cuerpo de delegados de SITRAC-SITRAM, que en un primer momento el PCR celebró como proceso ejemplar, se propuso disputar la dirección del sindicato, es decir la organización permanente de los mecánicos cordobeses; para ello, buscó arraigar en los cuerpos de delegados. Al ganar su conducción, encontrándose en minoría dentro de la comisión directiva, apostó al fortalecimiento de los cuerpos de delegados y las instancias de participación directa, haciendo que los representantes de base fueran parte de las decisiones de dicha comisión.

En el caso de la UBA, el PCR colocó en el centro de su “política de masas” la organización y politización los cuerpos de delegados. Como hemos visto, bajo una orientación universitaria que privilegiaba esas formas de organización como superadoras de las heredadas de la Reforma, esto constituyó uno de los factores que lo llevó a descuidar cierta organicidad de los centros de estudiantes e incluso a subestimar la disputa por su conducción. Al perderlos y reorientar su estrategia, el FAUDI buscó hacerse fuertes en los cuerpos de delegados para disputar desde allí los centros estudiantiles, que ahora debían modificar sus estatutos “reformistas” para incorporar esas nuevas formas de organización estudiantil.

En ese sentido, la polémica no sólo se libró con el PC. Según Gómez (comunicación personal, 14 de octubre de 2021), en alusión a la creciente polémica con las organizaciones guerrilleras, la disputa en los cuerpos de delegados llegó a poner de manifiesto dos concepciones: aquella impulsada por el PCR, considerada correcta una vez que se hubiera “corregido la subestimación de los centros”, a través de la cual se buscaba anclar al cuerpo de delegados como base del centro de estudiantes; y otra, crítica a su vez del “espontaneísmo” que entreveía en la estrategia del PCR, “era entender a los cuerpos de delegados como base de la guerrilla”, en la que “se fogueaban y de ahí salían los mejores cuadros para la acción armada”.

Finalmente, hacia 1972 y tras el eclipse de los cuerpos de delegados, el MOR pudo imponerse en las elecciones de la mayoría de los centros de estudiantes porteños (Califa, 2018a), obteniendo alrededor de cuatro veces más votos que el FAUDI (Califa, 2020). Incluso ganó en los otrora “bastiones” del FAUDI como Arquitectura y Filosofía y Letras. El frente de agrupaciones orientadas por el PCR, si bien se fortaleció luego del declive inicial, no pudo recuperar la injerencia que había tenido a fines de los sesenta. La hegemonía del PC, no obstante, duraría poco: con el retorno del peronismo al poder, la Juventud Universitaria Peronista (JUP), ligada a la Tendencia Revolucionaria del

Peronismo y en particular orientada por Montoneros, se impondría en las elecciones de la UBA al año siguiente.

El comunismo revolucionario y la UBA bajo el gobierno peronista (1973-1974)

En el clima de ebullición política por el retorno del peronismo al poder, las facultades se encontraban tomadas cuando asumió Cámpora el 25 de mayo de 1973. Pocos días después, se designó a Rodolfo Puiggróss como interventor de la que entonces pasó a llamarse durante un tiempo “Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires”.²⁶⁶ Cabe destacar que su designación fue respaldada por un amplio espectro de agrupaciones universitarias y no sólo por la JUP. En la designación de decanos fue fundamental el peso de Montoneros, al punto de que el apoyo de la JUP era condición indispensable para ejercer una función de autoridad en la UBA (Friedemann, 2016).

A lo largo del año 1973, de las once facultades de la UBA, la JUP se impuso en ocho: en Agronomía y en Veterinaria (en alianzas con el MOR); en Arquitectura, Derecho, Ciencias Económicas, Filosofía y Letras y Medicina (sólo JUP); y en Odontología (en alianza con el FAUDI). El MOR por su cuenta ganó en Ciencias Exactas y Naturales y en Farmacia y Bioquímica (la Franja Morada prevaleció en Ingeniería). En varias casas de estudio, el FAUDI conformó un Frente con TUPAC, ligada a VC, alcanzando pocos votos, salvo en Filosofía y Letras donde se consolidó como segunda fuerza pero lejos de la triunfante JUP; además, en Arquitectura y en Ingeniería pudo recomponer en parte su arraigo.

La disputa del FAUDI con la JUP y el MOR tuvo un eje central en la discusión sobre el tipo de universidad, el mantenimiento de las conquistas alcanzadas bajo la dictadura de la “Revolución Argentina” y la necesidad o no de establecer cupos para el ingreso. Al respecto del primer punto, el PCR sostenía la necesidad de conformar “Consejos estudiantiles-docentes-no docentes”, elegidos democráticamente en asambleas o por medio de los cuerpos de delegados, con el objetivo de alcanzar el “gobierno igualitario estudiantil-docente-no docente con autonomía” (*Bandera Roja*, 1973).²⁶⁷ En relación con el ingreso, se impulsaron plebiscitos para impedir que se retrotrajera la situación; de hecho, la consigna principal de la FUA-Córdoba en aquel

²⁶⁶ Puiggróss había sido expulsado del PC a mediados de los cuarenta por su acercamiento al peronismo; luego se constituyó en uno de los referentes de la “izquierda nacional” y de los planteos de articulación entre marxismo y peronismo. Si bien no tenía pertenencia orgánica a Montoneros, era un referente de la izquierda peronista.

²⁶⁷ Esta publicación del PCR era el “periódico del comité del sector universitario de Capital”.

período fue “Un solo grito, ingreso irrestricto”; discusión que continuó en 1974 bajo la intervención de Vicente Solano Lima. Estos debates, a su vez, se enmarcaban en las discusiones de la política nacional que enfrentaba a Montoneros con el PCR, cuestiones que profundizaremos en el Capítulo 6.²⁶⁸

Con la ruptura de Perón con Montoneros y su fallecimiento el 1° de julio de 1974, se produjo en la universidad una ofensiva represiva contra los sectores de izquierda y contra el poder que había acumulado la JUP. Al sucesor de Solano Lima, Pablo Gustavo Laguzzi, la Triple A le realizó un atentado en el que murió su hijo de seis meses de vida. Fue reemplazado por Alberto Ottalagano, consolidando un giro represivo y opuesto en términos políticos al que se había desplegado bajo la gestión de Puiggróss.²⁶⁹ En el terreno educativo nacional, un viraje semejante había comenzado poco antes con la sustitución de Jorge Taiana por Oscar Ivanissevich como Ministro de Educación. En ese contexto, en septiembre de 1974, Montoneros pasó a la clandestinidad; la JUP debió seguir el mismo camino, dificultando de ese modo el funcionamiento de los centros que conducía. El clima represivo fue escalando de tal forma que directamente no se realizaron las elecciones a centros de estudiantes ese año.

Frente a esa situación, y bajo la perspectiva de que se avecinaba un golpe de Estado contra el gobierno peronista, el FAUDI hizo público un “llamamiento a los estudiantes” para “impedir el cierre de la universidad” y “conquistar una auténtica dirección para la lucha contra el imperialismo yanqui” (FAUDI, 1974: s.p.).²⁷⁰ En dicho documento, el comunismo revolucionario planteó duras críticas contra el Ministro de Educación y las medidas que impulsaba en la universidad. Si bien abordamos sucintamente la posición llamada “antigolpista” en el Capítulo 6, cabe tener en cuenta que en esta coyuntura el PCR sostuvo la peculiar posición de que era necesario defender

²⁶⁸ Según Arnoldo Gómez (comunicación personal, 14 de octubre de 2021), “empalmábamos con los Montoneros en la corriente de masas, en los cuerpos de delegados (...) esa corriente no nos era ajena, discutíamos con términos muy semejantes. Lo más ajeno en todo caso era el reformismo que le hacía asco a las reformas avanzadas [se refiere al MOR]. Esa era la diferencia esencial. (...) Por eso, pese a que ganó muchos centros, el MOR no logró protagonismo en el período que sigue. Avanzó sobre la base de que en política tenía el mismo blanco que los Montoneros: pasan a golpear como centro el gobierno de Perón y después de Isabel, y nosotros les polemizábamos desde la línea específica en la universidad, a la par que íbamos empalmando con la idea de que existía la penetración rusa (...) Nosotros veníamos polemizando con los Montoneros diciéndoles: 'ustedes avalaron el operativo Dorrego, no se hagan los de izquierda.'”

²⁶⁹ Según Sergio Friedemann (2016), bajo la gestión de Ottalagano, se inició una etapa que podría ubicarse en las antípodas del período precedente, ya que muchas de sus medidas fueron derogadas y se establecieron otras de carácter represivo y de persecución política, incluyendo la conformación de grupos de celadores ligados a la “ultraderecha peronista”, la prohibición de asambleas e incluso la incorporación de integrantes de las Fuerzas Armadas.

²⁷⁰ Al respecto del planteo del PCR sobre la necesidad de un “frente único antiyanqui”, analizamos sus implicancias en la Tercera Parte.

el gobierno constitucional de Isabel Perón para impedir un golpe de Estado que se consideraba posible y cercano desde la muerte de Perón. Bajo esa lectura, el FAUDI aclaraba que “no hacemos del gobierno nacional a nuestro enemigo ni lo ponemos en la mira de nuestras armas”, porque había que evitar “un nuevo ‘55”, pero que debían hacerse “trizas” los obstáculos que promovía la política del ministro y que dejaban “en bandeja la Universidad al enemigo” (FAUDI, 1974: s.p.).²⁷¹

Ivanissevich y Ottalagano efectivamente cerraron la Universidad de Buenos Aires. Según Gómez (comunicación personal, 14 de octubre de 2021), en ese contexto, “Nosotros dijimos: 'Enfrentamos las medidas represivas y fascistas de un gobierno que es constitucional’”. En el terreno universitario, el PCR consideraba que la situación era semejante a la de 1966 y que, por ende, “la pelea era desde adentro” de la Universidad; bajo esa perspectiva, se planteó como táctica la necesidad de reabrir los centros de estudiantes.

En ese clima crecientemente represivo, se convocó a una movilización el 10 de octubre contra el cierre de la universidad, con el apoyo de la FUA-Córdoba (la FUBA en manos del MOR no acompañó). En la resistencia a la represión policial, resultó herido en una pierna Armando Ricciotti, estudiante de Medicina, trabajador en el Hospital Fiorito y militante estudiantil del PCR. La policía lo llevó detenido y a las pocas horas se informó que había muerto.

Hacia fines de noviembre, otro asesinato sacudió al comunismo revolucionario de la UBA. Daniel Winer, estudiante de Ingeniería Química y secretario gremial del Centro de Estudiantes de Ingeniería (donde el FAUDI era tercera fuerza), bajo la definición de defender al gobierno peronista frente al golpe de Estado, se posicionó como el principal referente de la lucha por la reapertura y reorganización del centro de estudiantes; en ese contexto, fue secuestrado y asesinado en el subsuelo de la facultad. El hecho fue firmado por “La Mazorca”, un misterioso grupo del que sólo se conoce esta acción. Gómez (comunicación personal, 14 de octubre de 2021) les atribuyó la responsabilidad a tres celadores que eran parte de “un grupo vinculado al PC”. Para el PCR, se trató de un asesinato enmarcado en la “escalada golpista” que atribuían a distintos sectores.

²⁷¹ En el mismo panfleto, criticaban duramente al MOR y al JUP y les atribuían la ilusión de una “nueva aventura golpista 'a la peruana', fingidamente antiimperialista, en realidad ladera de una superpotencia: la URSS” (FAUDI, 1974: s.p.). Profundizamos en estos debates en el apartado a modo de Epílogo luego del Capítulo 6.

Si bien abordaremos esta espinosa cuestión en el apartado a modo de Epílogo luego del Capítulo 6, cabe aquí señalar que el posicionamiento de defender al gobierno de Isabel Perón frente al golpe de Estado fue difícil de sostener en el seno universitario; según Gómez (comunicación personal, 14 de octubre de 2021):

Con la pinza entre la actitud que toman los Montoneros [de pasar a la clandestinidad] y la política de Isabel para la universidad se generó un desastre (...) era muy difícil discutir nuestra posición frente a la idea de que "Isabel es de derecha" (...) La gran patriada fue la lucha antigolpista, fue un gran acierto, pero no se ganó... no logramos que haya una resistencia universitaria al golpe de Estado, fue una situación donde la universidad quedó neutralizada.

Evidentemente, más allá de que el retroceso de su fuerza universitaria en la UBA fue multicausal y se remonta hacia los años 1970/1971, esta línea llamada por el PCR “antigolpista” fue muy resistida en ámbitos universitarios, a la par que escalaba la represión generalizada. Esta, orientada contra sectores de izquierda, continuó golpeando a referentes del PCR en dicha institución: en 1975, fue detenido Eduardo López (el otro referente de Ingeniería junto con Winer), quien pasó siete años en la cárcel, y fue secuestrada y luego asesinada Patricia Tosi (la principal referente del FAUDI en Filosofía y Letras); luego del golpe, serían secuestrados y desaparecidos Gabriel Porta (estudiante de Agronomía), Daniel Bendersky y Miguel Ángel Spinella (ambos estudiantes de Ciencias Exactas y Naturales).

En definitiva, si bien sostuvo una fuerza significativa a lo largo del período 1970-1974, el PCR jamás pudo revertir su declive en el movimiento universitario porteño, el cual había sido su “bastión” años atrás cuando se lanzó a la formación de un nuevo partido. De todos modos, como hemos analizado, la relevancia de este caso radica en que allí el comunismo revolucionario impulsó prácticas políticas orientadas por su perspectiva de la “Universidad del pueblo liberado”. El centro de estas prácticas fue el impulso de las experiencias de los cuerpos de delegados estudiantiles. Como hemos destacado, estas formas de organización fueron consideradas claves porque se inscribían en la perspectiva de una “acumulación política de masas a través de su propia experiencia” y para la articulación entre lo político-reivindicativo y lo político-estratégico, en función de su singular concepción del “camino de la revolución” en la Argentina.

4.2 Sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario:²⁷² el trabajo político-cultural del PCR

En este apartado buscamos dar cuenta de las prácticas políticas del comunismo revolucionario en ámbitos de la cultura y la intelectualidad, a lo largo del período 1970-1974, para analizar cómo se articuló, en las concepciones y prácticas desplegadas por el PCR, la relación entre lo teórico, lo cultural y lo político.

En el marco de su perspectiva revolucionaria, este partido destacaba la relevancia de la intelectualidad como una “categoría social” definida por su relación con las instituciones de la superestructura y por el desempeño de tareas de dirección y organización en los procesos productivos. Como la dominación no descansaba sólo sobre el control de los aparatos represivos, sino también sobre la base de un “complejo aparato de dominación cultural” que tenía por objetivo “legitimar el dominio burgués terrateniente, disfrazar el papel del imperialismo en la vida económica y política nacional, lograr el consenso de los explotados acerca de las condiciones económicas, sociales y políticas de su explotación” (PCR, 1972a: 271). Si bien este aparato se consideraba subordinado “en última instancia” a los intereses de las clases dominantes, su dinámica contaba con una “autonomía relativa”; esto creaba

...el espacio para una lucha política específica del proletariado con vistas a conquistar al mayor número posible de intelectuales para la revolución, deteriorar los mecanismos de consenso social de las clases dominantes y transformar a algunos intelectuales, en el curso de la lucha política e ideológica, en intelectuales de nuevo tipo, representantes del proletariado (PCR, 1972a: 272).

Bajo esa perspectiva, si bien dentro del trabajo político-cultural de este partido se incluyen una diversidad de acciones, aquí no pretendemos reconstruirlas exhaustivamente, sino que focalizamos en algunas iniciativas editoriales, culturales e intelectuales que nos permiten iluminar los modos en los que el PCR libró la disputa política, cultural e ideológica en función de su perspectiva del “camino de la revolución” en la Argentina. Entre ellas, analizamos con mayor profundidad la experiencia político-editorial de *Los Libros*. Esta publicación, que expresó a su vez el grado de articulación del comunismo revolucionario con Vanguardia Comunista durante gran parte del período analizado, constituyó una usina de discusiones y reflexiones políticas y culturales, que contribuyeron al abordaje de relevantes nudos de debate ideológico.

²⁷² La paráfrasis hace referencia a una frase de Lenin (1902) que dice “Sin teoría revolucionaria no puede haber tampoco movimiento revolucionario” (p. 60).

Efectivamente, el trabajo en ámbitos de la cultura y la intelectualidad reviste una serie de especificidades que lo aleja por sus características de otras inserciones, como la del movimiento obrero industrial o el movimiento estudiantil que ya hemos analizado, así como la del campo, tal como veremos luego. En ese sentido, el eje central de la construcción política en este caso no se desplegó, desde ya, a través de la conformación de cuerpos de delegados, sino de la edición de publicaciones y la realización de actividades culturales, orientadas hacia distintos públicos y con una fuerte marca de politización en sus contenidos. Su análisis permite iluminar la especificidad del PCR en el marco de los debates de la “nueva izquierda intelectual”.

Iniciativas, publicaciones y la construcción de un “frente cultural”

El comunismo revolucionario, al igual que todas las corrientes con una acentuada matriz leninista, le otorgó a la prensa partidaria una enorme y temprana relevancia. Tan sólo un mes después de fundado el PC-CNRR, luego PCR, el 12 de febrero de 1968, salió a la luz el primer número de *Nueva Hora*, el órgano de difusión del nuevo partido. Se trataba de una publicación quincenal que perduró hasta el retorno de la democracia en 1983 (cuando cambió su nombre a *Hoy* y se transformó en semanario). Su nombre provenía de una referencia a *La Hora*, el semanario del PC entre 1940 y 1942, entre 1945 y 1949 y entre 1958 y 1959. Evidenciaba el intento del naciente PCR por disputarle a su organización de origen el lugar del “auténtico” partido del comunismo y el continuador de su tradición histórica.

Del mismo modo, más de un año después de la creación de la Juventud Comunista Revolucionaria (JCR) el 9 de abril de 1972,²⁷³ comenzó la edición de *Nueva Juventud*, en una evidente referencia al periódico *Juventud*, que editaba la FJC desde los años cuarenta y que, a mediados de los sesenta, había quedado en manos de la disidencia juvenil hasta el momento de la fractura. La frecuencia de esta publicación fue más discontinuada; de hecho, el segundo número salió recién en febrero de 1974. También se editaron publicaciones más específicas por sector (en el movimiento obrero

²⁷³ Organizativamente, el “Partido” y su “Juventud” tenían dos estructuras espejadas pero separadas una de otra; de hecho, ser afiliado de la segunda no implicaba “pertenencia orgánica” al primero. Formalmente, la subordinación de la JCR al PCR era estrictamente política. Es decir, tanto el PCR como la JCR se estructuraban a partir de “células” jerárquicamente ordenadas hasta llegar a cada respectivo Comité Central, pero la dirección política máxima estaba en manos del partido. Estatutariamente, la “Juventud” era considerada “una organización auxiliar del Partido” y su misión consistía en “la penetración del comunismo revolucionario y de la línea partidaria en los sectores juveniles” (PCR, 1972: 418). El primer secretario general del brazo juvenil del PCR fue Oscar Marioni (“Ricardo Fierro”) y el primer secretario de organización hasta su desaparición en 1977 fue Manuel Guerra (“Quebracho”).

industrial, rural y universitario, entre otros), algunas explícitamente partidarias y otras ligadas a la construcción de agrupamientos más amplios.

En el plano más teórico e ideológico, el PCR editó la revista *Teoría y Política*, con más de treinta números, desde enero de 1969 hasta 1983 (cuando cambió su nombre por el de *Política y Teoría*). En su primer número (*Teoría y Política*, 1969), bajo la dirección de José Ratzel, se proponía a la publicación como el instrumento para la labor teórica, que “debe ser entendida como un momento necesario de la práctica revolucionaria porque a través de ella se producirán los conocimientos que orienten permanentemente la acción política del partido” (p.2). A la vez, procuraba convertirse en “motivador de investigaciones marxistas leninistas de la sociedad argentina, los problemas que nos plantean la revolución latinoamericana y el desarrollo del movimiento comunista internacional” con el fin de ser “un instrumento de afianzamiento y consolidación del partido de vanguardia del proletariado en la Argentina” que el PCR se proponía gestar (*Teoría y Política*, 1969: 2).

Desde el punto de vista intelectual, fueron significativos en aquel momento los aportes de algunos dirigentes del PCR como Horacio Ciafardini y Eugenio Gastiazoro.²⁷⁴ Según la reconstrucción de Rubio (2020a), el primero se había destacado por su sólida formación como economista, tanto en el país como en el exterior, y se habría incorporado al partido hacia 1970. Su militancia se habría desplegado centralmente en tareas de “propaganda” y “educación”, es decir ligado a la formación teórica de la militancia; y en la publicación de artículos en *Teoría y Política* y otras revistas. Entre 1970 y 1971, impulsó junto a otros profesionales el Centro de Trabajadores Intelectuales, que produjo seminarios de formación, cuadernos de investigación y llevó a cabo polémicas en el seno de la teoría marxista. Ciafardini también se destacó en prestigiosos ámbitos académicos y profesionales, escribió libros y ejerció la docencia universitaria; de hecho, fue cesanteado bajo la intervención de Ottalagano en la UBA.

Gastiazoro, por su parte, también estudió Economía, se recibió de Contador Público, realizó un doctorado en Economía y una maestría en la Universidad de Vanderbilt, en Estados Unidos. Había escrito libros con Ismael Viñas durante su militancia en el MLN y los primeros libros que publicó luego de su incorporación al PCR fueron polémicas desde la teoría marxista con el desarrollismo, tales como *Crítica*

²⁷⁴ Para un análisis de la trayectoria política e intelectual de Gastiazoro, ver Rubio, 2019; para el caso de Ciafardini, ver Rubio, 2020.

del Desarrollismo (Gastiazoro, 1970). Desde los comienzos, su militancia estuvo ligada al periódico *Nueva Hora*, del cual pasó a ser su director en 1974 cuando reemplazó a Julio Godio. Como señala Rubio (2019), con la publicación de *Argentina Hoy. Capitalismo dependiente y estructura de clases* (Gastiazoro, 1972), “comenzó un trabajo de largo aliento donde intentó construir un conocimiento científico integral respecto a las características del capitalismo argentino y sus clases sociales” (p. 13). Este trabajo fue reeditado en 1973 con algunas modificaciones y luego en 1975, ya con desplazamientos significativos en función de los cambios operados en el PCR con la adhesión oficial al maoísmo. Entre ellos, la crítica a la teoría del “capitalismo dependiente” que tanto Gastiazoro y Ciafardini como el PCR habían defendido y que luego pasaron a ser exponentes de su crítica. Profundizamos en esta cuestión en el Capítulo 6.

También cabe destacar que en la primera mitad de los setenta, el PCR impulsó proyectos editoriales: Ediciones Pueblo, Mundo Nuevo y Ediciones de Mayo. Bajo la editorial mexicana Fuente Cultural, el partido argentino reimprimió una reedición de las cartas que se enviaron los comités centrales de China y de la Unión Soviética en los primeros sesenta (PCCh, [1965] 1972), en el marco de su polémica en el Movimiento Comunista Internacional. La editorial Pueblo realizó una reedición de artículos chinos titulada *China Hoy. Diez respuestas a diez cuestiones fundamentales* (Pekín Reconstruye, 1974). Asimismo, publicó libros fundamentales para comprender la perspectiva del PCR como *Argentina Hoy. Latifundio, dependencia y estructura de clases* de Eugenio Gastiazoro (1975). Ediciones de Mayo editó *El otro imperialismo. Del socialismo al socialimperialismo* de Carlos Echagüe (1974). Mundo Nuevo, por su parte, publicó escritos inéditos basados en conferencias de Mao Tse Tung (1975) acerca del *Manual de Economía Política* de la Unión Soviética y de *Problemas Económicos del Socialismo* de Stalin. Asimismo, producto de la relación del PCR con el grupo de *Pasado y Presente*, intelectuales como Carlos Altamirano, Carlos Echagüe y Horacio Ciafardini, entre otros, tradujeron materiales para su publicación en la colección “Cuadernos de Pasado y Presente”.

Como vimos en el Capítulo 1, uno de los afluentes que se incorporaron al PCR en sus orígenes estaba ligado al grupo que dirigía José Aricó; entre ellos, se destacó Horacio Crespo, que fue hasta la dictadura de 1976 secretario de organización del partido cordobés. De hecho, como hemos dicho, las relaciones de aquel exponente argentino del pensamiento gramsciano con el comunismo revolucionario perduraron

hasta 1973 (Crespo, 2010) e incluso este contribuyó a la elaboración de la línea de los cuerpos de delegados que se buscó llevar a cabo en el SMATA de Córdoba, tal como vimos en el Capítulo 3. Según el testimonio de Otto Vargas (en Andrade, 2005), el “grupo que aportó 'Pancho' Aricó” les “permitió armar un trabajo cultural” (p. 40).

Al respecto de este “frente cultural”, no podemos brindar precisiones sobre su alcance, aunque sí podemos establecer la vinculación con el mismo de ciertas personalidades durante un período. Entre ellas, podemos destacar, a modo ilustrativo, la del escritor David Viñas, el actor Federico Luppi y posteriormente la del músico Carlos Alberto García Moreno, conocido como “Charly García”.

Según Jorge Álvarez (Rey, 2013), por entonces un notable empresario editorial (Editorial Jorge Álvarez y Ediciones De la Flor) y productor discográfico de Sui Generis,²⁷⁵ le pidió a Viñas que lo ayudara a Charly para que mejorara la composición de sus letras:

Charly me tenía un poco hartado con eso de 'aprendí a ser formal y cortés/cortándome el pelo una vez por mes'. Si eso era la única crítica social que podíamos hacer, estábamos mal. Mi idea era que sus letras empezaran a hablar un poco de la realidad. Nunca supe de qué conversaban, pero Charly se pasó de rosca enseguida. Lo tuve que parar a David, porque me lo estaba convirtiendo en un marxista-leninista (Rey, 2013: s.p.).²⁷⁶

Las participaciones de García se desarrollaron durante algunos meses de 1974. Según su relato, “Yo era miembro del Partido Comunista Revolucionario, querido... Era maoísta. Iba a reuniones en las que estuvieron David Viñas, Federico Luppi y otros intelectuales... Fui a cantar un par de veces a la villa...” (Sánchez y Riera, 2002: s.p.). Con lo último, hace referencia a algunas presentaciones que hicieron como Sui Géneris en una gran ocupación de viviendas que dirigían militantes del PCR en el llamado Complejo 17 de Ciudad Evita en La Matanza, una de ellas durante los festejos del 25 de mayo de 1974. Con sarcasmo y humor, Charly recordó que

Antes de conocerlos, solía decir cosas fuertes al final de los conciertos de *Sui Géneris*: hablaba del Che Guevara, arengaba a la gente... Entonces, cuando los maoístas estos me vinieron a hablar, me copé. En *Instituciones* quería poner el Manifiesto Comunista solamente para cagarme de risa. Ya Marx me parecía re-fashion (...) Pero me lo tomé en serio porque me parecía que a los hijos de puta había que matarlos. Era una cosa urgente, porque si no, nos mataban a nosotros. Y estaba en un partido muy extremo, inagarrable. (...) Hablaban de cosas como si los

²⁷⁵ Con su Sello Mandioca produjo a algunas de las más importantes bandas de rock argentino, tales como Manal, Vox Dei, Almendra, Tanguito, Pappo's Blues, Miguel Abuelo, Moris y Sui Generis, la banda que habían formado Carlos Alberto “Nito” Mestre y Charly García a comienzos de los setenta.

²⁷⁶ Según el recuerdo de Beatriz Sarlo, “Un día estábamos en una reunión del PCR. Caigo a la casa de David [Viñas], y me dice: ‘¿sabés que vinieron dos pibes? Los podríamos usar para algún festival...’ Le pregunto quiénes eran y me contesta: ‘uno me dijo que se llamaba Charly...’” (Provéndola, 2021).

rusos le habían dicho a los chinos que... Era todo un complot mundial (se ríe)
(Sánchez y Riera, 2002: s.p.)

Según su testimonio, la vinculación de García perduró hasta la grabación del disco “Pequeñas anécdotas sobre las instituciones”, que se presentó en diciembre de 1974 y que expresó un vuelco en las composiciones del artista, con letras más explícitamente políticas, incluso atravesando problemas con la censura de aquella época.

El caso de Federico Luppi fue diferente; en su caso, aclaró que se “veía con gente del PC, del trotskismo, con gente del PCR. Del trotskismo con Política Obrera. No contacto en el sentido militante, sino que por ahí hacían algún festival o pasaban algún documento para firmar y yo lo hacía, no tenía problema, aunque esas actividades me traían problemas” (Pacheco, 2009: s.p.). Ambos testimonios evidencian el precario lazo que unió a ambos artistas con la estructura partidaria.

El caso de David Viñas es más complejo. Si bien resulta difusa su participación estrictamente orgánica en el PCR, a partir de los testimonios es clara su vinculación desde su función intelectual específica y con cierto rol de dirección en el trabajo cultural del partido. En 1971, se fundó el periódico *La Comuna*, cuyo nombre fuera propuesto por él en homenaje a los cien años de la “Comuna de París” de 1871. Allí Viñas compartió la dirección y su consejo de redacción con el sacerdote tercermundista Belisario Tiscornia y militantes del PCR como Antonio Sofia, Jacobo Perelman y Gerardo Luna. Para el comunismo revolucionario, este periódico debía constituir “un instrumento unitario de una política de hegemonía proletaria insurreccional, partidaria de la revolución de liberación social y nacional en marcha al socialismo” y como tal podía ser el “vocero oficioso de la corriente que acuerda con esa política en el terreno sindical, estudiantil, católico, etc.” (PCR, 1972b: 400). La publicación duró hasta 1973 y se editaron diez números (Celentano, 2014). Tomando en consideración eso y la relación con Charly García, podemos especular en que la vinculación de Viñas con el comunismo revolucionario perduró, al menos, hasta fines de 1974.

Quienes sí habían asumido un compromiso más orgánico con el PCR fueron Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, quienes a la sazón tenían una relación de pareja y podemos afirmar que fueron parte del “frente cultural”. Según la escritora y especialista en crítica literaria y cultural, “el compromiso que Altamirano y yo teníamos con el PCR era total. Yo militaba en la revista *Los Libros* varias horas por día y después me tomaba el colectivo 15 y me iba para el norte a repartir periódicos. O sea que el compromiso

que teníamos era absolutamente total” (Mercader y García, 2012). Altamirano, por su parte, se incorporó a la militancia de izquierda desde el reformismo universitario primero y luego se afilió a la FJC en Corrientes. Hacia 1967, fue a Buenos Aires y se ligó a disidentes universitarios que formarían el nuevo partido. Se sumó al naciente PCR y estuvo hasta comienzos de 1976. Su militancia consistió en llevar a cabo tareas internas, por un lado, como ser el segundo responsable nacional de “Educación”, y, por el otro, tareas de carácter público, centralmente ligadas al “frente cultural”. Más adelante profundizamos a partir de su testimonio sobre su trayectoria en el comunismo revolucionario como expresión de los cruces y tensiones entre lo intelectual y lo político-partidario.

Tanto Altamirano como Sarlo pasarían a ocuparse de la revista *Los Libros*, ya que el PCR había desembarcado en ella a partir de la relación que mantenían con Aricó. Según Otto Vargas (comunicación personal, 15 de diciembre de 2015),

Aricó nos dijo ‘nosotros les vamos a dar un puesto en la cátedra que tenemos de Filosofía y Letras de Buenos Aires’, donde estaba [Juan Carlos] Portantiero y nos dieron un puesto donde entró a trabajar Carlos Altamirano, también nos dijo: ‘Les voy a dar la revista que sacamos en la capital y hay gente nuestra que puede pasar a trabajar con ustedes’, la revista [*Los Libros*] la dirigía [Héctor] Schmucler, que era del grupo de él, prácticamente la revista nos la pasó a nosotros y ahí nos pasó a un compañero, [Horacio] Crespo, que fue Secretario de Organización de Córdoba hasta el momento que triunfó la dictadura.

En el próximo apartado, focalizamos en esta experiencia político-editorial, en la que confluyeron tanto el PCR como VC.²⁷⁷ Antes de profundizar en ella, cabe señalar que ambas organizaciones compartieron otra publicación que editaron en conjunto: *Desacuerdo*, un quincenario que salió entre mayo de 1972 y junio de 1973 (con 24 números). Su objetivo era la difusión de la posición de votar en blanco en las elecciones de ese año como parte de la confluencia entre ambas organizaciones en el Frente Revolucionario Antiacuerdista [en referencia al GAN] (Celentano, 2014). Fue dirigido

²⁷⁷ Para un análisis sobre los orígenes de Vanguardia Comunista, ver Celentano, 2012; Celentano y Tortti, 2012; y Rugar, 2017b. Sucintamente, podemos decir que VC se fundó en 1965 y proviene fundamentalmente de la ruptura de 1961 en el seno del Partido Socialista Argentino y la formación del Partido Socialista Argentino de Vanguardia (Tortti, 2007). Al interior de este último, una serie de debates derivaron en que un sector, dirigido por Elías Semán, terminara optando por una interpelación a los trabajadores en tanto clase, alejándose del peronismo, y realizando una diferenciación en tres direcciones: frente al PC, criticó a su dirección por “reformista” y “revisionista”; frente al “guerrillerismo” (agrupando a las distintas variantes de la modalidad guerrillera), se manifestó abiertamente crítico, aunque sostuvo la necesidad de una revolución violenta; y frente al PSAV, se diferenció de sus intentos de acercamiento al peronismo, considerando que se había cometido el error de querer “revolucionarizar” al “populismo” (Celentano y Tortti, 2012). Este grupo optó, entonces, por la identificación con el comunismo y la conformación de un “partido marxista-leninista” que pudiera conducir la “guerra popular y prolongada”. Fue la primera organización en la Argentina que adoptó explícitamente el maoísmo como fundamento político-ideológico (Rugar, 2017).

por Ricardo Nudelman y contó con la participación de Elías Semán, Ricardo Piglia, Roberto Nágera, Andrés Rivera, Roberto Fontanarrosa y Jacobo Perelman, entre otros.²⁷⁸

*EL PCR y Los Libros: una experiencia política y cultural de la “nueva izquierda”*²⁷⁹

Esta publicación se editó entre julio de 1969 y enero-febrero de 1976, y tuvo 44 números. Como producto destacado por su calidad, puede ser considerada como uno de los más importantes emergentes político-culturales de la “nueva izquierda” intelectual. A la vez, y este constituye un eje fundamental para nuestro análisis, como expresión, al menos parcialmente, de las rupturas y reagrupamientos que atravesaron a la “izquierda tradicional” y dieron lugar a organizaciones de la “nueva izquierda”.

No obstante, originalmente *Los Libros* no se propuso ser un producto esencialmente político, sino más bien ligado a la crítica literaria y cultural. Su primer director, Héctor Schmucler, había sido uno de los fundadores de *Pasado y Presente* y, aunque había estado en el PC, no tenía militancia orgánica al momento de fundar el proyecto. A su vez, se encontraba muy influido por la “nueva crítica” y tomó como modelo una publicación francesa llamada *La Quinzaine Littéraire*. Su primer número se editó en julio de 1969, poco después del Cordobazo. El primer subtítulo que tuvo definía su propósito: “Un mes de publicaciones en Argentina y el mundo”; es decir, tomando la revista francesa como modelo, *Los Libros* se proponía reseñar libros publicados a lo largo del mes, ya sean de literatura, antropología, psicoanálisis, filosofía, lingüística o teoría marxista.²⁸⁰

En ese sentido, la revista nació como una intervención cultural y política que pretendía la difusión de teorías y corrientes intelectuales que en esa época implicaban una renovación en el campo de la crítica. Evidentemente, fueron los procesos de conflictividad social y política en la Argentina de aquellos años los que atravesaron la propuesta de la revista y la fueron modificando, al punto de que *lo político* terminó prevaleciendo en la orientación de la publicación.

²⁷⁸ Para un análisis relacional de las trayectorias de VC y del PCR en sus primeros años, ver Siskindovich, 2017. Allí el autor se centra en el período 1967 y 1972 y analiza aspectos organizacionales, búsquedas de definición ideológica, la construcción de corpus teórico-políticos y sus perspectivas hacia las coyunturas políticas nacional e internacional, entre otras cuestiones.

²⁷⁹ Para este apartado, nos valemos de los resultados de una investigación previa (Cisilino, 2015).

²⁸⁰ Para un análisis de las relaciones entre la crítica literaria desplegada en *Los Libros* y lo político, ver Esposito, 2014.

Los cambios operados en la propuesta pueden entenderse a partir de la tensión entre la vinculación con la ‘nueva crítica’, la difusión de novedosas corrientes teóricas y su relación con lo político, por un lado, y la discusión sobre el rol del intelectual en una situación política vertiginosa, por el otro. En ese sentido, Patricia Somoza y Elena Vinelli (2011) consideraron que, a partir del triunfo de Salvador Allende en Chile y el número doble dedicado especialmente, se produjo una “latinoamericanización” de la revista, donde empezaron a tomar protagonismo los fenómenos estrictamente políticos que se sucedían en la región.²⁸¹ En ese contexto, se publicaron números dedicados al análisis de los procesos que se desarrollaban en Cuba, Perú, Chile e incluso China. Autores como Fontdevilla y Pulleiro (2005) consideran que con este giro comenzó la “politización” de la publicación. Los principales intelectuales que en ese entonces formaban la revista coincidieron en considerarlo un punto de inflexión (Somoza y Vinelli, 2011).²⁸²

En cualquier caso, hacia septiembre de 1971, la presencia de lo político se consolidó y se explicitó en un nuevo subtítulo: “Para una crítica política de la cultura”. Esta reorientación implicó cambios en la dirección, ya que se armó un consejo conformado por Schmucler, el escritor Ricardo Piglia (que militaba en VC) y Altamirano. Este “triumvirato” sólo duró dos números y rápidamente se incorporaron Beatriz Sarlo, Germán García y Miriam Chorne (esposa de Schmucler por aquel entonces). Según Piglia (Somoza y Vinelli, 2011), el “triumvirato” había partido del acuerdo de “darle a la revista una orientación maoísta” (p. 15). Sin embargo, según Altamirano (Somoza y Vinelli, 2011), Schmucler, que se terminaría ligando a Montoneros, amplió el staff de dirección justamente para no quedar aislado frente a los acuerdos en pos del maoísmo que podían tener sus dos compañeros. Finalmente, el director original quedó en una posición debilitada, especialmente a partir de la afiliación de Sarlo al PCR.

En esta nueva etapa, los artículos informativos y de análisis político, así como la presencia de lo testimonial, comenzó a predominar por sobre las reseñas y críticas de libros, aunque esto nunca fuera abandonado por completo. Fue en este período en que tomaron centralidad temas como el Cordobazo, las experiencias sindicales clasistas, las organizaciones guerrilleras como Tupamaros, la Revolución Cultural en China, los debates sobre la caracterización de la Unión Soviética, así como cuestiones importantes

²⁸¹ Para una problematización del proceso de “latinoamericanización” de la revista, ver Sabattini, 2013 y Celentano, 2016.

²⁸² Para un análisis de las relaciones entre intelectuales y política en *Los Libros*, ver Crivelli, 1996.

ligadas a la coyuntura nacional. En ese sentido, es relevante mencionar algunos análisis volcados en la revista, a lo largo del período analizado, en torno a cuestiones nodales de los debates sobre el “camino de la revolución” en la Argentina, pues en ellos se manifestó la lucha política, teórica e ideológica que el núcleo de dirección, ligado a VC y al PCR, intentó desplegar desde *Los Libros*.

En la publicación, se le otorgó gran importancia al análisis de experiencias como la del clasismo de SITRAC-SITRAM y el auge del poscordobazo, en el marco de la perspectiva, compartida por VC y por el PCR, de consolidar una corriente clasista en el movimiento obrero que pudiera disputar los cuerpos de delegados, las comisiones internas y la dirección de los sindicatos y de las CGT regionales.

También se le dio un notable espacio a la discusión sobre “las vías”, articulando la polémica a partir de experiencias concretas. Entre ellas, cabe destacar cuatro: la Revolución Cubana, el triunfo de Unidad Popular en Chile, el proceso peruano con el general Velasco Alvarado y la Revolución China con su correlato en la “Revolución Cultural Proletaria”.²⁸³

El análisis de cada una de ellas pone de manifiesto distintas “vías” y modalidades para transitar el “camino de la revolución”. La cubana con su triunfo a poca distancia de Estados Unidos demostró la posibilidad de una revolución en América Latina y ejerció una influencia inconmensurable en defensa de la lucha armada y, en particular, de sus modalidades guerrilleras. El triunfo de Salvador Allende en Chile, por su parte, creó expectativas en algunos sectores en torno a una “vía pacífica” como “camino al socialismo”, cuestión que se puso en tela de juicio nuevamente cuando se produjo el golpe de Estado en 1973. Con respecto al proceso encabezado por Velasco Alvarado en Perú, este influyó en ciertos sectores que se entusiasmaron con la posibilidad de replicar en la Argentina la “vía militar” que, a través de un golpe de Estado por parte de un sector del ejército considerado “nacionalista”, posibilitaría tomar medidas de carácter “popular” y “antiimperialista” como las atribuidas al general peruano. Por último, la Revolución China, que había demostrado la posibilidad de que un proceso transformador triunfara en un país oprimido, fue un polo de atracción que derivó en la ruptura con la URSS y la división del MCI; asimismo, desde la segunda mitad de los sesenta, se desarrollaba la “Revolución Cultural Proletaria”, proceso que

²⁸³ La elección de las experiencias responde a dos criterios: por un lado, se trata de procesos a los que la revista les dedicó un número especial, además de tratarlas en otros artículos. Por otro lado, se trata de experiencias revolucionarias que dieron cuenta de “caminos” muy diferentes; en este caso, el centro se ubica exclusivamente alrededor de la cuestión de “las vías” distintas que se pusieron en juego en cada una.

involucró a millones de personas y cuyo objetivo declarado era evitar la “restauración capitalista”. Esta experiencia ejerció una notable influencia en sectores de la intelectualidad por aquellos años.

Esta “politización” volcada en *Los Libros* generó tensiones, debido a las diferentes perspectivas políticas que anidaban en la publicación; incluso había quienes, como Germán García, que se oponían al predominio de lo político y preferían mantener el perfil cultural, posicionamiento que lo terminó alejando del proyecto. Los principales ejes de discusión que provocaron fuertes cimbronazos al interior del equipo que publicaba la revista fueron: el GAN;²⁸⁴ el triunfo y posterior derrocamiento de Salvador Allende; las elecciones de 1973 en la Argentina; el llamado “Caso Padilla” en Cuba²⁸⁵ y el rol que debían cumplir los intelectuales en un proceso revolucionario; y la ineludible discusión sobre si la revolución pasaba o no por el peronismo.

En un clima de profundización de las divergencias internas, Schmucler, ya vinculado al peronismo revolucionario, decidió irse de la revista que había fundado, y con él se fueron Germán García y Miriam Chorne, dejando la dirección en manos de Piglia, Altamirano y Sarlo. Según su primer director, luego de su salida, *Los Libros* se transformó en un “órgano cultural de un movimiento político” (Somoza y Vinelli, 2011: 18). El “nuevo triunvirato” era más homogéneo ideológicamente. Durante esta etapa, cobraron importancia artículos referidos al conflicto chino-soviético, se publicaron aportes sobre Mao, sobre la tesis de la “restauración capitalista” en la URSS, sobre la Revolución Cultural y sobre el “camino de la revolución” en la Argentina. Según Altamirano (Somoza y Vinelli, 2011), se buscó “combinar lo que en aquel momento era el radicalismo ideológico, con un poco de marxismo maoísta, lingüística, psicoanálisis...” (p. 17), buscando rivalizar desde una perspectiva de izquierda con la revista *Crisis*.²⁸⁶

²⁸⁴ De hecho, el artículo sobre el GAN en el número 27, escrito por Altamirano, desató una polémica en la revista; incluso se discutió sobre si publicarlo o no. Esto se debía que no todos compartían la caracterización que en él se hacía del peronismo, de la vanguardia y de la relación entre esta y las masas, así como de los posibles entendimientos de Perón con la dictadura de Lanusse, etc. La oposición más dura, según Altamirano, fue la de Schmucler. Finalmente, la posición del fundador de la revista fue derrotada y este artículo terminó siendo publicado, aunque se incluyó una nota editorial que expresaba explícitamente las disidencias.

²⁸⁵ Se refiere a la detención del intelectual y poeta Heberto Padilla en marzo de 1971, bajo la acusación de estar involucrado en “actividades contrarrevolucionarias”; luego de más de un mes preso, se “autocriticó” (Gilman, 2002). Este conflicto desató un debate en el campo intelectual latinoamericano con hondas repercusiones.

²⁸⁶ Hacia 1973, *Crisis* editaba unos 17 mil ejemplares, mientras que *Los Libros* editaba unos tres mil (Crivelli, 1996).

Más allá de esto, cabe destacar que *Los Libros* no fue en ningún momento el órgano partidario ni de Vanguardia Comunista ni del PCR. Incluso en su etapa final, Altamirano y Sarlo resistieron las presiones por convertir a la revista en un órgano partidario. Sobre este punto, Altamirano afirmó que concebían a la revista como “un órgano de *frente*, y no una revista orgánica del partido” (Somoza y Vinelli, 2011: 18). Si bien es cierto que no puede reducirse a una revista partidaria, también lo es que, desde la salida de Schmucler y la consolidación del nuevo “triumvirato”, *Los Libros* comenzó a tener una orientación maoísta en muchas de las temáticas políticas que abordaban sus artículos. Del mismo modo, podemos identificar la creciente influencia de las líneas políticas de ambas organizaciones involucradas, tanto en editoriales como en artículos que abordaban cuestiones nacionales, históricas o coyunturales.

Si bien queda por fuera del período que analizamos, cabe señalar que hacia 1975 estallaron dentro del núcleo de dirección de la revista las diferencias entre VC y el PCR, especialmente frente a la caracterización del momento político bajo el gobierno peronista. Si bien todos coincidían en que no se debía confundir al gobierno de Isabel Perón con el “enemigo principal”, plantearon dos miradas diferentes. Por un lado, Piglia (en sintonía con VC) sostenía que la “política represiva, reaccionaria y antipopular” del gobierno “favorece el golpe de Estado y alienta a los personeros del imperialismo yanqui que trabajan por la restauración” (Piglia, 1975: 3). Por el otro, Sarlo y Altamirano, en consonancia con la posición denominada “antigolpista” del PCR, sostuvieron que el “mayor error” radicaría en repetir el alineamiento de fuerzas que “celebró” el golpe de 1955. En ese sentido, partiendo de identificar “contradicciones reales” de Isabel Perón y el sector burgués (“nacionalista y tercermundista”), que ella habría representado, con “el imperialismo yanqui y los terratenientes”, el gobierno debía ser defendido “junto al pueblo peronista” frente a la “alternativa del golpe de Estado”, en el marco de la agudización de la “pugna interimperialista” entre “las dos superpotencias” (Altamirano y Sarlo, 1975: 3). Estas posiciones encontradas confluyeron en un duro debate, que se expresó en el citado editorial doble en el cual se distinguía cada postura. Con esta “carta-editorial”, Piglia renunció a su puesto y se fue de la revista, que quedó en manos de Sarlo y Altamirano. En ese marco, se editaron cinco números más, hasta que ellos mismos se fueron del PCR y de la revista, que editó un último número en enero-febrero de 1976, bajo la dirección de Osvaldo Bonano. Finalmente, la concreción del golpe de Estado impidió su continuidad.

Para finalizar, es relevante detenernos a analizar el testimonio de Carlos Altamirano (comunicación personal, 20 de febrero de 2020) como exponente clave de los cruces entre lo cultural y partidario; nos interesa detenernos en su paso por el PCR y en el doble rol que ejerció como militante orgánico y como cuadro intelectual que impulsaba una publicación político-cultural de “frente único”. Asimismo, analizamos las divergencias que lo terminaron alejando, junto a Beatriz Sarlo, del comunismo revolucionario, poco después del golpe del 24 de marzo de 1976.

Consultado acerca de la relación entre la dirigencia política del PCR y los intelectuales dentro del partido, Altamirano (comunicación personal, 20 de febrero de 2020) negó que se tratara de una estructura monolítica o burocrática donde no se pudiera discutir internamente, incluso afirmó que “hubo un tiempo en que el partido era más laxo ideológicamente”, pero que esto fue cambiando a medida que se fueron tomando definiciones “más marxistas-leninistas”. En ese sentido, consideró que el comunismo revolucionario había comenzado a adoptar “los rasgos de su progenitor [en referencia al PCA]”.

En la actualidad, Altamirano aún sostiene como correcta la posición “antigolpista” del PCR y mantiene la crítica a las organizaciones guerrilleras. Según su análisis, “el gobierno de Isabel era horrible, pero el golpe de Estado era mucho peor, incomparablemente peor”; por eso, afirmó que “éramos antigolpistas, pero también pensábamos que jugaba a favor del golpismo la acción guerrillera”. En ese sentido, consideraba que tanto Montoneros como el PRT-ERP “jugaban para el golpe” porque “eran operados” por Cuba y la Unión Soviética que, como gran potencia, desplegaba su acción como parte de su “juego estratégico” (C. Altamirano, comunicación personal, 20 de febrero de 2020). Estos fueron, y siguen siendo, sus acuerdos con la política impulsada en aquel entonces por su ex organización.

No obstante, sus diferencias colisionaron en torno a uno de los ejes claves con el que el PCR, a medida que fue adoptando las tesis maoístas, analizaba la realidad del país: el “socialimperialismo” y su influencia en actores políticos, económicos y militares de la sociedad argentina, tal como analizaremos en el Capítulo 5. En ese sentido, Altamirano (comunicación personal, 20 de febrero de 2020) sostuvo que “la divergencia con el PCR estaba situada justamente en esto del socialimperialismo, no tanto en la categoría general, que yo también terminé por aceptar, sino sobre todo por su gravitación en la política argentina, y sobre todo por la atribución del golpe de Estado del '76 a fuerzas prosoviéticas”. Según su criterio,

¿Con cuántas manos actúa una potencia? Con la izquierda, con la derecha, con el pie izquierdo, con el derecho, con la cabeza, con la nariz, con todo, y la Unión Soviética era una gran potencia (...) No necesitaba la captura de todo el sistema de dominación social en la Argentina para hacer negocios con el país y con los milicos.

Efectivamente, la defensa del gobierno peronista frente al golpe había constituido un punto de acuerdo, que incluso costó el alejamiento de Piglia de la revista y las tensiones cada vez más grandes con Vanguardia Comunista. Pero el debate acerca de la incidencia soviética sobre actores fundamentales de la política, la economía y el poder militar resultaba inverosímil para Altamirano y Sarlo.

Otto Vargas (en Brega, 2008) brindó otra versión de estas divergencias. Según quien fuera secretario general del PCR por más de cincuenta años, la discusión principal había sido en torno al “carácter de la oligarquía terrateniente”; bajo ese esquema, les imputó a ambos intelectuales la posición de haber caracterizado las particularidades de la dictadura del '76 a partir de que esta habría tenido un carácter de representante de “terratenientes independentistas”. Según Vargas, “Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, antes de irse del PCR, teorizaban el carácter nacional progresista de la oligarquía argentina en un artículo que escribieron sobre el *Martín Fierro*” y esto se explicaba porque “los terratenientes argentinos siempre habían sido independentistas, hegemonizaron la Revolución de Mayo, etc.” (Brega, 2008: 266). A través de este análisis acerca de sectores terratenientes y su supuesto carácter progresista, según la imputación de Vargas, Altamirano y Sarlo explicaban las peculiares relaciones de la dictadura de 1976 con la Unión Soviética. En nuestra entrevista, Altamirano (comunicación personal, 20 de febrero de 2020) desestimó esta interpretación totalmente. Para él, la dictadura había expresado a “sectores reaccionarios de las Fuerzas Armadas y de la sociedad argentina”.

En cualquier caso, la salida de ambos intelectuales y el golpe de Estado terminaron por clausurar la experiencia de *Los Libros*, una de las revistas político-culturales más importantes de la “nueva izquierda” intelectual.²⁸⁷ En ella, como hemos

²⁸⁷ Durante el período posterior, el PCR continuó con su política de publicar revistas político-culturales, “subterráneas”, en condiciones de (relativa) clandestinidad, como parte de la disputa ideológica y de la “resistencia cultural” contra la dictadura. Se trataba de publicaciones de “unidad antidictatorial” impulsadas por el “frente cultural”. Entre ellas, podemos mencionar el surgimiento en 1977 de la revista *Posta*, que luego de tres números adoptó su nombre definitivo hasta su desaparición en 1992: *Nudos*. Esta formó parte de la experiencia de la Asociación de Revistas Culturales de Argentina. Según Evangelina Margiolakis (2011), en *Nudos* “Varios de sus miembros estaban vinculados a la tradición maoísta del Partido Comunista Revolucionario Argentino. Esto se evidenciaba en su rescate de la cultura nacional, popular y antiimperialista. La importancia asignada a la poesía de la mano de Jorge Brega y a

analizado, el PCR pugó por librar una lucha política, teórica, ideológica y cultural en función de su concepción del “camino de la revolución” en la Argentina.

4.3 El comunismo revolucionario en el campo: la cuestión agraria y la “política de masas” en el ámbito rural

El campo argentino según el PCR

En primer lugar, nos proponemos reconstruir sucintamente la concepción acerca de la cuestión agraria que guió las prácticas políticas que el PCR puso en juego a lo largo del período 1970-1974.²⁸⁸ En sus primeros documentos, signados por sus polémicas con el PC, aunque con fuertes convergencias en este punto, el comunismo revolucionario sostuvo que la Argentina era un país caracterizado por el “desarrollo capitalista deformado por la dependencia del imperialismo y por las rémoras precapitalistas que subsisten en el campo” (PC-CNRR, 1968c: 147). En ese sentido, la principal “traba” para el desarrollo y los “pilares” de dicha “deformación estructural” estaban configurados por el poder de los monopolios extranjeros, el latifundio y los grandes capitalistas a ellos asociados.

De este modo, la enorme concentración de tierras en pocas manos, es decir el latifundio, constituyó un elemento central en los análisis del PCR sobre la conformación del campo argentino, al igual que en su organización de origen. Esto se debe a la consideración de que el desarrollo capitalista se había desplegado bajo los condicionantes de esa estructura de propiedad de la tierra y por ello la formación de un mercado interno se había visto restringida. En ese sentido, el latifundio y la dependencia no sólo fueron limitantes para el desarrollo agropecuario, sino también para el de la industria nacional. Por esta razón, a ojos del PCR, la primera “fase de la revolución” debía encarar una serie de transformaciones estructurales. Entre ellas, siguiendo el ejemplo cubano, debían resolverse “a fondo” las tareas “democráticas” y “agrarias” a través de una “reforma agraria profunda y completa y la posterior implantación, paulatina y voluntaria, de relaciones cooperativas y socialistas de producción” (PC-CNRR, 1968c: 183).

las artes plásticas a través de las expresiones pictóricas de Manuel Amigo [ambos directores de la revista], implicó la posibilidad de ‘mostrar’ la censura y desapariciones” (p. 7).

²⁸⁸ Para una profundización del análisis en los debates y las variaciones en la perspectiva de la cuestión agraria que atravesaron al PCR en sus primeros años, ver Lissandrello, 2018.

Bajo esa perspectiva, se concebían los cambios que se desarrollaban en el agro como análogos a lo que denominaban el “camino prusiano” (PC-CNRR, 1968c: 147), terminología también empleada por el PC.²⁸⁹ Con esto se referían a que los latifundios se “modernizaban”, es decir, se desarrollaba en ellos el capitalismo, pero conservando el régimen de propiedad de la tierra. Esta visión llevó al PCR en sus primeros años (antes de la adhesión al maoísmo) a hablar de “oligarquía burguesa terrateniente”. Además, el “camino prusiano” se contraponía con la vía “farmer”, en referencia a un desarrollo de la producción agraria opuesto a la gran propiedad, en la que una gran cantidad de campesinos pueden acceder a la tierra para fortalecer la producción agrícola y constituir la base de un fuerte mercado interno; el modelo de este proceso sería el desarrollo capitalista en el campo de Estados Unidos. Asimismo, a ojos de este partido y también en consonancia con el PC, persistían diversas formas de explotación con rasgos “precapitalistas” y estos se manifestaban en la existencia de apareceros, medieros, tanteros, puesteros, etc. Por estas razones, los terratenientes eran los principales enemigos en el campo y eso exigía atender a las particularidades no sólo de los obreros rurales, sino también de las distintas capas de campesinos.

El comunismo revolucionario consideraba que la clase terrateniente se había asociado a monopolios extranjeros y a grandes capitalistas en diversas ramas de la economía, especialmente en lo que refiere a la producción agropecuaria. Esa alianza constituía la base de la dependencia del imperialismo. En el marco de un “Estado oligárquico-imperialista”, eran estos terratenientes y monopolios quienes “superexplotan al proletariado rural, expolían a los campesinos pobres y medios y oprimen al campesinado en su conjunto” (PC-CNRR, 1968c: 182). En el caso de los llamados “campesinos ricos”, la cuestión era diferente porque, si bien también sufrían parcialmente la opresión de terratenientes y monopolios, debía evitarse que estos asumieran la dirección de la “lucha antimonopolista y antioligárquica”, ya que su “vacilación” los llevaría inevitablemente a traicionar a los “pobres” y “medios”, quienes, por lo tanto, debían organizarse por separado en función de sus reivindicaciones específicas. Quizás en esta valoración más reticente hacia el

²⁸⁹ Según Eduardo Azcuy Ameghino (2008), intelectual ligado al PCR y especialista en la cuestión agraria, el “camino prusiano” se caracteriza por un desarrollo del capitalismo en el agro en el que se destaca un proceso de “aburguesamiento” de un sector de los terratenientes de origen feudal. En ese sentido, los avances se desarrollan a través de la explotación de trabajo asalariado por parte de esos terratenientes latifundistas. En este caso, el peso y poder de los terratenientes en la sociedad es “superlativo” (p. 145), reemplazando en ese sentido el lugar que, en otros casos como el inglés, ha ocupado la burguesía agraria.

“campesinado rico” podemos encontrar una de las principales divergencias del PCR con su organización de origen, que tendía a considerar al campesinado en bloque como parte de los contingentes que se enfrentaban a la clase terrateniente.

En suma, desde sus comienzos, el naciente PCR prestó especial atención a la cuestión rural y se propuso: apostar a la sindicalización masiva de obreros rurales, arraigando con sus organizaciones especialmente en las grandes estancias y explotaciones agropecuarias; construir la organización independiente y a nivel nacional de los considerados campesinos pobres y medios, y cuando estos participen junto al campesinado rico disputar su dirección a partir de las reivindicaciones de los sectores más pobres; construir células partidarias en las grandes explotaciones agropecuarias y fortalecer al partido en pueblos y localidades con fuerte concentración de obreros y campesinos (pobres y medios) (PC-CNRR, 1968c).

La jerarquización del trabajo partidario en el campo fue objeto de tensiones y debates al interior de este partido durante el período abordado. Como destaca Lissandrello (2018), se consideraba que la subestimación hacia el trabajo agrario era el “pecado tradicional de la izquierda argentina”, que se le imputaba tanto al PC y al PS como a los partidos trotskistas. No obstante, el citado autor señaló que la comunista fue la organización que más atención le prestó, tanto por el material producido al respecto como por la preocupación por arraigar allí.

Si bien desde sus orígenes el PCR sostuvo la importancia de trabajar entre el proletariado rural y el campesinado pobre y medio, con la adopción del maoísmo la importancia de los campesinos y el eje “antiterrateniente” fue adquiriendo mayor relevancia. Si bien profundizamos en el impacto del maoísmo en la línea del comunismo revolucionario a lo largo de la Tercera Parte, cabe destacar aquí que, en el proceso de incorporación de los postulados maoístas y su “adaptación” a la realidad argentina, el PCR polemizó con aquellas posiciones que sostenían el carácter plenamente capitalista del campo (donde la contradicción burguesía-proletariado sería la fundamental) como con aquellas, imputadas al PC, que a su entender “exageraban” los resabios precapitalistas (con lo cual el campesinado en bloque formaba parte del bando revolucionario).

Efectivamente, el Partido Comunista había elaborado una concepción de la cuestión agraria que guardaba muchas similitudes con la propuesta luego por el PCR, lo cual da cuenta de una fuerte marca de continuidad. No obstante, la vigencia de la caracterización del país como “capitalista dependiente” en los primeros años del

comunismo revolucionario, tal como analizamos en el Capítulo 6, llevó a este partido a subrayar el arraigo de las relaciones capitalistas en el campo (aunque reconociendo y valorando la existencia de las otras “precapitalistas”) y por ende la centralidad estaba ubicada en el proletariado rural. Asimismo, esta visión exigía una distinción tajante de los sectores “pobres” y “medios” del “campesinado” con respecto a los “ricos”.

En el caso del PC (Kohen, 1968), que partía también de la dependencia del imperialismo y del poder terrateniente, con la supervivencia de rasgos “semifeudales”, se diferenciaba del PCR en tanto acentuaba estos últimos, sumado a un énfasis en el insuficiente y “deformado” desarrollo capitalista. Por todo esto, cobraban mayor importancia las “tareas burguesas” que debían cumplirse en la primera etapa de la revolución; estas no podían asumir un perfil “anticapitalista” sino fundamentalmente “antilatifundista” y “antiterrateniente”. En ese esquema, el PC asumía la centralidad de la lucha campesina por sobre la de los obreros rurales, en tanto el acceso a la distribución de la tierra constituía el eje principal del enfrentamiento contra la clase terrateniente. Entonces, en el campo, la necesidad de conformar un “frente democrático nacional” incluía, además de los obreros rurales, al campesinado en su conjunto. Además, se dejaba abierta la posibilidad de que se incorporaran todas las “capas” y “clases” que colisionaran con el latifundio de los “grandes terratenientes”; en ese sentido, se admitía incluso la posibilidad de incorporar terratenientes de menor escala (Kohen, 1968).

Otro contendiente con el cual el PCR polemizó al respecto fue Vanguardia Comunista, cuyas discusiones fueron planteadas incluso en artículos publicados en *Nueva Hora* (1971b, por ejemplo). En este caso, partiendo de la necesaria unidad obrero-campesina, la polémica con esta fuerza maoísta giraba centralmente en torno al papel de la clase obrera en el proceso revolucionario argentino. Si bien el comunismo revolucionario le reconocía a VC el haber ajustado su línea en torno a la importancia de esta (a partir de las puebladas de 1969-1971), se le atribuía una “estrategia equivocada para la Argentina” en la medida en que, criticando la perspectiva insurreccionalista, seguían enmarcados en una concepción del “camino de la revolución” que debía ser desde el campo hacia las ciudades. En ese sentido, la clase obrera no constituiría el principal contingente en la revolución, no sería la principal “fuerza motriz”, sino sólo la “fuerza dirigente”.

En concreto, la discrepancia remitía a la mayor importancia que VC le asignaba al trabajo político en el campesinado, especialmente en lo que denominaba “zonas

críticas” del interior del país; allí, desde su perspectiva revolucionaria, era posible organizar a esas masas rurales para que pudieran protagonizar una “gran marcha” hacia los grandes centros urbanos.

Según el PCR, esto era equivocado porque se basaba en una “incorrecta” caracterización de la estructura argentina: mientras para VC la Argentina era una “neocolonia” del imperialismo estadounidense, para el PCR era un país “capitalista dependiente”. Según este partido, la estrategia de la “guerra prolongada” necesariamente equivalía a desdibujar la centralidad de las relaciones capitalistas y, por ende, a confundir las contradicciones de clase que atravesaban a la sociedad argentina (*Nueva Hora*, 1971b). Es relevante destacar esta polémica debido a los virajes que analizamos en la Tercera Parte, cuando abordemos el proceso de abjuración de la teoría del “capitalismo dependiente” y el proceso de identificación del PCR con el maoísmo.

En verdad, la lectura de la cuestión agraria por parte de VC tenía fuertes puntos de convergencias con el análisis del PCR. Entre ellos, la centralidad que adquirió la concentración monopólica de la propiedad de la tierra en manos de un puñado de terratenientes (a los que consideraban “parasitarios” por no reinvertir su renta), ya que el latifundio había truncado la posibilidad de un desarrollo “farmer”. Además, VC sostuvo también la tesis de la supervivencia de formas productivas “precapitalistas” (arriendo, aparcería y tantería), aunque afirmaron también que el capitalismo estaba ya desarrollado en el campo argentino. Desde ese punto de vista, hacia 1971 VC había reemplazado su caracterización de la Argentina: ya no era un país “semifeudal” y “semicolonial”, en sintonía con la visión maoísta de China, sino una “neocolonia”, signada por el dominio del imperialismo sobre la industria, la asociación entre monopolios, terratenientes y la “gran burguesía”, y la generalización de las relaciones capitalistas. Este proceso habría desembocado en una Argentina que hacia fines de los cincuenta era una “neocolonia yanqui” (Lissandrello, 2018: 448).²⁹⁰ Este es uno de los puntos en torno al cual el PCR planteó su polémica, ya que en aquel entonces el comunismo revolucionario se aferraba a la caracterización de la Argentina como un país capitalista-dependiente.

El otro eje de polémica, y el fundamental a nuestro entender, tenía que ver con la perspectiva estratégica. VC defendía la necesidad de una “guerra popular prolongada” que exigía la conformación de un ejército; este no podía desarrollarse en el espacio

²⁹⁰ Recién en su II Congreso, realizado a comienzos de 1976, VC modificó su formulación de la Argentina como país “neocolonial” y lo reemplazó por la caracterización de país “capitalista dependiente” (Rupar, 2019).

urbano, por lo cual requería del ámbito rural y del campesinado para su construcción, en aquellas zonas que constituyeran como “eslabones débiles” de la dominación político-militar. Esto se ajustaba a la tesis maoísta llevada a cabo en China: el proceso revolucionario comenzaba en el campo y desde allí se fortalecían las fuerzas que luego iban a desembocar en las ciudades en un proceso de “guerra popular”. Esta tesis colisionaba con la insistente posición insurreccionalista del PCR y su énfasis en la clase obrera y en los centros urbanos industriales.

Apuntes sobre el trabajo político del PCR en el campesinado

Atravesado por los debates y cambios de línea que sucintamente hemos señalado, el trabajo agrario del PCR se orientó tempranamente a la organización de obreros rurales y de “campesinos pobres y medios”. En ese marco, el comunismo revolucionario determinó las zonas más importantes que debían privilegiarse. En ese sentido, sostuvo la importancia de arraigar en la pampa húmeda, fundamentalmente entre los obreros rurales de Bahía Blanca, Pehuajó, Mar del Plata, Pergamino, Rosario, Santa Fe y Córdoba (Lissandrello, 2018). En el caso de Mendoza y La Plata, además de obreros, debía trabajarse con campesinos “pobres” y “medios”. De hecho, en La Plata se contaba con un trabajo político en lo que se caracterizaba como el “campesinado medio” a partir de una cooperativa en la localidad de Etcheverry, compuesta por 600 socios; el arraigo en dicha cooperativa fue posible gracias a que los dirigentes de la misma habían pasado del PC al naciente PCR (testimonio de E. Romero, comunicación personal, 14 de abril de 2018). Hacia 1973, el PCR se ligó, a través del trabajo que tenía en un hospital de la zona, con un movimiento de medieros que hasta el triunfo de Cámpora había sido dirigido por Montoneros. Se trataba de 80 familias que producían lechuga y tomate en campos de alrededor de 200 hectáreas (propiedad del grupo Los Tilos). Los reclamos de estos sectores tenían que ver centralmente con el acceso a la tierra y la denuncia contra el control de la comercialización que tenían los propietarios de las tierras junto con los monopolios (*Nueva Hora*, 1973).

En tercer lugar, se señalaba la importancia de las zonas noroeste, norte y noreste del país, regiones periféricas y excluidas en comparación con la pampeana central. En ellas, se desarrollaría el movimiento de las Ligas Agrarias. Este fue uno de los emergentes de las crisis que asolaron a las economías regionales durante los sesenta y setenta, fundamentalmente producto de la concentración y centralización de la tierra, la modernización y avance capitalista en la producción y la pauperización de amplios

sectores, procesos que afectaban especialmente a campesinos y pequeños productores rurales.

En ese marco, las Ligas Agrarias representaron un movimiento de protesta frente al proceso de exclusión que recaía sobre colonos y campesinos (Galafassi, 2006). Este movimiento se inició a fines de 1970 y se extendió hasta el golpe de Estado de 1976. Estuvo compuesto por una diversidad de productores rurales, incluyendo desde campesinos minifundistas pauperizados hasta chacareros medianos, llegando a agrupar a más de veinte mil familias y alrededor de 54.000 jóvenes (Galafassi, 2006). Algunas de las más importantes fueron: las Ligas Agrarias Chaqueñas (LACH), que fueron las primeras en fundarse (1970); la Unión de Ligas Campesinas Formoseñas (ULICAF), fundada en 1971; el Movimiento Agrario Misionero (MAM), también creado en 1971; y las Ligas Agrarias Correntinas (LAC), surgidas en 1972. En algunas de ellas, la cuestión del acceso a la tierra, frente al avance de los desalojos, fue la reivindicación central que articuló sus luchas. También se organizaron agrupamientos más específicos, como las Ligas Tamberas en Córdoba y Santa Fe y las Ligas Chancheras en la pampa húmeda. En estas últimas, el dirigente del PCR Carlos Pailolle tuvo una destacada participación.

Este trabajo en el seno de los actores que el PCR conceptualizaba como “campesinos pobres y medios” se fue extendiendo a distintas zonas del país, y la cuestión agraria fue adquiriendo mayor protagonismo en el discurso de este partido. Esto se vio reflejado en la creciente aparición periódica de notas al respecto en el *Nueva Hora*, incluso hacia 1973 esta prensa inauguró una breve sección (“Despertar Agrario”) que sintetizaba algunos de estos procesos y complementaba a los artículos centrales.

Al respecto de este proceso de luchas, el comunismo revolucionario celebraba que en 1970 el campesinado se hubiera sumado al combate contra la dictadura. Si bien muchas concentraciones habían sido hegemónicas por campesinos ricos y terratenientes, y en particular estos últimos agrupados en el Movimiento Campo Unido, se destacaba que muchas de ellas habían escapado a su control y se habían manifestado reivindicaciones del campesinado pobre y medio (PCR, 1971a).²⁹¹ De hecho, los más empobrecidos habían sido protagonistas de las movilizaciones en el Chaco, donde los líderes de sectores de burguesía agraria habían sido abucheados y se había comenzado a perfilar la organización de las Ligas Agrarias, en las que el partido debía actuar y

²⁹¹ Mientras el “campesinado rico” basaba sus reivindicaciones en las rebajas impositivas, créditos, freno a la usura, precios compensatorios, etc., en Chaco, Misiones y Tucumán los sectores más empobrecidos del campesinado reclamaban por la anulación de la ley de desalojo rural, por arrendamientos con contratos por cinco años, el acceso a la tierra y la derogación de cláusulas “semifeudales” en el estatuto del tamero mediero (Lissandrello, 2020).

reforzar su presencia (PCR, 1971a). Lo que el PCR destacaba centralmente de estas experiencias liguistas era que se habían conformado organizaciones campesinas independientes de los terratenientes y que debían apostar a su extensión nacional. Como destaca Lissandrello (2020), el comunismo revolucionario buscó vincularse a las Ligas Agrarias, propagandizando sus acciones, reclamos e instancias de organización, así como pretendió orientarlas en una perspectiva revolucionaria que hiciera posible su unidad con el proletariado rural.

El PCR y el proletariado rural

Con el objetivo de contrarrestar el “atraso” de su inserción política en el seno de los obreros rurales, el PCR se propuso reforzar su presencia a partir de destinar para este trabajo específico a militantes que provinieran de la universidad, tanto estudiantes como profesionales. La estrategia de “marchar al campo” debía hacer posible el arraigo partidario en regiones atravesadas por la cuestión agraria. En particular, el centro del trabajo debía orientarse a través de las Agrupaciones “Primero de Mayo” dentro de la Federación de Trabajadores Rurales y Estibadores (FATRE, hoy UATRE), con el propósito de ganar la dirección del sindicato. Producto de la inserción que desarrolló a lo largo del período analizado, hacia 1975 centralizó todo el trabajo partidario en el seno del proletariado rural a través de la creación de la “Comisión Nacional de Obreros Rurales”. Esta “Comisión” trabajó en dos andariveles: organizando a los trabajadores rurales estancia por estancia, conformando cuerpos de delegados, y apuntando a la recuperación de FATRE de manos de dirigentes “burócratas” (Lissandrello, 2018). Para ello, era fundamental elaborar listas clasistas amplias, que aspiraran a ganar al trabajador identificado con el peronismo.²⁹²

Una de las estrategias que llevó a cabo el PCR se basó en la articulación entre el trabajo intelectual de profesionales del partido (docentes, agrónomos, médicos, etc.) y la construcción sindical que este impulsaba. De ese modo, a través del aporte de profesionales en zonas rurales, el comunismo revolucionario pudo profundizar su conocimiento acerca de las necesidades específicas que estos sectores precisaban, así

²⁹² Como destaca Lissandrello (2018), esta “Comisión” elaboró un programa de cinco puntos, de los cuales el primero refería a la defensa de la Ley de Contrato de Trabajo sancionada en 1974 por sobre el Estatuto del Peón que había sido decretado en 1944. La primera contaba con una serie de mejoras para los trabajadores rurales: “la jornada de 8 horas diarias, la indemnización por despido y la estipulación de un tiempo de preaviso, una nueva tabla para definir el tiempo vacacional y la categorización de especialidades no reconocidas antes (en el ámbito agrario, la de cabañeros e inseminadores)” (Lissandrello, 2018: 528).

como las particularidades de cada especialidad. Ejemplo de esto fue el trabajo del grupo de profesionales de la salud del PCR en conjunto con la FATRE de Coronel Dorrego, quienes evaluaron el estado de salud de acopiadores de granos y el posible impacto en términos de enfermedades producto de la manipulación de cereales.

En esa dirección, para elaborar iniciativas adecuadas los y las militantes debían practicar el método de “preguntar y escuchar” y “practicar y estudiar” (Lissandrello, 2018). La apuesta del PCR consistía en arraigar a través de la formación de “comités de pueblo” y sus esfuerzos estuvieron orientados a conformar nuevas direcciones basadas en la democracia sindical, tomando las decisiones en asambleas, afiliando masivamente al gremio, constituyendo nuevas seccionales y organizando a las bases a través de delegados de quinta y criaderos. Para ello, constituía un rol fundamental la prensa partidaria en tanto herramienta para difundir las ideas del PCR que trascendieran la cuestión estrictamente reivindicativa; asimismo, se impulsaba el desarrollo de periódicos zonales que se caracterizaran por un abordaje más específico de los problemas que atravesaban a estos sectores que el PCR se proponía organizar y dirigir. Esto debía combinarse con la labor de la JCR en el seno de las masas juveniles y con la del trabajo específico en las mujeres, promoviendo la organización de las mujeres de campo.

Como hemos mencionado, la conformación de cuerpos de delegados constituía la forma de organizar a las masas, tanto en la fábrica como en la Universidad y el campo. A partir del registro de su trabajo agrario en las sucesivas ediciones del *Nueva Hora* y la reconstrucción realizada por Lissandrello (2018), podemos mencionar algunas de las principales zonas en las que, durante el período analizado, el PCR pudo desplegar sus prácticas políticas en el seno de los obreros rurales. En San Juan, por ejemplo, hacia 1972, el comunismo revolucionario constituyó células, organizó asambleas y movilizaciones, y promovió la elección de delegados por finca entre los trabajadores de la uva, la cebolla y el tomate. En Mendoza, particularmente en la ciudad de Tunuyán, desplegó su labor organizando el cuerpo de delegados “galpón por galpón”, con la perspectiva de “recuperar” el sindicato. Otro de los lugares donde llevó a cabo su estrategia fue en la producción quintera, como ya hemos mencionado, particularmente en el “cordón verde” de Buenos Aires. De hecho, a comienzos de 1974, trabajadores rurales de las quintas, provenientes de diferentes zonas de Buenos Aires, comenzaron a intercambiar y coordinar experiencias; un año después, “obreros rurales del Partido, de diferentes seccionales del llamado 'cordón verde' del Gran Buenos Aires” se reunieron

con la perspectiva de constituir una regional de FATRE (*Nueva Hora*, 1975). También el PCR tuvo presencia en una empresa avícola de San Luis, cuyos trabajadores se organizaron en torno a un problema sanitario que afectaba a toda la ciudad.

Para articular su trabajo en el seno de los trabajadores del campo y dentro de FATRE en particular, el PCR conformó la “Corriente Clasista de Obreros Rurales y Estibadores”.²⁹³ Un eje central que atravesó este desarrollo estuvo ligado a la reivindicación por la jornada laboral de 8 horas; también fueron importantes las cuestiones vinculadas a la seguridad y la salud. A nivel nacional, con un gremio con alrededor de 300 seccionales y un estancamiento en la cantidad de afiliados, el comunismo revolucionario intentó incidir en sus congresos, como el realizado en mayo de 1974. Se cuestionaba a la dirección nacional por “sectaria” y se le imputaba no representar a los trabajadores, sino comportarse como “apadrinada por la oligarquía terrateniente”, frente a lo cual el PCR impulsó una lista única de todo el arco opositor (*Nueva Hora*, 1974a). Para su arraigo regional, editó publicaciones específicas como *El Chasqui sureño* en Bahía Blanca, *El peón* en La Pampa o *La Unión Obrera Rural* en la provincia de Río Negro. Pudo hacer pie en las quintas de Robeta, en Formosa, y de Esther, provincia de Santa Fe (*Nueva Hora*, 1974a). En Misiones, la presencia del PCR entre los trabajadores tealeros y tareferos, en el marco del posicionamiento llamado “antigolpista”, le permitió unirse a sectores peronistas y triunfar luego, a fines de 1975, en las elecciones de la FATRE regional. En la provincia de Buenos Aires, se destacó su presencia en Coronel Dorrego, General Madariaga y Bahía Blanca, aunque también en Médanos y Moreno. En el sur de la provincia de Buenos Aires fue donde el comunismo revolucionario tuvo mayor arraigo. Allí, particularmente en Bahía Blanca y en Igarzábal, fue donde se desarrollaron las experiencias que nos interesa analizar en profundidad.

“Hacer el SMATA en el campo”: el caso de la construcción de seccionales de FATRE en el sur de la provincia de Buenos Aires

Para dar cuenta de este caso, contamos con el testimonio de uno de sus protagonistas: Amancay Ardura. Oriundo de Coronel Pringles, nació en una familia ligada al campo: “mi padre era mitad peón de campo, mitad campesino, era propietario de arado de rejas, sembradora de caballo y cosechadora a caballo, lo que sería un

²⁹³ Según Amancay Ardura (comunicación personal, 15 de febrero de 2019), esta recién se conformó posteriormente, durante la dictadura de 1976.

pequeño contratista de aquella época, entonces le trabajaba en el campo a uno y a la vez con sus herramientas le sembraba e iba en sociedad (...) Así me crié en el campo, arando, sembrando, atendiendo las ovejas y yendo a la escuela” (A. Ardura, comunicación personal, 15 de febrero de 2019). Hacia fines de los sesenta, su padre perdió su campo a manos de una terrateniente prestamista de la zona. A comienzos de los setenta, “con el hambre en las tripas” (A. Ardura, comunicación personal, 15 de febrero de 2019), el testimoniante fue a Bahía Blanca a estudiar Ingeniería Industrial. Allí trabó relación con militantes del PCR, partido al cual se incorporó en el marco de luchas estudiantiles que se desarrollaron por aquellos años en la Universidad Nacional del Sur.

Según Ardura (comunicación personal, 15 de febrero de 2019), Jorge Pellegrini, quien muchos años después sería vicegobernador de la provincia de San Luis (2007-2011), había sido enviado a comienzos de los setenta por el Comité Central del PCR para desplazar políticamente a cuatro militantes que dirigían la zona y a quienes se acusaba de ser “infiltrados” del PC. Según el testimoniante, en la fractura con el PC, el nuevo partido había atraído una gran cantidad de obreros, entre ellos 40 trabajadores ferroviarios, quienes luego se habían alejado, supuestamente producto de la acción intencional de estos dirigentes ahora denunciados. Bajo la supervisión de Pellegrini, hacia 1972 se reconstruyó el “Comité de Zona” de Bahía Blanca, promocionando a nivel de dirección a cuadros nuevos y jóvenes, entre los cuales se encontraba Ardura.

En ese proceso, se incorporaron al partido un grupo de diez actores de teatro y músicos.²⁹⁴ Entre ellos, había un periodista que, ocultando su filiación, trabajaba en el periódico *Nueva Provincia*. Él fue quien le entregó a Ardura la carta de un hachero de la Estación Algarrobo, al norte de Villarino, quien la había enviado al periódico con una denuncia a su patrón por las condiciones en las que tenía que vivir. Esta situación particular empalmó con el debate que se desarrollaba al interior de ese “Comité Zonal” acerca de fortalecer el trabajo político entre el proletariado rural. Entonces, como Ardura provenía del campo y conocía sus particularidades, fue enviado a entrevistarse con ese hachero de Villarino. Así lo relata nuestro testimoniante:

Llego a la tardecita, hay un matrimonio en la entrada del campo, me indican donde está el hachero en el medio del monte y voy ahí. Lo encuentro al

²⁹⁴ Este grupo fue parte de las experiencias de “teatro militante” que se desarrollaron en Bahía Blanca en los setenta. En particular, estos artistas ligados al PCR conformaron “Teatro Alianza”, que funcionó entre 1972 y 1975 con la presentación de obras como “Puerto White, 1907. Historia de una pueblada”, entre otras. Para un análisis sobre esta y otras experiencias del “teatro militante” en dicha ciudad, ver Vidal, 2016.

tipo, llevo la carta como diciendo 'vengo por esto', hablamos toda la noche debajo de cuatro chapas que era la casita que tenía y el fuego, toda la noche, lo afilié al PCR y a las 8 de la mañana después de tomarme un mate cocido con él salí de vuelta hasta la ruta, 36 km de vuelta y llegué a la ruta y esperé el colectivo hasta Bahía. Esto pareció una hazaña y para mí fue la prueba... me probé en los hechos de que esa decisión que había tomado [la de militar] era seria y era para siempre (A. Ardura, comunicación personal, 15 de febrero de 2019).

Más allá de la dimensión personal, esta anécdota da cuenta de cómo el PCR impulsaba su arraigo político en el campo a partir de destinar cuadros que afiliaba en la Universidad.²⁹⁵ Fue en este contexto, y a partir del trabajo que comenzó a desplegar Ardura, que se empezó a desarrollar el trabajo rural en Bahía Blanca y zonas aledañas. Precisamente allí no había seccional de la FATRE. Entonces, el objetivo que definió el partido fue arraigar en el campo a partir de construir el sindicato allí. El testificante describió una Bahía Blanca en la que, en aquella época, había una docena de terratenientes con grandes estancias en la que trabajaban varias decenas de peones, así como también había mucho “campesinado medio y burguesía agraria”, además de tres plantas avícolas y un gran centro de cultivo industrial en Villarino y en el norte de Patagones; allí miles de obreros rurales se dedicaban a la cebolla, el tomate y el ajo.

Con Ardura a cargo del trabajo rural en la zona,²⁹⁶ se armó un equipo en la universidad entre militantes de las carreras de Economía y de Agronomía con el objetivo de investigar las clases sociales en el campo argentino. Para ello, se tomó como caso la zona de Villarino; allí se hizo un abordaje casa por casa con la participación de unos 300 estudiantes. De este modo, produjeron un informe

...que le puso nombre y apellido a cada persona, qué tipo de campesino, obrero, semiproletario, burgués agrario, campesino medio, medio-inferior, medio-superior, medio-medio, terrateniente, etc. Entonces nuestro trabajo entre los obreros rurales lo combinábamos con la determinación de las clases sociales en el campo junto con el avance y agrupamiento entre los trabajadores y campesinos (A. Ardura, comunicación personal, 15 de febrero de 2019).

Es relevante destacar la articulación entre un desarrollo político y sindical entre las masas rurales de una zona con el trabajo intelectual de la investigación en torno a las clases sociales y la estructura económica y social, con la perspectiva política de crecer sindicalmente, conformar cuerpos de delegados, organizar seccionales de FATRE, etc.

²⁹⁵ En el mismo sentido, Ardura (comunicación personal, 15 de febrero de 2019) recordó haber recibido cursos de teoría marxista acerca de “Salario, Precio y Ganancia” brindados en Bahía Blanca por Horacio Ciafardini, destacado intelectual, economista y militante del PCR.

²⁹⁶ Hacia 1973, Carlos Olivieri, conocido como “el chino”, pasó a estar a cargo de la “Comisión Nacional de Obreros Rurales” en el PCR.

Todo este trabajo político posibilitó que el 29 de diciembre de 1974 se conformara en la sede de la CGT, a través de una asamblea con 35 obreros, la Junta Provisoria de la FATRE 596 de Bahía Blanca. Dicha asamblea (compuesta por unos 15 obreros avícolas, 8 o 10 trabajadores de carga y descarga, unos cinco o seis reseros) eligió a Ardura como Secretario General, quien por aquel entonces era un trabajador resero y contaba con tan sólo 22 años. A partir de entonces, a lo largo de tres meses, fueron organizando, desde la seccional, los cuerpos de delegados y afiliaron masivamente hasta que superaron el límite de 100 que les imponía el sindicato. Entonces, realizaron las elecciones en marzo de 1975; allí se oficializó la seccional y se consolidó la dirección, que tendría en el posicionamiento llamado “antigolpista” uno de sus principales ejes.

Al respecto, según el testimonio de Ardura (comunicación personal, 15 de febrero de 2019),

...los obreros rurales eran los más puros desde el punto de vista peronista, por lo tanto era como cuchillo en la manteca el antigolpismo. Yo me hice un picnic con la línea antigolpista dentro de los trabajadores rurales y lo hicimos en todo el país porque era la masa menos contaminada desde el punto de vista político.

Resulta significativa y a la vez problemática esta idea formulada por el entrevistado acerca de un peronismo más “puro” atribuido al proletariado rural. En el testimonio, puede entreverse una contraposición entre la realidad de los obreros rurales con la de los industriales. Estos últimos serían más “asediados” por los debates de la lucha política entre distintos sectores, por la influencia de los medios masivos de comunicación, por la vertiginosidad de la vida en los grandes centros urbanos. Según Ardura, esos factores contribuían a explicar por qué esos obreros en el ámbito rural eran más permeables a la idea de que había que impedir que se derrocara al gobierno peronista. En términos del entrevistado, “la idea de perder por un golpe al gobierno peronista” se vivía como una afrenta “porque en toda esa lucha conseguimos la Ley de Contrato de Trabajo que incluyó a los rurales y para nosotros fue un salto gigantesco” (A. Ardura, comunicación personal, 15 de febrero de 2019).

Estas prácticas que venimos analizando potenciaron el arraigo del PCR en el proletariado rural de la zona. A partir de entonces, pudieron extender la organización de los cuerpos de delegados: ya no sólo se constituían entre los reseros, los obreros de plantas avícolas y los encargados de la carga y la descarga, sino también en siete u ocho de las grandes estancias, lo cual implicaba un enorme desafío por el gran poder que los

terratenientes tenían sobre la peonada. Este despliegue posibilitó que, a fines de 1975, la seccional de Bahía Blanca contara con 800 afiliados.

Para este momento, militantes del PCR dirigían la mencionada seccional de Bahía Blanca y, a través de Pedro Montero (un ex militante del PC), la de Coronel Dorrego, en la que destacaba la presencia de estibadores. Asimismo, comenzaron a recorrer otras seccionales de la FATRE en la zona sur de Buenos Aires (que iba desde Necochea, Mar del Plata, Coronel Suárez, Salliqueló hacia el sur, etc.), lo cual les permitió no sólo establecer relaciones políticas con otras conducciones, sino también expandir su influencia. Así se logró conformar la seccional de Tres Arroyos, que también quedó bajo la dirección de militantes del PCR.

En todo este proceso, bajo el influjo del clasismo que el comunismo revolucionario impulsaba en Córdoba, el objetivo que se propusieron en la zona fue “hacer el SMATA en el campo” (A. Ardura, comunicación personal, 15 de febrero de 2019). En ese sentido, de acuerdo al testificante, la experiencia más importante no fue en Bahía Blanca, sino que se desarrolló en Igarzábal, una zona rural, ligada a la estación de ferrocarril homónima, ubicada en el Partido de Patagones, el más austral y extenso de la provincia de Buenos Aires. En esa época, allí se concentraba gran parte de la producción cebollera.

Esta experiencia fue encabezada por Polo Urquizu, un militante que, a mediados de 1974, fue expulsado del “Comité Universitario del Partido” por “una cuestión de polleras” (A. Ardura, comunicación personal, 15 de febrero de 2019). Para “corregir sus errores”, el PCR le propuso ir a trabajar al campo. El desarrollo en Igarzábal comenzó cuando Urquizu, con la seccional de Bahía Blanca y el apoyo de la Unión Obrera Metalúrgica que les facilitaba un auto con sirenas para circular, recorrieron la zona y pudieron reunir alrededor de 40 obreros en una chacra. Si bien aún no había seccional en Igarzábal, los afiliaron al sindicato, se realizó una inspección de trabajo y se eligieron los primeros dos delegados. Según Ardura (comunicación personal, 15 de febrero de 2019):

Urquizu fue y para fin de año tenía 800 afiliados, 32 de delegados de chacra, una célula de 11 miembros del PCR; el lunes a la noche se reunía la célula en el medio del campo, el martes se reunía el cuerpo de delegados, venían todos a pata, en bicicleta, desde distintos lados (...). Consiguieron de todo, de todo lo que te imagines, recibos, casas, agua potable (...), salario familiar, todo, restringir el choreo que había en las despensas que tenían (como los obreros vivían en el campo tenían las despensas de ellos [los patrones]) (...). Fue una revolución total.

Si bien queda fuera de nuestro período, cabe señalar que, luego del golpe de Estado de 1976, los 800 afiliados de Igarzábal fueron despedidos y sufrieron la represión, clausurando la experiencia más sólida que el comunismo revolucionario había logrado desarrollar entre el proletariado rural con su estrategia de los cuerpos de delegados.

Consideraciones generales sobre la Segunda Parte

A lo largo de esta Segunda Parte, hemos analizado la “política de masas” del comunismo revolucionario, es decir los modos y las prácticas con las que el PCR buscó incidir en los sectores que aspiraba a dirigir. Entre ellos, hemos focalizado a través de experiencias y procesos concretos en su actuación entre obreros industriales y rurales, intelectuales y personalidades de la cultura y el estudiantado universitario. De este modo, analizamos cómo, en un contexto de radicalización política y de masificación de la protesta social, el PCR articuló su perspectiva insurreccionalista y su énfasis en ejercicio de la violencia por parte de “las masas” con las prácticas que desplegó en dichos ámbitos, especialmente vinculadas al desarrollo de corrientes clasistas y al impulso de una estrategia basada en los cuerpos de delegados. A su vez, hemos analizado los vínculos entre lo político-reivindicativo y lo político-estratégico, así como en torno a la articulación entre lo teórico, lo ideológico y lo cultural con lo político, enmarcado en una concepción del “camino de la revolución” en la Argentina.

Por la importancia que adquirió la clase obrera industrial en el planteo del PCR, a lo largo del Capítulo 3 nos enfocamos en los procesos y luchas desarrollados en Córdoba durante los años inmediatamente posteriores al Cordobazo en el seno de uno de sus contingentes protagónicos: el proletariado automotriz. Al definir a Córdoba como el centro estratégico por su peso en el movimiento obrero, fue entre los trabajadores automotrices donde el comunismo revolucionario orientó principalmente sus esfuerzos políticos y militantes.

En ese marco, reconstruimos las estrategias con las que el PCR pudo arraigar en esas fábricas de Córdoba y el proceso a través del cual se constituyeron las “Agrupaciones Clasistas Primero de Mayo”, bajo la orientación de conformar una fuerte corriente sindical clasista, en el contexto en el que distintas fuerzas de la “nueva izquierda” apelaron al “clasismo” de modo específico para articularlo a sus perfiles distintivos. Desde la particularidad del PCR, destacamos cómo las prácticas de la

democracia sindical y el ejercicio de la violencia por parte de “las masas” se pusieron en juego en las ocupaciones de Perdriel en 1970, bajo la dirección de militantes de este partido. Atendiendo al antecedente del Choconazo y sus balances, nos ocupamos de Perdriel, en tanto proceso ilustrativo que dio cuenta de la legitimación en sectores de la clase obrera de un repertorio violento de métodos de lucha, en el contexto de creciente confrontación y radicalización política.

En ese sentido, el comunismo revolucionario esgrimió la lucha de Perdriel en dos sentidos principales. Por un lado, como habíamos adelantado en el Capítulo 2, Perdriel fue empuñado como experiencia ejemplar de la potencialidad de la “violencia de masas” frente a las estrategias guerrilleras, cuyos debates aún gravitaban al interior del PCR y se agudizaban a partir del desarrollo de distintas corrientes que apelaban a esas modalidades de lucha armada. Para el comunismo revolucionario, Perdriel fue la corroboración del “camino del Cordobazo”, interpretado en términos insurreccionalistas; asimismo, consideraron que había dado cuenta del nivel de combatividad del proletariado automotriz, de la significativa legitimación de un repertorio violento y de la centralidad que adquirirían las prácticas clasistas de democracia sindical.

Bajo esa perspectiva, por otro lado, las ocupaciones de la matricería operaron como legitimación de una orientación basada en un perfil “antiburocrático”, “antipatronal”, “antiimperialista” y “antidictatorial”, articulado a partir de una identidad clasista, cuyo sello distintivo radicaba en las prácticas democráticas (cuerpos de delegados, asambleas y comisiones internas) como medio para que las bases fueran protagonistas de las decisiones y también del ejercicio de la violencia. Esta constituía la “experiencia política” a la que apostaba el PCR en pos de movilizar y dirigir a esas bases obreras hacia la “insurrección popular” que debían protagonizar y dirigir como parte del “camino de la revolución” en la Argentina.

A raíz de esta experiencia y atendiendo a la fuerte influencia que ejerció el antecedente clasista de los sindicatos de FIAT, el PCR delineó las estrategias y prácticas constitutivas que desarrollaría en el proceso a través del cual ganó la conducción del SMATA en 1972. En ese sentido, reconstruimos el proceso de conformación del Movimiento de Recuperación Sindical y posteriormente el de la Lista Marrón, como herramientas político-sindicales para el reagrupamiento de la oposición al oficialismo sindical del SMATA. En ese proceso, analizamos los debates que recorrieron dichos espacios a partir de las diversas miradas de las fuerzas políticas que se agruparon en su

interior y cómo la unidad de lo “clasista” y lo “combativo” fue fundamental no sólo para el triunfo electoral, sino también para la disputa de las bases identificadas con el peronismo.

Hemos destacado cómo, si la violencia ejercida por parte sectores de las masas obreras en defensa de la democracia sindical había sido el rasgo distintivo de Perdriel, en el SMATA Córdoba este había sido el impulso de los cuerpos de delegados y la disputa en su seno por la dirección de las bases, apelando a que sean estas las protagonistas de las decisiones y del control de sus dirigentes. Buscamos inscribir esas propuestas de democratización sindical y de control obrero sobre sus representantes en la trama más amplia de radicalización política de importantes sectores de las bases obreras.

Fue a partir del triunfo en el SMATA en 1972, bajo el liderazgo de René Salamanca y del proceso desplegado bajo su dirección, que el PCR consolidó el diseño de su línea basada en los cuerpos de delegados. Dimos cuenta de cómo este partido apostó a estas formas organizativas, considerándolas surgidas espontáneamente de la propia acción de las masas obreras a lo largo de su historia y concibiéndolas como los embriones de los consejos obreros que podrían encauzar la transformación revolucionaria de la sociedad argentina. Las esperanzas se cifraban en que estas herramientas, que en la coyuntura permitían la lucha por las reivindicaciones y los sindicatos desde una óptica clasista, se configuraran como “organismos de poder revolucionario” para el ejercicio de la “lucha armada de masas”. Por ese motivo, la disputa por la dirección de los cuerpos de delegados, las comisiones internas y los sindicatos regionales en los grandes centros industriales conformaba el eje fundamental hacia el cual debía orientar sus esfuerzos la pretendida vanguardia, ya que sólo así era posible la acumulación de fuerzas y de experiencia política que permitiera avanzar en el “camino de la revolución” en la Argentina.

Analizamos también el desarrollo de las prácticas de democracia sindical que se impulsaron desde la dirección del SMATA Córdoba y los debates que atravesaron internamente a La Marrón. Destacamos cómo se buscó articular a los cuerpos de delegados con la comisión directiva del sindicato y cómo esta operó también como un modo de zanjar debates al interior de la conducción. Analizamos las discusiones del PCR con otras fuerzas, atravesados por los acontecimientos más importantes de la política nacional (el GAN, las elecciones de 1973, el retorno del peronismo al poder, el “Navarrazo”, etc.) y las relaciones y divergencias que se establecieron con otras

corrientes sindicales de Córdoba; en particular, abordamos los intentos de disputa del SMATA nacional y la configuración “clasista” y “combativa” de la CGT cordobesa. Indagamos también en los debates sobre cómo vincularse con sectores peronistas y, aunque en el Capítulo 6 profundizamos su análisis, acerca de la influencia que tuvo la posición del PCR de defender al gobierno peronista frente a la amenaza de un golpe de Estado, en el marco de la creciente represión y persecución que siguió a la reelección de 1974.

Efectivamente, las experiencias del comunismo revolucionario al interior de estos contingentes de obreros automotrices y la dirección del SMATA regional, a partir de la estrategia de los cuerpos de delegados y el énfasis en las prácticas de la democracia sindical y la “violencia de masas”, constituyeron hitos fundamentales en la construcción de la identidad política distintiva del Partido Comunista Revolucionario.

Asimismo, analizamos en el Capítulo 4 la “política de masas” del PCR en ámbitos universitarios, culturales y rurales, en los que estas instancias de participación y disputa política, con sus respectivas adaptaciones, debían desplegarse también como parte la confluencia que debía producirse para que una “revolución popular” fuera posible en la Argentina.

En el caso del movimiento estudiantil universitario, partimos de la concepción de la “Universidad del pueblo liberado”, formulada bajo la política intervencionista y represiva de Onganía, con la cual el comunismo revolucionario pretendió impulsar una perspectiva que articulara lo político-reivindicativo y lo político-estratégico y que fuera, a la vez, superadora del legado “reformista” característico de su organización de origen, aunque sin renegar de sus postulados fundamentales. Analizamos las razones del declive del PCR en la Universidad de Buenos Aires a lo largo de 1970-1971 como punto de partida para comprender cómo esta corriente actuó en las experiencias de los cuerpos de delegados que cobraron fuerza hacia 1971. Allí el PCR pudo desplegar su estrategia de apostar a los cuerpos de delegados como formas organizativas consideradas superadoras y estratégicas para el camino insurreccional que proponían. A lo largo de este proceso, destacamos la permanente disputa entre el FAUDI y el MOR, atendiendo especialmente a las distintas estrategias y prácticas que pusieron en juego para la disputa de las masas estudiantiles porteñas.

Teniendo en cuenta los debates de orden nacional y los específicamente universitarios, abordamos los intentos del PCR por recuperar la fuerza perdida, atravesados por intensas discusiones con el PC y con otras fuerzas de la “nueva

izquierda”, tales como VC, PRT-ERP, PO y a partir del período 1973-1974 con la JUP orientada por Montoneros. En todo este proceso, el comunismo revolucionario se abrazó a su concepción de los cuerpos de delegados, lo cual le permitió ser parte protagónica del auge de luchas por reivindicaciones como el ingreso irrestricto, pero también lo llevó a cierta subestimación inicial en torno a la importancia y organicidad de los centros estudiantiles; este flanco fue el que el PC a través del MOR logró aprovechar para recuperar su poder hacia 1972.

La irrupción de la JUP en 1973, con el peronismo de nuevo en el gobierno, le permitió hacerse de la conducción de la mayoría de los centros de estudiantes, aunque la intervención de la universidad, el pase a la clandestinidad y la creciente represión moldearon un período difícil para el accionar del espectro político. En ese contexto, el PCR fue golpeado por el asesinato de algunos de sus principales referentes estudiantiles y el impulso de la posición de defensa del gobierno peronista frente al golpe de Estado, en medio de un recrudecimiento de la represión e intervención universitaria, hizo que su fuerza universitaria mermara nuevamente y no pudiera recuperar el peso de antaño. A lo largo del proceso, pudimos identificar los núcleos fundamentales que fueron delineando la “política de masas” del PCR y su perfil distintivo en el movimiento estudiantil universitario.

Luego nos hemos focalizado en dar cuenta de la perspectiva con la que el PCR planteaba la articulación entre lo teórico, ideológico y cultural con lo estrictamente político. Para ello, hemos analizado la importancia que, por su matriz leninista, adquirieron la prensa partidaria y las publicaciones teóricas, así como las iniciativas político-culturales y la construcción de un laxo “frente cultural” con destacadas y fluctuantes personalidades. Nos detuvimos especialmente en *Los Libros*, por su importancia como publicación de la “nueva izquierda” intelectual. En ella, el PCR, dentro de una propuesta más amplia, buscó librar la disputa política, cultural e ideológica en función de su perspectiva revolucionaria. Pusimos especial atención a los debates sobre el “camino de la revolución” a través de experiencias concretas de la época que se desplegaron en la revista. También analizamos cómo, atravesados por tensiones internas, la publicación en determinado momento quedó en manos de militantes del comunismo revolucionario y de Vanguardia Comunista, exponente importante del maoísmo por aquellos años. Esta revisión nos permitió analizar las relaciones entre ambas organizaciones y fundamentalmente hizo posible delinear la especificidad de las prácticas del PCR en los ámbitos culturales y de la intelectualidad.

Por último, partiendo de los desplazamientos en las concepciones sobre la cuestión agraria que esbozó el comunismo revolucionario en el período abordado, analizamos su “política de masas” en el campo argentino, cuyo eje también fue el impulso y formación de cuerpos de delegados. En ese sentido, atendiendo también a su incidencia en lo que conceptualizaba como “campesinado pobre y medio”, focalizamos nuestro análisis especialmente en la construcción desplegada entre el proletariado rural. Para ello, analizamos la construcción de seccionales de la FATRE al sur de la provincia de Buenos Aires y destacamos cómo la estrategia de los cuerpos de delegados se adaptaba a las características específicas de este ámbito, bajo la perspectiva de “hacer el SMATA en el campo”. Con ese propósito, profundizamos el análisis en las experiencias de Bahía Blanca e Igarzábal como ilustrativas de las estrategias y prácticas políticas del PCR en el ámbito rural.

En definitiva, el análisis de la “política de masas” del PCR a lo largo de esta Segunda Parte nos permite destacar la importancia que le asignó esta corriente política de la “nueva izquierda” al arraigo en estos sectores y cómo articuló su perspectiva del “camino de la revolución” en la Argentina con las prácticas políticas específicas que pretendió llevar a cabo. En ellas, el impulso de la conformación de cuerpos de delegados y la disputa de las bases en los mismos, atendiendo especialmente a las identificadas con el peronismo, se configuraron como el eje central con el cual el PCR estructuró todo su trabajo partidario. También fueron ejes relevantes la articulación entre lo reivindicativo y lo político, así como entre lo teórico, ideológico y político-cultural. Asimismo, la apelación a “las masas” como operación de legitimación de sus posiciones políticas fue una constante, que se fue profundizando a medida que el comunismo revolucionario atravesó el largo proceso de identificación con el maoísmo, tal como analizaremos a continuación.

TERCERA PARTE

Entre la revolución y la nación.

La configuración “tardía” de un maoísmo argentino (1970-1974)

En esta Tercera y última Parte, abordamos el mismo período que en la Segunda Parte, es decir desde 1970, luego del I Congreso del PCR realizado en diciembre de 1969, hasta la adhesión oficial al maoísmo en 1974 y la consolidación del posicionamiento de defensa del gobierno peronista frente al golpe de Estado en noviembre de ese año.

Como habíamos señalado en la Segunda Parte, el período que aquí abordamos tiene una especificidad propia, en particular los años que van desde el primer regreso de Perón en noviembre de 1972 hasta la compleja situación que se abrió con su muerte en julio de 1974. Como habíamos destacado, con la apertura democrática de 1973, se fue conformando un vertiginoso escenario en el que chocaron las expectativas esperanzadas de vastos sectores, que confiaban en que la vuelta de Perón resolvería los grandes problemas nacionales, con las crecientemente virulentas disputas al interior del movimiento peronista. La fractura de Perón con los sectores de la Tendencia Revolucionaria del Peronismo y su alineamiento con sectores políticos y sindicales de corte “ortodoxo” alimentaron una situación de creciente violencia e inestabilidad política, en la que las Fuerzas Armadas fueron recuperando el terreno perdido en el ámbito represivo y fueron gestando su perspectiva de regreso al poder.

Como hemos dicho, siguiendo a Svampa (2003), con la muerte del líder y la asunción de Isabel Perón, se abrió un tercer momento dentro del período más amplio que va desde el triunfo de Cámpora hasta el golpe de Estado de 1976; esta etapa estuvo signada por la violencia política y represiva y una progresiva inestabilidad política que desembocaron en el derrocamiento del gobierno peronista. Dentro de este tercer momento, nos centramos en los años 1973 y 1974; este último fue un año particularmente vertiginoso y resulta clave para comprender los cambios en la situación política y social. Entre otros hechos de relevancia, durante el mismo se produjo la ruptura entre Perón y Montoneros, la ofensiva del primero contra la presunta “infiltración marxista” en su movimiento, su rápido fallecimiento que produjo una gran conmoción, la asunción de su viuda como presidente y el recrudecimiento de la violencia política y represiva por parte de diversas organizaciones. Entre ellas se destacaron la Triple A, dirigida por López Rega, y la CNU, que llegó a estar a las

órdenes del gobernador Victorio Calabró, luego de la defenestración de Bidegain. Hacia fines de año, bajo la declaración del Estado de Sitio en noviembre, se cierra el período que hemos analizado a lo largo de nuestra investigación.

Bajo esas coordenadas, en esta Tercera Parte, en lugar de la “política de masas”, el eje está puesto en el proceso de identificación del comunismo revolucionario con el maoísmo. Partimos de considerar que la operación del PCR consistió en una configuración “tardía” con respecto al momento de auge de la influencia maoísta (que ha sido fechada en la segunda mitad de los sesenta, especialmente a partir de 1968). Esta posibilitó un alineamiento internacional en el seno del Movimiento Comunista Internacional, influyó en los virajes que atravesó el PCR y habilitó la legitimación de un conjunto de posiciones que este partido había ido moldeando, recorrido por experiencias y debates, tanto internos como también con otras fuerzas de la “nueva izquierda”.

A su vez, estas definiciones profundizaron la delimitación del PCR con su organización de origen, el PCA, y consolidaron su perfil distintivo dentro del heterogéneo campo de la “nueva izquierda”. El largo proceso que derivó en la identificación plena con las tesis maoístas implicó una reelaboración de las mismas en función de necesidades locales, es decir a partir de la caracterización que el propio PCR sostuvo acerca de las particularidades nacionales y del “camino propio” de la revolución en la Argentina. En ese sentido, analizamos la especificidad de la elaboración del PCR en torno a su formulación del “problema nacional”, a partir de las diversas posibilidades de articulación entre la perspectiva revolucionaria y la llamada “cuestión nacional” (Georgieff, 2008).

Esta “traducción” del maoísmo a las características de la realidad argentina, tal como las interpretaba el PCR, tuvo tres implicancias fundamentales. Por un lado, significó la ruptura definitiva de esta organización con la Unión Soviética bajo la acusación de tratarse de una potencia “socialimperialista”. Como analizamos en el Capítulo 2, este “largo adiós” a la URSS había comenzado con la fractura de las corrientes disidentes en el PC y la FJC, al tratarse este del partido comunista oficial de la Argentina. Luego se había profundizado a partir de la condena por parte del PCR de la intervención soviética en Checoslovaquia. Finalmente, como analizamos aquí, la caracterización de la URSS como una potencia en la que se había restaurado el capitalismo y que, bajo una máscara de socialismo, llevaba adelante una política imperialista para disputar el control del mundo con Estados Unidos, derivó en una profusa elaboración teórico-política por parte del PCR para “revelar” la gravitación de

la política soviética a través de actores políticos, económicos, militares y sociales de la Argentina. Esta se volvió un factor explicativo fundamental para el PCR; desde la incidencia del “imperialismo soviético” se pasaron a explicar diversas cuestiones de la política nacional. A la vez, esto habilitó la profundización de la delimitación del PCR con respecto a su organización de origen, ya que el PCA pasó a ser concebido directamente como un instrumento del “socialimperialismo” y como tal fue objeto de acusaciones con fines injuriantes cada vez más virulentas.

Por otro lado, la adhesión al maoísmo implicó, luego de años de vaivenes, un realineamiento del comunismo revolucionario argentino en el Movimiento Comunista Internacional con la República Popular China, con la cual estableció relaciones y la erigió en una especie de “faro revolucionario”. En ello, cumplieron un papel fundamental los viajes a China y especialmente el análisis partidario del proceso de la “Gran Revolución Cultural Proletaria”. En ese sentido, analizamos los usos del PCR de esta experiencia como herramienta clave en el viraje hacia el maoísmo.

Por último, la adaptación de las tesis maoístas produjo en el PCR un conjunto de modificaciones políticas significativas en el orden nacional. Entre ellas, cabe destacar la abjuración de la, hasta entonces asumida como propia, teoría del “capitalismo dependiente”, que incidió centralmente en la caracterización del proceso revolucionario argentino. Este desplazamiento en la línea político-estratégica del PCR consolidaría una configuración singular del “camino de la revolución” en la Argentina, la cual se volvería distintiva de esta corriente política de la “nueva izquierda”.

A su vez, este reposicionamiento, como parte de un proceso simultáneo de adhesión a las tesis maoístas y de su “traducción” local en función de las necesidades políticas del PCR, coagularía en la legitimación de posiciones políticas previas, en la racionalización *ex post* de otras y en una reinterpretación del peronismo. Esta cuestión, transversal a las discusiones de las izquierdas y fundamental en las configuraciones de la “nueva izquierda”, constituyó un viraje en las posiciones del partido y se expresó no sólo en las revalorizaciones sobre Juan Perón y el peronismo que esgrimió el comunismo revolucionario cuando adhirió al maoísmo, sino también en relación con las “masas peronistas” y con los modos de vincularse con ellas desde una perspectiva que se autoproclamaba comunista y revolucionaria (algunos de estos aspectos ya fueron analizados en la Segunda Parte). Estos virajes se expresaron de manera particularmente aguda en la definición llamada por el PCR “antigolpista”, que se consolidó luego de la

muerte de Perón y bajo la presidencia de Isabel. Esta postura lo distinguió polémicamente del resto de las corrientes de la “nueva izquierda”.

Consideramos que en el largo proceso de identificación del PCR con el maoísmo constituyó un factor clave la relevancia cada vez mayor asignada a la “cuestión nacional” en un sentido marcadamente “antiimperialista”. En esta Tercera Parte, examinamos cómo la apropiación reelaborada de estas tesis le permitió al comunismo revolucionario producir una especie de “anclaje nacional” sin abandonar la matriz “marxista-leninista”. En ese sentido, analizamos cómo se fue articulando de modo singular la tensión entre el “camino propio” de la revolución y el “problema de la nación” en la construcción de la identidad política maoísta del comunismo revolucionario.

A lo largo del Capítulo 5, nos centramos en los primeros virajes del PCR hacia el maoísmo durante el período 1970-1974. Puntualmente, el foco está puesto en el proceso de alineamiento del comunismo revolucionario con la República Popular China y el balance y los usos de la Revolución Cultural, en simultáneo con los debates sobre la Unión Soviética y las tesis sobre el “socialimperialismo”. En torno a este último punto, analizamos la reapropiación de dicha categoría por parte del PCR para analizar distintos aspectos y actores de la coyuntura política argentina del período.

En el Capítulo 6, abordamos con mayor profundidad el subperíodo 1972-1974 y estructuramos nuestro análisis en torno a dos ejes. Por un lado, analizamos el proceso de crítica de la teoría del “capitalismo dependiente” y su incidencia en la caracterización de la Argentina y fundamentalmente del proceso revolucionario. Por el otro, problematizamos específicamente el proceso de adhesión y reelaboración de las tesis maoístas, con el centro puesto en el “problema nacional” y la reinterpretación del peronismo. Finalmente, sistematizamos las operaciones de “traducción” del comunismo revolucionario a partir de las tesis maoístas y, a modo de Epílogo, indagamos en la formulación de su posicionamiento frente al gobierno de Isabel y las alternativas golpistas en 1974.

En ambos capítulos, resulta fundamental inscribir estos procesos en la trama social y política más amplia que recorrió la Argentina en aquellos años, y analizar la singularidad que adquirió la construcción de la identidad política del PCR al interior del campo de la “nueva izquierda”.

CAPÍTULO 5

De la China de Mao al socialimperialismo soviético en la Argentina

El proceso de viraje hacia el maoísmo (I)

(1970-1974)

5.1 De rusos a chinos. El “descubrimiento” de la China de Mao

Para toda fuerza comunista de aquella época, la dimensión internacional constituía un elemento fundamental en su elaboración partidaria. De hecho, por muchos años, el enfrentamiento entre el campo socialista, encabezado por la Unión Soviética, y los países capitalistas, conducidos por Estados Unidos, constituyó la contradicción fundamental que moldeó la perspectiva internacional de distintas fuerzas comunistas y de izquierda. Como analizamos en el Capítulo 2, cuando abordamos el debate sobre la intervención en Checoslovaquia, el comunismo revolucionario, desde su “Declaración Constitutiva” (PC-CNRR, 1968a) el 6 de enero de 1968 hasta los documentos aprobados por el I Congreso en diciembre de 1969 (PCR, 1969b), fue produciendo modificaciones y desplazamientos en su mirada internacional. En ellos, como hemos visto, la cuestión checoslovaca y el respeto a su soberanía nacional ejercieron una influencia fundamental.

Durante su proceso fundacional, en el plano internacional, el PCR se referenciaba en el ejemplo del Che Guevara y en un eje que concebía constituido por Cuba, Corea y Vietnam (y secundariamente por algunos partidos comunistas de otros países). Sobre estas tres experiencias principales se cifraban inicialmente las esperanzas de una reestructuración de la dirección revolucionaria del Movimiento Comunista Internacional, que se encontraba, a ojos del PCR, hegemonizado por el “oportunismo de derecha” y el “reformismo” representado por la Unión Soviética, aunque al comienzo las críticas se orientaban hacia la Yugoslavia del mariscal Tito y el browderismo.²⁹⁷ Se consideraba que estas corrientes, con la excusa de “revisar” el “dogmatismo”, ponían el acento en el desarrollo económico de los países de la esfera socialista, así como en la centralidad del incentivo material; además, apostaban a la posibilidad de una evolución gradual hacia el socialismo en los países capitalistas.

²⁹⁷ Los posicionamientos de Browder y Tito eran diferentes; no obstante, ambos eran blanco de las críticas y se les endilgaba posiciones “revisionistas”. Cabe destacar que, antes de la ruptura pública entre la URSS y China, esta última también orientaba muchas de sus críticas a Earl Browder y sobre todo a la Yugoslavia de Tito; se trataba de una manera velada de cuestionar a la Unión Soviética (la cual a su vez criticaba a Albania como medio indirecto de atacar a China).

Cabe aquí una aclaración. En el contexto de la polémica entre el maoísmo y la política soviética luego del XX Congreso del PCUS, asumió centralidad una categoría de larga data en el seno del marxismo: el “revisionismo”. Si bien se trata de un concepto usualmente empleado en la discusión política comunista con fines injuriantes, su contenido conceptual refiere originalmente a los aportes de Eduard Bernstein y los posicionamientos de la II Internacional, con los que Lenin polemizó duramente.²⁹⁸ De allí provienen las actuales corrientes políticas socialdemócratas, aunque a partir de 1948, con la ruptura entre Tito y Stalin, se ha extendido el uso del término “revisionista” en el seno del MCI para designar peyorativamente a quienes cuestionaron la “ortodoxia marxista-leninista”, optaron por la vía pacífica y el camino de reformas como estrategia, o defendieron medidas a las que se les atribuía la pretensión de restaurar el capitalismo en las experiencias socialistas. Asimismo, como hemos dicho, la propia dirigencia soviética fue acusada de “revisionista” por parte de Mao Tse Tung y, como veremos, esta polémica se reprodujo al interior del PC chino durante la Revolución Cultural. Las críticas de Mao hacia las definiciones del XX Congreso giraron en torno a “los tres pacíficos” formulados por la URSS: la posibilidad de evitar las guerras y la confrontación a través de la coexistencia pacífica entre el mundo capitalista y el socialista; la vía pacífica como alternativa a la vía armada en el tránsito al socialismo; y la emulación pacífica, es decir, la competencia entre ambos sistemas para demostrar la atribuida superioridad de uno sobre otro. A ello se sumaba la crítica a la definición del Estado soviético como “de todo el pueblo” porque se le atribuía a ella la dilución de la “dictadura del proletariado”.

En ese panorama en el seno del MCI, el PCR había denostado primero la posición del Partido Comunista de China por “nacionalista”, “dogmática” y “divisionista”; no obstante, como vimos en el Capítulo 2, paulatinamente el partido chino fue cobrando fuerza como uno de los polos que se enfrentaba a la “desviación principal” en el MCI, es decir, al “oportunismo de derecha”.

Asimismo, cuando se produjo la fractura con el PCA, una de las primeras relaciones internacionales que estableció el naciente PCR fue con el Partido Comunista del Uruguay, dirigido por Rodney Arismendi, quien fuera durante un breve período una referencia para esta corriente. Según Diana Kordon (comunicación personal, 20 de

²⁹⁸ Domenico Settembrini (en Bobbio *et al.*, 1993) ha planteado que “el edificio doctrinario erigido por Marx es tan compacto que difícilmente puede revisarse una parte sin que el conjunto quede afectado” (p. 1402). Siguiendo al autor, las revisiones desarrolladas por Bernstein derivaron en la tesis de que la transformación de la sociedad capitalista en socialista era posible a través de la suma de reformas arrebataadas o impuestas.

septiembre de 2019), Arismendi había representado para la disidencia comunista una línea organizativa signada por métodos más democráticos de construcción partidaria que los practicados por el partido argentino. En ese sentido, destacó que “si bien era un partido comunista convencional, el uruguayo era mucho más creativo y mucho más abierto que el PC argentino, que conservaba una metodología terrible”, aunque se lamentaba de que Arismendi fuera “un hombre totalmente vinculado a los soviéticos” (D. Kordon, comunicación personal, 20 de septiembre de 2019). En ese sentido, el testimonio de Otto Vargas señaló que

...apenas rompemos, los dirigentes del PC del Uruguay, concretamente [Rafael] Sansevero, [Rodney] Arismendi y [José Luis] Massera, toman contacto con nosotros y se ofrecen a lograr que el PC argentino revea su posición hacia nosotros, advirtiéndonos que para ganar esa batalla debemos ser muy cuidadosos con la Unión Soviética y dejar en claro que seguimos siendo fieles a ella (Brega, 2008: 39).

Finalmente, las relaciones con el PC uruguayo menguaron, especialmente a partir de la situación en Checoslovaquia y las tensiones con la URSS. En verdad, originalmente, las principales expectativas del PCR estuvieron puestas en la Cuba revolucionaria, como le ocurría a la mayoría de la “nueva izquierda”. Sin embargo, el posicionamiento frente a la intervención soviética de 1968, la creciente alineación con la URSS y el posterior “maltrato” atribuido a la dirigencia cubana por parte de las delegaciones del PCR, derivaron en un enfriamiento de las relaciones. Al respecto de esto último, contamos con los testimonios de Otto Vargas y Rosa Nassif, quienes viajaron a Cuba en 1969 y 1970 respectivamente. Según Vargas, en aquel momento

Nosotros éramos guevaristas (...) Tardamos un año en ir a Cuba [se refiere a 1969]. Cuando fuimos –ya se había producido la declaración de Fidel con respecto a Checoslovaquia- sufrimos una gran frustración. Una gran decepción, porque los cubanos te atendían con el aparato de inteligencia y te querían reclutar (...) nosotros éramos un Partido, e íbamos a establecer relaciones de Partido. Y no íbamos a buscar plata ni a vendernos. Te atendían con la gente del G2 [nombre con el que se conoce al servicio de inteligencia cubano], con Barbarroja [Manuel Piñeiro Losada], que era su jefe (Andrade, 2005: 45-46).

Al año siguiente, en 1970, Rosa Nassif, dirigente estudiantil tucumana que provenía del MENAP y era a la sazón la secretaria política del PCR en Tucumán, viajó a Cuba en representación de su partido a trabajar en la zafra (en el marco de la “Campaña por las 10 millones de toneladas de azúcar”). En ese contexto, participó de reuniones internacionales (entre ellas con el Secretariado de la Tricontinental) y recibió entrenamiento militar. Según su testimonio (R. Nassif, comunicación personal, 15 de

septiembre de 2019): “Yo iba con una enorme simpatía por Cuba y el partido todavía decía oficialmente en el I Congreso que el camino a nivel internacional era Cuba, Corea y Vietnam (...), pero, a nosotros, [los dirigentes cubanos] nos trataron mal”.

Según su testimonio, antes de viajar, Otto Vargas le propuso que de Cuba viajara a París para encontrarse con la delegación encabezada por José Ratzler que iba a viajar a China. Según Nassif (comunicación personal, 15 de septiembre de 2019), en una reunión con Jorge Rocha y Otto Vargas, este le dijo: “nosotros vemos lo de Cuba, lo de Corea, lo de Vietnam, pero hay una estrella roja que brilla allá en China y que nosotros la vemos con mucha atención y queremos que vayan y conozcan, ahí hay un proceso muy importante de masas, la Revolución Cultural, pero no se conoce bien, ustedes vayan a conocer eso”.

Ya en Cuba, cuando Nassif repitió lo de “estrella roja” en referencia a China en una reunión con otros partidos (entre ellos, el coreano) y quedó registrada su intervención en la revista de la Tricontinental, la inteligencia cubana prolongó su estadía durante un mes más, no le quería devolver el pasaporte y la presionó para que sacara esa definición que podía molestar a los soviéticos. De hecho, Manuel Piñeiro Losada, conocido como “Barbarroja”, le pidió insistentemente autorización para corregir su entrevista. Este ejemplo da cuenta del tenso clima que atravesaba los debates en el Movimiento Comunista Internacional.

Hacia 1970, las relaciones internacionales del PCR se encontraban muy deterioradas: se había distanciado de los soviéticos, de los cubanos, de los uruguayos y de las modalidades guerrilleras de lucha armada que en la Argentina se proclamaban continuadoras del Che Guevara.²⁹⁹ Según Otto Vargas, no obstante sus críticas a la URSS, hasta este momento el PCR había sostenido “un riguroso saludo a la bandera en defensa de la Unión Soviética” (Brega, 2008: 110). Fue en ese marco que los soviéticos habrían hecho un último intento por “reclutarlos” a través de un “agente” del “servicio secreto” (que se desempeñaba en la Unión Internacional de Estudiantes); este les habría garantizado que la URSS estaba dispuesta a apoyar “a cualquier organización revolucionaria del mundo, tenga la línea que tenga, predique el método revolucionario que predique, con una sola condición: que no tome contacto con los chinos” (Brega, 2008: 110).

²⁹⁹ A su vez, delegaciones del Comité Central del PCR se reunieron con representantes de los partidos vietnamita y coreano; con partidos y organizaciones comunistas europeas, entre ellas con el PC italiano y la revista *Il Manifesto*; asimismo, hubo entrevistas con el Movimiento al Socialismo de Venezuela y con corrientes revolucionarias de Uruguay, Chile y Bolivia (entre ellas, el PC marxista-leninista boliviano) (PCR, 1972b).

Como ha analizado Rupar (2019), en el marco de la llamada “diplomacia entre pueblos”, las invitaciones para visitar China como parte de delegaciones a intelectuales, militantes y periodistas fue un eje relevante de la política exterior de la República Popular China; ya desde los cincuenta existieron vínculos entre la Argentina y el país oriental. No obstante, desde los sesenta, en particular en el contexto del conflicto chino-soviético, la preocupación central del PCCh estuvo vinculada al fortalecimiento de vínculos propios y por ello prevalecieron viajes de militantes políticos por sobre personalidades de la intelectualidad y el periodismo. Estos viajes constituían una forma de propagandizar la experiencia china y de “romper el cerco” de aislamiento, en la que la vinculación con América Latina, y con la Argentina en particular, cobró fuerza. Asimismo, permitieron impulsar la formación de corrientes maoístas locales y sentaron las bases de una influencia que trascendió a las organizaciones que se definieron como tales (Rupar, 2019). Fue en este contexto, y a raíz de una invitación, que se produjo el viaje de una delegación del PCR (con Ratzler, Nassif y Sergio Rodríguez) a la República Popular China, que se extendió casi dos meses de estadía.³⁰⁰ Este primer viaje tiene una escasa referencia en la historia oficial del PCR, posiblemente porque la valoración del proceso chino que esbozó la delegación a su regreso fuera poco entusiasta.

Según el testimonio de Nassif (comunicación personal, 15 de septiembre de 2019), en China pudieron recorrer muchos lugares y, en su caso, fue la primera vez que accedió a los escritos de Mao Tse Tung. La impresión que le causó aquella China fue contradictoria. Por un lado, le impresionó la “participación real de las masas”, de los jóvenes estudiantes, de los campesinos con las banderas rojas en los campos, de los obreros en las fábricas; según su visión, había un clima de “efervescencia” y de discusión “democrática” en el pueblo chino. Paradójicamente, a la par de esa valoración, identificó cuestiones que le generaron rechazo: “había cosas que a mí no me gustaban, llamémosle 'culto a la personalidad', eso de Mao en todos lados... (...) Nosotros veníamos de críticas serias al stalinismo, por lo tanto el tema del culto y de todo eso nos chocaba... y después me chocaba a mí personalmente que repitieran como si fuera el catecismo las frases del 'librito rojo’”.³⁰¹ De hecho, la delegación del PCR se

³⁰⁰ La invitación provino de la Asociación China de Amistad con Latinoamérica.

³⁰¹ El “Libro Rojo de Mao”, “Pequeño Libro Rojo” o “Libro Tesoro Rojo” consistía en una recopilación de citas de Mao Tse Tung. Fue editado en 1964 (y luego reeditado en 1967 como “Citas del Presidente Mao”) y se estima que contó con más de 900 millones de ejemplares. La compilación fue realizada por Lin Biao, a la sazón Ministro de Defensa y luego Vicepresidente durante la Revolución Cultural, en el marco de la campaña “Aprende del EPL [Ejército Popular de Liberación]”. Hacia 1970, era el encargado de las relaciones con los partidos de otros países; poco después sería defenestrado.

negó a estar en el palco donde estaba Mao, durante un acto en la Plaza Roja realizado el 1° de octubre en conmemoración por el triunfo de la revolución. La razón fue que el PCR aún no se había definido por el maoísmo y, por lo tanto, quienes integraron la delegación se negaron a levantar en sus manos el “librito rojo”, condición exigida explícitamente para acceder al palco.³⁰² También se les exigió en aquel momento como condición para establecer relaciones entre ambos partidos que el PCR se definiera como “marxista-leninista-maoísta”, cosa que también fue rechazada por la delegación argentina. A su regreso, el Comité Central del comunismo revolucionario avaló su actuación, pero, según Vargas, “al mismo tiempo consideró que habían tenido una actitud demasiado cerrada ante la experiencia que se estaba viviendo con la Revolución Cultural, de la cual destacaron aspectos negativos sin valorar suficientemente los positivos, que eran los principales” (Brega, 2008: 111).

En relación con estas búsquedas, hacia 1971 los posicionamientos del PCR en el plano internacional se fueron tornando más nítidos. En relación con la situación de América Latina específicamente, el PCR veía la confirmación del “carácter *continental* [resaltado en el original] de la revolución que germina en América Latina” (PCR, 1971a: 77) y consideraba que “*el debate reformas o revolución está pasando a ser debate de masas en América Latina* [resaltado en el original]” (PCR, 1971a: 73).

En ese sentido, el triunfo de Salvador Allende y Unidad Popular en Chile, con un programa “democrático, antiimperialista y antioligárquico” había creado un escenario propicio para el desarrollo revolucionario, aunque esto implicara, a la vez, la disputa con las ideas del “reformismo” y las ilusiones en el “tránsito pacífico” para que el proceso pudiera desembocar en una “situación revolucionaria” que abriera paso al socialismo (PCR, 1971a: 78). Asimismo, el PCR criticaba la decisión de Tupamaros de constituir el Frente Amplio en Uruguay, ya que con ello presuntamente relegaban la dirección de la lucha en manos de la “socialdemocracia moderna”, dejando al proletariado uruguayo “inerte” entre ella, por un lado, y “el terrorismo urbano, que no puede protagonizar, por otro”; según la mirada de este partido, esta coalición era

³⁰² Esta contradicción entre lo democrático y lo dogmático, que tanto impresionó a Nassif y a sus acompañantes, adquirió una interpretación distinta tiempo después. Según Nassif (comunicación personal, 15 de septiembre de 2019), “poco después quedó claro que la línea del 'culto a la personalidad' era impulsada por Lin Biao y no por Mao, aunque estaba clara la necesidad de unificar un país inmenso alrededor de un líder”. En ese sentido, destacó que “vos podías quedarte con lo formal, que era que se repetían las citas, o podías valorar el contenido de lo que se discutía... inclusive en ese momento, yo empecé a leer a Mao y me daba cuenta de que no era dogmático lo que escribía Mao, porque era dialéctica pura, la contradicción, lo no dogmático y todo eso...”.

“marcadamente *más* evolucionista y de derecha” que la de Chile, lo cual se atribuía al “parlamentarismo antiinsurreccionalista del arismendismo” (PCR, 1971a: 78).

En ese contexto, el PCR ubicó en el centro de sus debates sobre la región a la dirección de la Revolución Cubana. Consideraba que la creciente alineación con la Unión soviética (interpretada en términos de dependencia) y con el PC argentino, el apoyo al “proceso revolucionario que encabeza la burguesía en Perú” [refiriéndose al gobierno del general Velasco Alvarado], el impulso a las posibilidades de llegar al poder por vía electoral como en Chile y el atribuido estímulo “a posibles salidas 'peruanistas' en la Argentina”, conformaban, en definitiva, un apoyo al “reformismo” y al “revisionismo contemporáneo”, circunscribiendo al partido cubano como la “izquierda del PCUS” (PCR, 1971a: 75). Frente a esa situación, el comunismo revolucionario se aferraba a la figura del Che Guevara como “ejemplo internacionalista”, como representante del camino revolucionario frente al reformista y como partidario de un desarrollo socialista con autonomía frente a la dependencia con la URSS que le atribuía a la propia dirección de Fidel Castro.

Asimismo, en el documento que analizamos, se expresó una valoración de la Revolución Cultural Proletaria en términos muy positivos, ya que esta habría posibilitado la derrota de “la línea que dentro del PC de China pretendía imponer un camino semejante al del reformismo moderno”, en referencia a la URSS y su “capa social privilegiada en tren de aburguesamiento incesante que pretende tirar para atrás el carro de la historia y desviar a esos países del tránsito al comunismo” (PCR, 1971a: 70).

En un próximo apartado de este capítulo, profundizamos el análisis en torno a este proceso; aquí nos interesa remarcar que, a partir de este momento, se comenzó a ponderar al proceso chino y su influencia, así como su apoyo a fuerzas revolucionarias en distintas partes del mundo, como un factor fundamental desde el punto de vista internacional. En las definiciones del II Congreso del PCR, realizado el 7, 8 y 9 de abril de 1972, el PCCh pasó a figurar como “el destacamento más avanzado de las fuerzas que antagónicamente enfrentan al imperialismo y al revisionismo” (PCR, 1972a: 162). Asimismo, se sintetizaron las divergencias con el planteo chino en torno a tres cuestiones: “la contradicción fundamental de la época”; la valoración de Stalin; y “el problema del culto a la personalidad” (PCR, 1972a: 162).

Bajo esa perspectiva, en 1972 una segunda delegación viajó a China, compuesta por Otto Vargas, César “Gody” Álvarez y “Marcos Palermo”.³⁰³ Este fue el viaje que constituyó un punto de inflexión en el viraje del comunismo revolucionario en el proceso de identificación con el maoísmo. Allí los comunistas revolucionarios, además de dejar asentados sus acuerdos, abordaron sus discrepancias de aquel momento con los representantes del PCCh.³⁰⁴

En relación con la “contradicción fundamental de la época”, el comunismo revolucionario había sostenido, en un principio, un escenario internacional caracterizado por el enfrentamiento entre el “campo socialista” y el “campo capitalista”. Esta mirada se iría modificando al aceptar la tesis maoísta de que en la URSS se había restaurado el capitalismo y que entonces el centro de la revolución pasaba por el Tercer Mundo.³⁰⁵ A su vez, se habían producido cambios en la posición china desde el viaje de la primera delegación. Según Vargas, “Anteriormente, cuando visitó China la primera delegación de nuestro partido, [los comunistas chinos] defendían la teoría de Lin Piao [Biao] sobre la aldea que rodea la ciudad, el campesinado mundial como fuerza principal de la revolución”; luego el PCCh había retomado la caracterización clásica de Lenin: se estaba en la “época del imperialismo y las revoluciones proletarias” (Brega, 2008: 112-113), perspectiva con la cual el PCR coincidía.

Al respecto del “culto a la personalidad”, que había sido muy potente durante los primeros años de la Revolución Cultural y que tanto había disgustado a los integrantes de la primera delegación, se había producido un cambio, según Vargas, con el desplazamiento de Lin Biao y la desacreditación de su “teoría de los genios”. Se pasó a considerar que el marxismo, entonces, se desarrollaría a partir de la “práctica revolucionaria” y no dependería de la acción o el aporte de “genios”. Esta cuestión se enlazaba, a su vez, con la mirada sobre Stalin, ya que el XX Congreso había puesto el centro de su crítica en el “culto a la personalidad” y la conducción personalista del dirigente soviético. Debe recordarse que el PCR, previo a su adhesión al maoísmo, tenía

³⁰³ Según el testimonio de Vargas, Elías Semán, dirigente de VC, y Oscar Zamora, dirigente del Partido Marxista-Leninista de Bolivia, fueron quienes los recomendaron al PCCh y les ayudaron a gestionar el viaje (Andrada, 2005). Cuando todavía eran parte de la FJC, Otto Vargas había estado en China en 1954 y Pedro Planes habría viajado en 1957, aunque se desconoce si allí se establecieron vínculos perdurables.

³⁰⁴ Cabe señalar que en ninguno de los dos viajes se entrevistaron personalmente con Mao.

³⁰⁵ Cabe recordar que uno de los postulados principales de la política soviética a partir del XX Congreso, que fue objeto de críticas por el partido chino, fue el de la “coexistencia pacífica”, es decir la posibilidad de colaborar de común acuerdo con los Estados Unidos para garantizar la paz, a la par de que ambos sistemas (capitalismo y socialismo) pudieran competir de modo no violento hasta que el socialismo pudiera prevalecer. Esto era interpretado por el PCCh como un llamado a no producir nuevos procesos revolucionarios o de liberación nacional que afectaran los intereses del imperialismo estadounidense y su reparto de esferas de influencia con la URSS.

una valoración muy crítica sobre el período soviético dirigido por Stalin. De hecho, como analizamos en el Capítulo 2, el comunismo revolucionario consideraba inicialmente que “la deformación de la dictadura del proletariado”, es decir, “el control administrativo y burocrático sobre la clase obrera” había comenzado con Stalin y se había profundizado con el XX Congreso del PCUS y su línea predominantemente “oportunista de derecha”.

Si bien el tema nos excede, cabe señalar que Mao, por su parte, había tenido una relación tensa con Stalin en el período previo al triunfo revolucionario de 1949, aunque a partir del mismo se alineó con la URSS hasta el XX Congreso y el ascenso de Jrushchov. En ese momento, frente al repudio a Stalin y frente a las reformas impulsadas a partir de entonces en el llamado proceso de “desestalinización”, Mao lo reivindicó, destacando que estaba siendo “desfigurado terriblemente” y que sus “méritos” (el desarrollo del socialismo y la victoria frente al nazismo básicamente) habían sido mucho mayores que sus “errores”, calificando a algunos de ellos como “graves”: “Consideramos que los méritos de Stalin suman un 70 por ciento y sus errores, un 30 por ciento” (Mao, 1957a: 536). Además, lo erigió como una de las dos “espadas” del marxismo-leninismo (la otra era Lenin) y sostuvo que la abjuración de Stalin era una excusa bajo la cual Jrushchov y el PCUS estaban “abandonando” el leninismo, al plantear que se podía llegar al poder por vía parlamentaria en lugar de seguir el camino de la Revolución de Octubre (Mao, 1956a: 365-366). En ese sentido, la posición del PCCh persistió en la idea de que “tomar el Poder por la fuerza de las armas es la consigna estratégica” (Mao, 1957a: 537) y discutió insistentemente este punto con el Comité Central del PCUS, junto a otras cuestiones referidas a la política del MCI, a través de una serie de cartas que se enviaron a comienzos de los sesenta, cuando el conflicto chino-soviético escaló (PCCh, 1965).

La principal crítica de Mao a Stalin refería al “tratamiento de las contradicciones”: como el dirigente soviético había considerado, a mediados de los años treinta, que se había alcanzado el socialismo de modo irreversible (lo cual suponía en aquel entonces la extinción de la lucha de clases antagónicas), el capitalismo sólo podía ser restaurado por la agresión externa o por la acción del imperialismo al interior de la URSS. Esa perspectiva habría llevado al georgiano a “confundir” contradicciones “en el seno del pueblo” como si se tratara de “contradicciones con el enemigo”, es decir, a considerar cualquier disidencia como parte de la acción del enemigo. Esto no sólo había tenido como consecuencia una represión indiscriminada, sino también se habrían creado

las condiciones teóricas y políticas para que los “seguidores del camino capitalista” llegaran al poder.³⁰⁶ Además, según el testimonio de Vargas, los chinos también eran críticos de que Stalin tuviera “una política de ocupar territorios luego de la guerra [refiere a la II Guerra Mundial]” (Brega, 2008: 112).

En ese contexto, la creciente adhesión del PCR a los planteos maoístas incidió en una revalorización de Stalin y del período bajo su dirección,³⁰⁷ aunque remarcaba que no se definían como “stalinistas”, en tanto el dirigente soviético no había producido “desarrollos” o aportes originales en la teoría marxista, como sí se les atribuía a Lenin y luego a Mao. En ese sentido, el comunismo revolucionario también se distinguía de las posiciones más “stalinistas” defendidas por Enver Hoxha, dirigente principal del proceso albanés.

Finalmente, el PCR, aún definiéndose “marxista-leninista” y no “maoísta”, fue reconocido por el PCCh a través de una resolución oficial. En ese momento, el partido chino ya no hablaba de “marxismo-leninismo-maoísmo” como en los primeros años de la Revolución Cultural, sino sólo de “marxismo-leninismo”, aclarando que en su caso adherían al “Pensamiento de Mao Tse Tung” (era la formulación que habían usado desde 1945). A raíz de este cambio, Vargas aclaraba que “ahora la base de adhesión era simplemente el marxismo-leninismo. De todos modos nosotros subrayamos lo del maoísmo para diferenciarnos con claridad de otras organizaciones que se proclaman marxistas-leninistas” (Brega, 2008: 115). Este alineamiento con el PCCh fue clave en el derrotero posterior del PCR. Según Vargas, “A partir de allí se crearon las condiciones político-ideológicas para transformar al partido” (Brega, 2008: 113).

Como habíamos adelantado, este viaje constituyó un punto de inflexión en el largo proceso de adhesión al maoísmo y posibilitó el desenlace de dos polémicas que venían desarrollándose al interior del comunismo revolucionario: la discusión sobre el “socialimperialismo” y su injerencia en la política argentina, por un lado, y la revisión de la teoría del “capitalismo dependiente”, por el otro. Abordaremos ambas más adelante, pero antes consideramos fundamental remarcar un eje clave para comprender el viraje del PCR hacia el maoísmo: la valoración de la Revolución Cultural. A

³⁰⁶ Estas cuestiones se abordan en distintos textos de Mao. Entre ellos, podemos mencionar “Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo” (Mao, 1957) y los análisis de Mao (1975) sobre el Manual de Economía Política de la URSS de 1960 y el informe de 1952 “Problemas Económicos del Socialismo en la URSS” de Stalin. Luego de la ruptura con la Unión Soviética, las diatribas contra esta se harían más usuales y explícitas.

³⁰⁷ Ejemplo de esto fue la publicación del fascículo “La Era de Stalin” de Carlos Echagüe (1975) en la colección del Centro Editor de América Latina “Nuevo Siglo. La Historia Documental del Siglo XX”, a partir de una idea de David Viñas.

continuación, analizamos los usos de la misma en la narrativa oficial del comunismo revolucionario y su incidencia en el proceso de construcción identitaria bajo la influencia del maoísmo.

5.2 Los usos de la Revolución Cultural en el viraje hacia el maoísmo

El influjo del maoísmo en la Argentina había producido la emergencia de organizaciones que se inscribieron en dicha corriente. Entre ellas, cabe destacar a Vanguardia Comunista, fundada en 1965 y proveniente del socialismo. Fue la primera de las organizaciones en adoptar explícitamente la identificación con el maoísmo y en alinearse oficialmente con el PCCh. De todos modos, la “adaptación” del maoísmo a la Argentina por parte de VC fue un proceso lento, signado por mutaciones y reformulaciones de su línea política; estos cambios tuvieron más que ver con la situación política nacional y las necesidades locales del partido que con los dilemas más amplios que atravesaron al MCI (Rupar, 2019). En particular, VC fue crítica de la aproximación al peronismo practicada por el PSAV –su partido de origen-, considerándola una apuesta por el “populismo”, y optó por la construcción de un “partido de clase”.

Otra de las organizaciones maoístas existentes a comienzos de los setenta fue el Partido Comunista Marxista-Leninista (PCM-L), fundado en 1968 por José y Oscar Ríos, dos dirigentes de La Plata que habían sido expulsados del PCA en 1963.³⁰⁸ Un rasgo distintivo de este partido fue que se trató del único que se volcó explícitamente a la realización de acciones armadas: hacia 1975, en un giro de sus posiciones previas, se pronunció a favor de la “lucha armada” e inició su preparación para la “guerra popular”, aunque sus experiencias en este terreno fueron escasas y muchas de ellas frustradas (Rupar, 2019). En ese sentido, se trató de una organización que priorizó sus acuerdos con el PRT-ERP y con Montoneros que con otras fuerzas maoístas; de hecho, se distanciaron del PCR y de VC al considerar al primero una organización “contrarrevolucionaria” y a la segunda una fuerza “oportunista”. Otro de las marcas distintivas del PCM-L, que lo distanció de otras corrientes maoístas que intentaron establecer puentes, fue su caracterización del peronismo como “fascista”, al igual que concibió a todo el régimen que gobernó la Argentina desde el golpe de 1966 hasta el de 1976 (Celentano, 2005).

³⁰⁸ Para una reconstrucción de los orígenes de este partido y un análisis de sus posiciones políticas, ver Celentano, 2005.

Otra organización, más pequeña que las anteriores, fue el Partido Comunista Maoísta (PCM), el cual, según sus documentos, se fundó en abril de 1971, provino de contingentes del socialismo y llamó insistentemente a la unidad con VC (Rupar, 2019). Al igual que esta última y el PCM-L, el PCM recurrió al concepto de “neocolonia” para definir a la Argentina y tuvo la particularidad de vincularse a sectores combativos del peronismo como el Frente Revolucionario Peronista (Rupar, 2019).

Como puede verse, el proceso de identificación con el maoísmo que llevó a cabo el PCR se inscribió en un contexto en el que ya se habían formado otras organizaciones de corte maoísta. La adscripción del comunismo revolucionario a dicha corriente en 1974 puede considerarse tardía, no sólo en relación con el momento de auge internacional de la influencia maoísta como corriente diferenciada a partir de 1968, sino también con respecto a la formación de grupos maoístas en la Argentina. El PCR fue el último partido en definirse como tal. De todos modos, como analizamos a continuación, el influjo maoísta en el PCR adquirió un carácter singular y procesual, en el que podemos identificar su influencia, al menos, desde el comienzo de la década del setenta, aunque pueden reconocerse vestigios de la misma aun antes de esa fecha.

La presencia del maoísmo en el PCR durante los primeros setenta

La gravitación de la experiencia maoísta en la conformación del PCR ha sido objeto de polémicas. Como vimos en el Capítulo 1, la dirección del PCA no dudó en considerar la fractura de 1967 como producto de la acción “fraccionista” del maoísmo en el contexto del conflicto chino-soviético, aunque este fuera cuestionado abiertamente por las primeras declaraciones del nuevo partido. Ya en octubre de 1963, año clave en que se efectivizó la ruptura de relaciones entre el PCCh y el PCUS y en el marco previo al VIII Congreso de la FJC de 1964 al que hicimos referencia en el Capítulo 1, se había desatado un escándalo interno cuando Pedro Planes, a la sazón secretario de organización de la Fede y director de su periódico *Juventud*, publicó en tapa una foto de Mao Tse Tung con motivo del aniversario del triunfo de la Revolución China.³⁰⁹ Este hecho, aparentemente nimio, derivó en la ruptura y alejamiento de varios redactores de la publicación. Para los partidos alineados con la URSS, la exaltación de Mao constituía una especie de “herejía”.

³⁰⁹ Resulta notable que ese mismo año *Pasado y Presente* en su número 4 (PyP, 1964) editara dos artículos de intelectuales franceses sobre el conflicto chino-soviético y los debates en el Movimiento Comunista Internacional, dando cuenta de las inquietudes que compartían los grupos de Portantiero y Aricó con las corrientes disidentes que se mantuvieron en el PC y luego fundarían el PCR.

A su vez, podemos identificar desde 1970 la aparición de una serie de artículos escritos por Carlos Echagüe en el *Nueva Hora*. Estos dan cuenta de un creciente interés por la experiencia china y sus “lecciones”. Asimismo, este también se manifestó en artículos de diversa índole publicados en la revista teórica del PCR, *Teoría y Política*, especialmente a partir de 1971. Por ejemplo, pueden encontrarse artículos de José Ratzler (“Lucas Figari”) sobre el proceso revolucionario en China y las posiciones del PCCh en el MCI (Figari, 1971a y 1971b); sobre estos volveremos más adelante.

En julio-agosto del mismo año, la mencionada publicación incluyó la reedición de un artículo elaborado por los periódicos del Comité Central del PCCh y del Ejército Popular de Liberación, con motivo del centenario de la “Comuna de París”; allí, en el marco de un balance más general sobre la experiencia parisina y esgrimiendo sus posicionamientos críticos hacia el “revisionismo contemporáneo”, el PCR sostenía la necesidad de “perseverar en la continuación de la revolución bajo la dictadura del proletariado” (*Renmin Ribao et al.*, 1971) en sintonía con las tesis maoístas triunfantes luego de la Revolución Cultural. En una nota introductoria se aclaraba que era “importante que en la elaboración teórica de los miembros del PCR se tenga como punto de referencia estas conclusiones de los camaradas chinos”, pero que, a la vez, esto “significa[ba] que debemos pensar con nuestra propia cabeza (...) cada uno de los aspectos abordados en este escrito” (*Teoría y Política*, 1971a: 2).

En 1972, en la edición de marzo-abril de *Teoría y Política*, se incluyeron dos reseñas críticas de José Ratzler: una sobre el fascículo de José Aricó en la colección “Los hombres” del Centro Editor de América Latina titulado “Mao Tse Tung” (Aricó, 1971); y otra sobre el “cuaderno” N.º 23 de *Pasado y Presente*, que compiló artículos de diversos autores y estuvo dedicado enteramente a la Revolución Cultural (Collotti Pischel *et al.*, 1971). De este último, Ratzler destacaba el interés que suscitaban los aportes de Enrica Collotti Pischel y Charles Bettelheim, a la par que criticaba aquellos textos que, según su interpretación, pretendían “usar a Mao contra Lenin”, endilgándole al segundo una “versión stalinista” (Figari, 1972b: 34).

Al respecto del artículo de Aricó, Ratzler (Figari, 1972a) lo calificó de “excelente introducción al estudio de la revolución china” (p. 30), por la profundidad y el conocimiento expresado al respecto y por la bibliografía sobre el tema empleada por el autor; luego de esto, Ratzler plasmó algunos señalamientos críticos. El más importante de ellos radicó en problematizar cierta contraposición entre el leninismo y el maoísmo esbozada por Aricó, a partir de enfatizar las características propias de la segunda

corriente, incluso sosteniendo que Mao había defendido una “concepción radicalmente distinta de la 'leninista' (por lo menos, en la interpretación que de ésta hiciera el stalinismo) del partido revolucionario y de sus relaciones con las masas” (Aricó, 1971: 28). Según Ratzler, era “imperdonable que [Aricó] desconozca las diferencias radicales que existen entre el leninismo y esa 'interpretación' stalinista” (Figari, 1972a: 31). El esfuerzo del reseñador radicó, además de destacar la preocupación temprana de Lenin por el proceso chino luego de la revolución de 1911, en demostrar que “nada de lo escrito o hecho por él [se refiere a Mao] contradice aspectos importantes de las elaboraciones y de las prácticas leninistas” (Figari, 1972a: 31). A sus ojos, esto se debía a que Mao no se limitó a repetir textos leninistas, sino que “fusionó” las “leyes universales del movimiento obrero” a las condiciones concretas de su país. Por esta razón, no debía exagerarse la excepcionalidad del maoísmo y de la experiencia china, sino partir de que “detrás de la palabra leninismo no está un hombre, sino la experiencia de la revolución de octubre y la construcción del partido bolchevique, la teoría del imperialismo, la lucha contra el idealismo filosófico, la ruptura de la Segunda Internacional” (Figari, 1972a: 31); estos aportes, al igual que los de Marx y Engels, podían y debían ser examinados críticamente. Según Ratzler, esta mirada que criticaba se explicaba a partir de que Aricó habría centrado su atención en las peculiares manifestaciones culturales del maoísmo, “soslayando” la influencia del “modo asiático de producción” y la situación de China antes de la revolución.

Como hemos visto hasta aquí, la presencia del maoísmo en las preocupaciones y planteos del PCR fue creciendo en los primeros setenta. A comienzos de 1973, se publicó en *Teoría y Política* un artículo de Otto Vargas (“Rosendo Irusta”) titulado “Actualidad de la Revolución Cultural Proletaria China” (Irusta, 1973). La centralidad de este documento radica en que en él se sintetizaron las valoraciones del viaje de la segunda delegación del PCR a China y porque allí Vargas plasmó los aportes del proceso chino que el comunismo revolucionario debía apropiarse para desarrollar su propia experiencia en la Argentina. Por esa razón, más adelante profundizamos en su análisis.

Antes de ello, es necesario dejar planteados algunos apuntes sobre la Revolución Cultural que favorecen la comprensión de los debates que la recorrieron y la apropiación que de ellos esgrimió el comunismo revolucionario.

La Revolución Cultural en China constituye uno de los procesos más polémicos en el seno de las experiencias socialistas del siglo XX. Exaltada por unos y condenada por otros, resulta una cuestión espinosa, incluso al interior de China, donde la dirigencia actual del PCCh, heredera de los cambios encabezados por Deng Xiaoping a partir de 1978/1979, la considera uno de los mayores errores de Mao. Como ha planteado Brenda Rugar (2019), “Si ya el debate con la URSS había conmovido las estructuras partidarias de la izquierda, el hecho de que la Revolución Cultural estuviese dirigida en contra de un sector del propio Comité Central del PCCh, estremeció aún más las costumbres de aquel mundo” (p. 47). Sucintamente, podemos plantear que en 1966 se desató en el Partido Comunista de China una lucha intestina “a puertas abiertas” que se venía desarrollando solapadamente desde la política del “Gran Salto Adelante” de 1958.³¹⁰

En el marco de este último proceso, luego de la socialización de las tierras,³¹¹ se reemplazaron las cooperativas agrarias por las “comunidades populares” hacia fines de los cincuenta. En ellas, las tareas eran compartidas, e incluían guarderías y comedores que, sobre la base de socializar el trabajo doméstico, posibilitaron la incorporación plena de las mujeres a la producción. Sin embargo, los resultados estuvieron lejos de ser los esperados: las catástrofes naturales (sequías e inundaciones en distintas regiones) y los graves errores cometidos en la planificación perjudicaron la producción a tal punto que la situación derivó en hambrunas. Estos errores fueron esgrimidos por sectores partidarios de la perspectiva soviética dentro del PCCh para cuestionar globalmente la propuesta del “Gran Salto Adelante” y las “Comunidades Populares”. De este modo, maduró un debate que existía dentro del PCCh acerca de los caminos para el desarrollo del socialismo luego del triunfo revolucionario, que derivó en divisiones “irreparables” entre distintos dirigentes (Meisner, 2007).

Desde entonces, frente a la “burocratización estatal” considerada un obstáculo, Mao se inclinaba a provocar movimientos de masas, “pasando por encima de las cabezas de los burócratas del Partido y salteándose la mayoría de la estructura

³¹⁰ Durante el mismo, “los maoístas” habían apostado “a la transformación radical de las estructuras sociales agrarias mediante la movilización de la fuerza laboral rural y la reorganización de la familia campesina”; en las fábricas se había promovido “la democracia igualitaria a través de las críticas de las bases a los directivos y especialistas” (Béjar, 2011: 253).

³¹¹ Debe tenerse en cuenta, además, el carácter particular del proceso revolucionario chino en el campo, especialmente si se lo compara con el soviético. En ese sentido, el hecho de que el 84% de los pequeños propietarios campesinos aceptara en forma pacífica la colectivización en menos de un año (durante 1956), “sin que hubiera, a primera vista, ninguna de las consecuencias de la colectivización soviética, habla por sí mismo” (Hobsbawm, 2011: 466).

burocrática formal del nuevo estado” (Meisner, 2007: 187).³¹² En diciembre de 1958, los sectores críticos de Mao dentro de la dirigencia comunista pasaron a predominar: se canceló el proyecto maoísta y se impuso otro “más tecnocrático”, por lo que el líder chino debió dejar la jefatura del Estado en manos de Liu Shaochi, aunque retuvo la presidencia del partido. Este nuevo sector hegemónico en la dirección del PCCh, encabezado por el dirigente mencionado y Deng Xiaoping (a la sazón secretario general del partido), “abandonó las campañas por la democracia en las fábricas y volvió al salario por pieza, a la valoración del saber de los especialistas junto al restablecimiento de las viejas jerarquías en el medio rural. No quedó nada del igualitarismo defendido por Mao” (Béjar, 2011: 254).³¹³

A este debate al interior del PCCh se sumó la polémica y ruptura con la URSS, que a comienzos de los sesenta retiró toda ayuda a China. Los ejes de debate se cifraron en torno a la “coexistencia pacífica” como política del MCI en el plano internacional, la vía para el triunfo revolucionario (violenta o pacífica) y la concepción de “Estado de todo el pueblo” que, a ojos de los comunistas chinos, desvirtuaba la “dictadura del proletariado”. Al respecto del último punto, Mao no solamente polemizaba con los caminos para el desarrollo del socialismo, sino que también afirmó que la lucha de clases continuaba bajo el socialismo. Como el líder chino consideraba que, en la Unión Soviética, tras la muerte de Stalin, se había restaurado el capitalismo, esto no podía explicarse por las características individuales de Jrushchov, sino que este proceso debía ser expresión de la lucha de clases que continuaba su desarrollo bajo el socialismo. Esta tesis de la continuidad de las contradicciones de clase bajo “las condiciones de la dictadura del proletariado” era una novedad en los planteos del marxismo y su derivación política fue la Revolución Cultural, entendida como una “revolución dentro de la revolución”, que se proponía impedir la “restauración capitalista” en China, interpelando a las masas para disputar el rumbo de la construcción socialista. En ese sentido, se concibió a la Revolución Cultural como una lucha entre el “camino socialista” y el “camino capitalista”.

³¹² De hecho, la campaña de las “Cien Flores” implicó una amenaza explícita a los privilegios y a la independencia de los intereses burocráticos arraigados, junto con el “empuje igualitario y populista del Gran Salto Adelante” que encontró una “poderosa resistencia burocrática” (Meisner, 2007: 187).

³¹³ A partir de entonces, “se restauró el control burocrático del centro, se redujeron las funciones socioeconómicas de las comunas (...) Se toleraron las parcelas privadas y los mercados rurales libres. Se cerraron numerosas escuelas a tiempo parcial y clínicas, ya que se volvió a dar prioridad a las áreas urbanas a la hora de distribuir los recursos. Hubo una tendencia general a ignorar la importancia de las campañas ideológicas en la medida en que se hacía mayor hincapié en la recuperación económica y ahora pasaba a ser más importante ser experto que `rojo” (Bailey, 2002:133-134).

En ese marco, se lanzó la “Gran Revolución Cultural Proletaria”, cuyo período más agudo se desplegó entre mediados de 1966 y fines de abril de 1969, aunque se ha considerado que esta se extendió hasta la muerte de Mao en 1976.³¹⁴ A través de ella, Mao buscó recuperar el poder perdido, alentando el debate político de masas y la lucha, no exenta de violencia, contra formas de autoridad percibidas como “burocráticas” (Bailey, 2002). Bajo esa perspectiva, la Revolución Cultural se propuso

...aplastar, mediante la lucha, a los que ocupan puestos dirigentes y siguen el camino capitalista, criticar y repudiar a las 'autoridades' reaccionarias burguesas en el campo académico, criticar y repudiar la ideología de la burguesía y demás clases explotadoras, y transformar la educación, la literatura y el arte y los demás dominios de la superestructura que no corresponden a la base económica del socialismo, a fin de facilitar la consolidación y el desarrollo del sistema socialista (CC del PCCh, 1966: 121).

Para ello, desde los sectores alineados con Mao, se impulsó el debate político a través de distintos mecanismos (entre ellos, los numerosos “carteles murales de grandes caracteres” que se colgaban en los lugares de trabajo y de estudio), así como la conformación de instancias de participación directa de masas como medio de disputa y de renovación de la estructura partidaria y estatal. La forma principal se denominó “Comités Revolucionarios”, formados por delegados elegidos por “las masas” del lugar, “cuadros revolucionarios” y representantes del ejército; también cumplió un rol fundamental la organización de los llamados “guardias rojos”.³¹⁵

Asimismo, en el marco del debate político, el ala maoísta remarcaba la necesidad de realizar “una estricta distinción entre los diferentes tipos de contradicciones: las contradicciones en el seno del pueblo y las existentes entre nosotros y el enemigo”, ya que es “normal que existan opiniones distintas entre las masas populares”; por esa razón, se debía “recurrir al razonamiento y no a la coacción o a la fuerza” (CC del PCCh, 1966: 126-127). Como vimos anteriormente, desde esa perspectiva, Mao cuestionaba los métodos de Stalin, que no sólo habían derivado en la

³¹⁴ Una parte importante del debate político se manifestó a través de alusiones culturales y artísticas. De hecho, el detonante original fue un artículo de 1965 que criticaba una ópera llamada “La destitución de Hai Rui”, escrita por el historiador y vicealcalde de Pekín, Wu Han. Se interpretó esta obra como una crítica a Mao (“el emperador”) por haber desplazado a Peng Dehuai (que sería Hai Rui), anterior Ministro de Defensa. Este, como partidario de la línea soviética, se había opuesto a la colectivización de la agricultura y a las comunas durante el Gran Salto Adelante. Esta polémica constituyó el punto de partida de una serie de debates políticos, filosóficos e ideológicos que atravesaría los años posteriores.

³¹⁵ Dos significativas visiones sobre este proceso en particular y sobre el período de la Revolución Cultural en general, pueden encontrarse en los testimonios del periodista estadounidense Edgar Snow ([1971] 2011) y del escritor argentino Bernardo Kordon (1969). Para ver las experiencias de lucha de las mujeres chinas en relación con sus problemas específicos durante la Revolución Cultural, puede verse el testimonio de la intelectual francesa Claudie Broyelle ([1973] 2010), quien encabezó una delegación formada por doce mujeres en 1971.

resolución de debates políticos de manera administrativa o represiva, sino que habían facilitado el ascenso al poder de los “seguidores del camino capitalista” y su conformación como una “burguesía monopolista de Estado”. De todos modos, muchos intelectuales y dirigentes importantes del PCCh se vieron obligados a trabajar en el campo como medio de “reeducación”.

Hacia 1969, al finalizar el período más agudo de la Revolución Cultural, Mao se consolidó en el poder. Durante el mes de abril, el noveno congreso del PCCh realizó un balance de la Revolución Cultural y definió su prioridad en la reconstrucción del partido. Asimismo, allí se eligió un nuevo Comité Central que dio cuenta del predominio de las corrientes partidarias de la línea de Mao, aunque luego se fuera ampliando con la incorporación de dirigentes que habían sido cuestionados durante la Revolución Cultural. En este nuevo contexto, el fervor espontáneo por Mao y su pensamiento, que caracterizó a los comienzos de la Revolución Cultural, adquirió la forma de una deferencia mucho más ritualizada (Bailey, 2002), aunque las disputas políticas continuarían bajo nuevas formas y se agudizarían luego de la muerte del líder chino en 1976.³¹⁶

Para finalizar esta sucinta reconstrucción del período de la Revolución Cultural, es relevante retomar el balance que el historiador británico Eric Hobsbawm (2011) realizaba acerca de la “era de Mao”. Por un lado, el maoísmo se había caracterizado por la combinación de “la inhumanidad y el oscurantismo con los absurdos surrealistas de las pretensiones hechas en nombre de los pensamientos del líder divino...” (Hobsbawm, 2011: 467). Por el otro, destacaba algunos logros objetivos del período maoísta, entre ellos: la población china creció de 540 a casi 950 millones entre 1949 y la muerte de Mao; la esperanza de vida al nacer pasó de 35 a 68 años, sobre todo por un “espectacular y casi continuo” descenso del índice de mortalidad; el 96% de los niños estaban escolarizados, seis veces más que al momento de llegar al poder; y “el consumo medio de alimentos (en calorías) de un chino estaba un poco por encima de la media de todos los países” (Hobsbawm, 2011: 467).

La valoración de la Revolución Cultural como herramienta clave en el viraje

³¹⁶ Como señaló Dolores Béjar (2011), “los sucesores de Mao privilegiarían el crecimiento económico al igualitarismo social bajo el liderazgo del jefe único” (p. 255); bajo esa nueva etapa “China ha experimentado el período de desarrollo capitalista más masivo y más intensivo de la historia del mundo” Meisner (2007: 2).

Si bien ya hemos visto que la delegación de 1970 (encabezada por Ratzer) había regresado con impresiones encontradas, la valoración del proceso por parte de la segunda fue harto más entusiasta: según Otto Vargas, “fuimos profundamente influenciados por la Revolución Cultural que estaba en curso. Después de haber conocido la realidad terrible de la URSS y todos los países dependientes de ella, encontrarnos con esa experiencia y ese entusiasmo inflamado de las masas, fue verdaderamente un baño revolucionario maravilloso” (Brega, 2008: p. 113). La cita es ilustrativa porque en ella puede identificarse el valor que adquirió la Revolución Cultural Proletaria en el viraje del PCR hacia el maoísmo. Según Rupar (2017c), tanto en VC como en el PCR, la Revolución Cultural cumplió una doble función: “por un lado, una afinidad epocal/generacional que facilitó el conocimiento de la Revolución China y la incorporación de herramientas teórico-políticas para el análisis de un país como Argentina y su revolución; por otro, un papel construido y reforzado sobre todo a través del paso del tiempo, que asigna a ese proceso una llave explicativa que se vincula a aspectos morales de la militancia y a dar sentido y una perspectiva de futuro a la abnegada lucha por la construcción de un mundo mejor” (p. 18).

En nuestro caso, nos centramos en la primera función, ya que consideramos que el maoísmo, y específicamente las tesis planteadas durante la Revolución Cultural, le posibilitaron al PCR, por un lado, una operación de legitimación de ciertas posiciones políticas que este había asumido (producto de los debates internos que hemos abordado). Por el otro, como veremos luego, lo dotó de herramientas teórico-políticas para la interpretación de fenómenos de índole internacional y nacional sin la necesidad de abjurar del “marxismo-leninismo”, pero desmarcándose a su vez de su organización de origen y de la Unión Soviética como punto de referencia (y también de otras interpretaciones sobre el proceso soviético como las trotskistas).

Consideramos que entre 1970, con el viaje de la primera delegación encabezada por Ratzer, y 1972, con el balance de la segunda delegación presidida por Vargas, se desplegó un proceso de debate al interior del comunismo revolucionario que hizo posible el viraje hacia el maoísmo, cristalizado oficialmente en el III Congreso de 1974. Desde esa perspectiva procesual, tal como venimos articulando el análisis en este capítulo, analizamos los ya mencionados artículos de Ratzer (Figari, 1971a y 1971b) y Vargas (Irusta, 1973), especialmente el de este último por constituir la visión oficial que logró predominar en el comunismo revolucionario.

En el primero de ellos, Ratzel (Figari, 1971a) realizó un análisis de lo que era, desde su perspectiva, el comunismo, afirmando una determinada mirada sobre un conjunto de núcleos conceptuales del marxismo y postulando una serie de posicionamientos en relación con los debates que atravesaban al Movimiento Comunista Internacional, en los que se destacaba la crítica al “revisionismo contemporáneo”. En ese sentido, la Revolución China, así como la de Vietnam y Corea, constituía una referencia de enorme importancia, en tanto había operado como el detonante de procesos revolucionarios o de liberación que dieron lugar a la irrupción del “Tercer Mundo” (en referencia a Asia, África y América Latina). Si bien el autor cuestionaba el término por considerar que este secundarizaba la lucha de clases, eximía de “tercermundismo” a la dirigencia maoísta, aunque consideraba que antes de 1958, producto de las condiciones históricas de China, podía encontrarse en sus formulaciones una “sobrestimación del factor nacional” (Figari, 1971a: 17). En el número siguiente, de mayo-junio de 1971, el citado autor le dedicó un extenso artículo exclusivamente al proceso chino (Figari, 1971b). Allí Ratzel destacaba que “uno de los elementos dominantes en la doctrina del PC de China es la plena conciencia de la gravedad y complejidad de los problemas del pasaje del capitalismo al comunismo y de las posibilidades de restauración del capitalismo” (Figari, 1971b: 8). Desde esa perspectiva, la “contradicción principal” en la “fase de transición entre el capitalismo y el comunismo” era la que oponía “dos caminos”: el del “regreso al capitalismo”, es decir la restauración, y el del “avance hacia el comunismo, la revolución ininterrumpida” (Figari, 1971b: 6).

Como hemos visto, esta polémica fue la que se puso en juego durante la Revolución Cultural. Al respecto, Ratzel valoró que, bajo la dirección de Mao, el PCCh había impulsado “el combate entre tendencias internas, que se ha expresado mediante diversas campañas” y que, rechazando el “estilo” atribuido a Stalin de resolver contradicciones a través de métodos administrativos, contaba con “la participación activa de las masas (...) como medio de educarlas, de hacerlas protagonizar el proceso en curso y de reaccionar sobre la estructura del partido, a fin de impedir su esclerosis” (Figari, 1971b: 13); de lo que se había tratado, entonces, era de movilizar a las masas contra la burocratización. Para el dirigente del PCR, durante la Revolución Cultural se expresó una “implacable lucha de líneas” en el seno del núcleo dirigente entre quienes buscaban “atenuar la lucha de clases y los aspectos político-ideológicos de la dictadura del proletariado” y quienes se preocupaban por “subrayarlos” (Figari, 1971b: 14). Al

producirse la ruptura, fue inevitable que el partido tuviera dos centros de dirección. Por ello, el sector encabezado por Mao debió “resolver la escisión práctica que se había dado en el partido, reconstruirlo en torno a su línea y reunir a las masas en torno al partido reconstruido” (Figari, 1971b: 17). Ratzler atribuía la centralidad que adquiriría lo ideológico en China a la debilidad numérica del proletariado industrial, aunque esto encarnaba el riesgo de “incrustaciones y deformaciones no proletarias” y por eso mismo era importante la perspectiva de largo plazo planteada por los maoístas: eran necesarias muchas revoluciones culturales para barrer las “cristalizaciones derechistas” que se produjeran en el futuro (Figari, 1971b: 20).

Entre los señalamientos críticos, Ratzler apuntaba centralmente a dos cuestiones. Por un lado, a la excesiva simplificación de los planteos, en los que las cuestiones históricas y teóricas eran presentadas de modo esquemático, sin lugar a matices ni a la riqueza que revisten la teoría, los debates y las experiencias del movimiento obrero internacional. Ese marco ideológico, que habría implicado un avance en el debate político de las masas, al volverse tan rígido terminaba por constreñir y deformar la “iniciativa creadora” (Figari, 1971b: 18). Por otro lado, si bien ponderaba las medidas de “democratización proletarias” y el lugar al que “sistemáticamente” eran elevadas las masas como “hacedoras de la historia”, Ratzler cuestionaba que se hubiera llevado a cabo, producto de las condiciones y características concretas de China, una extrema personalización en la figura de Mao Tse Tung. De todos modos, lo principal que destacaba Ratzler en su balance era que la Revolución Cultural había sido “el primer intento exitoso de movilizar a las masas contra la esclerosis y la burocratización de los estados socialistas”, inscripta a su vez en la disputa dentro del MCI entre una “vertiente revolucionaria” y otra “reformista y revisionista” (Figari, 1971b: 19).

El artículo de Otto Vargas (Irusta, 1973), por su parte, publicado a comienzos de 1973, contenía una sucinta pero minuciosa cronología del proceso de debate desde 1959, distinguiendo tres etapas de la Revolución Cultural propiamente dicha: una primera de “preparación” desde 1965 hasta mediados de 1966; la segunda hasta 1967; y la tercera caracterizada por “la toma del poder por los revolucionarios” (Irusta, 1973: 11), expresada en el noveno Congreso del PCCh en abril de 1969. Al momento del viaje de la segunda delegación en 1972,³¹⁷ los comunistas chinos consideraban seguir

³¹⁷ En la introducción a la reedición de este artículo, Vargas (2005) presentaba un panorama un tanto idílico del proceso de la Revolución Cultural (teniendo en cuenta que hacia 1972 esta se encontraba en otra etapa): “Cuando visitábamos fábricas, unidades de trabajo, comunas agrarias y universidades, había

transitando la “tercera etapa” que denominaban “lucha-crítica-transformación”. A partir de allí, Vargas desarrolló un análisis a partir de varios ejes: la “actualidad” de la Revolución Cultural; “la lucha por el poder”; “la lucha cultural e ideológica”; “la lucha teórica”; y “la lucha interna”. A lo largo de su análisis, este dirigente dejó asentada una reelaboración de la historia del PCR desde su fundación hasta la fecha, polemizando con las distintas posiciones y debates que habían atravesado al partido hasta ese momento y los que debían encararse a partir de los aportes de la experiencia maoísta. Por esa razón, luego nos detenemos especialmente en esas cuestiones.

Al respecto de la Revolución Cultural en general, Vargas (Irusta, 1973) sostuvo que esta había comenzado como una “revolución cultural e ideológica” (ya que, luego de la conquista del poder por parte del proletariado, la burguesía seguiría predominando en la cultura y en lo ideológico por mucho tiempo) y que “aparentemente, fue desde allí a lo político” cuando en realidad habría sido desde el comienzo “una lucha por el poder”, una “gigantesca batalla de clase por el poder” (p. 12) en las condiciones de la “dictadura del proletariado”. Esa era, a sus ojos, la perspectiva que debía guiar el análisis de la Revolución Cultural. Esto permitiría rechazar o “reubicar” todas las interpretaciones que subrayaran al proceso chino como signado por el “*descalabro del partido monolítico*”; o el llamado a la ‘*rebelión*’ de las masas; o la diferenciación con campañas políticas de masas o con medidas administrativas adoptadas en la lucha contra la restauración burguesa en la URSS bajo Stalin [resaltado en el original]” (Irusta, 1973: 12). Según Vargas, estas interpretaciones reforzaban teorías “espontaneístas”. Aquí puede inferirse una discusión velada con el análisis de Ratzel al que nos referimos anteriormente.

Otro conjunto de interpretaciones con el que su perspectiva estaba polemizando era aquel que subrayara las “particularidades”, lo “específicamente ‘chino’”, por lo cual remarcaría los aspectos “ideológicos” o “ideologicistas” del proceso, atribuidos al carácter “atrasado” de las masas en China. De este modo, según Vargas, para esas interpretaciones la de China no sería la “segunda gran revolución proletaria de la historia”, sino que el acento estaría puesto en su carácter “campesino” y “asiático” (Irusta, 1973: 12-13). Aquí puede inferirse una polémica con el análisis de Aricó que mencionamos anteriormente.

que abrirse paso entre los carteles que los trabajadores de cada lugar colgaban para expresar sus opiniones” (p. 4).

Al respecto de la lucha contra los intentos de “restauración burguesa” en los países socialistas, esta había formado parte también de la experiencia soviética. Por lo tanto, partiendo de que la “descalificación en bloque” de Stalin habría sido el arma principal para restaurar el capitalismo en la URSS, Vargas sostuvo que había que valorar “los méritos históricos” del dirigente soviético y “criticar sus errores teóricos y políticos, especialmente, en cuanto a estos últimos, sus actitudes chovinistas y sus errores de derecha respecto de la lucha de clases durante la etapa histórica de paso del capitalismo al comunismo” (Irusta, 1973: 13). Aquí puede verse una valoración de Stalin en sintonía ya con las posiciones maoístas.

Desde esa óptica, esta orientación había permitido llevar a cabo la Revolución Cultural, con la cual, junto a sus aportes teóricos, Mao había enriquecido el materialismo histórico y dialéctico, aportando un “método, por ahora particular, pero del cual pueden extraerse enseñanzas de validez universal respecto de la resolución de las contradicciones en el seno del pueblo bajo la dictadura del proletariado” (Irusta, 1973: 14). Asimismo, Vargas sostuvo que recurrir a las masas para resolver una disputa interna en el seno del partido no colisionaba ni con los postulados de Lenin, ni con la experiencia soviética (por ejemplo, las polémicas con las ideas de Trotsky o de Bujarin en los años veinte), sino que enriquecía las experiencias y la teoría marxista para el abordaje de las contradicciones. Debía tenerse presente, además, la particularidad de que la Revolución Cultural y su lucha contra el “revisionismo contemporáneo” se realizaron en el contexto en que este último era hegemónico en la dirección de la URSS y de otros países ahora considerados ex socialistas.

En ese sentido, esta experiencia constituía también una contribución de Mao a la teoría del partido, considerándola en consonancia con los postulados de Lenin. Bajo esa perspectiva, Vargas destacaba que, si bien durante la Revolución Cultural el PCCh se fracturó, este, a través de su Comité Central, había dirigido el proceso, a pesar de la disputa interna, y la lucha se había orientada hacia su reconstrucción en nuevas condiciones.³¹⁸ Asimismo, según la interpretación del dirigente del PCR, la Revolución Cultural había puesto en tela de juicio una “concepción revisionista” de la teoría del partido atribuida a Liu Shaochi, a saber:

...la teoría de la 'extinción' de la lucha de clases en el socialismo; la concepción del militante como 'instrumento dócil'; la concepción según la cual las

³¹⁸ Vargas lo planteaba en polémica con las interpretaciones que consideraban que la disputa política se había dispuesto “al margen” del PCCh. En ese sentido, estaba discutiendo con una tesis de Bettelheim, quien consideraba que en el proceso revolucionario chino el rol “determinante” había estado en las masas y no en el partido.

masas siempre son 'atrasadas'; la idea de entrar al Partido para 'ganar puestos'; la idea de que en el Partido debe reinar la paz; la 'integración' de lo público y lo privado, haciendo primar lo privado sobre lo público (Irusta, 1973: 22).

Desde ese punto de vista, “la lucha de clases en la sociedad y la lucha de líneas en el seno del partido son permanentes” y el partido “se desarrolla y consolida en esa lucha de ideas, proletarias y no proletarias” (Irusta, 1973: 22). Bajo esa perspectiva, como habíamos adelantado, Vargas formuló una reconstrucción de los debates internos que habían recorrido al PCR en sus primeros años, tanto en el plano político como teórico. Se debía “repensar toda la experiencia partidaria de lucha contra las expresiones de la línea burguesa en el seno del partido” (Irusta, 1973: 24).

Al respecto de la “lucha teórica”, Vargas puso nuevamente el centro de su polémica con Luis María Aguirre (“Zárate”), quien fuera el representante de una de las posiciones principales sobre las modalidades de lucha armada, valiéndose en su caso de formulaciones teóricas del intelectual francés Louis Althusser.³¹⁹ Como vimos en el Capítulo 2, este fue uno de los debates fundamentales que tiñeron la discusión del I Congreso. En aquel contexto, la impugnación hacia el althusserianismo no era tanto hacia su versión del marxismo en sí, sino más bien hacia la lectura o el uso que de este hacía el zaratismo para fundamentar su posición partidaria de la guerrilla. De hecho, según Vargas, aún después de la salida del grupo zaratista, Althusser “siguió siendo el soporte teórico de las tendencias doctrinarias y militaristas” dentro del partido y por eso debía lucharse contra sus teorías filosóficas (Irusta, 1973: 18). Evidentemente, el intelectual francés constituía una referencia para muchos militantes que continuaron en las filas del PCR luego del I y II Congreso. Cabe tener presente, además, la presencia que había tenido el althusserianismo en las formulaciones que emergieron a lo largo del proceso de discusión de la disidencia comunista frente al PCA y cierta pervivencia de su influencia en los primeros años del PCR, especialmente en torno a los modos de concebir las relaciones entre trabajo teórico y práctica política (Starckenbaum, 2017).

Resulta sorprendente el espacio asignado a la discusión con la influencia althusseriana en el artículo. En ese sentido, se ha analizado en profundidad cómo el “giro maoísta” implicó en el seno del PCR la exigencia de ruptura en el plano teórico y filosófico con Althusser como condición excluyente para dejar atrás el “pasado

³¹⁹ Debe recordarse que el “zaratismo” acusó a la dirección del PCR, encarnada por Vargas, de estar influenciada por Antonio Gramsci. Según Vargas, “ellos decían 'gramsciana' para no 'mentar al diablo', es decir a Mao Tsetung” (Irusta, 1973: 18). Implícitamente, esto constituye un reconocimiento de que Mao ya era en esos primeros años una referencia solapada de un sector del núcleo dirigente del comunismo revolucionario.

revisionista” (Starcenbaum, 2017). Según este autor, Otto Vargas con su artículo “intentaba evidenciar la raigambre revisionista y el carácter especulativo del althusserianismo a partir de lo que era percibido como una impugnación de la teoría del reflejo, un rechazo de la práctica social como criterio de verdad del conocimiento, una reducción de la política a la ideología y una separación del concreto real y el concreto del pensamiento” (Starcenbaum, 2017: 104-105). Esta refutación se realizaba a partir de la contraposición entre el filósofo francés y el líder chino. Según la interpretación de Vargas, lo que contraponía a Althusser con Mao era fundamentalmente su “criterio de verdad del conocimiento”, ya que el primero habría “ridiculizado” la tesis maoísta por la cual dicho criterio pasaba por “la práctica social (práctica de la producción, de la lucha de clases, de la experimentación científica) como criterio de verdad”. Esto sería visto por Althusser como una “ideología empirista” del conocimiento, ya que para él

...la teoría de Marx es 'verdadera' por lo que pudo ser aplicada con éxito, y no es porque fue aplicada con éxito por lo que es verdadera (...) No es la práctica histórica ulterior la que puede dar sus títulos de conocimiento al conocimiento que Marx ha producido: el criterio de la 'verdad' de los conocimientos producidos por la práctica teórica de Marx es proporcionado por la práctica teórica misma... (Althusser, [1969] 2004:62)

Para el PCR, por el contrario, la tesis maoísta de la “práctica social” como “criterio de verdad”, a la que consideraba en consonancia con los postulados de Marx, Engels, Lenin y Stalin, constituía “el problema *más importante* de la teoría marxista del conocimiento [resaltado en el original]” (Irusta, 1973: 18).³²⁰

En el plano político, Vargas sostuvo que el PCR había atravesado “una lucha interna particularmente dura antes de su Primer Congreso”, producto de que el partido había emergido de una “rebeldía antirrevisionista” en el seno del PCA y en la que habían confluído distintas “tendencias” (Irusta, 1973: 23). Partiendo de considerar que esa lucha interna había fortalecido al PCR, Vargas sintetizó los “hitos” que habían posibilitado cristalizar la ruptura con la política “reformista” de su organización de origen: la definición del carácter de la “desviación política del PC (oportunista de derecha)”; la definición del “carácter democrático, agrario, antiimperialista y antimonopolista” de la “fase” actual de la revolución argentina y la “hegemonía proletaria” de la misma, en polémica con “tendencias trotskizantes” (Irusta, 1973: 23);

³²⁰ En un artículo posterior, Ratzer continuaba la línea trazada por Vargas profundizando la refutación de las tesis althusserianas, ya que de ellas derivaría la tendencia a escindir la teoría de la práctica, dando sustento a formas de acción centradas en el trabajo teórico; tener esa guía derivaba necesariamente en el “teoricismo” o en el “izquierdismo” (en referencia a las organizaciones guerrilleras), ambas “desviaciones” de la “pequeñoburguesía”. Al respecto, ver Starcenbaum, 2017.

la polémica con las “concepciones foquistas partidarias en nuestro caso del terrorismo como forma principal de lucha” (p. 24); y la tesis del “polvorín” en 1968 que analizamos en el Capítulo 2. Según Vargas, esta última había condensado una “valoración de la correlación de fuerzas a escala nacional e internacional” que partía de un “análisis correcto, marxista-leninista” y que por eso había sido impugnada por “tendencias trotskistas y terroristas”; de hecho, según esta operación de legitimación de la línea política que había predominado en el PCR bajo su dirección, Vargas consideraba que aquella definición “encerraba, en germen, todos los desarrollos posteriores de la línea del partido, especialmente respecto del PC de China y de las posiciones que harían desanclar al partido de las riberas reformistas-trotskistas-foquistas” (Irusta, 1973: 25).

Como puede verse, las posiciones derrotadas habrían sido expresión de una línea “burguesa” o “pequeñoburguesa” y fue el análisis “marxista-leninista” y la orientación “de las masas, a las masas”, es decir poniendo el centro en la experiencia política de las mismas, las cuestiones que habían posibilitado esos “aciertos”. De este modo, el principal dirigente del comunismo revolucionario pugnaba por unir al conjunto de la militancia partidaria bajo su hegemonía y sentaba las bases para el viraje hacia el maoísmo, el cual se presentaba como necesario e inevitable si se quería persistir en una identidad *auténticamente* marxista-leninista.

Con ese objetivo, a lo largo de su artículo, Vargas subrayaba que el PCR debía “repensar” su “línea revolucionaria”, incluyendo también los terrenos teórico, filosófico, ideológico, artístico y cultural, a partir de los aportes de Mao Tse Tung y de la experiencia de la Revolución Cultural. Como hemos visto, la principal, aunque no única, contribución del líder chino radicaba en su teoría de la “continuación de la revolución en las condiciones de la dictadura del proletariado”, puesta en práctica en la Revolución Cultural. De este modo, esta experiencia se convirtió en el horizonte político y teórico del comunismo revolucionario, erigiéndose como la comprobación de que en el socialismo persistía la lucha de clases y que aquel era el camino para resolver la contradicción entre profundización o restauración. Partiendo de esa valoración, Vargas sostuvo que en aquel momento no se podía ser “marxista-leninista sin aceptar el pensamiento de Mao Tsetung, sin ser maoísta, en el sentido que tiene reconocer los gigantescos aportes teóricos hechos al materialismo dialéctico e histórico” por el dirigente chino (Irusta, 1973: 14). Ser maoísta se convertía así en la condición

excluyente para persistir consecuentemente en el marxismo-leninismo, la identidad comunista que el PCR disputaba y se arrogaba para sí.

Asimismo, Vargas insistía cautelosamente en que esa revisión debía escapar a toda copia y a toda “imitación servil” de un modelo extranjero (Irusta, 1973: 16). Aquí justamente el dirigente principal del PCR postuló una concepción que sería clave en la “traducción” que esta corriente política realizaría de las tesis maoístas. Se trata de la idea de “integración” contrapuesta a la de “aplicación”. Podríamos definir esta perspectiva de la siguiente forma: la línea política no debe “aplicarse”, en el sentido de guiarse por un conjunto de afirmaciones dadas y desarrolladas en otros procesos históricos signados por condiciones concretas, y tomar esos postulados político-estratégicos como propios y adecuados para el “camino de la revolución” en el propio país. Lo correcto, entonces, sería “integrar” las “verdades universales” del marxismo-leninismo-maoísmo a las condiciones concretas de cada proceso revolucionario: “Preferimos por eso, hablar de línea política entendida ésta como la integración del marxismo-leninismo con un determinado proceso revolucionario” (Irusta, 1973: 15). Justamente la virtud del PCCh bajo la dirección de Mao había sido “la integración real” del marxismo-leninismo “con la práctica de la revolución china” (Irusta, 1973: 20).

Como veremos en el Capítulo 6, esta operación le permitirá al PCR adaptar las tesis del maoísmo bajo su perspectiva política, en función de su interpretación singular de las “condiciones concretas” de lo que, a lo largo de esta investigación, hemos denominado el “camino de la revolución” en la Argentina.

5.3 El PCR y el “otro imperialismo” como clave explicativa.

Como veremos en este apartado, la idea de que la Unión Soviética constituía una superpotencia “socialimperialista”, cuya disputa por el control del mundo con los Estados Unidos se manifestaba en la política argentina, pasaría a configurarse como una herramienta político-teórica del comunismo revolucionario para explicar un amplio conjunto de fenómenos nacionales e internacionales. Coincidimos con Matías Rubio (2020b) en considerar que la adhesión a esta tesis “jugó un rol central en la definición de la identidad partidaria del PCR e imprimió un rasgo distintivo a sus elaboraciones respecto al resto de la izquierda que actuó en el periodo” (p. 2547). En ese sentido, indagamos en los usos de esa categoría por parte del comunismo revolucionario para analizar la realidad argentina a lo largo del período que abordamos.

5.3.1 La tesis maoísta del “socialimperialismo soviético” y el PCR

El término “social-imperialista” había sido empleado por Lenin para caracterizar peyorativamente a los dirigentes del Partido Socialdemócrata Alemán, ligados a la II Internacional, quienes habían apoyado a su nación durante la I Guerra Mundial. El surgimiento de estos dirigentes “socialistas de palabra e imperialistas de hecho” (Lenin, 1916: 204) se explicaba a partir de la penetración de la “ideología imperialista” en el seno de la clase obrera, se trataba de la transformación del “oportunismo” en “imperialismo” (Lenin, 1919: 42).

No pretendemos abordar exhaustivamente cómo esta categoría fue resignificada por Mao para denunciar a la dirigencia soviética; sí apuntamos algunos hitos que permiten ver cómo esta fue haciéndose pública para comprender de qué modo llegó a influir en las explicaciones del PCR. Hemos mencionado cómo, desde el XX Congreso y la llegada Jrushchov al poder, Mao fue pronunciándose de modo crítico al interior de reuniones partidarias. Hacia fines de los cincuenta, el dirigente soviético se negó a entregar a China un ejemplar de la bomba atómica y Mao resistió la presión para conformar un “comando militar unificado” en el “extremo oriente”, lo cual derivó en que en 1960 la URSS retirara todos los técnicos e interrumpiera la asistencia económica al país oriental. Luego de que se hiciera pública la ruptura entre ambas naciones, cristalizando la fractura en el seno del Movimiento Comunista Internacional, la República Popular China consiguió desarrollar su propia bomba atómica en 1964, al tiempo que Jrushchov era destituido y reemplazado por Brezhnev.

En ese contexto, las revistas del Comité Central del PCCh (*Renmin Ribao* y *Hongqi*) publicaron la última de las nueve notas que se presentaban como “comentarios” sobre la “Carta Abierta del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética” (compiladas en PCCh, 1965). Allí se planteaba abiertamente que Jrushchov expresaba un “falso comunismo”, cuyo “revisionismo” representaba la “más importante experiencia negativa, permitiendo a los marxistas-leninistas del mundo sacar lecciones para prevenir la degeneración del partido proletario y de los Estados socialistas”, ya que “las revoluciones de todos los países tuvieron sus caídas y recaídas, vueltas y revueltas” (PCCh, 1964: 425). Se acusaba al dirigente soviético de personificar los intereses de una “exigua capa social burguesa privilegiada en el país, y a los intereses de los imperialistas y reaccionarios en el terreno internacional” (PCCh, 1964: 434-435). Prefigurando lo que sería el proceso de la Revolución Cultural y la teoría maoísta de “la continuación de la revolución en las condiciones de la dictadura

del proletariado”, se afirmaba que el desarrollo de la sociedad socialista implicaba un largo período histórico, a través del cual persiste la lucha de clases y la disputa por el rumbo (hacia la profundización del socialismo o hacia la restauración capitalista); por lo tanto, la socialización de los medios de producción no era “suficiente ni sólida”, sino que “hace falta además una revolución socialista completa en los frentes político e ideológico” (PCCh, 1964: 428). Ese mismo año, en reuniones partidarias, Mao sostuvo que “El ascenso del revisionismo al poder significa el ascenso de la burguesía al poder” y que “La Unión Soviética hoy está bajo la dictadura de la burguesía” (PCCh, 1970: 6). Con la llegada de Brezhnev, se intensificó, a ojos del maoísmo, la ofensiva soviética en torno a una política “expansionista”. Finalmente, cuando la URSS encabezó la intervención militar en Checoslovaquia en 1968, la condena de China tuvo hondas repercusiones públicas y con ella emergió como una corriente diferenciada en el MCI (Rupar, 2019) y se erigió en una referencia para los sectores críticos de la actitud soviética.³²¹

Evidentemente, estos debates fueron influenciando al comunismo revolucionario argentino, que se manifestaba crecientemente crítico de la Unión Soviética, aunque nos parece relevante destacar una vez más el carácter procesual de su ruptura: hasta 1972 podemos decir que los posicionamientos del PCR oscilaban entre cuestionamientos cada vez más duros hacia la URSS y una cierta defensa general del socialismo a pesar de su “degeneración”.³²² Ya en su II Congreso en abril de 1972, previo al segundo viaje a China, el comunismo revolucionario oficializó un viraje en su posicionamiento político, dando cuenta del grado de influencia que la tesis maoísta del “socialimperialismo” ejercía en sus explicaciones sobre el proceso soviético. Allí el PCR planteó por primera vez que en la Unión Soviética, durante el período dirigido por Stalin,

...se incubaron sectores sociales y elaboraciones teóricas y políticas, en el marco de relaciones de producción no enteramente revolucionarizadas, que sirvieron de apoyatura a una capa burocrática privilegiada, cada día más alejada del control de las masas, que inició el camino de la utilización de sus privilegios políticos para generar privilegios sociales (PCR, 1972a: 149).

³²¹ Según *Pekín Informa* (1968), el Vice Primer Ministro Chen Yi “hizo hincapié en la denuncia de los crímenes fascistas de la Unión Soviética al enviar tropas a ocupar Checoslovaquia, de la reaccionaria naturaleza socialimperialista de la renegada camarilla revisionista soviética y del complot del imperialismo yanqui y el revisionismo soviético, que colaboran en un vano esfuerzo por redistribuir el mundo” (p. 31). La virulencia de las diatribas da cuenta de la profundidad de la fractura en el MCI.

³²² Al respecto, según Otto Vargas, “durante un tiempo prolongado, no sólo mantuvimos poderosas impregnaciones revisionistas, sino que hacíamos un riguroso saludo a la bandera en la defensa de la Unión Soviética. Algunos lo entendían como 'fernandeo' [se refiere a que la Revolución de Mayo se hizo en nombre del rey Fernando VII], otros como algo justo. Lo cierto es que fue así.” (Brega, 2008: 110).

En ese proceso, el XX Congreso había sido un “salto cualitativo, la revisión abierta y total de las principales tesis marxistas-leninistas”, lo cual demostraba que esos sectores se habían vuelto hegemónicos en el Estado y que habían pasado “de su forma de existencia aburguesada” a convertirse “en forma original” en una “clase social explotadora, burguesa de nuevo tipo, expansionista, socialista de palabra e imperialista de hecho” (PCR, 1972a: 149).³²³ Por un lado, estas definiciones dan cuenta de la influencia que la tesis del “socialimperialismo” tenía ya en el PCR, aún antes de su segundo viaje a China. Por el otro, es relevante destacar que, a diferencia del trotskismo que también había denunciado la burocratización del Estado soviético, en esta perspectiva no se trataría de un sector de la clase obrera que se ha burocratizado, sino que directamente se habría constituido en una clase burguesa “nueva”, que dispone de los medios de producción a través del control estatal en función de sus intereses de clase. En ese sentido, el usufructo de los medios de producción por parte de esta clase social se encontraría “disfrazado” como “propiedad de todo el pueblo”. De este modo, las tesis maoístas le ofrecían al PCR una explicación desde el marxismo-leninismo sobre el tan criticado proceso soviético, lo cual, además de habilitar la condena a la URSS y la fractura con el PCA, eximía al partido argentino de verse obligado a consentir las interpretaciones trotskistas acerca de dicho proceso.

A ojos del PCR, este cambio en la “naturaleza social de la URSS” implicaba descartar toda estrategia revolucionaria que ubicara a la Unión Soviética como “centro de las fuerzas antagónicas al imperialismo” (PCR, 1972a: 158). Esto realzaba el rol del PCCh como la punta de lanza para el “combate antiimperialista y antirrevisionista”. A su vez, como veremos, estos reposicionamientos fueron forjando en el comunismo revolucionario una perspectiva del escenario internacional en la que el “socialimperialismo soviético” pasaría a ocupar el campo del enemigo junto a Estados Unidos, la otra superpotencia imperialista. Esta visión quedaría expresada oficialmente en el “Programa” sancionado en el III Congreso (PCR, 1974b):

En el mundo contemporáneo existen múltiples contradicciones de las cuales las fundamentales son: la contradicción entre los pueblos y naciones oprimidas por una parte y el imperialismo y el socialimperialismo por la otra; la contradicción entre los diversos imperialismos y entre los grupos monopolistas; la

³²³ Según el relato oficial de Vargas, en su II Congreso el PCR había llegado “por un camino propio y sobre la base de recoger lo que se estaba debatiendo en el movimiento obrero internacional sobre la URSS, a la definición de una capa burocrática de nuevo tipo que se ha aburguesado y a la existencia de un capitalismo monopolista de Estado”, aclarando que “No definimos socialimperialismo, pero definimos todos los atributos de esa nueva clase dominante. Llegamos a este criterio antes de llegar al maoísmo; o simultáneamente, si se quiere” (Brega, 2008: 111).

contradicción entre los países socialistas y el imperialismo y el socialimperialismo (p. 92).

Es decir, la contradicción principal a nivel internacional pasaría a ser la que oponía a las dos superpotencias imperialistas, por un lado, con los países oprimidos del Tercer Mundo, por el otro. Esta visión tendría profundas implicancias en la revalorización del PCR acerca del peronismo, tal como veremos con mayor profundidad en el Capítulo 6.

Esta interpretación teórica y política acerca del proceso soviético, bajo el influjo de la tesis maoísta sobre el “socialimperialismo”, coaguló entre diciembre de 1973 y mayo de 1974 en la elaboración del libro de Carlos Echagüe (1974) titulado *El otro imperialismo. Del Socialismo al Socialimperialismo*.³²⁴ Este sintetizó la visión oficial del PCR en torno a esta cuestión y constituyó una herramienta de disputa político-ideológica que profundizó su delimitación con el PC y agudizó sus diferencias con los sectores de la “nueva izquierda” que valoraban, bajo distintos matices, la alianza con la URSS como una necesidad estratégica (aunque en algunos casos se compartieran varias de sus críticas). Este libro se propuso dar cuenta de “las verdaderas relaciones sociales existentes en la URSS” y del “contenido de clase de su política exterior” (Echagüe, 1974: 7).³²⁵ Sucintamente, esta publicación buscó fundamentar la siguiente interpretación del proceso soviético:

Esta camarilla revisionista [se refiere a Jrushchov-Brezhnev] se adueñó del poder, con lo cual se apropió simultáneamente de los medios de producción y del producto creado por los trabajadores. Se convirtió así en el núcleo constituyente de la nueva clase dominante: la burguesía burocrática monopolista, que derrocó 'pacíficamente' a la dictadura del proletariado, restableció la dictadura burguesa y el capitalismo y se lanzó a una feroz política expansionista y agresiva en nombre del 'socialismo' y la 'coexistencia pacífica'. Se reeditó así, en nuevas condiciones – ya no como fracción de una burguesía imperialista existente [lo cual habría sido el caso de los dirigentes de la II Internacional], sino como núcleo constitutivo de una nueva burguesía imperialista- la transformación del revisionismo en imperialismo, o sea, el socialimperialismo (Echagüe, 1974: 13).

De este modo, el trabajo de Echagüe buscó fundamentar el carácter “científico” de la categoría del “socialimperialismo”, intentando demostrar que el proceso soviético

³²⁴ Este trabajo inicial de Carlos Echagüe fue complementado por otros dos libros que buscaron demostrar la acción del “socialimperialismo” en la política argentina: *¿Qué hay detrás del Caso Graiver? El otro imperialismo en nuestra patria* (1977) y *El Socialimperialismo ruso en la Argentina* (1984). Posteriormente, la visión del PCR sobre el proceso soviético se cristalizaría en los tres tomos de *Revolución, Restauración y Crisis en la Unión Soviética* (Echagüe, 1991; 1995; y 2010, respectivamente).

³²⁵ Horacio Cifardini publicó una interesante reseña sobre este libro en la revista *Los Libros* (Cifardini, 1975).

no sólo daba cuenta de la transformación del revisionismo en imperialismo, sino también que los cinco rasgos, que según Lenin (1916) caracterizan al imperialismo como “fase superior” del capitalismo, “se aplican **rigurosamente** al caso soviético [resaltado en el original]” (Echagüe, 1974: 210). En ese sentido, estos rasgos eran:

El dominio de los monopolios, la exportación de capital, el capital financiero (en el caso ruso hay que tener en cuenta la peculiaridad histórica originada por la **restauración** capitalista: la burguesía burocrática monopolista que se constituye al copar el poder político los revisionistas aprovecha a su favor la previa concentración de la industria y las finanzas en manos del Estado) la asociación internacional de diversos grupos monopolistas y la disputa y reparto del mundo entre las grandes potencias [resaltado en el original] (Echagüe, 1974: 210-211).

A lo largo del libro se brindan distintos elementos que pretenden fundamentar cómo estos rasgos se manifestaban de manera particular en la Unión Soviética. En líneas generales, el fundamento se basaba en que “su economía es similar a la capitalista monopolista de Estado”; “su Estado reprime al pueblo y sirve a la burguesía burocrático monopolista”; en que “exporta y – por ende- extrae plusvalía de los obreros de otros países”; en que “se apropia también de plusvalía directamente mediante el cobro de intereses e indirectamente mediante el mecanismo de los precios internacionales”; en que “invade países y los ocupa”, “promueve golpes de estado” y “se arma hasta los dientes con fines agresivos y expansionistas”; en definitiva, “porque practica una política global dirigida a dominar el mundo” (Echagüe, 1974: 211).

Una de las organizaciones de la “nueva izquierda” que polemizó explícitamente con esta tesis asumida por el PCR fue el PRT-ERP. Amparándose también en esos rasgos definidos por Lenin, la organización dirigida por Santucho refutó la existencia de dos imperialismos. A diferencia del comunismo revolucionario y su “reaccionaria teoría de 'los dos imperialismos'”, el PRT postulaba que la Unión Soviética representaba al “campo socialista” y a la “avanzada mundial de los pueblos que luchan contra el imperialismo” (*El Combatiente*, 1974: 7). A ojos de esta organización, ni en la economía ni en las políticas soviéticas pueden identificarse alguno de los rasgos o de las tendencias que definen, de acuerdo a la teoría leninista, el desarrollo del imperialismo. La prueba de esto radicaba en que “nadie nos podría indicar un solo banco, que provenga de capitales de los países socialistas, ni tampoco empresas explotadoras de dichos países” (*El Combatiente*, 1974: 7). Desde esta perspectiva, el PRT-ERP concluía que “En el mundo actual solo existen dos campos, mortalmente enfrentados” y que, por

ende, el “deber de todo revolucionario consecuente es colocarse en el campo socialista” (*El Combatiente*, 1974: 7).

Por el contrario, desde la perspectiva del comunismo revolucionario, la Unión Soviética concentraba sus esfuerzos en el “Tercer Mundo”³²⁶ para “penetrar con sus capitales, conquistar mercados para sus productos [rigiéndose por los precios internacionales] y proveerse de algunas materias primas baratas” (Echagüe, 1974:184). Ejemplo de esto, según el autor, sería que entre 1955 y 1971 las importaciones que la URSS obtenía de Asia, África y América Latina habían crecido nueve veces, mientras que las exportaciones hacia esas regiones se habían multiplicado por diecinueve. En ese sentido, la “ayuda” de la Unión Soviética a estos países no habría sido tal, sino que expresaba la disputa con Estados Unidos por el control y la dependencia de esos países; esa rivalidad se habría expresado en la India, donde, por ejemplo, todos los créditos soviéticos debían destinarse necesariamente a la compra de bienes en la URSS.

Como habíamos mencionado en el Capítulo 1, el PCR destacaba los puntos de convergencia entre esta crítica al “socialimperialismo” con los contenidos vertidos por el Che Guevara (1965) en la Conferencia Afroasiática, realizada en Argelia en 1965:

¿Cómo puede significar 'beneficio mutuo' vender a precios del mercado mundial las materias primas que cuestan sudor y sufrimientos sin límites a los países atrasados y comprar a precios de mercado mundial las máquinas producidas en las grandes fábricas automatizadas del presente? Si establecemos ese tipo de relación entre los dos grupos de naciones, debemos convenir en que los países socialistas son, en cierta manera, cómplices de la explotación imperial (...) Los países socialistas tienen el deber moral de liquidar su complicidad tácita con los países explotadores del Occidente. (s.p.)

Por el contrario, si bien queda por fuera de nuestro período, en la “Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina y el Caribe”, realizada en La Habana en junio de 1975, se denunció la “teoría de los dos imperialismos” y a la dirección del PC chino y su política exterior. A esta última, se la responsabilizaba de “coquetear con el imperialismo yanqui” y de la formación de “grupos seudorrevolucionarios que, desde un falso radicalismo, dividen a la izquierda, atacan a los partidos comunistas, obstruyen los procesos progresistas y muchas veces actúan como agentes del enemigo en el seno

³²⁶ Si bien el término “Tercer Mundo” ha sido ampliamente utilizado para referir a los países de América Latina, África y gran parte de Asia, dentro de la perspectiva maoísta este adquirió ciertas particularidades, ya que ubicaba tanto a Estados Unidos y a la Unión Soviética en el “primer mundo”. En 1974, Mao definió su perspectiva en estos términos: “A mi juicio, los EE.UU. y la Unión Soviética constituyen el primer mundo; fuerzas intermedias como el Japón, Europa y Canadá integran el segundo mundo, y nosotros formamos parte del tercero (...) El tercer mundo comprende una gran población (...). Toda Asia, excepto Japón, pertenece al tercer mundo; África entera pertenece también a éste, e igualmente América Latina” (*Renmin Ribao*, 1977: s.p.).

del movimiento revolucionario” (*Conferencia...*, 1975: 11). En ese sentido, también se destacó la importancia que había tenido la intervención de Fidel Castro en la IV Conferencia de Países No Alineados, realizada en Argel en 1973, al “desenmascarar la falsa tesis de los dos imperialismos, que sirve a los permanentes propósitos divisionistas del único imperialismo real” (*Conferencia...*, 1975: 21). De este modo, bajo esta perspectiva, el dirigente cubano había contribuido a impedir que ese movimiento de países del Tercer Mundo se enfrentara al “campo socialista” representado por la URSS. En ese contexto, Castro sostuvo que la “teoría de los dos imperialismos”, que en la Argentina defendía el PCR, era alentada por “los teóricos del capitalismo” y por quienes “desde supuestas posiciones revolucionarias lamentablemente traicionan la causa del internacionalismo” (Castro, 1973: s.p.).³²⁷ Como puede verse, la división en el seno del Movimiento Comunista Internacional a mediados de los setenta seguía profundizándose diez años después y la valoración de la URSS seguía dividiendo a las organizaciones que se reivindicaban comunistas y revolucionarias.

Hasta aquí nos hemos detenido en la valoración que, entre 1970 y 1974, fue moldeando el PCR acerca del proceso soviético en clave de un “nuevo” imperialismo. A continuación, analizamos cómo la categoría de “socialimperialismo” fue empleada por este partido para explicar fenómenos de la política argentina de aquel período.

5.3.2 La presencia del “socialimperialismo” en la Argentina según el PCR

Para adentrarnos en el análisis de esta intrincada cuestión, es preciso tener en cuenta, por un lado, que la tesis del “socialimperialismo soviético” era propia del maoísmo y sólo fue asumida por las corrientes que se identificaron con él. Si bien muchas corrientes de la “nueva izquierda” fueron críticas en distinto grado de la Unión Soviética, no la caracterizaron como una potencia imperialista. Sólo en los postulados de Perón acerca de la “Tercera Posición” la URSS era concebida como un imperialismo; ello influyó en interpretaciones en clave “tercermundistas” dentro del peronismo y habilitó los intentos por articular posibles puentes y puntos de acuerdo con las caracterizaciones del comunismo revolucionario hacia 1974. Volveremos sobre esta cuestión en el Capítulo 6.

³²⁷ Al respecto, en polémica con esas tesis, Castro sostuvo: “¿Cómo se puede calificar de imperialista a la Unión Soviética? ¿Dónde están sus empresas monopolistas? ¿Dónde está su participación en las compañías multinacionales? ¿Qué industrias, qué minas, qué yacimientos petrolíferos posee en el mundo subdesarrollado? ¿Qué obrero es explotado en algún país de Asia, África o América Latina, por el capital soviético?” (Castro, 1973: s.p.).

Por otro lado, es relevante tener en cuenta que la aplicación de la perspectiva del “socialimperialismo” para comprender fenómenos de la coyuntura nacional es una marca distintiva del PCR. De hecho, Vanguardia Comunista, anclada tempranamente en las tesis maoístas, había incorporado dicha categoría para caracterizar a la URSS pero no la empleaba para analizar la “penetración imperialista” en la Argentina (Rupar, 2019).³²⁸

Además, debe tenerse presente que las fundamentaciones teóricas y políticas y sus ejemplificaciones en la política nacional acerca del “socialimperialismo ruso” en la Argentina se fueron profundizando en el PCR a lo largo de los años siguientes al período que analizamos aquí; de hecho, las relaciones de la dictadura en tiempos de Videla y Viola con la URSS serían vistas como una confirmación de sus análisis y dotarían a estos de una mayor importancia en la línea partidaria. Con la publicación de *El socialimperialismo ruso en la Argentina* (Echagüe, 1984) se consolidaría la visión del PCR acerca de estos procesos. No obstante, en este apartado nos detenemos en las primeras formulaciones de esta perspectiva, fundamentalmente entre 1972 y 1974, años en los que se denunciaba al “socialimperialismo” al mismo tiempo que se consideraba al “imperialismo yanqui” como el “enemigo principal”.

Asimismo, la “penetración” del “socialimperialismo” se fue identificando, a ojos del PCR, en los planos político, económico, militar, mediático, financiero y en el seno de las corrientes políticas, tanto peronistas, radicales, comunistas y socialistas como del amplio espectro de la “nueva izquierda”. Al respecto de esa “aplicación”, Otto Vargas señaló que “nosotros no fuimos de la categoría teórica de socialimperialismo a descubrir el socialimperialismo en la Argentina”, sino que “lo hicimos desde la política”, ya que había “cuestiones en la política argentina que nos resultaban inexplicables sin esa categoría...” (Brega, 2008: 42-43). A continuación, sin ninguna pretensión de exhaustividad, focalizamos en algunos elementos y sus interpretaciones, para dar cuenta de la lectura singular que elaboró el PCR acerca de distintos aspectos y acontecimientos de la política argentina del período, bajo el lente del “socialimperialismo soviético”.

En el plano político y militar

Bajo la perspectiva que hemos analizado, en pos de comprender cómo interpretó el comunismo revolucionario la gravitación particular del “socialimperialismo” en la

³²⁸ Como hemos visto en el Capítulo 4, Carlos Altamirano, al interior del PCR, sostenía una posición semejante en torno a este punto: coincidía en que se trataba de una superpotencia imperialista, pero no en que controlaba factores de poder en la Argentina.

política argentina, es imprescindible también tener presente, antes que nada, su caracterización del PCA como un partido dependiente de las directrices de Moscú. Al considerar a la Unión Soviética una potencia que disputaba el control de nuestro país, el partido argentino era concebido por el PCR como un instrumento de dicha “penetración imperialista”. Las constantes y crecientes diatribas contra su organización de origen se profundizarían en la medida en que se interpretaban fenómenos de la política argentina en función del papel que en ellos jugaba el PC o personalidades ligadas al mismo, aunque fueran parte en ese momento de otras corrientes políticas. Esto se intentaba fundar en el conocimiento que muchos dirigentes del comunismo revolucionario tenían por sus largas militancias en el Partido Comunista. En ese sentido, Otto Vargas destacó que “Conocíamos al monstruo, como diría Martí, porque veníamos de sus entrañas” (Brega, 2008: 43). Es decir, se empuñaba el hecho de haber surgido “de las entrañas” del PCA como parte de una operación de legitimación en torno al análisis político que elaboraron al respecto durante estos años y con posterioridad.

En el plano específicamente político-militar, a modo ilustrativo, nos centramos en el análisis del PCR sobre la peculiar figura de Alejandro Agustín Lanusse, ya que, luego de una serie de desplazamientos en su caracterización, el comunismo revolucionario lo llegó a considerar una de las expresiones más importantes de una corriente presuntamente “prosoviética” dentro del ejército.³²⁹

Lanusse provenía de una familia tradicional vinculada a sectores terratenientes, particularmente ligados a los consignatarios de hacienda. Fue a lo largo de su vida un decidido antiperonista, de hecho en 1951 fue parte del intento de golpe de Estado contra Perón que encabezó el general Benjamín Menéndez. Durante el enfrentamiento entre “azules” y “colorados”, fue parte de los primeros y apoyó el golpe de Estado contra Illia que llevó a Onganía al poder en 1966. Si bien en la coalición golpista habían predominado los “azules”, en su seno coexistían al menos dos grandes sectores: uno “nacionalista-católico con perfiles de corporativismo antiliberal, modernizador e industrialista, alineado con las posiciones internacionales de los Estados Unidos” y otro “liberal, vinculado al núcleo de los terratenientes más tradicionales, y partidario de diversificar el espectro de las relaciones comerciales y políticas del país sin atender a 'fronteras ideológicas'” (Rapoport y Laufer, 2000: 20). En esta última, se destacaban centralmente Lanusse y Alcides López Aufranc. De hecho, como destacan los autores

³²⁹ El propio Lanusse escribió y publicó tres libros, de carácter autobiográfico, por un lado, y eminentemente político, por el otro, ya que en ellos brinda su versión sobre el período y sobre los hechos históricos de los que formó parte (1977, 1988, 1994).

citados, hacia 1971, esta corriente (con Lanusse ejerciendo la presidencia de facto y López Aufranc como Jefe del Estado Mayor) pasó a ser hegemónica en los altos mandos de las Fuerzas Armadas y en la dictadura de la “Revolución Argentina” y sería la protagonista de la apertura comercial hacia “el este”.³³⁰

Inicialmente, el comunismo revolucionario consideraba a Lanusse, al igual que a Onganía y a Levingston, como un general alineado con los Estados Unidos. De hecho, se destacaba el apoyo que el Departamento de Estado norteamericano le habría brindado luego del “segundo Cordobazo”, con el objetivo de “impedir una situación revolucionaria en la Argentina” (PCR, 1972a: 170). En esa misma dirección, se concebía la conformación del GAN. No obstante, a partir de la incorporación de la categoría de “socialimperialismo” y del papel asignado por el PCR al PCA y su atribuida incidencia en el seno de las Fuerzas Armadas, ciertos acontecimientos fueron reinterpretados bajo esa perspectiva. Uno de esos puntos tenía que ver con la relación que Lanusse había entablado con Salvador Allende: en 1970, pocos días después del triunfo en Chile, el general argentino se opuso a un plan propuesto por la CIA para su derrocamiento. Un año después, luego de asumir el poder tras destituir a Levingston, Lanusse se reunió con Allende en Salta, en el marco de su intención de derribar las “fronteras ideológicas” en la política exterior, lo cual fue celebrado por la prensa moscovita. A partir de dicho encuentro, el PCA modificó su posicionamiento. Hasta ese momento, el PC había manifestado que el GAN se había originado en la embajada de Estados Unidos y depositaba sus expectativas en un golpe militar “peruanista” (como vimos en el Capítulo 1, a comienzos de los sesenta se lo denominaba “nasserista”), tal como habría sido el intento golpista del general Eduardo Labanca en mayo de 1971 (en los años previos había protagonizado otros intentos). Luego el PC consideró a la cumbre de Salta como un “revés para el imperialismo norteamericano” (*Nuestra Palabra*, 1971) y comenzó a referirse al “gobierno” de Lanusse, cuya política exterior (considerada positiva) podía modificar su política interna. Al mismo tiempo, el PC denunciaba los intentos de golpes “fascistas” por parte de opositores a aquel general dentro de las Fuerzas Armadas.

Al respecto de la caracterización del PCR sobre las relaciones del PC con Lanusse y el apoyo soviético que este recibió, Otto Vargas (comunicación personal, 15 de diciembre de 2015) sostuvo que el vínculo entre su ex organización y dicho general

³³⁰ Según Mario Rapoport y Rubén Laufer (2000), “La fuerza de la corriente militar favorable a una aproximación al bloque soviético se haría evidente con el intercambio de misiones castrenses entre ambos países durante la dictadura instaurada en 1976”. Para más información al respecto, ver Rapoport, 1988.

era de larga data: habría comenzado cuando Lanusse fue detenido por su intento golpista contra Perón en 1951 y habría sido Luis Ángel Peconsky, conocido como el “Cholo Peco”, quien se ocupó de entablar la relación, garantizándole comida y atención durante su prisión en el sur. El “Cholo Peco” fue durante décadas el principal dirigente de la Sociedad de Distribuidores de Diarios, Revistas y Afines, es decir, del gremio de canillitas, a partir del cual controlaba la distribución de publicaciones en todo el país.

Puede identificarse cómo, en el relato de este dirigente del PCR, estos elementos se presentan como si fueran, en sí mismos, indicios o pruebas suficientes de la existencia de una corriente militar “prosoviética”. De hecho, según Vargas (comunicación personal, 15 de diciembre de 2015), esta se constituyó como producto de “un proceso complejo donde el PC y los rusos van acumulando una fuerza muy grande dentro de las Fuerzas Armadas”. Como puede verse en su relato, el secretario general del PCR asumía como un hecho la incidencia de “los rusos” en las Fuerzas Armadas argentinas, en consonancia con las versiones cercanas al PCA que tendieron a sobredimensionar su influencia en ellas (Gilbert, 2007 y Nadra, 2015, por ejemplo).³³¹

Según Vargas (comunicación personal, 15 de diciembre de 2015) y el PCR, el peso de “los rusos” en las Fuerzas Armadas argentinas, en particular dentro del Ejército, se inscribía en la política del “socialimperialismo soviético” para disputar el poder en la Argentina; constituiría, entonces, “un juego que atendía a determinada correlación mundial, latinoamericana y atendía también a una correlación de fuerzas global, no solamente dentro del movimiento cívico y popular, sino también en los milicos”; supuestamente, esto permitía explicar por qué el trabajo se había desplegado sobre corrientes muy diferentes. De acuerdo a este relato (O. Vargas, comunicación personal, 15 de diciembre de 2015), “estas corrientes, que en un momento se articularon como *azules*, aunque no exclusivamente, constituían, en la práctica, desde la mentalidad del PC y de los rusos, una corriente patriótica o una corriente democrática”.

³³¹ La relación del PC con altos mandos del ejército es un tema aún oscuro, que no ha sido dilucidado en profundidad por abordajes académicos, por lo cual nos vemos limitados a valernos en este punto de lo que el propio PC ha manifestado, o de los elementos volcados en libros tales como Gilbert, 2005 y 2007; y Nadra, 2015. Una excepción es el artículo de Gabriel Rot (2006) en el que analizó las relaciones del PCA con la lucha armada y su política específica en el terreno militar. Al respecto del tema que nos ocupa, el autor sostuvo que “el PCA tuvo una definida política de captación de cuadros de las Fuerzas Armadas, estableciendo células en el ejército, la aeronáutica y la marina, y editando un periódico destinado a los oficiales y otro a suboficiales durante más de una década, que se sumaron a una intensa difusión de libros y folletos sobre cuestiones militares de autores soviéticos” y que “ya en los años setenta, el Comité Ejecutivo del PCA solía hacer reuniones, o algunas de ellas, al día siguiente de las del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, contando con información de primera mano de lo sucedido en éstas” (p. 20).

Justamente el carácter velado de esta presunta red “prosoviética” le permitía a Vargas incluir dentro de ella a oficiales de alto rango con perfiles muy heterogéneos y que incluso manifestaron a lo largo del período significativas contradicciones políticas entre sí. Ejemplo de esto era la inclusión, por parte de Vargas, del ya mencionado López Aufranc y del también general Juan Enrique Guglielmelli. Este último era uno de los partidarios del desarrollismo dentro del Ejército y dirigía una revista especializada en temas militares llamada *Estrategia*; había sido parte de la coalición golpista que llevó a Onganía al poder, pero se desmarcaba de las corrientes liberales que encarnaron Lanusse y López Aufranc (Miguez, 2017).³³² Además, Guglielmelli era cercano a la corriente “peruanista” [en referencia al gobierno de Velasco Alvarado en Perú] que encabezó el general Jorge Raúl Carcagno.

Entre los mencionados por Vargas, quien tenía un perfil más cercano a las posiciones políticas del PCA fue el general Carlos Rosas. Según Vargas (comunicación personal, 15 de diciembre de 2015), “era un tipo con el que nosotros en la Fede trabajábamos, con la familia de él, con los hijos de él; en su casa, donde vivían sus hijos, vos entrabas y tenías la paloma de la paz de Picasso puesta así en la pared, por darte un ejemplo; es decir que Rosas, digamos, era abierto, era un milico prosoviético”.³³³

En la invitación de Lanusse a Salvador Allende y a Osvaldo Dorticós, a la sazón presidente de Cuba, para formar parte del palco en la asunción de Cámpora el 25 de mayo de 1973, el PCR veía una confirmación de sus caracterizaciones bajo la perspectiva del “socialimperialismo” y su gravitación en la Argentina. De hecho, a partir de la asunción de Cámpora y luego de Perón, con Gelbard como ministro de economía, el comunismo revolucionario planteó que, dentro de la coalición gobernante, había poderosos sectores prosoviéticos, como profundizaremos luego, que en el plano militar impulsaban con Carcagno un golpe “peruano” contra Perón.³³⁴ Incluso, hacia

³³² En su tercer libro, Lanusse referenció a Guglielmelli, Rosas y López Aufranc, entre algunos otros, como sus referentes; los consideraba “jefes” que desde su carrera militar se habían esforzado “por comprender al país y al mundo” (Lanusse, 1994: 46).

³³³ Según la reconstrucción de Isidoro Gilbert (2007), fue Gelbard quien entró en contacto con el general Rosas en 1964 y Rodolfo Ghioldi el encargado de la relación. Cuando Rosas quedó fuera del ejército, se ligó al Movimiento en Defensa del Patrimonio Nacional.

³³⁴ De acuerdo a la reconstrucción de Rosendo Fraga (1988), el denominado “peruanismo” alcanzó la conducción de las Fuerzas Armadas con la asunción del teniente general Carcagno y el coronel Juan Celsio. Según el autor, “El proyecto político que tiene esta corriente se fundamenta a partir del fracaso del actual gobierno peronista [1973-1974], o eventual desaparición del caudillo justicialista”, ya que “ante el vacío político consiguiente se establecería un gobierno militar-populista en base a la coalición de fuerzas populares, especialmente los sectores juveniles”, en referencia a la JP y Montoneros con quienes habían organizado en conjunto el “Operativo Dorrego” (Fraga, 1988: 181).

finis de 1974, ya bajo la posición centrada en la amenaza de un golpe de Estado, hablaban de Lanusse-Gelbard-Carcagno como una “trenza golpista” que se disputaba con los “yanquis” la hegemonía en un próximo golpe contra el gobierno peronista (*Nueva Hora*, 1975: 6-7).

Como puede verse, la caracterización de Lanusse y otros oficiales como parte de una presunta corriente militar “prosoviética” se consolidó en el comunismo revolucionario, no sin atravesar un proceso de discusión interna. Como dijimos al comienzo, el lente del “socialimperialismo” para analizar las conductas, decisiones y alianzas de diversos actores sociales y políticos constituyó una marca singular del PCR, perspectiva que recorrió no sin tensiones los debates internos de aquellos años.

En el plano político-económico

Desde una perspectiva marxista, semejante presencia del “socialimperialismo” en el plano político y militar debía corresponderse, necesariamente, con un arraigo en la estructura económica argentina. Este fue uno de los puntos fundamentales que el PCR intentó “develar” para demostrar la incidencia del “socialimperialismo soviético” en la Argentina.

Según su relato en consonancia con las tesis maoístas, producto del “retraso” del “imperialismo soviético” en su disputa con los Estados Unidos y otras potencias occidentales, la URSS habría aprovechado el uso de firmas, relaciones y testaferros para conquistar posiciones en los países del Tercer Mundo. En la Argentina, en ese sentido, habría cumplido un rol fundamental el “aparato económico” del Partido Comunista y las redes de “testaferros” argentinos que permitían obtener ventajas del Estado por su carácter de empresarios nacionales. De acuerdo al relato de Otto Vargas, “conocíamos que en 1967 el grupo económico-financiero del PC era el quinto grupo económico de la Argentina” y que en ese mismo año “gente del PC había ganado la dirección de la Cámara Argentina de Criadores de Aberdeen Angus”; estos constituían “hechos que recién después comenzamos a asociar” (Brega, 2008: 43). Efectivamente, el peso y las características del “aparato económico” del PC se convertiría en el relato del PCR como uno de los instrumentos de la supuesta penetración de los intereses soviéticos en la Argentina; de ese modo, la denuncia de sus inversiones y negocios se consolidaría como una herramienta explicativa fundamental para el comunismo revolucionario.

Al respecto de este “aparato económico” del PCA, se tejieron numerosas elucubraciones. En ese sentido, nos limitamos a construir una sucinta elucidación,

tomando como punto de partida una serie acotada de elementos brindados por la reconstrucción de Isidoro Gilbert (2007). El PCA había creado un aparato financiero como fuente de recursos para sus objetivos políticos. Este, junto al apoyo económico proveniente de la Unión Soviética, las “comisiones” cobradas por las gestiones en el comercio argentino-soviético (en otros casos los negocios de la URSS se realizaban con firmas controladas por el PC), las contribuciones regulares de afiliados y amigos, y las llamadas “campanas financieras” para la recolección de aportes, posibilitaron el financiamiento de la estructura partidaria, tanto en relación con el sostenimiento económico de “funcionarios” (es decir, militantes rentados, dedicados exclusivamente a sus tareas políticas) como de la infraestructura necesaria (casas “ilegales”, imprentas, depósitos, casaquintas para reuniones, “aparatos de autodefensa”, “servicios de informaciones”, etc.), entre otras cuestiones.

Para ello, a fines de los cuarenta, con la ayuda de Orestes Ghioldi, Codovilla había creado el “Directorio”, un organismo muy reducido y de funcionamiento “ultrasecreto” cuya principal figura fue José Ber Gelbard, afiliado secreto del PC argentino (Gilbert, 2007: 292). Gelbard fue un inmigrante judío que huyó de los progroms antisemitas en Polonia hacia 1930, comenzó como vendedor ambulante, comerciante y contrabandista, se afilió al PC y desde allí se convirtió en un importante empresario que alcanzó notoriedad al dirigir la Confederación General Económica (CGE) durante los primeros gobiernos de Perón para luego consolidarse como su principal dirigente hasta su muerte en 1977 (Seoane, 2014).³³⁵

Cabe tener presente también que Gelbard fue uno de los principales gestores de los acuerdos entre Lanusse y Perón en el contexto del GAN y que, como ministro de Economía que resistió distintos cimbronazos durante el tercer gobierno peronista (estuvo en las gestiones de Cámpora, Lastiri, Perón e Isabel), logró acumular una gran influencia. Fue una figura clave en la política de Perón, tanto para la efectivización del “Pacto Social” como contrapeso de intereses anglosajones y estadounidenses en el marco de la política “pendular” del general. En un hecho sin precedentes, pero que ilustra la influencia que Gelbard había logrado en el seno del gobierno, el ministro de

³³⁵ En su biografía, María Seoane (2014) lo definió de este modo: “Gelbard no fue sólo un empresario. Llegó a intervenir en acontecimientos políticos decisivos como uno de los más secretos y efectivos lobistas de la historia argentina contemporánea: fue el principal hacedor del pacto Perón-Lanusse en 1972; el último –y el preferido– ministro de Economía de Perón, entre 1973 y 1974; uno de los genios financieros del imperio económico montado por el comunismo argentino; un hombre confiable para los servicios secretos israelíes (Mossad), para el Departamento de Estado norteamericano y para el Kremlin...” (p. 13).

Economía tenía su despacho en la propia Casa Rosada, el cual fue desmantelado tras su salida (González, 2007).

De aquel “Directorio”, que encabezaban Codovilla y Gelbard, participaron figuras como Ernesto Paenza (colaborador del segundo en la CGE y en el ministerio de Economía), Simón Duschatzky, Roberto Gold, Mauricio Goldberg, Julio Guransky, entre otros (Gilbert, 2007). A partir de ese núcleo reducido se establecían relaciones y negocios con empresarios y actores políticos y económicos. Esta fue la principal forma de financiación del PCA (Gilbert, 2007). Entre las importantes empresas que este grupo llegó a controlar, pueden mencionarse las envasadoras de Coca-Cola; grandes laboratorios medicinales como Sintyal; propiedades agrarias de grandes extensiones; fábricas de la construcción; empresas de publicidad; medios de comunicación (*El Mundo, Radio Rivadavia, La Opinión*); el banco de Buenos Aires con Samuel Sivak (y con financiamiento de la URSS); la Editorial Haynes; la explotación de yacimientos de cal, arcilla, alúmina en la que sería Minera Aluminé y en la Minera Valcheta; la Compañía Azucarera Tucumana; empresas textiles; algodonerías; concesionarias de autos; etc. (Gilbert, 2007; Seoane, 2014). A mediados de los sesenta, en sociedad con Manuel y Rebecca Madanes, Gelbard conformó Pecerre S.A. con el objetivo de controlar la empresa productora de neumáticos FATE y otros negocios.

De este modo, en 1970 este grupo creó ALUAR para disputar la licitación de la construcción en Puerto Madryn de una importante planta de aluminio.³³⁶ Con el reemplazo de Levingston por Lanusse, el grupo Gelbard-Madanes logró que el segundo se las adjudicara en lugar de beneficiar a alguna de las otras dos empresas interesadas y ligadas al aluminio, entre las cuales se destacaba centralmente la Kaiser Aluminio, de origen estadounidense.³³⁷ La preferencia por Aluar desató un “escándalo” (Solari Yrigoyen, 1977), incluso el contrato del Estado con la empresa fue investigado por una comisión bicameral del Congreso Nacional durante 1975.³³⁸ Una de las principales razones de la polémica radicó en que el grupo, a pesar de no contar con experiencia en

³³⁶ Por su uso en la industria militar, en particular en la construcción de barcos y aviones, la producción de aluminio era estratégica y se lo consideraba “el metal de la independencia”.

³³⁷ Según manifestaciones públicas de Levingston, este consideraba que, entre otras razones, se lo había derrocado para efectivizar el contrato de Aluar en esa dirección (Lanusse, 1994). Luego de su desplazamiento, denunció irregularidades en la licitación y exigió una investigación al respecto.

³³⁸ Según Lanusse (1994), la investigación del caso Aluar, que lo ubicó como uno de los principales acusados, formaba parte de una ofensiva de José López Rega contra Gelbard, en complicidad con Levingston. No obstante, quien presidió esta investigación en el Congreso de la Nación fue el senador de la UCR Hipólito Solari Yrigoyen, quien había sobrevivido un atentado contra su vida en noviembre de 1973, el cual fuera atribuido a la Triple A dirigida por López Rega. Al respecto de esta investigación, Solari Yrigoyen publicó *El escándalo Aluar* (1977).

el rubro y de la superioridad de la tecnología de Kaiser, ganó la licitación y sólo tuvo que invertir un poco más de diez millones de dólares frente a una inversión estatal directa de casi quinientos millones, garantizándoles electricidad y agua de forma gratuita gracias a la construcción de un puerto de aguas profundas y de una central hidroeléctrica (Futaleufú), además del acueducto y numerosas desgravaciones impositivas y beneficios particulares (Congreso de la Nación, 1975). De este modo, Aluar obtuvo el monopolio de la producción de aluminio.

Según Seoane (2014), Gelbard le asignaba una enorme importancia a los medios de comunicación como vía para llegar y mantenerse en el poder. De allí su relación estrecha con dos figuras que aún desatan polémicas: Jacobo Timerman, director del famoso periódico *La Opinión*, y David Graiver, quien además de financista de la mencionada publicación y asesor de confianza de Gelbard durante su gestión en el ministerio de Economía, era dueño de varios bancos y, a fines de 1973, se había adueñado de Papel Prensa, la empresa monopólica dedicada a la producción de papel de diario. Según Abrasha Rotenberg (1999), estrecho colaborador de Timerman en *La Opinión*, tras una serie de encuentros del director con el general Lanusse, el periódico sufrió “repentinamente, una apresurada metamorfosis” que lo convirtió “en órgano defensor de la política gubernamental con rasgos de vocero oficioso” (p. 80).³³⁹ La relación de Timerman con Lanusse y su secretario de Prensa y difusión, Edgardo Sajón, se prolongó durante 1974 y 1975 en varios encuentros de los que también participaban el “Cholo Peco” y el propio Rotenberg (1999).³⁴⁰ Este último, a su vez, era el contador de David Graiver, quien, por su parte, había sido funcionario de la dictadura de Lanusse, en particular desempeñándose como subsecretario general de Bienestar Social cuando Francisco Manrique era el ministro; luego sería banquero y financista de Montoneros, en particular con la administración de los fondos obtenidos en el secuestro de los hermanos Jorge y Juan Born (O’donnel, 2015).³⁴¹

Hasta aquí hemos brindado algunos elementos para comprender la configuración de un “aparato económico” con diversas ramificaciones ligado a la acción del Partido

³³⁹ Según Rotenberg (1999), Timerman le habría manifestado que “el apoyo al sector progresista y democrático, representado por el general Lanusse, era la única opción y un deber del periódico” (p. 80).

³⁴⁰ Tanto Timerman como Sajón serían detenidos y torturados por la policía a cargo de Ramón Camps durante la dictadura cívico-militar. Sajón aún se encuentra desaparecido.

³⁴¹ Tan compleja es la figura de Graiver y sus vinculaciones que, al tiempo que administraba fondos de los Montoneros, tenía como presidente de Papel Prensa al doctor Pedro Martínez Segovia, primo y socio de José Alfredo Martínez de Hoz. Martínez Segovia, además, integraba el directorio de un banco de Graiver en Bruselas y trabajaba en el estudio de Martínez de Hoz, el cual cobraba honorarios del grupo Graiver desde fines de los sesenta por su asesoría en diversos negocios (Gasparini, 1990).

Comunista de la Argentina y al intercambio comercial con la Unión Soviética, y entrelazado a través de distintos negocios con diferentes actores políticos y económicos.

A partir de estos datos de la realidad, el comunismo revolucionario construyó una gran argumentación, presentándolos como si su mera existencia fuera en sí misma una prueba suficiente de su particular teoría. Para este partido, bajo una perspectiva con cierta impronta conspirativa, muchos de estos elementos (los lazos comerciales y los intereses de la URSS en la Argentina; el aparato financiero del PCA; los negocios de empresarios ligados al mismo y favorecidos por decisiones políticas; etc.) eran enumerados como si fueran indicios suficientes para “revelar” la existencia de una compleja red que habría servido como base de la “penetración” del “socialimperialismo soviético” en la Argentina. Indudablemente, Gelbard constituyó la figura central en el intrincado entramado que construyó el comunismo revolucionario en su instrumentación de la categoría maoísta para la política y la economía argentinas. El caso Aluar, por ejemplo, sería interpretado por el PCR como una confirmación de las relaciones entre Lanusse y el “socialimperialismo soviético” a través de Gelbard.

A partir de que la tesis del “socialimperialismo” se tornó oficial en el II Congreso del PCR (abril de 1972), las caracterizaciones hacia representantes de la presunta “burguesía prosoviética” se hicieron cada vez más presentes en los análisis del comunismo revolucionario, especialmente a partir de la apertura electoral de 1973 y el ascenso de Cámpora al poder. Julio Broner, aliado de Gelbard y presidente de la CGE, aparecía como uno de los principales representantes de esta “burguesía prosoviética”, que empleaba un discurso nacionalista para conquistar posiciones en la economía argentina y constituía uno de los apoyos fundamentales del “Pacto Social” (Galván, 1973:3). En julio de 1973, en *Nueva Hora* se denunciaba que los “socialimperialistas rusos” disputaban con estadounidenses y europeos posiciones en la industria de la carne, del pescado, la electrónica y especialmente la minería; por lo tanto, era fundamental apuntar contra el “enemigo fundamental, los monopolios e imperialistas yanquis”, a la par que impedir que esa lucha “sea utilizada no para la independencia económica sino para reemplazar al patrón viejo por el patrón nuevo” (Alonso, 1973: 3).

Hacia noviembre del mismo año, ya el “socialimperialismo soviético” aparecía en el *Nueva Hora* como una de las cuatro fuerzas en pugna que buscaban resolver a su favor la crisis abierta en 1969 (las otras eran el “imperialismo yanqui y la oligarquía”, la “clase obrera y el pueblo” y “la política de Perón”), aunque sólo habría “dos trincheras fundamentales”: la de “los yanquis y sus aliados” y la de “todos los que se oponen a los

yanquis” (Solanas, 1973: 12). Hacia 1974, el PCR analizaba que “de las dos superpotencias que hoy se disputan el dominio del mundo, una de ellas, por su historia, tiene la peculiaridad de recurrir a una simulación; la URSS se presenta ante los pueblos como exactamente opuesta a lo que es”; su peligrosidad radicaba en que “su forma de operar en nuestros países privilegia la infiltración, el engaño y la adopción de identidades falsas: son liberales entre los liberales, nacionalistas entre los nacionalistas, 'radicales', 'peronistas' o 'peruanistas' según los casos y las conveniencias” (*Nueva Hora*, 1974:10d). El objetivo habría sido “convencernos de que para derrotar a los yanquis y liberarnos, no hay que elegir el camino revolucionario de la clase obrera liderando a todo el pueblo y a los enemigos de los yanquis, sino depender de los 'bondadosos' soviéticos” (*Nueva Hora*, 1974d:10). A ojos del PCR, la estrategia soviética en la Argentina sería semejante a la llevada a cabo en Egipto (con el nasserismo) y en la India (con el Partido del Congreso) y consistiría en aliarse a los “movimientos nacionalistas que dirigen las burguesías locales” y luego “gracias a su peso económico y militar, y a la infiltración, al calor del sentimiento antiyanqui de esos movimientos, desarrollan, dentro de ellos, fuertes alas prosoviéticas que se lanzan tras el poder, contra sus aliados de ayer” (Solanas, 1974: 12). De este modo, inscribían la lucha interna dentro del peronismo, como analizamos más adelante. De hecho, justamente esta perspectiva de dos imperialismos que se disputan una Argentina dependiente que pertenecía al Tercer Mundo le permitía al PCR empalmar con los planteos esgrimidos en una clave semejante por el propio Perón.³⁴²

Efectivamente, como el PCR consideraba que el “socialimperialismo soviético” había alcanzado ese poder económico e incluso dirigía al empresariado que se reivindicaba nacional, este también se manifestaba, como hemos visto, en los partidos políticos, las Fuerzas Armadas, la jerarquía sindical, los medios de comunicación y la Iglesia católica, así como en otros factores de poder que se explicaban a partir de su supuesta ligazón con los intereses económicos y “expansionistas” de la Unión Soviética. De este modo, el “socialimperialismo” aparecía como una inusitada fuerza articulada y oculta detrás de los factores de poder en el país.

La explicación de semejante gravitación se encontraba, a ojos del PCR, en que la URSS se había convertido en los setenta en el principal socio comercial de la Argentina y en el mercado más importante en el que la “oligarquía terrateniente” colocaba sus

³⁴² Por ejemplo, en *La Hora de los Pueblos* (Perón, 1968) y en *Modelo Argentino para el Proyecto Nacional* (Perón, 1974).

exportaciones, ocupando el lugar que Gran Bretaña había tenido en los treinta. Ya en 1971 se había suscripto con la Unión Soviética un convenio, ratificado en 1972, que establecía el tratamiento recíproco bajo el concepto de “nación más favorecida” para las exportaciones, importaciones y barcos mercantes de ambos países. Si bien en los sesenta se habían producido algunos intercambios comerciales con países socialistas como China, entre 1972 y 1976, la participación en el comercio de exportación argentino de la URSS, Cuba y en menor medida otros países de esa órbita pasó del 3 al 11% (Gerchunoff y Llach, 2018).

A comienzos de 1974, en febrero, Argentina firmó un acuerdo de cooperación económica, comercial, científica y técnica con la URSS. En mayo de ese año, Gelbard presidió una numerosa delegación que viajó a Moscú.³⁴³ Allí, el ministro de Economía de Perón se reunió con Brezhnev, en una reunión que sorprendió por el tratamiento deferencial que le brindó el dirigente soviético, además de tratarse de un día domingo y de que el encuentro duró más de dos horas.³⁴⁴ Allí se establecieron una serie de acuerdos vinculados a distintas ramas de la economía y el comercio, entre ellos el compromiso de compra por parte de la URSS de 200 mil toneladas de carnes y granos, y el otorgamiento de un crédito para la Argentina de 600 millones de dólares. Este se destinaría para la importación de maquinarias y equipos soviéticos para la construcción de la represa de Salto Grande. Además, se acordó la financiación del complejo Alicurá en Río Negro y dos estaciones termoeléctricas; la adjudicación directa de las obras del gigantesco proyecto hidroeléctrico Paraná Medio; la construcción de un turbogenerador y equipos perforados para YPF. Asimismo, se firmó el protocolo de la Comisión Mixta Argentino-Soviética para la cooperación económica-comercial y científico-técnica (Seoane, 2014). Estos convenios no fueron implementados durante el gobierno peronista, sino que recién entrarían en vigor durante la dictadura, ratificados por Martínez de Hoz a mediados de 1977 (Gilbert, 2007).

La “misión Gelbard” en Moscú fue interpretada por el PCR como una nueva confirmación de sus análisis. Estos hechos eran presentados por el PCR como pruebas suficientes para sostener que el “imperialismo soviético” tenía una enorme gravitación

³⁴³ Viajaron 135 personas, entre las cuales había funcionarios, empresarios y sus familiares, sindicalistas y periodistas. Entre ellos, se encontraba Miguel Bonasso, director de *Noticias* y militante montonero que pocos días antes había gestionado dos encuentros entre Gelbard y Firmenich, con el objetivo de que el primero posibilitara el restablecimiento del diálogo con Perón (Seoane, 2014).

³⁴⁴ Para un versión del encuentro entre Gelbard y Brezhnev, ver Gilbert, 2007: 365-368. Según Gilbert (2007), el dirigente soviético le dijo a Gelbard “Donde vaya la Argentina, irá Latinoamérica”. También se reunió con Nicolai Podgorny, titular del Presidium del Soviet Supremo, y con Alexei Kosyguin, presidente del Consejo de Ministros.

en la Argentina y constituía, entonces, una de las dos superpotencias que obstaculizaba las posibilidades revolucionarias para lograr la liberación en clave “antiimperialista”. Asimismo, la no implementación de esos acuerdos por parte del gobierno peronista sería interpretada como una demostración de su posición “tercermundista”.

Como hemos visto hasta aquí, esta interpretación de la URSS en clave imperialista le permitió al PCR no sólo adherir a las tesis maoístas, sino que operó como legitimación de una serie de decisiones políticas. Por un lado, operó como “confirmación de la justeza” y legitimidad de dos rupturas: la fractura con el Partido Comunista (considerado directamente como un instrumento de la “penetración imperialista”) y la que derivó del proceso de crítica hacia la Unión Soviética que el comunismo revolucionario venía esgrimiendo desde la intervención a Checoslovaquia. En ese sentido, ya en su III Congreso, el PCR planteaba que la “intromisión” soviética en la política Argentina era contraria “a los intereses de la revolución” y la dirección del PCA actuaba “en función de un juego estratégico, que tiene por centro el avance del expansionismo soviético” (PCR, 1974c: 150). A través de esta operación, tanto la Unión Soviética (enemistada con la China de Mao) como el PCA (la organización de la que surgió y con la que el PCR insistentemente buscaba desmarcarse) pasaban a ser considerados obstáculos para el camino revolucionario. Por otro lado, la convicción en la existencia de una red “socialimperialista” que atravesaba todo el espectro político constituía también una herramienta para la diferenciación con otras corrientes de la “nueva izquierda”, a través de diatribas y acusaciones de estar actuando al servicio de intereses soviéticos.

Desde ese punto de vista, algunas actitudes políticas de Perón pasarían a ser interpretadas en clave “nacionalista” y “tercermundista”, carácter atribuido tardíamente por el PCR luego de renegar de la teoría del “capitalismo dependiente” y adherir oficialmente al maoísmo, tal como analizaremos en el Capítulo 6.

CAPÍTULO 6

“La hora de Mao”: *De lo Social y Nacional a lo Nacional y Social.*

El proceso de viraje hacia el maoísmo (II)

(1972-1974)

Como hemos analizado a lo largo de esta Tesis, desde su ruptura con el Partido Comunista hasta su adhesión oficial al maoísmo en 1974, el PCR, atravesado por diversos debates y experiencias políticas, fue configurando su perfil propio y su concepción del “camino de la revolución” en la Argentina. En ello, como hemos dicho, el largo proceso de identificación con el maoísmo ocupó un lugar decisivo. Por lo tanto, en este capítulo, analizamos en ese proceso de viraje dos cuestiones fundamentales y estrechamente entrelazadas: la revisión crítica de la, hasta entonces asumida, caracterización de la Argentina como un país “capitalista dependiente” y la reinterpretación del peronismo. Ambos temas, junto con el alineamiento con China y la adopción de la tesis del “socialimperialismo soviético”, tanto para la interpretación de los fenómenos internacionales como para el análisis de la coyuntura nacional, constituyeron las bases que hicieron posible que el comunismo revolucionario se definiera como “marxista-leninista-maoísta” en 1974. Asimismo, esto implicó la legitimación, reelaboración y racionalización de un conjunto de posiciones previas bajo el paraguas del maoísmo y una serie de “traducciones” de aquellas tesis. Este proceso derivó en ciertos virajes en la línea política partidaria que analizamos en profundidad. Para abordar estos procesos, focalizamos a lo largo del capítulo en los vertiginosos años que van desde 1972, con el GAN y el escenario electoral en el horizonte cercano, hasta 1974, con la crisis en el peronismo, la muerte de Perón y la asunción de Isabel a la presidencia. Si bien en su III Congreso de marzo de 1974 el maoísmo se impuso como identidad político-ideológica del PCR, extendemos el análisis hasta la decisión de defender al gobierno peronista, aun en tiempos de Isabel, con la expectativa de evitar así un golpe de Estado. Consideramos que este controversial posicionamiento fue ilustrativo de los cambios operados en la línea partidaria a partir de su singular viraje maoísta y de las interpretaciones que esgrimió el PCR en aquella coyuntura política.

6.1 *Del capitalismo a la dependencia.* La “cuestión nacional” como factor decisivo.

Como ha destacado Guillermina Georgieff (2008), “el problema de la nación” se constituyó en una preocupación permanente entre los cincuenta y los setenta y tuvo una

enorme incidencia en el heterogéneo campo de la “nueva izquierda”. Esta cuestión articuló parte importante de las críticas que las corrientes políticas de aquel espectro esgrimieron frente al rol histórico que, a sus ojos, habían cumplido los partidos de la “izquierda tradicional”. En ese sentido, siguiendo a la autora, la preocupación por la vinculación entre la propuesta nacional y la propuesta socialista adquirió una nueva centralidad en los sesenta-setenta, atravesada fuertemente por el diálogo entre marxistas y nacionalistas. En ese marco, el tema nacional operó como articulador para que corrientes de la “nueva izquierda” ajustaran cuentas con su propia tradición, establecieran sus diferencias y definieran su lugar propio (Georgieff, 2008). Es relevante tener en cuenta el peso de esta cuestión para analizar el itinerario específico que transitó el PCR en su proceso de identificación con el maoísmo. Y también para examinar la triple demarcación que efectuó en la búsqueda de su perfil propio: su diferenciación con el PCA, con otras corrientes de la “nueva izquierda” y con otras fuerzas políticas locales que también adscribieron al maoísmo. Como venimos analizando, fue desde allí que el PCR interpretó el proceso político del período y elaboró y reelaboró una comprensión de la teoría marxista desde un país dependiente.

A la vez, es importante inscribir este proceso teniendo en cuenta que, a lo largo de los sesenta-setenta, la emergencia del maoísmo y la ruptura con la URSS, el guevarismo y el castrismo, y los procesos de liberación en el Tercer Mundo forjaron diversas interpretaciones acerca de cómo llegar al socialismo y de cómo articular, desde una posición antiimperialista, “la unidad de la liberación socialista y la nacional” (Georgieff, 2008: 56). La revalorización de lo propio en clave “nacional” frente a un “otro” encarnado en el imperialismo atravesó los tópicos discursivos en esas nuevas corrientes marxistas y coaguló en la creencia de que el eje de la revolución mundial pasaba por esas naciones del Tercer Mundo (Georgieff, 2008). Como surge de nuestra reconstrucción y análisis, en efecto estos postulados estuvieron presentes en el PCR a lo largo de su proceso de adhesión a las tesis maoístas.

Como veremos a continuación, la teoría del imperialismo y la “cuestión nacional” en un país como la Argentina se pusieron en juego de modo particular en el proceso de abjuración de la teoría del capitalismo dependiente.

6.1.1 Antecedentes de un debate (1968-1969)

En las concepciones de raíz marxista sobre el “camino revolucionario”, hay una estrecha interrelación entre la caracterización del “tipo de país” y el “carácter de la

revolución”, ya que el primero define lo segundo y de allí se deriva la “contradicción fundamental” que atraviesa a la sociedad. A partir de ella, a su vez, se configuran los bloques de clases, capas y sectores, tanto “aliados” como “enemigos”, que se enfrentan en el proceso a transitar. Resulta fundamental, entonces, reconstruir y analizar cómo se desarrolló este debate al interior del comunismo revolucionario.

Para abordar este nudo de discusión, a su vez, es fundamental tener presente algunas cuestiones vinculadas a la doctrina leninista acerca de la caracterización de los países y sus procesos revolucionarios, porque esta operó como fuente de autoridad para la legitimación de las posiciones políticas en debate. Sucintamente, podemos decir que, para Lenin, a partir de un proceso que comenzó en el último cuarto del siglo XIX, el capitalismo de libre concurrencia se había transformado en capitalismo monopolista, es decir en imperialismo (Lenin, 1916). Esta era una “fase superior” del capitalismo y también era la “última”, ya que la consideraba “el preludio a la revolución social del proletariado” (Lenin, 1916: 57). En ese sentido, el imperialismo, bajo la dominación de los monopolios y del capital financiero, estaba signado por la exportación de capital y el reparto del mundo por parte de las potencias capitalistas y de esos “trusts” internacionales.³⁴⁵ Según Lenin, “el rasgo distintivo del imperialismo” era que el mundo se encontraba dividido en un gran número de naciones oprimidas y un puñado de naciones opresoras, que “disponen de riquezas colosales y de poderosa fuerza militar” (Lenin, 1920b: s.p.). La distinción entre esos dos tipos de naciones era fundamental y por ello la cuestión “democrática” y principalmente la “cuestión nacional” adquiría una enorme importancia en los países oprimidos.³⁴⁶ Entre estos, debían diferenciarse tres tipos de naciones: coloniales, semi-coloniales y dependientes. Esquemáticamente, en los primeros predominaba la dominación directa, política y militar, de la potencia sobre su colonia, lo cual *determinaba* su forma de explotación; en los segundos, la nación oprimida contaba con una autonomía formal, pero los principales resortes de poder se encontraban en manos de la potencia que podía ejercer a través de ellos una injerencia

³⁴⁵ Si bien hemos hecho referencia a esta cuestión al analizar la categoría de “socialimperialismo”, retomamos sucintamente aquí los cinco rasgos característicos de la época del imperialismo: “1) la concentración de la producción y del capital llegada hasta un grado tan elevado de desarrollo que ha creado los monopolios, que desempeñan un papel decisivo en la vida económica; 2) la fusión del capital bancario con el industrial y la creación, sobre la base de *este capital financiero*, de la oligarquía financiera; 3) la exportación de capital, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una importancia particular; 4) la formación de asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas, las cuales se reparten el mundo, y 5) la terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes” (Lenin, 1916: 175).

³⁴⁶ Lenin destacaba, a su vez, que en estos “países atrasados que se encuentren en proceso de liberación” no era inevitable la fase de desarrollo capitalista y, por lo tanto, debía sustituirse el concepto de “movimiento democrático-burgués” por el de “movimiento revolucionario-nacional” (Lenin, 1920b: s.p.).

directa, de tipo colonial (constituyen un “caso intermedio”); los países dependientes, por su parte, también son independientes políticamente, cuentan con un Estado soberano, pero son dependientes económicamente de las grandes potencias y del capital financiero, a partir de la asociación de las potencias imperialistas con las clases dominantes nativas. De acuerdo al dirigente soviético, la Argentina, a comienzos del siglo XX, era un ejemplo modelo de este tercer tipo, ya que, a partir del lazo entre el capital financiero británico y la burguesía nativa, este país era fuertemente dependiente del imperialismo inglés (Lenin, 1916). Bajo esta perspectiva, como hemos señalado, la caracterización de cada tipo de país incidía en el carácter de la revolución, su distinción o no en etapas, las tareas que debía encararse en cada una y el marco de alianzas que se debía llevar a cabo en función de la “contradicción fundamental”. Es relevante tener presente esta cuestión de la “ortodoxia” leninista para comprender cómo se desarrolló la dialéctica entre capitalismo y dependencia en los debates internos del comunismo revolucionario argentino.

Pocos meses después de su fundación, todavía bajo el nombre de PC-CNRR y aún persistiendo en la táctica de disputar “la línea” en el seno de su organización de origen, el comunismo revolucionario elaboró sus “Tesis para el XIII Congreso [del PCA]” en noviembre de 1968 (PC-CNRR, 1968c). Como hemos visto en la Primera Parte, uno de los ejes de la polémica con el PC giró en torno a la cuestión de las vías, si pacífica o armada; frente a esto, el nuevo partido sostuvo “dado el carácter de la Revolución se trata de una insurrección armada de todo el pueblo hegemónizada por el proletariado” (PC-CNRR, 1968c: 151). Vimos luego cómo este debate se fue profundizando internamente en función de precisar el modo en que debía adoptarse la lucha armada. Otro de los ejes en discusión versó sobre las expectativas, que el comunismo revolucionario le atribuía a la dirección del PC, respecto del papel que sectores de la burguesía podrían cumplir en el proceso revolucionario. Frente a ese supuesto “oportunismo”, el naciente PCR colocó el énfasis en la necesidad de la “hegemonía obrera”. Asimismo, a diferencia de otras corrientes de la “nueva izquierda”, no impugnó la distinción en “etapas” como parte del “camino de la revolución” en la Argentina. Cabe destacar que dicha distinción se evidencia también en la concepción “etapista” del PC a la que hicimos referencia en el Capítulo 1. A continuación, analizamos la reelaboración que de la misma hizo el PCR un año después de la fractura.

En el citado documento, el comunismo revolucionario partía de caracterizar a la Argentina como “un país de desarrollo capitalista deformado por la dependencia del

imperialismo y por las rémoras precapitalistas que subsisten en el campo” (PC-CNRR, 1968c: 147). El desarrollo del capitalismo en el campo se realizaba bajo la vía “prusiana”, es decir, se “modernizaban” los latifundios, conservando el régimen de propiedad de la tierra (nos hemos referido a esta cuestión en el Capítulo 4). En el caso de la industria, se había desarrollado un proceso de creciente “concentración monopolista” por parte de capitales extranjeros, estadounidenses en particular, y de la “gran burguesía argentina” (PC-CNRR, 1968c:147). En ese sentido, los “pilares de la deformación estructural y la traba principal para el desarrollo de las fuerzas productivas del país” estaban conformados por el entrelazamiento entre los “grandes capitalistas argentinos” (es decir, “el gran capital ligado [al imperialismo]”), los monopolios extranjeros y los grandes latifundistas (PC-CNRR, 1968c:147). Como puede verse, al igual que su organización de origen, el PCR apuntaba contra la gran propiedad de la tierra y la dependencia del imperialismo y sus monopolios para definir las características de la economía argentina, pero, a diferencia del PC, ponía el énfasis en el desarrollo capitalista. Luego profundizamos en sus implicancias.

Bajo esta perspectiva, el comunismo revolucionario definió al “enemigo” de la revolución: la “oligarquía burguesa-terrateniente”. Esta categoría unificaba a un conjunto de sectores burgueses y terratenientes en un mismo bloque. A ojos del PCR, esto era posible porque los terratenientes, como accionistas y personeros de empresas monopolistas, se habían convertido en grandes capitalistas y los grandes capitalistas argentinos, acaparando tierras, se habían transformado en grandes terratenientes. Si bien se mantenían los dos componentes en la denominación, se diluían en cierta proporción sus diferencias, configurándose como una “oligarquía” conjunta. Por su parte, las “capas y clases sociales objetivamente interesadas en la revolución” estaban conformadas por el proletariado, el semi-proletariado urbano y rural, el campesinado pobre y medio, las capas medias y urbanas, la inmensa mayoría de la intelectualidad y el estudiantado (PC-CNRR, 1968c: 149). En consonancia con su idea de distinguir “fases”, el arco de alianzas propuesto por el PCR es significativamente más amplio que el que podría recortarse en función de la contradicción de clase burguesía-proletariado.

Como vimos en el Capítulo 1, para la “etapa democrática”, el PCA incluía a sectores de “burguesía nacional” dentro del frente de liberación nacional y social dirigido por la clase obrera. En ese sentido, planteaba la necesidad de distinguir, en cada momento concreto, a los sectores de la burguesía nacional que se “entregaban” al imperialismo y se unían a la oligarquía terrateniente, de aquellos cuyos intereses

entraban en contradicción con esos actores. En el documento que analizamos, el PCR también distinguía entre sectores de la burguesía argentina: habría una “burguesía nacional ligada” y una “burguesía nacional no ligada” al imperialismo. En la Argentina, la segunda habría sufrido un “proceso de subalternización”, producto de que “tropieza con el cerco mortal imperialista terrateniente, que traba el crecimiento económico y apuntala la deformación y dependencia del país” (PC-CNRR, 1968c: 147). No obstante, esta burguesía nacional “no vinculada a los monopolios” y a la “burguesía terrateniente” no formaba parte de las clases sociales y capas “interesadas” en la revolución. Su único interés, a ojos del PCR en aquel momento, era “forcejear con los monopolios imperialistas y la oligarquía burguesa-terrateniente para mejorar su situación dentro del régimen” (PC-CNRR, 1968c: 149). Por esa razón, no debía formar parte del frente, sino que había que “neutralizarla para arrancar a las masas de su influencia” (PC-CNRR, 1968c: 149). A diferencia del PC, aquí se le restaba importancia al “forcejeo” de la burguesía nacional porque esta perseguiría únicamente un interés de clase y por esa razón ocupaba una posición peculiar: no formaba parte de la “oligarquía burguesa-terrateniente”, pero tampoco se la incluía dentro del marco de alianzas para la revolución; se la debía “neutralizar”, disputando su influencia en “las masas”.

A esta caracterización de la Argentina, entonces, según la lógica partidaria, le correspondía un proceso revolucionario que debía atravesar dos “fases” (nótese el uso de este término en lugar del de “etapa”, quizás porque podía operar como una manera de suavizar la distinción entre una y otra, subrayando cierta continuidad, “ininterrumpida”). La primera, al igual que en el PC, debía resolver tareas “democráticas”, “agrarias” y “antiimperialistas”. Esta “fase” de la revolución sería “democrática” debido a la “participación activa de las masas populares en la dirección de los asuntos del Estado y por el contenido de las transformaciones estructurales que producirá”; “agraria” porque “destruirá el poder del latifundio, procediendo a la reforma agraria”; y “antiimperialista” porque “quebrará todos los lazos de dependencia (económicos, políticos, militares e ideológicos) con respecto al imperialismo” (PC-CNRR, 1968c: 148). A estas tareas el PCR sumaba las “antimonopolistas” e insistía en que en esta “fase” debían abordarse “tareas anticapitalistas desde el comienzo” (PC-CNRR, 1968c: 148), enfatizando que todo este conjunto de tareas debía resolverse “por una vía no capitalista”. Para eso, era necesario el establecimiento de un nuevo Estado basado en la “alianza obrero-campesina-popular bajo la hegemonía del proletariado” que, en un “proceso ininterrumpido”, sentara “las bases para un desarrollo socialista en

recíproca relación con la transformación o conversión del Estado en dictadura del proletariado” (p. 147). Evidentemente, en polémica con el PC, el comunismo revolucionario ponía cierto énfasis en el aspecto “anticapitalista”; al mismo tiempo, procuraba no disolver la distinción en “etapas” para que el carácter de la revolución no deviniera en “socialista” desde el comienzo. Cabe tener presente que, para las visiones más ortodoxas del “marxismo-leninismo”, el carácter socialista de la revolución desde el inicio del proceso sólo era válido para los países capitalistas desarrollados. Por otra parte, la aplicación de esa caracterización también para el proceso revolucionario en las naciones oprimidas remitía a la teoría de la “revolución permanente” defendida por las corrientes trotskistas, y por esa razón el PCR buscaba desmarcarse explícitamente de tales formulaciones.

En ese sentido, si bien algunos planteos del PCR se asemejaban en lo formal a los del PC, el primero acentuaba más que el segundo el aspecto “anticapitalista” del proceso revolucionario para subrayar la hegemonía obrera y minimizar el rol de sectores burgueses en el frente político. Tomando distancia de su organización de origen, el PCR le atribuyó al PC una definición del carácter de la revolución “democrático-burguesa, en el sentido de que abriría posibilidades para el desarrollo del capitalismo” (PC-CNRR, 1968c: 148). A ojos del PCR, la dirigencia del PC le había restado importancia al desarrollo capitalista alcanzado en la Argentina. Por lo tanto, su organización de origen no habría percibido que, a diferencia de lo que ocurría en países de Asia y de África, “la lucha antioligárquica y antiimperialista” en nuestro país implicaba “una aguda lucha de clases entre la burguesía y el proletariado en el marco de la contradicción fundamental”; esta última era la que oponía a terratenientes-gran capital-imperialismo, de un lado, con la clase obrera-campesinos pobres y medios-capas medias urbanas, del otro (PC-CNRR, 1968c: 148). Aunque no la convertía en la contradicción principal, la oposición burguesía-proletariado tenía un papel más importante en el planteo del PCR que el asignado por su organización de origen. Esto se debía al significativo grado de desarrollo capitalista que el PCR identificaba en la Argentina, aún con las “rémoras precapitalistas” y con la persistencia del latifundio. Este marco ayuda a comprender el carácter pendular con el que el PCR esgrimió esta concepción.

Para subrayar esta demarcación con el PC, el comunismo revolucionario apeló a la denominación de “Liberación Social y Nacional” para nombrar la revolución que promovía y el frente político necesario para su concreción (PC-CNRR, 1968c: 148). La alteración del tradicional orden de los términos pretendía reforzar el predominio de la

contradicción de clase por sobre la contradicción nacional (producto de la dependencia), aunque se consideraran ambas como parte constitutivas de un mismo proceso.³⁴⁷

A la par de esta delimitación con la propuesta del PC, el comunismo revolucionario criticaba al “ultraizquierdismo”, al cual le adjudicaba una posición que, por el contrario, absolutizaba el desarrollo capitalista, diluyendo su carácter “deformado” producto de la dependencia del imperialismo y de las “rémoras precapitalistas” en el campo (PC-CNRR, 1968c: 148). A ojos de este partido, de allí se derivaba la concepción de que la revolución en la Argentina debía ser socialista desde el comienzo, postura que, como vimos, el PCR rechazaba y asociaba exclusivamente a la matriz trotskista. Frente a esas posiciones, el comunismo revolucionario esgrimía la dependencia y el latifundio como factores claves a tener en cuenta.

A pesar de ser el postulado oficial en aquel momento, esta caracterización inicial del “carácter de la revolución”, plasmadas en las “Tesis para el XIII Congreso” (PC-CNRR, 1968c), fue objeto de discusiones internas de cara al I Congreso del PCR, tal como lo demuestran algunos artículos polémicos, hasta ahora inéditos, de los “boletines de discusión”. Por ejemplo, un grupo de militantes de Rosario, al que hicimos referencia en el Capítulo 2, conocido internamente como “Colman-Azúa”, elaboró un documento interno en el que polemizaba con esa caracterización. Desde la perspectiva de este sector, en la Argentina no estaba planteada una “Revolución Democrática, Agraria, Antiimperialista” que debía resolver “tareas anticapitalistas de inicio”, sino una que fuera desde el comienzo una “Revolución Socialista” que en todo caso debiera resolver “algunas tareas burguesas” (Colman-Asúa, 1969).³⁴⁸ En esta segunda concepción, la contradicción principal inmediata era entre la burguesía y el proletariado, tanto en la ciudad como en el campo. De hecho, como este grupo consideraba que en el campo argentino las relaciones de producción capitalistas eran dominantes, no se debía reproducir “el esquema chino”, que contemplaba distintas capas entre el campesinado y un tratamiento político diferenciado; para este sector, en todo caso, se debía “neutralizar” al “campesinado medio” y enfrentar a fondo al “campesinado rico”. Finalmente, este grupo se fue del PCR en el contexto de su I Congreso y fundó en

³⁴⁷ Esta fórmula que antepone lo social a lo nacional cumplía esta función que analizamos en el seno de los debates político-estratégicos sobre el “camino de la revolución” que recorrían al PCR. No obstante, cabe señalar que, en otras corrientes de la “nueva izquierda”, la formulación tradicional de la “liberación nacional y social”, a partir del énfasis en su simultaneidad (postura esgrimida también por el Che Guevara), se concebía como articulada a un proceso revolucionario que no debía atravesar etapas, sino que asumía el carácter socialista desde el comienzo.

³⁴⁸ En los documentos del PCR, figura como “Azúa”, mientras que en el boletín de discusión figura como “Asúa”.

Rosario el Socialismo Revolucionario; algunos de sus integrantes luego fueron parte de la Organización Comunista Poder Obrero (L. Molinas, comunicación personal, 25 de septiembre de 2017).

Amparándose en citas de Lenin, un documento semejante al del grupo analizado sostuvo que, si bien la implantación del socialismo de forma inmediata era un “utopismo”, la revolución era necesariamente “de transición al socialismo”. Por lo tanto, lo que podía ser específico de un país y variar de uno en otro era “el mayor o menor peso de las tareas democrático-burguesas a realizar”, pero cuya resolución debía ser simultánea con el inicio de la marcha hacia el socialismo (A.C., 1969: 15). Solapadamente primero, haciendo referencias a teorías “oportunistas” de los partidos comunistas, y explícitamente después, el escrito polemizaba con la caracterización del proceso revolucionario que proponía el PCR: objetaba la alianza obrero-campesina y la neutralización de la burguesía nacional como componentes fundamentales para desarrollar la revolución democrática y avanzar al socialismo. Planteaba que el carácter democrático y el carácter burgués eran inescindibles y que, por lo tanto, la revolución democrática sería necesariamente burguesa. En consecuencia, este tipo de revolución no era necesaria en los países coloniales y dependientes: el socialismo debía encararse desde el comienzo. En consonancia con esta concepción ligada a la simultaneidad y a la dilución de la distinción en fases o etapas a partir de un carácter “de transición al socialismo”, se cuestionaba el arco de alianzas propuesto por el PCR. Se objetaba la inclusión del “campesinado medio”, las “capas medias urbanas” y “los sectores de la intelectualidad y del estudiantado correspondientes a dichas clases” (A.C., 1969: 16). Como la revolución debía ser “de transición al socialismo por su contenido, democrático-proletaria, agraria y antiimperialista por sus tareas, del proletariado, los trabajadores y explotados por las clases y capas encargadas de realizarla” (A.C., 1969: 20), sólo las mencionadas (el proletariado, los trabajadores y explotados) eran las únicas clases y capas aliadas “en esta etapa de paso al socialismo” (A.C., 1969: 17).

Destacamos de modo relacional estos postulados y los desprendimientos que promovieron porque remiten a distintas alternativas disponibles en el período y, por comparación, contribuyen a delinear el perfil distintivo que fue asumiendo el PCR en sus primeros años. Frente a estas posturas disidentes, Julio Godio, cuyo pseudónimo interno era “Andrés Marín”, fue uno de sus principales refutadores.³⁴⁹ En un documento

³⁴⁹ Militante de la FJC, fue dirigente del sector universitario de La Plata y confluyó en la ruptura y fundación del PCR. Como veremos, fue clave en la formulación de la caracterización del país como

de discusión interna (Marín, 1969), Godio sostuvo que debía partirse de “la forma histórica-concreta que ha adoptado en este país la contradicción entre la burguesía y el proletariado”, ya que el enfrentamiento entre la clase obrera y el bloque dominante era el “aspecto principal” de una contradicción más amplia que se derivaba de la “dominación oligárquico-burguesa-terratendiente” (p. 10). A diferencia de las revoluciones en Rusia y en China, en la Argentina las tareas principales de la “primera fase” no eran las democráticas sino las “antimonopolistas”; esto implicaba una política centrada en las nacionalizaciones de las propiedades de la oligarquía burguesa-terratendiente contra la monopolización creciente de un país “capitalista-dependiente”. Este programa configuraba una “típica medida de capitalismo de estado”, pero que en este caso no apuntaría a generalizar las relaciones capitalistas y desarrollar un “capitalismo nativo”, como se le atribuía al PC, sino a garantizar la “propiedad popular sobre los medios de producción” que hiciera posible la implantación del socialismo “rápidamente” (Marín, 1969: 10-11). Para ello, la clase obrera debía aliarse con clases y capas “interesadas” en la revolución, de las cuales se excluía a la burguesía nacional, aunque esta forcejeara con el bloque dominante. En este sentido, sólo podía pasarse a la “fase socialista” y a la dictadura del proletariado en la medida en que se abriera “cauce a la revolución popular, agraria, antiimperialista y antimonopolista” (Marín, 1969: 11). En ella, las nacionalizaciones se enmarcarían en la “cuestión nacional-antiimperialista” pero, en un país capitalista dependiente, esta “no puede separarse de profundas transformaciones en el régimen de propiedad”; por ende, “el objetivo socialista estará presente en las propias nacionalizaciones, impregnará a toda la lucha revolucionaria” (Marín, 1969: 11).

Como puede verse, esta posición pretendía desmarcarse tanto de la concepción de las etapas que se le atribuía al PC (en el sentido de una etapa intermedia de desarrollo capitalista nacional), como de las que internamente en el PCR postulaban la dilución de las mismas en un proceso socialista desde el comienzo. Las formulaciones de Godio analizadas aquí moldearon la fundamentación teórica que sustentó las tesis predominantes en los primeros años del PCR: nos referimos a la teoría del capitalismo dependiente.

6.1.2 Las tesis del capitalismo dependiente (1969-1972)

“capitalista dependiente” y en la definición del carácter de la revolución. En oposición a la adhesión al maoísmo se iría del partido. Fue, a la vez, un reconocido sociólogo que se dedicó al estudio de la historia del movimiento obrero argentino.

En el período de radicalización política y masificación de la protesta social que se inauguró con el Cordobazo y las puebladas de mayo-junio de 1969 hasta 1972, con la consolidación del GAN y del escenario electoral en el horizonte cercano, el PCR defendió la teoría del capitalismo dependiente.³⁵⁰ Esta fue una de las definiciones político-estratégicas más importantes del comunismo revolucionario en sus primeros años. A partir de ella, definieron la caracterización de la Argentina y su correlato en el carácter que debía asumir el proceso revolucionario. Estas tesis del capitalismo dependiente, luego de debates internos como los recién analizados, se impusieron en el I Congreso del PCR, en diciembre de 1969. Fueron Julio Godio y José Ratzler (“Andrés Marín” y “Lucas Figari” respectivamente) quienes sentaron las bases teóricas de estas tesis; de hecho, las resoluciones del congreso partidario que analizamos a continuación fueron explícitamente elaboradas a partir del documento “Sobre el tipo de revolución en la Argentina” (Marín y Figari, 1969).³⁵¹

En las resoluciones aprobadas por el I Congreso, el PCR sostuvo que la Argentina “es un país capitalista dependiente cuyo desarrollo ha sido condicionado y deformado por la incorporación de nuestra economía como parte de los mecanismos de reproducción ampliada del capital imperialista” (PCR, 1969b: 403). Es decir, el modo de producción capitalista era dominante en la “formación económico-social” debido a “peculiaridades internas que facilitaron desde fines del siglo pasado [se refiere al XIX] el establecimiento de relaciones de producción capitalista en una economía dependiente” (PCR, 1969b: 403).³⁵² Como habíamos referido anteriormente, el énfasis

³⁵⁰ Este planteo, aunque no explícitamente en las formulaciones iniciales a las que suscribió el PCR, puede vincularse con el surgimiento de las llamadas “teorías de la dependencia”, en las cuales el concepto de “capitalismo dependiente” ocupaba un lugar central. Estas fueron emergentes del proceso de radicalización política que recorrió América Latina luego de la Revolución Cubana. Bajo una amplia gama de variantes, estas se desarrollaron, en líneas generales, a partir de la naciente sociología crítica, con fuertes influencias del neomarxismo, las teorías del imperialismo de la tradición marxista clásica y los postulados teóricos cepalinos. En esta perspectiva, el eje en la dependencia permitía enfatizar la herencia colonial de los países latinoamericanos; estos, si bien formalmente independientes, continuaban sujetos a diversos mecanismos de subordinación a las potencias occidentales. Para el dependentismo, en rasgos generales, el desarrollo y el subdesarrollo constituyen polos del mismo proceso de expansión mundial del capital, la cual implica, necesariamente, la concentración y la polarización. Bajo esa perspectiva, la dependencia no es sólo un fenómeno externo, sino que sus condicionantes se reproducen bajo una determinada estructura de clases interna a cada país dependiente, lo cual define la forma específica que aquella adopta. De este modo, la dependencia implica un conflicto tanto entre Estados-nación como entre grupos y clases sociales. Para un análisis de estas teorías y de las cuestiones mencionadas, ver Dos Santos (2002) y Beigel (2006). Aquí nos atenemos a la manera particular en la que el PCR construyó sus definiciones político-estratégicas acerca del capitalismo dependiente.

³⁵¹ Asimismo, articulamos su análisis con aportes teóricos desarrollados por Godio en sus investigaciones sobre el movimiento obrero argentino (Godio, 1972).

³⁵² En consonancia con este análisis, Godio sostenía que el monopolio de la tierra como condición preexistente a la expansión capitalista en función de la economía internacional era lo que permitía

de la caracterización no se colocaba en la cuestión nacional y la dependencia del imperialismo, sino en el predominio de las relaciones capitalistas, que se profundizaban a través de la “monopolización” y el entrelazamiento de la “oligarquía burguesa-terrateniente” como bloque dominante. La dependencia constituía el marco, las condiciones en las que se desarrollaba el capitalismo (produciendo sus respectivas “trabas” y “deformaciones”).³⁵³

Según el PCR, en la Argentina, entonces, había una “peculiar” forma de opresión nacional por parte del imperialismo, la cual, debido a la centralidad del desarrollo capitalista, sólo podía resolverse “a través de una profunda lucha de clases al interior de la nación” (PCR, 1969b: 404). Dicho de otro modo, “lo nacional”, es decir la dependencia y dominación imperialista, estaba subordinado a “lo social”, es decir la división de la sociedad en clases antagónicas que luchan entre sí. No obstante, se insistía en que la contradicción entre la burguesía y el proletariado (y su correlato en la construcción del socialismo) implicaba la resolución del “aspecto principal de una contradicción más amplia”; esta última era la que oponía a la “dominación oligárquico burguesa-terrateniente” con la clase obrera y “vastos sectores de las capas medias urbanas y rurales” (PCR, 1969b: 404).³⁵⁴ De este modo, el PCR concebía lo capitalista dependiente de la Argentina.

Asimismo, la opresión imperialista se manifestaba en la forma en la que se había desplegado el capitalismo en el campo argentino, a través de la ya mencionada “vía prusiana”. No obstante, su grado de desarrollo era tal que “las tareas democráticas” en la cuestión agraria no “determinaban” el carácter de la revolución, aunque secundariamente debían atenderse las reivindicaciones de “campesinos pobres y medios”; de hecho, ese desarrollo capitalista hacía que fuera el proletariado rural “la fuerza motriz de la revolución en el campo” (PCR, 1969b: 405).³⁵⁵

comprender “el surgimiento en Argentina de una economía capitalista dependiente con eje agropecuario y en condiciones de dependencia” (Godio, 1972: 11).

³⁵³ Según Godio (1972), “hay una cuestión nacional porque la Argentina es un país dependiente”, pero, si bien la distinción entre opresores y oprimidos es un punto de partida general, nuestro país “presenta rasgos diferenciados (por su desarrollo capitalista) con los países asiáticos o africanos (o incluso a muchos latinoamericanos)”, por lo cual la cuestión nacional adquiriría una especificidad que exigía esquivar extensiones mecánicas de la realidad de otros países a la de este (pp. 6-7).

³⁵⁴ Asimismo, se planteaba que “si bien existen contradicciones entre campesinos ricos y capas de la burguesía industrial pequeña y mediana, y las clases dominantes, el carácter predominantemente capitalista de la economía argentina, determina que estas fracciones explotadoras, pero no dominantes de la burguesía, no puedan tener intereses objetivos en una revolución de liberación social y nacional” (PCR, 1969b: 405). Volvemos sobre este debate más adelante.

³⁵⁵ Godio (1972) partía de que “el hecho de que en un país dependiente se articulase una formación económico-social con predominio del modo de producción capitalista con eje agropecuario” había implicado “la emergencia de una estructura de clases típicamente capitalista en la ciudad y en el campo”

Como habíamos adelantado, en esta concepción, las nacionalizaciones de las propiedades de la oligarquía burguesa-terrateniente, atendiendo “a las exigencias de la lucha antiimperialista”, constituía la tarea económica central y la “antesala de la propiedad socialista sobre los medios de producción” (PCR, 1969b: 406). Por su parte, la formación de empresas estatales y cooperativas en el campo era la vía central de la “colectivización”, desdibujando en este punto la importancia de la distribución de la propiedad privada de la tierra a través de una reforma agraria a favor de pequeños y medianos propietarios contra los latifundistas.³⁵⁶ Como vemos, tanto en la industria como en el agro, “lo social” adquiría centralidad por sobre “lo democrático y antiimperialista”.

De estos postulados, el comunismo revolucionario concluía que “por su carácter, la revolución en la Argentina en la actual fase es de liberación social y nacional” y debía avanzar, de modo “ininterrumpido” y sin estabilizarse, hacia su “fase socialista”. A sus ojos, esto era así porque, si bien el proceso revolucionario se iniciaría contra el bloque dominante, este debía “rápidamente” transformarse en “revolución socialista o fracasará” (PCR, 1969b: 405). Para esto, la garantía era la “hegemonía obrera” a lo largo del “camino de la revolución”, especialmente en un país en el que por su predominio de relaciones capitalistas y de población urbana sobre la rural, la clase obrera, por su peso numérico y su concentración, además de “fuerza dirigente”, era la “fuerza motriz”. Como hemos visto en el Capítulo 2, sobre este aspecto se fundamentaba también la modalidad insurreccional de lucha armada, con centro en las ciudades, descartando aquellas variantes que apostaran al campesinado o a zonas rurales. Asimismo, la posibilidad de avanzar al socialismo se afirmaba en la “época de paso del capitalismo al socialismo en escala mundial” y en la “revolución continental latinoamericana” que se consideraba en curso (PCR, 1969b: 405).

Como hemos visto anteriormente, 1972 fue un año clave en la historia del PCR, en el contexto en el que la dictadura militar organizaba su retirada con la apertura electoral, la posibilidad del regreso de Perón a la Argentina y al poder se colocaba en el

(p. 12). Por lo tanto, debían descartarse todos los modelos de clase de sociedades asiáticas o inclusive de la mayoría de los países latinoamericanos, ya que el “complejo mosaico de conflictos de clases” en la Argentina no permitía un “modelo de alianzas de clases similar al de la revolución china o rusa”; en ese sentido, se consideraba que nuestro país sería un “país oprimido atípico” (Godio, 1972: 12). Bajo esta perspectiva, la dinámica de clases tenía “su aspecto nodal en la contradicción entre obreros urbanos y rurales y la oligarquía burguesa-terrateniente y el capital extranjero” (Godio, 1972: 12).

³⁵⁶ Al respecto, Godio aclaraba que abordar la cuestión agraria no implicaba “un programa agrario simplista que redujera todos sus aspectos a la colectivización”, sino que el proletariado debía “partir de los intereses del obrero rural para acceder al reclamo del pequeño o mediano agricultor” (Godio, 1972: pp. 41-42).

centro de la dinámica política y crecían las expresiones guerrilleras de la “nueva izquierda”, en particular las identificadas con el peronismo como Montoneros. Durante este año, el PCR no sólo ganó la conducción del sindicato de mecánicos en la Córdoba del poscordobazo, sino también fue atravesado por los primeros virajes maoístas que analizamos en el Capítulo 5 y que incidieron fuertemente en sus posicionamientos políticos. No obstante, aún en su II Congreso (abril de 1972), el PCR persistió en la caracterización de la Argentina como país capitalista dependiente, aunque fue en ese marco que comenzó a gestarse su proceso de crítica. En líneas generales, este partido mantuvo la perspectiva de una revolución popular, agraria, antiimperialista y antimonopolista cuya “*continuación necesaria y garantía de desarrollo consecuente* [resaltado en el original]” era el pasaje a la “*fase socialista*”, garantizado por la hegemonía en el proceso de la clase obrera y de su partido de vanguardia (PCR, 1972c: 267). Sin embargo, en las formulaciones de este congreso partidario pueden identificarse ya algunos desplazamientos y matices significativos, producto de los debates que recorrían internamente al comunismo revolucionario y su creciente, y simultánea, relación con China.

Según los documentos aprobados en este II Congreso, desde el último cuarto del siglo XIX, la Argentina se había incorporado de forma definitiva al mercado mundial como “apéndice agropecuario de las metrópolis imperialistas” (PCR, 1972c: 251), bajo la hegemonía política de los grandes terratenientes, en alianza con la “burguesía comercial porteña”. La contraparte de esa inserción internacional había sido la penetración de capitales extranjeros, principalmente ingleses en un principio, en sectores estratégicos de la economía nacional. De ese modo, se habían establecido “los dos resortes de la dependencia argentina: el comercio exterior y la inserción del capital imperialista en el aparato productivo del país” (PCR, 1972c: 251). Desde este punto de vista, los dos “obstáculos fundamentales” para el desarrollo nacional y los “principales agentes de su deformación estructural” habían sido la gran propiedad terrateniente y la dependencia imperialista (PCR, 1972c: 252). En ese sentido, si bien esto no era nuevo, cabe identificar que el latifundio terrateniente y la dependencia del imperialismo adquirieron en este planteo una importancia mayor a la sostenida en las primeras formulaciones analizadas. Por otro lado, se mantuvo la tesis del desarrollo capitalista dependiente a través de la concentración monopolista, en manos del gran capital nacional y del capital financiero internacional. Esta basaba su acumulación en la superexplotación de la clase obrera y tendía a la pauperización y desaparición de “los

sectores no monopolistas de la burguesía que no consiguen asociarse como miembros subalternos al bloque de clases dominantes” (PCR, 1972c: 261).

Asimismo, el comunismo revolucionario persistió en la caracterización del campo argentino como dominado por relaciones capitalistas, aunque destacando con más fuerza la existencia de “sectores agrarios bajo relaciones de carácter precapitalista” (PCR, 1972c: 263).³⁵⁷ Por lo tanto, se consideraba crucial la alianza entre el proletariado rural y el “campesinado pobre y medio”, no sólo para la “neutralización” del “rico”, sino para enfrentar al “blanco principal de la revolución en el campo en la presente fase”, es decir los terratenientes, con el objetivo de expropiar sus latifundios (PCR, 1972c: 278). Como vemos, a diferencia de los planteos de 1969, aquí la cuestión de la reivindicación campesina de acceso a la tierra y el eje antiterrateniente pasaron a ocupar un lugar más privilegiado. A su vez, se justificaba como necesaria la participación del “campesinado pobre y medio” por razones económicas (“la importancia de la producción agraria para el sostenimiento de la lucha”) y por razones militares (“por el papel que deben jugar en el ejército revolucionario dentro de las zonas revolucionarias y por la guerra de guerrillas que pueden librar, junto al proletariado rural”) (PCR, 1972c: 278). Al respecto de este último punto, es necesario volver a señalar que, a pesar de su presencia formal en los documentos, ninguna experiencia de esas características se intentó llevar a cabo.³⁵⁸

En las definiciones de este congreso, el PCR comenzó a hablar del “camino argentino al socialismo”. Este partía de que el desarrollo capitalista dependiente en la Argentina se realizaba en “beneficio exclusivo del capital imperialista, yanqui en particular, y la oligarquía burguesa terrateniente o gran burguesía, con sus diferentes fracciones: industrial, financiera, terrateniente y comercial” (PCR, 1972c: 265). Aquí

³⁵⁷ Estos eran fundamentalmente “arrendatarios de economía familiar (es decir que no explotan, o lo hacen solo esporádicamente, mano de obra asalariada) que deben pagar al terrateniente, en carácter de renta, un monto en dinero o en especie tal que les absorbe parte de su propio trabajo” (PCR, 1972c: 263).

³⁵⁸ Con respecto a las modalidades de lucha armada y la relación entre violencia y política, una y otra vez se insistía en estos documentos en que, por más “espectaculares y violentos” que fueran los medios a través de los cuales se difundieran las ideas revolucionarias, sólo se podía cambiar la actitud del proletariado frente a sus clases dominantes como producto de un proceso que combinara “agitación y propaganda” con “impulsar a niveles superiores las formas organizativas revolucionarias que el movimiento obrero va creando en la lucha de clases” (PCR, 1972c: 276). Según este partido, la “violencia de minorías” y el “pacifismo de las masas” eran dos caras de un mismo proceso (p. 281). De esta forma, se deslegitimaba el accionar de los “grupos armados” (señalando que ninguna “eficiencia técnica” podía reemplazar el lugar político de las masas y sus experiencias) y se les auguraba un devenir como de eventual aislamiento y derrota a partir de la acción de las clases dominantes y del imperialismo. Esta resistencia a las acciones armadas concretas era la que se le criticaba desde las organizaciones guerrilleras, por “espontaneísta”; a la vez, esta perspectiva era la que, en el caso del comunismo revolucionario, legitimaba internamente que el centro de sus prácticas políticas estuviera ligado con las experiencias de los cuerpos de delegados, como analizamos en la Segunda Parte.

aparece el concepto de “gran burguesía” como sinónimo de la oligarquía burguesa terrateniente, incluso se infiere que la terrateniente es una de las fracciones de la gran burguesía. En ese sentido, puede identificarse una ampliación del radio del bloque enemigo: se trata de una “alianza de fracciones de clase que incluye a los grandes terratenientes y la gran burguesía industrial, financiera y comercial bajo la hegemonía del gran capital industrial y financiero” (PCR, 1972c: 265); esta era la conformación de la oligarquía burguesa terrateniente que, asociada al capital imperialista, controlaba el Estado y los resortes de la economía nacional. Del otro lado, se mantuvo la inclusión del proletariado y de las “capas medias”, tanto del campo como de la ciudad, y se incorporó nuevamente la mención a los semiproletarios.³⁵⁹

En este documento, también se abordó “la cuestión nacional” en la Argentina. Al respecto, se sostuvo que la dominación imperialista se ejercía a través de un “doble carácter”: como “*opresión externa*, ejercida a través del control monopólico del comercio exterior” (con su correlato en el intercambio desigual con las potencias imperialistas); y como “*factor interno*, a través de su inserción en las relaciones de producción dominantes en el país, es decir, las relaciones capitalistas de producción [resaltado en el original]” (PCR, 1972c: 266). Este segundo aspecto buscaba destacar que el capital imperialista explotaba directamente al proletariado a través de la propiedad de importantes sectores del aparato productivo y a través de su asociación con “el gran capital nacional”. Por lo tanto, una vez más la “cuestión nacional” y “antiimperialista” se resolvía a través de la lucha de clases al interior de la nación contra el capital monopolista en su conjunto, tanto nacional como extranjero.³⁶⁰ Es notable cómo, casi diez años antes, Vanguardia Revolucionaria (otra escisión del PCA a la que hicimos referencia en el Capítulo 1) había sostenido esta misma tesis del imperialismo como “factor interno” de la estructura económica argentina para defender justamente que, a partir del entrelazamiento de los intereses de la burguesía nativa con el imperialismo, estaba planteada “la urgencia de la revolución socialista en el país y la simultaneidad de las tareas de liberación nacional y social” (González Canosa, 2021:

³⁵⁹ Estos últimos serían aquellos que producían sobre la base de su propio trabajo y el de sus familias, es decir no contrataban mano de obra, pero debían a la vez trabajar para otros para subsistir y garantizar su reproducción.

³⁶⁰ En ese sentido, Godio y Ratzer habían planteado que “El factor nacional no adopta en la Argentina la forma de opresión sobre la sociedad argentina (como en las colonias) sino que se manifiesta con un doble carácter: opresión externa e inserción en las relaciones de producción predominantes en el país, es decir capitalistas dependientes. (...) De allí que el factor nacional en nuestra revolución sólo puede desenvolverse a través de lo social, es decir a través de una profunda lucha de clases en el interior de la nación” (Marín y Figari, 1969: 38).

56). En efecto, los modos en que se articulan las categorías para configurar una determinada concepción dependen de las orientaciones políticas que se buscan legitimar.

En definitiva, para el PCR, hacia 1972, “el camino argentino al socialismo” tenía un “desarrollo *ininterrumpido*” que debía recorrer “una primera *fase*” de “contenido popular, agrario, antiimperialista y antimonopolista”, protagonizada por el proletariado urbano y rural y “vastos sectores sociales de la ciudad y el campo”. Esta sería sucedida por la “*fase socialista*” para “consolidar las conquistas” de la primera e “iniciar, bajo la dictadura del proletariado, la liquidación definitiva de toda explotación de clase” (PCR, 1972c: 267). Como puede verse, a diferencia de otras corrientes de la “nueva izquierda”, el comunismo revolucionario sostuvo un esquema basado en un proceso “ininterrumpido” pero que exigía la distinción entre “fases”. Esto permite comprender la necesidad de subrayar el rápido pasaje de una a otra, sin salidas intermedias de desarrollo capitalista. A través de la formulación de una “revolución social y nacional” como primera instancia del “ciclo de la revolución socialista en la Argentina” (PCR, 1972c: 274) se pretendía una demarcación de doble vía: frente al PC, se subrayaba lo “ininterrumpido” y “lo social” por sobre “lo nacional”, minimizando el rol de sectores burgueses en el proceso revolucionario; y, frente a otras variantes de la “nueva izquierda” que sostenían la “actualidad” de la revolución socialista (como el PRT-ERP, las FAR o la variedad de corrientes trotskistas), el comunismo revolucionario esgrimía la distinción entre “fases” y un arco de alianzas más amplio que el que puede definirse en función de la contradicción entre la burguesía y el proletariado. De este modo, a través de estas formulaciones, el PCR buscaba modelar su perfil distintivo en el campo de las izquierdas.

6.1.3 El proceso de abjuración de la teoría del capitalismo dependiente (1972-1974)

Entre 1972 y 1974, la dinámica de la coyuntura política estuvo signada por el regreso de Perón a la Argentina, luego de una prolongada proscripción, y del peronismo al poder, en un contexto en el que las disputas al interior de su movimiento profundizarían las situaciones de conflicto y de violencia política. En ese marco, las diversas fuerzas de izquierda, tanto las peronistas como las no peronistas, ensayaron distintas políticas en función de sus expectativas y de las alternativas disponibles en la nueva situación nacional. Precisamente en este período fue que se produjeron las principales transformaciones en la política del comunismo revolucionario, que nos

permiten comprender su proceso de identificación con el maoísmo y la “adaptación” que esgrimieron para la realidad argentina de aquellos años. Como hemos visto desde distintos ángulos, en más de un sentido 1972 fue un año bisagra en la historia del PCR; aquí nos interesa realzar que fue entonces cuando se consolidaron los primeros virajes hacia el maoísmo, analizados en el Capítulo 5. Luego de la realización del II Congreso, en paralelo al alineamiento con el PCCh, la valoración de la Revolución Cultural, la adopción de la tesis del “socialimperialismo” y su instrumentación para interpretar fenómenos internacionales y nacionales, se desplegaron dos procesos interrelacionados que recorrieron internamente al PCR: la revisión de la teoría del capitalismo dependiente y la reinterpretación del peronismo. La dinámica de la coyuntura nacional y el alineamiento del PCR con la República Popular China en el marco del MCI exigían cambios y reformulaciones.

En ese sentido, en el “Balance de la actividad del partido entre II y III Congreso” (PCR, 1974c), el comunismo revolucionario, bajo la operación legitimadora del mandato de la “autocrítica”, abordó un debate que lo recorrió a lo largo de esos dos años y que denominó “El regreso de Perón y las raíces teóricas de la desviación predominante: el izquierdismo trotskizante” (pp.137-146). Si bien más adelante analizamos en profundidad el proceso de reinterpretación del peronismo, aquí haremos algunas referencias tangenciales al regreso de Perón en noviembre de 1972, porque alrededor de ese acontecimiento el PCR construyó parte de su argumentación para abjurar de la teoría del capitalismo dependiente que hasta ese momento había defendido.

La polémica con el “Informe Marín-Figari”

La revisión de la teoría del capitalismo dependiente tuvo como eje el cuestionamiento del documento elaborado por Ratzer y Godio (Marín y Figari, 1969), que, como hemos analizado, había moldeado muchas de las principales definiciones políticas del I y II Congreso del PCR acerca del “camino de la revolución” en la Argentina. En el citado balance “autocrítico” de lo actuado entre 1972 y 1974 (PCR, 1974c),³⁶¹ este partido sostuvo que los “errores” cometidos giraron en torno a tres caracterizaciones fundamentales: la de la estructura económico-social de la Argentina, la de la “contradicción principal” y la de la “burguesía nacional”. Según esta mirada, el documento de Ratzer y Godio había tenido el mérito de ser la “valla fundamental frente

³⁶¹ La Comisión de Balance estuvo presidida por Jorge Rocha, según el testimonio de Rosa Nassif (comunicación personal, 15 de septiembre de 2019), integrante también de esa instancia.

a las corrientes trotskistas”, que sostenían la actualidad de la revolución socialista desde el inicio del proceso. Frente a esas posturas, como vimos, el PCR planteaba una “fase” previa (“popular, agraria, antiimperialista y antimonopolista en camino al socialismo”) (PCR, 1974c: 139). No obstante, el comunismo revolucionario consideraba ahora que esa perspectiva asumida también había estado impregnada de “posiciones trotskizantes”, lo cual, desde ya, implicaba una identificación sumamente peyorativa.

El relato oficial se orientó entonces a justificar las razones que habían llevado al partido a sostener posiciones de las que ahora abominaba. Al PCA se le atribuía una “subestimación del desarrollo capitalista argentino como modo de producción dominante” y se consideraba que esa tesis había operado como la fundamentación teórica de la “línea codovillista que coloca al proletariado a la cola de la burguesía”. Entonces, en busca de una clara demarcación de esa política considerada “reformista” y de “hegemonía burguesa”, el PCR había refutado esas posiciones en las que el carácter dependiente del país se basaba en el entrelazamiento del imperialismo con fuerzas “semifeudales y feudales”; frente a ellas, como hemos visto, el comunismo revolucionario había subrayado el predominio de las relaciones de producción capitalistas (PCR, 1974c: 140). Pero ahora, en 1974, el PCR, bajo el influjo del maoísmo y con el peronismo en el gobierno, consideraba de sí mismo que había exagerado ese desarrollo capitalista, diluyendo la importancia que tenían la dependencia del imperialismo (en especial con el estadounidense) y la subsistencia de un latifundio de origen precapitalista en el campo. Desde esa nueva perspectiva, el proceso de centralización y concentración monopolista ya no era producto de un desarrollo capitalista autónomo o “autosostenido” (como habían planteado Ratzer y Godio), sino que era producto de esa dependencia y en su beneficio. Es decir, se operó un pasaje desde una concepción a otra: en la primera, sostenida durante los años del auge de luchas bajo la dictadura militar, el desarrollo capitalista era lo central y la dependencia era el marco en el que aquel se desplegaba; en la segunda, asumida bajo el gobierno peronista, la dependencia pasaba a ocupar el lugar central y la forma en que se había desarrollado el capitalismo en la Argentina era producto de ella. De modo esquemático, y jugando con el orden de los términos, podríamos decir que, a ojos del PCR, la Argentina pasó de ser un país capitalista-dependiente a ser un país dependiente-capitalista. De esta manera, la dependencia pasó a ocupar el lugar del vector clave a partir del cual se construían las argumentaciones políticas. Como veremos, esta

centralidad que adquirió la dependencia del imperialismo constituyó una herramienta clave para la reinterpretación del peronismo.

Bajo esta nueva perspectiva, se le imputaba al anterior énfasis en el imperialismo como “factor interno” la pretensión de subsumir la “lucha nacional contra la dependencia y el imperialismo” a “lo social”, entendido esto último centralmente como la lucha del proletariado contra su explotación de clase. Esto había derivado en una “incorrecta” definición de la “contradicción principal” (“oligarquía burguesa-terrateniente” frente al “proletariado y el pueblo”); su falencia radicaba en que “el imperialismo desaparecía por arte de magia” (PCR, 1974c: 142) y se negaba la necesidad de precisar el “enemigo principal” en cada momento político.³⁶²

El capitalismo dependiente aparecía así como el fundamento político-ideológico de los “errores” cometidos por el PCR desde su I Congreso hasta 1974. El maoísmo, por el contrario, pasó a erigirse como la guía político-ideológica que estaba posibilitando su superación. Amparándose en que la “historia de todo verdadero Partido Comunista es la historia de la integración de las verdades universales del marxismo-leninismo con la realidad revolucionaria concreta” y en que esa “integración” implicaba “una permanente lucha de líneas que expresan la lucha de clases en la sociedad” (PCR, 1974c:138) (como habría demostrado la experiencia de la Revolución Cultural), el comunismo revolucionario legitimó su viraje hacia el maoísmo y modificó su concepción del “camino de la revolución” en la Argentina; en ella la cuestión nacional y la dependencia del imperialismo pasaron a adquirir una nueva centralidad. Según la nueva línea oficializada en el III Congreso de marzo de 1974, las formulaciones del capitalismo dependiente habían sido instrumentadas internamente para disimular posiciones que sostenían en realidad una caracterización de la Argentina como país capitalista. En ese marco, la contradicción principal era la que oponía a la clase obrera con la burguesía considerada en bloque (supuestamente transfigurada detrás del concepto de “oligarquía burguesa-terrateniente”). Posiblemente, este enfoque dificultaba el tratamiento diferencial hacia el peronismo que el PCR había comenzado a esgrimir a partir de 1972 y que analizamos en el próximo apartado. Desde esta nueva perspectiva, la anterior

³⁶² El planteo de Ratzel y Godio se sustentaba en la distinción entre la “contradicción fundamental” (proletariado y pueblo vs. oligarquía burguesa-terrateniente) y “el aspecto principal de la contradicción”. Si bien lo segundo implicaba la contradicción entre la clase obrera y la burguesía y, por ende, constituía el “lado anticapitalista de nuestra revolución en la actual fase”, este se encontraba “unido dialécticamente a otros aspectos de carácter democrático por cuya realización pugnan capas no proletarias urbanas y rurales” (Marín y Figari, 1969: 38). En ese sentido, era un error jerarquizar como “enemigo principal” a una u otra fracción de las clases dominantes, porque de allí se derivaría una modificación “oportunistamente” en el marco de alianzas que debía encabezar la clase obrera.

apelación a la categoría de “fase” había sido utilizada para diluir la distinción entre una y otra “etapa”, negando de este modo “las tesis leninistas de la revolución ininterrumpida y por etapas” (PCR, 1974c: 146). De allí su acusación de “posiciones trotskizantes”. Como puede verse, con este viraje, el PCR instrumentó el maoísmo, dentro de los distintos usos posibles, para subrayar “lo nacional” y reforzar una concepción “etapista” del “camino de la revolución” en el contexto del gobierno peronista: en la Argentina debía atravesarse un proceso que, sin estabilizarse en una instancia intermedia, avanzara al socialismo a través de la distinción entre “etapas”, planteo que lo asemejaba a las formulaciones de su organización de origen y lo diferenciaba de otras corrientes de la “nueva izquierda” que apostaron por la simultaneidad de “lo nacional” y “lo social”.

De este modo, bajo la influencia maoísta y los usos locales del mismo que esgrimió en aquella coyuntura, el PCR sostuvo la necesidad de distinguir las categorías de “sistema”, “modo de producción” y “formación económico-social”. En ese esquema, la Argentina era parte del sistema capitalista mundial, pero este, de acuerdo a las tesis leninistas del imperialismo, se encontraba dividido en países opresores y oprimidos. Tomando esa distinción como el único punto de partida válido, la Argentina primeramente era un país oprimido, dependiente, en cuya formación económico-social “peculiar” el imperialismo había limitado su desarrollo, junto con el latifundio de origen precapitalista. Gracias a este último, además, persistían “relaciones de producción precapitalistas junto a las relaciones dominantes”.³⁶³ Bajo esa perspectiva, el PCR planteaba que el modo de producción dominante era el capitalista, pero que esta definición “no contradice la dependencia que nos oprime, ni el entrelazamiento del imperialismo con la oligarquía terrateniente y con un sector de la gran burguesía que se ha asociado a ellos” (PCR, 1974c: 142-143). Debe notarse que, en esta nueva formulación, reapareció con claridad el imperialismo en el bloque de “enemigos” y se abandonó el concepto de “oligarquía burguesa-terrateniente”, distinguiendo, por un lado, a la “oligarquía terrateniente” y, por otro, al “sector de la gran burguesía” que se asociaba al imperialismo. Asimismo, como puede verse, en torno a la cuestión nacional, la dependencia del imperialismo y el latifundio precapitalista se erigieron como los dos

³⁶³ Al respecto, se le otorgaba al planteo de Godio y Ratzer el mérito de “haber señalado correctamente el carácter peculiar del desarrollo capitalista en el campo, por vía prusiana” (PCR, 1974c: 143), pero se le achacaba la responsabilidad a esa perspectiva por los “errores” cometidos por el partido en su política agraria; se cuestionaba ahora el haber privilegiado anteriormente la “alianza obrero-estudiantil”, relegando el trabajo político en el campo y la “alianza obrero-campesina”, considerada fundamental para el Frente Popular de Liberación que hacia 1974 proponía el PCR.

factores centrales para la caracterización de la Argentina como país dependiente y para la definición de un proceso revolucionario “ininterrumpido” y “por etapas”. En ese sentido, al menos en el plano formal, puede identificarse una gran semejanza con las formulaciones sostenidas por el PCA a comienzos de los sesenta, tal como analizamos en el Capítulo 1. A la vez, el acento en el predominio de las relaciones de producción capitalistas por sobre las “feudales” o “precapitalistas” le había permitido al PCR desmarcarse de una perspectiva en que la “etapa democrática” remitía al desarrollo de un capitalismo nacional autónomo, en el cual la burguesía adquiriría un rol significativo. Debe recordarse que esta visión era la que la disidencia comunista le había imputado a la dirección del PC: como vimos en el Capítulo 1, a ojos del PCR, esta habría apostado por la vía pacífica sobre la base de considerar que la burguesía argentina podía iniciar un proceso revolucionario. Frente a dicha interpretación endilgada al PC, las corrientes fundadoras del PCR subrayaron la hegemonía obrera y la lucha armada.

No obstante, la crítica a la teoría del capitalismo dependiente y la adopción de las tesis maoístas implicaron una revisión de la concepción que hasta entonces había sostenido el comunismo revolucionario sobre la “burguesía nacional”. Debido a su vinculación con el enemigo imperialista, la burguesía en su conjunto había sido ubicada - en los hechos- como “blanco de la revolución”. Como hemos visto, a ojos del PCR, había que distinguir sectores dentro de ella en función de su carácter “monopolista” o de su vinculación o no con monopolios imperialistas. El problema era que, en los países dependientes, toda la burguesía se vinculaba de un modo o de otro al imperialismo. Entonces, se planteaba el dilema político de cómo diferenciar sectores en su interior, sin colocar a toda la burguesía en bloque como enemiga. Posiblemente, esta acuciante necesidad de distinguir sectores al interior de la burguesía nativa para identificar en ella a ciertas expresiones que pudieran colisionar con los intereses imperialistas se vinculaba centralmente con la intención del PCR de reinterpretar al peronismo bajo una connotación positiva. Por lo tanto, amparándose en el maoísmo, el comunismo revolucionario destacó el “doble carácter de la burguesía nacional”. Esta terminología, como vimos en el Capítulo 1, también había sido empleada por el PC; aquí se la asumió en clave maoísta y desde ese punto de vista el PCR pasó a considerar que el criterio político para la distinción de sectores al interior de la “burguesía nacional” debía partir de

(...) *el grado de su relación* con estos monopolios (es decir, ¿qué *prevalece?* ¿su vinculación o su autonomía?) y su política ante ellos y ante el imperialismo y ante cada imperialismo en concreto, por lo que es imprescindible conocer a qué imperialismo está vinculado cada sector de la burguesía nacional [resaltado en el original] (PCR, 1974c: 143)

Es decir, había que diferenciar dentro de la “burguesía nacional” a los “sectores asociados” de aquellos en los que, aún con vinculaciones, predominaba la contradicción. Es relevante destacar que el énfasis se colocaba más en el comportamiento político en cada momento que en una posición objetiva en la estructura de clases. En este nuevo esquema, en línea con los postulados maoístas, había que ubicar al “enemigo principal”, atendiendo a las contradicciones interimperialistas y a las que se expresaban entre el imperialismo, la oligarquía terrateniente y la gran burguesía asociada a ellos, con sectores de la burguesía nacional. Según el relato partidario, haber comenzado a hacer esa distinción hacia 1972 fue lo que permitió moldear su posición frente al regreso de Perón a la Argentina. En verdad, podemos conjeturar que el proceso fue a la inversa: la persistente identidad peronista de vastos sectores de las masas, en especial en el movimiento obrero donde el comunismo revolucionario buscaba arraigar, y la centralidad que adquirió la figura de Perón en las vísperas de su retorno al país, fomentaron en el PCR una readecuación de sus concepciones en aquella coyuntura política. Para ese viraje, el maoísmo constituía una influencia y, a la vez, una fuente de legitimación de las posiciones asumidas. Si bien profundizamos luego en esta cuestión acerca de la reinterpretación del peronismo, aquí es relevante señalar que un nudo central de la argumentación del PCR para fundamentar su apoyo y movilización en ocasión del primer regreso del líder justicialista había girado en torno a la necesidad de estrechar vínculos con las masas peronistas en el transcurso de sus experiencias políticas. No obstante, en este balance de 1974 que analizamos y bajo la perspectiva de distinguir sectores dentro de la burguesía nacional por su actitud política, pasó a considerarse fundamental también comprender las “contradicciones de clase” que habían enfrentado políticamente a la dictadura con la dirección del peronismo (y también con la del radicalismo). Es decir, no se trataba solamente de acompañar a las masas identificadas con el peronismo, sino también de identificar las contradicciones que expresaba la dirección de Perón con el “enemigo principal”. En ese sentido, el proletariado debía darse una política de “unidad y lucha” con los sectores de la burguesía nacional en los que prevaleciera la contradicción con el imperialismo y las clases dominantes.

‘Todas las corrientes de la “nueva izquierda” (e incluso también el PCA) coincidían en que la “burguesía nacional” no podía ni debía conducir el proceso revolucionario; a grandes rasgos, este exigía la dirección de la clase trabajadora. Las diferencias se manifestaban en torno al tratamiento político hacia esos sectores burgueses y si cabía o no la posibilidad de que estos cumplieran algún rol en el proceso liberador. La mayoría de las fuerzas de la “nueva izquierda” fueron partidarias de una revolución que fuera socialista desde el inicio, aunque en cada una de ellas se manifestaron particularidades y matices y sus postulados también fueron cambiando en función de sus apuestas en cada coyuntura concreta. En líneas generales, uno de los ejemplos que se esgrimía para la legitimación del carácter socialista de la revolución y su “actualidad” era la experiencia cubana. No obstante, en ella el debate sobre esta cuestión también formó parte del proceso y ello contribuyó a la formulación de distintas interpretaciones acerca del mismo. Por ejemplo, en la ya mítica Segunda Declaración de La Habana (Castro, 1962), Fidel sostuvo que “en las actuales condiciones históricas de América Latina, la burguesía nacional no puede encabezar la lucha antifeudal y antiimperialista”, aunque “situadas ante el dilema imperialismo o revolución, sólo sus capas más progresistas estarán con el pueblo”. Para el líder cubano, esta distinción implicaba combatir el “divisionismo”, el “sectarismo” y la “falta de amplitud para analizar el papel que corresponde a cada capa social, a sus partidos, organizaciones y dirigentes”, porque dificultaban “la unidad de acción imprescindible entre las fuerzas democráticas y progresistas de nuestros pueblos” (Castro, 1962: 179). Desde ese punto de vista, como lo había demostrado el propio proceso cubano que hacia 1962 avanzaba hacia su radicalización socialista, era posible “vertebrar la inmensa mayoría del pueblo tras metas de liberación que unan el esfuerzo de la clase obrera, los campesinos, los trabajadores intelectuales, la pequeña burguesía y las capas más progresistas de la burguesía nacional” (Castro, 1962: 179-180). El Che Guevara, por su parte, había sostenido otra mirada acerca de la existencia de esos sectores al interior de la llamada burguesía nacional, tal como se expresó en su diálogo con Mao en 1960:

Presidente Mao: Aparte de los obreros y los campesinos, ¿quiénes más se han unido a ustedes?

Guevara: Nuestro gobierno representa a los obreros y campesinos. Nuestro país todavía tiene una pequeña burguesía que tiene una relación amistosa y coopera con nosotros.

Presidente Mao: ¿No [hay] burguesía nacional?

Guevara: La burguesía nacional estaba básicamente compuesta por importadores. Sus intereses estaban entrelazados con los del imperialismo y estaban contra nosotros. [Por eso] los destruimos económica y políticamente.

Presidente Mao: Ellos eran burguesía compradora. No [deben] ser considerados como burguesía nacional.

Guevara: Algunos dependían completamente del imperialismo. El imperialismo les daba capital, tecnología, patentes y mercados. Aunque vivían en su propio país, sus intereses estaban entrelazados con el imperialismo; era el caso, por ejemplo, de los comerciantes de azúcar. (Zhang Zai, 1960: s.p.)

Como puede desprenderse de este valioso intercambio, la posición que hacia 1974 el comunismo revolucionario argentino asumió, a su modo, se acercaba más a la formulada por Fidel Castro en 1962 y sobre todo a la distinción maoísta entre dos tipos de burguesía en los países oprimidos que a la del Che Guevara. Según Mao, debía distinguirse a la burguesía que llamó “compradora” y también “burocrática”, caracterizada por su asociación con el imperialismo, de la otra, que sería la “nacional”. Esta, por su base económica objetiva y sobre todo por la actitud política que pudiera asumir en cada momento, tenía más contradicciones que relaciones con el imperialismo.³⁶⁴ Como veremos más adelante, fue bajo estas tesis que el comunismo revolucionario reinterpretó al peronismo.

Por último, cabe destacar que el debate sobre la teoría del capitalismo dependiente se desplegó en el seno del comunismo revolucionario y su estructura partidaria, pero también se expresó con fuerza en un plano teórico más amplio, tal como se manifestó principalmente en libros y artículos de Julio Godio, Horacio Cifardini y Eugenio Gastiazoro.³⁶⁵ Los tres intelectuales fueron partidarios de la teoría del capitalismo dependiente mientras esta fue la línea oficial de su partido; no obstante, mientras Cifardini y Gastiazoro fueron parte activa del proceso de abjuración de esas tesis, Godio se opuso a la revisión del planteo que había sostenido, y fundó su alejamiento del PCR en la oposición que le suscitaba la adopción del maoísmo y su

³⁶⁴ Según Mao, “en los países que sufren la opresión imperialista, hay dos tipos de burguesía: la burguesía nacional y la burguesía compradora”. La segunda “es siempre lacaya del imperialismo y blanco de la revolución” y “se desglosa, a su vez, en diferentes sectores dependientes de diversos grupos monopolistas”, por cual en la lucha contra ella “hay que utilizar las contradicciones interimperialistas y enfrentar primero a uno de esos sectores, golpeando al enemigo principal del momento”, ya que “golpear a todos a la vez parece muy revolucionario, pero en realidad causa mucho daño” (Mao, 1956b: 350). La “burguesía nacional”, por su parte, era considerada “contrincante” del PCCh en su disputa por la dirección de las masas y tenía un doble carácter: por un lado, explotaba a la clase obrera y mantenía estrechos vínculos con la clase terrateniente, y, a la vez, podía ser contraria al imperialismo. Por esa razón, la clase obrera y su partido debían tener hacia ella una “política de unidad y lucha”: “hay que unirse a ella en la lucha común contra el imperialismo y apoyar todos sus actos y palabras antiimperialistas, y asimismo luchar en forma adecuada contra todos sus actos y palabras reaccionarios, opuestos a la clase obrera y al Partido Comunista”, es decir que había que luchar contra ella “cuando era necesario” (“con razón, con ventaja y sin sobrepasarse”) y unirse con ella “cuando era posible” (Mao, 1956b: 351).

³⁶⁵ Ratzer, por su parte, acompañó la revisión partidaria de las tesis del capitalismo dependiente que antes había propuesto junto con Godio, y, como vimos en el Capítulo 5, fue uno de los impulsores del alineamiento con China y la adopción del maoísmo.

influencia en los virajes políticos. Según el reconocido sociólogo, “yo me quedo en el PCR hasta aproximadamente 1972, pero en desacuerdo con el maoísmo” y una vez alejado de “la vida orgánica de pequeños partidos de izquierda, es cuando recupero las relaciones con la Internacional Socialista” (Del Bono y Fernández Berdaguer, 2011: 7).³⁶⁶ Podemos resumir sus diferencias con el maoísmo en torno a dos cuestiones: la filosófica y las consecuencias internacionales de la Revolución Cultural. Al respecto de la primera, Godio partió de su visita a China en 1959: “estando ahí me di cuenta que había una base confuciana [se refiere a la doctrina de Confucio] y que esa base confuciana era intransferible, era china”, por eso “nunca me volví maoísta”, ya que “me di cuenta de que era una experiencia intransferible” (Del Bono y Fernández Berdaguer, 2011: 7). Al respecto de la segunda cuestión, Godio manifestó que

Lo que pensaba yo, por ese entonces, es que los chinos necesitaban de conductores pragmáticos, con capacidad para generar un cambio que con la Revolución Cultural no se había encausado, y no porque la economía no creciera, porque durante la Revolución Cultural la economía china crecía al 9% todos los años, sino porque China no tenía inserción en el mundo. Hoy en día, China está en otra posición, entre las potencias que van a definir el rumbo del mundo (Del Bono y Fernández Berdaguer, 2011: 7).³⁶⁷

A través de este proceso de abjuración, las tesis del capitalismo dependiente, luego asimiladas a las teorías de la dependencia en general, pasaron de ser consideradas por el PCR primero como la caracterización correcta de la Argentina frente a la supuesta exageración de la feudalidad que hacía el PCA para sostener una política “seguidista de la burguesía”, a ser concebida luego como una teoría “revisionista”. Según la visión del comunismo revolucionario, esta habría sido impulsada por el “socialimperialismo soviético” con el objetivo de instrumentar a corrientes de izquierda en función de sus fines de “infiltración” y “penetración” imperialista en países del Tercer Mundo como la Argentina. De hecho, bajo esta mirada, Otto Vargas planteó que las tesis del capitalismo dependiente, que ellos asumieron como propias en primer término, fueron en realidad promovidas por la Unión Soviética a través del Instituto de América Latina de la

³⁶⁶ Según el testimonio de Otto Vargas, “en 1975 Godio formalmente era todavía afiliado al PCR, suplente del Comité Central, electo por el III Congreso” (Brega, 2008: 57).

³⁶⁷ La salida de Godio del PCR ha dado lugar a una serie de acusaciones y diatribas contra él como parte del relato partidario oficial que busca legitimar el viraje operado. En ese sentido, Gastiazoro, quien trabajaba junto con el sociólogo en *Nueva Hora* y lo reemplazó en su dirección, sostuvo que “la formulación de social y nacional” se había debido a “la influencia de las ideas socialdemócratas del capitalismo dependiente en Julio Godio”, pero que “en el debate interno predominó la línea desarrollada por Otto Vargas en la que empalmamos con el maoísmo en 1972” y que “parte de ese debate fue la posición frente a la vuelta de Perón, un tema ríspido también para Godio, ya que la decisión fue de acompañar a Perón, por eso también Godio se iría del PCR, volviendo al redil de la socialdemocracia abiertamente” (E. Gastiazoro, comunicación personal, 20 de abril de 2017).

Academia de Ciencias de la URSS, cuyo director, Víctor Volski (acusado de ser parte de la KGB – agencia de inteligencia soviética), era uno de sus principales impulsores (Brega, 2008). En el relato partidario, habría sido la “inexperiencia” del PCR en sus primeros años, los “lastres revisionistas” que tenían producto de sus militancias en el PCA y la influencia de los planteos de Godio (figura a la cual se la coloca en el relato oficial bajo un manto de sospecha y se la desvincula de Ratzer), los factores que explicaban que se hubiera asumido esa teoría. Como hemos visto, a ella se le atribuían los “errores” políticos de aquellos años que el partido reconocería a partir de su adhesión al maoísmo. En verdad, como hemos buscado subrayar en nuestro análisis, la refutación de la teoría del capitalismo dependiente operó como la legitimación de una ruptura con posiciones políticas previas y la adopción de otras nuevas, validadas por las tesis maoístas, en las que la dependencia y lo nacional adquirirían una notable centralidad, con sus respectivas implicancias en los usos del PCR.

El PCR, la teoría del capitalismo dependiente y la “nueva izquierda”

Simultáneamente al proceso de crítica que llevó a cabo el comunismo revolucionario, otras organizaciones de la “nueva izquierda” fueron asumiendo formulaciones semejantes a las del capitalismo dependiente. No obstante, estas se articularon en función de los postulados político-estratégicos de cada corriente, que, a su vez, cambiaban al calor de distintas coyunturas políticas. Por lo tanto, las derivaciones políticas de la adscripción al capitalismo dependiente fueron diversas y, desde ya, no fueron asimilables necesariamente a las que les imputaba el comunismo revolucionario.

Por ejemplo, si bien Montoneros asumió distintas posiciones en diferentes etapas de su trayectoria, según Lissandrello (2015b), en determinado momento esta organización “caracterizaba a la Argentina como un capitalismo dependiente, cuyo pleno desarrollo había sido obstaculizado por la acción del imperialismo”; de allí, siguiendo al autor, esta organización derivaba una estrategia de “Liberación Nacional”, en la que la clase obrera debía aliarse con fracciones pequeñas y medianas de la burguesía nacional agrupadas en el peronismo. El PRT-ERP, por su parte, sostuvo formulaciones parecidas, pero que derivaron en conclusiones diferentes. Efectivamente, la corriente marxista de la teoría de la dependencia había adquirido una gran influencia en la “nueva izquierda”, tanto argentina como del resto de América Latina. Como señala Stavale (2021), esta le otorgó consistencia teórica e ideológica a corrientes que apostaron por la firmeza estratégica en el horizonte socialista. El PRT también esgrimía

la definición de “capitalismo dependiente” para caracterizar a la Argentina, pero, como destacaron Pacheco y Lissandrello (2013), su objetivo implicaba un proceso revolucionario de carácter socialista que no se iba a iniciar con una “lucha puramente antiimperialista”. La organización dirigida por Santucho pensaba que la Argentina era “un país que ha alcanzado un desarrollo capitalista relativo, dependiente, deformado y desigual, subordinado al imperialismo, particularmente al yanqui”, en el que la “contradicción principal” era “entre el bloque monopolista constituido por el imperialismo y la gran burguesía nativa, de un lado, y la clase obrera y demás sectores populares oprimidos por el otro” (PRT, 1973: 7). Dicha contradicción sólo podía resolverse a través de una revolución que fuera antiimperialista y socialista a la vez, “constituyendo un proceso revolucionario único, es decir permanente”, cuyo contenido de clase debía ser “obrero y popular” (dentro del cual se incluía a los “campesinos pobres” y “la clase media urbana”) (PRT, 1973: 8). En ese sentido, como el imperialismo era “la expresión general de la sociedad capitalista y en particular en nuestro país”, no constituía “un factor de opresión puramente externo, ajeno a nuestro desarrollo”, sino que justamente “nuestro desarrollo capitalista es desde el comienzo y cada vez más un desarrollo dependiente del imperialismo” (PRT, 1973: 8). Por esta razón, debía descartarse cualquier alianza con la burguesía, ya que no existían sectores que pudieran enfrentar al imperialismo y desarrollar un “capitalismo independiente”.

En el caso de Vanguardia Comunista, a fines de los sesenta y en consonancia con la caracterización que Mao había postulado para China, conceptualizaba a la Argentina como un país “semifeudal y semicolonial”. Luego, a comienzos de los setenta, comenzó a caracterizarla como una “neocolonia”. Finalmente, como ya hemos mencionado, en su II Congreso, realizado a comienzos de 1976, VC reemplazó aquella definición por la de “capitalista dependiente” (Rupar, 2019).

Un año antes, en la ya mencionada “Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina y el Caribe”, realizada en La Habana en junio de 1975,³⁶⁸ si bien el término “capitalismo dependiente” no aparecía como tal, puede identificarse en su “Declaración” (*Conferencia...*, 1975) la influencia de sus postulados. El análisis de este

³⁶⁸ De esta reunión participaron los partidos comunistas de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Cuba, Chile, República Dominicana, Ecuador, El Salvador, Guadalupe, Honduras, Martinica, México, Paraguay, Perú, Puerto Rico, Venezuela y los de Costa Rica (llamado Partido Vanguardia Popular), Guatemala (llamado Partido Guatemalteco del Trabajo), Guyana (llamado Partido Popular Progresista), Nicaragua (llamado Partido Socialista de Nicaragua), Haití (llamado Partido Unificado de los Comunistas Haitianos), y Panamá (llamado Partido del Pueblo). Además, en calidad de observadores, participaron delegaciones de los PC de Estados Unidos y Canadá.

documento reviste importancia en tanto permite ilustrar cómo posiciones semejantes a las de la teoría del capitalismo dependiente fueron cobrando fuerza también en partidos comunistas alineados con la Unión Soviética, luego de que el PCR renunciara a ella.

Por un lado, en el citado documento se analizaba que, en el marco del “proceso mundial hacia el progreso social que tiene lugar en esta época de transición revolucionaria del capitalismo al socialismo”, se estaba ante una “nueva situación internacional”, signada por “la fuerza creciente del socialismo, la debilidad cada vez mayor del imperialismo, la derrota de la política de la 'guerra fría' y el inicio de la disminución de la tirantez internacional” gracias a la política soviética de “coexistencia pacífica” (*Conferencia...*, 1975: 11). En ese contexto, a pesar de los diferentes procesos que se llevaban a cabo en los distintos países de la región latinoamericana, “había una nueva realidad” en la que eran “mayores las posibilidades de formación de gobiernos democráticos enfrentados con el imperialismo” que llevaran a cabo “una política social avanzada” (*Conferencia...*, 1975: 8). Por otro lado, se destacaba que, en los países de la región, la dependencia económica *determinaba* la prolongación de “viejas estructuras” y *condicionaba* el proceso capitalista, el cual había pasado a ser el sistema económico predominante; incluso algunas naciones contaban con un “nivel medio de desarrollo capitalista y, en ciertos casos, aparecen rasgos de capital monopolista” (*Conferencia...*, 1975: 3). Vale la pena detenerse en el uso de los términos: el desarrollo capitalista se encontraba trabado por la persistencia de estructuras previas y se veía condicionado por el marco de la dependencia. Precisamente esta circunscripción de la dependencia como un mero condicionante del desarrollo capitalista fue una de las cuestiones centrales que el comunismo revolucionario buscó refutar en su proceso de abjuración.

Desde el punto de vista desarrollado en la citada declaración, el proceso económico de América Latina había tenido como resultado que “la parte más alta de las burguesías locales resultara de tal modo vinculada al imperialismo y dependiente de éste para su propio crecimiento y vigorización que, de hecho, se ha convertido en integrante del mecanismo de dominio imperialista en sus propios países” (*Conferencia...*, 1975: 15). Por lo tanto, se trataba de “burguesías desnacionalizadas” que defendían la dependencia y se oponían al proceso antiimperialista; aún cuando se manifestaran contradicciones o choques, estas se buscarían resolver exclusivamente por una vía conciliadora. A su vez, estas burguesías se unían a los latifundistas, se entrelazaban económicamente con ellos y constituían en conjunto una “oligarquía local pro-imperialista” (*Conferencia...*, 1975: 15). Esta concepción de la burguesía como clase

dependiente del imperialismo y el énfasis en su entrelazamiento con los terratenientes constituyendo un bloque se asemejaba a la categoría de “oligarquía burguesa-terrateniente” que había esgrimido el PCR cuando todavía adhería a las tesis del capitalismo dependiente. Si bien en el documento citado se reconocía la posibilidad de que hubiera sectores de las burguesías latinoamericanas que pudieran “participar en la unidad de acción democrática antimperialista junto con las fuerzas populares”, se subrayaba que no se podían “ignorar las limitaciones y vacilaciones de esos sectores de la burguesía en lo que respecta a su participación en el proceso antimperialista”; en ese sentido, la convergencia debía ser entre el proletariado, el “campesinado trabajador”, “capas medias” y “demás capas no capitalistas de la población” (*Conferencia...*, 1975: 15). En este caso, puede identificarse el recorte en los marcos de alianza que se propugnaban, con un marcado énfasis en la contradicción de clase. En ese sentido, pueden identificarse cambios significativos en relación con los planteos del PCA de comienzos de los sesenta que analizamos en el Capítulo 1. En definitiva, a mediados de los setenta, el objetivo estratégico planteado para la región latinoamericana remitía a la “completa liberación nacional y la plena independencia de nuestras patrias, por la democracia y el bienestar popular, por la paz mundial y el socialismo” (*Conferencia...*, 1975: 22).

A pesar de las ligazones que se puedan establecer entre las tesis del capitalismo dependiente tal como las formuló el PCR, las llamadas teorías de la dependencia en general y estos lineamientos oficiales de los Partidos Comunistas de la región, cabe destacar que el PCA recién en su “viraje” del XVI Congreso en 1986 sostuvo oficialmente que la Argentina era “un país capitalista dependiente del imperialismo, con un aparato productivo extendido y diversificado, pero en gran parte atrasado, trabado por el latifundio y privado de sectores básicos indispensables para un desarrollo armónico e independiente” (Fava, 1986: 35).

Resulta relevante señalar una vez más que, en el proceso de adopción y “traducción” del maoísmo y su alineamiento con China en el MCI (y por ende de ruptura definitiva con la URSS), el PCR siguió el camino inverso al de otras organizaciones de la “nueva izquierda” en relación con la teoría del capitalismo dependiente. De este modo, consolidó en torno a este punto su perfil distintivo, atravesado por las alternativas políticas por las que apostó en la coyuntura nacional del período. La legitimación del viraje hacia el maoísmo y todas sus implicancias requirió una ruptura explícita con un pasado que debía ser superado en los terrenos político,

ideológico, filosófico. La abjuración de la “teoría del capitalismo dependiente” cumplió ese rol. En sus postulados aparecía secundarizada la contradicción nacional y la distinción entre etapas tendía a diluirse. En aquella coyuntura nacional e internacional, el PCR requería de una legitimación no sólo para sus crecientes diatribas contra la Unión Soviética y para justificar su alineamiento con China, sino también para reinterpretar al peronismo en clave “tercermundista”. Por esa razón, frente a los postulados del capitalismo dependiente, el comunismo revolucionario esgrimió la teoría del imperialismo de Lenin y la visión de un mundo dividido entre opresores y oprimidos, lo cual implicaba su predominancia por sobre la contradicción entre explotadores y explotados. Como había señalado Silvia Sigal (1991) para los años sesenta, esta teoría de Lenin operó como un puente entre marxismo y nacionalismo en clave de “antiimperialismo” y “liberación nacional”.³⁶⁹ De hecho, la teoría leninista del imperialismo, por un lado, habilitaba la posibilidad de articular socialismo y nacionalismo en la lucha antiimperialista; y, por otro, brindada un marco explicativo para los países oprimidos donde el “atraso” y la pobreza no constituían peculiaridades, sino que eran el producto de la expansión imperialista a través del cual el capitalismo fomentaba un crecimiento desigual (Georgieff, 2008).

En una palabra, los fundamentos teóricos del capitalismo dependiente dificultaban el buscado empalme del PCR con la interpretación de que el único punto de partida válido debía ser el de la oposición entre las naciones oprimidas del Tercer Mundo, dependientes en el caso de la Argentina, y las dos “superpotencias imperialistas” que se disputaban su control. Bajo este proceso de ruptura y convergencia entre las tesis maoístas y las posiciones que el comunismo revolucionario venía desarrollando desde su fundación, con el respectivo proceso de refutación y “autocrítica” de la teoría del “capitalismo dependiente” y con la jerarquización de la “cuestión nacional” como factor decisivo, el PCR atravesó su reinterpretación del peronismo.

³⁶⁹ Como ha sido señalado, en la Revolución Cubana el nacionalismo jugó un papel en el proceso revolucionario y en la transición al socialismo (Georgieff, 2008). No obstante, distintas lecturas de la experiencia cubana en el campo de la “nueva izquierda” permitieron que fuera apelada tanto para defender un camino por etapas como para sostener el carácter socialista desde el inicio. De todos modos, la cubana fue la referencia ineludible que posibilitó la conciliación, bajo distintas variantes, entre socialismo y nacionalismo en América Latina desde los años sesenta. Como señaló Georgieff (2008): “La concurrencia de concepciones nacionalistas y socialistas en las ideologías de movimientos y partidos de izquierda se dio en la mayor parte de la América de habla latina y en el Caribe anglófono, posibilitando la emergencia de los denominados 'comunismos nacionales' o 'socialismos nacionales' (p. 61).

6.2 El viraje maoísta y el proceso de reinterpretación del peronismo

Como ha destacado Carlos Altamirano (2001), la reinterpretación del “hecho peronista”, desde 1955, fue una cuestión clave para las corrientes de izquierda. Esta revisión, incluso, se entrelazó con la crítica a los partidos de la “izquierda tradicional” y articuló rupturas, realineamientos e incluso la identificación con el peronismo en algunos casos. Los dilemas, según el citado autor, se estructuraron a partir de qué se debía esperar, si la crisis o la transmutación del peronismo, y desde dónde hacerlo, si desde dentro del movimiento o desde fuera. Las expectativas se cifraron en que aquellas reinterpretaciones permitieran la emergencia de una “fórmula nacional” para alcanzar el socialismo. En el caso del comunismo revolucionario, como hemos visto a lo largo de la Primera Parte, la cuestión peronista, si bien tuvo su incidencia significativa, no fue uno de los principales puntos que articularon la fractura en el PC y la confluencia de corrientes en la fundación del nuevo partido. Es relevante destacar, entonces, que la revisión del PCR acerca del fenómeno peronista puede considerarse relativamente “tardía” en comparación con la de otras corrientes de la “nueva izquierda”. Para ello, además de los avatares de la coyuntura política, ejercieron una influencia decisiva las tesis maoístas que el comunismo revolucionario intentó “traducir” (“integrar” en la jerga partidaria) a la realidad argentina.

Para dar cuenta de este proceso, aquí abordamos con mayor profundidad los años 1972-1974; se trata de una coyuntura particularmente densa y vertiginosa en la que los dilemas en torno a Perón y a la dinámica de las disputas internas con el peronismo en el gobierno articularon los ejes centrales en los debates que atravesaron a todas las izquierdas. El proceso de “traducción”, por parte del PCR, de las tesis maoístas a la realidad nacional, entonces, se desplegó en el marco del retorno de Perón a la Argentina y del peronismo al poder; en ese contexto, este partido encaró una reelaboración de sus posiciones previas. Con ese propósito, desde ese primer regreso en noviembre de 1972 hasta la definición de defender al gobierno frente a la amenaza de un golpe de Estado, aun en tiempos de Isabel en noviembre de 1974, el PCR atravesó un proceso de reinterpretación del fenómeno peronista, bajo el influjo de los virajes maoístas que venimos analizando.

El peronismo según el PCR (I) (1968-1972)

Para abordar este proceso en profundidad, es necesario partir de la caracterización que el PCR hacía de Perón y del peronismo desde su fundación hasta el

contexto de su regreso. En el período 1968-1972, la característica principal que emerge en los distintos análisis coyunturales del partido acerca del rol de Perón es su defensa del interés de clase de la burguesía. En ese sentido, la significación histórica que inicialmente se le atribuía al peronismo era la de un “movimiento burgués, con hegemonía de la burguesía industrial que se apoya en una base de masas proletarias y a través de esta sustentación asegura su hegemonía sobre las otras capas explotadoras, el relegamiento de los terratenientes y luego la negociación con éstos y con el capital monopolista extranjero” (PC–CNRR, 1968c: 169). Desde esa posición, y sobre la base de una expansión económica industrialista y el fortalecimiento del poder sindical, el peronismo, en tanto expresión de la burguesía, pudo “penetrar” con su ideología en el movimiento obrero. De ese modo, llegó a predominar con su influencia en la clase obrera, difundiendo sus ideas de “conciliación de clases” y de “nacionalismo burgués”. Es relevante destacar que, a diferencia de lo que ocurre en el maoísmo con el concepto de “burguesía nacional”, aquí el término “nacionalismo burgués” tiene una connotación exclusivamente negativa en tanto lo que se destaca es su aspecto conciliador y contrapuesto a la independencia de clase por la que debía apostar el proletariado. Asimismo, cabe señalar que hasta aquí esta concepción no se diferenciaba sustancialmente de la sostenida por el PC.

En sus primeros años, para el PCR, era necesario diferenciar cómo actuaban los distintos “grupos burgueses”, con el objetivo de “golpear con algunos de ellos contra la dictadura [de Onganía]” y de “atraer a otros a la lucha popular revolucionaria” (PC–CNRR, 1968c: 170). Esto era posible porque, junto a los sectores de la “gran burguesía” que eran hegemónicos en el “nacionalismo burgués”, podía identificarse un sector de izquierda, expresado “mediante una ideología pequeñoburguesa que refleja el proceso de destrucción o subalternización de las capas medias debido a la concentración monopolista”; en él se destacaban los sectores de la “pequeña burguesía radicalizada” (PC–CNRR, 1968c: 171).³⁷⁰ La pugna por estas corrientes se debía a un atribuido “carácter dual” de las mismas, ya que oscilarían entre el “nacionalismo burgués” y el “frente de liberación social y nacional” que pregonaba el PCR. De todos modos, en este

³⁷⁰ A estas corrientes el PCR las agrupaba bajo el término “populismo de izquierda”. En aquel momento, a ojos del comunismo revolucionario, este espectro estaba representado por la CGTA y luego se emplearía para nominar a las organizaciones guerrilleras que, bajo diversos matices, articularon su estrategia con la identidad peronista. Según este partido, el “populismo” era un “vasto movimiento de izquierda nacionalista” que expresaba a “grandes masas revolucionarizadas de la pequeña burguesía urbana y rural”, las cuales habían roto con las “direcciones burguesas de derecha” que tradicionalmente habían representado al peronismo, al socialcristianismo, al nacionalismo y al radicalismo, entre otras (PCR, 1969b: 326).

análisis inicial, el comunismo revolucionario, como otras fuerzas de izquierda, destacaba que el factor que distinguía cualitativamente al peronismo de otras expresiones de la burguesía era que en su seno se agrupaba la mayoría de las masas trabajadoras. Como gran parte del espectro de izquierda, el PCR consideraba necesario atender especialmente a la contradicción que identificaba entre las bases obreras y la dirección burguesa. Esta contradicción, si bien era histórica en el seno del peronismo, se expresaba en aquel momento en el choque entre la “combatividad” de las masas obreras con las actitudes “conciliadoras” de la “burocracia sindical peronista”, la cual también era cuestionada desde las corrientes de la izquierda peronista. Las expectativas del PCR se cifraron, entonces, en que esa contradicción pudiera canalizarse políticamente en un curso de acción “realmente revolucionario para la acción de las masas peronistas”. Para esto, desde ya, la acción del partido que se postulaba a sí mismo como auténtica vanguardia de la clase obrera ocupaba un rol fundamental. Asimismo, el sector “más avanzado” de esas masas peronistas debía incorporarse a las filas partidarias y su ala izquierda debía desprenderse de la “tutela de la dirección burguesa” para sumarse al “frente de liberación social y nacional” (PC–CNRR, 1968c: 172).

En cierto modo, puede entreverse aquí una perspectiva centrada en la expectativa de crisis del peronismo y en una suerte de “desperonización” de la clase obrera, entendida como la posibilidad, a través de una experiencia política alternativa, de una fractura de esas masas con su dirección, influencia, identidad e ideología consideradas burguesas, para profundizar el perfil “nacionalista”, “antiimperialista” y “revolucionario” que “confusamente” expresaban distintos sectores en su seno. De hecho, sobre la base de que consideraba que el “reformismo” estaba en crisis, impugnado por la combatividad y el auge de luchas obreras y populares, el PCR explicaba el poder de Perón sobre las masas obreras a partir de que este representaba la dirección del “*reformismo burgués* sobre las mismas, y por consiguiente, ideas, tradiciones y sentimientos, profundamente arraigados en ellas, pero que actualmente están en crisis” (PC–CNRR, 1968c: 188). Sobre la base de diagnósticos similares, otras organizaciones de izquierda, como las FAR y otras corrientes que confluyeron en el peronismo revolucionario, entendieron que asumir la identidad peronista era una condición indispensable para dotar a ese movimiento de masas, mayoritariamente obreras, de una dirección revolucionaria. Por el contrario, hacia 1972, el PCR seguía sosteniendo que no era posible disputar la hegemonía burguesa desde dentro del

peronismo y, bajo esa lógica, descartaba el conjunto de tácticas que pueden agruparse dentro del llamado “entrismo”:

Todos los experimentos (...) con el presupuesto de engañar a las masas peronistas y convertirlas inadvertidamente a la ideología socialista solo revelaron el paternalismo pequeñoburgués de sus promotores y tuvieron un solo resultado: el fracaso. (...) El oportunismo frente a la ideología peronista no tiene ninguna eficacia, porque su predominio no obedece a la estupidez o a la ignorancia de las masas, sino a una compleja experiencia histórica cuyos efectos solo podrán ser superados mediante una nueva práctica política, clasista y revolucionaria (PCR, 1972c: 287).

Entonces, según el comunismo revolucionario, para resolver las contradicciones entre esas bases y esa dirección y para cambiar la orientación de clase del movimiento, era necesaria la construcción de “una alternativa proletaria”, la cual sólo podía gestarse desde “el partido político de la clase” para librar una “aguda lucha ideológica contra el reformismo (nacionalismo populista) burgués en el seno del movimiento obrero” (PCR, 1972c: 287).

Como ha sido señalado, el auge de la protesta social a partir de las puebladas de 1969 y la radicalización política de vastos sectores, junto con el surgimiento y consolidación de organizaciones de izquierda con perfil revolucionario, llevó a la dictadura de la “Revolución Argentina” a ensayar una solución político-electoral que pudiera encauzar o neutralizar institucionalmente esa efervescencia: el GAN. Esta propuesta del general Lanusse llegó a ser respaldada por la “Hora del Pueblo” (alianza entre Perón y Ricardo Balbín de la UCRP) y por el Encuentro Nacional de los Argentinos (impulsado por el PC y otras fuerzas). Esta posibilidad de una apertura electoral obligó al reposicionamiento de todos los actores políticos, incluidos los de la “nueva izquierda”. Al respecto, hemos señalado que el comunismo revolucionario consideró al GAN como una trampa y sostuvo un posicionamiento antielectoral: “Ni golpe, ni elección: insurrección”; incluso conformó junto con VC el Frente Revolucionario Antiacuerdista. Desde esa perspectiva, el PCR le dio una gran importancia a la discusión sobre el GAN a través de sus análisis de coyuntura en *Nueva Hora*, en sus documentos internos, e incluso, como vimos en el Capítulo 4, en los artículos de Altamirano en la revista *Los Libros*.

Como quedó de manifiesto en los documentos aprobados por su II Congreso (PCR, 1972a), el comunismo revolucionario consideraba que el primer objetivo del GAN había sido aislar a los “enemigos del sistema” y neutralizar a los “opositores burgueses y reformistas”. Para ello, consideraba que “la clave del Gran Acuerdo

Nacional” había sido el apoyo de Perón, ya que, desde el exilio, “sus maniobras siempre han sido para apoyar al sector hegemónico de las clases dominantes, sin dejar, a la vez, de ser la reserva estratégica de esas clases” (PCR, 1972a: 178). Desde ese punto de vista, la dictadura de Lanusse pretendía utilizar a Perón como valla contra el comunismo, como “dique de contención para las masas y como dique contra el 'caos'” (p. 179).³⁷¹ A ojos del PCR, esta complicidad de Perón, y también de Ricardo Balbín, se explicaba a partir de que los partidos “burgueses”, como el radicalismo y el peronismo, aunque con matices, estaban “íntimamente ligados a sectores de la propia oligarquía burguesa terrateniente y a monopolios imperialistas” (PCR, 1972a: 183). En ese marco, el comunismo revolucionario acusaba a Perón de conducir el partido peronista con dirigentes “archirreaccionarios y enemigos de la clase obrera” (p. 188), entre quienes señalaba a José López Rega, Jorge Osinde, Rogelio Coria, José Rucci y a Héctor Cámpora, entre otros. En esa línea, luego de los fusilamientos de Trelew, que demostraron a sus ojos el carácter “fascistizante” de la dictadura de Lanusse (y de su alianza con la dirección de la Armada), el PCR acusó a Balbín y a Perón de agitar la posibilidad de una guerra civil con el fin de “asustar a los monopolios” para “forzar una salida negociada” (*Nueva Hora*, 1972: 1). No obstante estas duras críticas, ante la perspectiva concreta del regreso de Perón, luego de 17 años de proscripción, comenzaron a expresarse cambios en los posicionamientos del PCR sobre el peronismo.

El peronismo según el PCR (II) (1972-1974)

Como hemos señalado, la discusión sobre el peronismo en estos años fue ineludible para todo el espectro de las izquierdas, no sólo por su arraigo en vastos sectores obreros, sino también por su centralidad en la política nacional, en especial a partir de su regreso al gobierno. En el caso del PCR, este disputaba con el PCA y con las corrientes no peronistas de la “nueva izquierda” el lugar de la “auténtica” vanguardia que promovía una alternativa para la clase obrera y que se negaba a subordinarse de alguna forma a la dirección burguesa que habría encarnado Perón. En ese sentido, el partido se ubicaba por fuera del movimiento peronista, pero, como todas las izquierdas de la época, procuró darse una política que le permitiera disputar su influencia en las masas identificadas con el peronismo. No obstante, como veremos a continuación, la

³⁷¹ Según el propio Lanusse, su objetivo era “restaurar la democracia” y quitarle “todo argumento a la subversión”; para eso, era fundamental que Perón no muriera en Madrid “glorificando a sus formaciones especiales [se refiere a las organizaciones guerrilleras peronistas]”, sino en la Argentina “maldiciendo a la guerrilla y al terrorismo” (Lanusse, 1977: 231).

reinterpretación del “hecho peronista” no se limitó a la “unidad por abajo” con esas masas, sino que este proceso llevó al partido a un verdadero viraje en la caracterización de Perón y su sector más cercano. En ello, incidieron un conjunto de factores. Por un lado, el comunismo revolucionario buscaba diferenciarse de su organización de origen, a la cual, más allá de sus cambiantes declaraciones, le imputaba una posición antiperonista. Por otro, la influencia del maoísmo en clave tercermundista y en directa oposición a la Unión Soviética favorecía la revalorización de la “Tercera Posición” de Perón como una manifestación de una “burguesía nacional” que “forcejeaba” con las dos superpotencias en un país dependiente. Asimismo, debe tenerse en cuenta las relaciones que Mao había establecido con el general Perón desde los años sesenta, ya que ambos promovían la unidad de las naciones del Tercer Mundo y, en ese sentido, formaba parte de los intereses geopolíticos de la República Popular China la vinculación con el peronismo de los partidos alineadas con ella.³⁷² De todos modos, consideramos que el factor principal que derivó en la reinterpretación de Perón bajo una connotación fundamentalmente positiva se ligó a las expectativas del PCR en la coyuntura política de la época. En ella, procuró valerse del maoísmo para sostener la confluencia entre el comunismo revolucionario y el peronismo “tercermundista” que se encarnaba en la figura de Perón y en el respaldo que este tenía en vastos sectores obreros. No pretendemos aquí dar una respuesta definitiva a las razones que explican este notable viraje, sino brindar una primera aproximación a este complejo recorrido.

Ante el inminente retorno de Perón a la Argentina, el 17 de noviembre de 1972, toda la dinámica política giró en torno a ese acontecimiento. Unos días antes, el 9 de noviembre, el Comité Central del PCR publicó una declaración oficial al respecto (PCR, 1972d). En ella, el comunismo revolucionario partió de apoyar el derecho del líder exiliado a regresar a la Argentina y, sobre todo, de la “gran alegría” que había producido esa noticia, especialmente en los trabajadores del campo y de la ciudad. Es

³⁷² Cabe tener presente que ya en 1965, en una carta, Perón le había manifestado a Mao su admiración y su consideración del líder chino como un “Maestro Revolucionario”, cuyo pensamiento había “...calado hondo en el alma de los pueblos que luchan por liberarse –nosotros entre ellos– que nos debatimos, en estos últimos diez años, en marchas y contramarchas propias del proceso de un pueblo, que va preparando las condiciones más favorables para la lucha final” (Perón, 1965: s.p.). Al respecto del escenario internacional, Perón había indicado que “El Imperialismo Norteamericano y sus aliados permanentes – entre ellos ahora, los actuales dirigentes soviéticos– se equivocan cuando piensan que con el engaño de una falsa coexistencia pacífica podrán detener la marcha de estos pueblos sedientos de justicia en pos de su liberación” (Perón 1965: s.p.). Con la intención explícita de conciliar su propio planteo con el de Mao, Perón había manifestado que “La acción nefasta del Imperialismo, con la complicidad de las clases traidoras, han impedido en 1955 que nosotros cumpliéramos la etapa de la Revolución Democrática a fin de preparar a la clase trabajadora para la plena y posterior realización de la Revolución Socialista” y que, más allá de las diferencias (atribuidas a las particularidades nacionales), “en lo fundamental somos coincidentes” (Perón, 1965: s.p.).

decir, en este posicionamiento el aspecto central estuvo ligado con “acompañar” a las masas obreras que se identificaban con su líder. En la citada declaración, el PCR manifestó también sus críticas: sostuvo que desde 1966 hasta la fecha, Perón había frenado las luchas obreras y populares y había acordado con el GAN, cuyo propósito era “apagar el fuego de los grandes combates populares que desde el Cordobazo y Rosariazo hasta aquí han estremecido al país” (PCR, 1972d: 11).³⁷³ Resulta notable identificar la valoración especialmente crítica de la figura de Perón en el exilio, si se tiene en cuenta que fue por entonces cuando más fácil resultaba de ser idealizada por otras corrientes de izquierda, que efectivamente depositaron numerosas y diversas expectativas en el dirigente. Esto es válido especialmente para las organizaciones que conformaron la izquierda peronista y no para otras, como VC y el PRT-ERP.

No obstante esas críticas, el PCR subrayó que, a pesar de las intenciones de Lanusse y las Fuerzas Armadas, el anuncio del regreso había suscitado un positivo estado de discusión y movilización entre sectores obreros y populares. Esto se debía a las expectativas de estas masas en el retorno del líder justicialista: “Son los obreros, los campesinos y los trabajadores que desde el Cordobazo hasta la fecha han participado en cientos de combates, (...) que piensan que la venida de Perón ayudará a liquidar a la odiada dictadura” (PCR, 1972d: 12). En ese sentido, el comunismo revolucionario insistía en que, en todo ese proceso, sus militantes habían participado “codo a codo” con los “compañeros peronistas” en las grandes empresas, las ligas agrarias, las villas y las aulas: “*Hemos estado y estaremos juntos. Nada nos apartará* [resaltado en el original]” (PCR, 1972d: 12). Asimismo, el PCR aseguraba que la liberación de la clase obrera sólo podía ser obra de los propios trabajadores y, desde esa perspectiva, convocaba a “paros y manifestaciones activas” para luchar por reivindicaciones económicas y políticas, en alianza con distintas “corrientes revolucionarias peronistas”, que también formaban parte del “combate antidictatorial y antiimperialista” (PCR, 1972d: 13). Resulta relevante este documento partidario en la medida en que muestra, más allá de señalar sus diferencias, una clara intención del comunismo revolucionario de empalmar con esas masas identificadas con el peronismo, que concebían el regreso de su líder como la respuesta esperanzada al contexto represivo y dictatorial vigente. Podemos entrever en él una expresión de deseo, una incipiente búsqueda del PCR por colocar el énfasis en

³⁷³ Como mencionamos anteriormente, hacia 1974, bajo la operación legitimadora de la “autocrítica”, el PCR sostuvo que no había valorado correctamente las contradicciones entre la dictadura militar y las direcciones del peronismo y del radicalismo del pueblo (reinterpretadas como expresiones de la “burguesía nacional”) (PCR, 1974c).

los puentes de unidad entre el comunismo revolucionario y las bases obreras peronistas, sin plantear, desde ya, su incorporación al movimiento. A lo largo de la Segunda Parte, y en especial en el Capítulo 3, hemos analizado cómo la relación y el tratamiento hacia esas bases se fueron constituyendo en una cuestión clave para el PCR y su “política de masas”, en especial en el movimiento obrero. Como ya hemos visto, 1972 fue el año en el que La Marrón ganó las elecciones en el SMATA Córdoba, donde la mayor parte de los trabajadores mecánicos se identificaban como peronistas.

Según los testimonios recogidos en nuestra investigación, este acompañamiento y movilización de militantes del PCR ante el primer regreso de Perón fue producto de un debate interno que recorrió al partido. Debe tenerse presente que tanto la relación establecida con China ese año como la creciente instrumentación de las tesis maoístas para caracterizar la coyuntura local cobraron fuerza en las argumentaciones que buscaban legitimar las posiciones políticas asumidas. En ese sentido, si bien esta querrela interna acerca del retorno de Perón no figura explícitamente en los documentos disponibles, nos valemos de los testimonios para aproximarnos, con las limitaciones del caso, al desarrollo de la discusión en el seno partidario. Según el testimonio de Carlos Altamirano (comunicación personal, 20 de febrero de 2020), fue Otto Vargas quien impulsó el debate sobre Perón luego de su viaje a China en 1972. Según este relato, Vargas dijo que se vio “en un aprieto” cuando fue interpelado por dirigentes del PCCh acerca de si Perón se parecía más a Sun Yat-Sen³⁷⁴ o a Chiang Kai Shek.³⁷⁵ En pocas palabras y de modo esquemático, la pregunta apuntaba a definir si en Perón predominaba el nacionalismo o la conciliación con el imperialismo. De acuerdo con Altamirano, “eso fue tomado como una señal”, fue interpretado en el sentido de que el PCCh, erigido a partir de entonces como referencia legítima, impulsaba al PCR a concebirlo parecido a Sun Yat-Sen, bajo una connotación positiva. Según el reconocido intelectual,

Ese mensaje subliminal, digamos así, fue recibido en esos términos y el PCR hizo un giro en su interpretación; entonces, en el marco de un país dependiente, en el que la burguesía nacional tiene un papel, se consideró a Perón y

³⁷⁴ Se refiere al líder revolucionario que fue el primer presidente de la República China, luego de que la revolución de 1911 derrocara a la última dinastía. Fundó el Kuomintang (Partido Nacionalista Chino) y postuló los “Tres Principios del Pueblo”: el del “Nacionalismo”, entendido como unidad del pueblo frente a la dominación imperialista; el de la “Democracia”, en referencia a la “soberanía popular” y un gobierno constitucional; y el de “Bienestar social” o “Prosperidad”, en el sentido de bienestar para el pueblo.

³⁷⁵ Se refiere al sucesor de Sun Yat-Sen en la dirección del Kuomintang. Bajo distintas denominaciones y etapas, gobernó la República de China desde los años veinte hasta que, luego de años de enfrentamientos armados, fue derrocado por la Revolución en 1949.

al peronismo como expresión de la burguesía nacional (C. Altamirano, comunicación personal, 20 de febrero de 2020).³⁷⁶

Cabe destacar que este viraje no fue inmediato, sino que se fue desarrollando a lo largo de un contradictorio proceso. Al respecto, Altamirano (comunicación personal, 20 de febrero de 2020) señaló que, según su interpretación, el PCR había nacido como un partido “ultraizquierdista”, con una valoración muy negativa del peronismo, que luego fue desandando ese perfil asumido en un primer momento. Según su testimonio, a partir de la influencia maoísta y de los cambios en la caracterización del peronismo, se fomentó con más fuerza la circulación interna de literatura marxista sobre la “cuestión nacional”. Consultado acerca de por qué Vargas habría impulsado esa “traducción”, Altamirano (comunicación personal, 20 de febrero de 2020) sostuvo que el dirigente del PCR “hubiera podido decir 'me preguntaron esto y yo dije que a ninguno de los dos, que no era ni Sun Yat-sen ni Chiang Kai-Shek', suponete, pero... uno puede tomar también que a lo mejor Otto Vargas pensaba que había que dar ese giro y encontró ahí una instancia de legitimación...”. No contamos con elementos suficientes para afirmar si, en la reinterpretación del peronismo, el impulso principal provino desde el PCCh o si este fue utilizado como fuente de legitimación para un viraje que la dirigencia del propio PCR se proponía llevar a cabo. Posiblemente pueda establecerse una convergencia entre los intereses geopolíticos de China y los usos locales del maoísmo, que le habilitaron al comunismo revolucionario una fundamentación legitimada para readecuar su valoración de Perón en el contexto de su regreso al poder y a la centralidad en la dinámica política. Como se desprende del relato del propio Otto Vargas, se le atribuía a la dirigencia del PCA una caracterización de Perón como el representante de la “gran burguesía con características reaccionarias, fascistas”, la cual había tenido su influencia en los primeros años del PCR pero que, hacia 1972, se pretendía modificar. En su explicación, el maoísmo apareció una vez más como la fuente político-ideológica que le había posibilitado al PCR superar sus “errores” y la negativa influencia de sus militancias pasadas en el partido prosoviético:

³⁷⁶ Este planteo del peronismo en clave de una burguesía nacional industrialista en un país dependiente que había cumplido y podía cumplir un rol en el proceso de liberación nacional no era una idea novedosa ni original. Bajo diversas formulaciones y matices, ya había sido planteado por ex militantes del PCA como Rodolfo Puiggróss y Eduardo Astesano. Al respecto de Puiggróss, pueden verse dos visiones en Acha, 2006 y Friedemann, 2014. Al respecto de Astesano, ver Amaral, 2004 y Simonassi, 2014. Distintos y prestigiosos intelectuales de diversas corrientes marxistas han abordado posibles articulaciones entre cuestión nacional, peronismo y revolución; para un análisis general de estas controversias a partir de los aportes de Rodolfo Puiggróss, Silvio Frondizi, Héctor Agosti, Juan José Hernández Arregui, John William Cooke, Jorge Abelardo Ramos, Ismael Viñas y Milcíades Peña, ver Georgieff, 2008.

...como carecíamos de la categoría de socialimperialismo, no comprendíamos que la llamada Tercera Posición, que originariamente fue una posición ideológica supuestamente ubicada entre el capitalismo y el comunismo, se había transformado, con el cambio de esencia de la URSS, en una posición tercermundista, una posición de neutralidad ante los Estados Unidos y la Unión Soviética, 'entre los dos imperios', como dijo Perón al regresar a la Argentina en 1973. Y fundamentalmente carecíamos de una caracterización justa de las burguesías nacionales en los países del Tercer Mundo. (Brega, 2008: 189-190).

Luego profundizamos en el análisis de esa convergencia en clave “tercermundista” que ensayó el PCR entre el peronismo y el maoísmo. Lo que aquí nos interesa destacar es que el incipiente viraje no estuvo exento de querellas internas. Según Diana Kordon (comunicación personal, 20 de septiembre de 2019), había quienes pensaban que, en todo caso, “Perón había empezado como Sun Yat-Sen e iba a terminar como Chiang Kai Shek”, como para darte una idea”; en ese sentido, consideró que “fue un proceso complicado porque realmente fue un cambio sustancial de nuestra línea”. Según su mirada, este debate se inscribió en el marco del “problema de la lucha interimperialista por el dominio de la Argentina”, lo cual suponía que “la discusión sobre la lucha entre las superpotencias en esa época incidía mucho en poder caracterizar el problema de la dependencia y de las burguesías nacionales”. A sus ojos, esta cuestión fue la que dio inicio a la revisión de la caracterización de Perón. En los testimonios analizados puede verse cómo se apelaba a la importancia que adquiriría el atribuido enfrentamiento de Perón con las dos superpotencias, ambas consideradas imperialistas por igual, y, por lo tanto, la posibilidad de caracterizarlo en clave “tercermundista”. En ese sentido, puede entreverse aquí la creciente incidencia que, en distintos planos, ejercía el proceso de identificación con el maoísmo y sus postulados.

Cabe destacar una vez más el carácter procesual de este viraje, ya que, mientras se desplegaba esta discusión interna, el PCR sostuvo públicamente muchas de sus críticas a las actitudes políticas de Perón, en sintonía con su caracterización inicial. De hecho, como hemos señalado, el comunismo revolucionario llamó a votar en blanco en las dos elecciones de 1973, lo cual también fue objeto de discusiones internas. Como vimos en el Capítulo 3, este posicionamiento chocaba con las expectativas de amplias bases obreras en el triunfo del FREJULI, lo cual se manifestó particularmente en el SMATA Córdoba y en la regional cordobesa del PCR. Por otra parte, hubo sectores que plantearon que el partido debía participar de las elecciones, integrándose al “movimiento nacional dirigido por la gran burguesía, para desarrollar su trabajo desde adentro” y apoyando a los candidatos del FREJULI. Esta posición fue derrotada en la querella interna y fue caracterizada como una “desviación oportunista de derecha” que

en la práctica habría llevado a la “liquidación del Partido como vanguardia marxista-leninista del proletariado” (PCR, 1974c:153).

El llamado a votar en blanco fue compartido en aquel momento con VC; en conjunto editaron *Desacuerdo*, una publicación en la que sostenían que “Gane quien gane, pierde el pueblo. Luche y vote en blanco” (*Desacuerdo*, 1973: 1). Como puede verse, a diferencia de las diversas posturas tácticas que asumieron otras organizaciones de la “nueva izquierda” ante el escenario electoral, en este posicionamiento predominó una contraposición entre el camino revolucionario y la opción por algún candidato. De hecho, en el relato oficial del PCR, votar en blanco operó como una manera particular de participar de las elecciones frente a las posiciones que directamente rechazaban toda forma de participación a través de la abstención. Según Vargas, la idea de que “gane quien gane, pierde el pueblo” era impulsada por VC y no compartida por el PCR (Brega, 2008); de todos modos, como vimos, finalmente esta fue la consigna que esgrimieron en *Desacuerdo*. Lo concreto fue que, hacia fines de febrero de 1973 y con las elecciones del 11 de marzo en el horizonte inmediato, la Comisión Política del PCR publicó un comunicado cuyo destinatario era el “Compañero Peronista” (PCR, 1973). Allí interpelaron a “los obreros peronistas” y “los peronistas revolucionarios” con su posición: votar en blanco era una “señal de repudio” y un “camino para derrotar a la dictadura”, sin crear “falsas ilusiones”, consolidando lo que se había conquistado a través de las luchas que habían recorrido la Argentina desde el Cordobazo (PCR, 1973: 25). En su polémica, remarcaba que el poder no podía conseguirse a través de las urnas, sino a través de un “Argentinazo triunfante”; esto exigía una insurrección porque la revolución requería “destruir el poder de los oligarcas y monopolios” (PCR, 1973: 25). Asimismo, sin nombrar explícitamente a Perón, se cuestionaba a través de interrogantes la composición de candidatos del FREJULI: “un candidato a presidente de dudosa extracción conservadora”, “y uno de la vieja estirpe del fraude oligárquico” (en referencia a Vicente Solano Lima), “con sectores que usando la camiseta peronista son representantes de intereses oligárquicos o monopólicos” y “odiados jerarcas sindicales mantenidos por la patronal y el Estado” (PCR, 1973: 24).³⁷⁷

³⁷⁷ La mayor parte de la izquierda peronista apoyó la fórmula de Cámpora-Solano Lima. El PCA, por su parte, apoyó la fórmula presidencial encabezada por el líder del Partido Intransigente Oscar Alende en la Alianza Popular Revolucionaria, que salió en cuarto lugar. Para este partido, el voto en blanco sólo favorecía a quienes impulsaban la “brasileñización” del país, en alusión a una dictadura fascista y alineada con Estados Unidos. A partir del golpe de Pinochet en Chile, este reemplazaría a Brasil en las alusiones frente al peligro de un golpe impulsado por el país del norte. Más allá del escenario electoral, el PC proponía, una vez más, un gobierno de “amplia coalición” conformado por civiles y militares (Cernadas, 2021).

Finalmente, el FREJULI se impuso con el 49,6% el 11 de marzo y Cámpora asumió el 25 de mayo en una jornada histórica, con un gran protagonismo de las corrientes del peronismo revolucionario, en particular de Montoneros que había alcanzado un gran poder de movilización y de incidencia en el nuevo gobierno. Allí también movilizó la militancia del PCR, aunque sin banderas ni distintivos. El regreso del peronismo al poder marcó un cambio sustancial en la situación política. En ese contexto, en el PCR se operó un giro respecto a la posición que había asumido antes de las elecciones: pasó a considerar que, luego de años de combate contra la dictadura de la “Revolución Argentina”, las masas habían convalidado su repudio antidictatorial el 11 de marzo con las expectativas en que sus principales aspiraciones se concretaran bajo un gobierno peronista.

Al mismo tiempo, internamente, la caracterización de los distintos sectores del peronismo era un debate cada vez más importante dentro del PCR, en el marco de sus virajes hacia el maoísmo. Por ejemplo, en una conferencia partidaria de La Plata, una de las polémicas centrales giró en torno al siguiente interrogante: ¿quién era más de izquierda? ¿Cámpora o Perón? (E. Romero, comunicación personal, 14 de abril de 2018). Para quienes consideraban que la alianza debía ser con Montoneros y la Tendencia, posición con peso en la dirección del sector universitario zonal, Cámpora expresaba una opción más de izquierda que la de Perón. Por el contrario, para quienes ubicaban a Cámpora como expresión en ese momento de los sectores considerados “prosoviéticos”, que buscaban cooptar desde adentro el movimiento peronista, Perón era más de izquierda, porque forcejeaba contra los intereses de las dos superpotencias que se disputaban el control de la Argentina, y no sólo contra una. Como puede verse aquí, y como hemos analizado en el Capítulo 5, la mirada en torno a la acción de actores presuntamente “prosoviéticos” constituía un eje de suma importancia en la caracterización de sectores políticos por parte del PCR.

Con el peronismo en el gobierno y ante la inminencia del regreso definitivo de Perón a la Argentina el 20 de junio de 1973, se reeditó en el PCR el dilema sobre qué actitud asumir. Al respecto, la Comisión Política del comunismo revolucionario planteó que el exilio de Perón había constituido una de las mayores humillaciones a las que se había sometido al pueblo desde su derrocamiento; por eso, se ponderaba que la derrota de la dictadura con las elecciones del 11 de marzo había hecho posible no sólo ese regreso, sino también la liberación de centenares de combatientes presos (en referencia

al “Devotazo”) (*Nueva Hora*, 1973a).³⁷⁸ Además, se subrayaba la unidad entre el comunismo revolucionario y “los compañeros peronistas”, aunque el PCR se desmarcaba en relación con la atribuida confianza en que Perón pudiera reconstruir el país a través de la pacificación para luego avanzar hacia la liberación. Como vemos, el proceso de reinterpretación del peronismo no estuvo exento de vaivenes en un contexto en el que la situación política transitaba una dinámica vertiginosa.

Al respecto de cómo el debate sobre el regreso de Perón recorrió al PCR, según el testimonio de Evaristo Romero (comunicación personal, 14 de abril de 2018), en aquel momento dirigente de la comisión interna del Hospital “Dr. Alejandro Korn” de La Plata, “Cuando [Perón] volvió en el ’73, el debate se reactivó y había dos posiciones: como parte de la masa acompañar a las masas peronistas” y “otra posición que preconizaba la alianza con Montoneros en particular, bajo el planteo de izquierda-derecha, inclusive una parte terminó combatiendo con Montoneros en Ezeiza”. En ese marco, el PCR definió movilizar a través de las organizaciones de masas y no participar con una columna partidaria. En el caso del testificante, inscripto en la primera posición, recordó que “fuimos como hospital, convocamos desde la [comisión] interna, no armamos columna de partido, fuimos asociados a los lugares de masas”. Como es sabido, en el contexto de esa inmensa movilización de millones de personas por el regreso de Perón y del recrudecimiento del enfrentamiento interno en el peronismo, se produjeron disparos contra la multitud que derivaron en trece muertos y casi 400 heridos, por lo cual finalmente el líder justicialista aterrizó en Morón (Svampa, 2003). Según la versión de Horacio Verbitsky (1985), se trató de una masacre contra la izquierda peronista organizada por la seguridad del acto, cuyo objetivo había sido desplazar a Cámpora. Frente a estos hechos, el PCR se pronunció en *Nueva Hora* alineado con la postura de la Juventud Peronista y los sectores revolucionarios del peronismo; en ese sentido, destacó que Jorge Osinde, Norma Kennedy, Alberto Brito Lima y la CIA habían sido los responsables de lo ocurrido (Guerrero, 1973). Asimismo, sostuvo que allí su militancia había combatido junto al peronismo revolucionario contra “los matones de la CIA” y enfatizó la necesaria alianza de esos sectores con el clasismo

³⁷⁸ En el contexto de la liberación de presos ocurrida aquel día y conocida como el Devotazo, fue liberado Carlos Mosquera, militante del PCR que estaba detenido en la cárcel de Devoto (Brega, 2008).

y el comunismo revolucionario, ya que “nada podrá separarnos en el camino de la revolución” (Guerrero, 1973: 1).³⁷⁹

Con Perón en la Argentina y el recrudecimiento cada vez mayor de las disputas al interior del peronismo, la crisis desembocó en la renuncia de Cámpora y, a través de una maniobra institucional, asumió en su reemplazo Raúl Lastiri, por entonces presidente de la Cámara de Diputados y yerno de López Rega, secretario privado de Perón. En este nuevo escenario, se convocó a elecciones para el 23 de septiembre, en las que la fórmula Perón-Perón obtuvo el 62% de los votos. Allí el PCR volvió a llamar a votar en blanco, aclarando que no buscaba “votar contra el peronismo en bloque”, sino “descartar una política reformista”, ya que lo que la Argentina necesitaba era una revolución a través del camino abierto por el Cordobazo (*Nueva Hora*: 1973b: 1).³⁸⁰ Resulta relevante identificar una vez más el carácter procesual y contradictorio de la reinterpretación del peronismo que atravesó al PCR: paulatinamente se fueron conjugando, por un lado, posicionamientos que pretendían ubicarse a la izquierda del espectro político, apostando por el voto en blanco, y, por el otro, una serie de readecuaciones en la caracterización de Perón y de los sectores que componían su movimiento. Según el relato oficial del PCR, ese “ultraizquierdismo” frente al escenario electoral, que luego se “autocriticó”, se debía a la idea que recorría internamente al partido acerca de que “el triunfo de la revolución era fácil y rápido” (Brega, 2008: 194).

En aquella coyuntura, el retorno al poder le permitió a Perón “recomponer el perdurable vínculo con el actor sindical” y, a la vez, “redefinir la relación con los díscolos representantes de la juventud y las organizaciones guerrilleras” (Svampa, 2003: 14), que fueron crecientemente críticas de la política del “Pacto Social”. El 25 de septiembre, tan sólo dos días después del triunfo electoral, José Ignacio Rucci, secretario general de la CGT y pieza clave en el entorno más cercano de Perón, fue asesinado por un grupo ligado a FAR y Montoneros. El 12 de octubre, al mismo tiempo que el general asumía por tercera vez la presidencia, ambas organizaciones realizaron un acto de fusión bajo la denominación única de “Montoneros”.

³⁷⁹ El PCA también consideró los hechos de Ezeiza como producto de una provocación de la CIA y, por su parte, evitó responsabilizar a sectores sindicales y políticos peronistas como al propio Perón (Cernadas, 2021).

³⁸⁰ El PCA, por su parte, en su XIV Congreso, volvió a ponderar positivamente al gobierno peronista y su política “reformista burguesa”; de cara a las elecciones de septiembre, decidió apoyar a Perón, recuperando aquella fórmula de “apoyar lo positivo y criticar lo negativo” sobre la base de las pautas programáticas manifestadas por el FREJULI (Cernadas, 2021).

Otro de los hechos que tensionó la relación entre la izquierda peronista y su líder fue la organización del llamado “Operativo Dorrego”.³⁸¹ Este consistió en una serie de trabajos comunitarios durante el mes de octubre de 1973, todavía bajo la gobernación de Oscar Bidegain, en zonas inundadas de la provincia; tuvo la singularidad de haber sido llevado a cabo, con desfiles conjuntos y bajo la consigna de “codo a codo”, entre el Ejército y la Juventud Peronista. Es decir, se trató del único caso de cooperación pública entre las Fuerzas Armadas y sectores de izquierda (Besoky, 2011) y puede concebirse en el marco de las intervenciones político-institucionales que impulsó la Tendencia Revolucionaria del Peronismo en el marco de la gobernación de Bidegain (Tocho, 2020). El trasfondo de este operativo fueron las relaciones que Montoneros había establecido con el teniente general Jorge Carcagno. Según Fraga (1988), la estrategia de acercar el Ejército a la Juventud Peronista tenía como objetivo “gestar una alianza de ambos sectores que se hiciera cargo del poder a la muerte de Perón” (p. 70).³⁸² De hecho, frente a la información acerca del deteriorado estado de salud del presidente y su eventual desaparición física, Firmenich y Perdía se reunieron con Carcagno y su Estado Mayor para discutir el “post-Perón” (Perdía, 1997). Para el citado jefe montonero, estos acuerdos fueron el disparador de una serie de decisiones por parte de Perón que incluyeron la defenestración de Carcagno unas semanas después y una mayor ofensiva contra el ala izquierda del movimiento que hegemonizaba Montoneros. En ese contexto, la disputa entre distintos sectores del movimiento en torno al liderazgo de Perón se volvía cada vez más compleja y violenta.³⁸³

El líder justicialista, en ese marco y apoyado por el ala sindical y “ortodoxa” de su movimiento, profundizó su accionar contra los sectores ligados a la Tendencia, impulsando la renuncia tanto de diputados como de gobernadores afines. La dinámica política se iría recrudeciendo con la escalada represiva del gobierno contra las organizaciones de izquierda, especialmente contra el peronismo revolucionario, considerado ahora como producto de la “infiltración marxista” en el movimiento

³⁸¹ Oficialmente, se denominó “Plan provincial de reconstrucción gobernador de Buenos Aires, Coronel Manuel Dorrego”. Para tres análisis del mismo, ver Fraga, 1988; Besoky, 2011; y Tocho, 2020.

³⁸² Según el autor, esta estrategia “había sido ideada por Cesio y asumida por Carcagno” (Fraga, 1988: 70) y tuvo un doble efecto negativo para la gestión del segundo: profundizó su enemistad con Perón y los sectores sindicales que lo veían con recelo por su relación con los sectores de izquierda y acrecentó el descontento entre los militares que rechazaban esos vínculos. Para un análisis en profundidad de la gestión de Carcagno, ver Fraga, 1988, pp. 52-106.

³⁸³ Los debates al interior de la Tendencia Revolucionaria del Peronismo acerca de cómo encarar los cambios en la coyuntura de fines de 1973, los modos de llevar a cabo la disputa de la izquierda peronista al interior del movimiento y, en particular, en torno a la política de Montoneros hacia el liderazgo de Perón, se manifestaron también en revistas de la “nueva izquierda” como en el número 10 de la revista *Envido* (1973) y en el número 2 de *Pasado y Presente* (segunda época).

justicialista. Este proceso de “depuración” intrapartidaria incluyó el ejercicio de la violencia estatal con fuertes implicancias ideológicas, simbólicas y materiales (Franco, 2011). Poco después, hacia fines de noviembre, comenzarían a producirse los primeros asesinatos atribuidos a la Triple A. Esta organización, bajo la conducción de López Rega desde el ministerio de Bienestar Social, fue articulando a distintos grupos para llevar a cabo “una acción política no convencional, no legal y violenta, utilizando recursos del propio Estado” (Rostica, 2011), centrada en la persecución y asesinato de militantes políticos de izquierda, especialmente luego de la muerte de Perón.³⁸⁴

A este denso clima político también lo atravesaban las acciones del PRT-ERP, que persistía en su estrategia guerrillera contra las Fuerzas Armadas y directivos de empresas extranjeras. En particular, su intento de copamiento de la guarnición militar de Azul en enero de 1974 fue esgrimido como excusa por Perón para responsabilizar al gobernador Bidegain, lograr su renuncia y su reemplazo por Victorio Calabró, sindicalista vinculado al riñón del vandorismo (Svampa, 2003). A partir de ese momento, la CNU, que había surgido como una agrupación universitaria “de ultraderecha, políticamente alineada con el peronismo y el catolicismo preconiliar, y con un fuerte sesgo antisemita”, comenzó a operar en el territorio provincial bajo las órdenes del gobernador Calabró, y con la protección de la policía bonaerense, realizando una serie de asesinatos de militantes políticos (Cecchini y Leal, 2013: 11).³⁸⁵

En este contexto, como hemos visto, el PCR orientaba su “política de masas” en la lucha contra el “Pacto Social”, al igual que otras corrientes de la “nueva izquierda”. A la vez, legitimaba sus análisis políticos a partir de los usos de las tesis maoístas, su singular perspectiva de la “penetración” del “socialimperialismo” en la Argentina a través de la “burguesía prosoviética” y las implicancias políticas que había producido en su línea partidaria la revisión de la teoría del capitalismo dependiente. A comienzos de 1974, unos meses antes de la realización del III Congreso que oficializaría el carácter maoísta del PCR, puede identificarse una vez más el peso creciente que adquirió en los análisis partidarios la llamada “cuestión nacional”, bajo la perspectiva de una “lucha

³⁸⁴ Es objeto de querellas académicas y políticas el grado de responsabilidad de Perón en la creación de la Triple A. Distintas miradas sobre este punto pueden encontrarse en Larraquy, 2007; Besoky, 2010; Rostica, 2011; Teixidó y Bufano, 2015; Bonavena, 2015.

³⁸⁵ Como ha señalado Juan Carnaghi (2021), desde la asunción de Calabró, se produjo un salto cuantitativo y radicalizado en las acciones violentas de la CNU, así como se consolidó el vínculo laboral directo de integrantes de dicha organización con instituciones bonaerenses. Cabe destacar, además, que, luego de la muerte de Perón, desde la gobernación Calabró tuvo una política opositora a Isabel, al punto de aliarse a los militares golpistas para enfrentar a la presidente que no pudo intervenir la provincia (Antúnez, 2013). Incluso, en la misma noche del golpe de estado, Calabró le “entregó las llaves de la gobernación” al interventor militar Ibérico Saint Jean (Antúnez, 2013).

interimperialista” por el dominio de la Argentina como país dependiente y el rol que se le asignaba a Perón en ese escenario. Desde ese prisma, este partido analizaba que la hegemonía de la “burguesía nacional”, representada por Perón, era precaria en el gobierno, a pesar de haber ganado las elecciones por un amplio margen. Esto se debía a las disputas entre sectores “proyanquis” y “prosoviéticos” dentro del peronismo y en el seno del gobierno, donde distintas “fracciones burguesas” disputaban la hegemonía del “frente nacionalista burgués”.³⁸⁶ Entre ellas, se destacaba al ala “prosoviética que perdiendo posiciones desde el desplazamiento de Cámpora en adelante no cesa en sus proyectos de dirigir el país” (PCR, 1974d: 28).³⁸⁷ Se prefiguraba entonces una “agudización de la lucha de clases y de la lucha interimperialista” (PCR, 1974d: 27). Bajo esa óptica, se interpretaba la acción del ERP en la guarnición de Azul, inscribiéndola como orientada a debilitar a Perón, en un momento de “estabilidad relativa” en el que el líder justicialista había consolidado sus posiciones al remover a Carcagno de la conducción de las Fuerzas Armadas y establecer cambios en los altos mandos de la Marina y el Ejército.³⁸⁸ En la lectura del PCR, frente a los hechos de Azul, Perón habría “contragolpeado” a los sectores “prosoviéticos” al exigir la renuncia de Bidegain y desatado, a la vez, una “amplia ofensiva contra las fuerzas clasistas y revolucionarias en general” (PCR, 1974d: 28).³⁸⁹

Este marco de inestabilidad política se atribuía, también, a la política “conciliadora” del general y por las contradicciones entre la “política reformista de la burguesía” y “el avance revolucionario de las masas populares”, en un contexto en el que la “burguesía nacional liderada por Perón procura constituir un frente latinoamericano con el objetivo de forcejear frente a los yanquis”, pero con las limitaciones propias de una clase a la que se le atribuía el temor al proletariado y a las masas populares (PCR, 1974d: 29). A partir de eso, se buscaba explicar la política

³⁸⁶ Con las etiquetas de “proyanquis” o “prosoviéticos”, el PCR remitía a distintos actores cuyas actitudes políticas, a ojos de este partido, respondían a, o confluían con, los intereses de cada una de las superpotencias que buscaban controlar los resortes de poder en la Argentina.

³⁸⁷ Según el PCR, “la alianza con los soviéticos que propone esa capa burguesa y de testaferros soviéticos para luchar contra los yanquis llevaría a nuestros países a la misma dependencia a la que llevó en el pasado, la alianza con Inglaterra contra los españoles...” (PCR, 1974d: 29). Estos sectores compartían el gobierno con Perón (su mayor representante habría sido Gelbard, como hemos visto en el Capítulo 5), a la vez que le disputaban la hegemonía.

³⁸⁸ Según el análisis del PCR, el jefe de la guarnición de Azul que murió en el intento de copamiento era uno de los militares más conocidos por su apoyo a Perón. Si bien no es nombrado explícitamente, se refiere al coronel Camilo Arturo Gay.

³⁸⁹ Como correlato, a ojos del comunismo revolucionario, el préstamo del Banco Interamericano de Desarrollo representaba un apoyo de Estados Unidos a la ofensiva de Perón contra los sectores militares ligados al rival soviético (en referencia a la defenestración de Carcagno). De este modo, buscaba subrayar el carácter pendular de la política de Perón hacia las dos superpotencias.

represiva y la atenuación de las medidas de asistencia social, entre ellas el congelamiento salarial. Por lo tanto, el partido insistía en que debía tenerse siempre presente “la doble faz de la burguesía nacional” (PCR, 1974d: 29). Hacia 1974, este planteo en torno a la política de “unidad y lucha” hacia la “burguesía nacional” representada por Perón se encontraba completamente esbozada bajo las formulaciones de Mao y la experiencia del proceso revolucionario chino:

Cuando forcejea con el imperialismo no olvidar que inevitablemente conciliará y que en determinadas condiciones puede llegar a entregarse al imperialismo (como clase, independientemente de la actitud de éste o aquel de sus integrantes). Y cuando concilia y se entrega, no olvidar sus contradicciones con el imperialismo (PCR, 1974d: 29).

Por esa razón, el PCR afirmaba que su línea no debía ser la de “impulsar” a la “burguesía nacional” en su forcejeo con el imperialismo. Esta era la postura que le atribuyeron a la dirección del PC y que, a ojos del PCR, implicaba ilusionar a “las masas” con capacidades revolucionarias que aquella clase no tenía. Según el comunismo revolucionario, su política hacia la “burguesía nacional” debía ser la de “utilizar los forcejeos” y sus contradicciones con el imperialismo para fortalecer el “frente único antiyanqui” que este partido pregonaba, pese a sus denuncias contra el “socialimperialismo soviético”. En él, “tendrán cabida los sectores democráticos y patrióticos de la burguesía nacional dispuestos a luchar contra el enemigo común” (PCR, 1974d: 29). Esto exigía al partido, que pretendía estar al frente del combate antiimperialista y democrático, “cuidar” su “puntería” para que sus “golpes” no puedan ser empleados “por una u otra fuerza burguesa o interimperialista en pugna” (PCR, 1974d: 31). De este modo, al diluirse la importancia de la contradicción de clase en la contradicción nacional de un país dependiente y disputado por varias potencias, las actitudes políticas de cierta resistencia al imperialismo eran interpretadas como expresión de una burguesía “nacional” y eso habilitaba una política oscilante con el peronismo: crítica de su “reformismo”, pero exaltando su aspecto “nacionalista”.

Por eso, a través de “la lucha obrera y popular”, el PCR debía ir “facilitando a las masas la realización de su propia experiencia sobre el camino reformista que le proponen Perón y la burguesía nacional, y el camino revolucionario que le proponen los auténticos comunistas” (PCR, 1974d: 32). Es decir, el sector encabezado por Perón no constituía un enemigo por su carácter burgués, sino un “contrincante” con el que el partido debía disputar la influencia y dirección de “las masas” para reemplazar el atribuido reformismo por el “camino de la revolución” que el PCR propugnaba. En ese

sentido, se remarcaba que no había que “herir los sentimientos peronistas de las masas obreras”, pero sí contribuir a que estas “se vayan desprendiendo de la tutela política e ideológica del peronismo” (PCR, 1974d: 32). De este modo, al respecto del peronismo, puede identificarse el pasaje hacia una concepción más apegada a la idea de transmutación que de crisis, aunque sin asumir la identidad peronista. Se trata de uno de los diversos intentos desde la izquierda marxista por articular su política con esos vastos sectores identificados con el peronismo. En suma, toda esta línea que venimos reconstruyendo debía coagular en el “Frente Popular de Liberación”, única herramienta para la insurrección que debía dirigir el proletariado industrial. Resulta relevante destacar que ya no se trata de un frente de liberación social y nacional, sino un “frente popular”, es decir una alianza dirigida por la clase obrera pero compuesta por distintas clases y capas con el objetivo, primero, de conquistar la “liberación”. La influencia maoísta, en articulación con la abjuración del capitalismo dependiente, resulta notable en este punto.³⁹⁰

Como hemos evidenciado, a esta altura el PCR ya se valía de las formulaciones propias del maoísmo para analizar la realidad nacional y a los actores políticos y sociales involucrados. A través de este contradictorio proceso que analizamos, pueden identificarse los desplazamientos en la caracterización de Perón hacia una concepción en la que este era expresión de una “burguesía nacional”, que “forcejeaba” con los imperialismos y con el cual debía disputarse la influencia en las masas para empujar un camino revolucionario. De este modo, el PCR reinterpretaba las actitudes y discursos de Perón contra los dos imperialismos, su énfasis en el Tercer Mundo y la liberación nacional, y sus acercamientos a la República Popular China, sumado a las distintas expresiones de simpatía que, desde los años sesenta, venía manifestando en torno a la figura de Mao. Cabe recordar que, en su análisis de la geopolítica mundial, para Perón había tres fuerzas en pugna: dos imperialismos (el soviético y el estadounidense) y un Tercer Mundo conformado por las naciones que luchaban por su liberación; según esta perspectiva, esos procesos habrían sido la materialización de la “Tercera Posición” (Recalde, 2017).³⁹¹ Hacia 1974, Perón mantenía esta concepción de “dos imperialismos”

³⁹⁰ A la vez, cabe señalar que, ya en los treinta, el impulso a la creación de “Frentes Populares” por parte de la Internacional Comunista le había permitido al PCA una revalorización del pasado argentino en clave de “cuestión nacional”; ejemplos del compromiso con “perspectivas nacionales” surgidas del partido argentino pueden encontrarse en planteos de Ernesto Giúdice, Rodolfo Puiggróss, Héctor Agosti y en los posicionamientos que estuvieron en el trasfondo de alejamientos como el de Real a comienzos de los cincuenta (Georgieff, 2008).

³⁹¹ Con esa perspectiva, en *La Hora de los Pueblos* (Perón, 1968), el líder justicialista había destacado que “La decidida actitud del Gran Mao ha dividido con claridad el socialismo nacional del socialismo

que se disputaban las naciones del Tercer Mundo y cuyo accionar demandaba de este último la asunción mancomunada de su “autodefensa”, ya que la “dinámica mundial no obedece sólo a los designios de los poderosos”, sino que debía hacer frente “a una articulación que encuentra imperialismos por un lado y «tercer mundo» por el otro” (Perón, 1974: 224). Como puede verse, en torno a estos puntos puede establecerse una cierta confluencia entre los postulados esgrimidos por Perón y la adopción de las tesis maoístas por parte del PCR; en ambos casos, se identificaban dos imperialismos y se colocaba el centro en el Tercer Mundo. Bajo esa perspectiva, Perón emergía como un dirigente de la “burguesía nacional” que “forcejeaba” con ambas superpotencias.

De todos modos, cabe recordar que el PCR consideraba a los Estados Unidos como el “enemigo principal”. Desde ese posicionamiento, valoraba la conformación de un “frente único antiyanqui”, que debía incluir, pero también superar en términos de amplitud, al “frente nacionalista burgués” dirigido por Perón. Debe tenerse en cuenta que dentro de la alianza “antiyanqui” que el PCR pregonaba incluía también a aquellos sectores presuntamente ligados al “socialimperialismo soviético”. De todos modos, la inclusión del accionar de Montoneros dentro de este último espectro modificó las relaciones entre ambas organizaciones, en función de las distintas expectativas y apuestas que pusieron en juego en aquella dramática coyuntura.

El gobierno peronista y la polémica del PCR con Montoneros

Nos detenemos en la polémica que entabló el PCR con Montoneros por tratarse de una discusión con la principal organización de la izquierda peronista y, por aquellos años, una de las guerrillas más importantes de América Latina. Montoneros inscribía al PCR dentro de la izquierda “gorila” que no comprendía que el “camino de la revolución”, en la Argentina, se desenvolvía necesariamente en el interior del movimiento peronista. Como hemos visto hasta aquí, el PCR, por su parte, interpelaba desde su prensa y declaraciones a las corrientes del peronismo revolucionario, ya que las consideraba parte fundamental del “frente único antiyanqui”. No obstante, esto atravesó fuertes cambios desde la asunción de Perón. A partir de entonces, este partido

internacional que ha dado lugar al imperialismo soviético”, ya que “Para nosotros, los de la tercera posición, es una línea de absoluta coincidencia, que nos muestra que el problema actual del mundo no es una cuestión de ideologías, como se ha pretendido hacernos creer, sino una causa de liberación del colonialismo imperialista moderno, que intenta afirmarse en el mundo de nuestros días (p. 277). Por ende, para Perón, “La actual coyuntura nacional no deja ya opción para semejantes pensamientos: hoy es preciso tomar partido decidido en uno de los bandos. De un lado, los que defienden la Justicia Social, la Independencia Económica y la Soberanía Popular y Nacional; y, del otro, los que creen más conveniente que el país sea un satélite de uno de los dos imperialismos dominantes” (Perón, 1968: 310).

comenzó a ser cada vez más crítico de la política montonera hacia su líder. Este debate es ilustrativo, además, porque en él comenzó a tomar fuerza un aspecto que sería decisivo en la definición del PCR contra el golpe de Estado que analizamos más adelante en el Epílogo: tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética, a través de actores políticos, económicos y militares, se encontrarían disputando el control de la Argentina y tenían en el liderazgo de Perón su principal escollo, porque este sería el representante de una “burguesía nacional” en un país del Tercer Mundo.

En sintonía con ese diagnóstico, el PCR consideraba que “las masas obreras” no querían que su lucha por reivindicaciones económicas y por transformaciones políticas fuera utilizada contra Perón. Por un lado, en ellas se habrían “desgastado” las ilusiones en que su líder llevara a cabo transformaciones revolucionarias, pero no visualizaban tampoco una perspectiva superadora y optaban por darle tiempo para gobernar. Por otro lado, crecía en esas masas “una desconfianza total en la mayoría de los que rodean a Perón, especialmente hacia los jefes sindicales y hacia los jefes del aparato represivo” (PCR, 1974d: 31). En torno a esta valoración pueden identificarse las expectativas que se cifraban en el PCR: las masas obreras peronistas desconfiaban de sus direcciones sindicales (y por eso votaban y reelegían direcciones clasistas como la de Salamanca), pero no querían que sus luchas por reivindicaciones favorecieran los ataques al gobierno y fortalecieran la alternativa del golpe de Estado. Estos supuestos tendrían una influencia decisiva, ya que guiaron las decisiones y apuestas que ensayó el PCR en esos años y que legitimó a partir de sus “traducciones” de las tesis maoístas a la realidad nacional.

Con esos ojos, el comunismo revolucionario entendía que la política de Montoneros ponía cada vez más en el centro su enfrentamiento con el liderazgo de Perón y por eso habrían apostado por un golpe militar “a la peruana” con Carcagno si no lograban la dirección del movimiento peronista. Según el análisis partidario, “las masas pequeñoburguesas, radicalizadas”, e incluso algunos sectores obreros (sobre todo de desocupados y juveniles), que eran influenciadas por la política de Montoneros, atravesaban una fuerte desilusión con el gobierno peronista. A juicio del PCR, la razón debía encontrarse en la influencia de aquella organización: esas masas habrían sido “inducidas a creer, *primero*, que Perón era revolucionario, *luego*, que van a copar el peronismo y hacer ellas la revolución y *más tarde*, que harían esa revolución apoyando a los militares 'peruanistas' ligados al socialimperialismo soviético” (PCR, 1974d: 31). El corolario de esta política era, a ojos del PCR, que estos sectores iban “pasando a una

posición activa antiperonista, en muchos casos gorila, que ataca a la dirección peronista como 'fascista', y se van separando de las grandes masas obreras que aún esperan medidas positivas del gobierno de Perón” (PCR, 1974d: 32). Aquí se expresó la agudización de las polémicas con la Tendencia Revolucionaria del Peronismo, en particular con Montoneros y su política hacia Perón.

Vale la pena detenerse en este punto porque los virajes hacia el maoísmo y la configuración singular a partir de la cual el PCR comenzó a analizar la situación política bajo el tercer gobierno peronista profundizaron cada vez más su delimitación, no sólo con el PCA, al cual consideraba abiertamente un instrumento de la Unión Soviética, sino también con otras corrientes de la “nueva izquierda”, además de Montoneros. Si bien hacia fines de enero de 1974, el PCR sostenía la importancia de fortalecer la alianza con Vanguardia Comunista (PCR, 1974d), los distintos balances sobre el gobierno peronista y en particular, como hemos visto, la posición del PCR de defender al gobierno de Isabel frente al golpe de Estado, terminarían por dividir a ambas organizaciones, fractura que se expresó públicamente en la revista *Los Libros*, tal como analizamos en el Capítulo 4. Por otra parte, en sus documentos, el PCR destacaba que nacionalmente había “buenas condiciones para el trabajo con el Peronismo de Base y, en muchos lugares, también con la JP y sus organizaciones afines” (PCR, 1974d: 35). No obstante, en un contexto en el que las principales encrucijadas políticas se desenvolvían en el interior del cada vez más fracturado movimiento peronista, las diferencias entre el comunismo revolucionario y la principal organización de la izquierda peronista se profundizaron.

En la “Charla de la Conducción Nacional ante las agrupaciones de los frentes” (Montoneros, 1973), Mario Firmenich, luego de renegar “autocríticamente” de la “teoría del cerco”,³⁹² planteó algunas de las diferencias que desmarcaban a su organización de otras como el PCR. Todas coincidían en la crítica al “reformismo” y su caracterización como una expresión de la ideología dominante. No obstante, si bien “sacada de contexto, habría una gran similitud entre este planteo, y el planteo casi podríamos decir, del PCR, para ir a un ejemplo extremo”, esto no podía ser así porque el mencionado partido era parte de la “izquierda liberal” y “antiperonista”; por lo tanto, no era “verdaderamente” dialéctico, sino que partía de un esquema teórico que buscaba aplicar a la realidad nacional (Montoneros, 1973: 286). Desde ese punto de vista, y en polémica

³⁹² Esta teoría alude a que distintas decisiones y hechos llevados a cabo por Perón fueron considerados por Montoneros como producto de un “cerco” por parte de su entorno (López Rega, Isabel, el sindicalismo).

con los usos del maoísmo que esgrimía el PCR, Firmenich subrayaba positivamente el hecho de que Mao hubiera reconocido las “leyes particulares” del proceso revolucionario chino, elaborando una “teoría particular”. Bajo esa perspectiva, le atribuía al comunismo revolucionario una concepción simplificadora de las contradicciones, en la que el enfrentamiento entre la burguesía y el proletariado daría paso a la revolución. Según el líder guerrillero, esto “no es así en un país dependiente”, donde hay zonas “que son capitalistas y zonas que son casi feudales” y tampoco se correspondía con “toda la experiencia política de las masas” (Montoneros, 1973: 287). Frente a ese “esquematismo absoluto” endilgado al PCR, Montoneros circunscribía el aporte del marxismo-leninismo a las herramientas que podían servir como metodología de análisis, pero no como ideología.³⁹³ Desde la perspectiva de Firmenich, el hecho de que el PCR se colocara por fuera del movimiento peronista evidenciaba su incompreensión de las características nacionales y, por ende, cuestionaba su interpretación del maoísmo. Para Montoneros, aunque ideológicamente pretendieran ir más allá de lo que proponía Perón, “*el peronismo es obligadamente el movimiento de masas nacionalista y revolucionario por el cual pasa inexorablemente la revolución [resaltado en el original]*”; por lo tanto, “pretender desarrollar una revolución fuera del peronismo, por contradicciones ideológicas con Perón, es absurdo, terminaríamos, ahí sí, en el PCR” (Montoneros, 1973: 293). A esa altura del enfrentamiento interno dentro del movimiento peronista, Firmenich consideraba que, de todos modos, la “*contradicción con Perón es insalvable [resaltado en el original]*” y que el líder justicialista debía “admitir que la historia va más allá de su proyecto ideológico y que nosotros somos los hijos objetivos del Movimiento Justicialista” (Montoneros, 1973: 294).

Frente a estas alusiones al partido que dirigía, en “Debate en la trinchera antiyanqui” (Merlini, 1974), Otto Vargas (bajo un pseudónimo) rechazó las posiciones atribuidas por Firmenich y planteó diversas “contradicciones” que entreveía en el discurso del líder montonero, explicitando una serie de valoraciones críticas sobre el accionar político de su organización.³⁹⁴ Aquí sólo nos centramos en algunos nudos de

³⁹³ Según Isidoro Gilbert (2007), seis meses después, en octubre de 1974, luego de la fractura con Perón, su fallecimiento y del viaje de Firmenich a Moscú, este se proclamó “marxista-leninista” en una entrevista frente a las agencias TASS, Prensa Latina y EFE, y al corresponsal de *Le Monde* (p. 383).

³⁹⁴ El escrito fue publicado en la segunda quincena de marzo de 1974 en el número 137 de *Nueva Hora*. Fue antecedido por una nota aclaratoria que decía: “Cuando este artículo ya estaba en prensa, se tuvo conocimiento de que el compañero Mario Firmenich había sido detenido. Entendemos que las ideas que se exponen aquí, son parte de un imprescindible debate dentro de la común trinchera antiyanqui, y por eso

debate que nos permiten comprender las diferencias que se iban ensanchando entre las valoraciones del PCR y las de la organización hegemónica del peronismo revolucionario. Entre las “contradicciones” que Vargas le imputaba a Firmenich, el dirigente del PCR señalaba el haber pasado de considerar a Perón como un “líder revolucionario de la Patria Socialista” a ubicarlo a Cámpora en ese lugar; también, luego del desplazamiento de este último, el haber defendido distintas fórmulas: Perón-Cámpora, Perón-Balbín y Perón-Carcagno. Al respecto, Vargas lo interpelaba de este modo:

¿Explica acaso la teoría del cerco el apoyo a las maniobras puchistas de Carcagno? ¿Por qué en el enfrentamiento Perón-Carcagno las simpatías de la JP estuvieron por Carcagno? ¿Está éste más cerca de la línea de 'liberación nacional en tránsito al socialismo' de los Montoneros que el propio Perón? Y si es así, ¿por qué? (Merlini, 1974: 38)

El trasfondo de estas imputaciones tenía que ver con la intención del PCR de ligar la acción de Montoneros contra Perón como parte de la disputa del “socialimperialismo soviético” por el control de la Argentina, para la cual el líder justicialista, como expresión de una burguesía nacional “tercermundista”, constituía un obstáculo. Cabe destacar que, a contramano de la mayoría de las corrientes de la “nueva izquierda”, el PCR tenía la singular posición de considerar que Perón era más “avanzado” que Montoneros por “forcejear” con ambas superpotencias. Desde esa perspectiva, Vargas subrayaba que la línea de la “liberación nacional en tránsito al socialismo” formulada por Firmenich estaba “calcada de la terminología con la que los revisionistas soviético-cubanos definen su proyecto para la lucha antiyanqui en América Latina, Asia y África” (Merlini, 1974: 39).³⁹⁵ Según el dirigente del PCR, esa línea “prosoviética” consistía en apoyar a las burguesías antiestadounidenses y alineadas con la URSS para desarrollar una supuesta transición al socialismo, siendo los casos de Torres en Bolivia, Velasco Alvarado en Perú, Allende en Chile y Cámpora en la Argentina ejemplos atribuidos a esa estrategia. Desde ya, a ojos del PCR, esto era así porque Montoneros cometía el “error de fondo” de no caracterizar a la Unión Soviética como una superpotencia “socialimperialista”.

las publicamos, al mismo tiempo que comprometemos nuestra lucha para lograr la libertad de Firmenich y de todos los combatientes” .

³⁹⁵ Al respecto de la línea de “liberación nacional en transición al socialismo” formulada por Firmenich, Vargas criticaba también que no se plantearan “tareas agrarias y antilatifundistas” y que se hablara de “socialismo” sin sostener la necesidad de la “dictadura del proletariado”, apostando a la posibilidad de la transformación progresiva del Estado desde las tareas de liberación nacional hacia las socialistas. Según Vargas, esta concepción de “socialismo sin dictadura del proletariado” era la “quintaesencia de la línea revisionista soviético-cubana” (Merlini, 1974: 41).

Como habíamos adelantado, otro de los puntos fundamentales de las críticas del PCR, expresadas en este documento, giraba en torno a la interpretación de que Montoneros orientaba su lucha cada vez más contra Perón. A ojos de Vargas, esto era un error porque “el blanco son los yanquis, y los terratenientes y capitalistas asociados, y no Perón”. Aquí se expresó una de las expectativas que cifró el PCR en su reinterpretación del peronismo: la línea de Perón era “conciliadora”, pero era posible “avanzar” con el gobierno peronista, debido a que su líder “forcejea con los yanquis y es apoyado por grandes masas populares que aspiran a cambios revolucionarios y manifiesta ya síntomas claros de descontento con la línea de reformas tibias del actual gobierno” (Merlini, 1974: 44). En su III Congreso, ya en marzo de 1974, se consolidó la reinterpretación de que el proyecto de Perón bregaba por el desarrollo capitalista argentino con el predominio de la “burguesía nacional” y que, para ello, pretendía “golpear al imperialismo yanqui con reformas de carácter nacionalista” con el objetivo de “limitar al máximo la influencia de los monopolios y el imperialismo yanqui” (PCR, 1974a: 70). Según este partido, la estrategia de Perón consistía en

...utilizar la existencia de un poderoso sector industrial y financiero estatal, apoyarse en los capitalistas europeos y en una alianza con las burguesías latinoamericanas y los países del Tercer Mundo y, desde esta posición se acerca a la República Popular China, al tiempo que trata de utilizar al máximo la contradicción soviético-yanqui procurando subordinar a la burguesía prosoviética como aliada suya (PCR, 1974a: 70).

En ese contexto, el PCR destacó como positivas ciertas medidas tomadas por Perón en la arena internacional, entre ellas los acuerdos con “países del Tercer Mundo que luchan contra las dos superpotencias” y la búsqueda de “amistad” con la “gloriosa” Revolución China, lo cual, a ojos de este partido, le agudizaba las contradicciones con el “sector prosoviético”, al que se consideraba enemigo de fortalecer ese “frente mundial antiimperialista” (PCR, 1974e: 8). Aquí una vez más puede entreverse la influencia de los intereses geopolíticos de China y su enfrentamiento con la URSS en el posicionamiento del PCR y en su reinterpretación del peronismo. Como puede verse, en los virajes sobre la caracterización de Perón en clave “nacionalista” y “tercermundista” fue fundamental la perspectiva de un Tercer Mundo oprimido por dos superpotencias, una de ellas “socialista de palabra pero imperialista en los hechos”, con la caracterización de una Argentina dependiente y disputada. En ese esquema, la figura de Perón aparecía de forma crecientemente embellecida, secundarizando su impronta más anticomunista y poniendo el énfasis en sus planteos y “forcejeos” contra los “dos

imperialismos”. Bajo esa óptica, Perón aparecía cada vez más como un obstáculo para los intereses imperialistas, especialmente los de los Estados Unidos, que era considerado a la sazón el “enemigo principal”. En ese contexto, como analizaremos en el Epílogo, comenzó a cobrar fuerza la amenaza de un golpe de Estado contra el gobierno peronista como un eje en torno al cual debía girar la política partidaria.

Cabe destacar que todo esto se desarrollaba a la par de que Perón y Montoneros profundizaron su fractura y el líder justicialista se recostó sobre sectores políticos y sindicales “ortodoxos” de su movimiento, al tiempo que buscaba fortalecer su alianza con el radicalismo encabezado por Balbín. Resulta peculiar que, a contramano de otras corrientes de la “nueva izquierda”, el PCR rechazara inicialmente la peronización pero luego, cuando la izquierda peronista se enfrentaba a Perón, pasara a reinterpretar esa contradicción como si se tratara de la que oponía a un líder “tercermundista” de la “burguesía nacional” con organizaciones guerrilleras acusadas de ser, de algún modo, funcionales a los planes del “socialimperialismo soviético” por apuntar contra Perón y contribuir a su debilitamiento. La demarcación del PCR al interior del campo de la “nueva izquierda” se ensanchaba y adquiría un carácter cada vez más distintivo y polémico. Finalmente, el conjunto de postulados sobre el peronismo que hemos analizado hasta aquí coagularon en las resoluciones del III Congreso del PCR a comienzos de marzo de 1974, cuando finalmente este partido oficializó su identificación con el maoísmo.

6.3 “El maoísmo del PCR” y el “camino de la revolución” en la Argentina

A través de un extenso proceso de identificación, signado por una serie de virajes y reelaboraciones que hemos analizado a lo largo de la Tercera Parte, el Partido Comunista Revolucionario asumió el maoísmo en su III Congreso y consolidó su perfil distintivo en el campo de la “nueva izquierda”.

Cabe señalar que no hay una definición unívoca de “maoísmo”; el término prácticamente no ha sido utilizado en China e incluso su uso ha sido objetado históricamente por el PCCh (Collotti Pischel, 1995). Asimismo, han sido diversas las corrientes que en todo el mundo se han autoproclamado maoístas. Lo que aquí nos interesa es sistematizar el análisis acerca de la configuración singular de maoísmo que elaboró el PCR en el proceso de construcción de su identidad política a lo largo del período abordado. Consideramos que este coaguló en las definiciones del III Congreso donde el “pensamiento maoísta” se oficializó.

En primer lugar, cabe tener presente que, en el contexto del conflicto chino-soviético en el MCI, fue la Revolución Cultural iniciada en 1966 la que le dio mayor notoriedad al maoísmo “como formulación orgánica de una estrategia revolucionaria válida no solamente para China y como planteamiento dialéctico capaz de enriquecer el marxismo” (Collotti Pischel, 1995: 934). Como ha destacado Brenda Rugar (2019), sólo a partir de 1968, con el rol jugado por el PCCh en la condena a la intervención soviética en Checoslovaquia y su influencia política y cultural en vastos sectores de la “nueva izquierda” a nivel global, puede hablarse de “maoísmo” como una corriente política diferenciada en el seno del MCI. En ese sentido, hablamos de una configuración maoísta “tardía” por parte del PCR. Aunque hemos identificado vestigios de su influjo desde los orígenes del comunismo revolucionario, el incipiente proceso de identificación con el maoísmo puede fecharse a partir del primer viaje a China en 1970, con una serie de hitos fundamentales hacia 1972: el establecimiento de las relaciones oficiales de partido a partido, la incorporación de la tesis sobre el “socialimperialismo” para caracterizar a la URSS y la valoración épica de la Revolución Cultural y de la teoría de “la continuidad de la revolución en las condiciones de la dictadura del proletariado”, con sus respectivas implicancias políticas. Como hemos visto, a partir de entonces, la influencia maoísta fue creciendo en los análisis del comunismo revolucionario sobre la situación nacional e internacional. Los usos del maoísmo por parte del PCR para la coyuntura local conformaron el trasfondo de los debates sobre la teoría del capitalismo dependiente y el peronismo que recorrió al partido en esos años. A la vez, hemos destacado como una peculiaridad de la trayectoria del PCR su adhesión oficial al maoísmo recién en 1974, prácticamente a mediados de los setenta cuando ya el auge de esa corriente había menguado.

En segundo lugar, cabe aclarar que quienes han suscripto al maoísmo, como es el caso del PCR, lo concibieron como una profundización de los temas políticos, filosóficos y económicos del marxismo-leninismo, constituyendo una continuidad y una “etapa superior” del mismo (Celentano, 2008). Por otra parte, el maoísmo postulaba “la originalidad de cada país para definir las características de la revolución y su vía de construcción de la nueva sociedad” (Celentano, 2008: 325-326). Como hemos señalado anteriormente, este aspecto del maoísmo habilitó y legitimó una “adaptación” (“integración” en la jerga partidaria) por parte del comunismo revolucionario de las tesis que Mao formuló para el caso chino. Hemos articulado algunos de sus postulados fundamentales con usos y “traducciones” del PCR para legitimar tanto posiciones

políticas previas como los nuevos virajes que fue desplegando a lo largo del período. En ese sentido, el maoísmo ha operado como influencia y como racionalización *ex post*.

En su III Congreso, realizado el 2 y 3 de marzo de 1974, el PCR se definió como un “partido político proletario”, que constituía el “destacamento de vanguardia del proletariado argentino, que se asienta fundamentalmente en el proletariado industrial” (PCR, 1974b: 111). Si bien desde hacía tiempo venía manifestando en su prensa que se encontraba en un proceso de “fundir” el maoísmo con la “práctica concreta de las masas argentinas”, allí fue donde se cristalizó por primera vez de forma oficial que “la base teórica que guía todo su accionar es el marxismo-leninismo-maoísmo”. Por lo tanto, sus deberes eran “luchar contra el revisionismo”, “integrar las verdades universales del marxismo con la práctica de la revolución argentina”, “vincularse profundamente con las masas”, “practicar el método de la crítica y la autocrítica”, “incorporar al Partido a los mejores hijos de la clase obrera y el pueblo” y, como el partido se consideraba una parte de la clase obrera, este debía “vivir sus problemas, estar íntimamente vinculado” a las masas y sus organizaciones (PCR, 1974b: 112).

A partir de la tesis de la restauración capitalista en la Unión Soviética y su transformación en una potencia “socialimperialista” (que analizamos en el Capítulo 5), uno de los postulados del maoísmo sostuvo, desde los años sesenta, que la lucha de los países del Tercer Mundo (Asia, África y América Latina) constituía el centro de las contradicciones a escala mundial, con el peligro latente de la guerra, ya que esta era inherente al capitalismo imperialista (incluyendo al “socialimperialismo”) (Celentano, 2008). Asumiendo como propia esa caracterización, en su III Congreso, el PCR reforzó su convicción en que el único punto de partida válido era la definición leninista de la “época actual” como “del imperialismo y de las revoluciones proletarias” y, por lo tanto, cualquier análisis debía partir de la división entre países oprimidos y países opresores (PCR, 1974a: 47). Bajo ese paradigma, eran cuatro las contradicciones en el escenario internacional: pueblos y naciones oprimidas vs. “el imperialismo” y el “socialimperialismo”; proletariado vs. burguesía en los países capitalistas y “revisionistas”; diversos imperialismos vs. “grupos monopolistas”; y países socialistas vs. “el imperialismo” y el “socialimperialismo” (PCR, 1974a: 48). De todas ellas, en consonancia con el postulado maoísta señalado, la “contradicción principal” era la que oponía a los pueblos, países y naciones frente a las dos superpotencias, que luchaban entre sí por el reparto de zonas de influencia y por la hegemonía mundial. De acuerdo al diagnóstico del PCCh, retomado como propio por el PCR, Estados Unidos se

encontraba en un “debilitamiento relativo”, producto de sus retrocesos y derrotas en el sudeste asiático y otras regiones, y esta situación era aprovechada por potencias europeas y por el “socialimperialismo” para disputar posiciones en América Latina.

Como analizamos en el Capítulo 5, otro de los postulados fundamentales del maoísmo tenía que ver con la idea de que la lucha de clases persiste aún después de la toma del poder y se expresa entre la “línea burguesa” y la “línea proletaria”, perspectiva que estuvo en el trasfondo de la Revolución Cultural. En ese sentido, en su III Congreso (aunque ya desde 1972, como hemos visto), el PCR sostuvo un balance de aquel proceso como de consolidación de la dictadura del proletariado frente a los intentos de restauración burguesa y del PCCh como “el destacamento más avanzado del comunismo revolucionario mundial” (PCR, 1974a: 48). Se destacaba la significación histórica de la Revolución Cultural en la medida en que se consideraba que había desarrollado la teoría de la continuación de la lucha de clases en el socialismo y aplicado “el método adecuado de movilizar a las masas para resolver la lucha entre el camino de la restauración burguesa y el camino socialista” (PCR, 1974a: 48).

El trasfondo filosófico de esta experiencia había sido el postulado maoísta de que el concepto fundamental de la dialéctica materialista era “la unidad de los contrarios” y por ende “uno se divide en dos”, lo cual era un “fenómeno universal” (Mao, 1957c: 561). Esto quería decir que en el desarrollo histórico lo que predomina es la contradicción y no la unidad, hay “unidad y lucha de contrarios”, la unidad es relativa y la contradicción es permanente, por eso la restauración o la derrota de un proceso revolucionario era una posibilidad siempre presente; por el contrario, la concepción que subrayaba la confluencia de los polos contrarios en una síntesis superadora (“dos confluyen en uno”) era denostado por “revisionista” y no “dialéctico” (Celentano, 2008). El PCR asumió como propia esa perspectiva en su adhesión al maoísmo y desde ella compartió el balance sobre Stalin, tanto en la defensa de aspectos importantes como en las críticas a su figura.³⁹⁶

En el plano doméstico, el comunismo revolucionario descartó la caracterización de país “semicolonial” y “semifeudal” con la que Mao había caracterizado a China. Bajo el paraguas de la “integración” a la realidad nacional, y completado el proceso de abjuración del capitalismo dependiente, el PCR definió a la Argentina como “un país

³⁹⁶ Estas últimas remitían a la acusación de haberse apartado en algunas cuestiones del materialismo dialéctico, formulando “posiciones metafísicas”, perdiendo contacto con las masas, teniendo posiciones “chovinistas” y “confundiendo” las contradicciones “en el seno del pueblo” con las del enemigo, entre otras (PCR, 1974c: 149).

dependiente, oprimido por el imperialismo, en el que predominan relaciones de producción capitalistas deformadas por la dominación imperialista y por el latifundio de origen precapitalista” (PCR, 1974b: 93). Asimismo, sostuvo una vez más la perspectiva de que el desarrollo capitalista en el campo se había desplegado a través de un camino “tipo prusiano original” en el que persistían “importantes resabios precapitalistas”. Bajo esta caracterización, los principales problemas de la nación, “la trabas al desarrollo de las fuerzas productivas”, eran la opresión imperialista y el latifundio. Por ese motivo, la “contradicción fundamental” que había que resolver, en aquella etapa de la revolución argentina, era la que oponía “al imperialismo, la oligarquía terrateniente y el gran capital a ellos asociados” con “la clase obrera, los campesinos pobres y medios, la pequeño burguesía urbana, la mayoría de los estudiantes e intelectuales y los sectores patrióticos y democráticos de la burguesía urbana y rural” (PCR, 1974b: 93).³⁹⁷ En ese marco, la contradicción entre la burguesía y el proletariado se asumió como secundaria, ya que sólo se volvería fundamental en la “etapa socialista de nuestra revolución” (p. 94). Por otra parte, la alianza obrero-campesina debía ser “la piedra angular de la política de alianzas de la clase obrera y su partido”, ya que los campesinos pobres y medios constituían el principal aliado del proletariado (PCR, 1974b: 105).

Asimismo, como la clase obrera debía unir a la enorme mayoría del pueblo contra su “enemigo principal”, el PCR sostuvo una concepción a partir de la cual debía diferenciarse a la burguesía de acuerdo “a la relación que tenga con ese enemigo principal, y la actitud política que tenga frente a él” (PCR, 1974a: 76). En ese sentido, si bien se consideraba válido “utilizar sus contradicciones”, e incluso unirse a sectores “patrióticos y democráticos” de la “burguesía nacional” dado su carácter de clase en un país dependiente, no debía perderse de vista su “dualidad”, ya que “hoy puede ser aliada, y mañana, *en esta misma etapa revolucionaria, enemiga*” (PCR, 1974a: 77).

³⁹⁷ Aquí puede notarse que no figuran como tales los conceptos de “burguesía nacional” y “burguesía compradora” que utilizó Mao en China. El primero figura en numerosos pasajes, sobre todo en referencia especialmente a Perón y a los sectores de burguesía industrial “mediana”. Con respecto al segundo, puede verse que aquí se habla de “gran capital asociado” al imperialismo y los terratenientes. En otros pasajes, se emplea el término de “capital monopolista nacional dedicado a la intermediación” y también, especialmente en referencia a la “burguesía prosoviética”, se utiliza el concepto de “burguesía intermediaria”. Con posterioridad a nuestro período de análisis, esta última denominación se impondría en la terminología del PCR para referir a los sectores de la burguesía que se asociaban (subordinadamente) al imperialismo y la oligarquía terrateniente, en tanto equivalente al concepto de “burguesía compradora” de Mao. Es relevante destacar que el término “burguesía intermediaria” formaba parte del léxico del PC en los años sesenta para referir a los sectores ligados al capital estadounidense: según el PC, a comienzos de los sesenta, los “enemigos principales” eran “los monopolios imperialistas, los yanquis en particular, la gran burguesía intermediaria y la oligarquía terrateniente” (Codovilla, 1962: 34).

Mao, amparándose en la autonomía de cada país para definir las características particulares de su proceso revolucionario (es decir, el soviético no era el único modelo posible), definió el carácter de la revolución en China, en primer término, como de “Nueva Democracia” para luego avanzar en forma “ininterrumpida” al socialismo (Celentano, 2008). En el caso del PCR, en función de esa caracterización de nuestro país y su “contradicción fundamental” que analizamos, la revolución en la Argentina debía ser “democrático-popular, agraria, antiimperialista y antimonopolista, en marcha al socialismo” (PCR, 1974b: 93). Esta concepción del “camino de la revolución” en la Argentina se inscribía, a ojos del PCR, en “la teoría marxista-leninista de la revolución ininterrumpida y por etapas”, de la cual Mao y el PCCh habrían dado un “ejemplo magnífico, práctico, de esta teoría” (PCR, 1974b: 108). En el marco de esta concepción, el comunismo revolucionario empleaba el término “democrático-popular” para subrayar que no se trataba de la “tradicional revolución democrático-burguesa posible antes de la Revolución Rusa”, sino una de “nuevo tipo, hegemonizada por el proletariado, y que, como tal, será aliada y parte de la revolución socialista proletaria mundial” (PCR, 1974b: 94). Los rasgos fundamentales de esta concepción eran el carácter “democrático y antiimperialista” frente al latifundio y la dependencia. En ese sentido, “lo democrático” se entendía como la resolución de “las tareas agrarias que no han sido resueltas históricamente”, en referencia a la persistencia del latifundio y los “resabios precapitalistas” (PCR, 1974b: 94). Asimismo, se aclaraba que lo “antimonopolista” no implicaba la expropiación de todos los capitales nacionales que fueran monopólicos, sino sólo de aquel “capital monopolista nacional” que, entrelazado con el capital imperialista y con los terratenientes, se dedicara a la intermediación (esta incluía la comercialización de productos agrícolas y la exportación-importación). Aquí puede tenderse un puente con el concepto de “burguesía compradora” empleado por Mao para el proceso chino.

Por otra parte, como ha señalado Celentano (2008), tanto para Lenin como para Mao, la toma del poder implicaba un proceso revolucionario dirigido por la clase obrera y “su” partido; no obstante, al ser China un país en el que la mayoría de las masas populares eran campesinas, Mao sostuvo que el proletariado se hallaba *representado* en la teoría marxista-leninista que guiaba al partido. Este debía poner en práctica esa teoría a través de la “línea de masas”, es decir el arte de articular la vanguardia y el pueblo de forma tal que el partido pueda sintetizar la práctica de las masas y estas hagan suya la línea política de la vanguardia (Celentano, 2008). Con esa operación de legitimación,

Mao había distinguido dentro de las “fuerzas motrices” de la revolución a la “fuerza principal” (el campesinado) de la “fuerza dirigente” (el proletariado). Dentro de ese esquema, y partiendo de que la violencia revolucionaria era inevitable, Mao sostuvo la estrategia de una guerra “popular y prolongada” a través de la cual se podían “cercar” las ciudades desde el campo. Como hemos analizado en la Primera Parte, desde sus orígenes, aunque atravesado por tensiones perdurables y fuertes polémicas internas, el PCR había asumido una modalidad de lucha armada bajo la perspectiva estratégica de la insurrección popular, más próxima en este caso al modelo leninista. Como señalamos, esto se fundaba, por un lado, en que las puebladas se concebían como parte de un camino inscripto en la práctica de las masas a lo largo de la historia argentina. Y, por el otro, en que, por su tamaño, concentración y particularidades, el proletariado industrial era la “fuerza principal” y la “fuerza dirigente” en el proceso revolucionario, con centro en las ciudades y no en las zonas rurales.³⁹⁸ Bajo ese esquema, sobre la base de que el proletariado era “la fuerza principal y decisiva” de la revolución en la Argentina, la lucha en el terreno militar debía realizarse “a través de la modalidad histórica de combate armado del proletariado: la insurrección urbana” (PCR, 1974b: 110). Por su parte, “las clases aliadas no urbanas”, sobre todo el “campesinado pobre y medio”, a la sazón el principal aliado, debía asumir sus propias modalidades: “guerrilla rural, y otros tipos de combates armados campesinos” (p. 110). Aquí puede verse cómo la “particularidad nacional” del “camino de la revolución” habilitaba la articulación entre la identidad maoísta y una definición político-estratégica de corte insurreccionalista.³⁹⁹

En este punto, en su III Congreso, el PCR sostenía que el “triunfo de la revolución” sólo sería posible “a condición de destruir con la lucha armada del proletariado y sus aliados el Estado opresor y sustituirlo por un Estado popular revolucionario” (PCR, 1974b: 110). Para lograrlo, la herramienta fundamental era la construcción del “Frente Popular de Liberación” (FPL), dirigido por la clase obrera y compuesto por las clases y capas sociales “interesadas en la revolución democrático-

³⁹⁸ Como vimos en el Capítulo 2, el Cordobazo había operado como confirmación de esas tesis insurreccionalistas. En su III Congreso, la pueblada de Córdoba se consideró “*producto y expresión superior de las luchas obreras y populares*”, que “*introdujo un cambio de calidad en la lucha revolucionaria de nuestro país*”; en ese sentido, se aseveraba que después del Cordobazo “*nada volverá a ser igual en la Argentina*” (PCR, 1974a: 53).

³⁹⁹ Como señala Celentano (2008), las organizaciones maoístas asumieron, a grandes rasgos, dos modalidades de violencia revolucionaria: la guerra popular y prolongada y la insurrección generalizada de masas. En los setenta, algunas corrientes maoístas plantearon formas similares al “foquismo” rural o variantes de “comandos urbanos”, pero fueron menos frecuentes y colocadas por sus críticos en oposición a una línea de masas. Como destaca el citado autor, para Mao, “lo militar no puede definir ni lo político ni el modelo de revolucionario, sino a la inversa” (Celentano, 2008: 325), ya que, si bien “el poder nace del fusil”, este no debía dirigir al partido y era fundamental evitar la militarización de la organización.

popular, agraria, antiimperialista y antimonopolista”. La forma concreta que asumía la construcción del FPL, en aquella coyuntura de 1974, era a través de un “frente único antiyanqui”, para el cual era fundamental “la unidad de acción de los comunistas revolucionarios con las masas peronistas” (PCR, 1974a: 82) y que sólo hubiera “dos trincheras”. Por otra parte, se prefiguraba en el FPL no sólo esa alianza de clases bajo la hegemonía obrera, sumada a “las masas de soldados, suboficiales y oficiales” que debían ser “atraídos” hacia sus filas, sino también debía incluirse la conformación de “milicias populares” y un “Ejército Popular de Liberación” como parte esencial de ese frente. Aquí pueden notarse las referencias directas a las formulaciones maoístas. En este planteo, aquellas organizaciones para el ejercicio de la violencia quedaban en cierta forma libradas a las contingencias del futuro, es decir no se formulaba un camino concreto para su realización. Se limitaba a decir que las milicias aparecerían cuando estuvieran dadas las condiciones de una “situación revolucionaria directa” y que sería “probable” que las “milicias obreras” funcionaran subordinadas a los “consejos obreros de fábrica, a los consejos populares revolucionarios, así como las ligas u otras organizaciones campesinas armadas a los consejos campesinos” (PCR, 1974b: 110).

Estas proyecciones difusas eran las que esgrimían las organizaciones guerrilleras para denostar al PCR por “espontaneísta”, en el sentido de que en los hechos relegaba la construcción concreta de instrumentos especializados para la ejecución de acciones armadas. El comunismo revolucionario, con el centro puesto en su “política de masas” y la línea de los cuerpos de delegados, se excusaba sobre la base de que sólo podía plantearse “lo más probable, no lo inevitable, porque nunca pueden dibujarse anticipadamente las formas concretas de una revolución” (PCR, 1974a: 62). En el mismo sentido, en función de esa concepción del “camino de la revolución” en la Argentina, prefiguraba la posibilidad de que “antes, durante o después de la insurrección” se desencadenara una “guerra civil, *cruenta y prolongada*”, en la que las clases dominantes recibirían la ayuda militar directa de las potencias imperialistas (PCR, 1974b: 111). Nuevamente aquí el planteo del PCR se asemejaba más al proceso revolucionario ruso que al chino.

En definitiva, para avanzar por el camino revolucionario, el comunismo revolucionario consideraba que “el eslabón fundamental” era la recuperación clasista de los cuerpos de delegados y las comisiones internas, sobre todo en las grandes empresas industriales. Como vimos en la Segunda Parte, en especial en el Capítulo 3, la línea de los cuerpos de delegados y la formación de una corriente clasista había ocupado el

centro de la “política de masas” del PCR. Se consideraba a la recuperación de los cuerpos de delegados, comisiones internas y sindicatos como “el primer paso de un camino duro y difícil que es parte esencial del camino de la revolución en la Argentina” (PCR, 1974a: 55).⁴⁰⁰ Es relevante destacar cómo, hacia 1974, se articuló en el PCR una valoración del momento político como signado por un auge de luchas obreras y populares que se había abierto en 1969, y que aún no se había clausurado, con un posicionamiento cada vez más defensivo, ya que vislumbraba un horizonte de expectativas en el que el “camino de la revolución” asumía hacia el futuro una proyección prolongada. De hecho, en el III Congreso, el PCR sostuvo que entre 1972 y 1974 el partido había avanzado “en la comprensión de que la lucha revolucionaria será inevitablemente larga y que es reformista la idea que la concibe de otra forma” (PCR, 1974a: 90). Con esto hacía referencia a la concepción de “lucha corta, victoria rápida” que, si bien se la endilgaba a lo que genéricamente denominaba “foquismo”, consideraba también que había impregnado sus propias posiciones.

Como hemos analizado hasta aquí, en su III Congreso, el PCR condensó finalmente un conjunto de posiciones políticas que delinearon su perfil distintivo. Por un lado, la adhesión al maoísmo le permitió legitimar posiciones previas (la ruptura con el PCA, la condena a la intervención en Checoslovaquia y a la política soviética desde el XX Congreso, el apego a la violencia de masas frente a las modalidades guerrilleras, etc.). Por el otro, influyó en sus virajes y, a la vez, legitimó aquellos que provinieron de sus necesidades políticas locales. En ese sentido, además de un alineamiento internacional en el marco del MCI, la adhesión al maoísmo le otorgó una base teórica, filosófica, ideológica y política para fundamentarlos (la tesis del “socialimperialismo” y la valoración de la Revolución Cultural, la abjuración del capitalismo dependiente y el énfasis en la cuestión nacional, la reinterpretación del peronismo en clave “tercermundista”). Asimismo, valiéndose de la autonomía nacional para la formulación del “camino de la revolución”, el PCR produjo una serie de “traducciones” que le permitió legitimar posiciones singulares como fuerza maoísta (la instrumentación de la teoría del “socialimperialismo” para interpretar a actores políticos, económicos y militares; la adhesión a una modalidad insurreccionalista de lucha armada; la afirmación

⁴⁰⁰ Según el PCR, con relación a esos cuerpos de delegados o a representantes elegidos por asambleas populares, surgieron “los gérmenes de organismos de doble poder de alcance local (como sucedió en Roca, Trelew, Malargüe, localidades tucumanas”. A ojos de este partido, estos mostraron “las formas más probables que pueden tener esos organismos en una situación revolucionaria, y la forma probable de la relación de las organizaciones de autodefensa armada de masas, milicias populares y ejército del pueblo con los organismos de doble poder” (PCR, 1974a: 60).

de que la clase obrera industrial era el sujeto revolucionario fundamental y los grandes centros urbanos eran epicentro de la actividad revolucionaria; el énfasis en los cuerpos de delegados como formas concretas de organización para el eslabonamiento de un proceso revolucionario de masas; etc.). De este modo, podemos ver cómo, tras varios años de debates, búsquedas y experiencias, se configuró en el PCR una singular identificación con el maoísmo, que moldeó, a su vez, su concepción distintiva del “camino de la revolución” en la Argentina.

A MODO DE EPÍLOGO.

Del voto en blanco a la defensa del gobierno peronista

Hasta aquí hemos reconstruido y analizado las búsquedas del “camino de la revolución” en la Argentina, el delineamiento de prácticas políticas específicas y el largo proceso de identificación con el maoísmo en la trayectoria del Partido Comunista Revolucionario. Este proceso, atravesado por debates y experiencias inscriptos en la trama histórica y política más amplia a nivel nacional e internacional, dotó al comunismo revolucionario de un perfil distintivo al interior del heterogéneo campo de la “nueva izquierda”. La oficialización del maoísmo hacia 1974, y la configuración singular que elaboró el PCR bajo esa identificación, constituyeron un hito decisivo en el proceso de construcción de su identidad política a lo largo del período abordado. No obstante, estos virajes que hemos analizado tendrían una deriva singular y polémica hacia fines de ese año: nos referimos al posicionamiento frente a la amenaza de un golpe de Estado y la defensa del gobierno peronista, aun con Isabel Perón como presidenta. Esta postura consolidó polémicamente la demarcación del PCR con respecto a la mayoría de las corrientes de la “nueva izquierda”, fueran peronistas o no.⁴⁰¹ Si bien esta posición, llamada “antigolpista” en el relato partidario, fue el centro de la política del PCR entre 1974 y 1976, aquí sólo nos centramos sucintamente en el análisis de los fundamentos políticos al respecto desplegados a lo largo de 1974, ya que se produjeron en paralelo con la oficialización de su identificación con el maoísmo y sus respectivas implicancias en la línea política partidaria.

Como hemos visto, el PCR llamó a votar en blanco en las dos elecciones de 1973, concibiéndola como una posición en consonancia con su apuesta por el camino revolucionario de un Cordobazo nacional triunfante. No obstante, ya en noviembre de ese año, comenzó a alertar sobre la posibilidad de un golpe de Estado en la Argentina. Cabe destacar que, para ese entonces, se habían producido recientemente el “autogolpe” de Juan María Bordaberry en Uruguay, pasando de presidente constitucional a presidente de facto con un gabinete cívico-militar, y el “Pinochetazo” contra Salvador Allende en Chile. En ese marco, el comunismo revolucionario identificaba dos coincidencias con los planteos de Perón en aquel momento: el “enemigo principal” era

⁴⁰¹ La excepción fue el Frente de Izquierda Popular (FIP) dirigido por Jorge Abelardo Ramos, quien sostuvo una posición semejante a la del PCR, en el sentido de que planteó la defensa de Isabel Perón frente a lo que entendía como una conspiración “gorila” para derrocar al gobierno peronista. Para un análisis de los posicionamientos de esta y otras fuerzas de izquierda frente al golpe de estado de 1976, ver Moretti, 2016.

el “imperialismo yanqui” (con lo cual destacaba su coincidencia con Montoneros, “sectores radicalizados del peronismo y del radicalismo” y con los dirigentes del “PC revisionista”) y existía, además, “la amenaza social imperialista” en referencia al accionar de la Unión Soviética (en torno a lo cual no había acuerdo con los actores señalados salvo con Perón, que la consideraba un imperialismo). En este contexto, el PCR veía a la Argentina como “el principal campo de batalla en América Latina de las dos superpotencias” (*Nueva Hora*, 1973c: 12). Asimismo, este partido señalaba que no coincidía con Perón “en lo que es esencial en su línea”; esto remitía a la atribuida intención de favorecer la hegemonía de los empresarios nacionales y de desatar la “ola represiva antipopular” bajo el “pretexto de la depuración” en el movimiento peronista (*Nueva Hora*, 1973c: 12).

En ese escenario, para el PCR había distintos planes golpistas. Por un lado, “el imperialismo yanqui”, “los oligarcas” y los “grandes capitalistas a ellos asociados”, considerados como los “enemigos fundamentales del pueblo”, orquestaban un “plan gorila” que consistía en “repetir aquí el golpe chileno, restaurando a sangre y fuego el poder ilimitado de los monopolios hambreadores y asesinos, y colocando a la Nación nuevamente en el área norteamericana del mundo” (*Nueva Hora*, 1973d: 12). El golpe de Estado contra Salvador Allende en septiembre de 1973 había sido una alerta para todas las izquierdas de la región y una amenaza plausible para la Argentina. Por el otro, el “socialimperialismo soviético” pretendía “aprovechar la lucha antiyanqui en función de sus propios fines expansionistas”. Si bien como enfrentaba al imperialismo estadounidense la Unión Soviética no constituía el “enemigo principal”, se le adjudicaba a los actores ligados a ella la intención de aliarse sólo tácticamente con Perón “para asegurar un golpe supuestamente 'antiimperialista', en realidad antiyanqui y prosoviético, que sea el 'heredero histórico' del peronismo” (*Nueva Hora*, 1973d: 12). Es decir, el golpe de Estado contra Perón podía ser encabezado tanto por sectores “proyanquis” como “prosoviéticos”. Como puede verse, a ojos del PCR, tanto la situación nacional como la caracterización de los actores se elaboraba en función de atribuidos alineamientos internacionales y como una expresión de la disputa entre las grandes potencias por el control de la Argentina.

Con esos ojos, tal como analizamos en el Capítulo 3, este partido consideró al “Navarrazo”, llamado también “anticordobazo”, como parte de la “conspiración

proyanqui”.⁴⁰² Asimismo, consideró que las contradicciones entre Perón y el “sector prosoviético” se agudizaban a partir de los lazos que el primero establecía con países del Tercer Mundo y con China (PCR, 1974e: 8).⁴⁰³ Bajo la instrumentación de la tesis del “socialimperialismo”, el PCR cada vez incluía más sectores dentro del espectro que consideraba dirigido por la “batuta de los socialimperialistas soviéticos” y a partir de esa acusación buscaba desmarcarse de ellos (PCR, 1974f). Ya en su III Congreso, en marzo de 1974, el PCR caracterizó la situación política como “inestable”: se aproximaba “aceleradamente una verdadera definición del período abierto en 1969” (PCR, 1974a: 66). En este contexto, este partido comenzó a referirse cada vez con mayor frecuencia a la necesidad de impedir “la restauración gorila, como en 1955”; para ello, era necesario que primara una “línea revolucionaria” en el “frente único antiyanqui” (PCR, 1974e: 10) y que se produjeran nuevas luchas obreras y populares como la de los metalúrgicos de Villa Constitución.⁴⁰⁴ Para enfrentar esta situación, en la que entreveía “el ascenso de la lucha revolucionaria”, el PCR convocaba a la “propagandización y organización de las brigadas de autodefensa armada de masas, en camino a las milicias populares revolucionarias” (PCR, 1974f: 21) para enfrentar el golpe de Estado, cuestión que no parece haberse cristalizado en ninguna experiencia concreta. A esta altura, su horizonte de expectativas parecía cifrarse cada vez más en torno a la posibilidad de conformar un “frente único antigolpista”, transversal a las distintas fuerzas políticas y sectores de las masas, buscando de ese modo aislar a quienes se les adjudicaba el hecho de empalmar con uno u otro proyecto golpista.

Cuando el 1° de mayo de 1974 se cristalizó la ruptura entre Perón y Montoneros, el PCR sostuvo una posición en la que cuestionó a ambos por sus líneas “reformistas”. De Perón destacó su discurso de apertura en las sesiones legislativas, considerándolo expresión de “una línea nacionalista avanzada”, en particular por sus referencias al Tercer Mundo (*Nueva Hora*, 1974e: 9). De Montoneros reiteró como positiva su

⁴⁰² Según el PCR, el primer interventor de Córdoba luego del “Navarrazo” (entre marzo y septiembre de 1974), Duilio Brunello, pertenecía al “grupo Gelbard”. Probablemente esta ligazón partiera del rol que había cumplido Brunello en la relación entre la CGE y Perón durante los primeros gobiernos (Seoane, 2014) y luego por su trabajo en FATE y como asesor de la CGE (Antúnez, 2019). Cuando Gelbard asumió el ministerio de Economía en 1973, decidió que Brunello, en lugar de trabajar allí, fuera viceministro del ministerio de Bienestar Social con López Rega (Antúnez, 2019).

⁴⁰³ En verdad, cabe destacar también que, en mayo de 1974, como hemos visto en el Capítulo 5, se firmaron también una serie de acuerdos con la URSS, Cuba, Polonia y Checoslovaquia. Esto, a ojos del PCR, era reducido a una mera táctica de Perón para buscar apoyo soviético frente a Estados Unidos.

⁴⁰⁴ Se refiere al “Villazo”, una lucha en la que un grupo mayoritario de trabajadores protagonizó la toma masiva y extendida de las fábricas metalúrgicas en la ciudad de Villa Constitución. A través de ella, en unidad con otros sectores, se logró garantizar elecciones libres para la conducción de la seccional de la UOM y el cuerpo de delegados. El 16 de marzo de 1974, miles de personas celebraron la victoria en la plaza San Martín de Villa Constitución. Para un análisis de este proceso, ver Basualdo, 2012.

representación de la “pequeñoburguesía radicalizada”, pero le achacó las críticas que ya hemos analizado y le atribuyó un mayor distanciamiento con las masas obreras peronistas, por un lado, y la pretensión de apostar por “el camino reformista” que habría fracasado en Chile con Allende, por el otro. El 12 de junio de 1974, Perón habló por última vez en público frente a una gran concentración popular, de la cual el PCR participó. Según su interpretación, “las masas obreras y populares” habrían asistido no para defender el “Pacto Social”, sino porque comprendían “el peligro de un contragolpe sangriento como en 1955” (PCR, 1974g: 25). En este contexto, el PCR preveía que la muerte o el reemplazo de Perón agravarían la situación frente a la amenaza de “otro ‘55” y se agudizaría la “lucha interimperialista”, ya que “una cosa es un gobierno de Perón en alianza con la burguesía prosoviética y otra, muy distinta, un gobierno de la gran burguesía sin Perón, hegemonizado o no por los prosoviéticos” (PCR, 1974h: 33). En este escenario, configurado a fines de junio de 1974, el comunismo revolucionario sostuvo que el centro de su política debía girar en torno a la lucha por unir “las fuerzas populares y antiyanquis para impedir *un nuevo ‘55*” (PCR, 1974h: 34) bajo la consigna de “¡No a otro 55! Unirse y armarse para derrotar a yanquis y oligarcas” (PCR, 1974h: 36). Como puede verse, el posicionamiento con eje en la lucha contra un posible golpe de Estado pro imperialista contra un gobierno de “burguesía nacional” comenzó a gestarse bajo el gobierno de Perón, aunque luego se consolidó como táctica política central en el período de Isabel.

Finalmente, con la muerte de Perón el 1° de julio de 1974 y la gran conmoción popular que esto produjo, el PCR manifestó “sus sentimientos fraternales hacia el dolor de nuestros hermanos de clase y de lucha, los compañeros peronistas” y llamó a su militancia a “acompañar el duelo” (PCR, 1974i: 39). En ese marco, este partido sostuvo que la unidad entre los comunistas revolucionarios y “los compañeros peronistas” debía ser más fuerte que nunca, junto a los pueblos y naciones que luchaban contra la política imperialista de las dos superpotencias y frente los “enemigos principales de la patria” (“los yanquis y los sectores a ellos asociados”) (PCR, 1974i: 39).

Llegados a este punto, podemos identificar cómo se habían tornado insistentes en los posicionamientos públicos y las actitudes políticas del comunismo revolucionario los intentos por confluir con sectores peronistas, en particular obreros, a través de una interpelación sistemática. Resulta significativo que, mientras otras fuerzas de la “nueva izquierda” vieron en la muerte de Perón la posibilidad de que finalmente esas masas identificadas con su figura se apartaran de los dirigentes considerados reaccionarios y

optaran por una dirección revolucionaria, el PCR apostó a confluír con ellas a partir de la defensa del gobierno frente a la amenaza de un golpe de Estado. Para comprender esta cuestión, es imprescindible tener presente tanto la reinterpretación del peronismo ya analizada como las apuestas políticas del PCR en aquella compleja coyuntura, en función de sus horizontes de expectativas. Hasta aquí hemos visto cómo, desde el voto en blanco en las elecciones de septiembre de 1973 hasta la muerte de Perón en julio de 1974, el PCR fue virando en su valoración de Perón. Por un lado, siguió desmarcándose de su política considerada conciliadora y represiva. Por el otro, pasó a ponderarlo positivamente en función de sus actitudes de “forcejeo” con las dos superpotencias, en particular contra Estados Unidos, y en función de sus referencias al Tercer Mundo. De hecho, llegó a considerar su discurso como expresión de un “nacionalismo avanzado”, aunque limitado por la apuesta por un camino “reformista” y “burgués”. Este proceso, bajo los influjos del maoísmo, del alineamiento con China y de la búsqueda por reinterpretar al peronismo en la coyuntura del momento, se desplegaba a la par de que diversas organizaciones de la “nueva izquierda”, incluyendo aquellas que habían asumido la identidad peronista, se encontraban crecientemente enfrentadas con el liderazgo de Perón y eran blanco de la “depuración”, eufemismo bajo el cual se desató una compleja serie de asesinatos políticos a militantes de diversas organizaciones de izquierda. Esta situación se profundizaría luego bajo el gobierno de Isabel, en la medida en que las Fuerzas Armadas pasaron a hacerse cargo de la represión.

Asimismo, como hemos consignado, aun antes de la muerte de Perón, el PCR había colocado el centro de su política en el eje de la lucha contra la amenaza de otro golpe de Estado, al que buscaba comparar con el de 1955 como operación de legitimación de su propuesta política. No obstante, fue recién en noviembre de 1974 cuando esta posición se consolidó. En una declaración titulada “Unirse para enfrentar al golpismo” (PCR, 1974j),⁴⁰⁵ de la cual el comunismo revolucionario consignó haber editado “más de un millón de ejemplares”, el PCR denunció que se había creado un “caldeado clima golpista” y que se ensayaban distintas alternativas. Una de ellas, a ojos del PCR, pretendía convertir a Isabel Perón en “un títere en manos de un gabinete” conformado por las Fuerzas Armadas (el ejemplo esgrimido al respecto era el caso de Bordaberry en Uruguay o de Guido tras el golpe a Frondizi). Entre los partidarios de esta alternativa, se encontraban tanto aquellos a los que se les atribuía una “línea proyanqui y proterrateniente” (aquí se ubicaba a Ottalagano, por ejemplo) como

⁴⁰⁵ Todas las citas corresponden a este documento hasta que se indique lo contrario.

aquellos que, bajo una línea “antiyanqui”, pretendían un gobierno controlado por los sectores “prosoviéticos”. Aquí se ubicaba a Gelbard, quien se había apartado del gobierno en octubre y había sido reemplazado por una gestión económica más “ortodoxa” a cargo del economista peronista Alfredo Gómez Morales.

Según la lectura del PCR, en caso de que esos intentos de “golpe institucional” fracasaran, los “proyanquis” buscarían un golpe abierto como el de Pinochet y los “prosoviéticos” uno “peruanista”, que pudiera transformarse en una dictadura militar aliada a la Unión Soviética. Se responsabilizaba parcialmente de esta situación al “programa reformista”, y no revolucionario, que había impulsado Perón, pero se ubicaba en el blanco a los acusados de ser golpistas, independientemente del sector al que pertenecieran. Según Otto Vargas, “...el centro de nuestra lucha era contra el golpe; frente a él defendíamos al gobierno peronista hacia cuya línea teníamos fuertes críticas” (Brega, 2008: 213). Según este dirigente, en el marco de la polaridad golpe-antigolpe, el PCR pretendía conformar un frente único con el peronismo que estuviera dispuesto a enfrentar esa amenaza. En todo caso, el “fantasma de un nuevo 1955”, afirmaba el PCR, recorría los cuarteles y se inscribía, una vez más, en la “aguda lucha interimperialista que se libra a escala mundial”. Bajo esa perspectiva, el comunismo revolucionario caracterizaba la situación política bajo el gobierno de Isabel Perón:

El gobierno de Isabel Perón (al igual que hizo antes el gobierno de Perón) enfrenta al peligro de golpe realizando reformas (algunas relativamente importantes como la nacionalización de las bocas de expendio de combustibles, o la “argentinización” de la Standard Electric, la Siemens y la Ítalo de electricidad); concediendo, alternativamente, a uno u otro sector proimperialista y golpista; y dirigiendo una política represiva que inevitablemente cae sobre las masas obreras y populares, al tiempo que escapa al control del gobierno que pretende instrumentarla” (PCR, 1974j: 46).

Como puede verse, bajo un gobierno tan cuestionado tanto por las fuerzas políticas de la “izquierda tradicional” como de la “nueva izquierda”, incluyendo las peronistas, resulta peculiar que el PCR considerara, a fines de 1974, que la gestión de Isabel expresaba una continuidad con la de Perón, en la medida en que, a ojos de este partido, ambos conformaban un obstáculo para los planes golpistas y tomaban medidas “reformistas” pero con un perfil “nacionalista”, aunque ejercía también un accionar represivo contra las masas obreras y populares – política que debía ser combatida. Implícitamente, aquí puede identificarse una cierta concepción del llamado “mal menor” en el planteo del PCR: el golpe de Estado constituía un peligro mucho mayor al que representaba un gobierno de “burguesía nacional”, respaldado por sectores obreros,

aunque contara con sectores reaccionarios en su seno y tuviera políticas “conciliadoras” y represivas. Con esa lectura, el comunismo revolucionario criticaba tanto la política de “apoyarse en los soviéticos para golpear a los yanquis” (atribuida a Gelbard) como la de “apoyarse en proyanquis como Ivanissevich, o reaccionarios como Lacabanne”, puesto que ninguna de las dos “le servirá a la Sra. Presidente para evitar la conspiración prosoviética o proyanqui, que crece en los cuarteles” (PCR, 1974j: 46). Según este partido, esa política confundía y desunía al pueblo y favorecía al golpismo, en tanto el gobierno se aislaba de las masas al tomar medidas reaccionarias como la Ley Antisubversiva en septiembre y el Estado de sitio en noviembre, entre otras, profundizando de ese modo la escalada represiva. Como puede verse, esta corriente criticaba la represión estatal, pero a la vez sostenía que para evitar el triunfo de la “conspiración golpista” había que enfrentarla; esto implicaba, al mismo tiempo, la defensa del gobierno constitucional frente a esa amenaza.

Con el objetivo de interpelar a esas masas que aún consideraban al gobierno como peronista o que lo preferían frente a la posibilidad de una dictadura militar, el PCR buscó legitimar su posicionamiento a través de la consigna de “¡No a otro 1955! ¡Unirse y armarse para aplastar al golpe”. De este modo, se buscaba replicar un escenario en el que un gobierno peronista era jaqueado por sectores de derecha y de izquierda y, por ende, “el pueblo”, bajo la dirección de la clase obrera, debía llevar a cabo “la lucha antigolpista” para impedir el desenlace que se había producido en 1955. Según el PCR, había que encarar las luchas por reivindicaciones económicas, sociales y políticas, especialmente las ligadas a las libertades democráticas y el “libre accionar del movimiento popular”, pero el blanco debía ser “el golpismo” y no el gobierno. Para todo esto, una vez más, lo fundamental era recuperar los cuerpos de delegados y comisiones internas, organizar la “autodefensa armada de masas” y construir el “frente único antiyanqui, basado en la unidad obrero-campesina y dirigido por la clase obrera” para que se forjara un “gobierno de unidad revolucionaria antiyanqui”. Según esta corriente maoísta, la clave de toda esa política era la unidad en la “lucha antiimperialista y democrática” de los comunistas revolucionarios con los obreros peronistas, que, según el PCR, en su mayoría “apoyan a Isabel” (*Nueva Hora*, 1974f: 3). Como hemos visto en el Capítulo 3, la derrota de la moción de Salamanca en la asamblea de septiembre de 1974 había sido considerada por el PCR como la expresión de que “los obreros peronistas” no estaban dispuestos a “cambiar gobierno por reivindicación”, interpretación que operó como legitimación del posicionamiento “antigolpista”. Al

mismo tiempo, como analizamos en el Capítulo 4, esta postura fue muy resistida en ámbitos universitarios, especialmente en la Universidad de Buenos Aires donde se había profundizado la política reaccionaria y represiva con la intervención de Ottalagano.

Desde ese punto de vista, podemos identificar en la defensa de este posicionamiento dos supuestos que guiaron al PCR: las bases obreras peronistas aún consideraban al gobierno como propio y, por otra parte, era preferible un gobierno de “burguesía nacional tercermundista”, a pesar de su política represiva, que una dictadura militar desembozada y “proimperialista”. En su relato oficial, este período de “lucha antigolpista” busca presentarse como la unión entre el comunismo revolucionario y las masas peronistas; desde un tono épico, se pretende concebir este posicionamiento como la reparación histórica de la “fractura” que habría provocado el PCA con esas masas cuando optó por la Unión Democrática contra Perón en 1946. En torno a este eje contra la amenaza de un golpe de Estado y en defensa del gobierno peronista, el PCR cifró sus expectativas, dentro de las distintas alternativas disponibles en ese inestable período. Hasta aquí hemos visto cómo se fundamentó la posición de enfrentar la posibilidad de un golpe de Estado y defender al gobierno peronista frente a esa amenaza, tal como fuera formulado por el PCR en 1974. Esta definición se profundizaría después y constituiría el eje principal a partir del cual el comunismo revolucionario orientó su política hasta el golpe de Estado de 1976, período bajo el cual sufrió una serie de asesinatos y detenciones de militantes.

Cabe destacar que, desde que se produjo el derrocamiento de Allende en Chile, muchas fuerzas de izquierda alertaban también acerca de la posibilidad de un golpe de Estado orquestado por los Estados Unidos. De hecho, el PCA alertó insistentemente acerca del peligro de un golpe “reaccionario” de corte “pinochetista” y “fascista” (Cernadas, 2021: 98). En ese sentido, cabe subrayar que, bajo la instrumentación de la tesis maoísta del “socialimperialismo”, sólo el comunismo revolucionario sostuvo que el golpismo también podía provenir de sectores alineados con la URSS. Debe recordarse que, si bien otras organizaciones maoístas como Vanguardia Comunista y el Partido Comunista Maoísta habían empleado la categoría de “socialimperialismo”, sólo el PCR la había instrumentado para identificar una supuesta red de sectores “prosoviéticos” en la Argentina. De hecho, las dos primeras rechazaron la tesis de que para enfrentar al golpe hubiera que defender al gobierno de Isabel Perón. Es más, por su posicionamiento, el PCR fue considerado por el también maoísta Partido Comunista Marxista Leninista como “contrarrevolucionario” (Celentano, 2005).

También Montoneros y el PRT-ERP fueron muy críticos de esta peculiar postura del PCR. Cabe tener en cuenta que, en septiembre de 1974, bajo un clima de represión ilegal, se había producido el paso a la clandestinidad de Montoneros, acusando al gobierno de Isabel de no ser “ni popular ni peronista” (Cernadas, 2021). De hecho, esta organización consideró que “en nombre del peronismo y de la legalidad constitucional” Isabel estaba llevando a cabo una política semejante a la de los militares antes de 1973 (Gillespie, 2011). A partir de esa decisión de clandestinizar su estructura nuevamente, la organización más importante del peronismo revolucionario priorizó la dimensión militar del enfrentamiento político, buscando disputar el monopolio de la fuerza al Estado, aunque sin relegar su arista pública y electoral (Confino, 2021). En ese contexto, podemos decir que, a la inversa del PCR, las expectativas de la dirección montonera se cifraron en torno a que la debilidad política de Isabel y su giro represivo y “antipopular” le permitirían a la organización guerrillera colocarse a la cabeza del movimiento peronista y de esas masas que ya no estarían dispuestas a defender a un gobierno que no consideraban más como propio. De hecho, consideraron que el avance militar expresaba la “crisis definitiva del capitalismo dependiente en la Argentina” y que se veía allanado por la “crisis definitiva del Movimiento Peronista y la traición de Isabel y López Rega desde el gobierno” (Gillespie, 2011: 357).⁴⁰⁶

En el caso del PRT-ERP, que denunciaba también las intenciones golpistas de los altos mandos de las Fuerzas Armadas para imponer un “régimen militar peruanista” (Santucho, 1974: 159), este consideró que el PCR había asumido una política de subordinación al gobierno peronista. De ese modo, se acusaba al partido maoísta de operar como “instrumentos en el campo del pueblo de la burguesía imperialista” al “inventar” las teorías del “cerco imperialista a nuestro país” y del “peligro de un golpe

⁴⁰⁶ En sintonía con este diagnóstico, luego del golpe de estado, Mario Firmenich, principal dirigente montonero, manifestó en una entrevista en 1976 que, si bien sabían que se estaba gestando un golpe militar con anterioridad, “No tratamos de impedirlo porque al fin y al cabo formaba parte de la lucha interna del movimiento peronista” (García Márquez, 1984: 65). Ese mismo año, en uno de sus documentos internos, Rodolfo Walsh, a la sazón “oficial de inteligencia” de Montoneros, sostuvo una posición crítica contra la política de su organización: “Y falta una autocrítica en serio, porque nosotros dijimos en 1974, cuando murió Perón, que queríamos el golpe para evitar la fractura del pueblo, y en 1975 que las armas principales del enfrentamiento serían las militares” (Walsh, 1976: 218). Por su parte, muchos años después, el segundo jefe montonero más importante, Roberto Perdía, planteó algo similar: la idea de que el golpe de Estado contra el gobierno peronista podía favorecer la lucha de Montoneros tuvo un gran arraigo porque podría haber puesto fin a la “ambigüedad que suponía la resistencia armada a un gobierno de origen democrático y popular”, ayudaría a “aclarar los tantos”, simplificaría la resistencia y “facilitaría las condiciones para que pudiéramos avanzar en la representación del conjunto del peronismo” (Perdía, 1997: 254). Cabe señalar que, si bien esa mirada fue explícitamente rechazada por la dirección nacional, el peso de esa idea en la “íntima convicción de la mayor parte de nuestra militancia” hizo que esa concepción rigiera sobre “las practicas prioritarias” de la organización (Perdía, 1997: 254).

militar” para justificar su “imperdonable apoyo” al gobierno, excusándose en una “supuesta” política “tercerista” o de “tercera posición” que constituiría una “política independiente” de los “dos imperialismos”; en ese sentido, el comunismo revolucionario sería un “servil instrumento del único imperialismo que existe en el mundo [Estados Unidos]” (*El Combatiente*, 1974: 6).

Al respecto de estas críticas hacia su posicionamiento, debe señalarse una vez más que sólo el PCR, y el FIP de Abelardo Ramos, interpretaron que para enfrentar al golpismo había que defender el gobierno constitucional de Isabel Perón; la mayoría consideró que se trataba de un gobierno antipopular y represivo, e incluso los sectores de la izquierda peronista lo enfrentaron. De este modo, este posicionamiento casi exclusivo del PCR lo alejó polémicamente del grueso de las corrientes de la “izquierda tradicional” y de la “nueva izquierda”, que, en líneas generales, denostaron esta visión bajo la diatriba de “lopezreguismo”.⁴⁰⁷ Por su parte, el comunismo revolucionario interpretaría que el creciente poder de las Fuerzas Armadas en la represión, por un lado, y, por el otro, la política del PC, los sectores considerados “prosoviéticos” y las acciones armadas de las organizaciones guerrilleras, contribuían al “clima golpista”, en el marco de la disputa por el control de la Argentina entre las dos superpotencias imperialistas, frente a las cuales el gobierno peronista constituiría un obstáculo para sus planes e intereses. Aunque la continuación del análisis obligaría a avanzar más allá del período contemplado en esta Tesis -además de requerir una investigación específica-, resulta relevante destacar este proceso, porque es ilustrativo del recorrido del comunismo revolucionario. A lo largo del mismo, este partido fue produciendo una serie de virajes en su línea política, producto de la singular interpretación del maoísmo y del “camino de la revolución” en la Argentina y, fundamentalmente, de sus usos locales en función de las apuestas políticas y expectativas bajo el gobierno peronista y en la dramática coyuntura que siguió a la muerte de Perón y desembocó en el golpe de Estado de 1976. De este modo, dentro del período analizado, se cristalizó la delimitación del PCR con respecto a su organización de origen y también al interior del heterogéneo campo de la “nueva izquierda”.

⁴⁰⁷ Desde luego, todos los entrevistados y entrevistadas que continúan en roles dirigentes en el PCR (y también otros como Carlos Altamirano), al ser consultados explícitamente, rechazaron enfáticamente cualquier vínculo con López Rega y sus allegados; en líneas generales, consideraron a la acusación como un mote para desprestigiar su posición “antigolpista” y disimular la política de estas organizaciones que habrían sido funcionales al golpe. Esta cuestión amerita una profundización en investigaciones ulteriores.

Consideraciones generales sobre la Tercera Parte

A lo largo de la Tercera Parte, reconstruimos y analizamos el proceso de identificación del comunismo revolucionario con el maoísmo entre 1970 y 1974. En ese sentido, analizamos la configuración “tardía” (con respecto al período de auge) que elaboró el PCR en su adhesión a las tesis maoístas y el conjunto de “traducciones” que llevó a cabo en función de sus apuestas políticas en la coyuntura local y a partir de su interpretación de las particularidades nacionales del “camino de la revolución”.

Estos virajes hacia el maoísmo le permitieron al PCR un alineamiento claro en el Movimiento Comunista Internacional, luego de infructuosos intentos por vincularse a distintas experiencias. A lo largo del Capítulo 5, analizamos las relaciones internacionales del comunismo revolucionario y el proceso a través del cual se vincularon con la República Popular China y el PCCh. En ese proceso, como hemos visto, la valoración y los usos de la Revolución Cultural y los aportes del maoísmo a la teoría marxista cumplieron un rol fundamental en el viraje y en la ruptura con referentes y posiciones que habían gravitado con fuerza en el seno del comunismo revolucionario. Si bien indagamos en la gravitación del maoísmo desde los orígenes del PCR, este alineamiento con China hacia 1972 posibilitó legitimar la ruptura definitiva con la Unión Soviética. Esta pasó a ser, junto a Estados Unidos, una de las superpotencias imperialistas que se disputaban el control político de los países del Tercer Mundo. La adopción de la tesis maoísta sobre la restauración del capitalismo en la URSS y su transformación en una potencia “socialimperialista” dotó al comunismo revolucionario, además, de tres cuestiones: una explicación, desde el marxismo-leninismo, sobre la “degeneración” del proceso soviético (distinta a la trotskista); una legitimación de su ruptura no sólo con el otrora faro revolucionario (cuyo “largo adiós” venía desplegándose desde su condena a la intervención en Checoslovaquia), sino también con su partido oficial en la Argentina; y una herramienta teórico-política para la interpretaciones de fenómenos internacionales y nacionales. Al respecto de esto último, el PCR tuvo la singularidad de ser la única corriente maoísta que instrumentó la teoría del “socialimperialismo soviético” para interpretar su atribuida incidencia en actores políticos, económicos, militares, mediáticos, financieros y en el seno de corrientes políticas, tanto peronistas, radicales, comunistas y socialistas como del amplio espectro de la “nueva izquierda”. De este modo, como surge de nuestro análisis, los intereses económicos y comerciales de la Unión Soviética y el “aparato financiero” del PCA pasaron a concebirse como si fueran parte de una extendida red entrelazada con

diferentes actores políticos, económicos y militares que conformarían la base de la “penetración” y la disputa por el control de la Argentina por parte del “socialimperialismo soviético”. Como hemos analizado, esta herramienta se volvió decisiva en las explicaciones del PCR sobre la situación nacional y para la caracterización de diversos actores de la trama argentina: la convicción en torno a la existencia de una red “socialimperialista” que atravesaba todo el espectro político se convirtió en un instrumento para la diferenciación tanto con el PCA como con otras corrientes de la “nueva izquierda”, bajo la injurianta acusación de actuar en función de intereses soviéticos.

A lo largo del Capítulo 6, analizamos la influencia inicial de la teoría del capitalismo dependiente y luego su proceso de abjuración política y teórica, en los años signados por el retorno de Perón a la Argentina y del peronismo al poder. Con ese viraje, el énfasis en la caracterización partidaria de nuestro país pasó desde el carácter capitalista al carácter dependiente de la Argentina. Esto consolidó un desplazamiento en la línea político-estratégica del PCR; en ese marco, sosteniendo un esquema del proceso revolucionario signado por un camino “ininterrumpido” pero a la vez por etapas, la teoría leninista del imperialismo y el énfasis en la dependencia del imperialismo, posibilitó en este partido una articulación singular de la “cuestión nacional” con la perspectiva revolucionaria en un país disputado. Esa configuración del “problema nacional” fue clave en el proceso de identificación con el maoísmo y de la profundización de la triple demarcación que atravesó el perfil distintivo del PCR: con el PCA, con otras corrientes de la “nueva izquierda” y con su interpretación singular dentro del campo del maoísmo. De hecho, como hemos analizado, simultáneamente con el proceso de crítica de la teoría del capitalismo dependiente por parte del PCR, otras organizaciones de la “nueva izquierda” fueron asumiendo formulaciones semejantes, aunque inscriptas en sus respectivas líneas político-estratégicas.

A su vez, la revalorización de lo propio en clave “nacional” frente a un “otro” encarnado en el imperialismo le permitió al comunismo revolucionario empalmar con la tesis maoísta de que el eje de la revolución mundial pasaba entonces por las naciones del Tercer Mundo. Desde ese punto de vista, la abjuración de la teoría del capitalismo dependiente legitimó en el PCR, en su tránsito de identificación maoísta, la ruptura explícita con un pasado que podía ser superado gracias al maoísmo en los terrenos político, ideológico, filosófico, etc. Aquella teoría antes asumida secundarizaba la contradicción nacional y la distinción de etapas en el proceso revolucionario. En el

contexto específico de 1972-1974, su crítica posibilitó, entonces, la articulación de la teoría del imperialismo, las tesis de Mao sobre el proceso revolucionario en un país oprimido y la centralidad del “problema nacional” en un país dependiente, operando como un puente entre marxismo y nacionalismo en clave de “antiimperialismo” y “liberación nacional y social”.

Bajo este proceso de ruptura, reelaboración y convergencia entre las tesis maoístas y las posiciones que el PCR venía desarrollando desde su fundación, con sus respectivos procesos de refutación y “autocrítica”, analizamos la reinterpretación del peronismo (“tardía” con relación a otras corrientes de la “nueva izquierda”), en función de sus ligazones con las coyunturas políticas que atravesaron la Argentina de aquellos años. Para eso, nos detuvimos en dos momentos, cuyo parteaguas fue el primer regreso de Perón al país. Entre 1968 y 1972, el general aparecía como uno de los defensores del interés de clase de la burguesía argentina y como una figura funcional a los planes de las clases dominantes. Luego, entre 1972 y 1974, el PCR llevó a cabo una reinterpretación que no se limitó a la “unidad por abajo” con las masas peronistas, sino que también desembocó en un auténtico viraje en la caracterización de Perón, aunque sin plantear la incorporación del partido al movimiento o la adhesión a esa identidad política. En ese viraje incidieron un conjunto de factores que analizamos: la importancia asignada a la unidad con las bases obreras identificadas con el peronismo; la necesidad de desmarcarse del PCA, al cual le endilgaban una postura antiperonista; la influencia del maoísmo en clave “tercermundista” que favorecía una reinterpretación de la “Tercera Posición” de Perón; y los intereses geopolíticos de la República Popular China, con la cual el PCR se había alineado y que promovía, desde los años sesenta, relaciones con Perón en tanto era uno de los líderes que propiciaba la unidad del Tercer Mundo. De todas formas, el centro de nuestro análisis radicó en elaborar una primera aproximación que pretendió ligar la reinterpretación de Perón bajo el influjo maoísta a partir de las expectativas del PCR en la dinámica política nacional. De ese modo, mostramos cómo, a partir de la secundarización de la contradicción de clase bajo la contradicción nacional en un país dependiente y disputado, las actitudes políticas de cierta resistencia a los imperialismos por parte de Perón pasaron a ser interpretadas como expresión de una burguesía “nacional” en clave “tercermundista”. Esta readecuación posibilitó una política oscilante con el peronismo: crítica de su “reformismo”, por un lado, pero exaltando su aspecto “nacionalista”, por el otro. Asimismo, el PCR concibió la disputa al interior del “frente nacionalista burgués” que encabezaba Perón a partir de los

alineamientos internacionales que le endilgaba a los distintos actores. De ese modo, analizamos cómo el PCR interpretó el enfrentamiento interno en el peronismo como la expresión de la disputa entre sectores “proyanquis” y “prosoviéticos”, para los cuales la representación de la burguesía “nacional” por parte de Perón había pasado a constituir crecientemente un obstáculo. De este modo, al considerarlo un “contrincante” y no un enemigo, el PCR planteaba la necesidad de disputar la influencia peronista en las masas para que estas rompieran con el “tutelaje” y el “reformismo” y asumieran como propio el camino revolucionario y el “auténtico” interés de clase que el PCR pugnaba por representar.

Como hemos analizado, en su III Congreso, el PCR condensó finalmente un conjunto de posiciones políticas que delinearon su perfil distintivo. Amparándose en la autonomía nacional para la formulación del “camino de la revolución”, el comunismo revolucionario llevó a cabo una serie de “traducciones” de las tesis maoístas (“integración” en la jerga partidaria) que le permitieron legitimar algunas de sus posiciones singulares como fuerza maoísta; entre ellas, podemos mencionar la instrumentación de la teoría del “socialimperialismo” para interpretar a actores políticos, económicos y militares; la defensa de una modalidad insurreccionalista de lucha armada; la consideración de la clase obrera industrial como sujeto revolucionario fundamental y las ciudades como epicentro de la actividad revolucionaria; el énfasis en los cuerpos de delegados como formas de organización concretas para el eslabonamiento de un proceso revolucionario de masas, entre otras.

Por último, analizamos una de las implicancias más importantes que tuvo la deriva maoísta del PCR en función de sus usos particulares en la coyuntura nacional: la definición de la defensa del gobierno peronista frente al peligro del golpe de Estado, amenaza atribuida tanto a Estados Unidos como a la Unión Soviética. Esta posición, llamada “antigolpista” en la narrativa oficial, comenzó durante el gobierno de Perón y se consolidó tras su muerte, ya bajo la presidencia de Isabel. Allí el PCR cifró sus expectativas en confluir con las bases obreras del peronismo y con los sectores “tercermundistas” que estuvieran dispuestos a enfrentar las distintas alternativas de golpes de Estado que se proyectaban en una Argentina ya signada por la represión, la inestabilidad y la violencia política. Así, analizamos cómo este posicionamiento de defensa del gobierno peronista lo diferenció polémicamente tanto de la “izquierda tradicional” como del grueso de las corrientes de la “nueva izquierda”. Como hemos visto a lo largo de estos capítulos, tras años de debates internos y con otras fuerzas,

atravesados por búsquedas, experiencias y prácticas políticas, se configuró en el PCR una singular identificación con el maoísmo, atravesada por los usos que esgrimió este partido en la coyuntura nacional de aquellos años y que moldeó, a su vez, su perfil y su concepción distintiva acerca del “camino de la revolución” en la Argentina.

CONCLUSIONES

A lo largo de esta Tesis, desde una perspectiva sociohistórica y sociopolítica, hemos reconstruido y analizado la trayectoria del Partido Comunista Revolucionario, desde que comenzó a gestarse el proceso de fractura en el seno del PCA hacia 1962 hasta la oficialización de la identificación con el maoísmo en 1974. Se trata del primer estudio sistemático de la trayectoria de esta organización y del proceso de construcción de su identidad política en el período señalado. Abordamos esa tarea considerando al PCR como emergente de la “nueva izquierda”, como manifestación particular de la radicalización de una corriente comunista en el seno del más importante de los partidos de la “izquierda tradicional” y como exponente de ese conjunto de problemáticas claves en los sesenta-setenta, que hemos condensado bajo el concepto de “camino de la revolución” en la Argentina.

Desde esa perspectiva, hemos reconstruido y analizado las concepciones político-estratégicas, los debates y prácticas políticas que dotaron al comunismo revolucionario de un perfil distintivo a través de la elaboración de una concepción singular acerca del “camino nacional” a la revolución. De allí que nuestra investigación haya subrayado en esa búsqueda el carácter procesual, contradictorio y en diálogo polémico con otras fuerzas a partir de un proceso de triple demarcación: frente a su organización de origen, frente a otras corrientes de la “nueva izquierda” que adoptaron modalidades guerrilleras de lucha armada y al interior del campo del maoísmo. Para ello, ha sido fundamental vertebrar nuestra investigación a partir de tres ejes fundamentales, articulándolos a las tramas políticas y sociales más amplias en el orden nacional e internacional en las que se desplegaron. Estos ejes refirieron a los orígenes del comunismo revolucionario y los debates político-estratégicos acerca de las vías de la revolución y las modalidades de lucha armada que atravesaron sus primeros años; la “política de masas” que se desprendió de esos postulados estratégicos y que guiaron las prácticas políticas y los modos con los que el PCR buscó vincularse con los sectores (obreros, estudiantiles, campesinos, intelectuales) a los que aspiraba a movilizar y dirigir; y el largo proceso de apropiación y reelaboración de las tesis maoístas y sus implicancias en la línea político-partidaria.

Para dar cuenta del proceso de gestación de la fractura en el seno del PCA y de su rama juvenil, ha sido fundamental el enfoque de la “nueva izquierda” en dos sentidos. Por un lado, porque nos ha posibilitado abordar los orígenes del comunismo

revolucionario como uno de los emergentes de las profundas transformaciones que en los sesenta atravesaron a los partidos de la “izquierda tradicional”, en particular al Partido Comunista de la Argentina, a la sazón el más importante de los partidos de ese espectro ideológico. Por el otro, porque el énfasis de nuestro enfoque en retrotraer el análisis a comienzos de los sesenta resultó indispensable para comprender cómo se fue gestando la formación del nuevo partido, los debates que lo recorrieron, los afluentes que convergieron en lo que hemos llamado su “proceso fundacional” y la impronta distintiva que el PCR fue asumiendo en un proceso signado por una trama política y social más amplia. Con estas claves, propusimos una aproximación posible a los orígenes del comunismo revolucionario y al proceso de gestación de la fractura, restituyendo complejidad al recorrido de las corrientes disidentes dentro de la FJC y el PC frente a la bibliografía que tendió a poner el foco exclusivamente en el momento de eclosión hacia la segunda mitad de 1967. El propio PCR, en el relato oficial sobre sus orígenes, buscó mostrarse como producto de una gran expulsión de militantes por parte de una dirección del PC que pretendía impedir la discusión de los debates y evitar que estas posiciones, y sus representantes, predominaran en puestos claves de la jerarquía orgánica, ya que la disidencia había llegado a ser hegemónica en la dirección juvenil antes de la ruptura. Ese aspecto fue parte insoslayable del desenlace, pero aquí reconstruimos la gestación de las corrientes opositoras y sus debates desde comienzos de los sesenta para comprender la gran ruptura de 1967 y las diversas situaciones y afluentes que convergieron en la fundación del nuevo partido.

En ese marco, contribuimos a visibilizar y a calibrar el rol de la fracción de la Facultad de Medicina de la UBA en la conformación de una corriente disidente que se fue hilvanando clandestinamente dentro de la propia estructura universitaria de la FJC, y estableciendo fuertes puentes con el menapismo y con importantes sectores y dirigentes del PC. De ese modo, pudimos dar cuenta del impacto de la ruptura en distintas zonas y evidenciar la convergencia entre el sector universitario nacional de la Fede, dominado por la disidencia comunista y con un gran peso en la Capital Federal, y el menapismo, que le proveyó al nuevo partido de un importante arraigo en el movimiento estudiantil del interior del país.

Asimismo, indagamos en la composición política, geográfica y social de la fractura y de los núcleos fundantes del nuevo partido. Con esas intenciones, subrayamos la heterogeneidad de afluentes, corrientes y sectores sociales que confluyeron en el proceso fundacional del comunismo revolucionario frente a los abordajes que han

enfaticado exclusivamente el peso del sector universitario porteño. De ese modo, pudimos destacar tres cuestiones insuficientemente atendidas hasta el momento. La primera consiste en evidenciar los contingentes obreros, estudiantiles, barriales, rurales e intelectuales que fueron parte de la ruptura y de los debates que atravesaron al conjunto de la militancia comunista. La segunda está vinculada con los aportes volcados aquí para una incipiente aproximación a la formación y desarrollo del PCR en otras regiones del país, dando cuenta de una proyección nacional que se desplegó más allá de las fronteras de Buenos Aires. La tercera refiere a la caracterización tanto de las distintas corrientes dentro del PC y de su rama juvenil como de los diversos afluentes y vertientes políticas que se incorporaron al PCR en el transcurso de su proceso fundacional: el MENAP, la agrupación de obreros cordobeses “Felipe Vallese”, militantes del MLN en el contexto de su disolución y un núcleo de intelectuales cercanos en ese entonces a José Aricó. Así, realizamos la confluencia en el PCR de tradiciones de izquierda, guevaristas, nacionalistas, antiimperialistas y peronistas, con sus respectivas yuxtaposiciones y desplazamientos, que se fueron radicalizando a lo largo del proceso y compartieron el horizonte estratégico de la revolución y el rechazo al “reformismo”, al “antiperonismo” y al “antiguevarismo” que le endilgaban a la dirección del PC. En este sentido, en la presente Tesis, hemos volcado los elementos disponibles para la reconstrucción y caracterización de cada afluente, esperando que esta primera aproximación habilite nuevas indagaciones, que son indispensables para profundizar en el perfilamiento de cada uno. A su vez, consideramos que ahondar en un análisis que permita rastrear la incidencia de cada afluente en la línea político-partidaria del PCR en sus primeros años constituye una relevante línea de investigación a futuro.

Siguiendo los aportes de Aboy Carlés (2001), hemos evidenciado que, en el proceso de construcción de su identidad política a lo largo del período abordado, el PCR nació con la explícita pretensión de disputarle el lugar del “auténtico” partido del comunismo en la Argentina a su organización de origen, buscó su *representación* como la opción “realmente” revolucionaria, y promovió tanto una reapropiación de la tradición comunista, en función de sus posiciones políticas, como una reelaboración de su propio pasado a partir de los nuevos horizontes trazados. Como hemos visto a lo largo de la Tesis, esta demarcación con el PC fue una constante en sus procesos identitarios y en la construcción de una *alteridad*, operando como la legitimación de una línea divisoria infranqueable.

Asimismo, como emergente de la “nueva izquierda”, en el PCR coagularon los principales nudos de debate que atravesaron también a todo ese espectro a lo largo de los sesenta. En el caso del comunismo revolucionario, los puntos de convergencia que dieron lugar a la fractura y fundación del nuevo partido, además de la cuestión de la democracia interna, fueron la defensa de la lucha armada y la “hegemonía obrera” en el proceso revolucionario, frente al atribuido “reformismo” y “seguidismo de la burguesía” que le endilgaba a la dirección del PC. Ligado a ello, se cuestionaron los posicionamientos internacionales, alineados con los de la política exterior de la Unión Soviética y en consonancia con los postulados emanados del XX Congreso; en particular, se compartía el rechazo hacia los posicionamientos críticos y ambivalentes frente a la Revolución Cubana, la OLAS y la valoración de la figura del Che Guevara.

Del conjunto de razones, definitivamente fue la convicción en que sólo la vía violenta de acceso al poder se enmarcaba en una perspectiva revolucionaria la que aunó a los afluentes: frente al PC, el comunismo revolucionario esgrimió la figura de Guevara. Si bien el revolucionario argentino, como en el resto de la “nueva izquierda”, constituyó en el PCR una referencia duradera, nos hemos detenido especialmente a analizar la influencia guevarista en aquel momento embrionario y en sus primeros años. Así, indagamos en los modos en que Guevara operó como catalizador de las críticas hacia el PC, como ejemplo de que la revolución en América Latina era posible y como estandarte de la lucha armada y del internacionalismo proletario. Los usos del Che Guevara conformaron un eje clave en la construcción identitaria del PCR y en el relato sobre sus propios orígenes.

Asimismo, tempranamente, el comunismo revolucionario optó por una orientación insurreccionalista de lucha armada, en tensión con la influencia guevarista que anidó desde sus inicios y con el modo en que muchas otras fuerzas políticas del país la procesaron, dando lugar a concepciones que, más allá de sus matices, el PCR agrupaba peyorativamente bajo la categoría de “foquismo”. Al igual que su organización de origen, el comunismo revolucionario contraponía aquellas concepciones con el protagonismo de las masas y de la clase obrera como sujeto de la revolución. No obstante, las polémicas sobre las distintas modalidades de lucha armada atravesaron con fuerza los primeros años del PCR. Incluso hemos visto cómo la legitimidad que adquirirían las acciones armadas en el espectro de la “nueva izquierda” llevó al nuevo partido a realizar algunas de ellas, aunque siempre en tensión con la perspectiva insurreccionalista y la insistencia en “las masas”.

La cuestión de las modalidades de lucha armada y, ligado a ella, la del tipo de organización a construir, tuvieron una presencia importante en los debates que coagularon en el I Congreso del partido. Allí se dirimió si el comunismo revolucionario se organizaría como un partido político con un brazo armado, si se conformaría como un partido militarizado en tanto afluente principal de un “ejército” revolucionario, o, como finalmente se impuso, si apostaría por la construcción de una organización marxista-leninista clásica que se volcara a la inserción en las masas, privilegiando la experiencia política de las mismas y la acumulación de fuerzas hacia una futura insurrección popular. En definitiva, si bien coqueteó con el ejercicio de acciones armadas al estilo de las organizaciones guerrilleras de la época, realizando algunas de ellas, y si bien hubo sectores relevantes en su seno que dieron la discusión interna en esa dirección con un alcance significativo, nunca el partido se volcó de lleno a la realización de ese tipo de acciones por considerarlas “de grupo” y no “de masas”. Al igual que el PCA, y una vez derrotados los sectores internos que pugnaron por otras modalidades, el PCR fue muy crítico de las organizaciones guerrilleras bajo el énfasis en la “acción de masas” que tiñó toda su estrategia y de ese modo buscó delimitar su perfil distintivo frente a esas corrientes. Esta apelación a “las masas” como centro a partir del cual debía pivotear toda su política y como mecanismo de legitimación de sus posicionamientos fue constante.

Como todo emergente de la “nueva izquierda”, el comunismo revolucionario se vio influenciado por el Cordobazo y las puebladas, que dieron inicio al ciclo de movilización y masificación de la protesta social en el período. Analizamos cómo aquel suceso fue erigido por el PCR en el boceto del camino revolucionario en la Argentina y operó como confirmación de la orientación insurreccionalista, con centro en la clase obrera industrial, frente a las organizaciones que impulsaban variantes guerrilleras o perspectivas ligadas a la concepción “del campo a la ciudad”. Con esa matriz, y con la pueblada cordobesa como punto de referencia, el PCR se volcó a la construcción de una corriente sindical clasista, especialmente en el proletariado automotriz de Córdoba, contingente principal de la histórica revuelta.

En un contexto de radicalización política y de masificación de la protesta social, analizamos cómo el PCR articuló su perspectiva insurreccionalista y su énfasis en ejercicio de la “violencia de masas” con las prácticas que desplegó en distintos ámbitos, especialmente en relación con el desarrollo de corrientes clasistas y con el impulso de una estrategia basada en la democracia sindical y los cuerpos de delegados como base

organizativa fundamental. De ese modo, militantes del PCR fueron parte de las luchas obreras y las experiencias clasistas en Córdoba, tomando parte en las disputas por *representar* la orientación del “auténtico” clasismo revolucionario, polémicas que se vieron atravesadas también por los casos de El Chocón y SITRAC-SITRAM. Si bien nunca relegó la afirmación en la perspectiva de lucha armada, poco después de las ocupaciones violentas de Perdriel, el PCR no protagonizó otros hechos semejantes; en todo caso, disputó el sentido del ejercicio de la violencia a partir de su orientación insurreccionalista, apelando al protagonismo de las masas movilizadas y organizadas en cuerpos de delegados, asambleas populares y demás formas organizativas como base para un futuro estallido insurreccional urbano, concebido como un “Cordobazo nacional triunfante”.

La apuesta por estas formas organizativas, considerándolas surgidas espontáneamente de la propia acción de las masas a lo largo de la historia nacional y concibiéndolas como los embriones de los consejos obreros que podrían encauzar la transformación revolucionaria de la sociedad argentina, cifraron las esperanzas del PCR en que estas herramientas, que coyunturalmente favorecían la organización para la lucha por las reivindicaciones y la conducción de los sindicatos desde una óptica clasista, se configuraran como “organismos de poder revolucionario” para el ejercicio de la “lucha armada de masas”. En esa clave, y en polémica con el guerrillerismo, el PCR sostuvo que tenía mayor valor, desde el punto de vista de la elevación de la conciencia de clase de las masas, una lucha como la de Perdriel que un centenar de secuestros. Con esa mirada insistentemente contraria a las organizaciones guerrilleras amparándose en la “línea de masas”, y en un contexto signado por el horizonte de la apertura electoral después de años de dictadura, militantes del partido encabezaron un proceso que derivó en la conducción del SMATA cordobés. Se trató de una de las experiencias clasistas más importantes en el movimiento obrero industrial del poscordobazo; allí el PCR buscó desplegar su línea de los cuerpos de delegados y asambleas, y se enfrentó a los modos y desafíos de disputar la dirección de vastos sectores obreros identificados con el peronismo.

Sin dejar de reiterar la centralidad de la clase obrera (como contingente principal y como clase dirigente –a través de “su” partido-), el PCR buscó poner en práctica su orientación insurreccionalista e impulsó su “política de masas” en distintos sectores. Hemos visto, en particular, sus modos de vincularse con el movimiento estudiantil universitario a través del caso de la Universidad de Buenos Aires, en un contexto de

declive de su otrora hegemonía, impulsando su línea de la “Universidad del Pueblo Liberado” y de los cuerpos de delegados, en polémica y disputa con el PC, y atravesado por el creciente influjo de las organizaciones guerrilleras, tanto marxistas como peronistas. Asimismo, pudimos analizar las formas particulares que adquirió esta estrategia en el ámbito agrario, ateniendo a la política del PCR con respecto al campesinado y al proletariado rural; específicamente, indagamos en la singularidad de aquella línea en la organización y construcción de seccionales del sindicato de trabajadores rurales en el sur de la provincia de Buenos Aires. A la vez, analizamos la especificidad del trabajo político-partidario en el terreno ideológico e intelectual, indagando en la construcción de un “frente cultural” y en los debates que se expresaron en la experiencia político-cultural de la revista *Los Libros*, en articulación durante un período con Vanguardia Comunista, a la sazón la primera organización en asumir el maoísmo a mediados de los sesenta. En líneas generales, estos casos nos permitieron evidenciar los lineamientos, modos y prácticas con los que el PCR estableció vínculos entre lo político-reivindicativo y lo político-estratégico y con los que buscó articular lo teórico, lo ideológico y lo cultural con lo estrictamente político bajo su concepción del “camino de la revolución” en la Argentina.

A su vez, como también hemos dicho, el perfil distintivo del PCR frente a su organización de origen y frente a otras corrientes de la “nueva izquierda” se consolidó a partir del largo proceso de identificación con el maoísmo. Como hemos evidenciado, la adopción del maoísmo implicó una serie de apropiaciones, reelaboraciones, racionalizaciones *ex post* y usos que posibilitaron tanto la legitimación de posiciones políticas previas como la justificación de una serie de virajes, amparados en la autonomía nacional para la formulación del “camino de la revolución”. De este modo, también, el comunismo revolucionario se diferenció de otras organizaciones que habían asumido el maoísmo como identidad político-ideológica.

En el marco de los debates que atravesaron al Movimiento Comunista Internacional, el giro maoísta del PCR involucró una reinterpretación del lugar que ocupaba la República Popular China en el escenario internacional y, luego de dos viajes al país oriental, una revalorización de la experiencia de la Revolución Cultural todavía en curso. Esto posibilitó erigir progresivamente los aportes de Mao como parte del desarrollo del marxismo-leninismo, legitimados por “la práctica social” y la experiencia revolucionaria china: a ojos del PCR, se trataba de una revolución triunfante en un país

oprimido del Tercer Mundo, que persistía en la lucha por impedir la restauración capitalista, apelando al protagonismo de las masas.

Ya con la condena a la intervención soviética en Checoslovaquia, el comunismo revolucionario había comenzado a transitar el “largo adiós” a la URSS, que se cristalizó definitivamente al asumir la tesis maoísta del “socialimperialismo” y al alinearse oficialmente con la República Popular China en su II Congreso de 1972. A la vez, la peculiar instrumentación de la perspectiva del “socialimperialismo”, que distinguió al PCR de otras corrientes maoístas, se volvió decisiva para explicar diversos fenómenos de la situación nacional, para caracterizar a diversos actores de la trama argentina y para interpretar la supuesta incidencia de la política soviética en ellos. De ese modo, como analizamos, la convicción en la existencia de una especie de red “socialimperialista”, que atravesaba todo el espectro político, se convirtió en una herramienta para la diferenciación tanto con el PCA como con otras corrientes de la “nueva izquierda”, bajo la acusación de actuar en función de intereses soviéticos o de empalmar de algún modo con ellos.

La adopción del maoísmo implicó, a la vez, una operación de legitimación en la que estas tesis posibilitaron el ajuste de cuentas y la superación de las concepciones ahora consideradas “erróneas” por el propio partido. Así, el proceso de abjuración de la antes defendida teoría del capitalismo dependiente cumplió ese rol clave en el viraje. Esta elaboración teórica había sido fundamental en su polémica con el PCA y contra esa atribuida concepción de una primera etapa revolucionaria que desarrollaría un capitalismo nacional de la mano de sectores burgueses respaldados por la clase obrera. De todos modos, el PCR nunca abandonó una concepción del proceso revolucionario “ininterrumpido” y “por etapas”. Al respecto, aunque buscó diferenciarse de su organización de origen, finalmente retomó el uso de una terminología semejante. Esto lo demarcó de otras corrientes de la “nueva izquierda”, que en su mayoría afirmaron que el carácter de la revolución era socialista desde el comienzo y, paulatinamente y en distinto grado, incorporaron las definiciones del capitalismo dependiente. La crítica de esa teoría entre 1972 y 1974 hizo posible una articulación de los postulados leninistas sobre el imperialismo, las tesis maoístas sobre el proceso revolucionario en un país oprimido y la centralidad que pasó a adquirir el “problema nacional” en un país caracterizado por la dependencia y la persistencia del latifundio terrateniente. Así, analizamos cómo en el caso del PCR se estableció un puente singular entre el marxismo y *lo nacional*.

Como hemos buscado demostrar, la importancia de la “cuestión nacional” fue cobrando fuerza a lo largo de los años. En un principio, primaron en el PCR unas formulaciones más de izquierda, en el sentido de que lo que se subrayaba era la contradicción de clase y el carácter anticapitalista, se restringía más la participación de sectores de la burguesía en el proceso revolucionario y se colocaba un mayor hincapié en las medidas de tinte socialista. Luego, con el regreso de Perón y del peronismo al poder, predominaron postulados con más énfasis en la dependencia, en el imperialismo y en el latifundio, habilitando un arco de alianzas más amplio, destacando la importancia del “campesinado” y de un eje de lucha “antiterrateniente”, las contradicciones entre sectores burgueses y la supuesta acción de las potencias imperialistas a través de los poderes políticos, económicos y militares nativos. Al igual que el PCA, el PCR criticó a la “burguesía monopólica” articulada con el imperialismo y los terratenientes, pero se distinguió de aquél al incluir dentro de ese bloque a la burguesía presuntamente “prosoviética”. Si bien desde el comienzo sostuvo alguna forma de distinción entre dos tipos de burguesías, con la adopción del maoísmo esto se profundizó, considerando que había sectores “nacionales” que podían resultar más plausibles de unir a partir de sus actitudes políticas ante sus eventuales contradicciones con el capital extranjero.

Esta cuestión fue clave en la reinterpretación del peronismo que llevó a cabo el PCR. A diferencia de otras corrientes de la “nueva izquierda”, que tempranamente buscaron articular sus perspectivas político-estratégicas con una revalorización del movimiento mayoritario en las masas trabajadoras argentinas (incluyendo a aquellas que directamente asumieron la identidad peronista), el PCR recién en el contexto del primer regreso de Perón en 1972 comenzó una reelaboración de su caracterización. Como hemos visto, en ello incidió, por un lado, la influencia maoísta y, luego de abjurar de la teoría del capitalismo dependiente, la secundarización de la contradicción de clase bajo la contradicción nacional en clave “antiimperialista” en un país dependiente y disputado. Por otro lado, como hemos evidenciado, en esta reinterpretación cumplieron un rol importante un conjunto de factores: la búsqueda del PCR por lograr la unidad con las bases obreras peronistas; la diferenciación con el PCA, al que le endilgaba una posición antiperonista; los usos del maoísmo en clave “tercermundista”, que fueron muy influyentes en la resignificación de la “Tercera Posición” de Perón; y los intereses geopolíticos de la República Popular China, cercana a Perón por su condición de líder del Tercer Mundo.

En nuestro análisis, buscamos elaborar una primera aproximación que ligara ese viraje en la caracterización de Perón y del peronismo a partir de las expectativas que se cifraron en el PCR al calor de la dinámica política nacional. De ese modo, evidenciamos los desplazamientos que se operaron en su interpretación: Perón pasó de ser uno de los defensores del interés de clase de la burguesía a secas a ser el representante de una “burguesía nacional”, a la que se le comenzó a atribuir un perfil “tercermundista”. Con esos ojos, el comunismo revolucionario interpretaba las decisiones y discursos de Perón como parte de un “forcejeo” con las dos superpotencias de la época (Estados Unidos y la Unión Soviética). Este viraje le permitió al PCR una política oscilante con respecto al peronismo, articulando el cuestionamiento a su “reformismo” y a su “conciliación” junto con la exaltación de su aspecto “nacionalista” y de cierta “resistencia” al imperialismo, especialmente a Estados Unidos, considerado a la sazón como el “enemigo principal”.

Esta visión tiñó la interpretación de la disputa al interior del movimiento peronista, atravesada por atribuidos alineamientos internacionales. Con esos ojos, en el “frente nacionalista burgués”, se enfrentaban sectores a los que se les endilgaba el perfil de “proyanquis” o de “prosoviéticos”, para quienes la representación de la “burguesía nacional” en la figura de Perón había pasado a constituir un obstáculo para sus intereses “proimperialistas”. El líder justicialista, entonces, no era un enemigo sino un “contrincante” con el que se debía disputar su ascendencia en las masas para que estas asumieran como propio el camino revolucionario y al partido que pretendía ser reconocido como su “auténtica” vanguardia.

En el III Congreso de 1974, se oficializó la identificación con el maoísmo y se cristalizaron gran parte de sus postulados y realineamientos a partir de las “traducciones” de las tesis maoístas, que analizamos en profundidad. Así, en el período abordado, quedó conformado el perfil distintivo del comunismo revolucionario en el campo de la “nueva izquierda”, atravesado por rupturas y marcas de continuidad con respecto a su organización de origen, el PCA.

A lo largo de esta “larga marcha” que recorrió el PCR en el período de su trayectoria que abordamos, reconstruimos y analizamos los hitos a través de los cuales fue moldeando su singular concepción del “camino de la revolución” en la Argentina. A modo de Epílogo, indagamos en una de las implicancias más notorias que tuvo el uso de las tesis maoístas por parte del PCR y que lo alejó polémicamente de los partidos de la “izquierda tradicional” y de la mayoría de las corrientes de la “nueva izquierda”: nos

referimos a la definición denominada “antigolpista” en el relato oficial partidario. Bajo esa perspectiva, el PCR sostuvo la necesidad de concentrar sus esfuerzos para que la lucha popular se orientara contra “los golpistas”, lo cual implicaba, al mismo tiempo, la defensa del gobierno peronista, aun en tiempos de Isabel Perón. Como hemos visto, esta perspectiva se formulaba como la única vía disponible para evitar los intentos de golpes de Estado, atribuidos tanto a Estados Unidos como a la Unión Soviética. El PCR, en su relato oficial, pretendió presentar este posicionamiento (“No a otro ’55”) como una suerte de empalme épico entre el comunismo revolucionario y las masas peronistas, el cual habría permitido suturar la división histórica en la que habría incurrido el PCA al apoyar a la Unión Democrática contra Perón en 1946. Consideramos que el derrotero del PCR, bajo esa perspectiva, ya plenamente identificado con el maoísmo y en la especificidad del período 1974-1976, configura una línea de investigación acuciante a profundizar en el futuro.

Esperamos que esta investigación haya logrado evidenciar el proceso a través del cual las concepciones de la lucha armada de masas y la insurrección popular, el clasismo revolucionario y la estrategia de los cuerpos de delegados, y la perspectiva de la liberación nacional y social en clave tercermundista, bajo la configuración singular de un maoísmo pretendidamente “adaptado” a la realidad argentina, se articularon en la trayectoria del comunismo revolucionario y en el proceso de construcción de su identidad política durante el período abordado. Su concepción peculiar del “camino de la revolución” en la Argentina y su incidencia en el campo político y social de nuestro país lo dotaron de un perfil distintivo como emergente de la “nueva izquierda” en aquella vertiginosa época de los sesenta-setenta. En una palabra, esta primera aproximación sistemática acerca de la trayectoria del Partido Comunista Revolucionario ha pretendido contribuir a comprender aquella convulsionada dinámica histórica y constituirse como una sólida base para futuras problematizaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Aboy Carlés, G. (2001) *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario, Argentina: Homo Sapiens.
- Acha, O. (2006) *La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Acha, O. (2009) *Historia de la historiografía. Tomo 1*. Buenos Aires: Editorial Prometeo.
- Acha, O. (2014) “Izquierda tradicional y nueva izquierda: algunas aclaraciones”. En *Herramienta web*, 15, s.p.
Recuperado en: <https://herramienta.com.ar/articulo.php?id=2170> [consulta: 15 de marzo de 2020].
- Aiziczon, F. (2019) “...y crecerá la espiga con el sol proletario”. La izquierda y las huelgas en El Chocón, Neuquén, 1969-1970. En *Conflicto Social*, Vol. 12, N° 22, julio a diciembre, pp. 70-102.
- Altamirano, C. (2001) *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temas Grupo Editorial.
- Alonso, L. (1998) *La mirada cualitativa en sociología*. Madrid: Fundamentos.
- Amaral, S. (2004) “Una interpretación maoísta del peronismo: Eduardo Astesano y la revolución de nueva democracia”. Buenos Aires: UCEMA. Disponible en: <https://ucema.edu.ar/publicaciones/download/documentos/279.pdf>
- Anderson, P. (1982) *Las antinomias de Gramsci*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Anderson, P. (1984) “La historia de los partidos comunistas”. En Raphael, S. (ed.) *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona, España: Crítica.
- Ansaldi, W. y Giordano, V. (coord.) (2014) *América Latina: tiempos de violencias*. Buenos Aires: Ariel.
- Ansart, P. (1983) *Ideología, conflictos y poder*. México: Premia editora.
- Antúnez, D. (2013) “El gobierno bonaerense de Victorio Calabró: entre la intervención federal y el golpe de estado”. En *Polhis*, año 6, N.º 12, segundo semestre, pp. 174-193.
- Antúnez, D. (2019) “Navarrazo y después... una introspección a la Córdoba del postNavarrazo en el testimonio de Duilio Rafael Brunello”. En *Testimonios*, año 8, N.º 8. Disponible en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/testimonios/index>

- APA (American Psychological Association) (2021) *Manual de Publicaciones*. Ciudad de México: Editorial El Manual Moderno.
- Aricó, J. (2005) *La cola del diablo: itinerario de Gramsci en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Aricó, J. (2018) *José Aricó: dilemas del marxismo en América Latina: antología esencial*. Compilado y editado por Martín Cortés. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO-Fundación Rosa Luxemburgo.
- Arrosagaray, E. (2014) “Otto Vargas: un patagónico en Europa del Este”. En 18° Congreso Internacional de Historia Oral.
- Aznar Soler, M. (2003) *Los laberintos del exilio. Diecisiete estudios sobre la obra literaria de Max Aub*. Sevilla, España: Editorial Renacimiento.
- Bailey, P. J. (2002) *China en el siglo XX*. España: Editorial Ariel.
- Balvé, B. y Balvé B. (1989) *El 69. Huelga política de masas: rosario, cordobazo, rosario*. Buenos Aires: Contrapunto.
- Barraza, J. (2020). “Del Ferreyrazo al Partido Revolucionario de los Trabajadores. Un análisis de la trayectoria política de Gregorio Flores (1971-1972)”. En *Intellectus*, Año XIX, Vol. 19, N° 1.
- Basualdo, V. (2012) “El Villazo y la organización sindical de base en los '60 y '70”. En *El Villazo. La experiencia de una ciudad y su movimiento obrero*. Santa Fe: Subsecretaría de Derechos Humanos de la provincia de Santa Fe, pp. 20-40.
- Beigel, F. (2006). Vida, muerte y resurrección de las "teorías de la dependencia". En AA.VV. *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano* (pp. 287-326). CLACSO.
- Béjar, M. D. (2011) *Historia del siglo XX. Europa, América, Asia, África y Oceanía*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Bertaux, D. (2005) *Los relatos de vida. Perspectiva etnosociológica*. España: Bellaterra.
- Besoky, J. L. (2010) “Perón y la Triple A: ¿Una relación necesaria?”. En VI Jornadas de Sociología de la UNLP, 9 y 10 de diciembre de 2010, La Plata, Argentina. Disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.5120/ev.5120.pdf
- Besoky, J. L. (2011) “Hacia la convergencia cívico-militar. El Operativo Dorrego”. En: IX Jornadas de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad

de Buenos Aires, Buenos Aires. Disponible en: <https://cdsa.academica.org/000-034/739>

- Biagino, H. y Roig, A. (2008) *Diccionario del pensamiento alternativo*. Lanús: Editorial Biblos.
- Bobbio, N. y Matteucci, N. y Pasquino, G. (directores) [1981] (1995) *Diccionario de política*. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Bonavena, P. (1992) *Las luchas estudiantiles en la Argentina. 1966/1976*. Beca de Perfeccionamiento, UBA-CYT, Buenos Aires, 1990/1992.
- Bonavena, P. (2006). “El movimiento estudiantil de la ciudad de La Plata [1966-1973]”. En *Cuestiones De Sociología*, (3). Recuperado a partir de <https://www.cuestionessociologia.fahce.unlp.edu.ar/article/view/CSn03a07>
- Bonavena, P. (2009) “Guerra contra el campo popular en los ’70. Juan Domingo Perón, la depuración ideológica y la ofensiva contra los gobernadores”. En Izaguirre, I. (comp.) (2009) *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en Argentina 1973-1983: antecedentes, desarrollo, complicidades*. Buenos Aires: Eudeba.
- Bonavena, P. (2012) “¿Centros de estudiantes o cuerpos de delegados? La génesis del ‘doble poder’ estudiantil en Buenos Aires durante la década del ’70”. En *V Jornadas de Estudio y Reflexión sobre el Movimiento Estudiantil Argentino y Latinoamericano*, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Luján, Luján. Disponible en: <http://conflictosocialiigg.sociales.uba.ar/wpcontent/uploads/sites/72/2018/05/4-Bonavena.pdf>
- Bonavena, P. (2015) Reseña “Perón y la Triple A. Las veinte advertencias a Montoneros. Sergio Bufano y Lucrecia Teixidó, Buenos Aires, Sudamericana, Segunda Edición, 2015, 444 páginas”. En *Conflicto social*, 8 (14): 243-252. Disponible en: https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.14120/pr.14120.pdf
- Bonavena, P. (2018) Epílogo. En Bonavena, P. y Millán, M. (Eds.) *Los ‘68 latinoamericanos: movimientos estudiantiles, política y cultura en México, Brasil, Uruguay, Chile, Argentina y Colombia* (p. 315-322). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires - Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Brennan, J. (1996) *El Cordobazo: las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Brennan y Gordillo, M. (2008) *Córdoba rebelde. El Cordobazo, el Clasismo y la movilización social*.

- Broyelle, C. ([1973] 2010) *La mitad del cielo*. Buenos Aires: Editorial Ágora.
- Bufano, S. y Teixidó, L. (2015) *Perón y la Triple A. Las veinte advertencias a Montoneros*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Burgos, R. (2004) *Los Gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Califa, J. S. (2015) “Del Partido Comunista al Partido Comunista Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria en la Argentina de los años sesenta. Una escisión con marca universitaria”. En *Izquierdas* 24, p. 173-204. Santiago de Chile: IDEA-USACH.
- Califa, J. S. (2016) “A la Universidad con banderas reformistas: Los comunistas y la reconquista de la Universidad de Buenos Aires, 1968-1972”. En *E-l@tina*, vol. 14, N.º 56. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de Investigaciones Gino Germani, pp. 1-17
- Califa, J. S. (2017a). “El FAUDI-PCR frente a la ‘Revolución Argentina’ (1966-1973)”. En XVI Jornadas Interescuelas. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.
- Califa, J. S. (2017b) “Dos fuas en los años setenta. El movimiento estudiantil en las postrimerías de la Revolución Argentina”. En *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, N.º 12, Córdoba, pp. 130-150.
- Califa, J. S. (2018a) “Los estudiantes argentinos y la nueva izquierda. Evaluando un concepto a la luz del accionar de un sujeto. El caso de la Universidad de Buenos Aires entre 1966 y 1973”. En *Cuadernos de Historia*, Serie Economía y Sociedad, N° 21, pp. 109-130.
- Califa, J. S. (2018b) “¿Centros o cuerpos de delegados? Las luchas estudiantiles de los años setenta frente al debate acerca de las formas organizativas. El caso de la UBA”. En *Páginas*, año 10, N.º 23, Mayo – Agosto, pp.29-46. Disponible en: <http://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas>
- Califa, J. S. (2020) “Comunismo y Universidad. El Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda (FAUDI-PCR) frente a la ‘Revolución Argentina’ (1966-1973)”. En *The International Newsletter of Communist Studies*, N.º 31-32, Institute of Social Movements and the Library of the Ruhr University Bochum, Bochum (Alemania), marzo, vol. 24-25, pp. 101-110.
- Calveiro, (2006) *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires: Norma Editorial.

- Camarero, H. (2005). “La izquierda como objeto historiográfico. Un balance de los estudios sobre el socialismo y el comunismo en la Argentina”. En *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, N.º 1, pp. 77-99.
- Camarero, H. (2012) “Ascenso y ocaso del Partido Comunista en el movimiento obrero argentino: crítica historiográfica y argumentaciones conceptuales”. En *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, año I, N.º 1, septiembre, pp. 57-79.
- Camarero, H. (2013) “Antiguas controversias, nuevos enfoques: clase obrera, sindicalismo y comunismo en la Argentina durante la primera mitad del siglo XX. Un estado de la cuestión”. En *PolHis* (revista del Programa Buenos Aires de Historia Política), año VI, nº 11, primer semestre, pp. 129-146.
- Camarero, H. (2014) “Tras las huellas de una ilusión: el Partido Comunista argentino y sus planteos del Frente Democrático Nacional (1955-1963)”. En *Archivos*, año III, nº 5, pp. 31-50.
- Camarero, H. y Mangiantini, M. (2019) “Las izquierdas ante el Cordobazo: posiciones, debates y reorientaciones”. En *Aletheia*, 9 (18), [en línea], <https://doi.org/10.24215/18533701e004>
- Campione, D. (1996) “Los comunistas argentinos. Bases para la reconstrucción de su historia”. En *Periferias. Revista de Ciencias Sociales*, Vol. I. Nº 1. Buenos Aires: Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, pp. 103-115.
- Campione, D. (2002) Hacia la convergencia cívico-militar. Partido Comunista y "Frente Democrático", 1955-1976. En *II Jornadas de Historia de las Izquierdas*. Buenos Aires: Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en Argentina, pp. 52-65.
- Campione, D. (2007a) (2007) “El Partido Comunista. Apuntes para su trayectoria”. En Concheiro, E.; Modonessi, M.; y Crespo, H. (eds.) *El comunismo: otras miradas desde América Latina*. México: UNAM, pp. 167-215.
- Campione, D. (2007b) “La izquierda no armada en los años setenta: tres casos, 1973-1976”. En Lida, C.; Crespo H.; y Yanquilevich P. (comps.) *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, pp. 85-110.
- Campione, D. (2011) El Partido Comunista frente a la "Revolución Argentina" (1966-1973): una aproximación documental. En *XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Ponencia publicada en CD-Rom. Catamarca: Universidad Nacional de Catamarca, pp. 1-18.

- Carnaghi, J. (2021) “La militancia derechista en la Universidad Nacional de La Plata: el caso de la Concentración Nacional Universitaria (CNU)”. En Cernadas, J. y Lenci, L. (Coords.) (2021) *Futuros en pugna: Protagonismos, dinámicas y sentidos durante el tercer gobierno peronista (1973-1976)*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Pasados presentes; 2). En Memoria Académica. Disponible en:
<https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.5082/pm.5082.pdf>
- Carnovale, V. (2007) “Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina”. En Franco, M. y Levín, F. *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*.
- Carnovale, V. (2009) *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*. Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- Carr, E. H. (1979) *La revolución rusa: De Lenin a Stalin, 1917-1929*. Madrid: Alianza Editorial.
- Cattaruzza, A. (2017) “El pasado como problema político”. En *Anuario IEHS* 32 (2), pp. 59-78
- Caute, D. (1988) *Sixty-Eight: The Year of the Barricades*. Londres: Hamilton.
- Cavarozzi, M. ([1983] 2002) *Autoritarismo y Democracia 1955-1996. La transición del Estado al mercado en la Argentina*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Cecchini, D. y Leal, A. (2013) *La CNU. El terrorismo de Estado antes del golpe*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Daniel Cecchini.
- Celentano, A. (2003) “Maoístas y nueva izquierda en Argentina. Vanguardia Comunista y su reflexión sobre la construcción del partido”. En *III Jornadas de Sociología de la UNLP*, 10 al 12 de diciembre de 2003, La Plata, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.6872/ev.6872.pdf
- Celentano, A. (2005) Maoísmo y lucha armada: el Partido Comunista Marxista Leninista”. En *Lucha Armada*, año 1, N.º 4, pp. 34-45.
- Celentano, A. (2007) “Una lectura política de la revista *Los Libros*”. En *IV Jornadas de Historia de las Izquierdas*, Cedinci.
- Celentano, A. (2008) “Maoísmo”. En Biagino, H. y Roig, A. (2008) *Diccionario del pensamiento alternativo* (p. 325-327). Lanús: Editorial Biblos.

- Celentano, A. (2009) “Unidad obrero estudiantil. La nueva izquierda y las proletarizaciones de las corrientes maoístas en Argentina”. En *Los trabajos y los días*, 1, La Plata, pp. 27-68.
- Celentano, A. (2012) “La formación de Vanguardia Comunista, de la crisis del socialismo a la adopción del maoísmo y el problema de la construcción del partido revolucionario entre 1965 y 1969”. En VII Jornadas de Historia Política.
- Celentano, A. (2014) “El maoísmo argentino entre 1963 y 1976: Libros, revistas y periódicos para una práctica política”. En *Políticas de la memoria* (14), pp. 151-165. Disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.11872/pr.11872.pdf
- Celentano, A. (comp.) (2015) Dossier. Revistas y libros de la nueva izquierda intelectual en Programa Interuniversitario de Historia Política. Disponible en:
<http://www.historiapolitica.com/dossiers/dossier-nueva-izquierda-intelectual/>
- Celentano, A. y Tortti, M. C. (2012) “La renovación socialista en los sesenta, la cuestión del populismo y la formación de los primeros grupos maoístas”.
- Celentano, A. (2016) “La crisis universitaria en América Latina y la latinoamericanización de la revista *Los Libros* (1969-1976)”. En *Izquierdas*, 31, pp.172-193.
- Cena, J. C. (compilación e introducción) (2000) *El Cordobazo: una rebelión popular*. Buenos Aires: La Rosa Blindada.
- Cernadas, J. (2005) La “vieja izquierda” en la encrucijada: Cuadernos de Cultura y la política cultural del Partido Comunista Argentino (1955-1963). En *X Jornadas Interescuelas/ Departamentos de Historia*. Ponencia publicada en CD-Rom. Rosario: Facultad de Humanidades y Artes, pp. 1-25.
- Cernadas, J.; Tarcus, H. y Pittaluga, R. (1998) “La historiografía sobre el partido comunista de la Argentina. Un estado de la cuestión”. En *El Rodaballo*, año IX, nº 8.
- Cernadas, J. (2021) “El Partido Comunista de la Argentina ante el tercer gobierno peronista (1973-1976): una aproximación preliminar”. En Cernadas, J. y Lenci, L. (Coords.). (2021). *Futuros en pugna: Protagonismos, dinámicas y sentidos durante el tercer gobierno peronista (1973-1976)*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Pasados Presentes; 2). Recuperado de <https://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/189>
- Chapman, C. (1968) *Agosto 21. La invasión a Checoslovaquia*. Editorial Edisven.

- Cisilino, J. (2016) “Izquierda y *nueva izquierda* en los orígenes del Partido Comunista Revolucionario (1967-1969)”. En *IX Jornadas de Sociología*, FAHCE-UNLP.
- Cisilino, J. (2018a) “El Partido Comunista Revolucionario y el camino de la revolución en Argentina: El debate sobre la lucha armada en los orígenes de un partido de la nueva izquierda (1967-1969)”. En *VIII Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*, 9 al 12 de agosto de 2016, Rosario, Argentina publicadas en Luciani, L. y Viano, C. (coord.). “Actas”. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, pp. 515-530.
Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.702/pm.702.pdf>
- Cisilino, J. (2018b) “La intervención soviética en Checoslovaquia y el debate en el comunismo argentino”. En *X Jornadas de Sociología* de la Universidad Nacional de La Plata
- Cisilino, J. (2020) “El ‘68 checoslovaco y la intervención soviética: el debate en los orígenes del Partido Comunista Revolucionario”. En *Conflicto social*, año 13 N° 24, pp. 390-419. Disponible en:
<https://publicaciones sociales.uba.ar/index.php/CS/article/view/6263/5281>
- Cisilino, J. (2021) “Entre el Che y el Cordobazo. *Nueva izquierda* y lucha armada en los orígenes del Partido Comunista Revolucionario (1967-1969)”. En Tortti, M. C. y González Canosa, M. (dir.) (2021) *La nueva izquierda en la historia reciente argentina. Debates conceptuales y análisis de experiencias*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Congreso de la Nación (1975) “Comisión Bicameral Investigadora Especial de Estudio Contrato Aluar – Estado Nacional. Informe, debates y antecedentes”. Buenos Aires: Imprenta del Congreso de la Nación. Disponible en:
https://www.hcdn.gob.ar/export/hcdn/secparl/dgral_info_parlamentaria/dip/archivos/COMISION_BICAMERAL_INVESTIGADORA_ALUAR.pdf
- Crespo, H. (2007) “Para una historiografía del comunismo. Algunas observaciones de método”. En Concheiro, E.; Modonessi, M. y Crespo, H. (coords.) *El comunismo otras miradas desde América Latina*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Crespo, H. (2010) “En torno a *Cuadernos de Pasado y Presente*, 1968-1983”. Disponible en: http://www.peronlibros.com.ar/sites/default/files/pdfs/crespo_h-pasado_y_presente.pdf

- Crespo, H. (comp.) [1999] (2014) *José Aricó. Entrevistas 1974-1991*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Crivelli, M. (1996) “Intelectuales y política en la Argentina de los años 70: el caso de la revista Los Libros (1969-1976)”. En *América: Cahiers du CRICCAL*, N.º15-16, pp. 413- 420.
- Coffey, A. y Atkinson, P. (1996) *Encontrar el sentido a los datos cualitativos*. Medellín: UDEA.
- Combessie, J. (2005) *El método en sociología*. Córdoba: Ferreira Editor.
- Confino, H. (2021) *La Contraofensiva: el final de Montoneros*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Corbière, E. (1984) *Orígenes del comunismo argentino (El Partido Socialista Internacional)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Cortés, M, (2015) *Un nuevo marxismo para América Latina. José Aricó: traductor, editor, intelectual*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno editores y Centro Cultural de la cooperación Floreal Gorini.
- Crespo, H. (2009) "En torno a Cuadernos de Pasado y Presente 1968-1983". En Hilb, C. (comp.), *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 169-198.
- Dawyd, D. (2014). “El sindicalismo peronista durante el Onganiato. De la CGT de los Argentinos a la reorganización sindical (1968-1970)”. En *Sociohistórica*, (33).
- Dip, N. (2016). “*Libros y alpargatas*. Las tramas discursivas y organizativas del proceso de peronización de estudiantes, docentes e intelectuales de la Universidad de Buenos Aires. 1966-1974”. Tesis de posgrado. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. En Memoria Académica. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1386/te.1386.pdf>
- Dos Santos, T. (2002) *Teoría de la Dependencia: balance y perspectivas*. México: Plaza & Janes.
- Eley, G. (2003) *Un mundo que ganar: historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*. Barcelona: Crítica.
- Esposito, F. (2014) “Las relaciones entre discurso crítico y político en la revista *Los Libros*”. En Delgado, V. (2014) *et al. (coord.) Tramas impresas. Publicaciones periódicas argentinas (XIX-XX)*. La Plata: EDULP.

- Ferrero Blanco, M. D. (2004) “Las reacciones en Europa tras la invasión soviética de Checoslovaquia en 1968”. En *Cuadernos constitucionales de la Cátedra Fadrique Furió Ceriol*, N° 45-46 (p. 218-240).
- Fontdevilla, E. y Pulleiro, A. (2005) “Los Libros. De la modernización a la partidización”. En *Zigaut*, Año 5, N.º 5, diciembre 2004-enero 2005, pp. 168-173.
- Fraga, R. (1988) *Ejército: del escarnio al poder (1973-1976)*. Buenos Aires: Sudamericana/Planeta S.A.
- Franco, M. (2011) La “depuración” interna del peronismo como parte del proceso de construcción del terror de Estado en la Argentina de la década del 70. En *A Contracorriente*, Vol. 8, N.º 3, pp. 23-55.
- Franco, M. y Lvovich, D. (2017) “Historia reciente: apuntes sobre un campo en expansión”. En *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N.º 46, septiembre, pp. 190-217.
- Friedemann, S. (2014) “El marxismo peronista de Rodolfo Puiggrós: una aproximación a la izquierda nacional”. En *Documentos de Jóvenes Investigadores* N.º 39, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Disponible en:
<http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/iigg-uba/20151022050903/dji39.pdf>
- Friedemann, S. (2016). “La Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires (1973-1974). El peso de la izquierda peronista en la designación de autoridades”. En V Congreso de Estudios sobre el Peronismo, Red de Estudios sobre el Peronismo, ISSN 1852-0731. Recuperado de <http://redesperonismo.org/articulo/la-universidad-nacional-y-popular-de-buenos-aires-1973-1974-el-peso-de-la-izquierda-peronista-en-la-designacion-de-autoridades/>
- Frondizi, A. (1954) *Petróleo y Política*. Buenos Aires: Editorial Raigal.
- Frondizi, A. (1963) *Petróleo y Nación*. Buenos Aires: Transición.
- Gasparini, J. (1990) *El crimen de Graiver*. Buenos Aires: Grupo Editorial Z.
- Georgieff, G. (2008) *Nación y revolución. Itinerarios de una controversia en Argentina (1960-1970)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Gerchunoff, P. y Llach, L. (2018) *El ciclo de la ilusión y el desencanto. Políticas económicas argentinas de 1880 a nuestros días*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Crítica.
- Gillespie, R. [2008] (2011) *Soldados de Perón. Historia crítica sobre los Montoneros*. Buenos Aires: Sudamericana.

- Gilman, C. (2003) *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Giménez, G. (2007) “Cultura política e identidad”. En *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. México: CONACULTA-Iteso.
- Gómez, A. (2001) *Un siglo... una vida. De la soberanía a la dependencia*. Buenos Aires: Editores de América Latina.
- Góngora, S. (2006) *René Salamanca. El maoísmo argentino*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- González Canosa, M. (2012) *Las Fuerzas Armadas Revolucionarias: Orígenes y desarrollo de una particular conjunción entre marxismo, peronismo y lucha armada* (Tesis de posgrado – FAHCE/UNLP).
- González Canosa, M. (2021) *Los futuros del pasado. Marxismo, peronismo y revolución: una historia de las FAR*. Buenos Aires: Prometeo.
- Gordillo, M. (2003) “Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, (1955-1973)”. En James, D. (2003) *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Grenat, St. (2010) *Una espada sin cabeza. Las FAL y la construcción del partido revolucionario en los '70*. Buenos Aires: Ediciones Ryr.
- Guber, R. [1991] (2004) *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Guber, R. (2011) *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Gurbanov, A. y Rodríguez, S. (2008) “La compleja relación entre el Partido Comunista argentino y el peronismo (1943-1955)”. En *Primer Congreso de Estudios sobre el Peronismo: la primera década*, Mar del Plata.
- Gurbanov, A., Rodríguez, S.J. (2016) “Los comunistas frente al peronismo: 1943-1955” [en línea]. En *Temas de Historia Argentina y Americana*. Disponible en: <https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/7655>
- Hendler, A. (2010). *La guerrilla invisible. Historia de las Fuerza Argentinas de Liberación (FAL)*. Buenos Aires: Ediciones B Argentina S.A.
- Hilb, C. y Lutsky, D. (1984) *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (Política y Violencia)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Hobsbawm, E. (1991) “La invención de tradiciones”. En *Revista uruguaya de Ciencia Política* n° 4, p. 97-107.

- Hobsbawm, E. (2011) *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2013) “1968, un año inolvidable”. En *Historias. Revista de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, 8 (p.3-34).
- Iñigo Carrera, N.; Grau, M. I.; y Martí, A. (2006). *Agustín Tosco: la clase revolucionaria*. Buenos Aires: Editorial Madres de Plaza de Mayo.
- Jáuregui, A. (2012) El peronismo en los debates del Partido Comunista Argentino: 1945-1953. En *A Contracorriente. A Journal on Social History and Literature in Latin America*, North Carolina State University, vol. IX, nº 3, primavera, Raleigh, North Carolina, pp. 22-40, [www.ncsu.edu/ project/acontracorriente](http://www.ncsu.edu/project/acontracorriente).
- Judt, T. (2005) *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. España: Taurus.
- Kohan, N. (1999) *La rosa blindada, una pasión de los '60*. Buenos Aires, Argentina: La Rosa Blindada.
- Kohan, N. (2005) *Ernesto Che Guevara: El sujeto y el poder*. Buenos Aires: Nuestra América.
- Kohan, N. (2008) *De ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Buenos Aires: Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello.
- Kohan, N. (2013): *En la selva. Los estudios desconocidos del Che Guevara. A propósito de sus cuadernos de lectura de Bolivia*. Barcelona: Yulca Editorial.
- Kordon, B. (1969) *China o la revolución para siempre*. Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez.
- Koselleck, R. (1993) *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Kurlansky, M. (2004) *1968: el año que conmocionó al mundo*. Barcelona: Editorial Destino.
- Lamaisón, M. J. (2021) “Universidad y movimiento estudiantil frente a la cuestión nacional: una mirada desde *Cristianismo y Revolución* (1966-1971)”. En *Palimpsesto*, Vol. 11, Nº 19 (Julio-diciembre), Universidad de Santiago de Chile, pp. 54-75.
- Lanusse, L. (2007) *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*. Buenos Aires: Editorial B
- Larraquy, M. (2007) *El peronismo y la Triple A*. Buenos Aires: Punto de Lectura

- Laufer, R. (2013) “El clasismo y el Cordobazo”. En *Pensar Históricamente*, N.º 3.
- Laufer, R. (2016) “El clasismo en el SMATA Córdoba. Ocupaciones fabriles, democracia sindical e izquierda clasista: la toma de la matricería Perdriel, mayo de 1970”. En *Estudios del Trabajo (ASET)*, N° 49, pp. 91-121.
- Laufer, R. (2017a) “Clasismo y violencia obrera en el SMATA Córdoba. Las ocupaciones de Perdriel, 1970”. En *Cuadernos de Marte*, vol. XII, pp. 117 - 145.
- Laufer, R. (2017b) “El clasismo en el SMATA Córdoba, 1966-1972”. En Rugar, B.; Costilla, A.; Galafassi, G. (coord.) *Dirán hubo gigantes aquí: izquierda, peronismo y clase obrero en los '60 y '70*. Ranelagh: Extramuros Ediciones.
- Laufer, R. (2018) *Izquierda y clasismo en los 70. Debates frente al Movimiento de Recuperación Sindical - Lista Marrón del SMATA Córdoba*. En *Archivos*, N.º 12, pp. 121-142.
- Laufer, R. (2020) “El sindicalismo clasista en la Argentina del Cordobazo. Estrategias sindicales y radicalización política en el SMATA Córdoba (1966-1972)” (Tesis doctoral inédita). Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Liddell Hart, B. H. (1967) *Strategy: The Indirect Approach*. Londres: New American Library.
- Lissandrello, G. (2011) “La izquierda y el movimiento obrero. La experiencia de El Obrero en Córdoba (1970-1973)”. En *Razón y Revolución*, N° 21, pp. 133-146.
- Lissandrello, G. (2013) La izquierda insurreccionalista en la Argentina (1969-1976). En *XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.
- Lissandrello, G. (2015a) “La discusión estratégica en la izquierda argentina en los años '70. Aproximación al debate entre guerrillerismo e insurreccionalismo en el nacimiento del Partido Comunista Revolucionario (PCR), 1967-1972”. En *Andes*, vol. 26, N° 1, Universidad Nacional de Salta.
 Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12743219007>
- Lissandrello, G. (2015b) “¿Cómo se enfrenta el reformismo? Un análisis de Montoneros y el PRT-ERP frente al Pacto Social de 1973”. En *El Aromo*, N.º 69.
 Disponible en: <https://razonyrevolucion.org/como-se-enfrenta-el-reformismo-un-analisis-de-montoneros-y-el-prt-erp-frente-al-pacto-social-de-1973/>

- Lissandrello, G. (2018) El maoísmo argentino frente a la cuestión agraria en los '70: el caso de Vanguardia Comunista y el Partido Comunista Revolucionario (1969-1976). Manuscrito no publicado, Tesis de Licenciatura en Historia, FILO-UBA.
- Lissandrello, G. (2019) La izquierda argentina frente a la cuestión agraria durante las décadas de 1960 y 1970.
- Luvecce, C. (1993) *Las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base*. Buenos Aires: CEAL.
- Mangiantini, M. (2014) “Clase y partido. Surgimiento, proletarización y militancia fabril del PRT - La Verdad (1968 – 1972)”. En *ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda*, N° 4, marzo. Disponible en: <http://www.archivosrevista.com.ar.ca1.toservers.com/contenido/wp-content/uploads/2014/06/Mangiantini.pdf>
- Mangiantini, M. (2018) *Itinerarios militantes. Del Partido Revolucionario de los Trabajadores al Partido Socialista de los Trabajadores (1965-1976)*. Buenos Aires: Imago Mundo.
- Marchesi, A. (2014) La revolución viene llegando. El impacto de la conferencia OLAS en la nueva izquierda cono sureña (1967). En Tortti, M.C. (dir.) (2014) *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución*, Prohistoria.
- Marchesi, A. (2019) *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del muro de Berlín*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Margiolakis, E. (2011) “Revistas subterráneas en la última dictadura militar argentina: la cultura en los márgenes”. En *Revista Eletrônica da ANPHLAC*, N.º 10, enero-junio, pp. 64-82. Disponible en: <http://revista.anphlac.org.br/index.php/revista>
- Meisner, M. (2007) *La China de Mao y después: Una historia de la República Popular*. Córdoba: Editorial Comunicarte.
- Miguez, M. C. (2011) “La relación entre la política económica interna y la política exterior en el proyecto desarrollista argentino 1958-1962”. En *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*, Volumen 2, Año 2.
- Miguez, M. C. (2017) “La tercera presidencia peronista y la Guerra Fría. Argentina, Perú y Brasil en la X Conferencia de los Ejércitos Americanos de 1973”. En *Revista Pilquen. Sección Ciencias Sociales*, Vol. 20, N.º 1, Universidad Nacional del Comahue, pp. 17-35.
- Morero, S.; Eidelman, A.; Lichtman, G. (1996) *La noche de los bastones largos. 30 años después*. Buenos Aires: Editorial La Página S.A. y Sergio Morero.

- Moretti, I. (2016) “*Tiempo de verdugos. Los partidos de izquierda ante la instauración de la última dictadura cívico-militar argentina*”. En *Revista de la Red de Intercatedras de Historia de América Latina Contemporánea*, 3, (5), 24-39. Recuperado de <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/RIHALC/article/download/15905/17277>.
- Morgenfeld, L. (2017) Recibiendo al patrón. Reacciones ante las visitas de presidentes de Estados Unidos. En *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, año 17, n° 17, pp. 111-130.
- Nassif, S. y Rugar, B. (2016) Las luchas de fines de la década de 1960 y principios de la de 1970. En Mateu, C. y Spiguel, C. (Eds.) *Movimiento obrero argentino. Aspectos y momentos históricos de la lucha política y sindical*. Buenos Aires: Ediciones Revista *La Marea*.
- Nercesian, I. (2013) *La política en armas y las armas de la política: Brasil, Chile y Uruguay 1950-1970*. Buenos Aires: CLACSO.
- Noiriél, G. (2011) *Introducción a la sociohistoria*. Madrid: Siglo XXI de España.
- O’Donnell, G. ([1982] 1996). *El estado burocrático autoritario, 1966-1973*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- O’Donnell, M. (2015) *Born*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Ollier, M. (1986) *El fenómeno insurreccional y la cultura política: 1969-1973*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Offerlé, M. (2011) *Perímetros de lo político: Contribuciones a una sociohistoria de la política*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Ortiz, M. L. (2019) *Con los vientos del Cordobazo. Los trabajadores clasistas en tiempos de violencia y represión. Córdoba, 1969-1982*. Córdoba: UNC.
- Pacheco, J. (2009) “Pagábamos el peaje de ser profundamente ingenuos...”. Una charla con Federico Luppi sobre la militancia y la represión en los ‘70”. En *El Aromo* N.º 51, 1 de noviembre.
- Pacheco, J. (2012) *Nacional y popular. El Malena y la construcción del programa de liberación nacional*. Buenos Aires: Razón y Revolución.
- Pacheco, J. y Lissandrello, G. (2013) “Montoneros y el PRT-ERP: una propuesta comparativa a partir del análisis de sus posiciones frente el movimiento obrero (1970-1976)”. En *Cahiers Alhim (Amérique latine Histoire et Mémoire)*, N.º 26. Disponible en: <https://journals.openedition.org/alhim/4721>
- Panebianco, A. (1990) *Modelos de partido*. Buenos Aires: Alianza

- Pastoriza, E. (2011) “Escribir historia política, escribir historia. Entrevista a Juan Carlos Torre”. En *PolHis*, Año 4 N° 8, segundo semestre.
- Patula, J. (1993) *Europa del Este. Del Stalinismo a la democracia*. México D.F.: Siglo XXI editores.
- Petra, A. (2013) *Intelectuales comunistas en la Argentina (1945-1963)*. Tesis de posgrado, Universidad Nacional de La Plata. Disponible en: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/34928/Documento_completo_.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Petra, A. (2017) *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Piemonte, V. (2013) “El Informe Secreto al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética en la perspectiva oficial del Partido Comunista Argentino. Recepción y primeras repercusiones”. En *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”* 13 (p. 223-241) Córdoba.
- Piovani, J. I. (2007) “La entrevista en profundidad”. En Marradi, A.; Archenti, N.; y Piovani, J. I. (2007) *Metodología de las ciencias sociales*. Buenos Aires: Emecé.
- Platt, J. (1981) Evidence and Proof in Documentary Research: 1 Some Specific Problems of Documentary Research y Evidence and Proof in Documentary Research: 2 Some Shared Problems of Documentary Research. En *Sociological Review*, 29, 1.
- *PolHis* (2011) “Boletín Bibliográfico electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política”, Año 4 N° 8, segundo semestre.
- Portantiero, J. C. (1977), “Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973”. En *Revista Mexicana de Sociología*, N° 2.
- Portantiero, J. C. (1988) *Los usos de Gramsci*. Buenos Aires: Folios
- Portantiero, J. C. y Mocca, E. (2012) *Juan Carlos Portantiero: un itinerario político intelectual*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Portelli, A. (1991) “Lo que hace diferente a la historia oral”. En Schwarzstein, D. (comp.) *La historia oral*. Buenos Aires: CEAL. Disponible en: <http://www.comisionporlamemoria.org/archivos/archivo/archivo-oral/bibliografia/PORTELLI%20Alessandro,%20Lo%20que%20hace%20diferente%20a%20la%20historia%20oral.pdf>
- Portelli, A. (2003) “El uso de la entrevista en la historia oral”. En *Anuario de la Escuela de Historia*. N° 20.

- Pozzi, P. (2004) *Por las sendas argentinas: el PRT-ERP, la guerrilla marxista*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Prado Acosta, L. (2013) “Sobre lo ‘viejo’ y lo ‘nuevo’: el Partido Comunista argentino y su conflicto con la Nueva Izquierda en los años sesenta”. En *A Contracorriente*, North Carolina, pp.1 – 30.
- Prado Acosta, L. (2014) “El Partido Comunista argentino y la ruptura con los ‘muchachos’ de la revista Pasado y Presente”. En *Prismas. Revista de historia intelectual*. Bernal, pp.185 – 188.
- Provéndola, J. I. (2021) “Cuando Charly García se acercó a la izquierda y grabó uno de sus discos emblemáticos”, en *La Izquierda Diario*, 23 de octubre. Disponible en: <https://www.laizquierdadiario.com/Cuando-Charly-Garcia-se-acerco-a-la-izquierda-y-grabo-uno-de-sus-discos-emblematicos> [consulta: 25 de mayo de 2022).
- Pucciarelli, A. (editor) (1999) *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba
- Puyana García, G. (2003) “Teorías de la guerra en Moltke y Liddell Hart”, en *Revista de Estudios Sociales* [En línea], 15 [consultado el 25 agosto 2021]. Disponible en: <http://journals.openedition.org/revestudsoc/26136>
- Quintar, J. (2005). *El Choconazo*. Neuquén: Educo.
- Rapoport, M. (1988) "La posición internacional de la Argentina y las relaciones argentino-soviéticas". En Perina, R. y Russell, R. (comp.) *Argentina en el Mundo, 1973-1987*. Buenos Aires: GEL, pp. 171-207.
- Rapoport, M. y Laufer, R. (2000) “Los Estados Unidos ante el Brasil y la Argentina - los golpes militares de la década del 60”. En *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 11 (2). Disponible en: <https://eial.tau.ac.il/index.php/eial/article/view/1001>
- Ratzer, J. (1984) *El movimiento socialista en Argentina*. Buenos Aires: Editorial Ágora.
- Rea, K. (1975) “Peking and the Brezhnev Doctrine”. En *Asian Affairs*, Vol. 3, N°1, septiembre-octubre (p. 22-30).
- Recalde, I. (2017) “Prólogo” a la reedición de Perón, J. (1968) *La Hora de los Pueblos*. Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación.
- Reta, M. A. (2009) “El Frente Estudiantil Nacional (FEN): juventud y estudiantado en el proceso contestatario de los años sesenta en Argentina”. En *Antíteses*,

vol. 2, núm. 4, julio-diciembre, Universidade Estadual de Londrina, Brasil, pp. 1059-1093.

- Rey, P. B. (2013) “Jorge Álvarez: Me hubiera gustado ser un mafioso”, en *La Nación*, 13 de septiembre. Disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/cultura/jorge-alvarez-me-hubiera-gustado-ser-un-mafioso-nid1619280/> [consulta: 20/5/2022].
- Rodríguez Agüero, L. (2013) *Ciclo de protestas, experiencias organizativas y represión paraestatal: Mendoza, 1972-1976*. Tesis de posgrado, Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en: <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.889/te.889.pdf>
- Rostica, J. (2011) “Apuntes sobre la Triple A. Argentina, 1973-1976”. En *Desafíos* 23-II, pp. 21-51.
- Rot, G. (2006) “El Partido Comunista y la lucha armada”. En *Lucha Armada*. Revista Trimestral, Año 2-Nº 7.
- Rotenberg, A. (1999) *Historia confidencial. La Opinión y otros olvidos*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Rubio, M. (2015) “La revolución democrática-nacional, popular, agraria y antiimperialista se inscribe en la historia. Aproximaciones a la historiografía maoísta del Partido Comunista Revolucionario de Argentina”. En las *VI Jornadas de la División Historia – III Taller de Historia Regional*, Universidad Nacional de Luján, Buenos Aires.
- Rubio, M. (2017a) “El siglo XIX o la formación del capitalismo argentino en la historiografía del Partido Comunista Revolucionario (1968-1987)”. En las *VII Jornadas de la División de Historia - En el Centenario de la Revolución Rusa*, Universidad Nacional de Luján, Buenos Aires.
- Rubio, M. (2017b) *Estrategia e inserción del Partido Comunista Revolucionario en el SMATA (1979-1985)*. En *Archivos*, nº 11, pp. 143-162.
- Rubio, M. (2018a) *El Partido Comunista Revolucionario y la definición de una interpretación histórica en su período formativo (1967-1987)*. En *Izquierdas*, nº 46, pp. 137-161.
- Rubio, M. (2018b) “El Partido Comunista Revolucionario y la aplicación de la teoría del social imperialismo ruso en Argentina (1968-1984)”. En las *II Jornadas de historia del movimiento obrero y la izquierda*, Buenos Aires.

- Rubio, M. (2018c) El Partido Comunista Revolucionario y la construcción de una interpretación histórico-política en torno a la cuestión agraria (1967-1987). En *Conflicto Social*, n° 20, pp. 61-91.
- Rubio, M. (2019) “Eugenio Gastiazoro: del MLN al PCR, de la Economía a la Historia (1965-1989)”. En *Anuario*, N.º 31.
Disponible en: <http://anuariodehistoria.unr.edu.ar/ojs/index.php/Anuario/index>
- Rubio, M. (2020a) “Horacio Cifardini, una vida entre la ciencia y la revolución. Sistematización de su trayectoria política e intelectual (1942- 1984)”. En *Intellèctus*, año XIX, N.º 1.
- Rubio, M. (2020b) “El Partido Comunista Revolucionario y la “integración” de la teoría del socialimperialismo ruso en Argentina (1968-1984)”. En *Izquierdas* 49 (p. 2545-2570). Santiago de Chile.
- Rugar, B. (2014) Las tendencias políticas maoístas en el campo de la “Nueva Izquierda” argentina. En *Anais do XI Encontro Internacional da ANPHLAC*.
- Rugar, B. (2017a) “Los desafíos en la investigación histórica sobre corrientes políticas: algunas reflexiones a partir del estudio del maoísmo en Argentina”. En Rugar, B.; Costilla, A.; Galafassi, G. (2017) *Dirán hubo gigantes aquí: izquierda, peronismo y clase obrero en los '60 y '70*. Ranelagh: Extramuros Ediciones
- Rugar, B. (2017b) “El partido Vanguardia Comunista: elementos para avanzar en una caracterización del maoísmo argentino (1965-1971)”. En *Izquierdas*, 36, noviembre, p. 105-125
- Rugar, B. (2017c) “El rol de la Revolución Cultural China en el maoísmo argentino. Las interpretaciones en las visiones oficiales de Vanguardia Comunista y el Partido Comunista Revolucionario”. En *LESTE VERMELHO. Revista de estudios críticos asiáticos*, volumen 3, N.º 1, enero, pp. 355-375.
- Rugar, B. (2018a) “El debate chino-soviético y la emergencia del maoísmo como corriente política diferenciada en el Movimiento Comunista Internacional”. En *Historia Contemporánea* 57, p. 559-586
- Rugar, B. (2018b) “Cuando la táctica política se va transformando en estrategia: el giro en el Partido Comunista Argentino a fines de la década de 1950”. En *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Questions du temps présent. Disponible en: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/72176>.

- Rugar, B. (2019) “Emergencia y configuración de la corriente maoísta en Argentina. Antecedentes, fundamentos y caracterización (1965-1974)”. Tesis de posgrado, Universidad de Buenos Aires.
- Sabattini, V. (2013) “1971-1972: La latinoamericanización de Revista *Los Libros*. Una aporía en el discurso de la NIIA”. En: Da Porta, E. (coord.) (2013) *Debates de Proyectos y avances de investigación. I Jornadas de Estudiantes y Tesistas del Centro de Estudios Avanzados*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Sautu, R. (2005) *Todo es teoría: objetivos y métodos de investigación*. Buenos Aires, Ediciones Lumiere.
- Schmucler, H., Malecki, J. S. y Gordillo, Mónica (2014) *El obrerismo de Pasado y Presente. Documentos para un dossier (no publicado) sobre SiTraC-SiTraM*. Editorial Eduvim
- Seoane, M. [2003] (2014) *El burgués maldito. José Ber Gelbard, jefe de los empresarios nacionales, lobista político y ministro de Perón en los setenta*. Buenos Aires: Debolsillo.
- Servetto, A. (1998) *De la Córdoba combativa a la Córdoba militarizada. 1973-1976*. Córdoba: Ferreyra Editor.
- Simonassi, S. (2014) “El peronismo y la burguesía nacional desde la perspectiva de Eduardo Astesano”. En *Naveg@américa. Revista electrónica editada por la Asociación Española de Americanistas*, N.º 12. Disponible en: <https://revistas.um.es/navegamerica/article/view/195311/159821>
- Siskindovich, S. (2017) Maoísmo e insurrección popular. La conformación del PCR y de VC en una Argentina en ebullición (1968-1973). Tesis de licenciatura, Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.
- Siskindovich, S. (2018) “¿El Cordobazo como punto de inflexión? El caso de Vanguardia Comunista y el Partido Comunista Revolucionario. Argentina. 1965-1970”. En *Revista Despierta*, Año 5, N°5.
- Siskindovich, S. (2020) “El Partido Comunista Revolucionario y la construcción de la delimitación con el Partido Comunista argentino (1968-1969)”. En *Izquierdas*, Santiago de Chile, N.º 49, pp 43-57.
- Slipak, D. y Giménez, S. (2018) “Pueblo, Revolución y Violencia. Las reactualizaciones revolucionarias del populismo”. En *Estudios Políticos*, novena época, núm. 43 (enero-abril): 83-110.
- Snow, E. (2011) *China: la larga revolución*. Buenos Aires: Editorial Ágora.

- Solari Yrigoyen, H. (1977) *El escándalo Aluar*. Buenos Aires: Rafael Cedeño Editor.
- Staltari, S. (2014) “El Partido Comunista frente al peronismo: estrategia y tácticas políticas, 1945-1955”. En *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, año III, n°5, p. 11-30.
- Starcenbaum, M. (2011) “*Ciencia y Violencia: una lectura de Althusser en la nueva izquierda argentina*”. En II Jornadas *Espectros de Althusser*.
- Starcenbaum, M. (2016) “Itinerarios de Althusser en Argentina: marxismo, comunismo, psicoanálisis (1965-1976)”, Tesis de posgrado, Universidad Nacional de La Plata.
- Starcenbaum, M. (2018) “Entre la desestalinización y la lucha armada: Althusser y los comunistas argentinos. Revista latinoamericana del Colegio Internacional de Filosofía”. En *Memoria Académica*.
Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.9462/pr.9462.pdf
- Stavale, M. (2018) Las revistas "Militancia Peronista para la Liberación" y "De Frente con las Bases Peronistas": una propuesta "alternativa" para la identidad política del peronismo revolucionario, 1973-1974. Tesis de posgrado, Universidad Nacional de La Plata.
Disponible en: <https://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1742/te.1742.pdf>
- Stavale, S. (2019) “Perros en las fábricas: La política sindical del PRT-ERP, sus prácticas y la experiencia de sus militantes en fábricas del Gran Buenos Aires, 1973-1976”. Tesis de posgrado, Universidad Nacional de La Plata [en línea] <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1675/te.1675.pdf>
- Stavale, S. (2021) “El PRT-ERP: un partido de la *nueva izquierda*”. En Tortti, M. C. y González Canosa, M. (dir.) (2021) *La nueva izquierda en la historia reciente argentina. Debates conceptuales y análisis de experiencias*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Somoza, P. y Vinelli, E. (2011) “Para una historia de *Los libros*”. En *Revista Los Libros*. Ed. Biblioteca Nacional.
- Suasnábar, C. (2018) “Las izquierdas y la Reforma de 1918: Ernesto Giudici y la propuesta de los comunistas de una Segunda Reforma Universitaria”. En *Universidades*, N.º 75, enero-marzo. México: UDUAL, pp. 19-30.
- Svampa, M. (2003) “El populismo imposible y sus actores, 1973-1976”. En James, D. (2003) *Nueva Historia Argentina, 1955-197.*, Buenos Aires: Sudamericana.

- Tarcus, H. [director] (2007) *Diccionario biográfico de la izquierda argentina. De los anarquistas a la "nueva izquierda" (1870-1976)*. Buenos Aires: Emecé
- Tarcus, H. (2011) Espigando la correspondencia de José Ingenieros. Modernismo y socialismo *fin-de-siècle*. En: *Políticas de la Memoria (Anuario de investigación e información del CeDInCI*, N° 10, 11, 12, p. 97-125.
- Terán, O. [1991] (2013) *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina, 1956-1966*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Thwaites Rey, M. (2007) "El estado 'ampliado' en el pensamiento gramsciano". En *Estado y marxismo*. Buenos Aires: Prometeo.
- Tocho, F. (2020) "Lógicas políticas en tensión: La Tendencia Revolucionaria del Peronismo y su participación en el gobierno constitucional de la provincia de Buenos Aires (1973-1974)". Tesis de posgrado, Universidad Nacional de La Plata. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1869/te.1869.pdf>
- Torre, J. C. (1971) "Una nueva oposición social". En *Los Libros. Un mes de publicaciones en América Latina*, N.º 21, agosto.
- Tortti, M. C. (1999a) "Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional". En Pucciarelli, A. (ed.) (1999) *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba.
- Tortti, M. C. (1999b) "Izquierda y 'nueva izquierda' en la Argentina. El caso del Partido Comunista.". En *Cuadernos del Centro de Investigaciones Sociohistóricas*, N°6, pp.221-232.
- Tortti, M.C. (2002a) "Debates y rupturas en los partidos Comunista y Socialista durante el frondizismo". En *Prismas*, Revista de historia intelectual, N° 6, pp. 265-274.
- Tortti, M.C. (2002b) La nueva izquierda a principios de los '60: socialistas y comunistas en la revista "Che". En *Estudios sociales*, vol. 22, N° 1, pp. 145-162.
- Tortti, M.C. (2003). "Comunistas disidentes: El grupo de 'pasado y presente' y los orígenes de la Nueva Izquierda". En *III Jornadas de Sociología de la UNLP. La Argentina de la crisis: Desigualdad social, movimientos sociales, política e instituciones*. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.7007/ev.7007.pdf
- Tortti, M. C. (2005) "La Nueva Izquierda a Principios de los '60: Socialistas y Comunistas en la Revista CHE". En *Estudios Sociales*, 22(1), 145-162. <https://doi.org/10.14409/es.v22i1.2488>

- Tortti, M. C. (2006) “La nueva izquierda en la historia reciente de la Argentina”. En *Cuestiones de Sociología* (3), p. 19-32.
- Tortti, M. C. y Chama, M. (2006) “Los nudos político-intelectuales de una trayectoria. Entrevista a Juan Carlos Portantiero. En *Cuestiones de Sociología*, 3. Recuperado a partir de http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3522/pr.3522.pdf
- Tortti, M. C. (2007) *El viejo partido socialista y los orígenes de la nueva izquierda* [En línea]. Tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata. Disponible en: <http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.259/te.259.pdf>
- Tortti, M. C. (2011) “Soluciones: una experiencia de acercamiento entre el peronismo y la izquierda durante la campaña por el voto en blanco en 1960”. En *Políticas de la memoria*, 12, pp. 224-234.
- Tortti, M. C. (2014) “La nueva izquierda argentina. La cuestión del peronismo y el tema de la revolución”. En Tortti, M.C. (dir.) (2014) *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución*. Rosario: Prohistoria.
- Tortti, M. C. (2018) “La izquierda socialista de los 60 y el «camino propio» de la Revolución argentina”. En *Contemporánea*, 7 (7): 67-86.
- Tortti, M. C. y González Canosa, M. (2019). Reproducción del artículo de Juan Carlos Torre, “Una nueva oposición social”, originalmente publicado en la revista Los Libros. Un mes de publicaciones en América Latina, n° 21, agosto 1971. En *Aletheia*, 9(18), e009. <https://doi.org/10.24215/18533701e009>.
- Tortti, M. C. y González Canosa, M. (dir.) (2021) *La nueva izquierda en la historia reciente argentina. Debates conceptuales y análisis de experiencias*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- Trucco Dalmas, A. (2019). “Luchar por la patria socialista. La revista perdida del PRT-ERP”, en *AMÉRICALEE*. El portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX. Disponible en: www.americalee.cedinci.org
- Valles, M. (1997) *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.
- Verbitsky, H. (1985) *Ezeiza*. Buenos Aires: Editorial Contrapunto.
- Vezzetti, H. (2009) *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Vidal, A. M. (2016) “Experiencias del “teatro militante” en Bahía Blanca, 1972-1978”. Tesis de Doctorado en Historia, Universidad Nacional del Sur.

- Visacovsky, S. (2005) “El temor a escribir sobre historias sagradas. Memoria social, moralidad política y audiencias nativas en la Argentina”. En Frederic, S. y Soprano, G. (2005) *Cultura y política en etnografías sobre la Argentina*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Williams, R. (1980) *Marxismo y literatura*. Península, Barcelona.
- Yergin, D. (1992) *La Historia del Petróleo*. Buenos Aires: Editorial Javier Vergara
- Zolov, E. y Manzano, V. (2012) “Expandiendo nuestros horizontes conceptuales: El pasaje de una "vieja" a una "nueva izquierda" en América Latina en los años sesenta”. En *Aletheia*, 2 (4).
 Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.5301/pr.5301.pdf
- Zourek, M. (2014) *Checoslovaquia y el cono sur 1945-1989. Relaciones políticas, económicas y culturales durante la Guerra Fría*. Praga: Editorial Karolinum.
- Zolov, E. (2018) “Los 60 fueron globales”. En *Lento*, N.º 62.

FUENTES UTILIZADAS

- A.C. (1969) “La Revolución Argentina y el Marxismo Leninismo”. En PCR (1969) “Boletín de discusión interna preparatorio del XIII Congreso del PCR” N° 11. Archivo del autor.
- Alarcón, R. [pseudónimo de Enrique Arrosagaray] (1989) *Cordobazo*. Buenos Aires: Editorial Enmarque.
- Alonso, J. (1973) “Gelbard y la minería”. En *Nueva Hora* (1973), año VI, N.º 121, p. 3.
- Althusser, L. ([1969] 2004) *Para leer El Capital*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Andrade, M. (2005) *Para una historia del maoísmo argentino. Entrevista con Otto Vargas*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Anguita, E. y Caparrós, M. (2011) *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina. Tomo I. 1966-1969*. Buenos Aires: Editorial Booket.
- Arévalo, O. (1983) *El Partido Comunista*. Buenos Aires: CEAL.
- Aricó, J. (1971) “Mao Tse Tung”. En Colección “Los Hombres”. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina. Disponible en:
<https://elsudamericano.wordpress.com/2014/05/27/mao-tse-tun-por-jose-arico/>
- Arrosagaray, E. (2014) “Otto Vargas: un patagónico en Europa del Este”. En *18º Congreso Internacional de Historia Oral*.
- *Bandera Roja* (1973) “Ante la Ley Universitaria”, N.º 7, septiembre. Archivo del autor.
- Baschetti, R. (comp.) (1996) *Documentos 1973-1976. Vol. I. De Cámpora la ruptura*. La Plata: Ediciones De la campana
- Baschetti, R. (comp.) (1997) *Documentos de la Resistencia Peronista (1955-1970)*. La Plata: Ediciones De la campana
- Baschetti, R. (comp.) (1999) *Documentos 1973-1976. Vol. II De la ruptura al golpe*. La Plata: Ediciones De la campana
- Brega, J. (2008) *¿Ha muerto el comunismo? El maoísmo en la Argentina. Conversaciones con Otto Vargas*. Buenos Aires: Editorial Ágora.
- *Canal Encuentro* (2010) “Crónicas de Archivo. Elpidio Torres y el SMATA Córdoba”. Recuperado de <http://encuentro.gob.ar/programas/serie/8057/812>
- Capdevilla, I. [1977] (2010) *El caso Graiver. Lo que ocultan Kirchner y Clarín sobre Papel Prensa*. Buenos Aires: Editorial Ágora.

- Castro, F. (1962) “Segunda Declaración de La Habana”. En Castro, F. (2012) *Fidel Castro. Las Declaraciones de La Habana*. Madrid: Editorial Akal, pp. 146- 193.
- Castro, F. (1968) “Fragmentos del discurso de Fidel Castro”. En *Cristianismo y Revolución* 10, octubre de 1968. En Repositorio Digital “Ruinas digitales”.
- Castro, F. (1973) “Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz en la IV Conferencia de Países No Alineados, en Argel, República Argelina Democrática y Popular, el 7 de septiembre de 1973”. Disponible en: <http://www.fidelcastro.cu/es/discursos/discurso-en-la-iv-conferencia-de-paises-no-alineados-en-argel-republica-argelina>
- C.C. – PCCh (1966) “Decisión del Comité Central del Partido Comunista de China sobre la Gran Revolución Cultural Proletaria”. En Vargas, O. (2005) *La Revolución Cultural Proletaria China*. Buenos Aires: Editorial Ágora, pp. 121-134.
- Ciafardini, H. (1973a) “Capital, comercio y capitalismo: a propósito del llamado 'capitalismo comercial'”. En AA. VV. (1973) *Modos de producción en América Latina*. Córdoba, Cuadernos de Pasado y Presente N.º 40, pp. 111-134.
- Ciafardini, H. (1973b) “Desarrollo capitalista dependiente y discurso ideológico”. En *Los Libros* (1973), N.º 29, marzo-abril, pp. 15-18.
- Ciafardini, H. (1975) “URSS ¿Capitalismo o socialismo?”. En *Los Libros*, N.º 39, enero/febrero, pp. 24-26.
- Célula Ferroviaria (1969) “Resolución sobre el informe del C.N. [Comité Nacional] acerca de las luchas de mayo y junio”. En PCR (1969) “Boletín de discusión interna preparatorio del XIII Congreso del PCR” N° 11. Archivo del autor.
- Codovilla, V. (1962) “El significado del giro a la izquierda del peronismo”. Buenos Aires: Editorial Anteo.
- Codovilla, V. (1963) “Por la acción de masas hacia la conquista del poder. Informe rendido en nombre del Comité Central ante el XII Congreso del Partido Comunista”. Archivo del autor.
- Colloti Pischel, E. *et al.* (1971) “La Revolución Cultural China”. Córdoba: Cuadernos de *Pasado y Presente*.
- Colman-Asúa (1969) “Revolución Democrática, Agraria, Antiimperialista con tareas anticapitalistas de inicio o Revolución Socialista que resuelve algunas tareas burguesas”. En PCR (1969) “Boletín de discusión interna preparatorio del XIII Congreso del PCR” N° 7. Archivo del autor.

- *Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina y el Caribe* (1975) “América Latina en la lucha contra el imperialismo, por la independencia nacional, la democracia, el bienestar popular, la paz y el socialismo. Declaración de la Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina y el Caribe”. Archivo del autor.
- Cooke, J. W. (1961) Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina.
- *Cristianismo y Revolución*, N° 11, noviembre de 1968
- Debray, R. (1967) *¿Revolución en la Revolución?*, Cuaderno N° 1, Revista Casa de las Américas, La Habana.
- *Desacuerdo* (1973) “Gane quien gane pierde el pueblo. Luche y vote en blanco”, N° 20, 28 de febrero. Archivo del CeDInCI.
- Echagüe, C. (1974) *El otro imperialismo. Del Socialismo al Socialimperialismo*. Buenos Aires: Ediciones de Mayo.
- Echagüe, C. (1975) “La Era de Stalin”. En *Nuevo Siglo mundo. La historia documental del siglo*, N° 62. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Echagüe, C. (1977) *¿Qué hay detrás del Caso Graiver? El otro imperialismo en nuestra patria*. Buenos Aires: Ediciones de Mayo.
- Echagüe, C. (1984) *El socialimperialismo ruso en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Ágora.
- Echagüe, C. (1991) *Revolución, restauración y crisis en la Unión Soviética. Tomo 1. El socialismo demostró su superioridad*. Buenos Aires: Editorial Ágora.
- Echagüe, C. (1995) *Revolución, restauración y crisis en la Unión Soviética. Tomo 2. La restauración capitalista*. Buenos Aires: Editorial Ágora.
- Echagüe, C. (2010) *Revolución, restauración y crisis en la Unión Soviética. Del socialimperialismo al imperialismo, de Jruschiov a Putin*. Buenos Aires: Editorial Ágora.
- *El Combatiente* (1972) “Algo más sobre el sindicalismo clasista”, N° 66, 30 de enero. En Stavale, S. y De Santis, D. (2016) *Un partido de la clase obrera. La política del PRT-ERP en el movimiento obrero*. Temperley: Estación Finlandia.
- *El Combatiente* (1974) “¿Dos imperialismos?”, año VII, N° 129, 7 de agosto, pp. 6-7. Repositorio digital El Topo Blindado. Disponible en: <https://eltopoblindado.com/opm-marxistas/partido-revolucionario-de-los-trabajadores-prt/prt-prensa-1968-1983/1974-el-combatiente-no-129/> [consulta: 10 de septiembre de 2022].

- *El Compañero* (1970) “Carta Abierta de los Obreros de Perdriel” en “Cómo fue y qué enseña la lucha de Perdriel-IKA”, año II N° 5, mayo de 1970, p. 4.
- *El Descamisado* (1973) “Operativo Dorrego”, año I, N.º 22, 16 de octubre, pp. 28-30.
- *El Día*. Diario de la ciudad de La Plata. Octubre de 1967. Hemeroteca de la Universidad Nacional de La Plata. [consulta: septiembre de 2017].
- *El Maoísta* (1972) “Por muchos más SITRAC”, N° 2, enero de 1972.
- *Envido* (1973), N.º 10. En Armada, A. *et al.* (2011) *Envido: edición facsimilar*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- FAR (1971) “Los de Garín”. En *Cristianismo y Revolución*, N° 28.
- FAS (1974) “Anteproyecto de Resoluciones. VI Congreso”. Repositorio digital El topo blindado. Disponible en:
<https://eltopoblindado.com/opm-marxistas/partido-revolucionario-de-los-trabajadores-prt/frente-antiimperialista-por-el-socialismo-fas/anteproyecto-de-resoluciones-del-vi-congreso/>
- FAUDI (1974) “Llamamiento a los estudiantes”, FAUDI, Regional Capital, 20 de septiembre. Archivo del autor.
- Fava, A. (1986) “Frente y acción de masas por la Patria Liberada y el Socialismo. Informe del Comité Central del Partido Comunista al XVI Congreso rendido por el camarada Athos Fava”. Buenos Aires: Editorial Anteo.
- Fernández Long, H. (1966) “Declaración de la Universidad de Buenos Aires”, 28 de junio de 1966. Disponible en:
http://www.psi.uba.ar/institucional/historia/bicentenario/descargas/documentos_comentarios.pdf
- Fierro, R. [pseudónimo de Oscar Marioni] y Rearte, P. [pseudónimo de René Salamanca] (1973) “Reflexiones sobre la historia de los mecánicos de Córdoba”. En AAVV (2019) *La recuperación clasista del SMATA Córdoba. 1969-1974*. Buenos Aires: Editorial Ágora.
- Figari, L. [pseudónimo de José Ratzel] (1969) “¿Qué pasa en el comunismo?”. En *Teoría y Política*, N° 1, enero/febrero, archivo del autor.
- Figari, L. [pseudónimo de José Ratzel] (1971a) “Comunismo para la revolución”. En *Teoría y Política* (1971), N.º 4, pp. 9-30.
- Figari, L. [pseudónimo de José Ratzel] (1971b) “El comunismo en China”. En *Teoría y Política* (1971), N.º 5, pp. 1-26.

- Figari, L. [pseudónimo de José Ratzel] (1972a) Reseña “José Aricó: Mao Tse Tung”. En *Teoría y Política* (1972), año III, N.º 8, pp. 30-32.
- Figari, L. [pseudónimo de José Ratzel] (1972b) Reseña “Varios Autores: La Revolución Cultural China”. En *Teoría y Política* (1972), año III, N.º 8, pp. 33-38.
- FJC (1967a) “Resolución del Comité Central de la FJC”, en Gilbert, I. (2009) *La Fede. Alistándose para la revolución (1921-2005)*. Buenos Aires: Sudamericana, p. 529.
- FJC (1967b) “Aclaración”. Publicado originalmente en *Juventud* N° 9, reproducido en Gilbert, I. (2009) *La Fede. Alistándose para la revolución (1921-2005)*. Buenos Aires: Sudamericana, p. 530.
- FJC-CC (Comité Central) (1967) “Hacia el IX. Por la unidad y defensa de la FJC y el PC sobre la base de los principios leninistas”. En PCR (2003) *Documentos del PCR. Desde la ruptura con el PC revisionista hasta el Primer Congreso del PCR realizado del 11 al 14 de diciembre de 1969, Tomo I*. Buenos Aires: Edición del Partido Comunista Revolucionario, pp. 9-54.
- Galván, R. (1973) “¡Tregua no, Liberación sí!”. En *Nueva Hora* (1973), año VI, N.º 119, p. 3.
- García Márquez, G. (1976) “Montoneros: guerreros y políticos (Entrevista con Mario Eduardo Firmenich)”. En García Márquez, G. (1984) *Obra periodística IV. Por la libre (1974-1995)*, pp. 65-69.
- Gastiazoro, E. (1972) *Argentina hoy. Capitalismo dependiente y estructura de clases*. Buenos Aires: Editorial Polemos.
- Gastiazoro, E. (1975) *Argentina Hoy. Latifundio, dependencia y estructura de clases*. Buenos Aires: Ediciones Pueblo.
- Gastiazoro, E. (2004) *Historia Argentina. Introducción al análisis económico social. Tomo IV. De 1930 a nuestros días*. Buenos Aires: Editorial Ágora.
- Ghioldi, R. (1963) *¿Ejército Popular ó Ejército Pretoriano?* Buenos Aires: Editorial Anteo.
- Gilbert, I. (2007) *El oro de Moscú. Historia secreta de la diplomacia, el comercio y la inteligencia soviética en la Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Sudamericana.
- Gilbert, I. (2009) *La Fede. Alistándose para la revolución (1921-2005)*. Buenos Aires: Sudamericana.

- Giúdice, E. y otros (1961) *¿Qué es la izquierda?* Buenos Aires: Editorial Documentos.
- Giúdice, E. (1966) *Educación, Revolución Científico-técnica y Reorganización Universitaria*. Buenos Aires: Editorial Anteo.
- Godio, J. (1972) *El movimiento obrero y la cuestión nacional. Argentina: inmigrantes asalariados y lucha de clases. 1880-1910*. La Plata: Editorial Erasmo.
- Godoy, O. (1971) *El Compañero*, órgano de las Agrupaciones 1° de Mayo de Córdoba. En AAVV (2019) *La recuperación clasista del SMATA Córdoba. 1969-1974*. Buenos Aires: Editorial Ágora.
- González, J. (2006) *Isabel Perón. Intimidaciones de un gobierno*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo.
- Gramsci, A. (1977) *Escritos políticos*. Ediciones Cuadernos Pasado y Presente.
- Guerrero, F. (1973) “¿Por qué corrió sangre?”. En *Nueva Hora* (1973), año VI, N.º 119, 2º quincena de junio, pp. 1.
- Guevara, E. (1964) “Reunión Bimestral. 5 de diciembre de 1964”. En Guevara, E. (2006) *Apuntes críticos a la economía política*. Ocean Press, pp. 385-414.
- Guevara, E. (1965) “En la Conferencia Afroasiática en Argelia (24 de febrero de 1965)”. En Guevara, E. (2005) *Che Guevara presente: una antología mínima*. Ocean Press.
- Guevara, E. (1967) “Crear dos, tres... muchos Vietnam. Mensaje a los pueblos del mundo a través de la *Tricontinental*”. Fuente: Biblioteca de Textos Marxistas en Internet. Recuperado de: https://www.marxists.org/espanol/guevara/04_67.htm
- Irusta, R. [pseudónimo de Otto Vargas] (1969) “Las teorizaciones de Zárate: Confusión en la ciencia, la violencia y la conciencia”. En PCR (1969) “Boletín de discusión interna preparatorio del XIII Congreso del PCR” N° 11. Archivo del autor.
- Irusta, R. [pseudónimo de Otto Vargas] (1973) “Actualidad de la Revolución Cultural Proletaria China”. En *Teoría y Política* (1973), año IV, N.º 9, pp. 5-26.
- Irusta, R. [pseudónimo de Otto Vargas] (1976) “Sobre el modo de producción dominante en el Virreynato del Río de La Plata”. En *Teoría y Política* (1976), año VII, N.º 17, abril-junio, pp. 9-19.
- Kleiner, B. (1964) *20 años de movimiento estudiantil reformista (1943-1963)*. Buenos Aires: Editorial Platina.
- Kohen, A. (1968) *Clases sociales y programas agrarios*. Buenos Aires: Editorial Quipo.

- *La Comuna* (1971) “Reportaje. Peronismo de Base”. En *La Comuna* (1971), N° 3, septiembre, pp. 5-6.
- Lanusse, A. A. (1977) *Mi testimonio*. Buenos Aires: Lasserre Editores.
- Lanusse, A. A. (1988) *Protagonista y testigo (Reflexiones sobre 70 años de nuestra historia)*. Buenos Aires: Marcelo Lugones S. A.
- Lanusse, A. A. (1994) *Confesiones de un general*. Buenos Aires: Editorial Planeta.
- Lenin (1902) Nuevos acontecimientos y viejos problemas. En "Iskra", N° 29, 1 de diciembre. Fuente: Tomado de V. I. Lenin, Obras completas, tomo 6, págs. 247-252. Digitalizado para el MIA: Daniel Gaido, 2014.
- Lenin (1905a) *Dos tácticas de la Socialdemocracia en la revolución democrática*. Ediciones Bandera Roja.
- Lenin (1905b) La actitud de la Socialdemocracia ante el problema campesino. En *Obras Escogidas, Tomo III* (1973). Moscú: Editorial Progreso.
- Lenin (1916) *El imperialismo, fase superior del capitalismo (Ensayo popular)*. En Lenin (2016) *El imperialismo, fase superior del capitalismo. Edición Centenario*. Ituzaingó: Cienflores.
- Lenin (1918) La revolución proletaria y el renegado Kautsky. En *Obras Escogidas, Tomo IX (1918-1919)* (1973). Moscú: Editorial Progreso.
- Lenin (1919) “Las tareas de la III Internacional”. En *Obras Escogidas, Tomo X (1919-1920)* (1973). Moscú: Editorial Progreso.
- Lenin (1920a) *La enfermedad infantil del comunismo*. En *Obras Escogidas, Tomo XI (1920-1921)* (1973). Moscú: Editorial Progreso, pp. 3.43.
- Lenin (1920b) “Informe de la Comisión para los Problemas Nacional y Colonial”. En Lenin (s/f) *Discursos pronunciados en los congresos de la Internacional Comunista*. Moscú: Editorial Progreso. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1920s/internacional/congreso2/03.htm>
- Lenin (1921) Con motivo del cuarto aniversario de la Revolución de Octubre. En *Obras Completas, Tomo 44* (1981). Moscú: Editorial Progreso, pp. 144-152.
- *Liberación* (1973) “Operativo ‘Juanita’ (la quema de los supermercados Minimax)”. En *Liberación por la patria socialista*, N° 21.
- Ludueña, N. [pseudónimo de Gerardo Luna] (1978) “Elementos sobre la experiencia de lucha de los trabajadores mecánicos de Córdoba”, en en AAVV (2019)

La recuperación clasista del SMATA Córdoba.1969-1974. Buenos Aires: Editorial Ágora.

- Mao, T. (1938) “Sobre la guerra popular prolongada”. En Mao, T. (2018) *Obras Escogidas, Tomo III.* Buenos Aires: Editorial Ágora, pp. 113-199.
- Mao (1943) “Algunas cuestiones sobre los métodos de dirección”, en Mao (2018) *Obras Escogidas, Tomo III.* Buenos Aires: Editorial Ágora.
- Mao, T. (1956a) “Discurso pronunciado en la II Sesión Plenaria del VIII Comité Central del Partido Comunista de China”. En Mao, T. (2019) *Obras Escogidas, Tomo V.* Buenos Aires: Editorial Ágora, pp. 355-374
- Mao, T. (1956b) “Algunas experiencias en la historia de nuestro partido”. En Mao, T. (2019) *Obras Escogidas, Tomo V.* Buenos Aires: Editorial Ágora, pp. 346-352.
- Mao, T. (1957a) “Ser promotores de la revolución. Discurso pronunciado por el camarada Mao Tsetung en la III Sesión Plenaria Ampliada del VIII Comité Central del Partido Comunista de China”. En Mao, T. (2019) *Obras Escogidas, Tomo V.* Buenos Aires: Editorial Ágora, pp. 523-539.
- Mao, T. (1957b) “Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo”. En Mao, T. (2019) *Obras Escogidas, Tomo V.* Buenos Aires: Editorial Ágora, pp. 414-453.
- Mao, T. (1957c) “Método dialéctico para la unidad interna del partido”. En Mao, T. (2019) *Obras Escogidas, Tomo V.* Buenos Aires: Editorial Ágora, pp. 558-561.
- Mao, T. (1975) *Mao Tse Tung. Filosofía, Economía, Política. Escritos inéditos. Comentarios sobre el Manual de Economía Política Soviético y sobre el libro Problemas Económicos del Socialismo en la URSS de José Stalin.* Buenos Aires: Ediciones Mundo Nuevo.
- Marín, A. (1969) “Algo más sobre la Revolución en Argentina: acerca de las nacionalizaciones. En “Boletín de discusión N.º 16. Preparatorio del XIII Congreso”. Archivo del autor.
- Marín, A y Figari, L. (1969) “Sobre el tipo de revolución en la Argentina”. En “Boletín de discusión N.º 5. XIII Congreso”. Archivo del autor.
- Marischi, V. (1966) *Por una CGT unitaria, poderosa y combativa.* Buenos Aires: Editorial Anteo.
- Marker, C. (director) (1977) *El fondo del aire es rojo.* [Documental]. Francia: Dovidis.

- Martín, M. (1969) “Observaciones para el debate sobre la vía armada en la Argentina”. En *Teoría y Política* (1969), N.º 2, pp. 116-129.
- Martín, M. (1970) “Preparar la insurrección”. En *Teoría y Política* (1970), N.º 3, enero-febrero, pp. 23-30.
- Mattini, L. (2007) *Hombres y mujeres del PRT-ERP. De Tucumán a La Tablada*. La Plata: Editorial De la campana.
- MENAP (1967) “Anteproyecto de tesis para la discusión política interna”. En PCR (2003) *Documentos del PCR. Desde la ruptura con el PC revisionista hasta el Primer Congreso del PCR realizado del 11 al 14 de diciembre de 1969, Tomo 1*, Edición del Partido Comunista Revolucionario, Buenos Aires, pp. 419-460.
- Mercader, S. y García, D. (2012) “Entrevista a Beatriz Sarlo. Tozuda Modernidad”. En *ArtePolítica*, julio de 2012, entrada 26 de julio de 2013. Disponible en: <https://artepolitica.com/articulos/entrevista-a-beatriz-sarlo/> [consulta: 3 de junio de 2022].
- Molinas, L. (1987) “El Che y la juventud Argentina”. En *Revista Política y Teoría* N° 13, septiembre-noviembre, Archivo del autor.
- Molinas, L. (2018) *El Che y Bolivia. Recuerdos y reflexiones*. Buenos Aires: Editorial Ágora.
- Montoneros (1973) “Charla de la Conducción Nacional ante las agrupaciones de los frentes”. En Baschetti, R. (comp.) (1996) *Documentos. 1973-1976. Volumen 1. De Cámpora a la ruptura*. Buenos Aires: De la Campana.
- Nadra, F. (1968) *¿Qué pasó en Checoslovaquia?* Buenos Aires: Editorial Polémica.
- Nadra, A. (2015) *Secretos en rojo. Un militante entre dos siglos*. Buenos Aires, Corregidor.
- Nassif, R. ([1988] 2009) *El Che*. Buenos Aires: Editorial Ágora.
- *Nuestra Palabra* (1971) “Intervención de Rodolfo Ghioldi”, 17 de agosto. Archivo del PCA [consulta: 12 de septiembre].
- *Nueva Hora* (1968a) “El proletariado en la política”. En *Nueva Hora* (1968), año 1, N° 17, 2° quincena de noviembre. Archivo del autor.
- *Nueva Hora* (1968b) “C.N.C.”. *Nueva Hora* (1968), año 1, N.º19, 2° quincena de diciembre.
- *Nueva Hora* (1971) “Hacer de la derrota un triunfo”. En *Nueva Hora* (1971), N° 79, 1° quincena de noviembre. Archivo del autor.

- *Nueva Hora* (1972) “Darles duro hasta que caigan”. En *Nueva Hora* (1972), N.º 99, 8 de septiembre. Archivo del autor.
- *Nueva Hora* (1973a) “El regreso de Perón”. En *Nueva Hora* (1973), año VI, N.º 119, 2.º quincena de junio, pp. 1 y 8.
- *Nueva Hora* (1973b) “Por qué llamamos a votar en blanco”. En *Nueva Hora* (1973), año VI, N.º 125, 2.º quincena de septiembre, p. 1.
- *Nueva Hora* (1973c) “La Lucha en el peronismo”. En *Nueva Hora* (1973), año VI, N.º 128, 1.º quincena de noviembre, p. 12.
- *Nueva Hora* (1973d) “Cuatro ejércitos y dos trincheras”. En *Nueva Hora* (1973), año VI, N.º 129, 2.º quincena de noviembre, p. 12.
- *Nueva Hora* (1974a) “Córdoba: El ensayo del golpe proyanqui”. En *Nueva Hora* (1974), año VII, N.º 136, 1.º quincena de marzo.
- *Nueva Hora* (1974b) “El desafío al pueblo”. En *Nueva Hora* (1974), año VII, N.º 138, 1.º quincena de abril.
- *Nueva Hora* (1974c) “La verdad sobre las elecciones en el SMATA”, Declaración del Movimiento Lista Marrón, 9 de abril. En *Nueva Hora* (1974), año VII, N.º 139, 2.º quincena de abril.
- *Nueva Hora* (1974d) “Revista *Tercer Mundo*. Un tercermundismo sospechoso”. En *Nueva Hora* (1974), año VII, N.º 156, p. 10.
- *Nueva Hora* (1974e) “Ni Perón; Ni Montoneros garantizan el triunfo”. En *Nueva Hora* (1974), año VII, N.º 141, p. 9.
- *Nueva Hora* (1974f) “La necesaria unidad contra los golpistas”. En *Nueva Hora* (1974), año VII, N.º 157, p. 3.
- *Nueva Hora* (1975) “Reportaje a Otto Vargas. El PCR, siete años al servicio de nuestro pueblo y la revolución”. En *Nueva Hora* (1975), año VII, N.º 163, pp. 6-7.
- *Nuevo Hombre* (1971) “Hoy 250 cesanteados; mañana 150 guerrilleros más”, año 1, N.º 16, del 3 al 9 de noviembre. En Archivo CeDInCI.
Disponible en: <https://americalee.cedinci.org/portfolio-items/nuevo-hombre/>
- Páez, H. [pseudónimo de Horacio Ciafardini] (1975a). “Teoría de la dependencia’: Inútil contra el viejo amo, útil para el nuevo”. En *Teoría y Política* (1975), N.º 15, abril-junio, pp. 13-23.
- Páez, H. [pseudónimo de Horacio Ciafardini] (1975b) “Crítica de la teoría del capitalismo dependiente”. En *Teoría y Política* (1975), N.º 16, noviembre, pp. 14- 22.

- Páez, H. [pseudónimo de Horacio Ciafardini] (1976) “Sobre algunos enfoques unilaterales en Historia”. En *Teoría y Política* (1976), año VII, N.º 17, abril-junio, pp. 20-22.
- Panadero, A. (1969) “El estado de ánimo de las masas y el partido”. En PCR (2003) “Boletín de discusión interna preparatorio del XIII Congreso del PCR. Número I”. Archivo del autor.
- *Pasado y Presente* (1964) “Pasado y Presente. Revista Trimestral de Ideología y Cultura”, año I, N.º 4, enero-marzo. En Archivo del CeDInCI.
- *Pasado y Presente* (1973), número 2, año 4, julio/diciembre. En Archivo del CeDInCI.
- PC (1962) “Análisis de los últimos acontecimientos militares y las perspectivas de desarrollo de la situación nacional. Resumen del informe pronunciado por Victorio Codovilla, en la reunión del Comité Central ampliado, del 6 de octubre último”, Archivo del autor.
- PC (1967) “Resoluciones y Declaraciones del Partido Comunista de la Argentina”. Buenos Aires, Editorial Anteo.
- PC (1968a) “Sobre los sucesos en Checoslovaquia – Declaración del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de la Argentina”. En Archivo del Comité Central del Partido Comunista de la Argentina, 18 de julio de 1968.
- PC (1968b) “Declaración del Partido Comunista sobre la situación en Checoslovaquia”. En Archivo del Comité Central del Partido Comunista de la Argentina, 21 de agosto de 1968.
- PCCh (1964) “Acerca del falso comunismo de Jruschov y sus lecciones históricas para el mundo. Comentario sobre la Carta Abierta del CC del PCUS (IX)” (por las redacciones de *Renmin Ribao* y *Hongqi*, 14 de julio). En PCCh ([1965] 1972) *Polémica acerca de la línea general del Movimiento Comunista Internacional*. México D.F.: Ediciones Fuente Cultural.
- PCCh (1965) *Polémica acerca de la línea general del Movimiento Comunista Internacional*. Pekín: Ediciones Lenguas Extranjeras. Disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/tematica/china/documentos/pol.pdf>
- PCCh (1972) *Polémica acerca de la línea general del Movimiento Comunista Internacional*. México D.F.: Ediciones Fuente Cultural.
- PCCh (1970) “¿Leninismo o socialimperialismo? En homenaje al Centenario del Nacimiento del Gran Lenin” (por los comités editoriales de *Renmin Ribao*, *Hongqi* y

Jiefangjun Bao, 22 de abril de 1970). En *Crítica Marxista-Leninista*, disponible en: <https://docer.com.ar/doc/s01vs8> [consulta: 10 de septiembre de 2022].

- PC–CNRR (1968a) “Declaración Constitutiva del Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria del Partido Comunista de la Argentina”. En PCR (2003) *Documentos del PCR. Desde la ruptura con el PC revisionista hasta el Primer Congreso del PCR realizado del 11 al 14 de diciembre de 1969, Tomo 1*, Edición del Partido Comunista Revolucionario, Buenos Aires.
- PC–CNRR (1968b) “Los comunistas revolucionarios ante la actual situación política nacional e internacional”. En PCR (2003) *Documentos del PCR. Desde la ruptura con el PC revisionista hasta el Primer Congreso del PCR realizado del 11 al 14 de diciembre de 1969, Tomo 1*, Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR.
- PC–CNRR (1968c) “Tesis para el XIII Congreso”. En PCR (2003) *Documentos del PCR. Desde la ruptura con el PC revisionista hasta el Primer Congreso del PCR realizado del 11 al 14 de diciembre de 1969, Tomo 1*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR.
- PC–CNRR (1968d) “Informe sobre la situación Checoslovaca”, 27 de julio de 1968. En PCR (2003) *Documentos del PCR. Desde la ruptura con el PC revisionista hasta el Primer Congreso del PCR realizado del 11 al 14 de diciembre de 1969, Tomo 1*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR, pp. 113-117.
- PC–CNRR (1968e) “Declaración del Partido Comunista (CNRR) ante la invasión a Checoslovaquia”, 21 de agosto de 1968. En PCR (2003) *Documentos aprobados desde la ruptura con el PC revisionista hasta el 1° Congreso del PCR, Tomo 1* (p. 119-120). Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR.
- PC–CNRR (1968f) “El PC – CNRR ante la situación de Checoslovaquia y del campo socialista”, 27 de agosto de 1968. Archivo del autor.
- PC–CNRR (1968g) “Oportunismo y Stalinismo”. En *Nueva Hora* (1968), 1° quincena de octubre de 1968 (p. 4).
- PCR (1969a) “Proposición del Comité Nacional del PCR sobre la posición del Partido ante los problemas del movimiento comunista”. En PCR (2003) *Documentos del PCR. Desde la ruptura con el PC revisionista hasta el Primer Congreso del PCR realizado del 11 al 14 de diciembre de 1969, Tomo 1*, Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR
- PCR (1969b) “Documentos aprobados por el Primer Congreso del PCR”. En PCR (2003) *Documentos del PCR. Desde la ruptura con el PC revisionista hasta el*

Primer Congreso del PCR realizado del 11 al 14 de diciembre de 1969, Tomo 1, Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR

➤ PCR (1970a) “Conferencia Permanente del PCR, 15 y 16 de agosto de 1970”. En PCR (2005) *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 1° Congreso, diciembre de 1969, hasta su 2° Congreso, abril de 1972, Tomo 2*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR.

➤ PCR (1971a) “Conferencia Permanente del PCR. 27 y 28 de marzo de 1971”. En PCR (2005a) *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 1° Congreso, diciembre de 1969, hasta su 2° Congreso, abril de 1972, Tomo 2*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR.

➤ PCR (1971b) “Comandismo, una línea de derrota”. En *Archivo SITRAC/Subarchivo N°6/Ficha 4*, Comité Central del PCR, 30-11-1971.

➤ PCR (1972a) “Documentos aprobados por el Segundo Congreso del Partido Comunista Revolucionario”. En PCR (2005a) *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 1° Congreso, diciembre de 1969, hasta su 2° Congreso, abril de 1972, Tomo 2*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR.

➤ PCR (1972b) “Balance de la actividad del PCR entre el Primero y Segundo Congreso”. En PCR (2005a) *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 1° Congreso, diciembre de 1969, hasta su 2° Congreso, abril de 1972, Tomo 2*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR.

➤ PCR (1972c) “Programa del PCR”. En PCR (2005a) *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 1° Congreso, diciembre de 1969, hasta su 2° Congreso, abril de 1972, Tomo 2*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR.

➤ PCR (1972d) “El PCR ante el regreso de Perón. Declaración del Comité Central del PCR”. En PCR (2005a) *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 1° Congreso, diciembre de 1969, hasta su 2° Congreso, abril de 1972, Tomo 2*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR, pp. 11-13.

➤ PCR (1973) “Compañero Peronista”. En PCR (2005b) *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 2° Congreso, abril de 1972, hasta su 3° Congreso, marzo de 1974, Tomo 3*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR, pp. 23-25.

➤ PCR (1974a) “Documentos aprobados por el III Congreso del Partido Comunista Revolucionario. Resoluciones”. En PCR (2005b) *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 2° Congreso, abril de 1972, hasta su 3° Congreso, marzo de 1974, Tomo 3*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR, pp. 47-90.

- PCR (1974b) “Programa del PCR. Fundamentos”. PCR (2005b) *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 2° Congreso, abril de 1972, hasta su 3° Congreso, marzo de 1974, Tomo 3*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR, pp. 91-113.
- PCR (1974c) “Balance de la actividad del partido entre el II y III congreso”. En PCR (2005b) *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 2° Congreso, abril de 1972, hasta su 3° Congreso, marzo de 1974, Tomo 3*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR, pp. 129-173.
- PCR (1974d) “Informe sobre la situación política nacional y las tareas del Partido”. En PCR (2005b) *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 2° Congreso, abril de 1972, hasta su 3° Congreso, marzo de 1974, Tomo 3*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR, pp. 27-36.
- PCR (1974e) “1° de mayo. Profundizando nuestras luchas, unidos y armados, derrotaremos a los yanquis y sus socios y evitaremos otro 1955”. En PCR (2006) *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 3° Congreso, marzo 1974, hasta su 4° Congreso, abril de 1984 (primera parte 1974-1979), Tomo 4*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR, pp.7-12.
- PCR (1974f) “Resolución sobre situación nacional y las tareas del Partido. Comisión Política – 14 de mayo de 1974”. En PCR (2006) *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 3° Congreso, marzo 1974, hasta su 4° Congreso, abril de 1984 (primera parte 1974-1979), Tomo 4*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR, pp. 13-21.
- PCR (1974g) “El PCR y los sucesos del 12 de junio”. En PCR (2006) *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 3° Congreso, marzo 1974, hasta su 4° Congreso, abril de 1984 (primera parte 1974-1979), Tomo 4*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR, pp. 23-26.
- PCR (1974h) “Informe del Comité Central del PCR. 30 de junio de 1974”. En PCR (2006) *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 3° Congreso, marzo 1974, hasta su 4° Congreso, abril de 1984 (primera parte 1974-1979), Tomo 4*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR, pp. 27-37.
- PCR (1974i) “Ante la muerte del Teniente General Perón. Comité Central – 2 de julio de 1974”. En PCR (2006) *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 3° Congreso, marzo 1974, hasta su 4° Congreso, abril de 1984 (primera parte 1974-1979), Tomo 4*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR, p. 39.

- PCR (1974j) “Unirse para enfrentar al golpismo. Comité Central – noviembre de 1974”. En PCR (2006) *Documentos aprobados por el PCR a partir de su 3° Congreso, marzo 1974, hasta su 4° Congreso, abril de 1984 (primera parte 1974-1979), Tomo 4*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR, pp. 43-48.
- PCR (2003) *Documentos del PCR. Desde la ruptura con el PC revisionista hasta el Primer Congreso del PCR realizado del 11 al 14 de diciembre de 1969, Tomo I*. Buenos Aires: Publicaciones 35° aniversario del PCR
- *Pekín Informa* (1968) “El Vice Primer Ministro Chen Yi condena al imperialismo yanqui y al revisionismo soviético por su colaboración para intentar redistribuir el mundo”. En *Pekín Informa* (1968), N° 37, 18 de septiembre, disponible en: <https://www.marxists.org/espanol/tematica/china/pekininforma/index.htm> [consulta: 15 de septiembre de 2022].
- *Pekín Reconstruye* (1974) *China hoy. Diez respuestas a diez cuestiones fundamentales*. Buenos Aires: Ediciones Pueblo.
- Perdía, R. C. (1997) *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*. Buenos Aires, Editorial Grupo Ágora.
- Perón, J. (1965) “Carta a Mao Tse Tung”. En Peiró, C. (2017) “La carta de Perón a Mao llevada por militantes que iban a entrenarse a China”, *Infobae*, 8 de julio. Disponible en: <https://www.infobae.com/politica/2017/07/08/la-carta-de-peron-a-mao-llevada-por-militantes-que-iban-a-entrenarse-a-china/>
- Perón, J. (1968) *La Hora de los Pueblos*. Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación. Reedición de 2017.
- Perón, J. (1974) “Modelo Argentina para el Proyecto Nacional”. 2° Edición (2015). Buenos Aires: Biblioteca del Congreso de la Nación.
- Petri, J. [pseudónimo de Ricardo Saiegh] (1969) “Problemática insurreccional”. En *Teoría y Política* (1969), N.º 2, pp. 57-64.
- Piglia, R. (1975) “A mis compañeros Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano”. En *Los Libros*, N.º 40, marzo-abril, p. 3.
- Planes, P. (1962) “Informe rendido por PEDRO PLANES, Secretario de Organización de la Federación Juvenil Comunista, ante el Comité Central, reunido el 23 y 24 de junio de 1962”. Archivo del autor.
- *Política Obrera* (1968) “El Consejo Nacional de Centros: un debate más sin consecuencias”. En *Política Obrera*, N.º 41, 25 de noviembre, pp. 13-18. Disponible en: https://www.marxists.org/espanol/tematica/kiosko/argentina/politica_obrera/

- *Posición* (1973) “Reportaje a René Salamanca”. En *Posición* (1973), año 1, N° 4, abril, Córdoba, pp- 5-6.
- PRT-El Combatiente (1969) “Carta al PCR”, 20 de agosto [en línea]. Disponible en: www.eltopoblindado.com.
- PRT-La Verdad (1969) “Carta a los compañeros del PC (Comité de Recuperación Revol.)”, 4 de abril [en línea]
<http://www.fundacionpluma.info:8080/xmlui/handle/123456789/11546>
- PRT (1973) “Hacia el VI Congreso. Proyecto de Programa”. Archivo del autor.
- *Renmin Ribao y Hongqi* [redacciones] (1964) “La revolución proletaria y el revisionismo de Jruschov. Comentario sobre la Carta Abierta del CC del PCUS (VIII)”, en *Polémica acerca de la línea general del Movimiento Comunista Internacional*.
- *Renmin Ribao et al.* (1971) “Viva el triunfo de la dictadura del proletariado. En conmemoración del centenario de la Comuna de París”. Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- *Renmin Ribao* (1977) “La teoría del Presidente Mao sobre los tres mundos constituye una gran contribución al marxismo-leninismo”. En *Pekín Informa*, N° 45, 4 de noviembre. Disponible en:
<http://criticamarxista-leninista.blogspot.com/2013/01/mao-y-la-teoria-de-los-tres-mundos.html> [consulta: 15 de septiembre de 2022].
- Rocha, J. (1998) “Cómo nace la consigna 'Por la Universidad del Pueblo Liberado' ”. En Romero, R. (1998) *La lucha continúa. El movimiento estudiantil argentino del siglo XX*. Buenos Aires: FUBA, pp. 159-162.
- Sánchez, P. (2008) *El gordo Antonio. Vida, pasión y asesinato del dirigente comunista revolucionario César Gody Álvarez*. Buenos Aires: Editorial Ágora.
- Sánchez, F. y Riera, D. (2002) “Charly, talk”, en Suplemente *Rolling Stone* de *La Nación*, 1 de mayo. Disponible en:
<https://www.lanacion.com.ar/espectaculos/charly-talk-nid583011/> [consulta: 22 de mayo 2022)
- Santucho, M. (1974) “El gobierno contra el pueblo. El pueblo contra el gobierno”. En De Santis, D. (comp.) (2006) *A vencer o morir. PRT-ERP. Documentos. Tomo 2*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Sarlo, B. y Altamirano, C. (1975) “Compañero Ricardo Piglia”. En *Los Libros*, N.º 40, marzo-abril, p. 3.

- SITRAC-SITRAM (1971) “Declaración del SITRAC-SITRAM ante el plenario de gremios combativos de Córdoba”. En *Cristianismo y Revolución*, N° 29, junio de 1971.
- Solanas, E. (1973) “En Argentina hay cuatro ejércitos y dos trincheras”. En *Nueva Hora* (1973), año VI, N° 129, p. 12.
- Solanas, E. (1974) “La provocación golpista”. En *Nueva Hora* (1974), año VII, N° 156, p. 12.
- *Teoría y Política* (1971) “Nota aclaratoria”. En *Teoría y Política* (1971), N.º 6, julio-agosto, s.p.
- Trotsky, L. [1929] (2007) *La revolución permanente*. Buenos Aires: Libros de Anarres
- Valle, P. (1969) “Trabajo intelectual y lucha de clases”. En *Teoría y Política*, N.º 2, marzo-abril, pp. 1-32.
- Vargas, O. (1967) ¿Por qué no se quiere discutir? En PCR (2003) *Documentos aprobados desde la ruptura con el PC revisionista hasta el 1º Congreso del PCR, Tomo I* (p. 55-78). Buenos Aires: Publicaciones 35º aniversario del PCR.
- Vargas, O. (1975) “Somos el Partido del Comunismo. Charla a la juventud”. Archivo del autor.
- Vargas, O. (1985) *Sobre el modo de producción dominante en el Virreinato del Río de La Plata*. Buenos Aires: Editorial Ágora.
- Vargas, O. (1987) *El marxismo y la revolución argentina. Tomo I*. Buenos Aires, Editorial Ágora.
- Vargas, O. (1999) *El marxismo y la revolución argentina. Tomo II*. Buenos Aires, Editorial Ágora.
- Vargas, O. (2005a) *Conferencias. Aportes al estudio de ‘El marxismo y la revolución argentina’. La década del 20 y la IIIº Internacional*. Buenos Aires, Ediciones del Instituto Marxista-Leninista-Maoísta.
- Vargas, O. (2005b) *La Revolución Cultural Proletaria China*. Editorial Ágora.
- Vargas, O. y otros (2006) *La Trama de una Argentina antagónica. Desde el Cordobazo al fin de la dictadura*. Buenos Aires: Editorial Ágora.
- Walsh, R. (1976) “Asunto: observaciones sobre el documento del Consejo del 11/11/1976. 23 de noviembre de 1976”. En Baschetti, R. (comp.) (1994) *Rodolfo Walsh, vivo*. pp. 208-219. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.

- Zárate, G. (pseudónimo de Luis María Aguirre) (1969) “Conciencia y violencia”. En PCR (1969) “Boletín de discusión interna preparatorio del XIII Congreso del PCR. Número I”. Archivo del autor.
- Zárate, C. (pseudónimo de Mauricio Malamud) y Zárate, G. (pseudónimo de Luis María Aguirre) (1969a) “Dos, tres, muchos Vietnam...”. En PCR (1969) “Boletín de discusión interna preparatorio del XIII Congreso del PCR N° 10”. Archivo del autor.
- Zárate, C. (pseudónimo de Mauricio Malamud) y Zárate, G. (pseudónimo de Luis María Aguirre) (1969b) “Ciencia y violencia”. En *Teoría y Política* (1969), N.º 2, pp. 33-56.
- Zhang Zai (registrador) (1960) “Conversación entre Mao Zedong y Ernesto Che Guevara”, 19 de noviembre. Fuente: Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de China, N° 202-00098-01, pp. 1-14. Según la versión en inglés para *Cold War International Historic Project*, de Zhang Qian. Traducción: Jiang Yucmoi. Disponible en: <http://criticamarxista-leninista.blogspot.com/2013/10/conversacion-entre-mao-zedong-y-che-guevara-1960.html> [consulta: 31 de octubre de 2022].